

James Fenimore Cooper

El Último Mohicano

E LEJANDRIA



James Fenimore Cooper

El Último Mohicano

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL ÚLTIMO MOHICANO

JAMES FENIMORE COOPER

**PUBLICADO: 1826
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

INTRODUCCIÓN

Se considera que el escenario de este relato, así como la mayor parte de la información necesaria para comprender sus alusiones, resultan suficientemente evidentes para el lector en el propio texto o en las notas que lo acompañan. Aun así, hay tanta oscuridad en las tradiciones indias y tanta confusión en sus nombres que una explicación resulta útil.

Pocos hombres exhiben mayor diversidad o, si podemos expresarlo así, mayor antítesis de carácter que el guerrero nativo de Norteamérica. En la guerra es audaz, jactancioso, astuto, despiadado, abnegado y entregado a su causa; en la paz, justo, generoso, hospitalario, vengativo, supersticioso, modesto y comúnmente casto. Estas son cualidades, es cierto, que no distinguen a todos por igual; pero son, con mucho, los rasgos predominantes de este pueblo notable, hasta el punto de ser característicos.

Generalmente se cree que los aborígenes del continente americano tienen un origen asiático. Hay muchos hechos tanto físicos como morales que corroboran esta opinión, y algunos pocos que parecerían contradecirla.

El color del indio, en opinión del escritor, le es peculiar, y si bien sus pómulos muestran un indicio muy llamativo de un origen tártaro, no ocurre así con sus ojos. El clima puede haber tenido una gran influencia en lo primero, pero es difícil ver cómo ha podido producir la diferencia sustancial que existe en lo segundo. La imaginería del indio, tanto en su poesía como en su oratoria, es oriental; depurada, y quizás mejorada, por el limitado alcance de su conocimiento práctico. Extrae sus metáforas de las nubes, las estaciones, las aves, las bestias y el mundo vegetal. En esto, tal vez, no hace más que lo que haría cualquier otra raza enérgica e imaginativa, obligada a poner límites a la fantasía por la experiencia; pero el indio norteamericano viste sus ideas con un ropaje que es diferente al del africano, y que es oriental en sí mismo. Su lenguaje tiene la riqueza y la plenitud sentenciosa del chino. Expresará una frase en una palabra, y matizará el significado de una

oración entera con una sílaba; incluso transmitirá diferentes significados con las más simples inflexiones de la voz.

Los filólogos han dicho que no hay más que dos o tres lenguas, propiamente dichas, entre todas las numerosas tribus que antiguamente ocupaban el país que ahora compone los Estados Unidos. Atribuyen la conocida dificultad que tiene un pueblo para entender a otro a corrupciones y dialectos. El escritor recuerda haber estado presente en una entrevista entre dos jefes de las Grandes Praderas al oeste del Misisipi, en la que asistía un intérprete que hablaba ambas lenguas. Los guerreros parecían estar en los términos más amistosos y, al parecer, conversaban mucho entre sí; sin embargo, según el relato del intérprete, cada uno ignoraba por completo lo que decía el otro. Eran de tribus hostiles, reunidas por la influencia del gobierno estadounidense; y es digno de mención que una política común los llevó a ambos a adoptar el mismo tema. Se exhortaron mutuamente a ser de utilidad en caso de que los azares de la guerra arrojaran a cualquiera de las partes en manos de sus enemigos. Sea cual sea la verdad con respecto a la raíz y el genio de las lenguas indias, es bien cierto que ahora son tan distintas en sus palabras que poseen la mayoría de las desventajas de las lenguas extrañas; de ahí gran parte del embarazo que ha surgido al aprender sus historias, y la mayor parte de la incertidumbre que existe en sus tradiciones.

Al igual que las naciones de mayores pretensiones, el indio americano da una versión de su propia tribu o raza muy diferente de la que dan otros pueblos. Es muy propenso a sobrestimar sus propias perfecciones y a subestimar las de su rival o su enemigo; un rasgo que posiblemente pueda considerarse corroborativo del relato mosaico de la creación.

Los blancos han contribuido en gran medida a oscurecer las tradiciones de los aborígenes por su propia manera de corromper los nombres. Así, el término utilizado en el título de este libro ha sufrido los cambios de *mahicanni*, *mohicanos* y *moheganos*; siendo esta última la palabra comúnmente utilizada por los blancos. Cuando se recuerda que los holandeses (que primero colonizaron Nueva York), los ingleses y los franceses, todos dieron apelativos a las tribus que habitaban en el país que es escenario de esta historia, y que los indios no solo daban nombres diferentes a sus enemigos, sino frecuentemente a sí mismos, se comprenderá la causa de la confusión.

En estas páginas, *lenni-lenape*, *lenope*, *delawares*, *wapanachki* y *mohicanos* se refieren todos al mismo pueblo, o a tribus del mismo tronco. Los *mengwe*, los *maquas*, los *mingos* y los *iroqueses*, aunque no son todos estrictamente lo mismo, son identificados frecuentemente por los hablantes, al estar políticamente confederados y opuestos a los recién nombrados. *Mingo* era un término de peculiar oprobio, como lo eran *mengwe* y *maqua* en menor grado.

Los mohicanos eran los poseedores del país ocupado por primera vez por los europeos en esta porción del continente. Fueron, en consecuencia, los primeros desposeídos; y el destino aparentemente inevitable de todos estos pueblos, que desaparecen ante los avances, o podría decirse las incursiones, de la civilización, como el verdor de sus bosques nativos cae ante las heladas mordaces, se representa como si ya les hubiera acaecido. Hay suficiente verdad histórica en el cuadro para justificar el uso que se ha hecho de él.

De hecho, el país que es escenario del siguiente relato ha sufrido tan poco cambio, desde que tuvieron lugar los acontecimientos históricos aludidos, como casi cualquier otro distrito de igual extensión dentro de todos los límites de los Estados Unidos. Hay balnearios de moda y muy concurridos en y cerca del manantial donde Ojo de Halcón se detuvo a beber, y carreteras atraviesan los bosques por donde él y sus amigos se vieron obligados a viajar sin siquiera un sendero. Glen's tiene un gran pueblo; y mientras que William Henry, e incluso una fortaleza de fecha posterior, solo pueden rastrearse como ruinas, hay otro pueblo a orillas del Horican. Pero, más allá de esto, la iniciativa y la energía de un pueblo que tanto ha hecho en otros lugares, poco han hecho aquí. Toda esa tierra salvaje, en la que ocurrieron los últimos incidentes de la leyenda, es casi una tierra salvaje todavía, aunque el hombre rojo ha abandonado por completo esta parte del estado. De todas las tribus nombradas en estas páginas, solo existen unos pocos seres medio civilizados de los oneidas, en las reservas de su pueblo en Nueva York. El resto ha desaparecido, ya sea de las regiones en las que habitaron sus padres, o por completo de la faz de la tierra.

Hay un punto sobre el que desearíamos decir una palabra antes de cerrar este prefacio. Ojo de Halcón llama al *Lac du Saint Sacrement*, el «Horican». Como creemos que esta es una apropiación del nombre que tiene su origen en nosotros mismos, ha llegado el momento, quizás, de que

el hecho sea admitido con franqueza. Mientras escribía este libro, hace ya un cuarto de siglo, se nos ocurrió que el nombre francés de este lago era demasiado complicado, el americano demasiado vulgar y el indio demasiado impronunciable, para que cualquiera de ellos se usara familiarmente en una obra de ficción. Al examinar un mapa antiguo, se comprobó que una tribu de indios, llamada «Les Horicans» por los franceses, existía en las proximidades de esta hermosa masa de agua. Como no toda palabra pronunciada por Natty Bumppo debía recibirse como una verdad rígida, nos tomamos la libertad de poner el «Horican» en su boca, como sustituto de «lago George». El nombre parece haber encontrado favor, y considerándolo todo, posiblemente sea igual de bueno dejarlo estar, en lugar de volver a la Casa de Hannover para la apelación de nuestra más hermosa masa de agua. Aliviamos nuestra conciencia con la confesión, en cualquier caso, dejando que ejerza su autoridad como mejor le parezca.

CAPÍTULO I

Mi oído está atento y mi corazón preparado:

La peor es la pérdida material que puedas anunciar: —

Dime, ¿está perdido mi reino?

— Shakespeare

Era una característica peculiar de las guerras coloniales de Norteamérica que las fatigas y los peligros de las tierras vírgenes debían ser afrontados antes de que las huestes adversarias pudieran encontrarse. Una ancha y aparentemente impenetrable frontera de bosques separaba las posesiones de las provincias hostiles de Francia e Inglaterra. El robusto colono y el entrenado europeo que luchaba a su lado, frecuentemente pasaban meses luchando contra los rápidos de los arroyos, o efectuando los escarpados pasos de las montañas, en busca de una oportunidad para exhibir su coraje en un conflicto más marcial. Pero, emulando la paciencia y la abnegación de los experimentados guerreros nativos, aprendieron a superar toda dificultad; y parecería que, con el tiempo, no había rincón de los bosques tan oscuro, ni lugar secreto tan encantador, que pudiera reclamar exención de las incursiones de aquellos que habían comprometido su sangre para saciar su venganza, o para sostener la fría y egoísta política de los distantes monarcas de Europa.

Quizás ningún distrito en toda la vasta extensión de las fronteras intermedias puede ofrecer un cuadro más vivo de la crueldad y la ferocidad de la guerra salvaje de aquellos períodos que el país que se extiende entre las cabeceras del Hudson y los lagos adyacentes.

Las facilidades que la naturaleza había ofrecido allí para la marcha de los combatientes eran demasiado obvias para ser desatendidas. La alargada lámina del Champlain se extendía desde las fronteras de Canadá, adentrán-

dose profundamente en los confines de la vecina provincia de Nueva York, formando un pasaje natural a través de la mitad de la distancia que los franceses se veían obligados a dominar para atacar a sus enemigos. Cerca de su extremo sur, recibía las contribuciones de otro lago, cuyas aguas eran tan límpidas que habían sido seleccionadas exclusivamente por los misioneros jesuitas para realizar la purificación típica del bautismo, y para obtener para él el título de lago «du Saint Sacrement». Los menos celosos ingleses pensaron que conferirían un honor suficiente a sus inmaculadas fuentes cuando le otorgaron el nombre de su príncipe reinante, el segundo de la casa de Hannover. Los dos se unieron para robar a los incultos poseedores de su paisaje boscoso su derecho nativo a perpetuar su apelación original de «Horican».¹

¹ Como cada nación de indios tenía su lengua o su dialecto, usualmente daban nombres diferentes a los mismos lugares, aunque casi todas sus apelaciones eran descriptivas del objeto. Así, una traducción literal del nombre de esta hermosa masa de agua, usada por la tribu que habitaba en sus orillas, sería «La Cola del Lago». El lago George, como se le llama vulgarmente, y ahora, de hecho, legalmente, forma una especie de cola del lago Champlain, cuando se ve en el mapa. De ahí el nombre.

Serpenteando entre innumerables islas y encajado entre montañas, el «lago sagrado» se extendía una docena de leguas más hacia el sur. Con la alta llanura que allí se interponía al paso ulterior del agua, comenzaba un portage de otras tantas millas, que conducía al aventurero a las orillas del Hudson, en un punto donde, con las obstrucciones habituales de los rápidos, o *riffts*, como se les llamaba entonces en el lenguaje del país, el río se volvía navegable hasta la marea.

Mientras que, en la persecución de sus audaces planes de hostigamiento, la inquieta empresa de los franceses incluso intentó los distantes y difíciles desfiladeros del Alleghany, es fácil imaginar que su proverbial agudeza no pasaría por alto las ventajas naturales del distrito que acabamos de describir. Se convirtió, enfáticamente, en la arena sangrienta en la que se disputaron la mayoría de las batallas por el dominio de las colonias. Se erigieron fuertes en los diferentes puntos que dominaban las facilidades de la ruta, y fueron tomados y retomados, arrasados y reconstruidos, según la victoria se posaba en los estandartes hostiles. Mientras el labrador se retiraba de los peligrosos pasos, dentro de los límites más seguros de los asentamientos

más antiguos, se veían ejércitos más grandes que los que a menudo habían dispuesto de los cetros de las metrópolis, sepultarse en estos bosques, de donde raramente regresaban sino en bandas esqueléticas, demacradas por las penalidades o abatidas por la derrota. Aunque las artes de la paz eran desconocidas en esta región fatal, sus bosques estaban vivos de hombres; sus sombras y cañadas resonaban con los sonos de la música marcial, y los ecos de sus montañas devolvían la risa, o repetían el grito desenfrenado, de muchos jóvenes galantes y temerarios, mientras se apresuraban por ellas, en el apogeo de sus espíritus, para sumirse en una larga noche de olvido.

Fue en este escenario de lucha y derramamiento de sangre donde ocurrieron los incidentes que intentaremos relatar, durante el tercer año de la guerra que Inglaterra y Francia libraron por última vez por la posesión de un país que ninguna de las dos estaba destinada a retener.

La imbecilidad de sus líderes militares en el extranjero, y la fatal falta de energía en sus consejos en casa, habían rebajado el prestigio de Gran Bretaña desde la orgullosa elevación en que la habían colocado los talentos y la iniciativa de sus antiguos guerreros y estadistas. Ya no temida por sus enemigos, sus servidores estaban perdiendo rápidamente la confianza en sí mismos. En esta humillante postración, los colonos, aunque inocentes de su imbecilidad, y demasiado humildes para ser los agentes de sus torpezas, no eran sino los partícipes naturales. Habían visto recientemente a un ejército escogido de aquel país, que, reverenciando como a una madre, habían creído ciegamente invencible —un ejército dirigido por un jefe que había sido seleccionado de entre una multitud de guerreros entrenados por sus raras dotes militares—, vergonzosamente derrotado por un puñado de franceses e indios, y salvado de la aniquilación solo por la serenidad y el espíritu de un joven de Virginia, cuya fama posterior se ha difundido desde entonces, con la firme influencia de la verdad moral, hasta los confines más remotos de la cristiandad.² Una amplia frontera había quedado desprotegida por este desastre inesperado, y males más sustanciales fueron precedidos por mil peligros fantásticos e imaginarios. Los alarmados colonos creían que los aullidos de los salvajes se mezclaban con cada ráfaga de viento que surgía de los interminables bosques del oeste. El carácter terrorífico de sus despiadados enemigos aumentaba inconmensurablemente los horrores naturales de la guerra. Innumerables masacres recientes estaban aún vivas en sus recuerdos; ni había oído en las provincias tan sordo como para no haber bebido

con avidez la narrativa de algún espantoso relato de asesinato a medianoche, en el que los nativos de los bosques eran los actores principales y bárbaros. A medida que el crédulo y excitado viajero relataba los azares peligrosos de las tierras vírgenes, la sangre de los tímidos se helaba de terror, y las madres lanzaban miradas ansiosas incluso a aquellos niños que dormían en la seguridad de las ciudades más grandes. En resumen, la influencia magnificadora del miedo comenzaba a anular los cálculos de la razón, y a convertir a aquellos que deberían haber recordado su hombría en esclavos de las más bajas pasiones. Incluso los corazones más confiados y más valientes comenzaban a pensar que el resultado de la contienda se estaba volviendo dudoso; y aquella clase abyecta aumentaba por horas en número, quienes creían prever todas las posesiones de la corona inglesa en América sometidas por sus enemigos cristianos, o asoladas por las incursiones de sus implacables aliados.

² Washington, quien, después de amonestar inútilmente al general europeo sobre el peligro en el que se estaba metiendo negligentemente, salvó los restos del ejército británico en esta ocasión por su decisión y coraje. La reputación ganada por Washington en esta batalla fue la causa principal de que fuera seleccionado para comandar los ejércitos americanos en una fecha posterior. Es una circunstancia digna de observación que, mientras toda América resonaba con su bien merecida reputación, su nombre no aparece en ningún relato europeo de la batalla; al menos el autor lo ha buscado sin éxito. De esta manera la metrópoli absorbe incluso la fama, bajo ese sistema de gobierno.

Cuando, por lo tanto, se recibió en el fuerte que cubría el extremo sur del portage entre el Hudson y los lagos, la noticia de que Montcalm había sido visto avanzando por el Champlain, con un ejército «numeroso como las hojas de los árboles», su veracidad fue admitida más con la cobarde renuencia del miedo que con la severa alegría que un guerrero debería sentir al encontrar a un enemigo al alcance de su golpe. La noticia había sido traída, hacia el declinar de un día de pleno verano, por un corredor indio, que también portaba una urgente petición de Munro, el comandante de una fortificación a orillas del «lago sagrado», de un refuerzo rápido y poderoso. Ya se ha mencionado que la distancia entre estos dos puestos era de menos de cinco leguas. El tosco sendero, que originalmente formaba su línea de comunicación, había sido ensanchado para el paso de carretas; de modo que la dis-

tancia que había sido recorrida por el hijo del bosque en dos horas, podría ser efectuada fácilmente por un destacamento de tropas, con su bagaje necesario, entre la salida y la puesta de un sol de verano. Los leales servidores de la corona británica habían dado a una de estas fortalezas del bosque el nombre de William Henry, y a la otra el de Fuerte Edward, llamando a cada una por un príncipe favorito de la familia reinante. El veterano escocés recién nombrado ocupaba la primera, con un regimiento de regulares y unos pocos provinciales; una fuerza realmente demasiado pequeña para hacer frente al formidable poder que Montcalm conducía al pie de sus montículos de tierra. En la última, sin embargo, se encontraba el general Webb, que comandaba los ejércitos del rey en las provincias del norte, con un cuerpo de más de cinco mil hombres. Uniendo los diversos destacamentos de su mando, este oficial podría haber dispuesto casi el doble de ese número de combatientes contra el emprendedor francés, que se había aventurado tan lejos de sus refuerzos, con un ejército apenas superior en número.

Pero bajo la influencia de su degradada fortuna, tanto oficiales como soldados parecían mejor dispuestos a esperar el acercamiento de sus formidables antagonistas dentro de sus fortificaciones, que a resistir el progreso de su marcha, emulando el exitoso ejemplo de los franceses en el Fuerte du Quesne, y asestando un golpe a su avance.

Después de que la primera sorpresa de la noticia se hubo calmado un poco, se extendió un rumor por el campamento atrincherado, que se extendía a lo largo del margen del Hudson, formando una cadena de obras exteriores al cuerpo del fuerte mismo, de que un destacamento escogido de mil quinientos hombres partiría, con el alba, hacia William Henry, el puesto en el extremo norte del portage. Lo que al principio fue solo un rumor, pronto se convirtió en certeza, a medida que las órdenes pasaban de los cuarteles del comandante en jefe a los diversos cuerpos que había seleccionado para este servicio, para que se prepararan para su pronta partida. Todas las dudas sobre la intención de Webb se desvanecieron, y siguieron una o dos horas de pasos apresurados y rostros ansiosos. El novato en el arte militar volaba de un punto a otro, retrasando sus propios preparativos por el exceso de su celo violento y algo destemplado; mientras que el veterano más experimentado hacía sus arreglos con una deliberación que despreciaba toda apariencia de prisa; aunque sus sobrios rasgos y su ojo ansioso delataban suficientemente que no sentía un gusto profesional muy fuerte por

la, hasta entonces, no probada y temida guerra de las tierras vírgenes. Finalmente, el sol se puso en un torrente de gloria, detrás de las distantes colinas del oeste, y a medida que la oscuridad extendía su velo alrededor del lugar aislado, los sonidos de la preparación disminuyeron; la última luz finalmente desapareció de la cabaña de troncos de algún oficial; los árboles proyectaron sus sombras más profundas sobre los montículos y el arroyo ondulante, y un silencio pronto invadió el campamento, tan profundo como el que reinaba en el vasto bosque que lo rodeaba.

De acuerdo con las órdenes de la noche anterior, el pesado sueño del ejército fue interrumpido por el redoble de los tambores de advertencia, cuyos ecos resonantes se oyeron salir, en el aire húmedo de la mañana, de cada vista de los bosques, justo cuando el día comenzaba a dibujar los contornos hirsutos de algunos altos pinos de la vecindad, sobre el brillo naciente de un cielo oriental suave y sin nubes. En un instante, todo el campamento estaba en movimiento; el soldado más humilde despertando de su lecho para presenciar la partida de sus camaradas, y para compartir la excitación y los incidentes de la hora. La sencilla formación de la banda elegida se completó pronto. Mientras los mercenarios regulares y entrenados del rey marchaban con altivez a la derecha de la línea, los colonos menos pretenciosos tomaron su posición más humilde a la izquierda, con una docilidad que la larga práctica había hecho fácil. Los exploradores partieron; fuertes guardias precedían y seguían a los pesados vehículos que transportaban el bagaje; y antes de que la luz gris de la mañana fuera suavizada por los rayos del sol, el cuerpo principal de los combatientes giró en columna y abandonó el campamento con una muestra de alta compostura militar, que sirvió para ahogar las aprensiones adormecidas de muchos novatos, que ahora estaban a punto de hacer su primer ensayo en las armas. Mientras estaban a la vista de sus admirados camaradas, se observó el mismo frente orgulloso y la misma formación ordenada, hasta que las notas de sus pífanos, haciéndose más débiles en la distancia, el bosque finalmente pareció engullir a la masa viviente que había entrado lentamente en su seno.

Los sonidos más profundos de la columna en retirada e invisible habían dejado de ser llevados por la brisa a los que escuchaban, y el último rezagado ya había desaparecido en su persecución; pero aún quedaban las señales de otra partida, ante una cabaña de troncos de tamaño y comodidades inusuales, frente a la cual aquellos centinelas hacían sus rondas, que se

sabía que custodiaban la persona del general inglés. En este lugar se habían reunido media docena de caballos, enjaezados de una manera que mostraba que dos, al menos, estaban destinados a llevar a personas de sexo femenino, de un rango que no era usual encontrar tan adentro en las selvas del país. Un tercero llevaba arreos y armas de un oficial del estado mayor; mientras que el resto, por la sencillez de las gualdrapas y las maletas de viaje con las que estaban cargados, estaban evidentemente acondicionados para la recepción de otros tantos sirvientes, que, al parecer, ya esperaban el placer de aquellos a quienes servían. A una distancia respetuosa de este espectáculo inusual, se habían reunido diversos grupos de curiosos ociosos; algunos admirando la sangre y el hueso del brioso corcel militar, y otros contemplando los preparativos, con el torpe asombro de la curiosidad vulgar. Había un hombre, sin embargo, que, por su semblante y sus acciones, formaba una marcada excepción a los que componían esta última clase de espectadores, no siendo ni ocioso, ni aparentemente muy ignorante.

La persona de este individuo era en extremo desgarbada, sin estar de ninguna manera particular deformada. Tenía todos los huesos y articulaciones de los otros hombres, sin ninguna de sus proporciones. De pie, su estatura sobrepasaba la de sus semejantes; aunque sentado, parecía reducido a los límites ordinarios de la raza. La misma contrariedad en sus miembros parecía existir en todo el hombre. Su cabeza era grande; sus hombros estrechos; sus brazos largos y colgantes; mientras que sus manos eran pequeñas, si no delicadas. Sus piernas y muslos eran delgados, casi hasta la emaciación, pero de una longitud extraordinaria; y sus rodillas habrían sido consideradas tremendas, si no hubieran sido superadas por los cimientos más anchos sobre los que esta falsa superestructura de órdenes humanos mezclados estaba tan profanamente erigida. El atuendo mal combinado e imprudente del individuo solo servía para hacer su torpeza más conspicua. Una casaca azul cielo, con faldones cortos y anchos y cuello bajo, exponía un cuello largo y delgado, y piernas más largas y delgadas, a las peores críticas de los mal dispuestos. Su prenda inferior era un nankín amarillo, ajustado a la forma, y atado en sus prominentes rodillas por grandes nudos de cinta blanca, bastante manchada por el uso. Medias de algodón jaspeado y zapatos, en uno de los cuales había una espuela plateada, completaban el atuendo de la extremidad inferior de esta figura, de la que no se ocultaba ninguna curva o ángulo, sino que, por el contrario, se exhibía estudiosamente, por la vanidad o la sencillez de su dueño.

De debajo de la solapa de un enorme bolsillo de un chaleco sucio de seda estampada, profusamente ornamentado con encaje de plata deslucido, sobresalía un instrumento que, al ser visto en tan marcial compañía, podría haber sido fácilmente confundido con algún artefacto de guerra malicioso y desconocido. Por pequeño que fuera, este insólito artilugio había excitado la curiosidad de la mayoría de los europeos en el campamento, aunque se vio a varios de los provinciales manejarlo, no solo sin miedo, sino con la máxima familiaridad. Un gran sombrero de tres picos, como los que usaban los clérigos en los últimos treinta años, coronaba el conjunto, proporcionando dignidad a un semblante bondadoso y algo vacío, que aparentemente necesitaba tal ayuda artificial para sostener la gravedad de algún alto y extraordinario encargo.

Mientras la turba común se mantenía a distancia, en deferencia a los aposentos de Webb, la figura que hemos descrito entró con paso firme en medio de los domésticos, expresando libremente sus censuras o elogios sobre los méritos de los caballos, según por casualidad disgustaran o satisficieran su juicio.

—Esta bestia, más bien concluyo, amigo, no es de crianza local, sino de tierras extranjeras, o quizás de la pequeña isla misma al otro lado del agua azul —dijo, con una voz tan notable por la suavidad y dulzura de sus tonos, como lo era su persona por sus raras proporciones—. Puedo hablar de estas cosas, y no ser un fanfarrón; pues he estado en ambos puertos; el que está situado en la desembocadura del Támesis, y que lleva el nombre de la capital de la Vieja Inglaterra, y el que se llama ‘Haven’, con la adición de la palabra ‘New’; y he visto las gabarras y los bergantines reuniendo sus rebaños, como la congregación ante el arca, zarpando hacia la isla de Jamaica, con el propósito de trueque y tráfico de animales cuadrúpedos; pero nunca antes he contemplado una bestia que verificara el verdadero caballo de guerra de las escrituras como esta: "Escarba en el valle, y se regocija en su fuerza; sale al encuentro de los hombres armados. Dice entre las trompetas: ¡Ja, ja!; y huele la batalla de lejos, el trueno de los capitanes y el griterío". Parecería que la estirpe del caballo de Israel ha descendido hasta nuestros tiempos; ¿no es así, amigo?

Al no recibir respuesta a este extraordinario llamamiento, que en verdad, al ser pronunciado con el vigor de tonos plenos y sonoros, merecía algún tipo de atención, aquel que así había cantado el lenguaje del libro sagrado

se volvió hacia la figura silenciosa a la que se había dirigido sin saberlo, y encontró un nuevo y más poderoso motivo de admiración en el objeto que encontró su mirada. Sus ojos se posaron en la forma quieta, erguida y rígida del «corredor indio», que había llevado al campamento la ingrata noticia de la tarde anterior. Aunque en un estado de perfecto reposo, y aparentemente ignorando, con estoicismo característico, la excitación y el bullicio a su alrededor, había una ferocidad hosca mezclada con la quietud del salvaje, que probablemente arrestaría la atención de ojos mucho más experimentados que los que ahora lo escrutaban, con asombro manifiesto. El nativo llevaba tanto el tomahawk como el cuchillo de su tribu; y sin embargo, su apariencia no era del todo la de un guerrero. Por el contrario, había un aire de descuido en su persona, como el que podría haber procedido de un gran y reciente esfuerzo, que aún no había tenido tiempo de reparar. Los colores de la pintura de guerra se habían mezclado en oscura confusión sobre su fiero semblante, y hacían sus facciones morenas aún más salvajes y repulsivas que si el arte hubiera intentado un efecto que así se había producido por casualidad. Solo su ojo, que brillaba como una estrella ígnea en medio de nubes amenazantes, se veía en su estado de salvaje nativo. Por un solo instante su mirada escrutadora y a la vez cautelosa se encontró con la mirada asombrada del otro, y luego, cambiando de dirección, en parte con astucia y en parte con desdén, permaneció fija, como si penetrara el aire distante.

Es imposible decir qué observación inesperada esta breve y silenciosa comunicación entre dos hombres tan singulares podría haber suscitado en el hombre blanco, si su activa curiosidad no hubiera sido atraída de nuevo hacia otros objetos. Un movimiento general entre los domésticos y un bajo sonido de voces suaves anunciaron la llegada de aquellos cuya presencia era lo único que faltaba para que la cabalgata se pusiera en marcha. El simple admirador del caballo de guerra retrocedió al instante hacia una yegua flaca, desgarrada y de cola de látigo, que inconscientemente espigaba la hierba marchita del campamento cercano; donde, apoyado con un codo en la manta que ocultaba una excusa de silla de montar, se convirtió en espectador de la partida, mientras un potro tomaba tranquilamente su desayuno matutino al otro lado del mismo animal.

Un joven, vestido de oficial, condujo a sus monturas a dos mujeres que, como era evidente por sus vestidos, estaban preparadas para afrontar las fatigas de un viaje por los bosques. Una, y era la más juvenil en apariencia,

aunque ambas eran jóvenes, permitía entrever destellos de su tez deslumbrante, su cabello rubio dorado y sus brillantes ojos azules, mientras dejaba con naturalidad que el aire matutino apartara el velo verde que descendía bajo desde su sombrero de castor.

El rubor que aún persistía sobre los pinos en el cielo del oeste no era más brillante ni delicado que el color de su mejilla; ni el día naciente más alegre que la sonrisa animada que dedicó al joven, mientras la ayudaba a subir a la silla. La otra, que parecía compartir por igual la atención del joven oficial, ocultaba sus encantos a la mirada de la soldadesca con un cuidado que parecía más propio de la experiencia de cuatro o cinco años adicionales. Se podía ver, sin embargo, que su persona, aunque moldeada con las mismas proporciones exquisitas, de las que ninguna de las gracias se perdía por el vestido de viaje que llevaba, era algo más llena y madura que la de su compañera.

Tan pronto como estas mujeres estuvieron sentadas, su acompañante saltó ágilmente a la silla del caballo de guerra, momento en el cual los tres se inclinaron ante Webb, quien, por cortesía, esperaba su partida en el umbral de su cabaña, y volviendo las cabezas de sus caballos, procedieron a un lento amblar, seguidos por su séquito, hacia la entrada norte del campamento. Mientras atravesaban esa corta distancia, no se oyó ni una voz entre ellos; pero una ligera exclamación procedió de la más joven de las mujeres, cuando el corredor indio se deslizó junto a ella, inesperadamente, y abrió el camino por la carretera militar frente a ella. Aunque este súbito y sorprendente movimiento del indio no produjo ningún sonido en la otra, en la sorpresa su velo también se abrió, y traicionó una mirada indescriptible de piedad, admiración y horror, mientras su ojo oscuro seguía los fáciles movimientos del salvaje. Las trenzas de esta dama eran brillantes y negras, como el plumaje del cuervo. Su tez no era morena, sino que más bien parecía cargada del color de la rica sangre, que parecía a punto de reventar sus límites. Y sin embargo, no había ni tosquedad ni falta de matices en un semblante que era exquisitamente regular, y digno, y soberanamente hermoso. Sonrió, como compadeciéndose de su propio olvido momentáneo, descubriendo con el acto una hilera de dientes que habría avergonzado al más puro marfil; luego, volviendo a colocar el velo, inclinó el rostro y cabalgó en silencio, como quien tiene los pensamientos abstraídos de la escena que la rodeaba.

CAPÍTULO II

¡Sola, sola, wo ha, ho, sola!

—Shakespeare

Mientras uno de los seres encantadores que tan someramente hemos presentado al lector estaba así perdido en sus pensamientos, el otro se recuperó rápidamente de la alarma que indujo la exclamación y, riéndose de su propia debilidad, preguntó al joven que cabalgaba a su lado:

—¿Son frecuentes tales espectros en los bosques, Heyward, o es esta visión un entretenimiento especial ordenado en nuestro honor? Si es lo segundo, la gratitud debe cerrar nuestras bocas; pero si es lo primero, tanto Cora como yo necesitaremos echar mano abundantemente de esa reserva de coraje hereditario de la que presumimos, incluso antes de que nos hagan encontrar al redomado Montcalm.

—Ese indio es un «corredor» del ejército; y, a la manera de su gente, puede ser considerado un héroe —respondió el oficial—. Se ha ofrecido a guiarnos hasta el lago por un sendero poco conocido, más rápido que si siguiéramos los lentos movimientos de la columna; y, por consiguiente, más agradablemente.

—No me gusta —dijo la dama, estremeciéndose, en parte con terror fingido, pero más aún con terror real—. Lo conoces, Duncan, ¿o no te confiarías tan libremente a su custodia?

—Di más bien, Alice, que no te confiaría a ti. Lo conozco, o no tendría mi confianza, y menos en este momento. Se dice que también es canadiense; y sin embargo, sirvió con nuestros amigos los mohawks, que, como sabes, son una de las seis naciones aliadas. Fue traído entre nosotros, según he oído, por algún extraño accidente en el que tu padre estuvo interesado, y

en el que el salvaje fue tratado con rigidez; pero olvido el cuento ocioso, basta con que ahora sea nuestro amigo.

— ¡Si ha sido enemigo de mi padre, me gusta aún menos! —exclamó la ahora realmente ansiosa joven—. ¿No le hablarás, mayor Heyward, para que pueda oír sus tonos? Por tonto que sea, ¡a menudo me has oído profesar mi fe en los tonos de la voz humana!

— Sería en vano; y respondido, muy probablemente, con una eyaculación. Aunque pueda entenderlo, finge, como la mayoría de su gente, ignorar el inglés; y menos que nunca se dignará a hablarlo, ahora que la guerra exige el máximo ejercicio de su dignidad. Pero se detiene; el sendero privado por el que vamos a viajar está, sin duda, a mano.

La conjetura del mayor Heyward era cierta. Cuando llegaron al lugar donde el indio estaba de pie, señalando hacia la espesura que bordeaba el camino militar, se hizo visible un sendero estrecho y oculto, que podía, con alguna pequeña incomodidad, acoger a una persona a la vez.

— Aquí, pues, yace nuestro camino —dijo el joven en voz baja—. No manifestéis desconfianza, o podríais invitar al peligro que parecéis temer.

— Cora, ¿qué piensas? —preguntó la reacia joven—. Si viajamos con las tropas, aunque podamos encontrar su presencia molesta, ¿no sentiremos mayor seguridad?

— Estando poco acostumbrada a las prácticas de los salvajes, Alice, te equivocas sobre el lugar del verdadero peligro —dijo Heyward—. Si los enemigos han llegado al portage, cosa nada probable, ya que nuestros exploradores están fuera, seguramente se les encontrará bordeando la columna, donde más abundan las cabelleras. La ruta del destacamento es conocida, mientras que la nuestra, habiendo sido determinada hace una hora, debe ser todavía secreta.

— ¿Deberíamos desconfiar del hombre porque sus modales no son los nuestros, y su piel es oscura? —preguntó fríamente Cora.

Alice no dudó más; sino que, dándole a su Narragansett¹ un fuerte latigazo, fue la primera en apartar las delgadas ramas de los arbustos y seguir al corredor por el oscuro y enmarañado sendero. El joven contempló a la última que había hablado con abierta admiración, e incluso permitió que su compañera más rubia, aunque ciertamente no más hermosa, procediera sin

acompañamiento, mientras él mismo abría sedulosamente el camino para el paso de aquella a quien se ha llamado Cora. Parecería que los domésticos habían sido instruidos previamente; pues, en lugar de penetrar en la espesura, siguieron la ruta de la columna; una medida que, según Heyward, había sido dictada por la sagacidad de su guía, para disminuir las marcas de su rastro, por si acaso los salvajes canadienses estuvieran al acecho tan adelante de su ejército. Durante muchos minutos, la complejidad de la ruta no admitió más diálogo; después de lo cual emergieron de la ancha franja de maleza que crecía a lo largo de la línea del camino, y entraron bajo los altos pero oscuros arcos del bosque. Aquí su progreso fue menos interrumpido; y en el instante en que el guía percibió que las mujeres podían dominar sus corceles, avanzó, a un paso entre trote y caminata, y a un ritmo que mantenía a los peculiares animales de paso seguro que montaban en un amblar rápido pero fácil. El joven se había vuelto para hablar con la morena Cora, cuando el distante sonido de cascos de caballos, resonando sobre las raíces del camino roto a su espalda, le hizo detener su cargador; y, mientras sus compañeras tiraban de las riendas en el mismo instante, todo el grupo se detuvo, para obtener una explicación de la inesperada interrupción.

¹ En el estado de Rhode Island hay una bahía llamada Narragansett, así llamada por una poderosa tribu de indios que antiguamente habitaba en sus orillas. El accidente, o uno de esos caprichos inexplicables que la naturaleza a veces juega en el mundo animal, dio origen a una raza de caballos que una vez fue bien conocida en América, y distinguida por su hábito de amblar. Los caballos de esta raza eran, y son todavía, muy solicitados como caballos de silla, por su resistencia y la facilidad de sus movimientos. Como también eran de paso seguro, los Narragansetts eran muy buscados por las mujeres que se veían obligadas a viajar sobre las raíces y los baches de los «nuevos países».

En pocos momentos se vio a un potro deslizándose, como un gamo, entre los troncos rectos de los pinos; y, en otro instante, la persona del hombre desgarbado, descrito en el capítulo anterior, apareció a la vista, con tanta rapidez como pudo excitar a su magra bestia a soportar sin llegar a una ruptura abierta. Hasta ahora, este personaje había escapado a la observación de los viajeros. Si poseía el poder de atraer cualquier mirada errante al exhibir las glorias de su altitud a pie, sus gracias ecuestres eran aún más propensas a llamar la atención.

A pesar de una aplicación constante de su único talón armado a los flancos de la yegua, el paso más confirmado que pudo establecer fue un galope de Canterbury con las patas traseras, en el que las más adelantadas ayudaban en momentos dudosos, aunque generalmente se contentaban con mantener un trote saltarín. Quizás la rapidez de los cambios de uno de estos pasos al otro creaba una ilusión óptica, que podría magnificar así los poderes de la bestia; pues es cierto que Heyward, que poseía un ojo certero para los méritos de un caballo, fue incapaz, con toda su ingenuidad, de decidir por qué tipo de movimiento su perseguidor se abría paso sinuosamente tras sus huellas con tan perseverante audacia.

La diligencia y los movimientos del jinete no eran menos notables que los de la cabalgadura. A cada cambio en las evoluciones de esta última, el primero levantaba su alta persona en los estribos; produciendo, de esta manera, por la elongación indebida de sus piernas, crecimientos y disminuciones tan repentinos de la estatura, que desconcertaban toda conjetura que pudiera hacerse sobre sus dimensiones. Si a esto se añade el hecho de que, como consecuencia de la aplicación *ex parte* de la espuela, un lado de la yegua parecía viajar más rápido que el otro; y que el flanco agraviado era resueltamente indicado por incesantes florituras de una cola tupida, terminamos el cuadro tanto del caballo como del hombre.

El ceño que se había fruncido en la hermosa, abierta y varonil frente de Heyward, se relajó gradualmente, y sus labios se curvaron en una ligera sonrisa, mientras contemplaba al extraño. Alice no hizo un esfuerzo muy poderoso para controlar su regocijo; e incluso el ojo oscuro y pensativo de Cora se iluminó con un humor que, al parecer, el hábito, más que la naturaleza de su dueña, reprimía.

—¿Buscáis a alguien aquí? —demandó Heyward, cuando el otro había llegado lo suficientemente cerca como para reducir su velocidad—. Confío en que no sois mensajero de malas noticias.

—Así es —replicó el extraño, haciendo un uso diligente de su sombrero de tres picos para producir una circulación en el aire denso del bosque, y dejando a sus oyentes en duda sobre a cuál de las preguntas del joven respondía; cuando, sin embargo, se hubo enfriado el rostro y recuperado el aliento, continuó—: Oigo que cabalgáis hacia William Henry; como yo

mismo viaje hacia allá, concluí que la buena compañía parecería consistente con los deseos de ambas partes.

—Parecéis poseer el privilegio de un voto de calidad —respondió Heyward—; somos tres, mientras que vos no habéis consultado a nadie más que a vos mismo.

—Así es. El primer punto a obtener es conocer la propia mente. Una vez seguro de eso, y cuando se trata de mujeres no es fácil, lo siguiente es actuar de acuerdo con la decisión. He procurado hacer ambas cosas, y aquí estoy.

—Si viajáis al lago, os habéis equivocado de ruta —dijo Heyward, altanamente—; el camino principal hacia allá está al menos a media milla detrás de vos.

—Así es —respondió el extraño, nada intimidado por esta fría recepción—; he permanecido en ‘Edward’ una semana, y sería mudo si no hubiera preguntado el camino que debía recorrer; y si fuera mudo, se acabaría mi vocación. —Después de sonreír de manera afectada, como alguien cuya modestia prohibía una expresión más abierta de su admiración por un chiste que era perfectamente ininteligible para sus oyentes, continuó—: No es prudente para nadie de mi profesión ser demasiado familiar con aquellos a quienes tiene que instruir; por cuya razón no sigo la línea del ejército; además de lo cual, concluyo que un caballero de vuestro carácter tiene el mejor juicio en asuntos de viaje; he decidido, por lo tanto, unirme a la compañía, para que el viaje se haga agradable y participe de la comunión social.

—¡Una decisión de lo más arbitraria, si no precipitada! —exclamó Heyward, indeciso entre dar rienda suelta a su creciente ira o reírse en la cara del otro—. Pero habláis de instrucción, y de una profesión; ¿sois un adjunto del cuerpo provincial, como maestro de la noble ciencia de la defensa y la ofensa; o, quizás, sois uno que traza líneas y ángulos, con el pretexto de exponer las matemáticas?

El extraño miró a su interrogador un momento con asombro; y luego, perdiendo toda marca de autosatisfacción en una expresión de solemne humildad, respondió:

—De ofensa, espero que no haya ninguna, para ninguna de las partes; de defensa, no hago ninguna —por la buena misericordia de Dios, no habiendo

cometido ningún pecado palpable desde la última vez que imploré su gracia perdonadora. No entiendo vuestras alusiones sobre líneas y ángulos; y dejo la exposición a aquellos que han sido llamados y apartados para ese santo oficio. No reclamo don más alto que una pequeña perspicacia en el glorioso arte de la petición y la acción de gracias, tal como se practica en la salmodia.

—El hombre es, manifiestamente, un discípulo de Apolo —exclamó la divertida Alice—, y lo tomo bajo mi especial protección. No, quita ese ceño, Heyward, y por piedad a mis anhelantes oídos, permítele viajar en nuestro séquito. Además —añadió, en voz baja y apresurada, lanzando una mirada a la distante Cora, que seguía lentamente los pasos de su silencioso pero hosco guía—, puede ser un amigo añadido a nuestra fuerza, en tiempo de necesidad.

—¿Crees, Alice, que confiaría a quienes amo por este sendero secreto, si imaginara que tal necesidad pudiera ocurrir?

—No, no, no pienso en ello ahora; pero este hombre extraño me divierte; y si "tiene música en su alma", no rechacemos su compañía con rudeza. — Señaló persuasivamente a lo largo del sendero con su fusta, mientras sus miradas se encontraban en una que el joven se demoró un momento en prolongar; luego, cediendo a su gentil influencia, clavó las espuelas en su corcel, y en unos pocos saltos estuvo de nuevo al lado de Cora.

—Me alegro de encontraros, amigo —continuó la doncella, haciendo un gesto con la mano al extraño para que prosiguiera, mientras instaba a su Narragansett a reanudar su amblar—. Parientes parciales casi me han persuadido de que no soy del todo inútil en un dúo yo misma; y podemos amenizar nuestro viaje entregándonos a nuestra ocupación favorita. Podría ser de singular ventaja para una ignorante como yo, oír las opiniones y la experiencia de un maestro en el arte.

—Es refrescante tanto para el espíritu como para el cuerpo entregarse a la salmodia, en las estaciones apropiadas —respondió el maestro de canto, cumpliendo sin vacilar con su insinuación de seguir—; y nada aliviaría más la mente que una comunión tan consoladora. Pero cuatro partes son absolutamente necesarias para la perfección de la melodía. Vos tenéis todas las manifestaciones de una tiple suave y rica; yo puedo, con ayuda especial, llevar un tenor pleno hasta la nota más alta; ¡pero nos faltan contralto y bajo!

Ese oficial del rey, que dudó en admitirme en su compañía, podría llenar este último, si se puede juzgar por las entonaciones de su voz en el diálogo común.

—No juzguéis demasiado precipitadamente por apariencias apresuradas y engañosas —dijo la dama, sonriendo—; aunque el mayor Heyward puede asumir notas tan graves en ocasiones, creedme, sus tonos naturales son más adecuados para un tenor meloso que para el bajo que oísteis.

—¿Está, entonces, muy practicado en el arte de la salmodia? —demandó su simple compañero.

Alice sintió ganas de reír, aunque logró reprimir su regocijo, antes de responder:

—Me temo que es más bien adicto a la canción profana. Las vicisitudes de la vida de un soldado son poco adecuadas para el fomento de inclinaciones más sobrias.

—La voz del hombre le es dada, como sus otros talentos, para ser usada, y no para ser abusada. ¡Nadie puede decir que me haya conocido descuidar mis dones! Estoy agradecido de que, aunque se puede decir que mi niñez fue apartada, como la juventud del real David, para los propósitos de la música, ninguna sílaba de verso rudo ha profanado jamás mis labios.

—¿Habéis, entonces, limitado vuestros esfuerzos al canto sagrado?

—Así es. Como los salmos de David exceden todo otro lenguaje, así la salmodia que ha sido adaptada a ellos por los teólogos y sabios de la tierra, sobrepasa toda poesía vana. Felizmente, puedo decir que no pronuncio sino los pensamientos y los deseos del mismo Rey de Israel; pues aunque los tiempos puedan exigir algunos ligeros cambios, sin embargo, esta versión que usamos en las colonias de Nueva Inglaterra excede tanto a todas las demás versiones, que, por su riqueza, su exactitud y su simplicidad espiritual, se acerca, tanto como es posible, a la gran obra del escritor inspirado. Nunca permanezco en ningún lugar, durmiendo o despierto, sin un ejemplar de esta obra dotada. Es la vigésima sexta edición, promulgada en Boston, Anno Domini 1744; y se titula: "Los Salmos, Himnos y Cánticos Espirituales del Antiguo y Nuevo Testamento; fielmente traducidos al metro inglés, para el Uso, Edificación y Consuelo de los Santos, en Público y Privado, especialmente en Nueva Inglaterra".

Durante este elogio a la rara producción de sus poetas nativos, el extraño había sacado el libro de su bolsillo y, ajustándose un par de gafas con montura de hierro a la nariz, abrió el volumen con un cuidado y una veneración adecuados a sus sagrados propósitos. Luego, sin circunloquios ni disculpas, pronunció primero la palabra «Standish», y llevándose a la boca el desconocido artilugio ya descrito, del que extrajo un sonido agudo y estridente, que fue seguido por una octava más baja de su propia voz, comenzó a cantar las siguientes palabras, en tonos plenos, dulces y melodiosos, que desafiaron la música, la poesía e incluso el movimiento incómodo de su mal entrenada bestia:

Cuán bueno es, oh ved,
Y cuán grato es también,
Que en unidad y hermandad,
Los hombres habiten bien.
Es como el óleo singular,
Que de la testa fluyó;
Por la barba de Aarón, hasta bajar
A su túnica llegó.

La entrega de estas hábiles rimas fue acompañada, por parte del extraño, por una subida y bajada regular de su mano derecha, que terminaba en el descenso, dejando que los dedos se detuvieran un momento en las hojas del pequeño volumen; y en el ascenso, por tal floritura del miembro que solo los iniciados pueden esperar imitar. Parecería que la larga práctica había hecho necesario este acompañamiento manual; pues no cesó hasta que la preposición que el poeta había seleccionado para el cierre de su verso fue debidamente entregada como una palabra de dos sílabas.

Tal innovación en el silencio y el retiro del bosque no podía dejar de atraer los oídos de aquellos que viajaban a tan corta distancia por delante. El indio murmuró unas pocas palabras en un inglés entrecortado a Heyward, quien, a su vez, habló con el extraño; interrumpiendo de inmediato y, por el momento, poniendo fin a sus esfuerzos musicales.

— Aunque no estamos en peligro, la prudencia común nos enseñaría a viajar por esta tierra salvaje de la manera más silenciosa posible. Me perdonaréis, entonces, Alice, si disminuyo vuestros placeres, solicitando a este caballero que posponga su canto hasta una oportunidad más segura.

— Los disminuiréis, ciertamente — respondió la pícara joven — ; pues nunca oí una conjunción más indigna de ejecución y lenguaje que la que he estado escuchando; y estaba muy avanzada en una docta investigación sobre las causas de tal inadecuación entre sonido y sentido, cuando rompiste el encanto de mis cavilaciones con ese bajo tuyo, ¡Duncan!

— No sé a qué llamas mi bajo — dijo Heyward, picado por su comentario — , pero sé que tu seguridad, y la de Cora, me son mucho más queridas que cualquier orquesta de la música de Händel. — Hizo una pausa y volvió la cabeza rápidamente hacia una espesura, y luego clavó sus ojos sospechosamente en su guía, que continuaba su paso firme, con imperturbable gravedad. El joven sonrió para sus adentros, pues creyó haber confundido alguna baya brillante del bosque con los relucientes globos oculares de un salvaje al acecho, y siguió cabalgando, continuando la conversación que había sido interrumpida por el pensamiento pasajero.

El mayor Heyward se equivocó solo al permitir que su orgullo juvenil y generoso suprimiera su activa vigilancia. La cabalgata no había pasado mucho tiempo, antes de que las ramas de los arbustos que formaban la espesura fueran apartadas con cautela, y un rostro humano, tan ferozmente salvaje como el arte tribal y las pasiones desenfrenadas podían hacerlo, se asomó a los pasos en retirada de los viajeros. Un destello de exultación cruzó los rasgos oscuramente pintados del habitante del bosque, mientras trazaba la ruta de sus presuntas víctimas, que cabalgaban inconscientemente hacia adelante, las formas ligeras y gráciles de las mujeres ondeando entre los árboles, en las curvaturas de su camino, seguidas en cada recodo por la figura varonil de Heyward, hasta que, finalmente, la persona informe del maestro de canto se ocultó detrás de los innumerables troncos de árboles, que se alzaban, en líneas oscuras, en el espacio intermedio.

CAPÍTULO III

Antes de que estos campos fueran segados y labrados,

Nuestros ríos fluían hasta el borde colmados;

La melodía de las aguas llenaba

El fresco e ilimitado bosque;

Y torrentes se precipitaban, y arroyuelos jugaban,

Y fuentes brotaban en la sombra.

—Bryant

Dejando al desprevenido Heyward y a sus confiados compañeros penetrar aún más en un bosque que contenía tan traicioneros moradores, debemos usar el privilegio de un autor y trasladar la escena unas pocas millas hacia el oeste del lugar donde los hemos visto por última vez.

Aquel día, dos hombres se demoraban en las orillas de un pequeño pero rápido arroyo, a una hora de viaje del campamento de Webb, como aquellos que esperaban la aparición de una persona ausente, o la llegada de algún acontecimiento esperado. El vasto dosel de los bosques se extendía hasta el margen del río, sobrepasando el agua y sombreando su oscura corriente con un matiz más profundo. Los rayos del sol comenzaban a volverse menos feroces, y el intenso calor del día disminuía, a medida que los vapores más frescos de los manantiales y las fuentes se elevaban sobre sus lechos frondosos y reposaban en la atmósfera. Aún aquel silencio palpitante, que marca el bochorno soñoliento de un paisaje americano en julio, impregnaba el lugar apartado, interrumpido solo por las voces bajas de los hombres, el ocasional y perezoso golpeteo de un pájaro carpintero, el grito discordante de algún vistoso arrendajo, o una hinchazón en el oído, proveniente del sordo rugido de una cascada lejana. Estos sonidos débiles y entrecortados eran, sin embargo, demasiado familiares para los hombres del bosque como para

desviar su atención del asunto más interesante de su diálogo. Mientras que uno de estos holgazanes mostraba la piel roja y los salvajes pertrechos de un nativo de los bosques, el otro exhibía, a través de la máscara de su rudo y casi salvaje equipo, la tez más clara, aunque quemada por el sol y de rostro alargado, de alguien que podría reclamar ascendencia europea. El primero estaba sentado en el extremo de un tronco musgoso, en una postura que le permitía realzar el efecto de su lenguaje vehemente, con los gestos tranquilos pero expresivos de un indio enfrascado en un debate. Su cuerpo, que estaba casi desnudo, presentaba un terrorífico emblema de la muerte, dibujado en colores entremezclados de blanco y negro. Su cabeza, rapada al ras, en la que no se conservaba más cabello que el bien conocido y caballeresco mechón para arrancar la cabellera¹, carecía de adorno de cualquier tipo, con la excepción de una solitaria pluma de águila, que cruzaba su coronilla y pendía sobre el hombro izquierdo. Un tomahawk y un cuchillo de arrancar cabelleras, de fabricación inglesa, estaban en su cinto; mientras que un rifle militar corto, de esa clase con la que la política de los blancos armaba a sus aliados salvajes, yacía descuidadamente sobre su rodilla desnuda y musculosa. El pecho expandido, los miembros bien formados y el semblante grave de este guerrero denotarían que había alcanzado el vigor de sus días, aunque ningún síntoma de decadencia parecía haber debilitado aún su virilidad.

¹ El guerrero norteamericano hacía que le arrancaran el pelo de todo el cuerpo; se dejaba un pequeño mechón en la coronilla, para que su enemigo pudiera valerse de él para arrancar la cabellera en caso de su caída. La cabellera era el único trofeo de victoria admisible. Así, se consideraba más importante obtener la cabellera que matar al hombre. Algunas tribus dan gran importancia al honor de golpear un cuerpo muerto. Estas prácticas casi han desaparecido entre los indios de los estados del Atlántico.

La complexión del hombre blanco, a juzgar por las partes que no ocultaba su ropa, era la de alguien que había conocido penalidades y esfuerzo desde su más temprana juventud. Su persona, aunque musculosa, era más bien atenuada que robusta; pero cada nervio y músculo parecía tensado y endurecido por la incesante exposición y el trabajo. Vestía una camisa de caza de color verde bosque, con flecos de un amarillo desvaído², y una gorra de verano de pieles a las que se les había quitado el pelo. También llevaba un cuchillo en un cinto de wampum, como el que sujetaba las escasas vestiduras del indio, pero no un tomahawk. Sus mocasines estaban orna-

mentados a la alegre usanza de los nativos, mientras que la única parte de su ropa interior que aparecía por debajo de la casaca de caza era un par de polainas de piel de gamo, que se ataban a los lados, y que estaban sujetas por encima de las rodillas con los tendones de un ciervo. Una bolsa y un cuerno de pólvora completaban sus pertrechos personales, aunque un rifle de gran longitud³, que la teoría de los blancos más ingeniosos les había enseñado que era la más peligrosa de todas las armas de fuego, se apoyaba en un arbolillo cercano. El ojo del cazador, o explorador, fuera lo que fuese, era pequeño, rápido, agudo e inquieto, vagando mientras hablaba por todos lados, como en busca de caza, o desconfiando de la repentina aproximación de algún enemigo al acecho. A pesar de los síntomas de sospecha habitual, su semblante no solo carecía de astucia, sino que en el momento en que se le presenta, estaba cargado de una expresión de robusta honestidad.

² La camisa de caza es una pintoresca blusa, más corta y ornamentada con flecos y borlas. Los colores pretenden imitar los tonos del bosque, con vistas al ocultamiento. Muchos cuerpos de fusileros americanos han sido ataviados así, y el atuendo es uno de los más llamativos de los tiempos modernos. La camisa de caza es frecuentemente blanca.

³ El rifle del ejército es corto; el del cazador es siempre largo.

—Incluso vuestras tradiciones ponen el caso a mi favor, Chingachgook —dijo, hablando en la lengua que era conocida por todos los nativos que antiguamente habitaban el país entre el Hudson y el Potomac, y de la cual daremos una traducción libre en beneficio del lector; procurando, al mismo tiempo, preservar algunas de las peculiaridades, tanto del individuo como del lenguaje—. Vuestros padres vinieron del sol poniente, cruzaron el gran río⁴, lucharon contra la gente del país y tomaron la tierra; y los míos vinieron del cielo rojo de la mañana, sobre el lago salado, e hicieron su trabajo de manera muy parecida a la que les habían marcado los vuestros; ¡así que dejemos que Dios juzgue el asunto entre nosotros, y que los amigos se ahorren las palabras!

⁴ El Misisipi. El explorador alude a una tradición que es muy popular entre las tribus de los estados del Atlántico. De estas circunstancias se deduce la evidencia de su origen asiático, aunque una gran incertidumbre se cierne sobre toda la historia de los indios.

—¡Mis padres lucharon con el hombre rojo desnudo! —replicó el indio, severamente, en el mismo idioma—. ¿No hay diferencia, Ojo de Halcón, entre la flecha con punta de piedra del guerrero y la bala de plomo con la que matáis?

—¡Hay razón en un indio, aunque la naturaleza lo haya hecho con una piel roja! —dijo el hombre blanco, sacudiendo la cabeza como alguien en quien tal apelación a su justicia no caía en saco roto. Por un momento pareció ser consciente de tener la peor parte del argumento, luego, recomponiéndose, respondió a la objeción de su antagonista de la mejor manera que su limitada información le permitía:

—No soy un erudito, y no me importa quién lo sepa; pero, a juzgar por lo que he visto, en las cacerías de ciervos y de ardillas, de las chispas de abajo, pensaría que un rifle en manos de sus abuelos no era tan peligroso como podrían serlo un arco de nogal americano y una buena punta de sílex, si se tensara con juicio indio y fuera enviada por un ojo indio.

—Tenéis la historia contada por vuestros padres —respondió el otro, agitando fríamente la mano—. ¿Qué dicen vuestros ancianos? ¿Cuentan a los jóvenes guerreros que los rostros pálidos se encontraron con los hombres rojos, pintados para la guerra y armados con el hacha de piedra y la pistola de madera?

—No soy un hombre con prejuicios, ni uno que se jacta de sus privilegios naturales, aunque el peor enemigo que tengo en la tierra, y es un iroqués, no se atrevería a negar que soy blanco genuino —replicó el explorador, examinando, con secreta satisfacción, el color desvaído de su mano huesuda y musculosa—, y estoy dispuesto a admitir que mi gente tiene muchas costumbres que, como hombre honrado, no puedo aprobar. Una de sus costumbres es escribir en libros lo que han hecho y visto, en lugar de contarlo en sus aldeas, donde la mentira puede ser arrojada a la cara de un fanfarrón cobarde, y el valiente soldado puede llamar a sus camaradas para que testifiquen la verdad de sus palabras. Como consecuencia de esta mala costumbre, un hombre que es demasiado concienzudo para malgastar sus días entre las mujeres, aprendiendo los nombres de las marcas negras, puede que nunca oiga hablar de las hazañas de sus padres, ni sienta el orgullo de esforzarse por superarlos. Por mi parte, concluyo que los Bumppo sabían disparar, pues tengo una habilidad natural con el rifle, que debe haber sido

transmitida de generación en generación, como, según nos dicen nuestros santos mandamientos, se otorgan todos los dones buenos y malos; aunque me resistiría a responder por otras personas en tal asunto. Pero toda historia tiene sus dos lados; así que te pregunto, Chingachgook, ¿qué pasó, según las tradiciones de los hombres rojos, cuando nuestros padres se encontraron por primera vez?

Siguió un minuto de silencio, durante el cual el indio permaneció mudo; luego, lleno de la dignidad de su oficio, comenzó su breve relato, con una solemnidad que servía para realzar su apariencia de verdad.

—Escucha, Ojo de Halcón, y tu oído no beberá mentira. Es lo que mis padres han dicho, y lo que los mohicanos han hecho. —Vaciló un solo instante, y lanzando una mirada cautelosa hacia su compañero, continuó, de una manera que se dividía entre la interrogación y la afirmación—. ¿No corre este arroyo a nuestros pies hacia el verano, hasta que sus aguas se vuelven saladas y la corriente fluye hacia arriba?

—No se puede negar que vuestras tradiciones os dicen la verdad en ambos asuntos —dijo el hombre blanco—; pues he estado allí, y los he visto, aunque por qué el agua, que es tan dulce en la sombra, se vuelve amarga al sol, es una alteración que nunca he podido explicar.

—¡Y la corriente! —demandó el indio, que esperaba su respuesta con esa clase de interés que un hombre siente en la confirmación de un testimonio, del que se maravilla incluso mientras lo respeta—; ¡los padres de Chingachgook no han mentido!

—La Santa Biblia no es más verdadera, y esa es la cosa más verdadera en la naturaleza. A esta corriente río arriba la llaman la marea, que es algo que se explica pronto y está bastante claro. Seis horas las aguas corren hacia adentro, y seis horas corren hacia afuera, y la razón es esta: cuando hay más agua en el mar que en el río, corren hacia adentro hasta que el río llega a ser el más alto, y entonces corre hacia afuera de nuevo.

—Las aguas en los bosques, y en los grandes lagos, corren hacia abajo hasta que yacen como mi mano —dijo el indio, extendiendo la extremidad horizontalmente ante él—, y entonces no corren más.

—Ningún hombre honrado lo negará —dijo el explorador, un poco irritado por la implícita desconfianza de su explicación del misterio de las mar-

eas—; y concedo que es cierto a pequeña escala, y donde la tierra es llana. Pero todo depende de la escala con la que mires las cosas. Ahora, a pequeña escala, la tierra es llana; pero a gran escala es redonda. De esta manera, los charcos y estanques, e incluso los grandes lagos de agua dulce, pueden estar estancados, como tú y yo sabemos que lo están, habiéndolos visto; pero cuando llegas a extender agua sobre una gran extensión, como el mar, donde la tierra es redonda, ¿cómo, en razón, puede el agua estar quieta? Igual podrías esperar que el río se quedara quieto al borde de esas rocas negras a una milla de aquí, aunque tus propios oídos te dicen que se está despeñando sobre ellas en este mismo momento.

Si no estaba satisfecho con la filosofía de su compañero, el indio era demasiado digno para traicionar su incredulidad. Escuchó como quien está convencido, y reanudó su narración con su anterior solemnidad.

— Vinimos del lugar donde el sol se esconde por la noche, a través de grandes llanuras donde viven los búfalos, hasta que llegamos al gran río. Allí luchamos contra los alligewi, hasta que la tierra se tiñó de rojo con su sangre. Desde las orillas del gran río hasta las costas del lago salado, no había nadie que nos hiciera frente. Los maques nos seguían a distancia. Dijimos que el país sería nuestro desde el lugar donde el agua ya no sube en este arroyo, hasta un río a veinte jornadas de sol hacia el verano. Expulsamos a los maques a los bosques con los osos. Solo probaban la sal en los saladares; no sacaban peces del gran lago; les arrojábamos los huesos.

— Todo esto lo he oído y lo creo —dijo el hombre blanco, observando que el indio se detenía—; pero fue mucho antes de que los ingleses llegaran al país.

— Un pino crecía entonces donde ahora se alza este castaño. Los primeros rostros pálidos que vinieron entre nosotros no hablaban inglés. Vinieron en una gran canoa, cuando mis padres habían enterrado el tomahawk con los hombres rojos que los rodeaban. Entonces, Ojo de Halcón —continuó, delatando su profunda emoción solo al permitir que su voz cayera a esos tonos bajos y guturales, que hacen su lenguaje, hablado a veces, tan musical—; entonces, Ojo de Halcón, éramos un solo pueblo, y éramos felices. El lago salado nos daba sus peces, el bosque sus ciervos, y el aire sus pájaros. Tomábamos esposas que nos daban hijos; adorábamos al Gran Es-

píritu; y manteníamos a los maques más allá del sonido de nuestros cantos de triunfo.

—¿Sabes algo de tu propia familia en esa época? —demandó el blanco—. Pero eres todo un hombre, para ser un indio; y como supongo que posees sus dones, tus padres deben haber sido guerreros valientes y hombres sabios en el fuego del consejo.

—Mi tribu es la abuela de las naciones, pero yo soy un hombre sin mezcla. La sangre de jefes corre por mis venas, donde debe permanecer para siempre. Los holandeses desembarcaron y dieron a mi pueblo el agua de fuego; bebieron hasta que los cielos y la tierra parecieron unirse, y tontamente pensaron que habían encontrado al Gran Espíritu. Entonces se desprendieron de su tierra. Pie a pie, fueron empujados hacia atrás desde las costas, hasta que yo, que soy un jefe y un sagamore, nunca he visto brillar el sol sino a través de los árboles, y nunca he visitado las tumbas de mis padres.

—Las tumbas traen sentimientos solemnes a la mente —respondió el explorador, bastante conmovido por el sereno sufrimiento de su compañero—; y a menudo ayudan a un hombre en sus buenas intenciones; aunque, por mi parte, espero dejar mis propios huesos sin enterrar, para que se blanqueen en los bosques, o sean despedazados por los lobos. Pero, ¿dónde se encuentran los de tu raza que vinieron con sus parientes al país de los delaware, hace tantos veranos?

—¿Dónde están las flores de aquellos veranos? Caídas, una por una; así toda mi familia partió, cada uno a su turno, a la tierra de los espíritus. Estoy en la cima de la colina y debo bajar al valle; y cuando Uncas siga mis pasos ya no quedará sangre de los sagamores, pues mi muchacho es el último de los mohicanos.

—Uncas está aquí —dijo otra voz, en los mismos tonos suaves y guturales, cerca de su codo—; ¿quién habla a Uncas?

El hombre blanco aflojó su cuchillo en su vaina de cuero, e hizo un movimiento involuntario de la mano hacia su rifle, ante esta repentina interrupción; pero el indio permaneció sereno, y sin volver la cabeza ante los inesperados sonidos.

Al instante siguiente, un joven guerrero pasó entre ellos, con paso sigiloso, y se sentó en la orilla del rápido arroyo. Ninguna exclamación de sorpresa escapó del padre, ni se hizo ninguna pregunta, ni se dio respuesta, durante varios minutos; cada uno parecía esperar el momento en que pudiera hablar, sin delatar una curiosidad mujeril o una impaciencia infantil. El hombre blanco pareció tomar consejo de sus costumbres y, soltando el rifle, también permaneció silencioso y reservado. Finalmente, Chingachgook volvió lentamente los ojos hacia su hijo y demandó:

—¿Se atreven los maques a dejar la huella de sus mocasines en estos bosques?

—He estado en su rastro —replicó el joven indio—, y sé que son tantos como los dedos de mis dos manos; pero se esconden como cobardes.

—Los ladrones andan al acecho de cabelleras y botín —dijo el hombre blanco, a quien llamaremos Ojo de Halcón, a la manera de sus compañeros—. Ese laborioso francés, Montcalm, enviará a sus espías hasta nuestro propio campamento, ¡pero sabrá qué camino tomamos!

—Basta —replicó el padre, dirigiendo la mirada hacia el sol poniente—; serán expulsados como ciervos de sus matorrales. Ojo de Halcón, comamos esta noche, y mañana demostraremos a los maques que somos hombres.

—Estoy tan dispuesto a hacer lo uno como lo otro; pero para luchar contra los iroqueses es necesario encontrar a los que se esconden; y para comer, es necesario conseguir la caza... ¡hablando del ruin de Roma y él que se asoma; hay un par de las cornamentas más grandes que he visto esta temporada, moviendo los arbustos bajo la colina! Ahora, Uncas —continuó, en un susurro, y riendo con una especie de sonido interior, como quien ha aprendido a ser vigilante—, apuesto mi cargador tres veces lleno de pólvora contra un pie de wampum, a que le doy entre los ojos, y más cerca del derecho que del izquierdo.

—¡No puede ser! —dijo el joven indio, poniéndose de pie de un salto con juvenil ardor—; ¡todo menos las puntas de sus cuernos está oculto!

—¡Es un muchacho! —dijo el hombre blanco, sacudiendo la cabeza mientras hablaba y dirigiéndose al padre—. ¿Cree que cuando un cazador ve una parte de la criatura, no puede saber dónde debería estar el resto?

Ajustando su rifle, estaba a punto de hacer una exhibición de esa habilidad en la que tanto se preciaba, cuando el guerrero le levantó el arma con la mano, diciendo:

—¡Ojo de Halcón! ¿Lucharás contra los maques?

—¡Estos indios conocen la naturaleza de los bosques, como si fuera por instinto! —respondió el explorador, bajando su rifle y apartándose como un hombre convencido de su error—. Debo dejar el ciervo a tu flecha, Uncas, o podríamos matar un venado para que se lo coman esos ladrones, los iroqueses.

En el instante en que el padre secundó esta insinuación con un expresivo gesto de la mano, Uncas se arrojó al suelo y se acercó al animal con movimientos cautelosos. Cuando estuvo a pocas yardas de la maleza, ajustó una flecha a su arco con el máximo cuidado, mientras la cornamenta se movía, como si su dueño olfateara a un enemigo en el aire viciado. En otro momento se oyó el zumbido de la cuerda, se vio una estela blanca brillar hacia los arbustos, y el ciervo herido se lanzó desde la maleza, hasta los mismos pies de su enemigo oculto. Evitando los cuernos del enfurecido animal, Uncas se lanzó a su lado y le pasó el cuchillo por la garganta; entonces, saltando hasta la orilla del río, cayó, tiñendo las aguas con su sangre.

—Hecho con habilidad india —dijo el explorador, riendo para sus adentros, pero con vasta satisfacción—; ¡y fue un bonito espectáculo para contemplar! Aunque una flecha es un tiro cercano, y necesita un cuchillo para terminar el trabajo.

—¡Hugh! —exclamó su compañero, volviéndose rápidamente, como un sabueso que olfatea la caza.

—¡Por el Señor, hay una manada de ellos! —exclamó el explorador, cuyos ojos comenzaron a brillar con el ardor de su ocupación habitual—; si se ponen a tiro de bala, derribaré a uno, ¡aunque las Seis Naciones enteras estén al acecho a la distancia de un oído! ¿Qué oyes, Chingachgook? pues para mis oídos los bosques están mudos.

—Solo hay un ciervo, y está muerto —dijo el indio, inclinando su cuerpo hasta que su oreja casi tocó la tierra—. ¡Oigo el sonido de pisadas!

—Quizás los lobos han llevado al ciervo al refugio, y están siguiendo su rastro.

—No. ¡Vienen los caballos de los hombres blancos! —respondió el otro, levantándose con dignidad y reanudando su asiento en el tronco con su anterior compostura—. Ojo de Halcón, son tus hermanos; háblales.

—Eso haré, y en un inglés que el rey no se avergonzaría de responder —replicó el cazador, hablando en el idioma del que se jactaba—; pero no veo nada, ni oigo sonidos de hombre o bestia; ¡es extraño que un indio entienda los sonidos de los blancos mejor que un hombre del que, hasta sus propios enemigos admitirán, no tiene cruce en su sangre, aunque haya vivido con las pieles rojas lo suficiente como para ser sospechoso! ¡Ah! ahí va algo como el crujido de una rama seca... ahora oigo moverse los arbustos... sí, sí, hay un tropel que confundí con las cataratas... y... pero aquí vienen ellos mismos; ¡Dios los guarde de los iroqueses!

CAPÍTULO IV

Bien, sigue tu camino: de esta arboleda no te irás

Hasta que por esta ofensa te atormente.

—Sueño de una noche de verano.

Aún estaban las palabras en la boca del explorador, cuando el líder del grupo, cuyos pasos cercanos habían captado el oído vigilante del indio, apareció abiertamente a la vista. Un sendero trillado, como los que hace el paso periódico de los ciervos, serpenteaba a través de una pequeña cañada no muy lejana, y llegaba al río en el punto donde el hombre blanco y sus compañeros rojos se habían apostado. Por esta senda, los viajeros, que habían producido una sorpresa tan inusual en las profundidades del bosque, avanzaban lentamente hacia el cazador, que estaba delante de sus asociados, listo para recibirlos.

—¿Quién viene? —demandó el explorador, echándose el rifle descuidadamente sobre el brazo izquierdo y manteniendo el dedo índice de la mano derecha en el gatillo, aunque evitó toda apariencia de amenaza en el acto—. ¿Quién viene aquí, entre las bestias y los peligros de la naturaleza?

—Creyentes en la religión, y amigos de la ley y del rey —respondió el que cabalgaba en cabeza—. Hombres que han viajado desde el amanecer, en las sombras de este bosque, sin alimento, y están tristemente cansados de su peregrinaje.

—Estáis, entonces, perdidos —interrumpió el cazador—, ¿y habéis descubierto lo inútil que es no saber si tomar la derecha o la izquierda?

—Así es; los bebés de pecho no son más dependientes de quienes los guían que nosotros, que somos de mayor crecimiento, y de quienes ahora se puede decir que poseemos la estatura sin el conocimiento de los hombres. ¿Conocéis la distancia a un puesto de la corona llamado William Henry?

—¡Ja! —gritó el explorador, que no escatimó su risa abierta, aunque conteniendo al instante los peligrosos sonidos, se entregó a su regocijo con menos riesgo de ser oído por algún enemigo al acecho—. ¡Estáis tan despidados como lo estaría un sabueso con el Horican entre él y el ciervo! ¡William Henry, hombre! Si sois amigos del rey y tenéis asuntos con el ejército, vuestro camino sería seguir el río hasta Edward, y exponer el asunto ante Webb, que allí se detiene, en lugar de adentraros en los desfiladeros y hacer retroceder a ese insolente francés a través del Champlain, hasta su guarida de nuevo.

Antes de que el extraño pudiera dar respuesta a esta inesperada proposición, otro jinete apartó los arbustos y saltó con su corcel al sendero, delante de su compañero.

—Entonces, ¿cuál puede ser nuestra distancia del Fuerte Edward? —demandó un nuevo interlocutor—; el lugar que nos aconsejáis buscar lo dejamos esta mañana, y nuestro destino es la cabecera del lago.

—Entonces debéis haber perdido la vista antes de perder el camino, pues la carretera que cruza el portage está cortada a unas buenas dos varas, y es un camino tan magnífico, calculo, como cualquiera que llegue a Londres, o incluso ante el palacio del propio rey.

—No disputaremos sobre la excelencia del paso —respondió Heyward, sonriendo; pues, como el lector ha anticipado, era él—. Es suficiente, por el momento, que confiemos en un guía indio para que nos llevara por un camino más cercano, aunque más oculto, y que nos ha engañado en su conocimiento. En palabras llanas, no sabemos dónde estamos.

—¡Un indio perdido en los bosques! —dijo el explorador, sacudiendo la cabeza con duda—; cuando el sol abrasa las copas de los árboles y los cursos de agua están llenos; cuando el musgo en cada haya que ve le dirá en qué dirección brillará la estrella del norte por la noche. Los bosques están llenos de senderos de ciervos que van a los arroyos y saladares, lugares bien conocidos por todos; ¡y los gansos no han terminado su vuelo a las aguas de Canadá del todo! ¡Es extraño que un indio se pierda entre el Horican y el recodo del río! ¿Es un mohawk?

—No de nacimiento, aunque adoptado en esa tribu; creo que su lugar de nacimiento estaba más al norte, y es uno de esos que llamáis hurones.

—¡Hugh! —exclamaron los dos compañeros del explorador, que habían permanecido hasta esta parte del diálogo, sentados, inmóviles y aparentemente indiferentes a lo que pasaba, pero que ahora se pusieron de pie de un salto con una actividad e interés que evidentemente habían vencido su reserva por sorpresa.

—¡Un hurón! —repitió el robusto explorador, sacudiendo una vez más la cabeza con abierta desconfianza—; son una raza ladrona, y no me importa por quién sean adoptados; nunca podréis hacer de ellos otra cosa que bribones y vagabundos. Puesto que os confiasteis al cuidado de uno de esa nación, solo me extraña que no os hayáis topado con más.

—De eso hay poco peligro, ya que William Henry está a tantas millas por delante. Olvidáis que os he dicho que nuestro guía es ahora un mohawk, y que sirve con nuestras fuerzas como amigo.

—Y yo os digo que el que nace mingo, morirá mingo —replicó el otro positivamente—. ¡Un mohawk! No, dadme un delaware o un mohicano por su honestidad; y cuando quieren luchar, lo que no todos hacen, habiendo permitido que sus astutos enemigos, los maques, los conviertan en mujeres... pero cuando quieren luchar, ¡buscad a un delaware o a un mohicano por guerrero!

—Basta de esto —dijo Heyward, impaciente—; no deseo inquirir en el carácter de un hombre que conozco, y para quien debéis ser un extraño. Aún no habéis respondido a mi pregunta; ¿cuál es nuestra distancia del ejército principal en Edward?

—Parece que eso puede depender de quién sea vuestro guía. Uno pensaría que un caballo como ese podría recorrer un buen trecho de terreno entre el amanecer y el anochecer.

—No deseo contienda de palabras ociosas con vos, amigo —dijo Heyward, refrenando su manera insatisfecha y hablando con voz más suave—; si me decís la distancia al Fuerte Edward, y me conducís hasta allí, vuestro trabajo no quedará sin recompensa.

—Y al hacerlo, ¿cómo sé que no guió a un enemigo y un espía de Montcalm a las fortificaciones del ejército? No todo hombre que habla la lengua inglesa es un súbdito honesto.

—Si servís con las tropas, de las que juzgo que sois un explorador, deberíais conocer un regimiento del rey como el Sexagésimo.

—¡El Sexagésimo! Poco podéis decirme de los Royal Americans que yo no sepa, aunque vista una camisa de caza en lugar de una casaca escarlata.

—Bueno, entonces, entre otras cosas, ¿quizás conozcáis el nombre de su mayor?

—¡Su mayor! —interrumpió el cazador, irguiendo el cuerpo como quien está orgulloso de su cargo—. Si hay un hombre en el país que conoce al mayor Effingham, está ante vos.

—Es un cuerpo que tiene muchos mayores; el caballero que nombráis es el más antiguo, pero hablo del más joven de todos; el que manda las compañías de guarnición en William Henry.

—Sí, sí, he oído que un joven caballero de vastas riquezas, de una de las provincias del lejano sur, ha conseguido el puesto. Es demasiado joven, también, para ostentar tal rango, y para ser puesto por encima de hombres cuyas cabezas empiezan a encanecer; ¡y sin embargo dicen que es un soldado en su conocimiento, y un galante caballero!

—Sea quien sea, o como sea que esté cualificado para su rango, ahora os habla y, por supuesto, no puede ser un enemigo a temer.

El explorador miró a Heyward con sorpresa, y luego, levantándose el gorro, respondió, en un tono menos confiado que antes, aunque todavía expresando duda.

—¿He oído que un grupo debía dejar el campamento esta mañana hacia la orilla del lago?

—Habéis oído la verdad; pero preferí una ruta más corta, confiando en el conocimiento del indio que mencioné.

—¿Y os engañó, y luego desertó?

—Ninguna de las dos cosas, creo; ciertamente no lo último, pues se le puede encontrar en la retaguardia.

—Me gustaría echar un vistazo a la criatura; si es un verdadero iroqués puedo reconocerlo por su mirada taimada y por su pintura —dijo el explorador; pasando junto al corcel de Heyward y entrando en el sendero detrás

de la yegua del maestro de canto, cuyo potro había aprovechado la parada para exigir la contribución materna. Después de apartar los arbustos y avanzar unos pasos, se encontró con las mujeres, que esperaban el resultado de la conferencia con ansiedad, y no del todo sin aprensión. Detrás de estas, el corredor se apoyaba en un árbol, donde soportó el minucioso examen del explorador con aire impasible, aunque con una mirada tan oscura y salvaje, que por sí misma podría infundir miedo. Satisfecho con su escrutinio, el cazador lo dejó pronto. Al pasar de nuevo junto a las mujeres, se detuvo un momento a contemplar su belleza, respondiendo a la sonrisa y el asentimiento de Alice con una mirada de abierto placer. De allí se fue al lado del maternal animal, y pasando un minuto en una infructuosa indagación sobre el carácter de su jinete, sacudió la cabeza y regresó junto a Heyward.

—Un mingo es un mingo, y habiéndolo hecho Dios así, ni los mohawks ni ninguna otra tribu pueden cambiarlo —dijo, cuando hubo recuperado su posición anterior—. Si estuviéramos solos, y dejaras ese noble caballo a merced de los lobos esta noche, yo mismo podría mostrarte el camino a Edward en una hora, pues yace a solo una hora de viaje de aquí; ¡pero con tales damas en tu compañía es imposible!

—¿Y por qué? Están fatigadas, pero son perfectamente capaces de cabalgar unas pocas millas más.

—¡Es una imposibilidad natural! —repitió el explorador—; no caminaría una milla en estos bosques después de que anochezca, en compañía de ese corredor, ni por el mejor rifle de las colonias. Están llenos de iroqueses al acecho, y vuestro mestizo mohawk sabe demasiado bien dónde encontrarlos como para ser mi compañero.

—¿Eso creéis? —dijo Heyward, inclinándose hacia adelante en la silla y bajando la voz casi a un susurro—; confieso que no he estado sin mis propias sospechas, aunque he procurado ocultarlas, y he afectado una confianza que no siempre he sentido, por consideración a mis compañeras. Fue porque sospechaba de él que no quise seguir más; haciéndole, como veis, seguirme a mí.

—¡Supe que era uno de los tramposos tan pronto como le puse los ojos encima! —respondió el explorador, poniéndose un dedo en la nariz, en señal de cautela.

—El ladrón está apoyado al pie del arce de azúcar, que podéis ver sobre esos arbustos; su pierna derecha está en línea con la corteza del árbol, y —dijo, golpeando su rifle—, puedo darle desde donde estoy, entre el tobillo y la rodilla, de un solo tiro, poniendo fin a sus andanzas por los bosques, por lo menos durante un mes. Si volviera hacia él, el astuto bicho sospecharía algo, y estaría esquivando entre los árboles como un ciervo asustado.

—No servirá. Puede que sea inocente, y no me gusta el acto. Aunque, si estuviera seguro de su traición...

—Es seguro contar con la bellaquería de un iroqués —dijo el explorador, adelantando su rifle, por una especie de movimiento instintivo.

—¡Alto! —interrumpió Heyward—, no servirá, debemos pensar en otro plan; y sin embargo, tengo muchas razones para creer que el bribón me ha engañado.

El cazador, que ya había abandonado su intención de lisiar al corredor, reflexionó un momento, y luego hizo un gesto, que instantáneamente trajo a sus dos compañeros rojos a su lado. Hablaron juntos con vehemencia en la lengua delaware, aunque en voz baja; y por los gestos del hombre blanco, que se dirigían frecuentemente hacia la copa del arbolillo, era evidente que señalaba la situación de su enemigo oculto. Sus compañeros no tardaron en comprender sus deseos, y dejando a un lado sus armas de fuego, se separaron, tomando lados opuestos del sendero, y hundiéndose en la espesura, con movimientos tan cautelosos, que sus pasos fueron inaudibles.

—Ahora, volved vos —dijo el cazador, hablando de nuevo a Heyward—, y entretened al diablillo con la conversación; estos mohicanos de aquí lo capturarán sin estropear su pintura.

—No —dijo Heyward, con orgullo—, lo capturaré yo mismo.

—¡Chist! ¿Qué podríais hacer, montado, contra un indio en los arbustos?

—Desmontaré.

—¿Y creéis que, cuando viera uno de vuestros pies fuera del estribo, esperaríais a que el otro estuviera libre? Quienquiera que venga a los bosques a tratar con los nativos, debe usar las costumbres indias, si desea prosperar en sus empresas. Id, pues; hablad abiertamente al malvado, y fingid creer que es el amigo más verdadero que tenéis en la tierra.

Heyward se dispuso a obedecer, aunque con fuerte disgusto por la naturaleza de la tarea que se veía obligado a ejecutar. Cada momento, sin embargo, le imponía la convicción de la situación crítica en la que había permitido que su invaluable encargo se viera envuelto por su propia confianza. El sol ya había desaparecido, y los bosques, repentinamente privados de su luz¹, estaban asumiendo un tono sombrío, que le recordaba vivamente que la hora que el salvaje solía elegir para sus actos más bárbaros e implacables de venganza u hostilidad, se acercaba rápidamente. Estimulado por la aprensión, dejó al explorador, quien inmediatamente entabló una conversación en voz alta con el extraño que tan sin ceremonias se había alistado en el grupo de viajeros esa mañana. Al pasar junto a sus compañeras más gentiles, Heyward pronunció unas pocas palabras de aliento, y se complació en encontrar que, aunque fatigadas por el ejercicio del día, no parecían abrigar sospecha alguna de que su actual embarazo fuera otra cosa que el resultado de un accidente. Dándoles a entender que simplemente estaba ocupado en una consulta sobre la ruta futura, espoleó a su corcel, y volvió a tirar de las riendas cuando el animal lo hubo llevado a pocos metros del lugar donde el hosco corredor aún permanecía, apoyado en el árbol.

¹ La escena de este relato transcurría en el grado 42 de latitud, donde el crepúsculo nunca es de larga duración.

—Puedes ver, Magua —dijo, esforzándose por asumir un aire de libertad y confianza—, que la noche se cierra a nuestro alrededor, y sin embargo no estamos más cerca de William Henry que cuando dejamos el campamento de Webb con el sol naciente.

—Habéis errado el camino, y yo no he sido más afortunado. Pero, felizmente, nos hemos topado con un cazador, aquel a quien oyes hablar con el cantor, que conoce los senderos de los ciervos y los atajos de los bosques, y que promete llevarnos a un lugar donde podremos descansar seguros hasta la mañana.

El indio clavó sus ojos ardientes en Heyward mientras preguntaba, en su imperfecto inglés: —¿Está solo?

—¡Solo! —respondió vacilante Heyward, para quien el engaño era demasiado nuevo como para ser asumido sin embarazo—. ¡Oh! No solo, ciertamente, Magua, pues sabes que estamos con él.

—Entonces Le Renard Subtil se irá —replicó el corredor, levantando fríamente su pequeña bolsa del lugar donde había yacido a sus pies—; y los rostros pálidos no verán más que su propio color.

—¡Irte! ¿A quién llamas Le Renard?

—Es el nombre que sus padres de Canadá le han dado a Magua —respondió el corredor, con un aire que manifestaba su orgullo por la distinción—. La noche es igual que el día para Le Subtil, cuando Munro lo espera.

—¿Y qué cuenta le dará Le Renard al jefe de William Henry sobre sus hijas? ¿Se atreverá a decirle al escocés de sangre caliente que sus hijas han quedado sin guía, aunque Magua prometió ser uno?

—Aunque el cabeza cana tiene una voz fuerte y un brazo largo, Le Renard no lo oirá, ni lo sentirá, en los bosques.

—Pero, ¿qué dirán los mohawks? Le harán enaguas, y le ordenarán que se quede en el wigwam con las mujeres, pues ya no se puede confiar en él para los asuntos de un hombre.

—Le Subtil conoce el camino a los grandes lagos, y puede encontrar los huesos de sus padres —fue la respuesta del impassible corredor.

—Basta, Magua —dijo Heyward—; ¿no somos amigos? ¿Por qué debería haber palabras amargas entre nosotros? Munro te ha prometido un regalo por tus servicios cuando los cumplas, y yo seré tu deudor por otro. Descansa entonces tus cansados miembros, y abre tu bolsa para comer. Tenemos unos momentos de sobra; no los malgastemos en charlas como mujeres pendencieras. Cuando las damas se hayan refrescado, procederemos.

—Los rostros pálidos se hacen perros de sus mujeres —murmuró el indio en su lengua nativa—, y cuando quieren comer, sus guerreros deben dejar a un lado el tomahawk para alimentar su pereza.

—¿Qué dices, Renard?

—Le Subtil dice que está bien.

El indio entonces clavó sus ojos agudamente en el semblante abierto de Heyward, pero al encontrar su mirada, los apartó rápidamente, y sentándose deliberadamente en el suelo, sacó el resto de alguna comida anterior, y

comenzó a comer, aunque no sin antes mirar lenta y cautelosamente a su alrededor.

—Esto está bien —continuó Heyward—; y Le Renard tendrá fuerza y vista para encontrar el camino por la mañana. —Hizo una pausa, pues sonidos como el chasquido de una rama seca, y el susurro de las hojas, surgieron de los arbustos adyacentes, pero recobrándose al instante, continuó—: Debemos ponernos en marcha antes de que se vea el sol, o Montcalm podría interponerse en nuestro camino y cerrarnos el paso a la fortaleza.

La mano de Magua cayó de su boca a su costado, y aunque sus ojos estaban clavados en el suelo, su cabeza estaba vuelta a un lado, sus fosas nasales expandidas, y sus orejas parecían incluso más erguidas de lo habitual, dándole la apariencia de una estatua hecha para representar una atención intensa.

Heyward, que observaba sus movimientos con ojo vigilante, sacó descuidadamente uno de sus pies del estribo, mientras pasaba una mano hacia la cubierta de piel de oso de sus pistoleras.

Todo esfuerzo por detectar el punto más observado por el corredor fue completamente frustrado por las trémulas miradas de sus órganos, que no parecían descansar un solo instante en ningún objeto en particular, y que, al mismo tiempo, difícilmente podría decirse que se movían. Mientras dudaba sobre cómo proceder, Le Subtil se levantó cautelosamente, aunque con un movimiento tan lento y cuidado, que no se produjo el más mínimo ruido con el cambio. Heyward sintió que ahora le incumbía actuar. Pasando la pierna por encima de la silla, desmontó, con la determinación de avanzar y apresar a su traicionero compañero, confiando el resultado a su propia hombría. Sin embargo, para evitar alarmas innecesarias, aún conservaba un aire de calma y amistad.

—Le Renard Subtil no come —dijo, usando el apelativo que había encontrado más halagador para la vanidad del indio—. Su maíz no está bien tostado, y parece seco. Déjame examinar; quizás se encuentre algo entre mis propias provisiones que ayude a su apetito.

Magua extendió la bolsa ante el ofrecimiento del otro. Incluso permitió que sus manos se encontraran, sin delatar la menor emoción, ni variar su clavada actitud de atención. Pero cuando sintió los dedos de Heyward mo-

verse suavemente a lo largo de su propio brazo desnudo, levantó de un golpe la extremidad del joven y, lanzando un grito penetrante, se lanzó por debajo de ella y se sumergió, de un solo salto, en la espesura opuesta. Al instante siguiente, la forma de Chingachgook apareció desde los arbustos, pareciendo un espectro con su pintura, y se deslizó a través del sendero en rápida persecución. A continuación siguió el grito de Uncas, cuando los bosques se iluminaron con un repentino destello, que fue acompañado por el agudo estampido del rifle del cazador.

CAPÍTULO V

...En tal noche

Tisbe temerosamente pisó el rocío;

Y vio la sombra del león antes que a él mismo.

—El mercader de Venecia

La brusquedad de la huida de su guía y los salvajes gritos de los perseguidores hicieron que Heyward permaneciera inmóvil, durante unos momentos, en inactiva sorpresa. Luego, recordando la importancia de asegurar al fugitivo, apartó los arbustos circundantes y se lanzó ansiosamente hacia adelante para prestar su ayuda en la caza. Sin embargo, antes de haber avanzado cien yardas, se encontró con los tres hombres del bosque que ya regresaban de su infructuosa persecución.

—¡Por qué desanimarse tan pronto! —exclamó—; el bribón debe estar oculto detrás de alguno de estos árboles, y aún puede ser capturado. No estamos a salvo mientras ande suelto.

—¿Pondrías a una nube a perseguir al viento? —respondió el decepcionado explorador—; oí al diablillo rozar las hojas secas, como una serpiente negra, y vislumbrándolo, justo al otro lado de aquel gran pino, disparé como si fuera al olor; ¡pero no sirvió de nada! Y sin embargo, para un tiro razonado, si alguien más que yo hubiera tocado el gatillo, lo llamaría un tiro rápido; y se me puede considerar con experiencia en estos asuntos, y alguien que debería saber. ¡Mirad este zumaque; sus hojas son rojas, aunque todo el mundo sabe que el fruto está en la flor amarilla en el mes de julio!

—¡Es la sangre de Le Subtil! ¡Está herido, y aún puede caer!

—No, no —respondió el explorador, en decidida desaprobación de esta opinión—, le arranqué la corteza a una rama, quizás, pero la criatura saltó más lejos por ello. Una bala de rifle actúa sobre un animal que corre, cuan-

do le roza, de manera muy parecida a una de vuestras espuelas en un caballo; es decir, acelera el movimiento y da vida a la carne, en lugar de quitarla. Pero cuando hace el agujero irregular, después de un salto o dos, hay, comúnmente, un cese de más saltos, ¡sea indio o sea ciervo!

—¡Somos cuatro cuerpos capaces, para un hombre herido!

—¿Te es penosa la vida? —interrumpió el explorador—. Ese demonio rojo te llevaría al alcance de los tomahawks de sus camaradas, antes de que te acaloraras en la persecución. ¡Fue un acto irreflexivo en un hombre que tan a menudo ha dormido con el grito de guerra resonando en el aire, disparar su arma al alcance de una emboscada! ¡Pero fue una tentación natural! ¡fue muy natural! Vamos, amigos, movamos nuestro puesto, y de tal manera, además, que despistemos la astucia de un mingo, o nuestras cabelleras se estarán secando al viento frente a la tienda de Montcalm, a esta misma hora mañana.

Esta espantosa declaración, que el explorador pronunció con la fría seguridad de un hombre que comprendía plenamente, aunque no temía enfrentar el peligro, sirvió para recordar a Heyward la importancia del encargo que a él mismo se le había confiado. Lanzando la mirada a su alrededor, con un vano esfuerzo por atravesar la penumbra que se espesaba bajo los arcos frondosos del bosque, sintió como si, privados de ayuda humana, sus indefensas compañeras pronto yacerían a la entera merced de aquellos bárbaros enemigos, que, como bestias de presa, solo esperaban a que la creciente oscuridad pudiera hacer sus golpes fatalmente más certeros. Su imaginación despierta, engañada por la luz falaz, convertía cada arbusto ondulante, o el fragmento de algún árbol caído, en formas humanas, y veinte veces le pareció distinguir los horribles rostros de sus enemigos al acecho, asomándose desde sus escondites, en incesante vigilancia de los movimientos de su grupo. Mirando hacia arriba, descubrió que las delgadas nubes lanosas, que el atardecer había pintado en el cielo azul, ya estaban perdiendo sus más tenues tintes de color rosa, mientras que el arroyo encajonado, que se deslizaba más allá del lugar donde él estaba, solo podía trazarse por el oscuro límite de sus boscosas orillas.

—¡Qué se ha de hacer! —dijo, sintiendo la total impotencia de la duda en tan apremiante aprieto—; ¡no me abandonéis, por el amor de Dios! ¡per-

maneced para defender a quienes escolto, y nombrad libremente vuestra propia recompensa!

Sus compañeros, que conversaban aparte en la lengua de su tribu, no hicieron caso de este súbito y vehemente llamamiento. Aunque su diálogo se mantenía en sonidos bajos y cautelosos, poco más que un susurro, Heyward, que ahora se acercaba, pudo distinguir fácilmente los tonos serios del guerrero más joven de los discursos más deliberados de sus mayores. Era evidente que debatían sobre la conveniencia de alguna medida que concernía de cerca al bienestar de los viajeros. Cediendo a su poderoso interés en el asunto, e impaciente por una demora que parecía cargada de tanto peligro adicional, Heyward se acercó aún más al sombrío grupo, con la intención de hacer sus ofertas de compensación más definidas, cuando el hombre blanco, haciendo un gesto con la mano, como si concediera el punto en disputa, se apartó, diciendo en una especie de soliloquio, y en lengua inglesa:

— ¡Uncas tiene razón! No sería propio de hombres dejar a seres tan inofensivos a su suerte, aunque eso signifique destruir el refugio para siempre. Si queréis salvar a estos tiernos capullos de los colmillos de la peor de las serpientes, caballero, ¡no tenéis tiempo que perder ni resolución que desechar!

— ¡Cómo se puede dudar de tal deseo! ¿No he ofrecido ya...?

— Ofreced vuestras oraciones a Aquel que puede darnos sabiduría para burlar la astucia de los demonios que llenan estos bosques — interrumpió tranquilamente el explorador —, pero ahorraos vuestras ofertas de dinero, que ni vos podáis vivir para realizar, ni yo para aprovechar. Estos mohicanos y yo haremos lo que el pensamiento del hombre pueda inventar para proteger de todo mal a tales flores, que, aunque tan dulces, nunca fueron hechas para la naturaleza salvaje, y eso sin esperanza de otra recompensa que la que Dios siempre da a los tratos rectos. Primero, debéis prometer dos cosas, tanto en vuestro propio nombre como en el de vuestros amigos, o sin serviros solo nos perjudicaremos a nosotros mismos.

— Nombradlas.

— La una es, estar tan quietos como estos bosques dormidos, pase lo que pase; y la otra es, mantener el lugar a donde os llevaremos, para siempre en

secreto para todos los hombres mortales.

—Haré todo lo posible por ver cumplidas ambas condiciones.

—¡Entonces seguidme, pues estamos perdiendo momentos que son tan preciosos como la sangre del corazón para un ciervo herido!

Heyward pudo distinguir el gesto impaciente del explorador a través de las crecientes sombras de la tarde, y se movió tras sus pasos, rápidamente, hacia el lugar donde había dejado al resto del grupo. Cuando se reunieron con las expectantes y ansiosas mujeres, les informó brevemente de las condiciones de su nuevo guía, y de la necesidad que existía de que acallaran toda aprensión con esfuerzos inmediatos y serios. Aunque su alarmante comunicación no fue recibida sin mucho terror secreto por las oyentes, su manera seria e impresionante, ayudada quizás por la naturaleza del peligro, logró fortalecer sus nervios para someterse a alguna prueba inesperada e inusual. En silencio, y sin un momento de demora, le permitieron ayudarlas a bajar de sus sillas, y cuando descendieron rápidamente a la orilla del agua, donde el explorador había reunido al resto del grupo, más por medio de gestos expresivos que por el uso de palabras.

—¡Qué hacer con estas criaturas mudas! —murmuró el hombre blanco, sobre quien parecía recaer el control exclusivo de sus futuros movimientos —; sería tiempo perdido cortarles el cuello y arrojarlos al río; ¡y dejarlos aquí sería decirles a los mingos que no tienen que buscar muy lejos para encontrar a sus dueños!

—Entonces dadles las bridas y dejad que vaguen por los bosques —se aventuró a sugerir Heyward.

—No; sería mejor despistar a los diablillos, y hacerles creer que deben igualar la velocidad de un caballo para dar caza a su presa. ¡Ay, ay, eso cegará sus ojos de bola de fuego! Chingach... ¡Chist! ¿qué mueve el arbusto?

—El potro.

—Ese potro, al menos, debe morir —murmuró el explorador, agarrando la crin de la ágil bestia, que eludió fácilmente su mano—; ¡Uncas, tus flechas!

—¡Alto! —exclamó el propietario del animal condenado, en voz alta, sin tener en cuenta los tonos susurrantes utilizados por los demás—; ¡perdonad

al potro de Miriam! es la hermosa cría de una yegua fiel, y voluntariamente no haría daño a nada.

—Cuando los hombres luchan por la única vida que Dios les ha dado —dijo el explorador, severamente—, incluso su propia especie no parece más que las bestias del bosque. ¡Si habláis de nuevo, os dejaré a merced de los maques! ¡Prepara tu flecha, Uncas; no tenemos tiempo para segundos golpes!

Los bajos y murmurantes sonidos de su amenazadora voz aún eran audibles, cuando el potro herido, primero encabritándose sobre sus patas traseras, se lanzó hacia adelante hasta caer de rodillas. Fue recibido por Chingachgook, cuyo cuchillo le atravesó la garganta más rápido que el pensamiento, y luego, precipitando los movimientos de la víctima que luchaba, la arrojó al río, por cuya corriente se deslizó, boqueando audiblemente en busca de aliento con su vida que se desvanecía. Este acto de aparente crueldad, pero de real necesidad, cayó sobre los espíritus de los viajeros como una terrorífica advertencia del peligro en que se encontraban, realzado como estaba por la calma aunque firme resolución de los actores de la escena. Las hermanas se estremecieron y se aferraron más la una a la otra, mientras Heyward instintivamente ponía la mano en una de las pistolas que acababa de sacar de sus pistoleras, mientras se interponía entre su cargo y aquellas densas sombras que parecían tender un velo impenetrable ante el seno del bosque.

Los indios, sin embargo, no dudaron un momento, sino que, tomando las bridas, condujeron a los asustados y reacios caballos al lecho del río.

A corta distancia de la orilla, giraron, y pronto quedaron ocultos por la proyección de la ribera, bajo cuya ceja se movieron, en dirección opuesta al curso de las aguas. Mientras tanto, el explorador sacó una canoa de corteza de su escondite bajo unos arbustos bajos, cuyas ramas se mecían con los remolinos de la corriente, en la que hizo señas en silencio a las mujeres para que entraran. Ellas obedecieron sin dudar, aunque muchas miradas temerosas y ansiosas fueron lanzadas detrás de ellas, hacia la creciente penumbra, que ahora yacía como una barrera oscura a lo largo del margen del arroyo.

Tan pronto como Cora y Alice estuvieron sentadas, el explorador, sin tener en cuenta el elemento, indicó a Heyward que sostuviera un lado de la

frágil embarcación, y apostándose él en el otro, la llevaron contra la corriente, seguidos por el abatido dueño del potro muerto. De esta manera procedieron, durante muchas varas, en un silencio que solo era interrumpido por el murmullo del agua, mientras sus remolinos jugaban a su alrededor, o el bajo chapoteo hecho por sus propios pasos cautelosos. Heyward cedió implícitamente la guía de la canoa al explorador, quien se acercaba o se alejaba de la orilla, para evitar los fragmentos de rocas, o las partes más profundas del río, con una presteza que demostraba su conocimiento de la ruta que seguían. Ocasionalmente se detenía; y en medio de una quietud palpitante, que el sordo pero creciente rugido de la cascada solo servía para hacer más impresionante, escuchaba con dolorosa intensidad, para captar cualquier sonido que pudiera surgir del bosque adormecido. Cuando se aseguraba de que todo estaba en calma, e incapaz de detectar, incluso con la ayuda de sus experimentados sentidos, ninguna señal de sus enemigos que se acercaban, reanudaba deliberadamente su lento y cuidadoso progreso. Por fin llegaron a un punto en el río donde el ojo errante de Heyward quedó clavado en un grupo de objetos negros, reunidos en un lugar donde la alta ribera arrojaba una sombra más profunda de lo habitual sobre las aguas oscuras. Dudando en avanzar, señaló el lugar a la atención de su compañero.

— Ay — respondió el sereno explorador —, ¡los indios han escondido las bestias con el juicio de los nativos! El agua no deja rastro, y los ojos de un búho quedarían cegados por la oscuridad de tal agujero.

Todo el grupo pronto se reunió, y se celebró otra consulta entre el explorador y sus nuevos camaradas, durante la cual, aquellos cuyos destinos dependían de la fe y el ingenio de estos desconocidos hombres del bosque, tuvieron un poco de ocio para observar su situación más minuciosamente.

El río estaba confinado entre rocas altas y escarpadas, una de las cuales se cernía sobre el lugar donde descansaba la canoa. Como estas, a su vez, estaban coronadas por altos árboles, que parecían tambalearse en las cejas del precipicio, daban al arroyo la apariencia de correr a través de una hondonada profunda y estrecha. Todo bajo las fantásticas ramas y las cimas irregulares de los árboles, que aquí y allá estaban débilmente pintadas contra el cenit estrellado, yacía por igual en una sombría oscuridad. Detrás de ellos, la curvatura de las orillas pronto limitaba la vista con el mismo contorno oscuro y boscoso; pero al frente, y aparentemente a no gran distancia, el agua parecía apilarse contra los cielos, de donde se despeñaba en caver-

nas, de las que salían aquellos sonidos sombríos que habían cargado la atmósfera vespertina. Parecía, en verdad, ser un lugar dedicado al aislamiento, y las hermanas absorbieron una tranquilizadora impresión de seguridad, mientras contemplaban sus románticas aunque no poco sobrecogedoras bellezas. Un movimiento general entre sus conductores, sin embargo, pronto las sacó de la contemplación de los encantos salvajes que la noche había ayudado a prestar al lugar, a un doloroso sentido de su peligro real.

Los caballos habían sido asegurados a unos arbustos dispersos que crecían en las fisuras de las rocas, donde, de pie en el agua, fueron dejados para pasar la noche. El explorador indicó a Heyward y a sus desconsolados compañeros de viaje que se sentaran en el extremo delantero de la canoa, y tomó posesión del otro él mismo, tan erguido y firme como si flotara en una embarcación de materiales mucho más sólidos. Los indios retrocedieron cautelosamente sobre sus pasos hacia el lugar que habían dejado, cuando el explorador, colocando su pértiga contra una roca, con un poderoso empujón, envió su frágil barca directamente a la turbulenta corriente. Durante muchos minutos, la lucha entre la ligera burbuja en la que flotaban y la rápida corriente fue severa y dudosa. Prohibidos de mover siquiera una mano, y casi con miedo de respirar, para no exponer la frágil estructura a la furia de la corriente, los pasajeros observaban las aguas relucientes en febril suspense. Veinte veces pensaron que los remolinos los arrastraban a la destrucción, cuando la mano maestra de su piloto ponía la proa de la canoa para hacer frente al rápido. Un esfuerzo largo, vigoroso y, como les pareció a las mujeres, desesperado, cerró la lucha. Justo cuando Alice se velaba los ojos con horror, bajo la impresión de que estaban a punto de ser arrastrados dentro del vórtice al pie de la catarata, la canoa flotó, estacionaria, al lado de una roca plana, que yacía a nivel del agua.

—¿Dónde estamos, y qué hay que hacer ahora? —demandó Heyward, percibiendo que los esfuerzos del explorador habían cesado.

—Estáis al pie de Glenn's —respondió el otro, hablando en voz alta, sin temor a las consecuencias dentro del rugido de la catarata—; y lo siguiente es hacer un desembarco firme, no sea que la canoa zozobre, y volváis a bajar por el duro camino que hemos recorrido más rápido de lo que subisteis; es un rápido difícil de remontar, cuando el río está un poco crecido; y cinco es un número antinatural para mantenerse seco, en un apuro, con un poco de corteza de abedul y goma. Ea, subid todos a la roca, y yo traeré a los mohi-

canos con el venado. Un hombre prefiere dormir sin su cabellera que morir de hambre en medio de la abundancia.

Sus pasajeros cumplieron gustosamente con estas indicaciones. Cuando el último pie tocó la roca, la canoa giró desde su posición, y la alta figura del explorador se vio, por un instante, deslizándose sobre las aguas, antes de desaparecer en la impenetrable oscuridad que descansaba sobre el lecho del río. Dejados por su guía, los viajeros permanecieron unos minutos en una ignorancia desamparada, temiendo incluso moverse por las rocas quebradas, no fuera que un paso en falso los precipitara por alguna de las muchas cavernas profundas y rugientes, en las que el agua parecía despeñarse por todos lados. Su suspense, sin embargo, pronto fue aliviado; pues, ayudada por la habilidad de los nativos, la canoa volvió a entrar en el remolino, y flotó de nuevo al lado de la roca baja, antes de que pensarán que el explorador hubiera tenido tiempo de reunirse con sus compañeros.

— Ahora estamos fortificados, guarnecidos y aprovisionados — exclamó Heyward alegremente —, y podemos desafiar a Montcalm y sus aliados. Y bien, mi vigilante centinela, ¿puedes ver algo de esos que llamas iroqueses, en tierra firme?

— ¡Los llamo iroqueses, porque para mí todo nativo que habla una lengua extranjera es considerado un enemigo, aunque pretenda servir al rey! Si Webb quiere fe y honestidad en un indio, ¡que traiga a las tribus de los delawares, y envíe a estos codiciosos y mentirosos mohawks y oneidas, con sus seis naciones de bribones, a donde pertenecen por naturaleza, entre los franceses!

— ¡Entonces cambiaríamos un amigo belicoso por uno inútil! ¡He oído que los delawares han dejado de lado el hacha y se contentan con ser llamados mujeres!

— ¡Ay, vergüenza para los holandeses e iroqueses, que los engañaron con sus diabluras para llegar a tal tratado! Pero los conozco desde hace veinte años, y llamo mentiroso a quien diga que por las venas de un delaware corre sangre cobarde. Habéis expulsado a sus tribus de la costa, y ahora queréis creer lo que dicen sus enemigos, para poder dormir por la noche sobre una almohada cómoda. No, no; para mí, todo indio que habla una lengua extranjera es un iroqués, ya esté el castillo¹ de su tribu en Canadá o en York.

¹ Las principales aldeas de los indios todavía son llamadas «castillos» por los blancos de Nueva York. El «castillo de Oneida» no es más que una aldea dispersa; pero el nombre es de uso general.

Heyward, percibiendo que la obstinada adhesión del explorador a la causa de sus amigos los delawarees, o mohicanos, pues eran ramas del mismo numeroso pueblo, probablemente prolongaría una discusión inútil, cambió de tema.

—Tratado o no tratado, ¡sé muy bien que vuestros dos compañeros son guerreros valientes y cautos! ¿Han oído o visto algo de nuestros enemigos?

—A un indio hay que sentirlo antes de verlo —respondió el explorador, subiendo a la roca y arrojando el ciervo descuidadamente—. Confío en otras señales que las que entran por los ojos, cuando estoy al acecho en el rastro de los mingos.

—¿Os dicen vuestros oídos que han rastreado nuestra retirada?

—Lamentaría pensar que lo han hecho, aunque este es un lugar que un corazón valiente podría mantener para una buena escaramuza. No negaré, sin embargo, que los caballos se encogieron cuando pasé junto a ellos, como si olieran a los lobos; y un lobo es una bestia propensa a rondar una emboscada india, ansiando las entrañas de los ciervos que matan los salvajes.

—¡Olvidáis el ciervo a vuestros pies! o, ¿no podríamos deber su visita al potro muerto? ¡Ah! ¿qué ruido es ese?

—¡Pobre Miriam! —murmuró el extraño—; ¡tu potro estaba predestinado a convertirse en presa de bestias rapaces! —Luego, alzando de repente la voz, en medio del eterno estruendo de las aguas, cantó en voz alta:

Primogénito de Egipto, hirió Él,

Tanto de la humanidad, como de la bestia también:

¡Oh, Egipto! maravillas envió en medio de ti,

¡Sobre el Faraón y sus siervos también!

—La muerte del potro pesa en el corazón de su dueño —dijo el explorador—; pero es una buena señal ver a un hombre preocuparse por sus amigos mudos. Tiene la religión del asunto, al creer que lo que ha de suceder,

sucederá; y con tal consuelo, no tardará mucho en someterse a la racionalidad de matar a una bestia de cuatro patas para salvar la vida de los hombres. Puede ser como decís —continuó, volviendo al propósito de la última observación de Heyward—; y mayor es la razón por la que deberíamos cortar nuestros filetes, y dejar que el cadáver baje por la corriente, o tendremos a la jauría aullando a lo largo de los acantilados, envidiando cada bocado que tragamos. Además, aunque la lengua delaware es como un libro para los iroqueses, los astutos bribones son bastante rápidos para entender la razón del aullido de un lobo.

El explorador, mientras hacía sus comentarios, estaba ocupado en reunir ciertos implementos necesarios; al concluir, se movió silenciosamente junto al grupo de viajeros, acompañado por los mohicanos, que parecían comprender sus intenciones con instintiva presteza, cuando los tres desaparecieron en sucesión, pareciendo desvanecerse contra la oscura cara de una roca perpendicular que se elevaba a la altura de unas pocas yardas, a otros tantos pies del borde del agua.

CAPÍTULO VI

Aquellas melodías que una vez dulces en Sion fluyeron;

Él elige una porción con juicioso cuidado;

Y «Adoremos a Dios», dice, con aire solemne.

—Burns

Heyward y sus compañeras presenciaron este misterioso movimiento con secreta inquietud; pues, aunque la conducta del hombre blanco había sido hasta entonces irreprochable, su rudo equipo, su brusca manera de hablar y sus fuertes antipatías, junto con el carácter de sus silenciosos asociados, eran todas causas para excitar la desconfianza en mentes que habían sido tan recientemente alarmadas por la traición india.

Solo el extraño no hizo caso de los incidentes que ocurrían. Se sentó en un saliente de las rocas, desde donde no dio otras señales de conciencia que las luchas de su espíritu, manifestadas en frecuentes y pesados suspiros. A continuación se oyeron voces ahogadas, como si unos hombres se llamaran unos a otros en las entrañas de la tierra, cuando una súbita luz brilló sobre los que estaban fuera, y dejó al descubierto el tanpreciado secreto del lugar.

En el extremo más alejado de una caverna estrecha y profunda en la roca, cuya longitud parecía muy extendida por la perspectiva y la naturaleza de la luz con que se veía, estaba sentado el explorador, sosteniendo un tea de pino encendida. El fuerte resplandor del fuego caía de lleno sobre su rostro robusto y curtido por la intemperie y su atuendo forestal, prestando un aire de romanticismo salvaje al aspecto de un individuo que, visto a la sobria luz del día, habría exhibido las peculiaridades de un hombre notable por la extrañeza de su vestimenta, la inflexibilidad férrea de su complexión y el singular compuesto de sagacidad rápida y vigilante, y de exquisita simplicidad, que por turnos usurpaban la posesión de sus rasgos musculosos. A poca dis-

tancia, delante, se encontraba Uncas, toda su persona proyectada poderosamente a la vista. Los viajeros contemplaron con ansiedad la figura erguida y flexible del joven mohicano, grácil y desenvuelta en las actitudes y movimientos de la naturaleza. Aunque su persona estaba más de lo habitual cubierta por una camisa de caza verde y con flecos, como la del hombre blanco, no había ocultamiento para su ojo oscuro, brillante y audaz, a la vez terrible y sereno; el contorno audaz de sus rasgos altos y altivos, puros en su rojo nativo; o la digna elevación de su frente despejada, junto con todas las proporciones más finas de una noble cabeza, desnuda hasta el generoso mechón para arrancar cabelleras. Era la primera oportunidad que Duncan y sus compañeras tenían de ver los marcados rasgos de cualquiera de sus acompañantes indios, y cada individuo del grupo se sintió aliviado de una carga de duda, a medida que la orgullosa y decidida, aunque salvaje expresión de los rasgos del joven guerrero se imponía a su atención. Sintieron que podría ser un ser parcialmente anochecido en el valle de la ignorancia, pero no podría ser uno que voluntariamente dedicara sus ricos dones naturales a los propósitos de la traición gratuita. La ingenua Alice contempló su aire libre y su porte orgulloso, como habría mirado alguna preciosa reliquia del cincel griego, a la que la vida hubiera sido impartida por la intervención de un milagro; mientras que Heyward, aunque acostumbrado a ver la perfección de la forma que abunda entre los nativos no corrompidos, expresó abiertamente su admiración ante un espécimen tan intachable de las más nobles proporciones del hombre.

—Podría dormir en paz —susurró Alice, en respuesta—, con un joven de aspecto tan intrépido y generoso como mi centinela. Seguramente, Duncan, esos crueles asesinatos, esas terroríficas escenas de tortura, de las que tanto leemos y oímos, ¡nunca se representan en presencia de alguien como él!

—Este es ciertamente un raro y brillante ejemplo de esas cualidades naturales en las que se dice que sobresale este peculiar pueblo —respondió él—. Estoy de acuerdo contigo, Alice, en pensar que tal frente y tal ojo fueron formados más para intimidar que para engañar; pero no nos engañemos a nosotros mismos, esperando cualquier otra exhibición de lo que estimamos virtud que no sea según la costumbre del salvaje. Así como los ejemplos brillantes de grandes cualidades son demasiado infrecuentes entre los cristianos, también son singulares y solitarios entre los indios; aunque, para honor de nuestra naturaleza común, ninguno es incapaz de producirlos. Es-

peremos entonces que este mohicano no defraude nuestros deseos, sino que demuestre ser lo que su aspecto afirma, un amigo valiente y constante.

— Ahora el mayor Heyward habla como el mayor Heyward debería — dijo Cora—; ¿quién que mira a esta criatura de la naturaleza, recuerda el tono de su piel?

Un breve y aparentemente embarazoso silencio siguió a esta observación, que fue interrumpido por el explorador llamándolos, en voz alta, a entrar.

— Este fuego empieza a mostrar una llama demasiado brillante — continuó, mientras obedecían —, y podría guiar a los mingos a nuestra perdición. Uncas, deja caer la manta, y muéstrales a los bribones su lado oscuro. Esta no es una cena como la que un mayor de los Royal Americans tiene derecho a esperar, pero he conocido a destacamentos robustos del cuerpo contentos de comer su venado crudo, y sin aderezo, además¹. Aquí, como veis, tenemos abundante sal, y podemos hacer una parrillada rápida. Hay ramas frescas de sasafrás para que las damas se sienten, que pueden no ser tan orgullosas como sus sillas de caoba, pero que desprenden un sabor más dulce que la piel de cualquier cerdo, sea de Guinea o de cualquier otra tierra. Vamos, amigo, no estés triste por el potro; era una cosa inocente, y no había visto muchas penalidades. ¡Su muerte le ahorrará a la criatura muchos lomos doloridos y pies cansados!

¹ En el lenguaje vulgar, los condimentos de una comida son llamados por los americanos «un aderezo» (*a relish*), sustituyendo la cosa por su efecto. Estos términos provinciales se ponen frecuentemente en boca de los hablantes, según sus diversas condiciones de vida. La mayoría de ellos son de uso local, y otros bastante peculiares de la clase particular de hombres a la que pertenece el personaje. En el presente caso, el explorador usa la palabra con referencia inmediata a la «sal», con la que su propio grupo tuvo la fortuna de estar provisto.

Uncas hizo lo que el otro había ordenado, y cuando la voz de Ojo de Halcón cesó, el rugido de la catarata sonó como el retumbar de un trueno lejano.

— ¿Estamos completamente a salvo en esta caverna? — demandó Heyward—. ¿No hay peligro de sorpresa? Un solo hombre armado, a su entrada, nos tendría a su merced.

Una figura de aspecto espectral salió de la oscuridad detrás del explorador y, agarrando una tea encendida, la sostuvo hacia el extremo más alejado de su lugar de retiro. Alice lanzó un débil grito, e incluso Cora se puso de pie, mientras este espantoso objeto se movía hacia la luz; pero una sola palabra de Heyward las calmó, con la seguridad de que era solo su acompañante, Chingachgook, quien, levantando otra manta, descubrió que la caverna tenía dos salidas. Luego, sosteniendo la tea, cruzó un abismo profundo y estrecho en las rocas que corría en ángulo recto con el pasaje en el que se encontraban, pero que, a diferencia de aquel, estaba abierto a los cielos, y entró en otra cueva, que respondía a la descripción de la primera, en todo particular esencial.

—Zorros viejos como Chingachgook y yo no solemos ser atrapados en una madriguera con un solo agujero —dijo Ojo de Halcón, riendo—; podéis ver fácilmente la astucia del lugar: la roca es caliza negra, que todo el mundo sabe que es blanda; no es una almohada incómoda, donde la maleza y la leña de pino escasean; bueno, la catarata estuvo una vez a unas pocas yardas por debajo de nosotros, y me atrevo a decir que fue, en su tiempo, una lámina de agua tan regular y hermosa como cualquiera a lo largo del Hudson. ¡Pero la vejez es un gran perjuicio para la buena apariencia, como estas dulces señoritas aún tienen que aprender! ¡El lugar ha cambiado tristemente! Estas rocas están llenas de grietas, y en algunos lugares son más blandas que en otros, y el agua ha excavado profundas hondonadas para sí misma, hasta que ha retrocedido, ay, unos cien pies, rompiendo aquí y desgastando allá, hasta que las cataratas no tienen ni forma ni consistencia.

—¿En qué parte de ellas estamos? —preguntó Heyward.

—Pues, estamos cerca del lugar que la Providencia les asignó primero, pero donde, al parecer, fueron demasiado rebeldes para quedarse. La roca resultó ser más blanda a cada lado de nosotros, y así dejaron el centro del río desnudo y seco, excavando primero estos dos pequeños agujeros para que nos escondiéramos.

—¡Estamos entonces en una isla!

—¡Ay! Ahí están las cataratas a ambos lados de nosotros, y el río arriba y abajo. Si tuvierais luz de día, valdría la pena la molestia de subir a lo alto de esta roca y mirar la perversidad del agua. No cae según regla alguna; a veces salta, a veces se despeña; allí brinca; aquí se dispara; en un lugar es

blanca como la nieve, y en otro es verde como la hierba; por aquí, se precipita en profundas hondonadas, que retumban y aplastan la tierra; y por allá, ondula y canta como un arroyo, formando remolinos y barrancos en la vieja piedra, como si no fuera más dura que la arcilla pisada. Todo el diseño del río parece desconcertado. Primero corre suavemente, como si quisiera bajar la pendiente como estaban ordenadas las cosas; luego se angula y se encara a las orillas; y no faltan lugares donde mira hacia atrás, como si no quisiera dejar la naturaleza salvaje, para mezclarse con la sal. ¡Ay, señora, la fina tela que parece telaraña que lleváis al cuello es tosca, y como una red de pesca, comparada con pequeños lugares que os puedo mostrar, donde el río fabrica toda clase de imágenes, como si, habiéndose librado del orden, quisiera probar su mano en todo! ¡Y sin embargo, a qué se reduce! Después de que al agua se le ha permitido hacer su voluntad por un tiempo, como a un hombre testarudo, es reunida por la mano que la hizo, y unas pocas varas más abajo podéis verla toda, fluyendo constantemente hacia el mar, ¡como fue preordenado desde la primera fundación de la tierra!

Mientras sus oyentes recibían una alentadora seguridad sobre la protección de su escondite gracias a esta descripción sin pulir de Glenn's,² estaban muy inclinados a juzgar de manera diferente a Ojo de Halcón sobre sus bellezas salvajes. Pero no estaban en situación de permitir que sus pensamientos se detuvieran en los encantos de los objetos naturales; y, como el explorador no había considerado necesario cesar sus labores culinarias mientras hablaba, a menos que fuera para señalar, con un tenedor roto, la dirección de algún punto particularmente desagradable en la corriente rebelde, ahora permitieron que su atención se dirigiera a la necesaria aunque más vulgar consideración de su cena.

² Las cataratas de Glenn se encuentran en el Hudson, a unas cuarenta o cincuenta millas por encima del inicio de la marea, o el lugar donde el río se vuelve navegable para las balandras. La descripción de esta pintoresca y notable pequeña catarata, tal como la da el explorador, es suficientemente correcta, aunque la aplicación del agua a los usos de la vida civilizada ha dañado materialmente sus bellezas. La isla rocosa y las dos cavernas son conocidas por todo viajero, ya que la primera sostiene el pilar de un puente, que ahora se extiende sobre el río, inmediatamente por encima de la caída. Para explicar el gusto de Ojo de Halcón, debe recordarse que los hombres siempre aprecian más lo que menos disfrutan. Así, en un país nuevo, los bosques

y otros objetos, que en un país viejo se mantendrían a gran costo, se eliminan, simplemente con el fin de «mejorar», como se le llama.

La comida, que fue enormemente ayudada por la adición de unas pocas delicias que Heyward tuvo la precaución de traer consigo cuando dejaron sus caballos, fue sumamente reconfortante para el fatigado grupo. Uncas actuó como asistente de las mujeres, realizando todos los pequeños oficios a su alcance, con una mezcla de dignidad y ansiosa gracia, que sirvió para divertir a Heyward, quien bien sabía que era una completa innovación en las costumbres indias, que prohíben a sus guerreros descender a cualquier empleo servil, especialmente en favor de sus mujeres. Sin embargo, como los derechos de hospitalidad se consideraban sagrados entre ellos, esta pequeña desviación de la dignidad de la virilidad no suscitó ningún comentario audible. Si hubiera habido allí alguien lo suficientemente desocupado como para convertirse en un observador atento, podría haber imaginado que los servicios del joven jefe no eran del todo imparciales. Que mientras ofrecía a Alice la calabaza de agua dulce, y el venado en una escudilla, pulcramente tallada en el nudo del pimentero, con suficiente cortesía, al realizar los mismos oficios para su hermana, su ojo oscuro se demoraba en su semblante rico y expresivo. Una o dos veces se vio obligado a hablar, para llamar la atención de aquellos a quienes servía. En tales casos, hacía uso de un inglés entrecortado e imperfecto, pero suficientemente inteligible, y que hacía tan suave y musical, con su voz profunda y gutural, que nunca dejaba de hacer que ambas damas levantaran la vista con admiración y asombro. En el curso de estas cortesías, se intercambiaron unas pocas frases, que sirvieron para establecer la apariencia de una relación amistosa entre las partes.

Mientras tanto, la gravedad de Chingachgook permanecía inamovible. Se había sentado más dentro del círculo de luz, donde las frecuentes e inquietas miradas de sus huéspedes podían separar mejor la expresión natural de su rostro de los terrores artificiales de la pintura de guerra. Encontraron un fuerte parecido entre padre e hijo, con la diferencia que cabría esperar de la edad y las penalidades. La ferocidad de su semblante parecía ahora dormir, y en su lugar se veía la compostura tranquila y vacía que distingue a un guerrero indio, cuando sus facultades no son requeridas para ninguno de los propósitos mayores de su existencia. Era, sin embargo, fácil de ver, por los destellos ocasionales que cruzaban su rostro moreno, que solo era necesario despertar sus pasiones, para dar pleno efecto al terrorífico artificio que había

adoptado para intimidar a sus enemigos. Por otro lado, el ojo rápido y errante del explorador rara vez descansaba. Comía y bebía con un apetito que ningún sentido del peligro podía perturbar, pero su vigilancia parecía no abandonarlo nunca. Veinte veces la calabaza o el venado quedaban suspendidos ante sus labios, mientras su cabeza se volvía a un lado, como si escuchara algún sonido distante y desconfiado, un movimiento que nunca dejaba de recordar a sus huéspedes, apartándolos de la contemplación de las novedades de su situación, a un recuerdo de las alarmantes razones que los habían llevado a buscarla. Como estas frecuentes pausas nunca eran seguidas por ningún comentario, la momentánea inquietud que creaban pasaba rápidamente, y por un tiempo era olvidada.

—Vamos, amigo —dijo Ojo de Halcón, sacando un barrilito de debajo de una cubierta de hojas, hacia el final de la comida, y dirigiéndose al extraño que se sentaba a su codo, haciendo gran justicia a su habilidad culinaria—, prueba un poco de cerveza de abeto; lavará todos los pensamientos del potro, y avivará la vida en tu pecho. Bebo por nuestra mejor amistad, esperando que un poco de carne de caballo no deje resentimientos entre nosotros. ¿Cómo te llamas?

—Gamut, David Gamut —respondió el maestro de canto, preparándose para ahogar sus penas en un potente trago del compuesto de gran sabor y bien aderezado del hombre del bosque.

—Un muy buen nombre, y, me atrevo a decir, heredado de honestos antepasados. Soy un admirador de los nombres, aunque las modas cristianas están muy por debajo de las costumbres salvajes en este particular. El mayor cobarde que he conocido se llamaba Lyon; y su esposa, Paciencia, te regañaba hasta dejarte sordo en menos tiempo de lo que un ciervo cazado corre una vara. Con un indio es una cuestión de conciencia; lo que él se llama, generalmente lo es; no es que Chingachgook, que significa Gran Serpiente, sea realmente una serpiente, grande o pequeña; sino que entiende los recovecos y giros de la naturaleza humana, y es silencioso, y ataca a sus enemigos cuando menos lo esperan. ¿Cuál es tu oficio?

—Soy un indigno instructor en el arte de la salmodia.

—¡Cómo dice!

—Enseño canto a los jóvenes de la leva de Connecticut.

—Podrías estar mejor empleado. Los jóvenes sabuesos ya se ríen y cantan demasiado por los bosques, cuando no deberían respirar más fuerte que un zorro en su madriguera. ¿Puedes usar la escopeta, o manejar el rifle?

—¡Alabado sea Dios, nunca he tenido ocasión de meterme con implementos asesinos!

—¿Quizás entiendes la brújula, y dibujas los cursos de agua y las montañas de la naturaleza en papel, para que los que siguen puedan encontrar los lugares por sus nombres dados?

—No practico tal empleo.

—¡Tienes un par de piernas que podrían hacer que un largo camino pareciera corto! Viajas a veces, imagino, con noticias para el general.

—¡Nunca; no sigo otra que mi propia alta vocación, que es la instrucción en la música sacra!

—¡Es un oficio extraño! —murmuró Ojo de Halcón, con una risa interior—, ir por la vida, como un pájaro sinsonte, imitando todos los altibajos que puedan salir de las gargantas de otros hombres. Bueno, amigo, supongo que es tu don, y no debe ser negado más que si fuera el tiro, o alguna otra mejor inclinación. Oigamos lo que puedes hacer en ese campo; será una manera amistosa de decir buenas noches, pues es hora de que estas damas recuperen fuerzas para un empujón duro y largo, en el esplendor de la mañana, antes de que los maques se agiten.

—Con gozoso placer consiento —dijo David, ajustándose sus gafas de montura de hierro y sacando su amado pequeño volumen, que inmediatamente ofreció a Alice—. ¿Qué puede ser más apropiado y consolador que ofrecer una alabanza vespertina, después de un día de tan extremo peligro?

Alice sonrió; pero, mirando a Heyward, se sonrojó y vaciló.

—Date el gusto —susurró él—; ¿no debería tener peso la sugerencia del digno homónimo del Salmista en tal momento?

Animada por su opinión, Alice hizo lo que sus inclinaciones piadosas y su agudo gusto por los sonidos suaves la habían instado tan fuertemente antes. El libro estaba abierto en un himno no mal adaptado a su situación, y en el que el poeta, ya no acicateado por su deseo de superar al inspirado Rey de Israel, había descubierto algunos poderes castigados y respetables.

Cora mostró disposición a apoyar a su hermana, y el canto sagrado procedió, después de los indispensables preliminares del diapasón, y de que la melodía hubiera sido debidamente atendida por el metódico David.

El aire era solemne y lento. A veces se elevaba hasta el máximo alcance de las ricas voces de las mujeres, que se inclinaban sobre su pequeño libro con santa excitación, y de nuevo bajaba tanto, que el correr de las aguas atravesaba su melodía, como un acompañamiento hueco. El gusto natural y el oído certero de David gobernaban y modificaban los sonidos para adaptarse a la confinada caverna, cada grieta y rendija de la cual se llenaba con las emocionantes notas de sus flexibles voces. Los indios clavaban sus ojos en las rocas, y escuchaban con una atención que parecía convertirlos en piedra. Pero el explorador, que había puesto la barbilla en la mano, con una expresión de fría indiferencia, gradualmente permitió que sus rígidos rasgos se relajaran, hasta que, a medida que un verso sucedía a otro, sintió su naturaleza de hierro subyugada, mientras su recuerdo era transportado a la niñez, cuando sus oídos habían estado acostumbrados a escuchar sonidos similares de alabanza, en los asentamientos de la colonia. Sus ojos errantes comenzaron a humedecerse, y antes de que terminara el himno, lágrimas ardientes rodaron de fuentes que durante mucho tiempo habían parecido secas, y se siguieron unas a otras por aquellas mejillas, que más a menudo habían sentido las tormentas del cielo que cualquier testimonio de debilidad. Los cantantes se detenían en uno de esos acordes bajos y moribundos, que el oído devora con tan ávido arrebató, como si fuera consciente de que está a punto de perderlos, cuando un grito, que no parecía ni humano ni terrenal, se elevó en el aire exterior, penetrando no solo los recovecos de la caverna, sino hasta los corazones más íntimos de todos los que lo oyeron. Fue seguido por una quietud aparentemente tan profunda como si las aguas hubieran sido detenidas en su furioso progreso, ante una interrupción tan horrible e inusual.

—¿Qué es? —murmuró Alice, después de unos momentos de terrible suspense.

—¿Qué es? —repitió Heyward en voz alta.

Ni Ojo de Halcón ni los indios respondieron. Escuchaban, como si esperaran que el sonido se repitiera, con una manera que expresaba su propio asombro. Finalmente hablaron juntos, con vehemencia, en la lengua del-

aware, cuando Uncas, pasando por la abertura interior y más oculta, abandonó cautelosamente la caverna. Cuando se hubo ido, el explorador habló por primera vez en inglés.

—Qué es, o qué no es, nadie aquí puede decirlo, aunque dos de nosotros hemos recorrido los bosques por más de treinta años. Creía que no había grito que indio o bestia pudiera hacer, que mis oídos no hubieran oído; pero esto ha demostrado que yo era solo un mortal vano y engreído.

—¿No fue, entonces, el grito que los guerreros lanzan cuando desean intimidar a sus enemigos? —preguntó Cora, que estaba de pie ajustándose el velo sobre su persona, con una calma que su agitada hermana desconocía.

—No, no; esto fue malo, e impactante, y tenía una especie de sonido inhumano; pero una vez que oigáis el grito de guerra, nunca lo confundiréis con ninguna otra cosa. ¡Bien, Uncas! —hablando en delaware al joven jefe mientras reingresaba—, ¿qué ves? ¿brillan nuestras luces a través de las mantas?

La respuesta fue corta, y aparentemente decidida, dada en la misma lengua.

—No hay nada que ver afuera —continuó Ojo de Halcón, sacudiendo la cabeza con descontento—; y nuestro escondite todavía está en la oscuridad. Pasad a la otra cueva, los que lo necesitéis, y buscad el sueño; debemos estar en pie mucho antes que el sol, y aprovechar al máximo nuestro tiempo para llegar a Edward, mientras los mingos toman su siesta matutina.

Cora dio el ejemplo de obediencia, con una firmeza que enseñó a la más tímida Alice la necesidad de la obediencia. Antes de abandonar el lugar, sin embargo, susurró una petición a Duncan, para que la siguiera. Uncas levantó la manta para su paso, y mientras las hermanas se volvían para agradecerle este acto de atención, vieron al explorador sentado de nuevo ante las brasas moribundas, con el rostro apoyado en las manos, de una manera que mostraba cuán profundamente reflexionaba sobre la inexplicable interrupción que había roto sus devociones vespertinas.

Heyward tomó consigo una tea encendida, que arrojaba una luz tenue a través de la estrecha vista de su nuevo aposento. Colocándola en una posición favorable, se unió a las mujeres, que ahora se encontraban a solas con

él por primera vez desde que habían dejado las amigables murallas del Fuerte Edward.

—No nos dejes, Duncan —dijo Alice—: no podemos dormir en un lugar como este, con ese horrible grito todavía resonando en nuestros oídos.

—Primero examinemos la seguridad de vuestra fortaleza —respondió él—, y luego hablaremos de descanso.

Se acercó al extremo más alejado de la caverna, a una salida que, como las otras, estaba oculta por mantas; y quitando la gruesa pantalla, respiró el aire fresco y revitalizante de la catarata. Un brazo del río fluía a través de un barranco profundo y estrecho, que su corriente había excavado en la roca blanda, directamente bajo sus pies, formando una defensa eficaz, según creía, contra cualquier peligro de ese lado; el agua, unas pocas varas más arriba, se precipitaba, brillaba y barría en su forma más violenta y quebrada.

—La naturaleza ha hecho una barrera impenetrable en este lado —continuó, señalando hacia la pendiente perpendicular hacia la corriente oscura antes de dejar caer la manta—; y como sabéis que hombres buenos y leales están de guardia al frente, no veo razón por la cual el consejo de nuestro honesto anfitrión deba ser desatendido. Estoy seguro de que Cora se unirá a mí para decir que el sueño es necesario para ambas.

—Cora puede someterse a la justicia de tu opinión, aunque no puede ponerla en práctica —respondió la hermana mayor, que se había colocado al lado de Alice, en un lecho de sasafrás—; habría otras causas para ahuyentar el sueño, aunque nos hubiéramos ahorrado el sobresalto de este misterioso ruido. Pregúntate, Heyward, ¿pueden las hijas olvidar la ansiedad que debe soportar un padre, cuyos hijos se alojan no sabe dónde ni cómo, en tal naturaleza salvaje, y en medio de tantos peligros?

—Es un soldado, y sabe cómo estimar las probabilidades de los bosques.

—Es un padre, y no puede negar su naturaleza.

—¡Qué amable ha sido siempre con todas mis locuras, qué tierno e indulgente con todos mis deseos! —sollozó Alice—. Hemos sido egoístas, hermana, al insistir en nuestra visita con tanto riesgo.

—Pude haber sido imprudente al presionar su consentimiento en un momento de mucho apuro, pero le habría demostrado que, aunque otros

pudieran descuidarlo en su aprieto, sus hijas al menos le eran fieles.

—Cuando se enteró de vuestra llegada a Edward —dijo Heyward, amablemente—, hubo una poderosa lucha en su pecho entre el miedo y el amor; aunque este último, acrecentado, si es posible, por tan larga separación, prevaleció rápidamente. "Es el espíritu de mi noble Cora el que las guía, Duncan", dijo, "y no lo frustraré. ¡Quiera Dios que aquel que tiene bajo su custodia el honor de nuestro real señor, mostrara siquiera la mitad de su firmeza!".

—¿Y no habló de mí, Heyward? —demandó Alice, con afecto celoso—; ¿seguramente, no olvidó del todo a su pequeña Elsie?

—Eso sería imposible —respondió el joven—; te llamó por mil epítetos cariñosos, que no me atrevo a usar, pero de cuya justicia puedo testificar calurosamente. Una vez, de hecho, dijo...

Duncan dejó de hablar; pues mientras sus ojos estaban clavados en los de Alice, que se había vuelto hacia él con el afán del afecto filial, para captar sus palabras, el mismo grito fuerte y horrible de antes llenó el aire y lo dejó mudo. Siguió un largo y jadeante silencio, durante el cual cada uno miró a los otros con temerosa expectación de oír repetirse el sonido. Finalmente, la manta se levantó lentamente, y el explorador apareció en la abertura con un semblante cuya firmeza evidentemente comenzaba a ceder ante un misterio que parecía amenazar algún peligro, contra el cual toda su astucia y experiencia podrían resultar inútiles.

CAPÍTULO VII

No duermen,

En aquellos riscos, una banda hosca,
los veo sentados.

—Gray

—Sería ignorar una advertencia que se nos da para nuestro bien el permanecer escondidos más tiempo —dijo Ojo de Halcón—, cuando tales sonidos se elevan en el bosque. Estas gentiles damas pueden quedarse a cubierto, pero los mohicanos y yo vigilaremos sobre la roca, donde supongo que un mayor del Sexagésimo deseará hacernos compañía.

—¿Es, entonces, tan acuciante nuestro peligro? —preguntó Cora.

—Aquel que hace sonidos extraños, y los emite para información del hombre, solo él conoce nuestro peligro. ¡Me consideraría malvado, hasta la rebelión contra Su voluntad, si me escondiera con tales advertencias en el aire! Incluso el alma débil que pasa sus días cantando se conmueve por el grito y, como él dice, está «listo para salir a la batalla». Si solo fuera una batalla, sería algo entendido por todos nosotros y fácilmente manejable; ¡pero he oído que cuando tales alaridos están entre el cielo y la tierra, presagian otro tipo de guerra!

—Si todas nuestras razones para temer, amigo mío, se limitan a las que proceden de causas sobrenaturales, tenemos pocas ocasiones para alarmarnos —continuó la imperturbable Cora—, ¿estáis seguro de que nuestros enemigos no han inventado algún método nuevo e ingenioso para aterrorizarnos, para que su conquista sea más fácil?

—Señora —respondió el explorador, solemnemente—, he escuchado todos los sonidos de los bosques durante treinta años, como escuchará un hombre cuya vida y muerte dependen de la agudeza de sus oídos. ¡No hay

quejido de la pantera, ni silbido del pájaro burlón, ni invención alguna de los diabólicos mingos que pueda engañarme! He oído al bosque gemir como hombres mortales en su aflicción; a menudo, y una y otra vez, he escuchado al viento tocar su música en las ramas de los árboles anillados; y he oído al relámpago crepitar en el aire como el chasquido de la maleza ardiente mientras escupía chispas y llamas bifurcadas; pero nunca he pensado haber oído más que el placer de aquel que jugaba con las cosas de su mano. Pero ni los mohicanos, ni yo, que soy un hombre blanco sin cruce, podemos explicar el grito que acabamos de oír. Por lo tanto, creemos que es una señal dada para nuestro bien.

—¡Es extraordinario! —dijo Heyward, tomando sus pistolas del lugar donde las había dejado al entrar—; sea una señal de paz o una señal de guerra, hay que investigarlo. Abrid el camino, amigo mío; yo os sigo.

Al salir de su lugar de confinamiento, todo el grupo experimentó al instante una grata renovación de espíritus, al cambiar el aire viciado del escondite por la atmósfera fresca y vigorizante que jugaba alrededor de los remolinos y saltos de la catarata. Una pesada brisa vespertina barría la superficie del río y parecía empujar el rugido de las cataratas hacia los ecos de su propia caverna, de donde salía pesado y constante, como un trueno retumbando más allá de las colinas lejanas. La luna había salido, y su luz ya brillaba aquí y allá sobre las aguas por encima de ellos; pero el extremo de la roca donde se encontraban todavía yacía en la sombra. Con la excepción de los sonidos producidos por las aguas impetuosas, y un ocasional soplo del aire, mientras murmuraba a su paso en corrientes intermitentes, la escena era tan silenciosa como la noche y la soledad podían hacerla. En vano los ojos de cada individuo se clavaban en las orillas opuestas, en busca de alguna señal de vida que pudiera explicar la naturaleza de la interrupción que habían oído. Sus miradas ansiosas y ávidas eran burladas por la luz engañosa, o se posaban solo en rocas desnudas y árboles rectos e inmóviles.

—Aquí no se ve nada más que la penumbra y la quietud de una hermosa velada —susurró Duncan—; ¡cuánto apreciaríamos una escena así, y toda esta palpitante soledad, en cualquier otro momento, Cora! Imaginaos seguras, y lo que ahora, quizás, aumenta vuestro terror, podría contribuir al disfrute...

—¡Escuchad! —interrumpió Alice.

La advertencia fue innecesaria. Una vez más se elevó el mismo sonido, como si surgiera del lecho del río, y habiendo salido de los estrechos límites de los acantilados, se oyó ondular a través del bosque, en cadencias lejanas y moribundas.

—¿Puede alguien aquí dar nombre a tal grito? —demandó Ojo de Halcón, cuando el último eco se perdió en los bosques—; si es así, que hable; ¡por mi parte, juzgo que no pertenece a la tierra!

—Aquí, entonces, hay alguien que puede desengañaros —dijo Duncan—; conozco el sonido muy bien, pues a menudo lo he oído en el campo de batalla, y en situaciones que son frecuentes en la vida de un soldado. Es el horrible relincho que un caballo da en su agonía; más a menudo arrancado por el dolor, aunque a veces por el terror. Mi corcel es presa de las bestias del bosque, o ve su peligro, sin poder evitarlo. El sonido podría engañarme en la caverna, pero al aire libre lo conozco demasiado bien para equivocarme.

El explorador y sus compañeros escucharon esta simple explicación con el interés de hombres que absorben nuevas ideas, al mismo tiempo que se deshacen de las viejas, que habían resultado ser inquilinas desagradables. Los dos últimos pronunciaron su habitual y expresiva exclamación, «¡hugh!», cuando la verdad brilló por primera vez en sus mentes, mientras que el primero, después de una breve pausa meditativa, se encargó de responder.

—No puedo negar vuestras palabras —dijo—, pues soy poco diestro en caballos, aunque nací donde abundan. Los lobos deben estar rondando sobre sus cabezas en la orilla, y las tímidas criaturas están pidiendo ayuda al hombre, de la mejor manera que pueden. Uncas —habló en delaware—, Uncas, baja a la canoa y agita una tea entre la jauría; o el miedo puede hacer lo que los lobos no pueden llegar a realizar, y dejarnos sin caballos por la mañana, ¡cuando tanta necesidad tendremos de viajar velozmente!

El joven nativo ya había descendido al agua para obedecer, cuando un largo aullido se elevó en la orilla del río, y fue llevado rápidamente a las profundidades del bosque, como si las bestias, por su propia voluntad, abandonaran su presa en un terror repentino. Uncas, con instintiva rapidez, retro-

cedió, y los tres hombres del bosque mantuvieron otra de sus conferencias en voz baja y seria.

—Hemos sido como cazadores que han perdido los puntos del cielo, y a quienes el sol se les ha ocultado por días —dijo Ojo de Halcón, apartándose de sus compañeros—; ¡ahora empezamos de nuevo a conocer las señales de nuestro rumbo, y los senderos están limpios de zarzas! Sentaos a la sombra que la luna proyecta desde aquel haya; es más espesa que la de los pinos, y esperemos lo que el Señor elija enviar a continuación. Que toda vuestra conversación sea en susurros; aunque sería mejor, y, quizás, al final, más sabio, si cada uno conversara con sus propios pensamientos, por un tiempo.

La manera del explorador era seriamente impresionante, aunque ya no se distinguía por ninguna señal de aprensión impropia de un hombre. Era evidente que su debilidad momentánea se había desvanecido con la explicación de un misterio que su propia experiencia no había servido para desentrañar; y aunque ahora sentía todas las realidades de su condición actual, estaba preparado para enfrentarlas con la energía de su naturaleza resistente. Este sentimiento parecía también común a los nativos, quienes se colocaron en posiciones que dominaban una vista completa de ambas orillas, mientras sus propias personas estaban eficazmente ocultas a la observación. En tales circunstancias, la prudencia común dictaba que Heyward y sus compañeras imitaran una cautela que procedía de una fuente tan inteligente. El joven sacó un montón de sasafrás de la cueva y, colocándolo en la grieta que separaba las dos cavernas, fue ocupado por las hermanas, que quedaban así protegidas por las rocas de cualquier proyectil, mientras su ansiedad se aliviaba con la seguridad de que ningún peligro podría acercarse sin una advertencia. El propio Heyward se apostó cerca, tan cerca que podía comunicarse con sus compañeras sin elevar la voz a una altura peligrosa; mientras que David, a imitación de los hombres del bosque, acomodó su persona de tal manera entre las fisuras de las rocas, que sus desgarrados miembros ya no ofendían a la vista.

De esta manera pasaron las horas sin más interrupción. La luna alcanzó el cenit y derramó su suave luz perpendicularmente sobre la encantadora vista de las hermanas durmiendo pacíficamente en los brazos de la otra. Duncan echó el amplio chal de Cora ante un espectáculo que tanto amaba contemplar, y luego permitió que su propia cabeza buscara una almohada en la roca. David comenzó a emitir sonidos que habrían escandalizado sus delica-

dos órganos en momentos más despiertos; en resumen, todos, excepto Ojo de Halcón y los mohicanos, perdieron toda idea de conciencia, en una somnolencia incontrolable. Pero la vigilancia de estos atentos protectores no se cansaba ni dormitaba. Inmóviles como aquella roca, de la que cada uno parecía formar parte, yacían, con sus ojos errantes, sin interrupción, a lo largo del oscuro margen de árboles que limitaba las orillas adyacentes del estrecho arroyo. Ningún sonido se les escapaba; el examen más sutil no habría podido decir que respiraban. Era evidente que este exceso de cautela procedía de una experiencia que ninguna sutileza por parte de sus enemigos podía engañar. Sin embargo, continuó sin consecuencias aparentes, hasta que la luna se hubo puesto, y una pálida franja sobre las copas de los árboles, en el recodo del río un poco más abajo, anunció la llegada del día.

Entonces, por primera vez, se vio a Ojo de Halcón moverse. Se arrastró por la roca y sacudió a Duncan de su pesado letargo.

— Ahora es el momento de viajar — susurró —; despierta a las gentiles damas, y estad listos para entrar en la canoa cuando la traiga al embarcadero.

— ¿Habéis tenido una noche tranquila? — dijo Heyward —; por mi parte, creo que el sueño ha vencido a mi vigilancia.

— Todo está todavía tan silencioso como la medianoche. Silencio, pero daos prisa.

Para entonces Duncan estaba completamente despierto, e inmediatamente levantó el chal de las durmientes. El movimiento hizo que Cora levantara la mano como para rechazarlo, mientras Alice murmuraba, con su voz suave y gentil: — ¡No, no, querido padre, no fuimos abandonadas; Duncan estaba con nosotras!

— Sí, dulce inocencia — susurró el joven —; Duncan está aquí, y mientras la vida continúe o el peligro permanezca, nunca te abandonaré. ¡Cora! ¡Alice! ¡Despertad! ¡Ha llegado la hora de moverse!

Un fuerte grito de la menor de las hermanas, y la figura de la otra de pie ante él, en horror desconcertado, fue la inesperada respuesta que recibió.

Mientras las palabras aún estaban en los labios de Heyward, se había levantado tal tumulto de alaridos y gritos que sirvió para hacer retroceder las rápidas corrientes de su propia sangre desde su curso saltarín hacia las

fuentes de su corazón. Pareció, durante casi un minuto, como si los demonios del infierno se hubieran apoderado del aire a su alrededor, y estuvieran desahogando sus salvajes humores en sonidos bárbaros. Los gritos no provenían de ninguna dirección en particular, aunque era evidente que llenaban los bosques y, como los espantados oyentes fácilmente imaginaban, las cavernas de las cataratas, las rocas, el lecho del río y el aire superior. David levantó su alta persona en medio del estruendo infernal, con una mano en cada oreja, exclamando:

—¡De dónde viene esta discordia! ¿Se ha desatado el infierno, para que el hombre emita sonidos como estos?

Los brillantes destellos y los rápidos informes de una docena de rifles, desde las orillas opuestas del arroyo, siguieron a esta incauta exposición de su persona, y dejaron al desafortunado maestro de canto sin sentido sobre la roca donde había estado durmiendo tanto tiempo. Los mohicanos devolvieron audazmente el intimidante alarido de sus enemigos, quienes lanzaron un grito de triunfo salvaje por la caída de Gamut. El destello de los rifles fue entonces rápido y cercano entre ellos, pero ambos bandos eran demasiado hábiles para dejar siquiera un miembro expuesto al punto de mira hostil. Duncan escuchaba con intensa ansiedad los golpes de la pala, creyendo que la huida era ahora su único refugio. El río pasaba veloz con su velocidad ordinaria, pero la canoa no se veía por ninguna parte en sus aguas oscuras. Acababa de imaginarse cruelmente abandonado por su explorador, cuando un torrente de llamas salió de la roca debajo de ellos, y un feroz alarido, mezclado con un grito de agonía, anunció que el mensajero de la muerte enviado desde el arma fatal de Ojo de Halcón, había encontrado una víctima. Ante este ligero rechazo, los asaltantes se retiraron instantáneamente, y gradualmente el lugar volvió a quedar tan silencioso como antes del súbito tumulto.

Duncan aprovechó el momento favorable para saltar hacia el cuerpo de Gamut, que llevó al amparo de la estrecha grieta que protegía a las hermanas. En otro minuto, todo el grupo estaba reunido en este lugar de relativa seguridad.

—El pobre hombre ha salvado su cabellera —dijo Ojo de Halcón, pasando fríamente la mano por la cabeza de David—; ¡pero es una prueba de que un hombre puede nacer con la lengua demasiado larga! Fue una locura total

mostrar seis pies de carne y hueso, en una roca desnuda, a los salvajes furiosos. Solo me pregunto cómo ha escapado con vida.

—¿No está muerto? —demandó Cora, con una voz cuyos tonos roncoss mostraban cuán poderosamente el horror natural luchaba con su asumida firmeza—. ¿Podemos hacer algo para ayudar al desdichado?

—¡No, no! la vida está todavía en su corazón, y después de que duerma un rato volverá en sí, y será un hombre más sabio por ello, hasta que llegue la hora de su verdadero tiempo —respondió Ojo de Halcón, lanzando otra mirada oblicua al cuerpo insensible, mientras llenaba su cargador con admirable precisión—. Llévalo adentro, Uncas, y ponlo sobre el sasafrás. Cuanto más dure su siesta, mejor será para él, pues dudo que pueda encontrar un refugio adecuado para tal figura en estas rocas; y cantar no servirá de nada con los iroqueses.

—¿Crees, entonces, que el ataque se reanudará? —preguntó Heyward.

—¡Espero acaso que un lobo hambriento satisfaga su ansia con un bocado! Han perdido a un hombre, y es su costumbre, cuando sufren una pérdida y fallan en la sorpresa, retroceder; pero volverán a por nosotros, con nuevos expedientes para burlarnos y apoderarse de nuestras cabelleras. Nuestra principal esperanza —continuó, levantando su rostro rudo, por el que una sombra de ansiedad pasó entonces como una nube oscura—, ¡será mantener la roca hasta que Munro pueda enviar un grupo en nuestra ayuda! ¡Dios quiera que sea pronto y bajo un líder que conozca las costumbres indias!

—Oyes nuestra probable fortuna, Cora —dijo Duncan—, y sabes que tenemos todo que esperar de la ansiedad y la experiencia de tu padre. Ven, entonces, con Alice, a esta caverna, donde, al menos, estaréis a salvo de los rifles asesinos de nuestros enemigos, y donde podréis prestar un cuidado adecuado a vuestras naturalezas gentiles a nuestro desafortunado camarada.

Las hermanas lo siguieron a la cueva exterior, donde David comenzaba, con sus suspiros, a dar síntomas de recuperar la conciencia, y luego, encomendando al herido a su atención, se preparó inmediatamente para dejarlas.

—¡Duncan! —dijo la trémula voz de Cora, cuando él había llegado a la boca de la caverna. Se volvió y contempló a la que hablaba, cuyo color había cambiado a una palidez mortal, y cuyos labios temblaban, mirándolo,

con una expresión de interés que inmediatamente lo hizo volver a su lado —. Recuerda, Duncan, cuán necesaria es tu seguridad para la nuestra... cómo llevas el sagrado encargo de un padre... cuánto depende de tu discreción y cuidado... en resumen —añadió, mientras la sangre delatora se extendía por sus facciones, carmesí hasta sus sienes—, cuán merecidamente querido eres para todos los de apellido Munro.

—Si algo pudiera añadirse a mi propio y vil amor a la vida —dijo Heyward, permitiendo que sus ojos inconscientes vagaran hacia la forma juvenil de la silenciosa Alice—, sería una seguridad tan amable. Como mayor del Sexagésimo, nuestro honesto anfitrión os dirá que debo tomar mi parte en la refriega; pero nuestra tarea será fácil; es meramente mantener a raya a estos sabuesos durante unas horas.

Sin esperar respuesta, se arrancó de la presencia de las hermanas y se unió al explorador y sus compañeros, que aún yacían al amparo de la pequeña grieta entre las dos cuevas.

—Te digo, Uncas —dijo el primero, mientras Heyward se unía a ellos—, ¡desperdicias tu pólvora, y la cox del rifle desbarata tu puntería! ¡Poca pólvora, plomo ligero y un brazo largo, rara vez fallan en arrancar el chillido de la muerte a un mingo! Al menos, esa ha sido mi experiencia con esas criaturas. Vamos, amigos: a nuestros puestos, pues nadie puede decir cuándo o dónde un maqua¹ asestará su golpe.

¹ *Mingo* era el término delaware para las Cinco Naciones. *Maquas* era el nombre que les daban los holandeses. Los franceses, desde su primer contacto con ellos, los llamaron iroqueses.

Los indios se dirigieron silenciosamente a sus puestos designados, que eran fisuras en las rocas, desde donde podían dominar los accesos al pie de las cataratas. En el centro de la pequeña isla, unos pocos pinos cortos y raquíuticos habían echado raíces, formando una espesura, en la que Ojo de Halcón se lanzó con la rapidez de un ciervo, seguido por el activo Duncan. Allí se aseguraron, tan bien como las circunstancias lo permitían, entre los arbustos y fragmentos de piedra que estaban esparcidos por el lugar. Sobre ellos había una roca desnuda y redondeada, a cada lado de la cual el agua jugaba sus cabriolas y se hundía en los abismos de abajo, de la manera ya descrita. Como ya había amanecido, las orillas opuestas ya no presentaban

un contorno confuso, sino que podían mirar hacia los bosques y distinguir objetos bajo un dosel de pinos sombríos.

Siguió una larga y ansiosa vigilancia, pero sin más evidencias de un ataque renovado; y Duncan comenzó a esperar que su fuego hubiera resultado más fatal de lo que se suponía, y que sus enemigos hubieran sido eficazmente rechazados. Cuando se aventuró a expresar esta impresión a sus compañeros, fue recibida por Ojo de Halcón con un incrédulo movimiento de cabeza.

— ¡No conoces la naturaleza de un maqua, si crees que se le hace retroceder tan fácilmente sin una cabellera! —respondió—. ¡Si había uno de los diablillos gritando esta mañana, había cuarenta! y conocen nuestro número y calidad demasiado bien para abandonar la caza tan pronto. ¡Chist! mira en el agua de arriba, justo donde rompe sobre las rocas. ¡No soy mortal, si los arriesgados diablos no han nadado hasta el mismo salto, y, para mala suerte, han dado con la cabeza de la isla. ¡Chist! hombre, ¡mantente a cubierto! ¡o te quedarás sin pelo en la coronilla en lo que se da vuelta un cuchillo!

Heyward levantó la cabeza de su escondite y contempló lo que justamente consideró un prodigio de temeridad y habilidad. El río había desgastado el borde de la roca blanda de tal manera que su primer salto era menos abrupto y perpendicular de lo habitual en las cascadas. Sin más guía que la ondulación de la corriente donde se encontraba con la cabeza de la isla, un grupo de sus insaciables enemigos se había aventurado en la corriente y había nadado hasta este punto, sabiendo el fácil acceso que les daría, si tenían éxito, a sus presuntas víctimas.

Cuando Ojo de Halcón dejó de hablar, se podían ver cuatro cabezas humanas asomando por encima de unos troncos a la deriva que se habían alojado en estas rocas desnudas, y que probablemente habían sugerido la idea de la viabilidad de la arriesgada empresa. Al momento siguiente, se vio una quinta forma flotando sobre el borde verde de la caída, un poco alejada de la línea de la isla. El salvaje luchó poderosamente por alcanzar el punto de seguridad y, favorecido por el agua reluciente, ya estaba extendiendo un brazo para recibir el agarre de sus compañeros, cuando fue arrastrado de nuevo por la corriente arremolinada, pareció elevarse en el aire, con los brazos en alto y los ojos desorbitados, y cayó, con una zambullida repentina, en ese profundo y bostezante abismo sobre el que se cernía. Un único, salvaje y

desesperado grito surgió de la caverna, y todo volvió a quedar en silencio como la tumba.

El primer impulso generoso de Duncan fue correr al rescate del desdichado; pero se sintió atado al lugar por el férreo agarre del inmóvil explorador.

—¿Querías traernos una muerte segura, diciéndoles a los mingos dónde yacemos? —demandó Ojo de Halcón, severamente—; ¡es una carga de pólvora ahorrada, y la munición es tan preciosa ahora como el aliento para un ciervo acosado! Refresca la ceba de tus pistolas —la mitad de las cataratas tiende a humedecer el azufre— y mantente firme para una lucha cuerpo a cuerpo, mientras yo disparo contra su embestida.

Se llevó un dedo a la boca y lanzó un largo y agudo silbido, que fue respondido desde las rocas que guardaban los mohicanos. Duncan vislumbró cabezas sobre los troncos dispersos a la deriva, mientras esta señal se elevaba en el aire, pero desaparecieron de nuevo tan repentinamente como habían aparecido ante su vista. Un bajo susurro atrajo a continuación su atención detrás de él, y volviendo la cabeza, vio a Uncas a pocos pies, arrastrándose a su lado. Ojo de Halcón le habló en delaware, y el joven jefe tomó su posición con singular cautela e imperturbable frialdad. Para Heyward, este fue un momento de febril e impaciente suspense; aunque el explorador consideró oportuno seleccionarlo como una ocasión adecuada para dar una lección a sus asociados más jóvenes sobre el arte de usar las armas de fuego con discreción.

—De todas las armas —comenzó—, el rifle de cañón largo, ánima estriada y metal blando es el más peligroso en manos hábiles, aunque requiere un brazo fuerte, un ojo rápido y gran juicio al cargar, para desplegar todas sus bellezas. Los armeros deben tener poco conocimiento de su oficio cuando fabrican sus escopetas de caza y sus cortas armas de caballería...

Fue interrumpido por el bajo pero expresivo «¡hugh!» de Uncas.

—¡Los veo, muchacho, los veo! —continuó Ojo de Halcón—; se están reuniendo para la embestida, o mantendrían sus sucias espaldas debajo de los troncos. Bueno, que vengan —añadió, examinando su pedernal—; ¡el hombre que va en cabeza ciertamente camina hacia su muerte, aunque fuera el propio Montcalm!

En ese momento los bosques se llenaron con otra explosión de gritos, y a la señal, cuatro salvajes saltaron desde la cubierta de los troncos a la deriva. Heyward sintió un ardiente deseo de lanzarse hacia adelante para enfrentarlos, tan intensa era la delirante ansiedad del momento; pero fue refrenado por los ejemplos deliberados del explorador y Uncas.

Cuando sus enemigos, que habían saltado sobre las rocas negras que los separaban, con largos brincos, profiriendo los alaridos más salvajes, estuvieron a pocas varas, el rifle de Ojo de Halcón se elevó lentamente entre los arbustos y derramó su contenido fatal. El indio de la vanguardia saltó como un ciervo herido y cayó de cabeza entre las grietas de la isla.

— ¡Ahora, Uncas! — gritó el explorador, desenvainando su largo cuchillo, mientras sus rápidos ojos comenzaban a brillar con ardor — , ¡ocúpate del último de los diablillos chillones; de los otros dos estamos seguros!

Fue obedecido; y solo quedaban dos enemigos por vencer. Heyward le había dado una de sus pistolas a Ojo de Halcón, y juntos se precipitaron por una pequeña pendiente hacia sus enemigos; descargaron sus armas al mismo instante, e igualmente sin éxito.

— ¡Lo sabía! ¡y lo dije! — murmuró el explorador, arrojando el despreciado pequeño instrumento por las cataratas con amargo desdén — . ¡Venid, sabuesos del infierno sedientos de sangre! ¡os encontráis con un hombre sin cruce!

Apenas pronunciadas las palabras, se encontró con un salvaje de estatura gigantesca y del más fiero semblante. En el mismo momento, Duncan se vio envuelto con el otro, en un combate similar cuerpo a cuerpo. Con pronta habilidad, Ojo de Halcón y su antagonista se agarraron mutuamente el brazo levantado que sostenía el peligroso cuchillo. Durante casi un minuto, se miraron a los ojos, ejerciendo gradualmente el poder de sus músculos por el dominio.

Finalmente, los tendones endurecidos del hombre blanco prevalecieron sobre los miembros menos practicados del nativo. El brazo de este último cedió lentamente ante la fuerza creciente del explorador, quien, arrancando repentinamente su mano armada del agarre del enemigo, le clavó el afilado arma en el pecho desnudo hasta el corazón. Mientras tanto, Heyward había estado presionado en una lucha más mortal. Su ligera espada se partió en el

primer encuentro. Como carecía de cualquier otro medio de defensa, su seguridad ahora dependía por completo de la fuerza corporal y la resolución. Aunque no era deficiente en ninguna de estas cualidades, se había encontrado con un enemigo en todo igual a él. Felizmente, pronto logró desarmar a su adversario, cuyo cuchillo cayó sobre la roca a sus pies; y desde este momento se convirtió en una feroz lucha por ver quién arrojaba al otro desde la vertiginosa altura a una caverna vecina de las cataratas. Cada lucha sucesiva los acercaba más al borde, donde Duncan percibió que debía hacerse el esfuerzo final y conquistador. Cada uno de los combatientes puso todas sus energías en ese esfuerzo, y el resultado fue que ambos se tambalearon al borde del precipicio. Heyward sintió el agarre del otro en su garganta, y vio la sombría sonrisa que el salvaje le dedicó, bajo la vengativa esperanza de que apresuraba a su enemigo a un destino similar al suyo, mientras sentía su cuerpo ceder lentamente a una fuerza irresistible, y el joven experimentó la agonía pasajera de tal momento en todos sus horrores. En ese instante de extremo peligro, una mano oscura y un cuchillo reluciente aparecieron ante él; el indio soltó su agarre, mientras la sangre fluía libremente de los tendones cercenados de la muñeca; y mientras Duncan era arrastrado hacia atrás por la mano salvadora de Uncas, sus ojos encantados aún estaban clavados en el rostro fiero y decepcionado de su enemigo, que cayó hosco y frustrado por el irrecuperable precipicio.

—¡A cubierto! ¡a cubierto! —gritó Ojo de Halcón, que acababa de despachar al enemigo—; ¡a cubierto, por vuestras vidas! ¡el trabajo está solo a medias!

El joven mohicano lanzó un grito de triunfo y, seguido por Duncan, subió ágilmente la pendiente que habían descendido para el combate, y buscó el amigable refugio de las rocas y los arbustos.

CAPÍTULO VIII

Aún perduran,

Vengadores de su tierra natal.

—Gray

La llamada de advertencia del explorador no fue proferida sin motivo. Durante el transcurso del encuentro mortal que acabamos de relatar, el rugido de las cataratas no fue interrumpido por ningún sonido humano. Parecería que el interés en el resultado había mantenido a los nativos en las orillas opuestas en un suspense sin aliento, mientras que las rápidas evoluciones y los veloces cambios en las posiciones de los combatientes impedían eficazmente un fuego que podría resultar peligroso tanto para amigos como para enemigos. Pero en el momento en que la lucha se decidió, se elevó un alarido tan fiero y salvaje como las pasiones desenfrenadas y vengativas podían lanzar al aire. Fue seguido por los rápidos destellos de los rifles, que enviaron sus mensajeros de plomo a través de la roca en salvas, como si los asaltantes quisieran derramar su furia impotente sobre la insensible escena del fatal combate.

Una respuesta firme, aunque deliberada, provino del rifle de Chingachgook, quien había mantenido su puesto durante toda la refriega con inquebrantable resolución. Cuando el grito triunfante de Uncas llegó a sus oídos, el padre satisfecho alzó la voz en un único grito de respuesta, después del cual solo su activa arma demostró que todavía guardaba su paso con incansable diligencia. De esta manera, muchos minutos volaron con la rapidez del pensamiento; los rifles de los asaltantes hablaban, a veces, en salvas estrepitosas, y otras en disparos ocasionales y dispersos. Aunque la roca, los árboles y los arbustos estaban cortados y rasgados en cien lugares alrededor de los sitiados, su cobertura era tan cerrada y tan rígidamente mantenida

que, hasta ahora, David había sido el único que había sufrido en su pequeña banda.

—Que quemen su pólvora —dijo el deliberado explorador, mientras bala tras bala zumbaba por el lugar donde yacía seguro—; habrá una buena recolección de plomo cuando esto termine, ¡y me imagino que los diablillos se cansarán del deporte antes de que estas viejas piedras pidan clemencia! Uncas, muchacho, desperdicias los granos por sobrecargar; y un rifle que cocea nunca lleva una bala certera. Te dije que apuntaras a ese bribón saltarín por debajo de la línea del punto blanco; ahora, si tu bala se desvió un pelo, se desvió dos pulgadas por encima. La vida yace bajo en un mingo, y la humanidad nos enseña a dar un final rápido a las serpientes.

Una sonrisa tranquila iluminó los altivos rasgos del joven mohicano, delatando su conocimiento de la lengua inglesa así como del significado del otro; pero la dejó pasar sin vindicación ni respuesta.

—No puedo permitir que acuses a Uncas de falta de juicio o de habilidad —dijo Duncan—; me salvó la vida de la manera más serena y presta, y se ha hecho un amigo que nunca necesitará que le recuerden la deuda que tiene.

Uncas levantó parcialmente el cuerpo y ofreció la mano al agarre de Heyward. Durante este acto de amistad, los dos jóvenes intercambiaron miradas de inteligencia que hicieron que Duncan olvidara el carácter y la condición de su salvaje asociado. Mientras tanto, Ojo de Halcón, que contemplaba este arrebato de sentimiento juvenil con una mirada fría pero amable, dio la siguiente respuesta:

—La vida es una obligación que los amigos a menudo se deben unos a otros en la naturaleza. Me atrevo a decir que yo mismo le he hecho a Uncas algún favor parecido antes de ahora; y recuerdo muy bien que se ha interpuesto entre la muerte y yo cinco veces diferentes; tres veces por los mingos, una al cruzar el Horican, y...

—¡Esa bala estaba mejor apuntada de lo común! —exclamó Duncan, encogiéndose involuntariamente de un disparo que golpeó la roca a su lado con un fuerte rebote.

Ojo de Halcón puso la mano sobre el metal informe y sacudió la cabeza, mientras lo examinaba, diciendo: —El plomo que cae nunca se aplana; si

hubiera venido de las nubes, esto podría haber sucedido.

Pero el rifle de Uncas se elevó deliberadamente hacia los cielos, dirigiendo los ojos de sus compañeros a un punto donde el misterio se explicó de inmediato. Un roble irregular crecía en la orilla derecha del río, casi frente a su posición, el cual, buscando la libertad del espacio abierto, se había inclinado tanto hacia adelante que sus ramas superiores colgaban sobre el brazo del arroyo que fluía más cerca de su propia orilla. Entre las hojas más altas, que apenas ocultaban las ramas nudosas y raquílicas, un salvaje estaba anidado, parcialmente oculto por el tronco del árbol, y parcialmente expuesto, como si mirara hacia abajo para asegurarse del efecto producido por su traicionero disparo.

—Estos diablos escalarán el cielo para burlarnos hasta nuestra ruina —dijo Ojo de Halcón—; entreténlo, muchacho, hasta que pueda apuntar con "Mataciervos", y entonces probaremos su temple a cada lado del árbol a la vez.

Uncas retrasó su fuego hasta que el explorador pronunció la palabra.

Los rifles destellaron, las hojas y la corteza del roble volaron por los aires y fueron esparcidas por el viento, pero el indio respondió a su asalto con una risa burlona, enviando otra bala a cambio, que le quitó el gorro a Ojo de Halcón de la cabeza. Una vez más, los alaridos salvajes estallaron en los bosques, y la granizada de plomo silbó sobre las cabezas de los sitiados, como para confinarlos a un lugar donde pudieran convertirse en víctimas fáciles de la empresa del guerrero que había subido al árbol.

—Hay que ocuparse de esto —dijo el explorador, mirando a su alrededor con ojo ansioso—. Uncas, llama a tu padre; necesitamos todas nuestras armas para bajar a ese bicho astuto de su percha.

La señal fue dada al instante; y, antes de que Ojo de Halcón hubiera recargado su rifle, se les unió Chingachgook. Cuando su hijo señaló al experimentado guerrero la situación de su peligroso enemigo, el habitual y exclamatorio «¡hugh!» brotó de sus labios; después de lo cual, no se permitió escapar ninguna otra expresión de sorpresa o alarma. Ojo de Halcón y los mohicanos conversaron seriamente en delaware durante unos momentos, y luego cada uno tomó tranquilamente su puesto, para ejecutar el plan que habían ideado rápidamente.

El guerrero en el roble había mantenido un fuego rápido, aunque ineficaz, desde el momento de su descubrimiento. Pero su puntería era interrumpida por la vigilancia de sus enemigos, cuyos rifles apuntaban instantáneamente a cualquier parte de su persona que quedara expuesta. Aun así, sus balas caían en el centro del grupo agazapado. La ropa de Heyward, que lo hacía particularmente conspicuo, fue repetidamente cortada, y una vez brotó sangre de una herida leve en su brazo.

Finalmente, envalentonado por la larga y paciente vigilancia de sus enemigos, el hurón intentó una puntería mejor y más fatal. Los ojos rápidos de los mohicanos captaron la línea oscura de sus miembros inferiores expuesta incautamente a través del escaso follaje, a pocas pulgadas del tronco del árbol. Sus rifles hicieron un informe común, y al hundirse sobre su miembro herido, parte del cuerpo del salvaje quedó a la vista. Rápido como el pensamiento, Ojo de Halcón aprovechó la ventaja y descargó su arma fatal en la copa del roble. Las hojas se agitaron inusualmente; el peligroso rifle cayó de su elevada posición, y después de unos momentos de vana lucha, se vio la forma del salvaje balanceándose en el viento, mientras todavía agarraba una rama irregular y desnuda del árbol con las manos apretadas en desesperación.

—¡Dadle, por piedad, dadle el contenido de otro rifle! —gritó Duncan, apartando los ojos con horror del espectáculo de un semejante en tan terrible peligro.

—¡Ni un grano! —exclamó el obstinado Ojo de Halcón—; ¡su muerte es segura, y no tenemos pólvora que malgastar, pues las luchas indias a veces duran días; son sus cabelleras o las nuestras! Y Dios, que nos hizo, ha puesto en nuestras naturalezas el anhelo de conservar la piel en la cabeza.

Contra esta moralidad severa e inflexible, apoyada como estaba por una política tan visible, no había apelación. Desde ese momento, los alaridos en el bosque cesaron una vez más, se permitió que el fuego decayera, y todos los ojos, tanto de amigos como de enemigos, se fijaron en la condición desesperada del desdichado que colgaba entre el cielo y la tierra. El cuerpo cedía a las corrientes de aire, y aunque ningún murmullo o gemido escapaba de la víctima, había instantes en que miraba sombríamente a sus enemigos, y la angustia de la fría desesperación podía rastrearse, a través de la distancia intermedia, en posesión de sus rasgos morenos. Tres veces distintas el

explorador levantó su arma por piedad, y otras tantas, la prudencia venciendo a su intención, la bajó de nuevo en silencio. Finalmente, una mano del hurón perdió su agarre y cayó exhausta a su costado. Siguió una lucha desesperada e infructuosa por recuperar la rama, y luego se vio al salvaje por un instante fugaz, agarrando salvajemente el aire vacío. El relámpago no es más rápido que la llama del rifle de Ojo de Halcón; los miembros de la víctima temblaron y se contrajeron, la cabeza cayó sobre el pecho, y el cuerpo partió las aguas espumosas como plomo, cuando el elemento se cerró sobre él, en su incesante velocidad, y todo vestigio del desdichado hurón se perdió para siempre.

Ningún grito de triunfo siguió a esta importante ventaja, sino que incluso los mohicanos se miraron unos a otros en silencioso horror. Un único alarido brotó de los bosques, y todo volvió a quedar en silencio. Ojo de Halcón, que era el único que parecía razonar en la ocasión, sacudió la cabeza ante su propia debilidad momentánea, incluso pronunciando en voz alta su autodesaprobación.

— ¡Era la última carga en mi cuerno y la última bala en mi bolsa, y fue el acto de un muchacho! — dijo — ; ¡qué importaba si golpeaba la roca vivo o muerto! el sentimiento pronto se acabaría. Uncas, muchacho, baja a la canoa y trae el cuerno grande; es toda la pólvora que nos queda, y la necesitaremos hasta el último grano, o ignoro la naturaleza de los mingos.

El joven mohicano obedeció, dejando al explorador revolviendo el contenido inútil de su bolsa y sacudiendo el cuerno vacío con renovado descontento. De este examen insatisfactorio, sin embargo, fue pronto llamado por una fuerte y penetrante exclamación de Uncas, que sonó, incluso a los oídos inexpertos de Duncan, como la señal de alguna calamidad nueva e inesperada. Con cada pensamiento lleno de aprensión por el preciado tesoro que había ocultado en la caverna, el joven se puso de pie de un salto, totalmente indiferente al peligro que corría con tal exposición. Como si fuera accionado por un impulso común, su movimiento fue imitado por sus compañeros, y, juntos, se precipitaron por el paso hacia la grieta amiga, con una rapidez que hizo que el fuego disperso de sus enemigos fuera perfectamente inofensivo. El grito desacostumbrado había sacado a las hermanas, junto con el herido David, de su lugar de refugio; y todo el grupo, de un solo vistazo, fue puesto al corriente de la naturaleza del desastre que había perturbado incluso el estoicismo practicado de su joven protector indio.

A corta distancia de la roca, se veía su pequeña barca flotando a través del remolino, hacia la rápida corriente del río, de una manera que demostraba que su curso era dirigido por algún agente oculto. En el instante en que esta vista ingrata captó el ojo del explorador, su rifle fue apuntado como por instinto, pero el cañón no dio respuesta a las brillantes chispas del pedernal.

— ¡Es demasiado tarde, es demasiado tarde! — exclamó Ojo de Halcón, dejando caer el arma inútil con amarga decepción —; ¡el malvado ha alcanzado el rápido; y aunque tuviéramos pólvora, difícilmente podría enviar el plomo más veloz de lo que él va ahora!

El aventurero hurón levantó la cabeza por encima del refugio de la canoa y, mientras se deslizaba rápidamente río abajo, agitó la mano y lanzó el grito, que era la señal conocida de éxito. Su grito fue respondido por un alarido y una risa desde los bosques, tan burlescamente exultantes como si cincuenta demonios estuvieran profiriendo sus blasfemias por la caída de algún alma cristiana.

— ¡Bien podéis reír, hijos del diablo! — dijo el explorador, sentándose en un saliente de la roca, y dejando caer su arma descuidadamente a sus pies —, ¡pues los tres rifles más rápidos y certeros de estos bosques no son mejores que tantos tallos de gordolobo, o las astas del año pasado de un ciervo!

— ¿Qué se ha de hacer? — demandó Duncan, perdiendo el primer sentimiento de decepción en un deseo más viril de acción —; ¿qué será de nosotros?

Ojo de Halcón no dio otra respuesta que pasar el dedo alrededor de la coronilla de su cabeza, de una manera tan significativa, que nadie que presencié la acción pudo confundir su significado.

— ¡Seguramente, seguramente, nuestro caso no es tan desesperado! — exclamó el joven —; ¡los hurones no están aquí; podemos defender las cavernas, podemos oponernos a su desembarco!

— ¿Con qué? — demandó fríamente el explorador —. ¡Las flechas de Uncas, o las lágrimas que derraman las mujeres! No, no; sois joven, y rico, y tenéis amigos, ¡y a tal edad sé que es duro morir! Pero — dijo, dirigiendo la mirada a los mohicanos —, recordemos que somos hombres sin cruce, y en-

señemos a estos nativos del bosque que la sangre blanca puede correr tan libremente como la roja, cuando llegue la hora señalada.

Duncan se volvió rápidamente en la dirección indicada por los ojos del otro, y leyó una confirmación de sus peores aprensiones en la conducta de los indios. Chingachgook, colocándose en una postura digna en otro fragmento de la roca, ya había dejado a un lado su cuchillo y su tomahawk, y estaba en el acto de quitarse la pluma de águila de la cabeza y alisar el solitario mechón de pelo en preparación para realizar su último y repugnante oficio. Su semblante estaba sereno, aunque pensativo, mientras sus ojos oscuros y brillantes perdían gradualmente la ferocidad del combate en una expresión más adecuada al cambio que esperaba experimentar momentáneamente.

—¡Nuestro caso no es, no puede ser tan desesperado! —dijo Duncan—; ¡incluso en este mismo momento el socorro puede estar cerca. ¡No veo enemigos! ¡Se han hastiado de una lucha en la que arriesgan tanto con tan poca perspectiva de ganancia!

—Puede pasar un minuto, o puede pasar una hora, antes de que las astutas serpientes se deslicen sobre nosotros, y es bastante natural que estén al alcance del oído en este mismo momento —dijo Ojo de Halcón—; ¡pero vendrán, y de tal manera que no nos dejarán nada que esperar! Chingachgook —habló en delaware—, hermano mío, hemos librado nuestra última batalla juntos, ¡y los maques triunfarán en la muerte del sabio de los mohicanos, y del rostro pálido, cuyos ojos pueden hacer de la noche día, y nivelar las nubes con las nieblas de los manantiales!

—¡Que las mujeres mingos vayan a llorar sobre los muertos! —respondió el indio, con orgullo característico y firmeza imperturbable—; ¡la Gran Serpiente de los mohicanos se ha enroscado en sus wigwams, y ha envenenado su triunfo con los lamentos de los niños, cuyos padres no han regresado! ¡Once guerreros yacen ocultos de las tumbas de sus tribus desde que se derritieron las nieves, y nadie dirá dónde encontrarlos cuando la lengua de Chingachgook calle! Que saquen el cuchillo más afilado, y hagan girar el tomahawk más veloz, pues su enemigo más acérrimo está en sus manos. ¡Uncas, rama más alta de un noble tronco, llama a los cobardes para que se apresuren, o sus corazones se ablandarán, y se convertirán en mujeres!

—¡Buscan entre los peces a sus muertos! —respondió la voz baja y suave del joven jefe—; ¡los hurones flotan con las anguilas viscosas! ¡Caen de los robles como fruta que está lista para ser comida! ¡Y los delawares ríen!

—Ay, ay —murmuró el explorador, que había escuchado este peculiar estallido de los nativos con profunda atención—; han calentado sus sentimientos indios, y pronto provocarán a los maques para que les den un final rápido. En cuanto a mí, que soy de sangre blanca pura, es apropiado que muera como corresponde a mi color, ¡sin palabras de burla en mi boca, y sin amargura en el corazón!

—¡Por qué morir en absoluto! —dijo Cora, avanzando desde el lugar donde el horror natural, hasta este momento, la había mantenido clavada en la roca—; el camino está abierto por todos lados; huid, pues, a los bosques, y pedid socorro a Dios. ¡Id, hombres valientes, ya os debemos demasiado; no os involucremos más en nuestras desdichadas fortunas!

—¡Poco conocéis la astucia de los iroqueses, señora, si juzgáis que han dejado el camino abierto a los bosques! —respondió Ojo de Halcón, quien, sin embargo, añadió inmediatamente con su simplicidad—: La corriente río abajo, es cierto, podría barrernos pronto más allá del alcance de sus rifles o del sonido de sus voces.

—Entonces probad el río. ¿Por qué demorarse para aumentar el número de víctimas de nuestros despiadados enemigos?

—¿Por qué? —repitió el explorador, mirando a su alrededor con orgullo—; ¡porque es mejor para un hombre morir en paz consigo mismo que vivir atormentado por una mala conciencia! ¿Qué respuesta podríamos dar a Munro, cuando nos preguntara dónde y cómo dejamos a sus hijas?

—Id a él, y decidle que las dejasteis con un mensaje para que se apresurara en su ayuda —respondió Cora, acercándose más al explorador en su generoso ardor—; que los hurones las llevan a las tierras salvajes del norte, pero que con vigilancia y rapidez aún pueden ser rescatadas; y si, después de todo, le place al cielo que su ayuda llegue demasiado tarde, llevadle —continuó, su voz bajando gradualmente, hasta que pareció casi ahogada—, el amor, las bendiciones, las oraciones finales de sus hijas, y decidle que no llore su destino temprano, sino que mire hacia adelante con humilde confianza a la meta del cristiano para encontrarse con sus hijas. —Los duros

y curtidos rasgos del explorador comenzaron a contraerse, y cuando ella terminó, él bajó la barbilla hasta la mano, como un hombre que medita profundamente sobre la naturaleza de la propuesta.

— ¡Hay razón en sus palabras! — brotó al fin de sus labios apretados y temblorosos —; ay, y llevan el espíritu del cristianismo; lo que podría ser correcto y apropiado en un piel roja, puede ser pecaminoso en un hombre que no tiene ni siquiera un cruce en la sangre para abogar por su ignorancia. ¡Chingachgook! ¡Uncas! ¿Oís la conversación de la mujer de ojos oscuros?

Ahora habló en delaware a sus compañeros, y su discurso, aunque tranquilo y deliberado, parecía muy decidido. El mohicano mayor escuchó con profunda gravedad, y pareció ponderar sus palabras, como si sintiera la importancia de su significado. Después de un momento de vacilación, agitó la mano en señal de asentimiento, y pronunció la palabra inglesa «¡Bien!» con el peculiar énfasis de su pueblo. Luego, volviendo a colocar su cuchillo y su tomahawk en su cinto, el guerrero se movió silenciosamente hacia el borde de la roca que estaba más oculto de las orillas del río. Aquí se detuvo un momento, señaló significativamente hacia los bosques de abajo, y diciendo unas pocas palabras en su propia lengua, como si indicara su ruta prevista, se dejó caer en el agua y se hundió ante los ojos de los testigos de sus movimientos.

El explorador retrasó su partida para hablar con la generosa joven, cuya respiración se aligeró al ver el éxito de su protesta.

— La sabiduría a veces se da a los jóvenes, así como a los viejos — dijo —; y lo que has hablado es sabio, por no llamarlo con una palabra mejor. Si os llevan a los bosques, es decir, a aquellos de vosotros que podáis ser perdonados por un tiempo, romped las ramitas de los arbustos al pasar, y haced las marcas de vuestro rastro tan anchas como podáis; entonces, si ojos mortales pueden verlas, contad con tener un amigo que os seguirá hasta los confines de la tierra antes de abandonaros.

Le dio a Cora un afectuoso apretón de manos, levantó su rifle y, después de contemplarlo un momento con melancólica solicitud, lo dejó cuidadosamente a un lado y descendió al lugar donde Chingachgook acababa de desaparecer. Por un instante, quedó suspendido de la roca y, mirando a su alrededor, con un semblante de peculiar cuidado, añadió amargamente: — ¡Si la pólvora hubiera aguantado, esta desgracia nunca habría ocurrido! —

luego, soltando su agarre, el agua se cerró sobre su cabeza, y él también se perdió de vista.

Todos los ojos se volvieron ahora hacia Uncas, que permanecía apoyado en la roca irregular, con una compostura inamovible. Después de esperar un corto tiempo, Cora señaló río abajo y dijo:

— Vuestros amigos no han sido vistos, y ahora, muy probablemente, están a salvo. ¿No es hora de que los sigáis?

— Uncas se quedará —respondió calmadamente el joven mohicano en inglés.

— ¡Para aumentar el horror de nuestra captura y disminuir las posibilidades de nuestra liberación! Ve, generoso joven —continuó Cora, bajando los ojos bajo la mirada del mohicano, y quizás, con una conciencia intuitiva de su poder—; ve a mi padre, como he dicho, y sé el más confidencial de mis mensajeros. Dile que confíe en ti con los medios para comprar la libertad de sus hijas. ¡Ve! ¡es mi deseo, es mi ruego, que vayas!

La mirada serena y tranquila del joven jefe cambió a una expresión de melancolía, pero ya no dudó. Con un paso sigiloso cruzó la roca y se dejó caer en la turbulenta corriente. Apenas se respiró por los que dejó atrás, hasta que vislumbraron su cabeza emergiendo para tomar aire, muy abajo en la corriente, cuando se hundió de nuevo, y no fue visto más.

Estos experimentos repentinos y aparentemente exitosos habían tenido lugar en pocos minutos de ese tiempo que ahora se había vuelto tan precioso. Después de una última mirada a Uncas, Cora se volvió y, con un labio tembloroso, se dirigió a Heyward:

— También he oído hablar de tu jactanciosa habilidad en el agua, Duncan —dijo—; sigue, pues, el sabio ejemplo que te han dado estos seres sencillos y fieles.

— ¿Es esa la fe que Cora Munro exigiría de su protector? —dijo el joven, sonriendo melancólicamente, pero con amargura.

— Este no es momento para sutilezas ociosas y falsas opiniones —respondió ella—; sino un momento en que todo deber debe ser considerado por igual. Para nosotras no puedes ser de más servicio aquí, pero tu preciosa vida puede ser salvada para otros amigos más cercanos.

Él no respondió, aunque sus ojos se posaron con anhelo en la hermosa figura de Alice, que se aferraba a su brazo con la dependencia de una niña.

—Considera —continuó Cora, después de una pausa, durante la cual pareció luchar con una punzada aún más aguda que cualquiera que sus temores hubieran excitado—, que lo peor para nosotras no puede ser más que la muerte; un tributo que todos deben pagar en el buen momento designado por Dios.

—Hay males peores que la muerte —dijo Duncan, hablando con voz ronca, y como si estuviera irritado por su insistencia—, pero que la presencia de alguien que moriría en vuestro favor puede evitar.

Cora cesó sus súplicas; y velando su rostro en su chal, arrastró a la casi insensible Alice tras de sí al recoveco más profundo de la caverna interior.

CAPÍTULO IX

Gozaos con seguridad;

Disipa, mi bella, con sonrisas, las tímidas nubes,

Que penden de tu clara frente.

— Muerte de Agripina

El cambio repentino y casi mágico, de los agitados incidentes del combate a la quietud que ahora reinaba a su alrededor, actuó en la acalorada imaginación de Heyward como un sueño excitante. Aunque todas las imágenes y eventos que había presenciado permanecían profundamente grabados en su memoria, sentía dificultad para persuadirse de su veracidad. Aún ignorante del destino de aquellos que se habían confiado a la ayuda de la rápida corriente, al principio escuchó atentamente cualquier señal o sonido de alarma que pudiera anunciar la buena o mala fortuna de su arriesgada empresa. Su atención, sin embargo, fue en vano; pues con la desaparición de Uncas, se había perdido toda señal de los aventureros, dejándolo en total incertidumbre sobre su suerte.

En un momento de tan dolorosa duda, Duncan no vaciló en mirar a su alrededor, sin buscar la protección de las rocas que poco antes había sido tan necesaria para su seguridad. Todo esfuerzo, sin embargo, por detectar la menor evidencia de la aproximación de sus enemigos ocultos fue tan infructuoso como la indagación sobre sus recientes compañeros. Las boscosas orillas del río parecían de nuevo desiertas de todo ser con vida animal. El estruendo que tan recientemente había resonado a través de las bóvedas del bosque se había ido, dejando que el ímpetu de las aguas creciera y menguara con las corrientes del aire, en la dulzura sin mezcla de la naturaleza. Un águila pescadora, que, segura en las ramas más altas de un pino muerto, había sido un distante espectador de la refriega, ahora se abalanzó desde su alta y irregular percha, y se remontó, en amplios giros, sobre su presa;

mientras que un arrendajo, cuya ruidosa voz había sido acallada por los gritos más roncós de los salvajes, se aventuró de nuevo a abrir su garganta discordante, como si una vez más estuviera en posesión imperturbable de sus dominios salvajes. Duncan extrajo de estos acompañamientos naturales de la escena solitaria un destello de esperanza; y comenzó a reunir sus facultades para renovados esfuerzos, con algo parecido a una renaciente confianza en el éxito.

—No se ve a los hurones —dijo, dirigiéndose a David, que de ninguna manera se había recuperado de los efectos del golpe aturridor que había recibido—; ocultémonos en la caverna y confiemos el resto a la Providencia.

—Recuerdo haberme unido a dos hermosas doncellas para alzar nuestras voces en alabanza y acción de gracias —respondió el desconcertado maestro de canto—; desde entonces he sido visitado por un pesado juicio por mis pecados. He sido burlado con la semejanza del sueño, mientras sonidos de discordia han rasgado mis oídos, tales que podrían manifestar la plenitud de los tiempos, y que la naturaleza había olvidado su armonía.

—¡Pobre hombre! ¡tu propio período estuvo, en verdad, cerca de su cumplimiento! Pero ánimo y ven conmigo; te llevaré a donde todos los demás sonidos, excepto los de tu propia salmodia, serán excluidos.

—¡Hay melodía en la caída de la catarata, y el correr de muchas aguas es dulce a los sentidos! —dijo David, presionándose confusamente la frente con la mano—. ¿No está el aire todavía lleno de alaridos y gritos, como si los espíritus difuntos de los condenados...?

—Ahora no, ahora no —interrumpió el impaciente Heyward—, ¡han cesado, y quienes los lanzaron, confío en Dios, también se han ido! todo excepto el agua está quieto y en paz; entra, pues, donde puedas crear esos sonidos que tanto te gusta oír.

David sonrió con tristeza, aunque no sin un momentáneo destello de placer, ante esta alusión a su amada vocación. Ya no dudó en dejarse conducir a un lugar que prometía una gratificación tan pura a sus fatigados sentidos; y apoyado en el brazo de su compañero, entró en la estrecha boca de la cueva. Duncan agarró un montón de sasafrás, que arrastró ante el pasaje, ocultando estudiosamente toda apariencia de una abertura. Dentro de esta

frágil barrera dispuso las mantas abandonadas por los hombres del bosque, oscureciendo el extremo interior de la caverna, mientras que el exterior recibía una luz atenuada del estrecho barranco, a través del cual un brazo del río se precipitaba para unirse con su rama hermana unas pocas varas más abajo.

—No me gusta el principio de los nativos, que les enseña a someterse sin lucha, en emergencias que parecen desesperadas —dijo, mientras se ocupaba de esta tarea—; nuestra propia máxima, que dice, «mientras hay vida, hay esperanza», es más consoladora y más adecuada al temperamento de un soldado. A ti, Cora, no te instaré con palabras de aliento vano; tu propia fortaleza y tu razón imperturbable te enseñarán todo lo que corresponde a tu sexo; pero ¿no podemos secar las lágrimas de esa temblorosa que llora en tu seno?

—Estoy más tranquila, Duncan —dijo Alice, levantándose de los brazos de su hermana y forzando una apariencia de compostura a través de sus lágrimas—; mucho más tranquila, ahora. Seguramente, en este lugar oculto estamos a salvo, estamos en secreto, libres de daño; esperaremos todo de esos hombres generosos que ya han arriesgado tanto por nosotras.

—¡Ahora nuestra gentil Alice habla como una hija de Munro! —dijo Heyward, deteniéndose para apretarle la mano mientras pasaba hacia la entrada exterior de la caverna—. Con dos ejemplos de valor como esos ante él, un hombre se avergonzaría de no demostrar ser un héroe. —Luego se sentó en el centro de la caverna, empuñando su pistola restante con una mano convulsivamente apretada, mientras su ojo contraído y ceñudo anunciaba la hosca desesperación de su propósito—. Los hurones, si vienen, puede que no ganen nuestra posición tan fácilmente como creen —murmuró lentamente; y apoyando la cabeza contra la roca, pareció esperar el resultado con paciencia, aunque su mirada estaba incesantemente fija en la avenida abierta hacia su lugar de retiro.

Con el último sonido de su voz, sucedió un silencio profundo, largo y casi sin aliento. El aire fresco de la mañana había penetrado en el recoveco, y su influencia se sentía gradualmente en los espíritus de sus moradores. A medida que pasaba minuto tras minuto, dejándolos en una seguridad imperturbable, el insinuante sentimiento de esperanza ganaba gradualmente pos-

esión de cada pecho, aunque cada uno se sentía reacio a expresar expectativas que el momento siguiente podría destruir tan terriblemente.

Solo David constituía una excepción a estas emociones variables. Un destello de luz desde la abertura cruzó su pálido semblante y cayó sobre las páginas del pequeño volumen, cuyas hojas ocupaba de nuevo en pasar, como buscando alguna canción más adecuada a su condición que cualquiera que hubiera encontrado hasta entonces. Muy probablemente, actuaba todo este tiempo bajo un confuso recuerdo de la prometida consolación de Duncan. Al fin, parecería, su paciente industria encontró su recompensa; pues, sin explicación ni disculpa, pronunció en voz alta las palabras «Isla de Wight», extrajo un sonido largo y dulce de su diapasón, y luego recorrió las modulaciones preliminares del aire cuyo nombre acababa de mencionar, con los tonos más dulces de su propia voz musical.

—¿No podría esto resultar peligroso? —preguntó Cora, lanzando su oscura mirada al Mayor Heyward.

—¡Pobre hombre! su voz es demasiado débil para ser oída por encima del estruendo de las cataratas —fue la respuesta—; además, la caverna resultará su amiga. Dejémosle que se entregue a sus pasiones, ya que puede hacerse sin riesgo.

—¡Isla de Wight! —repitió David, mirando a su alrededor con esa dignidad con la que durante mucho tiempo había acostumbrado a silenciar los susurrantes ecos de su escuela—; ¡es una melodía valiente, y con palabras solemnes! ¡que se cante con el debido respeto!

Tras permitir un momento de quietud para imponer su disciplina, la voz del cantor se oyó, en sílabas bajas y murmurantes, deslizándose gradualmente en el oído, hasta que llenó la estrecha bóveda con sonidos hechos triplemente emocionantes por la pronunciación débil y trémula producida por su debilidad. La melodía, que ninguna debilidad podía destruir, ejerció gradualmente su dulce influencia en los sentidos de quienes la oían. Incluso prevaleció sobre la miserable parodia de la canción de David que el cantor había seleccionado de un volumen de efusiones similares, e hizo que el sentido se olvidara en la insinuante armonía de los sonidos. Alice, inconscientemente, secó sus lágrimas y dirigió sus ojos enternecidos a los pálidos rasgos de Gamut, con una expresión de deleite casto que ni fingía ni deseaba ocultar. Cora dedicó una sonrisa de aprobación a los piadosos esfuerzos del

homónimo del príncipe judío, y Heyward pronto apartó su mirada firme y severa de la salida de la caverna, para fijarla, con un carácter más suave, en el rostro de David, o para encontrarse con los rayos errantes que a momentos se desviaban de los húmedos ojos de Alice. La abierta simpatía de los oyentes avivó el espíritu del devoto de la música, cuya voz recuperó su riqueza y volumen, sin perder esa conmovedora suavidad que demostraba su encanto secreto. Ejerciendo sus renovadas fuerzas al máximo, todavía estaba llenando los arcos de la cueva con tonos largos y plenos, cuando un alarido estalló en el aire exterior, que instantáneamente acalló sus piadosas melodías, ahogando su voz de repente, como si su corazón literalmente hubiera saltado al paso de su garganta.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Alice, arrojándose a los brazos de Cora.

—Todavía no, todavía no —respondió el agitado pero impávido Heyward —: el sonido vino del centro de la isla, y ha sido producido por la visión de sus compañeros muertos. Aún no nos han descubierto, y todavía hay esperanza.

Débil y casi desesperada como era la perspectiva de escapar, las palabras de Duncan no cayeron en saco roto, pues despertaron las fuerzas de las hermanas de tal manera que esperaron los resultados en silencio. Un segundo alarido siguió pronto al primero, y entonces se oyó un torrente de voces que descendía por la isla, desde su extremo superior al inferior, hasta que llegaron a la roca desnuda sobre las cavernas, donde, tras un grito de triunfo salvaje, el aire continuó lleno de horribles gritos y alaridos, como solo el hombre puede proferir, y él solo cuando se encuentra en un estado de la más fiera barbarie.

Los sonidos se extendieron rápidamente a su alrededor en todas direcciones. Unos llamaban a sus compañeros desde la orilla del agua, y eran respondidos desde las alturas. Se oyeron gritos en la alarmante vecindad de la grieta entre las dos cuevas, que se mezclaban con alaridos más roncacos que surgían del abismo del profundo barranco. En resumen, tan rápidamente se habían difundido los sonidos salvajes por la roca estéril, que no era difícil para los ansiosos oyentes imaginar que podían oírse por debajo, como en verdad estaban por encima y por todos lados.

En medio de este tumulto, se elevó un alarido triunfante a pocos metros de la entrada oculta de la cueva. Heyward abandonó toda esperanza, creyendo que era la señal de que habían sido descubiertos. De nuevo, la impresión se desvaneció, al oír las voces reunirse cerca del lugar donde el hombre blanco había abandonado con tanta renuencia su rifle. En medio de la jerga de dialectos indios que ahora oía claramente, era fácil distinguir no solo palabras, sino frases, en el *patois* de los Canadás. Una explosión de voces había gritado simultáneamente: «¡La Longue Carabine!», haciendo que los bosques opuestos resonaran con un nombre que, Heyward bien recordaba, había sido dado por sus enemigos a un célebre cazador y explorador del campamento inglés, y que, ahora se enteraba por primera vez, había sido su reciente compañero.

— ¡La Longue Carabine! ¡La Longue Carabine! — pasó de boca en boca, hasta que toda la banda pareció reunirse alrededor de un trofeo que parecería anunciar la muerte de su formidable dueño. Después de una vociferante consulta, que a veces era ensordecida por estallidos de alegría salvaje, se separaron de nuevo, llenando el aire con el nombre de un enemigo, cuyo cuerpo, Heyward pudo deducir de sus expresiones, esperaban encontrar oculto en alguna grieta de la isla.

— Ahora — susurró a las temblorosas hermanas —, ¡ahora es el momento de la incertidumbre! si nuestro lugar de retiro escapa a este escrutinio, ¡todavía estamos a salvo! En cualquier caso, estamos seguros, por lo que ha escapado de nuestros enemigos, de que nuestros amigos han huido, y en dos cortas horas podemos esperar socorro de Webb.

Hubo ahora unos minutos de temeroso silencio, durante los cuales Heyward bien sabía que los salvajes llevaban a cabo su búsqueda con mayor vigilancia y método. Más de una vez pudo distinguir sus pisadas, al rozar el sasafrás, haciendo que las hojas marchitas susurraran y las ramas se quebraran. Finalmente, el montón cedió un poco, una esquina de una manta cayó, y un débil rayo de luz brilló en el interior de la cueva. Cora estrechó a Alice contra su pecho en agonía, y Duncan se puso de pie de un salto. En ese momento se oyó un grito, como si saliera del centro de la roca, anunciando que la caverna vecina había sido finalmente penetrada. En un minuto, el número y la fuerza de las voces indicaron que todo el grupo estaba reunido en y alrededor de ese lugar secreto.

Como los pasajes interiores de las dos cuevas estaban tan cerca uno del otro, Duncan, creyendo que la huida ya no era posible, pasó junto a David y las hermanas, para colocarse entre estas últimas y el primer embate del terrible encuentro. Desesperado por su situación, se acercó a la ligera barrera que lo separaba solo por unos pocos pies de sus implacables perseguidores, y poniendo su rostro en la abertura casual, incluso miró hacia afuera con una especie de desesperada indiferencia, sus movimientos.

Al alcance de su brazo estaba el hombro musculoso de un indio gigantesco, cuya voz profunda y autoritaria parecía dar instrucciones a los procedimientos de sus compañeros. Más allá de él, Duncan podía mirar hacia la bóveda opuesta, que estaba llena de salvajes, revolviendo y saqueando el humilde mobiliario del explorador. La herida de David había teñido las hojas de sasafrás con un color que el nativo bien conocía como anticipo de la estación. Sobre esta señal de su éxito, lanzaron un aullido, como una jauría que ha recuperado un rastro perdido. Después de este alarido de victoria, arrancaron el fragante lecho de la caverna y llevaron las ramas a la grieta, esparciendo las ramas, como si sospecharan que ocultaban a la persona del hombre que tanto habían odiado y temido. Un guerrero de aspecto fiero y salvaje se acercó al jefe, llevando una carga de maleza, y señalando exultante las profundas manchas rojas con las que estaba salpicada, expresó su alegría en alaridos indios, cuyo significado Heyward solo pudo comprender por la frecuente repetición del nombre «¡La Longue Carabine!». Cuando su triunfo cesó, arrojó la maleza sobre el ligero montón que Duncan había hecho ante la entrada de la segunda caverna, y cerró la vista. Su ejemplo fue seguido por otros, quienes, al sacar las ramas de la cueva del explorador, las arrojaron en un solo montón, aumentando, inconscientemente, la seguridad de aquellos a quienes buscaban. La misma ligereza de la defensa era su principal mérito, pues a nadie se le ocurrió perturbar una masa de maleza que todos ellos creían, en ese momento de prisa y confusión, había sido levantada accidentalmente por las manos de su propio grupo.

A medida que las mantas cedían ante la presión exterior, y las ramas se asentaban en la fisura de la roca por su propio peso, formando un cuerpo compacto, Duncan respiró de nuevo libremente. Con paso ligero y corazón más ligero, regresó al centro de la cueva y ocupó el lugar que había dejado, desde donde podía dominar la vista de la abertura junto al río. Mientras realizaba este movimiento, los indios, como si cambiaran de propósito por un

impulso común, se separaron de la grieta en masa, y se les oyó subir corriendo de nuevo por la isla, hacia el punto desde donde habían descendido originalmente. Aquí, otro grito lastimero delató que estaban de nuevo reunidos alrededor de los cuerpos de sus compañeros muertos.

Duncan se aventuró ahora a mirar a sus compañeras; pues, durante los momentos más críticos de su peligro, había temido que la ansiedad de su semblante pudiera comunicar alguna alarma adicional a aquellas que tan poco capaces eran de soportarla.

—¡Se han ido, Cora! —susurró—; ¡Alice, han vuelto por donde vinieron, y estamos salvados! ¡Al Cielo, que solo nos ha librado de las garras de un enemigo tan despiadado, sea toda la alabanza!

—¡Entonces al Cielo devolveré mis gracias! —exclamó la hermana menor, levantándose del brazo que la rodeaba de Cora, y arrojándose con entusiasta gratitud sobre la roca desnuda—; ¡a ese Cielo que ha perdonado las lágrimas de un padre de cabeza cana; ha salvado las vidas de aquellos a quienes tanto amo!

Tanto Heyward como la más templada Cora presenciaron el acto de emoción involuntaria con poderosa simpatía, el primero creyendo secretamente que la piedad nunca había adoptado una forma tan encantadora como la que ahora había asumido en la juvenil persona de Alice. Sus ojos irradiaban el brillo de sentimientos agradecidos; el rubor de su belleza se asentaba de nuevo en sus mejillas, y toda su alma parecía lista y ansiosa por derramar sus acciones de gracias a través del medio de sus elocuentes rasgos. Pero cuando sus labios se movieron, las palabras que deberían haber proferido parecieron congeladas por un nuevo y repentino escalofrío. Su rubor dio paso a la palidez de la muerte; sus ojos suaves y tiernos se endurecieron, y parecieron contraerse de horror; mientras que aquellas manos, que había levantado, entrelazadas una con otra, hacia el cielo, cayeron en líneas horizontales ante ella, los dedos apuntando hacia adelante en un movimiento convulso. Heyward se volvió en el instante en que ella dio una dirección a sus sospechas, y asomándose justo por encima del saliente que formaba el umbral de la salida abierta de la caverna, contempló los rasgos malignos, fieros y salvajes de Le Renard Subtil.

En ese momento de sorpresa, el dominio de sí mismo no abandonó a Heyward. Observó por la expresión vacía del semblante del indio, que su

ojo, acostumbrado al aire libre, aún no había podido penetrar la luz sombría que impregnaba la profundidad de la caverna. Incluso había pensado en retirarse más allá de una curvatura en la pared natural, que aún podría ocultarlo a él y a sus compañeras, cuando por el repentino destello de inteligencia que cruzó los rasgos del salvaje, vio que era demasiado tarde, y que estaban traicionados.

La mirada de exultación y triunfo brutal que anunció esta terrible verdad fue irresistiblemente irritante. Olvidado de todo menos de los impulsos de su sangre caliente, Duncan apuntó su pistola y disparó. El estruendo del arma hizo que la caverna bramara como una erupción de un volcán; y cuando el humo que vomitó fue barrido por la corriente de aire que salía del barranco, el lugar tan recientemente ocupado por los rasgos de su traicionero guía estaba vacío. Corriendo hacia la salida, Heyward vislumbró su oscura figura deslizándose alrededor de un saliente bajo y estrecho, que pronto lo ocultó por completo de la vista.

Entre los salvajes, un silencio espantoso sucedió a la explosión, que acababa de oírse estallar desde las entrañas de la roca. Pero cuando Le Renard alzó la voz en un largo e inteligible grito de guerra, fue respondido por un alarido espontáneo de la boca de cada indio al alcance del sonido.

Los ruidos clamorosos se precipitaron de nuevo por la isla; y antes de que Duncan tuviera tiempo de recuperarse del impacto, su débil barrera de maleza fue esparcida a los vientos, la caverna fue penetrada por ambos extremos, y él y sus compañeras fueron arrastrados de su refugio y llevados a la luz del día, donde quedaron rodeados por toda la banda de los triunfantes hurones.

CAPÍTULO X

Temo que dormiremos más allá de la mañana venidera

Tanto como esta noche hemos velado en demasía.

—Sueño de una noche de verano

En el instante en que el impacto de esta súbita desgracia amainó, Duncan comenzó a hacer sus observaciones sobre la apariencia y los procedimientos de sus captores. Contrariamente a los usos de los nativos en el desenfreno de su éxito, habían respetado, no solo a las personas de las temblorosas hermanas, sino también a la suya propia. Los ricos ornamentos de su atuendo militar habían sido, en efecto, repetidamente manoseados por diferentes individuos de las tribus con ojos que expresaban un salvaje anhelo por poseer las baratijas; pero antes de que se pudiera recurrir a la violencia acostumbrada, un mandato en la voz autoritaria del gran guerrero, ya mencionado, detuvo la mano levantada, y convenció a Heyward de que iban a ser reservados para algún objeto de particular importancia.

Mientras, sin embargo, estas manifestaciones de debilidad eran exhibidas por los jóvenes y vanidosos del grupo, los guerreros más experimentados continuaron su búsqueda por ambas cavernas, con una actividad que denotaba que estaban lejos de estar satisfechos con los frutos de su conquista que ya habían salido a la luz. Incapaces de descubrir a ninguna nueva víctima, estos diligentes obreros de la venganza pronto se acercaron a sus prisioneros varones, pronunciando el nombre «La Longue Carabine», con una ferocidad que no podía ser fácilmente confundida. Duncan fingió no comprender el significado de sus repetidos y violentos interrogatorios, mientras que su compañero se ahorró el esfuerzo de un engaño similar por su ignorancia del francés. Cansado al fin por sus importunidades, y temeroso de irritar a sus captores con un silencio demasiado obstinado, el primero miró a

su alrededor en busca de Magua, que pudiera interpretar sus respuestas a preguntas que a cada momento se volvían más serias y amenazantes.

La conducta de este salvaje había constituido una excepción solitaria a la de todos sus compañeros. Mientras los otros estaban ocupados buscando satisfacer su pasión infantil por los adornos, saqueando incluso los miserables efectos del explorador, o habían estado buscando con una venganza tan sanguinaria en sus miradas a su ausente dueño, Le Renard se había mantenido a poca distancia de los prisioneros, con un comportamiento tan tranquilo y satisfecho, como para delatar que ya había efectuado el gran propósito de su traición. Cuando los ojos de Heyward se encontraron por primera vez con los de su reciente guía, los apartó con horror ante la siniestra aunque serena mirada que encontró. Venciendo su disgusto, sin embargo, fue capaz, con el rostro apartado, de dirigirse a su exitoso enemigo.

—Le Renard Subtil es demasiado guerrero —dijo el reacio Heyward—, como para negarse a decir a un hombre desarmado lo que dicen sus conquistadores.

—Preguntan por el cazador que conoce los senderos del bosque —respondió Magua, en su inglés entrecortado, posando la mano, al mismo tiempo, con una sonrisa feroz, sobre el fajo de hojas con que estaba vendada una herida en su propio hombro—. «¡La Longue Carabine!» Su rifle es bueno, y su ojo nunca se cierra; pero, como la pistola corta del jefe blanco, no es nada contra la vida de Le Subtil.

—Le Renard es demasiado valiente para recordar las heridas recibidas en la guerra, o las manos que las infligieron.

—¿Era guerra, cuando el indio cansado descansaba junto al arce de azúcar para probar su maíz? ¿quién llenó los arbustos de enemigos sigilosos! ¿quién desenvainó el cuchillo, cuya lengua era de paz, mientras su corazón estaba teñido de sangre! ¿Dijo Magua que el hacha estaba fuera de la tierra, y que su mano la había desenterrado?

Como Duncan no se atrevía a replicar a su acusador recordándole su propia traición premeditada, y desdeñaba aplacar su resentimiento con palabras de disculpa, permaneció en silencio. Magua también pareció contento de dejar la controversia, así como toda comunicación posterior, allí, pues reasumió la actitud recostada contra la roca de la que, en un momento de

energía, se había levantado. Pero el grito de «La Longue Carabine» se renovó en el instante en que los impacientes salvajes percibieron que el breve diálogo había terminado.

—Oyes —dijo Magua, con obstinada indiferencia—: ¡los hurones rojos piden la vida de «El Rifle Largo», o tendrán la sangre de quien lo mantiene oculto!

—Se ha ido, ha escapado; está mucho más allá de su alcance.

Renard sonrió con frío desprecio, mientras respondía:

—Cuando el hombre blanco muere, cree que está en paz; pero los hombres rojos saben cómo torturar incluso a los fantasmas de sus enemigos. ¿Dónde está su cuerpo? Que los hurones vean su cabellera.

—No está muerto, sino que ha escapado.

Magua sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Es un pájaro, para extender sus alas; o es un pez, para nadar sin aire? ¡El jefe blanco leyó en sus libros, y cree que los hurones son tontos!

—Aunque no es un pez, «El Rifle Largo» sabe nadar. Se dejó llevar por la corriente cuando toda la pólvora se quemó, y cuando los ojos de los hurones estaban detrás de una nube.

—¿Y por qué se quedó el jefe blanco? —demandó el indio aún incrédulo—. ¿Es una piedra que se va al fondo, o la cabellera le quema la cabeza?

—Que no soy de piedra, podría responder tu camarada muerto, que cayó en las cataratas, si aún tuviera vida —dijo el provocado joven, usando, en su ira, ese lenguaje jactancioso que más probablemente excitaría la admiración de un indio—. El hombre blanco piensa que solo los cobardes abandonan a sus mujeres.

Magua murmuró unas pocas palabras, inaudiblemente, entre dientes, antes de continuar, en voz alta:

—¿Saben los delawares nadar también, además de arrastrarse por los arbustos? ¿Dónde está «Le Gros Serpent»?

Duncan, que percibía por el uso de estos apelativos canadienses que sus recientes compañeros eran mucho mejor conocidos por sus enemigos que

por él mismo, respondió, a regañadientes: —Él también se ha ido con el agua.

—¿«Le Cerf Agile» no está aquí?

—No sé a quién llamáis «El Ciervo Ágil» —dijo Duncan, aprovechando gustosamente cualquier excusa para crear demora.

—Uncas —respondió Magua, pronunciando el nombre delaware con aún mayor dificultad de la que hablaba sus palabras en inglés—. «Alce Saltador» es lo que dice el hombre blanco, cuando llama al joven mohicano.

—Aquí hay alguna confusión de nombres entre nosotros, Le Renard —dijo Duncan, esperando provocar una discusión—. *Daim* es el francés para gamo, y *cerf* para ciervo; *élan* es el término correcto, cuando uno quiere hablar de un alce.

—Sí —murmuró el indio en su lengua nativa—; ¡los rostros pálidos son mujeres parlanchinas! tienen dos palabras para cada cosa, mientras que un piel roja hará que el sonido de su voz hable por él. —Luego, cambiando de idioma, continuó, adhiriéndose a la imperfecta nomenclatura de sus instructores provinciales—. El ciervo es rápido, pero débil; el alce es rápido, pero fuerte; y el hijo de «Le Serpent» es «Le Cerf Agile». ¿Ha saltado el río hacia los bosques?

—Si os referís al delaware más joven, él también se ha ido con el agua.

Como no había nada improbable para un indio en la manera de la huida, Magua admitió la verdad de lo que había oído, con una presteza que proporcionó una evidencia adicional de cuán poco apreciaría a cautivos tan inútiles. Con sus compañeros, sin embargo, el sentimiento era manifiestamente diferente.

Los hurones habían esperado el resultado de este breve diálogo con paciencia característica, y con un silencio que aumentó hasta que hubo una quietud general en la banda. Cuando Heyward dejó de hablar, volvieron sus ojos, como un solo hombre, hacia Magua, exigiendo, de esta manera expresiva, una explicación de lo que se había dicho. Su intérprete señaló el río, y les hizo saber el resultado, tanto por la acción como por las pocas palabras que pronunció. Cuando el hecho fue generalmente comprendido, los salvajes lanzaron un espantoso alarido, que declaró el alcance de su decepción. Algunos corrieron furiosamente a la orilla del agua, golpeando el aire con

gestos frenéticos, mientras que otros escupían sobre el elemento, para vengar la supuesta traición que había cometido contra sus reconocidos derechos como conquistadores. Unos pocos, y no los menos poderosos y terroríficos de la banda, lanzaron miradas sombrías, en las que la más fiera pasión solo era atemperada por el habitual dominio de sí mismos, a aquellos cautivos que aún permanecían en su poder, mientras que uno o dos incluso dieron rienda suelta a sus sentimientos malignos con los gestos más amenazantes, contra los cuales ni el sexo ni la belleza de las hermanas eran protección alguna. El joven soldado hizo un esfuerzo desesperado pero infructuoso por saltar al lado de Alice, cuando vio la mano oscura de un salvaje enroscada en las ricas trenzas que caían en cascada sobre sus hombros, mientras un cuchillo pasaba alrededor de la cabeza de la que caían, como para denotar la horrible manera en que estaba a punto de ser despojada de su hermoso ornamento. Pero sus manos estaban atadas; y al primer movimiento que hizo, sintió el agarre del poderoso indio que dirigía la banda, presionando su hombro como un tornillo de banco. Inmediatamente consciente de cuán inútil resultaría cualquier lucha contra una fuerza tan abrumadora, se sometió a su destino, animando a sus gentiles compañeras con unas pocas y tiernas seguridades de que los nativos rara vez dejaban de amenazar más de lo que cumplían.

Pero mientras Duncan recurría a estas palabras de consuelo para calmar las aprensiones de las hermanas, no era tan débil como para engañarse a sí mismo. Bien sabía que la autoridad de un jefe indio era tan poco convencional, que a menudo se mantenía por superioridad física más que por cualquier supremacía moral que pudiera poseer. El peligro, por lo tanto, se magnificaba exactamente en proporción al número de espíritus salvajes por los que estaban rodeados. El mandato más positivo de aquel que parecía el líder reconocido, era susceptible de ser violado en cada momento por cualquier mano temeraria que eligiera sacrificar una víctima a los manes de algún amigo o pariente muerto. Mientras, por lo tanto, mantenía una apariencia externa de calma y fortaleza, su corazón le saltaba a la garganta cada vez que alguno de sus fieros captores se acercaba más de lo común a las indefensas hermanas, o fijaba una de sus miradas hosca y errantes en aquellas frágiles formas que tan poco capaces eran de resistir el más mínimo asalto.

Sus aprensiones, sin embargo, se aliviaron enormemente cuando vio que el líder había convocado a sus guerreros a consejo. Sus deliberaciones

fueron cortas, y parecería, por el silencio de la mayor parte del grupo, que la decisión fue unánime. Por la frecuencia con que los pocos oradores señalaban en dirección al campamento de Webb, era evidente que temían la aproximación del peligro desde ese lado. Esta consideración probablemente aceleró su determinación y apresuró los movimientos posteriores.

Durante su breve conferencia, Heyward, encontrando un respiro a sus más graves temores, tuvo tiempo de admirar la manera cautelosa en que los hurones habían hecho sus aproximaciones, incluso después de que las hostilidades hubieran cesado.

Ya se ha dicho que la mitad superior de la isla era una roca desnuda, y desprovista de otras defensas que no fueran unos pocos troncos dispersos de madera a la deriva. Habían seleccionado este punto para hacer su descenso, habiendo transportado la canoa a través del bosque alrededor de la catarata para ese propósito. Colocando sus armas en la pequeña embarcación, una docena de hombres aferrados a sus costados se habían confiado a la dirección de la canoa, que era controlada por dos de los guerreros más hábiles, en actitudes que les permitían dominar la vista del peligroso pasaje. Favorecidos por este arreglo, tocaron la cabeza de la isla en el punto que había resultado tan fatal para sus primeros aventureros, pero con las ventajas de un número superior y la posesión de armas de fuego. Que tal había sido la manera de su descenso se hizo bastante evidente para Duncan; pues ahora transportaron la ligera barca desde el extremo superior de la roca, y la colocaron en el agua, cerca de la boca de la caverna exterior. Tan pronto como se hizo este cambio, el líder hizo señas a los prisioneros para que descendieran y entraran.

Como la resistencia era imposible y la protesta inútil, Heyward dio el ejemplo de sumisión, abriendo el camino hacia la canoa, donde pronto se sentó con las hermanas y el todavía asombrado David. A pesar de que los hurones ignoraban necesariamente los pequeños canales entre los remolinos y los rápidos del arroyo, conocían demasiado bien las señales comunes de tal navegación como para cometer un error material. Cuando el piloto elegido para la tarea de guiar la canoa hubo tomado su puesto, toda la banda se lanzó de nuevo al río, la embarcación se deslizó por la corriente, y en pocos momentos los cautivos se encontraron en la orilla sur del arroyo, casi enfrente del punto donde lo habían alcanzado la noche anterior.

Aquí se celebró otra consulta corta pero seria, durante la cual los caballos, a cuyo pánico sus dueños atribuían su mayor desgracia, fueron sacados del refugio del bosque y llevados al lugar resguardado. La banda se dividió entonces. El gran jefe, tan a menudo mencionado, montando el corcel de Heyward, abrió el camino directamente a través del río, seguido por la mayoría de su gente, y desapareció en los bosques, dejando a los prisioneros a cargo de seis salvajes, a cuya cabeza estaba Le Renard Subtil. Duncan presencié todos sus movimientos con renovada inquietud.

Le había gustado creer, por la inusual tolerancia de los salvajes, que estaba reservado como prisionero para ser entregado a Montcalm. Como los pensamientos de quienes están en la miseria rara vez duermen, y la invención nunca es más viva que cuando es estimulada por la esperanza, por débil y remota que sea, incluso había imaginado que los sentimientos paternales de Munro iban a ser utilizados como instrumento para seducirlo de su deber para con el rey. Pues aunque el comandante francés gozaba de gran reputación por su valor y empresa, también se le consideraba experto en esas prácticas políticas que no siempre respetan las obligaciones más delicadas de la moralidad, y que tan generalmente deshonoraban la diplomacia europea de aquella época.

Todas esas activas e ingeniosas especulaciones quedaban ahora aniquiladas por la conducta de sus captores. La parte de la banda que había seguido al enorme guerrero tomó la ruta hacia el pie del Horican, y no quedaba otra expectativa para él y sus compañeros que la de ser retenidos como cautivos sin esperanza por sus salvajes conquistadores. Ansioso por conocer lo peor, y dispuesto, en tal emergencia, a probar la potencia del oro, venció su renuencia a hablar con Magua. Dirigiéndose a su antiguo guía, que ahora había asumido la autoridad y las maneras de quien iba a dirigir los futuros movimientos del grupo, dijo, en tonos tan amistosos y confiados como pudo asumir:

—Quisiera hablar con Magua, de lo que solo es digno de oír un jefe tan grande.

El indio volvió sus ojos hacia el joven soldado con desdén, mientras respondía:

—Habla; los árboles no tienen oídos.

—Pero los hurones rojos no son sordos; y un consejo que es adecuado para los grandes hombres de una nación emborracharía a los jóvenes guerreros. Si Magua no escucha, el oficial del rey sabe guardar silencio.

El salvaje habló despreocupadamente a sus camaradas, que estaban ocupados, a su torpe manera, en preparar los caballos para la recepción de las hermanas, y se apartó un poco a un lado, hacia donde, con un gesto cauteloso, indujo a Heyward a seguirlo.

—Ahora, habla —dijo—; si las palabras son tales que Magua deba oír.

—Le Renard Subtil ha demostrado ser digno del honorable nombre que le dieron sus padres de Canadá —comenzó Heyward—; veo su sabiduría, y todo lo que ha hecho por nosotros, y lo recordaré cuando llegue la hora de recompensarlo. ¡Sí! ¡Renard ha demostrado que no solo es un gran jefe en el consejo, sino uno que sabe cómo engañar a sus enemigos!

—¿Qué ha hecho Renard? —demandó fríamente el indio.

—¿Cómo! ¿No ha visto que los bosques estaban llenos de partidas de enemigos al acecho, y que la serpiente no podía deslizarse a través de ellos sin ser vista? Entonces, ¿no perdió su camino para cegar los ojos de los hurones? ¿No fingió volver a su tribu, que lo había tratado mal y lo había expulsado de sus wigwams como a un perro? Y, cuando vimos lo que deseaba hacer, ¿no lo ayudamos, poniendo una cara falsa, para que los hurones pensarán que el hombre blanco creía que su amigo era su enemigo? ¿No es todo esto cierto? Y cuando Le Subtil hubo cerrado los ojos y tapado los oídos de su nación con su sabiduría, ¿no olvidaron que una vez le habían hecho mal y lo habían obligado a huir a los mohawks? ¿Y no lo dejaron en el lado sur del río, con sus prisioneros, mientras ellos han seguido tontamente hacia el norte? ¿No pretende Renard volverse como un zorro sobre sus pasos, y llevar al rico y canoso escocés a sus hijas? Sí, Magua, lo veo todo, y ya he estado pensando cómo debería ser recompensada tanta sabiduría y honestidad. Primero, el jefe de William Henry dará como un gran jefe debe por tal servicio. La medalla¹ de Magua ya no será de estaño, sino de oro batido; su cuerno rebosará de pólvora; los dólares serán tan abundantes en su bolsa como los guijarros en la orilla del Horican; ¡y el ciervo lamerá su mano, pues sabrán que es vano huir del rifle que llevará! En cuanto a mí, no sé cómo superar la gratitud del escocés, pero yo... sí, yo...

¹ Ha sido durante mucho tiempo una práctica de los blancos conciliar a los hombres importantes de los indios presentándoles medallas, que se usan en lugar de sus propios y rudos ornamentos. Las que dan los ingleses generalmente llevan la efigie del rey reinante, y las que dan los americanos la del presidente.

—¿Qué dará el joven jefe, que viene de donde nace el sol? —demandó el hurón, observando que Heyward vacilaba en su deseo de terminar la enumeración de beneficios con aquello que podría formar el clímax de los deseos de un indio.

—Hará que el agua de fuego de las islas del lago salado fluya ante el wigwam de Magua, hasta que el corazón del indio sea más ligero que las plumas del colibrí, y su aliento más dulce que la madre selva silvestre.

Le Renard había escuchado gravemente mientras Heyward procedía lentamente en este sutil discurso. Cuando el joven mencionó el artificio que suponía que el indio había practicado con su propia nación, el semblante del oyente se veló en una expresión de cautelosa gravedad. Ante la alusión a la injuria que Duncan fingía creer que había expulsado al hurón de su tribu nativa, un destello de ferocidad tan ingobernable brilló en los ojos del otro, que indujo al aventurero orador a creer que había tocado la cuerda adecuada. Y para cuando llegó a la parte donde tan astutamente mezclaba la sed de venganza con el deseo de ganancia, había, al menos, obtenido el dominio de la más profunda atención del salvaje. La pregunta formulada por Le Renard había sido tranquila, y con toda la dignidad de un indio; pero era bastante evidente, por la expresión pensativa del semblante del oyente, que la respuesta estaba muy astutamente ideada. El hurón reflexionó unos momentos, y luego, posando la mano sobre los rudos vendajes de su hombro herido, dijo, con cierta energía:

—¿Hacen los amigos tales marcas?

—¿Haría «La Longue Carbine» un corte tan leve a un enemigo?

—¿Se arrastran los delawarenses sobre aquellos a quienes aman como serpientes, retorciéndose para atacar?

—¿Habría sido oído «Le Gros Serpent» por los oídos de aquel a quien deseaba sordo?

—¿Quema el jefe blanco su pólvora en la cara de sus hermanos?

—¿Falla alguna vez su puntería, cuando está seriamente decidido a matar? —respondió Duncan, sonriendo con bien actuada sinceridad.

Otra larga y deliberada pausa sucedió a estas sentenciosas preguntas y prontas respuestas. Duncan vio que el indio vacilaba. Para completar su victoria, estaba a punto de recomenzar la enumeración de las recompensas, cuando Magua hizo un gesto expresivo y dijo:

—Basta; Le Renard es un jefe sabio, y lo que haga se verá. Ve, y mantén la boca cerrada. Cuando Magua hable, será el momento de responder.

Heyward, percibiendo que los ojos de su compañero estaban cautelosamente fijos en el resto de la banda, retrocedió de inmediato, para evitar la apariencia de cualquier confederación sospechosa con su líder. Magua se acercó a los caballos y fingió estar muy complacido con la diligencia y el ingenio de sus camaradas. Luego hizo señas a Heyward para que ayudara a las hermanas a subir a las sillas, pues rara vez se dignaba a usar la lengua inglesa, a menos que lo impulsara algún motivo de importancia más que usual.

Ya no había ningún pretexto plausible para la demora; y Duncan se vio obligado, aunque a regañadientes, a obedecer. Mientras cumplía con este oficio, susurró sus renacientes esperanzas a los oídos de las temblorosas mujeres, quienes, por temor a encontrarse con los semblantes salvajes de sus captores, rara vez levantaban los ojos del suelo. La yegua de David había sido tomada con los seguidores del gran jefe; en consecuencia, su dueño, así como Duncan, se vio obligado a viajar a pie. Este último, sin embargo, no lamentó tanto esta circunstancia, ya que podría permitirle retrasar la velocidad del grupo; pues todavía dirigía sus anhelantes miradas en dirección al Fuerte Edward, en la vana expectativa de captar algún sonido de aquel lado del bosque que pudiera denotar la aproximación del socorro. Cuando todos estuvieron preparados, Magua dio la señal de proceder, avanzando al frente para dirigir al grupo en persona. A continuación seguía David, que gradualmente iba tomando conciencia de su condición, a medida que los efectos de la herida se hacían cada vez menos aparentes. Las hermanas cabalgaban a su retaguardia, con Heyward a su lado, mientras los indios flanqueaban al grupo y cerraban la marcha, con una cautela que parecía no cansarse nunca.

De esta manera procedieron en ininterrumpido silencio, excepto cuando Heyward dirigía alguna solitaria palabra de consuelo a las mujeres, o David daba rienda suelta a los lamentos de su espíritu, en lastimeras exclamaciones, que pretendían expresar la humildad de la resignación. Su dirección era hacia el sur, y en un rumbo casi opuesto al camino de William Henry. A pesar de esta aparente adhesión de Magua a la determinación original de sus conquistadores, Heyward no podía creer que su tentador cebo hubiera sido olvidado tan pronto; y conocía demasiado bien las sinuosidades del sendero de un indio como para suponer que su rumbo aparente conducía directamente a su objetivo, cuando el artificio era en absoluto necesario. Milla tras milla, sin embargo, se recorrieron a través de los ilimitados bosques, de esta manera dolorosa, sin ninguna perspectiva de terminación a su viaje. Heyward observaba el sol, mientras lanzaba sus rayos meridianos a través de las ramas de los árboles, y anhelaba el momento en que la política de Magua cambiara su ruta a una más favorable a sus esperanzas. A veces imaginaba que el cauto salvaje, desesperado por pasar el ejército de Montcalm con seguridad, se dirigía hacia un conocido asentamiento fronterizo, donde un distinguido oficial de la corona, y un amigo favorecido de las Seis Naciones, tenía sus grandes posesiones, así como su residencia habitual. Ser entregado en manos de Sir William Johnson era mucho preferible a ser llevado a las tierras salvajes de Canadá; pero para efectuar incluso lo primero, sería necesario atravesar el bosque durante muchas leguas fatigosas, cada paso de las cuales lo alejaba más de la escena de la guerra y, en consecuencia, del puesto, no solo de honor, sino de deber.

Solo Cora recordaba las instrucciones de despedida del explorador, y cada vez que se presentaba la oportunidad, extendía el brazo para apartar las ramitas que encontraba en sus manos. Pero la vigilancia de los indios hacía que este acto de precaución fuera difícil y peligroso. A menudo era derrotada en su propósito, al encontrarse con sus ojos vigilantes, cuando se hacía necesario fingir una alarma que no sentía, y ocupar el miembro con algún gesto de aprensión femenina. Una vez, y solo una vez, tuvo un éxito completo; cuando rompió la rama de un gran zumaque, y por un pensamiento repentino, dejó caer su guante en el mismo instante. Esta señal, destinada a los que pudieran seguir, fue observada por uno de sus conductores, quien le devolvió el guante, rompió las ramas restantes del arbusto de tal manera que parecía proceder de la lucha de alguna bestia en sus ramas, y luego posó la

mano en su tomahawk, con una mirada tan significativa, que puso un fin efectivo a estos robados memoriales de su paso.

Como había caballos, para dejar las huellas de sus pisadas, en ambas bandas de indios, esta interrupción cortó cualquier esperanza probable de que se transmitiera ayuda por medio de su rastro.

Heyward se habría aventurado a una protesta si hubiera habido algo alentador en la sombría reserva de Magua. Pero el salvaje, durante todo este tiempo, rara vez se volvía para mirar a sus seguidores, y nunca hablaba. Con el sol como única guía, o ayudado por esas marcas ciegas que solo son conocidas por la sagacidad de un nativo, mantuvo su camino a lo largo de los pinares yermos, a través de ocasionales pequeños valles fértiles, cruzando arroyos y riachuelos, y sobre colinas onduladas, con la precisión del instinto, y casi con la rectitud de un pájaro. Nunca parecía dudar. Si el sendero era apenas distinguible, si desaparecía, o si yacía trillado y llano ante él, no hacía ninguna diferencia sensible en su velocidad o certeza. Parecía como si la fatiga no pudiera afectarlo. Cada vez que los ojos de los cansados viajeros se levantaban de las hojas en descomposición sobre las que pisaban, su oscura figura se veía brillar entre los troncos de los árboles al frente, su cabeza inamoviblemente fija en una posición hacia adelante, con la ligera pluma en su cresta ondeando en una corriente de aire, hecha únicamente por la rapidez de su propio movimiento.

Pero toda esta diligencia y velocidad no carecían de objeto. Después de cruzar un valle bajo, a través del cual serpenteaba un arroyo caudaloso, ascendió de repente una colina, tan empinada y difícil de subir, que las hermanas se vieron obligadas apear para seguir. Cuando se alcanzó la cima, se encontraron en un lugar llano, pero escasamente cubierto de árboles, bajo uno de los cuales Magua había arrojado su oscura figura, como si estuviera dispuesto y listo para buscar el descanso que tanto necesitaba todo el grupo.

CAPÍTULO XI

Maldita sea mi tribu

Si le perdono.

—Shylock

El indio había seleccionado para este deseable propósito una de esas colinas empinadas y piramidales, que guardan un fuerte parecido con los montículos artificiales, y que tan frecuentemente se encuentran en los valles de América. La que nos ocupa era alta y escarpada; su cima aplanada, como de costumbre; pero con uno de sus lados más irregular de lo ordinario. No poseía otra ventaja aparente para un lugar de descanso que su elevación y forma, que podían facilitar la defensa y hacer la sorpresa casi imposible. Como Heyward, sin embargo, ya no esperaba el rescate que el tiempo y la distancia hacían ahora tan improbable, contempló estas pequeñas peculiaridades con un ojo desprovisto de interés, dedicándose por completo al consuelo y la condolencia de sus compañeras más débiles. Se permitió a los Narragansetts pacer en las ramas de los árboles y arbustos que estaban escasamente esparcidos por la cima de la colina, mientras que los restos de sus provisiones se extendían bajo la sombra de un haya, que extendía sus ramas horizontales como un dosel sobre ellos.

A pesar de la rapidez de su huida, uno de los indios había encontrado la oportunidad de herir a un cervatillo extraviado con una flecha, y había llevado los fragmentos más preferibles de la víctima, pacientemente sobre sus hombros, hasta el lugar de parada. Sin ninguna ayuda de la ciencia de la cocina, se empleó de inmediato, en común con sus compañeros, en atiborrarse de este sustento digerible. Solo Magua se sentaba aparte, sin participar en la repugnante comida, y aparentemente sumido en los más profundos pensamientos.

Esta abstinencia, tan notable en un indio, cuando poseía los medios para satisfacer el hambre, atrajo finalmente la atención de Heyward. El joven creyó de buen grado que el hurón deliberaba sobre la manera más elegible de eludir la vigilancia de sus asociados. Con el fin de ayudar a sus planes con alguna sugerencia propia, y de fortalecer la tentación, dejó el haya, y se acercó, como sin objeto, al lugar donde Le Renard estaba sentado.

—¿No ha mantenido Magua el sol en su cara el tiempo suficiente para escapar de todo peligro de los canadienses? —preguntó, como si ya no dudara de la buena inteligencia establecida entre ellos—; ¿y no le complacerá más al jefe de William Henry ver a sus hijas antes de que otra noche haya endurecido su corazón a su pérdida, para hacerlo menos liberal en su recompensa?

—¿Aman los rostros pálidos a sus hijos menos por la mañana que por la noche? —preguntó fríamente el indio.

—De ninguna manera —respondió Heyward, ansioso por enmendar su error, si lo había cometido—; el hombre blanco puede, y a menudo lo hace, olvidar el lugar de sepultura de sus padres; a veces deja de recordar a aquellos a quienes debería amar, y ha prometido cuidar; pero nunca se permite que muera el afecto de un padre por su hijo.

—¿Y es blando el corazón del jefe de cabeza cana, y pensará en las criaturas que sus squaws le han dado? ¡Es duro con sus guerreros y sus ojos están hechos de piedra!

—Es severo con los ociosos y los malvados, pero con los sobrios y meritorios es un líder, a la vez justo y humano. He conocido a muchos padres cariñosos y tiernos, pero nunca he visto a un hombre cuyo corazón fuera más blando hacia su hijo. Has visto al cabeza cana al frente de sus guerreros, Magua; ¡pero yo he visto sus ojos nadar en agua, cuando hablaba de esas hijas que ahora están en tu poder!

Heyward hizo una pausa, pues no sabía cómo interpretar la notable expresión que brilló en los rasgos morenos del atento indio. Al principio pareció como si el recuerdo de la recompensa prometida se avivara en su mente, mientras escuchaba las fuentes del sentimiento paternal que debían asegurar su posesión; pero, a medida que Duncan procedía, la expresión de alegría se

volvió tan ferozmente maligna que era imposible no temer que procediera de alguna pasión más siniestra que la avaricia.

— Ve —dijo el hurón, reprimiendo la alarmante exhibición en un instante, con una calma mortal en el semblante—; ve a la hija de cabello oscuro, y dile: "Magua espera para hablar". El padre recordará lo que la hija promete.

Duncan, que interpretó este discurso como un deseo de alguna garantía adicional de que los regalos prometidos no serían retenidos, se dirigió lenta y a regañadientes al lugar donde las hermanas descansaban ahora de su fatiga, para comunicar su propósito a Cora.

—Comprendes la naturaleza de los deseos de un indio —concluyó, mientras la conducía hacia el lugar donde se la esperaba—, y debes ser pródiga en tus ofertas de pólvora y mantas. Los licores fuertes son, sin embargo, lo más apreciado por gente como él; ni estaría de más añadir algún obsequio de tu propia mano, con esa gracia que tan bien sabes practicar. Recuerda, Cora, que de tu presencia de ánimo e ingenio, incluso tu vida, así como la de Alice, puede depender en cierta medida.

—¡Heyward, y la tuya!

—La mía tiene poca importancia; ya está vendida a mi rey, y es un premio que puede ser tomado por cualquier enemigo que posea el poder. No tengo padre que me espere, y pocos amigos para lamentar un destino que he cortejado con los anhelos insaciables de la juventud por la distinción. Pero ¡chist! nos acercamos al indio. Magua, la dama con la que deseas hablar, está aquí.

El indio se levantó lentamente de su asiento, y permaneció casi un minuto en silencio e inmóvil. Luego hizo una seña con la mano para que Heyward se retirara, diciendo fríamente:

—Cuando el hurón habla con las mujeres, su tribu cierra los oídos.

Duncan, aún demorándose, como si se negara a obedecer, Cora dijo, con una sonrisa tranquila:

—Oyes, Heyward, y la delicadeza al menos debería instarte a retirarte. Ve con Alice, y consuélala con nuestras renacientes perspectivas.

Esperó hasta que él se hubo marchado, y luego, volviéndose hacia el nativo, con la dignidad de su sexo en su voz y sus modales, añadió: —¿Qué le

diría Le Renard a la hija de Munro?

—Escucha —dijo el indio, posando firmemente la mano sobre el brazo de ella, como si quisiera atraer su máxima atención a sus palabras; un movimiento que Cora, tan firme pero tranquilamente, repelió, liberando la extremidad de su agarre —: Magua nació jefe y guerrero entre los hurones rojos de los lagos; vio los soles de veinte veranos hacer que las nieves de veinte inviernos corrieran por los arroyos antes de ver un rostro pálido; ¡y era feliz! Entonces sus padres de Canadá vinieron a los bosques, y le enseñaron a beber el agua de fuego, y se convirtió en un bribón. Los hurones lo expulsaron de las tumbas de sus padres, como perseguirían al búfalo cazado. Corrió por las orillas de los lagos, y siguió su desagüe hasta la «ciudad de los cañones». Allí cazó y pescó, hasta que la gente lo persiguió de nuevo a través de los bosques hasta los brazos de sus enemigos. ¡El jefe, que nació hurón, fue al fin un guerrero entre los mohawks!

—Algo parecido había oído antes —dijo Cora, observando que él se detenía para reprimir aquellas pasiones que comenzaban a arder con una llama demasiado brillante, al recordar el recuerdo de sus supuestas injurias.

—¿Fue culpa de Le Renard que su cabeza no estuviera hecha de roca? ¿Quién le dio el agua de fuego? ¿quién lo convirtió en un villano? Fueron los rostros pálidos, la gente de tu propio color.

—¿Y soy yo responsable de que existan hombres irreflexivos y sin principios, cuyas tonalidades de semblante puedan parecerse a la mía? —demandó Cora tranquilamente al excitado salvaje.

—No; Magua es un hombre, y no un tonto; gente como tú nunca abre sus labios a la corriente ardiente: ¡el Gran Espíritu os ha dado sabiduría!

—Entonces, ¿qué tengo yo que hacer, o decir, en el asunto de tus desgracias, por no decir de tus errores?

—Escucha —repitió el indio, reasumiendo su actitud seria—; cuando sus padres ingleses y franceses desenterraron el hacha, Le Renard golpeó el poste de guerra de los mohawks, y salió contra su propia nación. Los rostros pálidos han expulsado a los pieles rojas de sus terrenos de caza, y ahora cuando luchan, un hombre blanco abre el camino. El viejo jefe en el Horicán, tu padre, era el gran capitán de nuestra partida de guerra. Dijo a los mohawks haced esto, y haced aquello, y se le obedecía. Hizo una ley, que si

un indio tragaba el agua de fuego, y entraba en los wigwams de tela de sus guerreros, no sería olvidado. Magua abrió tontamente la boca, y el licor caliente lo llevó a la cabaña de Munro. ¿Qué hizo el cabeza cana? que lo diga su hija.

—No olvidó sus palabras, e hizo justicia, castigando al ofensor —dijo la impávida hija.

—¡Justicia! —repitió el indio, lanzando una mirada oblicua de la más feroz expresión a su semblante inflexible—; ¿es justicia hacer el mal y luego castigar por ello? ¡Magua no era él mismo; fue el agua de fuego la que habló y actuó por él! pero Munro lo creyó. El jefe hurón fue atado ante todos los guerreros de rostro pálido, y azotado como un perro.

Cora permaneció en silencio, pues no sabía cómo paliar esta imprudente severidad por parte de su padre de una manera que se ajustara a la comprensión de un indio.

—¡Mira! —continuó Magua, rasgando el ligero calicó que ocultaba muy imperfectamente su pecho pintado—; aquí hay cicatrices dadas por cuchillos y balas; de estas un guerrero puede jactarse ante su nación; pero el cabeza cana ha dejado marcas en la espalda del jefe hurón que debe ocultar como una squaw, bajo esta tela pintada de los blancos.

—Había pensado —reanudó Cora—, que un guerrero indio era paciente, y que su espíritu no sentía ni conocía el dolor que sufría su cuerpo.

—Cuando los chippewas ataron a Magua a la estaca, y le hicieron este corte —dijo el otro, posando el dedo sobre una profunda cicatriz—, ¡el hurón se rió en sus caras, y les dijo: las mujeres golpean tan ligero! ¡Su espíritu estaba entonces en las nubes! Pero cuando sintió los golpes de Munro, su espíritu yacía bajo el abedul. ¡El espíritu de un hurón nunca está borracho; recuerda para siempre!

—Pero puede ser apaciguado. Si mi padre te ha hecho esta injusticia, muéstrale cómo un indio puede perdonar una injuria, y recupera a sus hijas. Has oído del Mayor Heyward...

Magua sacudió la cabeza, prohibiendo la repetición de ofertas que tanto despreciaba.

—¿Qué querrías? —continuó Cora, después de una pausa muy dolorosa, mientras la convicción se abría paso en su mente de que el demasiado optimista y generoso Duncan había sido cruelmente engañado por la astucia del salvaje.

—Lo que un hurón ama: ¡bien por bien; mal por mal!

—Querrías, entonces, vengar la injuria infligida por Munro en sus indefensas hijas. ¿No sería más propio de un hombre ir ante su cara y tomar la satisfacción de un guerrero?

—¡Los brazos de los rostros pálidos son largos, y sus cuchillos afilados! —respondió el salvaje, con una risa maligna—: ¿por qué debería ir Le Renard entre los mosquetes de sus guerreros, cuando tiene el espíritu del cabeza cana en su mano?

—Nombra tu intención, Magua —dijo Cora, luchando consigo misma para hablar con calma serena—. ¿Es llevarnos prisioneras a los bosques, o contemplas incluso algún mal mayor? ¿No hay recompensa, ningún medio de paliar la injuria y de ablandar tu corazón? Al menos, libera a mi gentil hermana, y vierte toda tu malicia sobre mí. Compra riqueza con su seguridad y satisface tu venganza con una sola víctima. La pérdida de sus dos hijas podría llevar al anciano a la tumba, ¿y dónde estaría entonces la satisfacción de Le Renard?

—Escucha —dijo de nuevo el indio—. La de ojos claros puede volver al Horican, y decirle al viejo jefe lo que se ha hecho, si la mujer de cabello oscuro jura por el Gran Espíritu de sus padres no decir mentira.

—¿Qué debo prometer? —demandó Cora, manteniendo aún un secreto ascendiente sobre el fiero nativo por la serena y femenina dignidad de su presencia.

—Cuando Magua dejó a su gente, su esposa fue dada a otro jefe; ahora ha hecho las paces con los hurones, y volverá a las tumbas de su tribu, a orillas del gran lago. Que la hija del jefe inglés lo siga, y viva en su wigwam para siempre.

Por muy repugnante que pudiera resultar una propuesta de tal carácter para Cora, retuvo, a pesar de su poderoso disgusto, suficiente dominio de sí misma para responder, sin delatar la debilidad.

—¿Y qué placer encontraría Magua en compartir su cabaña con una esposa que no amaba; una que sería de una nación y color diferente al suyo? Sería mejor tomar el oro de Munro, y comprar el corazón de alguna doncella hurona con sus regalos.

El indio no respondió durante casi un minuto, pero clavó sus fieras miradas en el semblante de Cora, con miradas tan vacilantes, que los ojos de ella se hundieron de vergüenza, bajo la impresión de que por primera vez se habían encontrado con una expresión que ninguna mujer casta podría soportar. Mientras se encogía dentro de sí misma, con el temor de que sus oídos fueran heridos por alguna propuesta aún más chocante que la última, la voz de Magua respondió, en sus tonos de más profunda malignidad:

—Cuando los golpes abrasaran la espalda del hurón, él sabría dónde encontrar a una mujer para sentir el escozor. La hija de Munro traería su agua, labraría su maíz y cocinaría su venado. El cuerpo del cabeza cana dormiría entre sus cañones, pero su corazón yacería al alcance del cuchillo de Le Subtil.

—¡Monstruo! bien mereces tu nombre traicionero —gritó Cora, en un ingobernable estallido de indignación filial—. ¡Nadie más que un demonio podría meditar tal venganza. Pero sobreestimas tu poder! ¡Descubrirás que es, en verdad, el corazón de Munro lo que tienes, y que desafiará tu máxima malicia!

El indio respondió a este audaz desafío con una sonrisa espantosa, que mostraba un propósito inalterado, mientras le hacía un gesto para que se alejara, como para cerrar la conferencia para siempre. Cora, ya lamentando su precipitación, se vio obligada a obedecer, pues Magua abandonó instantáneamente el lugar y se acercó a sus glotones camaradas. Heyward voló al lado de la agitada mujer y exigió el resultado de un diálogo que había observado a distancia con tanto interés. Pero, no queriendo alarmar los temores de Alice, ella evadió una respuesta directa, delatando solo por sus miradas ansiosas fijadas en los más mínimos movimientos de sus captores. A las reiteradas y serias preguntas de su hermana sobre su probable destino, no dio otra respuesta que señalar hacia el oscuro grupo, con una agitación que no podía controlar, y murmurando mientras estrechaba a Alice contra su pecho.

—¡Ahí, ahí; lee nuestra fortuna en sus rostros; ya veremos; ya veremos!

La acción y la ahogada pronunciación de Cora hablaron más impresionantemente que cualquier palabra, y rápidamente atrajeron la atención de sus compañeros hacia el lugar donde la suya propia estaba clavada con una intensidad que nada más que la importancia de lo que estaba en juego podía crear.

Cuando Magua llegó al grupo de salvajes holgazanes, quienes, atiborrados de su repugnante comida, yacían extendidos en la tierra en brutal indulgencia, comenzó a hablar con la dignidad de un jefe indio. Las primeras sílabas que pronunció tuvieron el efecto de hacer que sus oyentes se levantaran en actitudes de respetuosa atención. Como el hurón usaba su lengua nativa, los prisioneros, a pesar de que la cautela de los nativos los había mantenido al alcance de sus tomahawks, solo podían conjeturar la sustancia de su arenga por la naturaleza de aquellos gestos significativos con los que un indio siempre ilustra su elocuencia.

Al principio, el lenguaje, así como la acción de Magua, parecían tranquilos y deliberados. Cuando hubo logrado despertar suficientemente la atención de sus camaradas, Heyward imaginó, al señalar tan frecuentemente en dirección a los grandes lagos, que hablaba de la tierra de sus padres, y de su lejana tribu. Frecuentes indicaciones de aplauso escapaban de los oyentes, quienes, al pronunciar el expresivo «¡Hugh!», se miraban unos a otros en alabanza del orador. Le Renard era demasiado hábil para descuidar su ventaja. Ahora habló de la larga y penosa ruta por la que habían dejado aquellos espaciosos terrenos y felices aldeas, para venir a luchar contra los enemigos de sus padres canadienses. Enumeró a los guerreros del grupo; sus diversos méritos; sus frecuentes servicios a la nación; sus heridas, y el número de cabelleras que habían tomado. Cada vez que aludía a alguno de los presentes (y el sutil indio no descuidó a ninguno), el oscuro semblante del individuo halagado brillaba de exultación, y ni siquiera dudaba en afirmar la verdad de las palabras, con gestos de aplauso y confirmación. Entonces la voz del orador decayó, y perdió los tonos fuertes y animados de triunfo con que había enumerado sus hazañas de éxito y victoria. Describió la catarata de Glenn; la posición inexpugnable de su isla rocosa, con sus cavernas y sus numerosos rápidos y remolinos; nombró el nombre de «La Longue Carabine», y se detuvo hasta que el bosque bajo ellos hubo devuelto el último eco de un largo y fuerte alarido, con el que fue recibido el odiado apelativo. Señaló hacia el joven cautivo militar, y describió la muerte de

un guerrero favorito, que había sido precipitado al profundo barranco por su mano. No solo mencionó el destino de aquel que, colgado entre el cielo y la tierra, había presentado un espectáculo de horror a toda la banda, sino que representó de nuevo los terrores de su situación, su resolución y su muerte, en las ramas de un arbolillo; y, finalmente, relató rápidamente la manera en que cada uno de sus amigos había caído, sin dejar de tocar su valor y sus virtudes más reconocidas. Cuando este recital de acontecimientos terminó, su voz cambió una vez más, y se volvió lastimera e incluso musical, en sus bajos sonidos guturales. Ahora habló de las esposas y los hijos de los caídos; su desamparo; su miseria, tanto física como moral; su distancia; y, por último, de sus agravios no vengados. Luego, levantando repentinamente la voz a un tono de energía terrorífica, concluyó demandando:

—¿Son los hurones perros para soportar esto? ¿Quién le dirá a la esposa de Menowgua que los peces tienen su cabellera, y que su nación no ha tomado venganza? ¿Quién se atreverá a encontrarse con la madre de Wasawattimie, esa mujer desdeñosa, con las manos limpias? ¿Qué se les dirá a los ancianos cuando nos pidan cabelleras, y no tengamos ni un pelo de una cabeza blanca que darles? Las mujeres nos señalarán con el dedo. ¡Hay una mancha oscura en los nombres de los hurones, y debe ser ocultada con sangre! —Su voz ya no era audible en el estallido de ira que ahora irrumpió en el aire, como si el bosque, en lugar de contener una banda tan pequeña, estuviera lleno de la nación. Durante el discurso anterior, el progreso del orador fue leído con demasiada claridad por los más interesados en su éxito a través de los semblantes de los hombres a quienes se dirigía. Habían respondido a su melancolía y luto con simpatía y dolor; a sus afirmaciones, con gestos de confirmación; y a su jactancia, con la exultación de los salvajes. Cuando hablaba de valor, sus miradas eran firmes y receptivas; cuando aludía a sus injurias, sus ojos se encendían de furia; cuando mencionaba las burlas de las mujeres, bajaban la cabeza avergonzados; pero cuando señalaba sus medios de venganza, tocaba una cuerda que nunca dejaba de vibrar en el pecho de un indio. Con la primera insinuación de que estaba a su alcance, toda la banda se puso de pie como un solo hombre; dando rienda suelta a su ira en los gritos más frenéticos, se abalaron sobre sus prisioneros en masa con cuchillos desenvainados y tomahawks levantados. Heyward se interpuso entre las hermanas y el que iba en cabeza, a quien agarró con una fuerza desesperada que por un momento contuvo su violencia. Esta resistencia inesperada dio tiempo a Magua para interponerse, y con

rápida enunciación y gesto animado, atrajo de nuevo la atención de la banda hacia sí mismo. En ese lenguaje que tan bien sabía asumir, desvió a sus camaradas de su propósito inmediato, y los invitó a prolongar la miseria de sus víctimas. Su propuesta fue recibida con aclamaciones, y ejecutada con la rapidez del pensamiento.

Dos poderosos guerreros se lanzaron sobre Heyward, mientras otro se ocupaba de asegurar al menos activo maestro de canto. Ninguno de los cautivos, sin embargo, se sometió sin una lucha desesperada, aunque infructuosa. Incluso David arrojó a su asaltante al suelo; y Heyward no fue asegurado hasta que la victoria sobre su compañero permitió a los indios dirigir su fuerza unida a ese objeto. Fue entonces atado y amarrado al cuerpo del arbolillo, en cuyas ramas Magua había representado la pantomima del hurón que caía. Cuando el joven soldado recuperó el conocimiento, tuvo ante sus ojos la dolorosa certeza de que un destino común estaba previsto para todo el grupo. A su derecha estaba Cora en una cautividad similar a la suya, pálida y agitada, pero con un ojo cuya mirada firme aún leía los procedimientos de sus enemigos. A su izquierda, las varas que la ataban a un pino, cumplían para Alice la función que sus temblorosas extremidades se negaban a cumplir, y solo mantenían su frágil forma sin hundirse. Sus manos estaban entrelazadas ante ella en oración, pero en lugar de mirar hacia arriba, hacia ese poder que solo podía rescatarlos, sus miradas inconscientes vagaban hacia el semblante de Duncan con dependencia infantil. David había contenido, y la novedad de la circunstancia lo mantenía en silencio, deliberando sobre la propiedad del inusual suceso.

La venganza de los hurones había tomado ahora una nueva dirección, y se preparaban para ejecutarla con esa ingeniosidad bárbara con la que estaban familiarizados por la práctica de siglos. Unos buscaban nudos, para levantar la pira ardiente; uno estaba partiendo astillas de pino, para atravesar la carne de sus cautivos con los fragmentos ardientes; y otros doblaban las copas de dos arbolillos hacia la tierra, para suspender a Heyward de los brazos entre las ramas que retrocederían. Pero la venganza de Magua buscaba un goce más profundo y maligno.

Mientras los monstruos menos refinados de la banda preparaban, ante los ojos de quienes iban a sufrir, estos bien conocidos y vulgares medios de tortura, él se acercó a Cora, y señaló, con la más maligna expresión de semblante, el rápido destino que le esperaba:

—¡Ja! —añadió—, ¿qué dice la hija de Munro? Su cabeza es demasiado buena para encontrar una almohada en el wigwam de Le Renard; ¿le gustará más cuando ruede por esta colina como un juguete para los lobos? Su pecho no puede amamantar a los hijos de un hurón; ¡lo verá escupido por los indios!

—¡Qué quiere decir el monstruo! —demandó el asombrado Heyward.

—¡Nada! —fue la firme respuesta—. Es un salvaje, un salvaje bárbaro e ignorante, y no sabe lo que hace. Encontremos tiempo, con nuestro último aliento, para pedir por él penitencia y perdón.

—¡Perdón! —repitió el fiero hurón, confundiendo en su ira el significado de sus palabras—; ¡la memoria de un indio no es más larga que el brazo de los rostros pálidos; su misericordia más corta que su justicia! Di; ¿enviaré a la de pelo amarillo a su padre, y seguirás a Magua a los grandes lagos, para llevar su agua y alimentarlo con maíz?

Cora le hizo un gesto para que se alejara, con una emoción de asco que no pudo controlar.

—Déjame —dijo, con una solemnidad que por un momento contuvo la barbarie del indio—; mezclas amargura en mis oraciones; ¡te interpones entre mi Dios y yo!

La ligera impresión producida en el salvaje, sin embargo, pronto fue olvidada, y continuó señalando, con burlona ironía, hacia Alice.

—¡Mira! ¡la niña llora! ¡Es demasiado joven para morir! Envíala a Munro, a peinar sus canas, y a mantener la vida en el corazón del anciano.

Cora no pudo resistir el deseo de mirar a su joven hermana, en cuyos ojos encontró una mirada implorante, que delataba los anhelos de la naturaleza.

—¿Qué dice, queridísima Cora? —preguntó la trémula voz de Alice—. ¿Habló de enviarme con nuestro padre?

Durante muchos momentos, la hermana mayor miró a la menor, con un semblante que vacilaba con emociones poderosas y contrapuestas. Finalmente habló, aunque sus tonos habían perdido su rica y serena plenitud, en una expresión de ternura que parecía maternal.

— Alice —dijo—, el hurón nos ofrece a ambas la vida, no, más que a ambas; ofrece devolver a Duncan, nuestro invaluable Duncan, así como a ti, a nuestros amigos, a nuestro padre, a nuestro padre desconsolado y sin hijos, si yo inclino este orgullo rebelde y obstinado mío, y consiento...

Su voz se ahogó, y juntando las manos, miró hacia arriba, como buscando, en su agonía, inteligencia de una sabiduría infinita.

— Sigue —exclamó Alice—; ¿a qué, queridísima Cora? ¡Oh! ¡que la oferta me la hicieran a mí! ¡para salvarte, para animar a nuestro anciano padre, para devolver a Duncan, con qué alegría podría morir!

— ¡Morir! —repitió Cora, con voz más tranquila y firme—, ¡eso sería fácil! Quizás la alternativa no lo sea menos. Él querría que yo —continuó, sus acentos hundiéndose bajo una profunda conciencia de la degradación de la propuesta—, lo siguiera a la naturaleza; que fuera a las habitaciones de los hurones; que permaneciera allí; en resumen, ¡que me convirtiera en su esposa! Habla, entonces, Alice; ¡hija de mis afectos! ¡hermana de mi amor! Y tú también, Mayor Heyward, ayuda a mi débil razón con tu consejo. ¿Ha de comprarse la vida con tal sacrificio? ¿La recibirás, Alice, de mis manos a tal precio? Y tú, Duncan, guíame; ¡controladme entre los dos; pues soy enteramente vuestra!

— ¡Si lo haría! —repitió el indignado y asombrado joven—. ¡Cora! ¡Cora! ¡bromeas con nuestra miseria! No nombres de nuevo la horrible alternativa; el pensamiento mismo es peor que mil muertes.

— ¡Que tal sería tu respuesta, bien lo sabía! —exclamó Cora, sus mejillas sonrojándose, y sus ojos oscuros brillando una vez más con las emociones persistentes de una mujer—. ¿Qué dice mi Alice? pues a su voluntad me someteré sin otra murmuración.

Aunque tanto Heyward como Cora escuchaban con dolorosa suspense y la más profunda atención, no se oyeron sonidos en respuesta. Parecía como si la forma delicada y sensible de Alice se encogiera en sí misma, al escuchar esta propuesta. Sus brazos habían caído a lo largo de su cuerpo, los dedos moviéndose en ligeras convulsiones; su cabeza cayó sobre su pecho, y toda su persona parecía suspendida contra el árbol, pareciendo un hermoso emblema de la delicadeza herida de su sexo, desprovista de animación y, sin embargo, agudamente consciente. En pocos momentos, sin

embargo, su cabeza comenzó a moverse lentamente, en una señal de profunda e inconquistable desaprobación.

—No, no, no; ¡mejor que muramos como hemos vivido, juntas!

—¡Entonces muere! —gritó Magua, arrojando su tomahawk con violencia a la indefensa oradora, y rechinando los dientes con una rabia que ya no podía ser refrenada ante esta súbita exhibición de firmeza en la que creía la más débil del grupo. El hacha hendió el aire frente a Heyward, y cortando algunos de los rizos sueltos de Alice, vibró en el árbol sobre su cabeza. La visión enloqueció a Duncan hasta la desesperación. Reuniendo todas sus energías en un esfuerzo, rompió las varillas que lo ataban y se abalanzó sobre otro salvaje, que se preparaba, con fuertes alaridos y una puntería más deliberada, para repetir el golpe. Se encontraron, se agarraron y cayeron juntos a la tierra. El cuerpo desnudo de su antagonista no le ofreció a Heyward medio alguno de sujetar a su adversario, quien se deslizó de su agarre y se levantó de nuevo con una rodilla en su pecho, presionándolo con el peso de un gigante. Duncan ya veía el cuchillo brillar en el aire, cuando un sonido sibilante pasó junto a él, y fue más bien acompañado que seguido por el agudo estampido de un rifle. Sintió su pecho aliviado de la carga que había soportado; vio la expresión salvaje del semblante de su adversario cambiar a una mirada de vacío desvarío, cuando el indio cayó muerto sobre las hojas marchitas a su lado.

CAPÍTULO XII

Cl.— Ya me voy, señor,

Y al instante, señor,

Estaré con vos de nuevo.

—Noche de reyes

Los hurones quedaron atónitos ante esta súbita visita de la muerte a uno de su banda. Pero al contemplar la fatal precisión de una puntería que se había atrevido a inmolar a un enemigo con tanto riesgo para un amigo, el nombre de «La Longue Carabine» brotó simultáneamente de todos los labios, y fue sucedido por un aullido salvaje y en cierto modo lastimero. El grito fue respondido por un fuerte clamor desde una pequeña espesura, donde el incauto grupo había apilado sus armas; y al momento siguiente, Ojo de Halcón, demasiado ansioso por cargar el rifle que había recuperado, fue visto avanzando sobre ellos, blandiendo el arma amartillada y cortando el aire con amplios y poderosos barridos. Audaz y rápido como era el avance del explorador, fue superado por el de una figura ligera y vigorosa que, saltando más allá de él, se lanzó, con increíble actividad y audacia, al mismo centro de los hurones, donde se detuvo, girando un tomahawk y blandiendo un cuchillo reluciente, con temibles amenazas, frente a Cora. Más rápido de lo que los pensamientos podían seguir aquellos movimientos inesperados y audaces, una imagen, armada con la emblemática panoplia de la muerte, se deslizó ante sus ojos, y asumió una actitud amenazante al otro lado. Los atormentadores salvajes retrocedieron ante estos belicosos intrusos, y pronunciaron, al aparecer en tan rápida sucesión, las a menudo repetidas y peculiares exclamaciones de sorpresa, seguidas de los bien conocidos y temidos apelativos de:

—¡Le Cerf Agile! ¡Le Gros Serpent!

Pero el cauto y vigilante líder de los hurones no se desconcertó tan fácilmente. Lanzando su aguda mirada por la pequeña llanura, comprendió la naturaleza del asalto de un vistazo, y animando a sus seguidores tanto con su voz como con su ejemplo, desenvainó su largo y peligroso cuchillo, y se abalanzó con un fuerte grito de guerra sobre el esperado Chingachgook. Fue la señal para un combate general. Ninguna de las partes tenía armas de fuego, y la contienda debía decidirse de la manera más mortífera, cuerpo a cuerpo, con armas de ataque y ninguna de defensa.

Uncas respondió al grito de guerra y, saltando sobre un enemigo, con un solo y bien dirigido golpe de su tomahawk, le partió el cráneo. Heyward arrancó el arma de Magua del arbolillo y se lanzó ansiosamente hacia la refriega. Como los combatientes eran ahora iguales en número, cada uno eligió un oponente de la banda adversaria. La embestida y los golpes pasaron con la furia de un torbellino y la rapidez de un relámpago. Ojo de Halcón pronto tuvo a otro enemigo al alcance de su brazo, y con un solo barrido de su formidable arma derribó las ligeras y rudimentarias defensas de su antagonista, aplastándolo contra la tierra con el golpe. Heyward se aventuró a lanzar el tomahawk que había agarrado, demasiado ardiente para esperar el momento del cuerpo a cuerpo. Golpeó al indio que había elegido en la frente, y detuvo por un instante su avance. Alentado por esta ligera ventaja, el impetuoso joven continuó su acometida y se lanzó sobre su enemigo con las manos desnudas. Un solo instante fue suficiente para asegurarle la temeridad de la medida, pues inmediatamente se encontró plenamente ocupado, con toda su actividad y coraje, en tratar de parar las desesperadas estocadas hechas con el cuchillo del hurón. Incapaz de seguir frustrando a un enemigo tan alerta y vigilante, le echó los brazos encima y logró sujetar los miembros del otro a su costado, con un agarre de hierro, pero uno que era demasiado agotador para él como para continuar mucho tiempo. En este extremo, oyó una voz cerca de él, gritando:

—¡Exterminad a los bribones! ¡sin cuartel para un mingo maldito!

Al momento siguiente, la culata del rifle de Ojo de Halcón cayó sobre la cabeza desnuda de su adversario, cuyos músculos parecieron marchitarse bajo el golpe, mientras se hundía de los brazos de Duncan, flexible e inmóvil.

Cuando Uncas hubo descerebrado a su primer antagonista, se volvió, como un león hambriento, en busca de otro. El quinto y único hurón desocupado en el primer embate se había detenido un momento, y luego, viendo que todos a su alrededor estaban empleados en la lucha mortal, había buscado, con venganza infernal, completar la frustrada obra de la venganza. Lanzando un grito de triunfo, saltó hacia la indefensa Cora, enviando su afilada hacha como el terrible precursor de su aproximación. El tomahawk rozó su hombro y, cortando las varas que la ataban al árbol, dejó a la doncella en libertad para huir. Ella eludió el agarre del salvaje y, despreocupada de su propia seguridad, se arrojó sobre el pecho de Alice, esforzándose con dedos convulsos y mal dirigidos, por rasgar las ramitas que sujetaban a su hermana. Cualquier otro que no fuera un monstruo se habría ablandado ante tal acto de generosa devoción al más puro y mejor de los afectos; pero el pecho del hurón era ajeno a la simpatía. Agarrando a Cora por las ricas trenzas que caían en desorden sobre su figura, la arrancó de su frenético agarre y la inclinó con brutal violencia hasta ponerla de rodillas. El salvaje pasó los rizos ondulantes por su mano y, levantándolos en alto con un brazo extendido, pasó el cuchillo alrededor de la exquisitamente moldeada cabeza de su víctima, con una risa burlona y exultante. Pero compró este momento de fiera gratificación con la pérdida de la oportunidad fatal. Fue justo entonces cuando la vista captó el ojo de Uncas. Saltando desde sus pies, apareció por un instante lanzándose por el aire y, descendiendo en una bola, cayó sobre el pecho de su enemigo, arrojándolo muchos metros del lugar, de cabeza y postrado. La violencia del esfuerzo arrojó al joven mohicano a su lado. Se levantaron juntos, lucharon y sangraron, cada uno a su turno. Pero el conflicto se decidió pronto; el tomahawk de Heyward y el rifle de Ojo de Halcón descendieron sobre el cráneo del hurón, en el mismo momento en que el cuchillo de Uncas alcanzaba su corazón.

La batalla estaba ahora completamente terminada, con la excepción de la prolongada lucha entre «Le Renard Subtil» y «Le Gros Serpent». Bien demostraron estos bárbaros guerreros que merecían esos significativos nombres que se les habían otorgado por hazañas en guerras anteriores. Cuando se enfrentaron, se perdió un poco de tiempo en eludir las rápidas y vigorosas estocadas que se habían dirigido a sus vidas. De repente, lanzándose el uno contra el otro, se cerraron y cayeron a tierra, retorcidos juntos como serpientes entrelazadas, en pliegues flexibles y sutiles. En el momento en que los vencedores se encontraron desocupados, el lugar donde yacían estos

experimentados y desesperados combatientes solo podía distinguirse por una nube de polvo y hojas, que se movía desde el centro de la pequeña llanura hacia su límite, como si fuera levantada por el paso de un torbellino. Impulsados por los diferentes motivos de afecto filial, amistad y gratitud, Heyward y sus compañeros se precipitaron de común acuerdo al lugar, rodeando el pequeño dosel de polvo que colgaba sobre los guerreros. En vano Uncas se lanzó alrededor de la nube, con el deseo de clavar su cuchillo en el corazón del enemigo de su padre; el amenazante rifle de Ojo de Halcón se levantó y suspendió en vano, mientras Duncan intentaba agarrar los miembros del hurón con manos que parecían haber perdido su poder. Cubiertos como estaban de polvo y sangre, las rápidas evoluciones de los combatientes parecían incorporar sus cuerpos en uno solo. La figura de aspecto mortal del mohicano, y la oscura forma del hurón, brillaban ante sus ojos en una sucesión tan rápida y confusa, que los amigos del primero no sabían dónde asestar el golpe de socorro. Es cierto que hubo momentos breves y fugaces, en que los ojos ígneos de Magua se vieron brillar, como los fabulosos órganos del basilisco a través de la polvorienta guirnalda que lo envolvía, y leyó por esas breves y mortales miradas el destino del combate en presencia de sus enemigos; sin embargo, antes de que cualquier mano hostil pudiera descender sobre su cabeza condenada, su lugar era ocupado por el rostro ceñudo de Chingachgook. De esta manera, la escena del combate se trasladó del centro de la pequeña llanura a su borde. El mohicano encontró ahora la oportunidad de dar una poderosa estocada con su cuchillo; Magua soltó repentinamente su agarre, y cayó hacia atrás sin movimiento, y aparentemente sin vida. Su adversario se puso de pie de un salto, haciendo resonar los arcos del bosque con los sonidos del triunfo.

—¡Bien hecho por los delawares! ¡victoria para los mohicanos! —gritó Ojo de Halcón, elevando una vez más la culata del largo y fatal rifle—; ¡un golpe de gracia de un hombre sin cruce nunca irá en contra de su honor, ni le robará su derecho a la cabellera!

Pero en el mismo momento en que la peligrosa arma estaba a punto de descender, el sutil hurón rodó rápidamente fuera del peligro, por el borde del precipicio, y cayendo de pie, fue visto saltar, de un solo brinco, al centro de una espesura de arbustos bajos, que se aferraban a sus lados. Los delawares, que habían creído a su enemigo muerto, profirieron su exclamación de sorpresa, y lo seguían con rapidez y clamor, como sabuesos a la

vista del ciervo, cuando un grito agudo y peculiar del explorador cambió instantáneamente su propósito y los llamó de vuelta a la cima de la colina.

—¡Típico de él! —gritó el inveterado hombre del bosque, cuyos prejuicios contribuían en gran medida a velar su sentido natural de la justicia en todos los asuntos que concernían a los mingos—; ¡un bribón mentiroso y engañoso como es él! Un delaware honesto, ahora, siendo justamente vencido, se habría quedado quieto y habría sido golpeado en la cabeza, pero estos bellacos maques se aferran a la vida como tantos gatos monteses. Dejadlo ir, dejadlo ir; es solo un hombre, y sin rifle ni arco, a muchas largas millas de sus camaradas franceses; y como una serpiente de cascabel que perdió sus colmillos, no puede hacer más daño, hasta que él, y nosotros también, podamos dejar las huellas de nuestros mocasines sobre un largo trecho de llanura arenosa. Mira, Uncas —añadió, en delaware—, tu padre ya está arrancando las cabelleras. Será bueno dar una vuelta y tantear a los vagabundos que quedan, o podríamos tener a otro de ellos saltando por los bosques y chillando como un arrendajo al que le han herido un ala.

Diciendo esto, el honesto pero implacable explorador hizo el circuito de los muertos, en cuyos pechos sin sentido hundió su largo cuchillo, con tanta frialdad como si hubieran sido tantas carcasas de brutos. Había sido, sin embargo, anticipado por el mohicano mayor, que ya había arrancado los emblemas de la victoria de las cabezas sin resistencia de los caídos.

Pero Uncas, negando sus hábitos, casi diríamos su naturaleza, voló con instintiva delicadeza, acompañado por Heyward, en ayuda de las mujeres, y liberando rápidamente a Alice, la colocó en los brazos de Cora. No intentaremos describir la gratitud al Todopoderoso Dispensador de Eventos que ardía en los pechos de las hermanas, que fueron así inesperadamente devueltas a la vida y la una a la otra. Sus acciones de gracias fueron profundas y silenciosas; las ofrendas de sus gentiles espíritus ardiendo más brillantes y puras en los altares secretos de sus corazones; y sus renovados y más terrenales sentimientos exhibiéndose en largas y fervientes aunque silenciosas caricias. Cuando Alice se levantó de sus rodillas, donde se había hundido al lado de Cora, se arrojó sobre el pecho de esta última, y sollozó en voz alta el nombre de su anciano padre, mientras sus ojos suaves, de paloma, brillaban con los rayos de la esperanza.

—¡Estamos salvadas! ¡estamos salvadas! —murmuró—; para volver a los brazos de nuestro querido, querido padre, y su corazón no se romperá de dolor. Y tú también, Cora, mi hermana, mi más que hermana, mi madre; tú también te has salvado. Y Duncan —añadió, mirando al joven con una sonrisa de inefable inocencia—, incluso nuestro propio valiente y noble Duncan ha escapado sin una herida.

A estas ardientes y casi inocentes palabras, Cora no dio otra respuesta que estrechar a la joven oradora contra su corazón, mientras se inclinaba sobre ella con ternura enternecedora. La virilidad de Heyward no sintió vergüenza en derramar lágrimas sobre este espectáculo de afectuoso arrebató; y Uncas permaneció, fresco y manchado de sangre del combate, un espectador tranquilo y, aparentemente, impassible, es cierto, pero con ojos que ya habían perdido su ferocidad, y que irradiaban una simpatía que lo elevaba muy por encima de la inteligencia, y lo adelantaba probablemente siglos, a las prácticas de su nación.

Durante esta exhibición de emociones tan naturales en su situación, Ojo de Halcón, cuya vigilante desconfianza se había satisfecho de que los hurones, que desfiguraban la escena celestial, ya no poseían el poder de interrumpir su armonía, se acercó a David y lo liberó de las ataduras que, hasta ese momento, había soportado con la más ejemplar paciencia.

—Ahí —exclamó el explorador, arrojando la última vara detrás de él—, eres una vez más dueño de tus propios miembros, aunque no parece que los uses con mucho mayor juicio que aquel con el que fueron formados por primera vez. Si el consejo de alguien que no es mayor que tú, pero que, habiendo vivido la mayor parte de su tiempo en la naturaleza, se puede decir que tiene experiencia más allá de sus años, no ofende, eres bienvenido a mis pensamientos; y estos son, desprenderte del pequeño instrumento soplador en tu chaqueta al primer tonto que encuentres, y comprar alguna arma con el dinero, aunque solo sea el cañón de la pistola de un jinete. Con industria y cuidado, podrías así llegar a algún ascenso; pues a estas alturas, creo, tus ojos te dirán claramente que un cuervo carroñero es un pájaro mejor que un tordo burlón. El uno, al menos, quitará las vistas inmundas de delante del rostro del hombre, mientras que el otro solo sirve para crear disturbios en los bosques, engañando los oídos de todos los que los oyen.

—¡Armas y clarín para la batalla, pero el canto de acción de gracias para la victoria! —respondió el liberado David—. Amigo —añadió, extendiendo su mano delgada y delicada hacia Ojo de Halcón, con amabilidad, mientras sus ojos brillaban y se humedecían—, te agradezco que los cabellos de mi cabeza todavía crezcan donde fueron arraigados por primera vez por la Providencia; pues, aunque los de otros hombres puedan ser más brillantes y rizados, siempre he encontrado los míos bien adecuados al cerebro que albergan. Que no me uniera a la batalla se debió menos a la desgana que a las ataduras de los paganos. Valiente y hábil te has mostrado en el conflicto, y por la presente te doy las gracias, antes de proceder a cumplir con otros deberes más importantes, porque te has mostrado bien digno de la alabanza de un cristiano.

—La cosa es una nimiedad, y algo que puedes ver a menudo si te quedas mucho tiempo entre nosotros —respondió el explorador, bastante ablandado hacia el hombre de canto por esta inequívoca expresión de gratitud—. He recuperado a mi viejo compañero, "Mataciervos" —añadió, golpeando la culata de su rifle—; y eso en sí mismo es una victoria. Estos iroqueses son astutos, pero se pasaron de listos cuando pusieron sus armas de fuego fuera de alcance; y si Uncas o su padre hubieran estado dotados solo de su paciencia india común, habríamos caído sobre los bribones con tres balas en lugar de una, y eso habría sido el fin de toda la jauría; ese bribón saltarín, así como sus camaradas. Pero todo estaba preordenado, y para bien.

—Bien dices —respondió David—, y has captado el verdadero espíritu del cristianismo. El que ha de ser salvado, será salvado, y el que está predestinado a ser condenado, será condenado. Esta es la doctrina de la verdad, y de lo más consoladora y refrescante que es para el verdadero creyente.

El explorador, que para entonces estaba sentado, examinando el estado de su rifle con una especie de asiduidad paternal, levantó ahora la vista hacia el otro con un disgusto que no se molestó en ocultar, interrumpiendo bruscamente su discurso.

—¡Doctrina o no doctrina —dijo el robusto hombre del bosque—, es la creencia de los bribones, y la maldición de un hombre honesto! Puedo creer que aquel hurón iba a caer por mi mano, pues con mis propios ojos lo he visto; pero nada menos que ser testigo me hará pensar que ha encontrado alguna recompensa, o que Chingachgook allí será condenado en el día final.

—No tienes garantía para una doctrina tan audaz, ni pacto que la respalde —gritó David, que estaba profundamente impregnado de las sutiles distinciones que, en su tiempo, y más especialmente en su provincia, se habían trazado en torno a la hermosa simplicidad de la revelación, al tratar de penetrar el pavoroso misterio de la naturaleza divina, supliendo la fe con la autosuficiencia, y, en consecuencia, involucrando a quienes razonaban a partir de tales dogmas humanos en absurdos y dudas—; tu templo está edificado sobre las arenas, y la primera tempestad arrasará sus cimientos. Exijo tus autoridades para una afirmación tan poco caritativa (como otros defensores de un sistema, David no siempre era preciso en su uso de los términos). Nombra capítulo y versículo; ¿en cuál de los libros sagrados encuentras lenguaje que te respalde?

—¡Libro! —repitió Ojo de Halcón, con singular y mal disimulado desdén—; ¿me tomas por un muchacho llorón agarrado a las faldas de una de tus viejas? ¿y este buen rifle en mi rodilla por la pluma de un ala de ganso, mi cuerno de buey por un tintero, y mi bolsa de cuero por un pañuelo a cuadros para llevar mi cena? ¡Libro! ¿qué tenemos que ver con los libros los que, como yo, somos guerreros de la naturaleza, aunque hombres sin cruce? Nunca he leído más que en uno, y las palabras que allí están escritas son demasiado simples y demasiado claras para necesitar mucha escuela; aunque puedo jactarme de cuarenta largos y duros años de trabajo.

—¿Cómo llamas a ese volumen? —dijo David, malinterpretando el significado del otro.

—Está abierto ante tus ojos —respondió el explorador—; y quien lo posee no es avaro en su uso. He oído decir que hay hombres que leen en libros para convencerse de que hay un Dios. No sé si el hombre puede deformar tanto sus obras en los asentamientos, como para dejar lo que es tan claro en la naturaleza en materia de duda entre comerciantes y sacerdotes. Si hay alguno así, y me sigue de sol a sol, a través de los recovecos del bosque, verá lo suficiente para enseñarle que es un tonto, y que la mayor de sus locuras reside en esforzarse por elevarse al nivel de Aquel a quien nunca podrá igualar, ya sea en bondad, o ya sea en poder.

En el instante en que David descubrió que batallaba con un disputador que absorbía su fe de las luces de la naturaleza, evitando todas las sutilezas de la doctrina, abandonó voluntariamente una controversia de la que creía

que no se derivaría ni provecho ni crédito. Mientras el explorador hablaba, él también se había sentado y, sacando el pequeño volumen listo y las gafas de montura de hierro, se preparó para cumplir con un deber que nada más que el inesperado asalto que había recibido en su ortodoxia podría haber suspendido tanto tiempo. Era, en verdad, un juglar del continente occidental —de una época muy posterior, ciertamente, que aquellos talentosos bardos que antiguamente cantaban la fama profana de barones y príncipes, pero según el espíritu de su propia época y país; y ahora estaba preparado para ejercer la astucia de su oficio, en celebración de, o más bien en acción de gracias por, la reciente victoria. Esperó pacientemente a que Ojo de Halcón cesara, luego, levantando los ojos, junto con la voz, dijo en voz alta:

—Os invito, amigos, a uniros en alabanza por esta señalada liberación de las manos de bárbaros e infieles, con los tonos confortables y solemnes de la melodía llamada "Northampton".

A continuación, nombró la página y el verso donde se encontraban las rimas seleccionadas, y se llevó el diapasón a los labios, con la decente gravedad que había acostumbrado a usar en el templo. Esta vez, sin embargo, no tuvo acompañamiento, pues las hermanas estaban justo en ese momento derramando esas tiernas efusiones de afecto a las que ya se ha aludido. Sin dejarse disuadir por la pequeñez de su audiencia, que, en verdad, consistía solo en el descontento explorador, levantó la voz, comenzando y terminando el canto sagrado sin accidente ni interrupción de ningún tipo.

Ojo de Halcón escuchaba mientras ajustaba fríamente su pedernal y recargaba su rifle; pero los sonidos, careciendo de la ayuda extrínseca de la escena y la simpatía, no lograron despertar sus emociones adormecidas. Nunca un juglar, o como quiera que se le conociera más adecuadamente a David, recurrió a sus talentos en presencia de auditores más insensibles; aunque considerando la singularidad y sinceridad de su motivo, es probable que ningún bardo de canción profana pronunciara jamás notas que ascendieran tan cerca de ese trono donde se deben todo homenaje y alabanza. El explorador sacudió la cabeza y, murmurando algunas palabras ininteligibles, entre las cuales solo eran audibles «garganta» e «iroqués», se alejó para recoger y examinar el estado del arsenal capturado de los hurones. En esta tarea se le unió ahora Chingachgook, que encontró tanto su rifle como el de su hijo entre las armas. Incluso Heyward y David fueron provistos de armas; y no faltaba munición para hacerlas todas efectivas.

Cuando los hombres del bosque hubieron hecho su selección y distribuido sus premios, el explorador anunció que había llegado la hora en que era necesario moverse. Para entonces, el canto de Gamut había cesado, y las hermanas habían aprendido a aquietar la exhibición de sus emociones. Ayudadas por Duncan y el mohicano más joven, estas dos últimas descendieron por las laderas escarpadas de aquella colina que tan recientemente habían ascendido bajo auspicios muy diferentes, y cuya cima tan cerca estuvo de ser el escenario de su masacre. Al pie encontraron a los Narragansetts pacienciendo la hierba de los arbustos, y habiendo montado, siguieron los movimientos de un guía que, en los trances más mortales, tan a menudo había demostrado ser su amigo. El viaje, sin embargo, fue corto. Ojo de Halcón, dejando el sendero oculto que los hurones habían seguido, giró bruscamente a su derecha y, entrando en la espesura, cruzó un arroyo balbuciente y se detuvo en una estrecha hondonada, bajo la sombra de unos pocos olmos de agua. Su distancia de la base de la fatal colina era de solo unas pocas varas, y los corceles solo habían sido útiles para cruzar el arroyo poco profundo.

El explorador y los indios parecían estar familiarizados con el lugar apartado donde ahora se encontraban; pues, apoyando sus rifles contra los árboles, comenzaron a apartar las hojas secas y a abrir la arcilla azul, de la que rápidamente brotó un manantial claro y centelleante de agua brillante y reluciente. El hombre blanco miró entonces a su alrededor, como buscando algún objeto que no se encontraba tan fácilmente como esperaba.

—Esos diablillos descuidados, los mohawks, con sus hermanos tuscaroras y onondagas, han estado aquí apagando su sed —murmuró—, ¡y los vagabundos han tirado la calabaza! ¡Así es con los beneficios, cuando se otorgan a sabuesos tan desmemoriados! ¡Aquí ha puesto el Señor su mano, en medio de la naturaleza aullante, para su bien, y ha levantado una fuente de agua de las entrañas de la tierra, que podría reírse de la tienda de boticario más rica de todas las colonias; y ved! los bribones han pisado la arcilla y han deformado la limpieza del lugar, como si fueran bestias brutas, en lugar de hombres humanos.

Uncas le extendió silenciosamente la calabaza deseada, que el mal humor de Ojo de Halcón le había impedido hasta entonces observar en una rama de un olmo. Llenándola de agua, se retiró a corta distancia, a un lugar donde el suelo era más firme y seco; aquí se sentó fríamente y, después de tomar un

largo y, aparentemente, agradecido trago, comenzó un examen muy estricto de los fragmentos de comida dejados por los hurones, que colgaban en una bolsa en su brazo.

—¡Gracias, muchacho! —continuó, devolviendo la calabaza vacía a Uncas—; ahora veremos cómo vivían estos hurones rampantes, cuando estaban al acecho en emboscadas. ¡Mirad esto! Los bribones conocen las mejores piezas del ciervo; ¡y uno pensaría que podrían trincar y asar un lomo, igual que el mejor cocinero del país! Pero todo está crudo, pues los iroqueses son salvajes de pura cepa. Uncas, toma mi acero y enciende un fuego; un bocado de un tierno asado le dará una mano a la naturaleza, después de un rastro tan largo.

Heyward, percibiendo que sus guías se dedicaban ahora a su comida con seria formalidad, ayudó a las damas a apearse, y se colocó a su lado, no poco dispuesto a disfrutar de unos momentos de grato descanso, después de la sangrienta escena que acababa de atravesar. Mientras el proceso culinario estaba en marcha, la curiosidad lo indujo a inquirir sobre las circunstancias que habían llevado a su oportuno e inesperado rescate:

—¿Cómo es que os vemos tan pronto, mi generoso amigo —preguntó—, y sin ayuda de la guarnición de Edward?

—Si hubiéramos ido al recodo del río, podríamos haber llegado a tiempo para rastrillar las hojas sobre vuestros cuerpos, pero demasiado tarde para haber salvado vuestras cabelleras —respondió fríamente el explorador—. No, no; en lugar de desperdiciar fuerza y oportunidad cruzando al fuerte, nos quedamos al acecho, bajo la orilla del Hudson, esperando para observar los movimientos de los hurones.

—¿Fuisteis, entonces, testigos de todo lo que pasó?

—No de todo; pues la vista de un indio es demasiado aguda para ser fácilmente engañada, y nos mantuvimos cerca. Fue un asunto difícil, también, mantener a este muchacho mohicano bien escondido en la emboscada. ¡Ah! Uncas, Uncas, tu comportamiento fue más el de una mujer curiosa que el de un guerrero en su rastro.

Uncas permitió que sus ojos se volvieran por un instante hacia el robusto semblante del orador, pero no habló ni dio ninguna indicación de arrepentimiento. Por el contrario, Heyward pensó que la manera del joven mohi-

cano era desdeñosa, si no un poco fiera, y que reprimía pasiones que estaban listas para explotar, tanto por cortesía hacia los oyentes, como por la deferencia que usualmente pagaba a su asociado blanco.

—¿Visteis nuestra captura? —demandó Heyward a continuación.

—La oímos —fue la significativa respuesta—. Un alarido indio es un lenguaje claro para hombres que han pasado sus días en los bosques. Pero cuando desembarcasteis, nos vimos obligados a arrastrarnos como serpientes, bajo las hojas; y entonces os perdimos de vista por completo, hasta que volvimos a posar los ojos en vosotros, atados a los árboles y listos para una masacre india.

—Nuestro rescate fue obra de la Providencia. Fue casi un milagro que no os equivocara de camino, pues los hurones se dividieron, y cada banda tenía sus caballos.

—¡Ay! ahí nos despistamos, y podríamos, de hecho, haber perdido el rastro, de no haber sido por Uncas; tomamos el camino, sin embargo, que conducía a la naturaleza; pues juzgamos, y juzgamos correctamente, que los salvajes mantendrían ese rumbo con sus prisioneros. Pero cuando lo habíamos seguido durante muchas millas, sin encontrar una sola ramita rota, como yo había aconsejado, mi mente me falló; especialmente porque todas las pisadas tenían las huellas de mocasines.

—Nuestros captores tuvieron la precaución de calzarnos como a ellos mismos —dijo Duncan, levantando un pie y exhibiendo la piel de gamo que llevaba.

—Sí, fue juicioso y propio de ellos; aunque éramos demasiado expertos para ser despistados por un invento tan común.

—¿A qué, entonces, debemos nuestra seguridad?

—A lo que, como hombre blanco que no tiene mancha de sangre india, debería avergonzarme de admitir; al juicio del joven mohicano, en asuntos que yo debería conocer mejor que él, pero que ahora apenas puedo creer que sean ciertos, aunque mis propios ojos me dicen que lo son.

—¡Es extraordinario! ¿no nombraréis la razón?

—Uncas fue lo suficientemente audaz como para decir, que las bestias montadas por las gentiles damas —continuó Ojo de Halcón, dirigiendo sus

ojos, no sin curioso interés, a las potras de las damas —, plantaban las patas de un lado en el suelo al mismo tiempo, lo cual es contrario a los movimientos de todos los animales cuadrúpedos trotadores que conozco, excepto el oso. Y sin embargo, aquí hay caballos que siempre viajan de esta manera, como mis propios ojos han visto, y como su rastro ha mostrado durante veinte largas millas.

— ¡Es el mérito del animal! Vienen de las orillas de la bahía de Narragansett, en la pequeña provincia de Providence Plantations, y son célebres por su resistencia y la facilidad de este peculiar movimiento; aunque otros caballos no son infrecuentemente entrenados para lo mismo.

— Puede ser, puede ser — dijo Ojo de Halcón, que había escuchado con singular atención esta explicación —; aunque soy un hombre que tiene la sangre pura de los blancos, mi juicio en ciervos y castores es mayor que en bestias de carga. El Mayor Effingham tiene muchos nobles corceles, pero nunca he visto uno viajar con tal paso de costado.

— Cierto; pues él valoraría a los animales por propiedades muy diferentes. Aún así, esta es una raza muy estimada y, como atestiguáis, muy honrada con las cargas que a menudo está destinada a llevar.

Los mohicanos habían suspendido sus operaciones alrededor del fuego parpadeante para escuchar; y, cuando Duncan hubo terminado, se miraron significativamente, el padre pronunciando la infalible exclamación de sorpresa. El explorador rumiaba, como un hombre que digiere su conocimiento recién adquirido, y una vez más echó un vistazo a los caballos.

— ¡Me atrevo a decir que hay vistas aún más extrañas que ver en los asentamientos! — dijo, al fin —. La naturaleza es tristemente abusada por el hombre, una vez que obtiene el dominio. Pero, yendo de lado o yendo recto, Uncas había visto el movimiento, y su rastro nos llevó al arbusto roto. La rama exterior, cerca de las huellas de uno de los caballos, estaba doblada hacia arriba, como una dama rompe una flor de su tallo, ¡pero todo el resto estaba irregular y roto, como si la mano fuerte de un hombre las hubiera estado arrancando! Así que concluí que los astutos bribones habían visto la ramita doblada, y habían roto el resto, para hacernos creer que un ciervo había estado tanteando las ramas con sus astas.

— ¡Creo que vuestra sagacidad no os engañó; pues algo así ocurrió!

—Eso fue fácil de ver —añadió el explorador, sin ser en absoluto consciente de haber exhibido ninguna sagacidad extraordinaria—; ¡y fue un asunto muy diferente a un caballo que se contonea! Entonces se me ocurrió que los mingos se dirigirían a este manantial, ¡pues los bribones bien conocen la virtud de sus aguas!

—¿Es, entonces, tan famoso? —demandó Heyward, examinando, con un ojo más curioso, la hondonada apartada, con su fuente burbujeante, rodeada, como estaba, por tierra de un profundo y oscuro color marrón.

—Pocas pieles rojas, que viajan al sur y al este de los grandes lagos, no han oído hablar de sus cualidades. ¿Queréis probar por vos mismo?

Heyward tomó la calabaza y, después de tragar un poco del agua, la arrojó a un lado con muecas de descontento. El explorador se rió a su manera silenciosa pero sentida, y sacudió la cabeza con vasta satisfacción.

—¡Ah! os falta el sabor que se adquiere con la costumbre; hubo un tiempo en que me gustaba tan poco como a vos; pero he llegado a mi gusto, y ahora lo anhele, como un ciervo anhela los saladares¹. Vuestros vinos de alto condimento no son mejor apreciados que un piel roja saborea esta agua; especialmente cuando su naturaleza está enferma. Pero Uncas ha hecho su fuego, y es hora de que pensemos en comer, pues nuestro viaje es largo, y todo por delante.

¹ Muchos de los animales de los bosques americanos acuden a los lugares donde se encuentran manantiales salados. Estos son llamados «lamederos» o «saladares», en el lenguaje del país, por la circunstancia de que el cuadrúpedo a menudo se ve obligado a lamer la tierra para obtener las partículas salinas. Estos saladares son lugares de gran afluencia para los cazadores, que acechan a su presa cerca de los senderos que conducen a ellos.

Interrumpiendo el diálogo con esta abrupta transición, el explorador recurrió al instante a los fragmentos de comida que habían escapado a la voracidad de los hurones. Un proceso muy sumario completó la simple cocina, y entonces él y los mohicanos comenzaron su humilde comida, con el silencio y la diligencia característica de hombres que comían para poder soportar un trabajo grande e incesante.

Cuando este deber necesario y, felizmente, grato hubo sido cumplido, cada uno de los hombres del bosque se inclinó y tomó un largo y último trago de aquel solitario y silencioso manantial², alrededor del cual y de sus fuentes hermanas, en cincuenta años, la riqueza, la belleza y los talentos de un hemisferio se reunirían en multitudes, en busca de salud y placer. Entonces Ojo de Halcón anunció su determinación de proceder. Las hermanas reanudaron sus sillas; Duncan y David empuñaron sus rifles, y siguieron a pie; el explorador liderando la avanzada, y los mohicanos cerrando la retaguardia. Todo el grupo se movió rápidamente a través del estrecho sendero, hacia el norte, dejando las aguas curativas mezclarse sin ser atendidas con los arroyos adyacentes, y los cuerpos de los muertos pudrirse en el monte vecino, sin los ritos de la sepultura; un destino demasiado común para los guerreros de los bosques como para excitar compasión o comentario.

² La escena de los incidentes anteriores tiene lugar en el sitio donde ahora se encuentra el pueblo de Ballston; uno de los dos principales balnearios de América.

CAPÍTULO XIII

Buscaré un camino más rápido.

—Parnell

La ruta tomada por Ojo de Halcón atravesaba aquellas llanuras arenosas, aliviadas por ocasionales valles y ondulaciones del terreno, que habían sido recorridas por su grupo la mañana de ese mismo día, con el desconcertado Magua como guía. El sol ya había caído bajo hacia las lejanas montañas; y como su viaje transcurría a través del interminable bosque, el calor ya no era opresivo. Su progreso, en consecuencia, fue proporcional; y mucho antes de que el crepúsculo se cerniera sobre ellos, habían recorrido muchas millas fatigosas en su regreso.

El cazador, al igual que el salvaje cuyo lugar ocupaba, parecía seleccionar entre las ciegas señales de su ruta salvaje, con una especie de instinto, rara vez disminuyendo su velocidad y nunca deteniéndose a deliberar. Una rápida y oblicua mirada al musgo de los árboles, con una ocasional mirada hacia el sol poniente, o una mirada firme pero pasajera a la dirección de los numerosos cursos de agua, a través de los cuales vadeaba, eran suficientes para determinar su camino y eliminar sus mayores dificultades. Mientras tanto, el bosque comenzó a cambiar sus tonalidades, perdiendo aquel verde vivo que había embellecido sus arcos, por la luz más grave que es precursora habitual del final del día.

Mientras los ojos de las hermanas se esforzaban por entrever, a través de los árboles, el torrente de gloria dorada que formaba un halo resplandeciente alrededor del sol, tiñendo aquí y allá con vetas rubí, o bordeando con estrechos ribetes de amarillo brillante, una masa de nubes que se amontonaba a no gran distancia sobre las colinas del oeste, Ojo de Halcón se volvió de repente y, señalando hacia los magníficos cielos, habló:

—Allá está la señal dada al hombre para que busque su alimento y su descanso natural —dijo—; ¡mejor y más sabio sería si pudiera entender las señales de la naturaleza y aprender la lección de las aves del cielo y las bestias del campo! Nuestra noche, sin embargo, pronto terminará, pues con la luna debemos levantarnos y movernos de nuevo. Recuerdo haber luchado contra los maques, por estos lares, en la primera guerra en la que derramé sangre de hombre; y levantamos una obra de blocaos, para evitar que las voraces sabandijas se apoderaran de nuestras cabelleras. Si mis marcas no me fallan, encontraremos el lugar unas pocas varas más a nuestra izquierda.

Sin esperar un asentimiento, o, de hecho, ninguna respuesta, el robusto cazador se adentró audazmente en una densa espesura de jóvenes castaños, apartando las ramas de los exuberantes brotes que casi cubrían el suelo, como un hombre que esperaba, a cada paso, descubrir algún objeto que había conocido anteriormente. El recuerdo del explorador no lo engañó. Después de penetrar a través de la maleza, enmarañada como estaba con zarzas, durante unos cientos de pies, entró en un espacio abierto que rodeaba una pequeña colina verde y baja, coronada por el decrepito blocao en cuestión. Este rudo y abandonado edificio era una de esas obras desiertas que, habiendo sido levantadas en una emergencia, habían sido abandonadas con la desaparición del peligro, y ahora se desmoronaban tranquilamente en la soledad del bosque, descuidadas y casi olvidadas, como las circunstancias que habían causado su construcción. Tales memoriales del paso y las luchas del hombre son todavía frecuentes en toda la ancha barrera de naturaleza salvaje que una vez separó las provincias hostiles, y forman una especie de ruinas que están íntimamente asociadas con los recuerdos de la historia colonial, y que guardan una apropiada consonancia con el carácter sombrío del paisaje circundante. El techo de corteza había caído hacía mucho tiempo y se había mezclado con la tierra, pero los enormes troncos de pino, que habían sido apilados apresuradamente, aún conservaban sus posiciones relativas, aunque un ángulo de la obra había cedido bajo la presión y amenazaba con un rápido derrumbe del resto del rústico edificio. Mientras Heyward y sus compañeros dudaban en acercarse a un edificio tan deteriorado, Ojo de Halcón y los indios entraron dentro de los bajos muros, no solo sin temor, sino con evidente interés. Mientras el primero inspeccionaba las ruinas, tanto interna como externamente, con la curiosidad de quien sus recuerdos revivían a cada momento, Chingachgook relataba a su hijo, en la lengua de los delawares, y con el orgullo de un conquistador, la breve histo-

ria de la escaramuza que se había librado, en su juventud, en aquel lugar apartado. Un matiz de melancolía, sin embargo, se mezclaba con su triunfo, tornando su voz, como de costumbre, suave y musical.

Mientras tanto, las hermanas desmontaron con gusto y se prepararon para disfrutar de su alto en la frescura de la tarde, y en una seguridad que creían que nada más que las bestias del bosque podían invadir.

—¿No habría sido nuestro lugar de descanso más retirado, mi digno amigo —demandó el más vigilante Duncan, percibiendo que el explorador ya había terminado su breve inspección—, si hubiéramos elegido un lugar menos conocido y más raramente visitado que este?

—Pocos viven que sepan que este blocao fue alguna vez levantado —fue la lenta y meditabunda respuesta—; no es a menudo que se hacen libros y se escriben narrativas de una escaramuza como la que se libró aquí entre los mohicanos y los mohawks, en una guerra de su propia incumbencia. Yo era entonces un jovenzuelo, y salí con los delawares, porque sabía que eran una raza calumniada e injuriada. Cuarenta días y cuarenta noches ansiaron los diablillos nuestra sangre alrededor de esta pila de troncos, que yo diseñé y en parte levanté, siendo, como recordaréis, no un indio yo mismo, sino un hombre sin cruce. Los delawares se prestaron al trabajo, y lo defendimos bien, diez contra veinte, hasta que nuestros números fueron casi iguales, y entonces salimos contra los sabuesos, y ni un solo hombre de ellos regresó para contar el destino de su partida. Sí, sí; yo era entonces joven y nuevo a la vista de la sangre; y no gustándome la idea de que criaturas que tenían espíritus como el mío yaciesen en el suelo desnudo, para ser despedazadas por las bestias, o para blanquearse bajo las lluvias, enterré a los muertos con mis propias manos, bajo esa misma pequeña colina donde os habéis colocado; y no es mal asiento, por cierto, aunque esté levantado por los huesos de hombres mortales.

Heyward y las hermanas se levantaron, al instante, del sepulcro cubierto de hierba; y ninguna de las dos últimas, a pesar de las terribles escenas que tan recientemente habían atravesado, pudo suprimir por completo una emoción de horror natural, al encontrarse en tan familiar contacto con la tumba de los mohawks muertos. La luz grisácea, la pequeña y sombría área de hierba oscura, rodeada por su borde de maleza, más allá de la cual los pinos se elevaban, en un silencio palpitante, aparentemente hasta las mismas

nubes, y la quietud mortal del vasto bosque, todo estaba en sintonía para profundizar tal sensación. —Se han ido, y son inofensivos —continuó Ojo de Halcón, agitando la mano, con una sonrisa melancólica ante su manifiesta alarma—; ¡nunca volverán a gritar el grito de guerra ni a asestar un golpe con el tomahawk! Y de todos los que ayudaron a colocarlos donde yacen, ¡solo Chingachgook y yo vivimos! Los hermanos y la familia del mohicano formaban nuestra partida de guerra; y veis ante vosotros todo lo que ahora queda de su raza.

Los ojos de los oyentes buscaron involuntariamente las figuras de los indios, con un interés compasivo en su desolada fortuna. Sus oscuras personas aún se veían dentro de las sombras del blocao, el hijo escuchando la relación de su padre con esa especie de intensidad que sería creada por una narrativa que redundaba tanto en el honor de aquellos cuyos nombres había reverenciado durante mucho tiempo por su valor y sus virtudes salvajes.

—Había pensado que los delawarees eran un pueblo pacífico —dijo Duncan—, ¡y que nunca guerreaban en persona; confiando la defensa de sus manos a esos mismos mohawks que masacrasteis!

—Es cierto en parte —respondió el explorador—, y sin embargo, en el fondo, es una mentira perversa. Tal tratado se hizo en épocas pasadas, a través de las diablurías de los holandeses, que deseaban desarmar a los nativos que tenían el mejor derecho al país, donde se habían establecido. Los mohicanos, aunque parte de la misma nación, al tener que tratar con los ingleses, nunca entraron en el tonto pacto, sino que se mantuvieron en su hombría; como en verdad hicieron los delawarees, cuando sus ojos se abrieron a su locura. ¡Veis ante vosotros a un jefe de los grandes sagamores mohicanos! Una vez su familia podía cazar sus ciervos por extensiones de tierra más anchas que las que pertenecen al Patroon de Albany, sin cruzar arroyo o colina que no fuera suya; pero ¿qué queda de su descendiente? ¡Puede encontrar sus seis pies de tierra cuando Dios quiera, y mantenerlos en paz, quizás, si tiene un amigo que se tome la molestia de hundir su cabeza tan bajo que las rejas del arado no puedan alcanzarla!

—¡Basta! —dijo Heyward, temeroso de que el tema pudiera llevar a una discusión que interrumpiera la armonía tan necesaria para la preservación de sus bellas compañeras—; hemos viajado lejos, y pocos entre nosotros

están bendecidos con formas como la vuestra, que parece no conocer ni la fatiga ni la debilidad.

—Los tendones y los huesos de un hombre me llevan a través de todo — dijo el cazador, examinando sus miembros musculosos con una simplicidad que delataba el honesto placer que el cumplido le proporcionaba—; se pueden encontrar hombres más grandes y pesados en los asentamientos, pero podríais viajar muchos días en una ciudad antes de encontrar uno capaz de caminar cincuenta millas sin detenerse a tomar aliento, o que haya mantenido a los sabuesos al alcance del oído durante una cacería de horas. Sin embargo, como la carne y la sangre no son siempre las mismas, es bastante razonable suponer que las gentiles damas están deseando descansar, después de todo lo que han visto y hecho este día. Uncas, limpia el manantial, mientras tu padre y yo hacemos una cubierta para sus tiernas cabezas con estos brotes de castaño, y una cama de hierba y hojas.

El diálogo cesó, mientras el cazador y sus compañeros se ocupaban en los preparativos para el confort y la protección de aquellos a quienes guiaban. Un manantial, que muchos largos años antes había inducido a los nativos a seleccionar el lugar para su fortificación temporal, fue pronto limpio de hojas, y una fuente de cristal brotó del lecho, difundiendo sus aguas sobre la verde colina. Una esquina del edificio fue entonces techada de tal manera que excluyera el pesado rocío del clima, y se colocaron montones de arbustos aromáticos y hojas secas debajo para que las hermanas reposaran.

Mientras los diligentes hombres del bosque estaban empleados de esta manera, Cora y Alice participaron de aquel refrigerio que el deber requería mucho más de lo que la inclinación las impulsaba a aceptar. Luego se retiraron dentro de los muros, y primero ofreciendo sus acciones de gracias por las misericordias pasadas, y pidiendo la continuación del favor Divino durante la noche venidera, depositaron sus tiernas formas en el fragante lecho, y a pesar de los recuerdos y los presentimientos, pronto se hundieron en aquellos sueños que la naturaleza tan imperiosamente exigía, y que fueron endulzados por las esperanzas para el mañana. Duncan se había preparado para pasar la noche en vela cerca de ellas, justo fuera de la ruina, pero el explorador, percibiendo su intención, señaló a Chingachgook, mientras disponía fríamente su propia persona sobre la hierba, y dijo:

—¡Los ojos de un hombre blanco son demasiado pesados y demasiado ciegos para una vigilia como esta! El mohicano será nuestro centinela, por lo tanto, durmamos.

—Me demostré un perezoso en mi puesto durante la noche pasada —dijo Heyward—, y tengo menos necesidad de reposo que vos, que hicisteis más honor al carácter de un soldado. Que todo el grupo busque su descanso, entonces, mientras yo hago la guardia.

—Si yacíéramos entre las tiendas blancas del Sexagésimo, y frente a un enemigo como los franceses, no podría pedir un mejor vigilante —respondió el explorador—; pero en la oscuridad y entre las señales de la naturaleza vuestro juicio sería como la locura de un niño, y vuestra vigilancia desperdiciada. Haced, pues, como Uncas y yo, dormid, y dormid con seguridad.

Heyward percibió, en verdad, que el indio más joven había arrojado su figura al lado de la colina mientras hablaban, como quien busca aprovechar al máximo el tiempo asignado para el descanso, y que su ejemplo había sido seguido por David, cuya voz literalmente «se le pegaba a las mandíbulas», con la fiebre de su herida, aumentada, como estaba, por su fatigosa marcha. No queriendo prolongar una discusión inútil, el joven fingió obedecer, apoyando la espalda contra los troncos del blocao, en una postura medio reclinada, aunque resueltamente determinado, en su propia mente, a no cerrar un ojo hasta que hubiera entregado su preciosa carga en los brazos del propio Munro. Ojo de Halcón, creyendo que había prevalecido, pronto se durmió, y un silencio tan profundo como la soledad en la que lo habían encontrado, invadió el retirado lugar.

Durante muchos minutos Duncan logró mantener sus sentidos en alerta, y vivos a cada sonido quejumbroso que surgía del bosque. Su visión se agudizó a medida que las sombras de la tarde se asentaban en el lugar; e incluso después de que las estrellas brillaran sobre su cabeza, fue capaz de distinguir las formas reclinadas de sus compañeros, mientras yacían extendidos sobre la hierba, y de notar la persona de Chingachgook, que se sentaba erguido e inmóvil como uno de los árboles que formaban la oscura barrera por todos lados. Todavía oía las suaves respiraciones de las hermanas, que yacían a pocos pies de él, y no se agitaba una hoja por el aire pasajero cuyo susurro su oído no detectara. Al final, sin embargo, las notas lúgubres

de un chotacabras se mezclaron con los gemidos de un búho; sus pesados ojos buscaban ocasionalmente los brillantes rayos de las estrellas, y entonces le parecía verlos a través de los párpados caídos. En instantes de momentánea vigilia confundió un arbusto con su asociado centinela; su cabeza se hundió a continuación sobre su hombro, que, a su vez, buscó el apoyo del suelo; y, finalmente, toda su persona se relajó y se volvió flexible, y el joven se hundió en un profundo sueño, soñando que era un caballero de la antigua caballería, manteniendo sus vigiliass de medianoche ante la tienda de una princesa recapturada, cuyo favor no desesperaba de ganar, con tal prueba de devoción y vigilancia.

Cuánto tiempo yació el cansado Duncan en este estado insensible, nunca lo supo él mismo, pero sus visiones durmientes se habían perdido hacía mucho en el olvido total, cuando fue despertado por un ligero golpecito en el hombro. Despertado por esta señal, por leve que fuera, se puso de pie de un salto con un confuso recuerdo del deber autoimpuesto que había asumido al comienzo de la noche.

—¿Quién viene? —demandó, buscando su espada en el lugar donde usualmente estaba suspendida—. ¡Habla! ¿amigo o enemigo?

—Amigo —replicó la voz baja de Chingachgook; quien, señalando hacia arriba a la luminaria que derramaba su suave luz a través de la abertura en los árboles, directamente en su vivac, añadió inmediatamente, en su rudo inglés—: Luna viene y fuerte de hombre blanco lejos, muy lejos; tiempo de moverse, ¡cuando sueño cierra ambos ojos de francés!

—¡Dices la verdad! ¡Llama a tus amigos y embrida los caballos mientras preparo a mis propias compañeras para la marcha!

—Estamos despiertas, Duncan —dijo la suave y plateada voz de Alice desde dentro del edificio—, y listas para viajar muy rápido después de un sueño tan reparador; ¡pero has velado durante la tediosa noche por nosotras, después de haber soportado tanta fatiga durante todo el día!

—Di más bien que habría velado, pero mis traicioneros ojos me traicionaron; dos veces me he demostrado incapaz de la confianza que llevo.

—No, Duncan, no lo niegues —interrumpió la sonriente Alice, saliendo de las sombras del edificio a la luz de la luna, en toda la hermosura de su

renovada belleza—; sé que eres un descuidado, cuando el yo es el objeto de tu cuidado, y demasiado vigilante en favor de los demás. ¿No podemos quedarnos aquí un poco más mientras encuentras el descanso que necesitas? ¡Alegremente, muy alegremente, Cora y yo haremos las vigili-as, mientras tú y todos estos valientes hombres intentáis echar un sueñecito!

—Si la vergüenza pudiera curarme de mi somnolencia, nunca volvería a cerrar un ojo —dijo el inquieto joven, contemplando el ingenuo semblante de Alice, donde, sin embargo, en su dulce solicitud, no leyó nada que confirmara su sospecha medio despierta—. Es demasiado cierto que, después de llevaros al peligro por mi descuido, ni siquiera tengo el mérito de guardar vuestras almohadas como debería hacerlo un soldado.

—Nadie más que el propio Duncan debería acusar a Duncan de tal debilidad. Ve, pues, y duerme; créeme, ninguna de nosotras, chicas débiles como somos, traicionará nuestra guardia.

El joven fue aliviado de la incomodidad de hacer más protestas de sus propios deméritos por una exclamación de Chingachgook, y la actitud de atención absorta asumida por su hijo.

—¡Los mohicanos oyen a un enemigo! —susurró Ojo de Halcón, que para entonces, en común con todo el grupo, estaba despierto y en movimiento—. ¡Huelen el peligro en el viento!

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Heyward—. ¡Seguramente ya hemos tenido suficiente derramamiento de sangre!

Mientras hablaba, sin embargo, el joven soldado agarró su rifle y, avanzando hacia el frente, se preparó para expiar su venial negligencia, exponiendo libremente su vida en defensa de aquellos a quienes atendía.

—Es alguna criatura del bosque merodeando a nuestro alrededor en busca de comida —dijo, en un susurro, tan pronto como los sonidos bajos y aparentemente distantes, que habían sobresaltado a los mohicanos, llegaron a sus propios oídos.

—¡Chist! —respondió el atento explorador—; es un hombre; ¡incluso yo puedo ahora distinguir su paso, pobres como son mis sentidos en comparación con los de un indio! Ese hurón huido se ha topado con una de las partidas de avanzada de Montcalm, y han dado con nuestro rastro. No me gustaría, a mí, derramar más sangre humana en este lugar —añadió, mirando a

su alrededor con ansiedad en sus rasgos, a los tenues objetos por los que estaba rodeado—; ¡pero lo que debe ser, será! Llevad los caballos al blocao, Uncas; y, amigos, seguidme al mismo refugio. ¡Pobre y viejo como es, ofrece una cubierta, y ha resonado con el crujido de un rifle antes de esta noche!

Fue obedecido al instante, los mohicanos llevando a los Narragansetts dentro de la ruina, adonde todo el grupo se dirigió con el más guardado silencio.

El sonido de pasos que se acercaban era ahora demasiado distintamente audible para dejar dudas sobre la naturaleza de la interrupción. Pronto se mezclaron con voces que se llamaban unas a otras en un dialecto indio, que el cazador, en un susurro, afirmó a Heyward que era la lengua de los hurones. Cuando el grupo llegó al punto donde los caballos habían entrado en la espesura que rodeaba el blocao, evidentemente se encontraron perdidos, habiendo perdido aquellas marcas que, hasta ese momento, habían dirigido su persecución.

Parecería por las voces que veinte hombres se reunieron pronto en aquel único lugar, mezclando sus diferentes opiniones y consejos en un ruidoso clamor.

—Los bribones conocen nuestra debilidad —susurró Ojo de Halcón, que estaba al lado de Heyward, en profunda sombra, mirando a través de una abertura en los troncos—, o no se permitirían su ociosidad en una marcha tan de squaws. ¡Escuchad a los reptiles! cada hombre entre ellos parece tener dos lenguas, y una sola pierna.

Duncan, valiente como era en el combate, no pudo, en tal momento de dolorosa suspense, dar ninguna respuesta a la fría y característica observación del explorador. Solo agarró su rifle con más firmeza, y fijó sus ojos en la estrecha abertura, a través de la cual contemplaba la vista iluminada por la luna con creciente ansiedad. Los tonos más profundos de uno que hablaba como si tuviera autoridad se oyeron a continuación, en medio de un silencio que denotaba el respeto con que sus órdenes, o más bien consejos, eran recibidos. Después de lo cual, por el susurro de las hojas y el crujido de las ramitas secas, fue evidente que los salvajes se estaban separando en busca del rastro perdido. Afortunadamente para los perseguidos, la luz de la luna, mientras derramaba un torrente de suave lustre sobre la pequeña área

alrededor de la ruina, no era lo suficientemente fuerte como para penetrar los profundos arcos del bosque, donde los objetos aún yacían en una sombra engañosa. La búsqueda resultó infructuosa; pues tan corto y repentino había sido el paso desde el débil sendero que los viajeros habían recorrido hasta la espesura, que todo rastro de sus pisadas se perdió en la oscuridad de los bosques.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que se oyera a los inquietos salvajes batiendo la maleza, y acercándose gradualmente al borde interior de aquella densa franja de jóvenes castaños que rodeaba la pequeña área.

—Se acercan —murmuró Heyward, esforzándose por meter su rifle a través de la rendija en los troncos—; disparemos a su aproximación.

—Mantened todo en la sombra —respondió el explorador—; el chasquido de un pedernal, o incluso el olor de un solo grano de azufre, traería a los hambrientos bribones sobre nosotros en masa. Si le place a Dios que debamos dar batalla por las cabelleras, confiad en la experiencia de hombres que conocen los caminos de los salvajes, y que no suelen quedarse atrás cuando se aúlla el grito de guerra.

Duncan echó la vista atrás y vio que las temblorosas hermanas se acurrucaban en el rincón más alejado del edificio, mientras los mohicanos permanecían en la sombra, como dos postes erguidos, listos, y aparentemente dispuestos, a golpear cuando el golpe fuera necesario. Conteniendo su impaciencia, volvió a mirar hacia el área y esperó el resultado en silencio. En ese instante, la espesura se abrió, y un hurón alto y armado avanzó unos pasos en el espacio abierto. Mientras contemplaba el silencioso blocao, la luna cayó sobre su rostro moreno y delató su sorpresa y curiosidad. Hizo la exclamación que usualmente acompaña a la primera emoción en un indio y, llamando en voz baja, pronto atrajo a un compañero a su lado.

Estos hijos de los bosques permanecieron juntos durante varios momentos, señalando el edificio en ruinas y conversando en el ininteligible lenguaje de su tribu. Luego se acercaron, aunque con pasos lentos y cautelosos, deteniéndose a cada instante para mirar el edificio, como ciervos asustados cuya curiosidad luchaba poderosamente con sus despertadas aprensiones por el dominio. El pie de uno de ellos se posó de repente en el montículo, y se detuvo para examinar su naturaleza. En este momento, Heyward observó

que el explorador aflojaba su cuchillo en su vaina y bajaba la boca de su rifle. Imitando estos movimientos, el joven se preparó para la lucha que ahora parecía inevitable.

Los salvajes estaban tan cerca que el menor movimiento de uno de los caballos, o incluso una respiración más fuerte de lo común, habría delatado a los fugitivos. Pero al descubrir el carácter del montículo, la atención de los hurones pareció dirigirse a un objeto diferente. Hablaron entre sí, y los sonidos de sus voces eran bajos y solemnes, como si estuvieran influenciados por una reverencia que estaba profundamente mezclada con el asombro. Luego se retiraron cautelosamente, manteniendo los ojos clavados en la ruina, como si esperaran ver las apariciones de los muertos salir de sus silenciosos muros, hasta que, habiendo alcanzado el límite del área, se movieron lentamente hacia la espesura y desaparecieron.

Ojo de Halcón dejó caer la culata de su rifle al suelo y, respirando hondo y libremente, exclamó, en un susurro audible:

—¡Ay! respetan a los muertos, y esta vez eso les ha salvado la vida, y, quizás, la vida de hombres mejores también.

Heyward prestó atención por un solo momento a su compañero, pero sin responder, se volvió de nuevo hacia aquellos que en ese momento le interesaban más. Oyó a los dos hurones abandonar los arbustos, y pronto fue evidente que todos los perseguidores se habían reunido a su alrededor, prestando profunda atención a su informe. Después de unos minutos de diálogo serio y solemne, totalmente diferente del ruidoso clamor con que se habían reunido por primera vez alrededor del lugar, los sonidos se hicieron más débiles y distantes, y finalmente se perdieron en las profundidades del bosque.

Ojo de Halcón esperó hasta que una señal del atento Chingachgook le aseguró que todo sonido del grupo en retirada había sido completamente tragado por la distancia, cuando hizo un gesto a Heyward para que sacara los caballos y ayudara a las hermanas a subir a sus sillas. En el instante en que esto se hizo, salieron por la puerta rota y, escabulléndose por una dirección opuesta a la que habían entrado, abandonaron el lugar, las hermanas lanzando miradas furtivas a la silenciosa, grave y ruinosa estructura, mientras dejaban la suave luz de la luna para enterrarse en la penumbra de los bosques.

CAPÍTULO XIV

Guardia.—Qui est là?

Puc. —Paisans, pauvres gens de France.

—El rey Enrique VI

Durante el rápido movimiento desde el blocao, y hasta que el grupo estuvo profundamente enterrado en el bosque, cada individuo estaba demasiado interesado en la huida como para arriesgar una palabra, ni siquiera en susurros. El explorador reanudó su puesto en la vanguardia, aunque sus pasos, después de haber puesto una distancia segura entre él y sus enemigos, eran más deliberados que en su marcha anterior, como consecuencia de su total ignorancia de las localidades de los bosques circundantes. Más de una vez se detuvo para consultar con sus confederados, los mohicanos, señalando hacia la luna y examinando con cuidado las cortezas de los árboles. En estas breves pausas, Heyward y las hermanas escuchaban, con los sentidos doblemente agudizados por el peligro, para detectar cualquier síntoma que pudiera anunciar la proximidad de sus enemigos. En tales momentos, parecía como si una vasta extensión de país yaciera enterrada en un sueño eterno; no surgía el menor sonido del bosque, a menos que fuera el lejano y apenas audible murmullo de un curso de agua. Aves, bestias y hombres parecían dormir por igual, si es que, en efecto, alguno de estos últimos se encontraba en aquella amplia extensión de naturaleza salvaje. Pero los sonidos del riachuelo, débiles y murmurantes como eran, aliviaron a los guías de inmediato de no poco embarazo, y hacia él se dirigieron inmediatamente.

Cuando se alcanzaron las orillas del pequeño arroyo, Ojo de Halcón hizo otra parada; y quitándose los mocasines de los pies, invitó a Heyward y a Gamut a seguir su ejemplo. Luego entró en el agua, y durante casi una hora viajaron por el lecho del arroyo, sin dejar rastro. La luna ya se había hundi-

do en una inmensa pila de nubes negras, que se cernía sobre el horizonte occidental, cuando salieron del bajo y sinuoso curso de agua para ascender de nuevo a la luz y al nivel de la arenosa pero boscosa llanura. Aquí el explorador pareció estar de nuevo en casa, pues mantuvo su camino con la certeza y la diligencia de un hombre que se movía en la seguridad de su propio conocimiento. El sendero pronto se volvió más desigual, y los viajeros pudieron percibir claramente que las montañas se acercaban a ellos por ambos lados, y que, en verdad, estaban a punto de entrar en uno de sus desfiladeros. De repente, Ojo de Halcón hizo una pausa y, esperando hasta que se le unió todo el grupo, habló, aunque en tonos tan bajos y cautelosos, que añadieron solemnidad a sus palabras, en la quietud y la oscuridad del lugar.

—Es fácil conocer los senderos, y encontrar los saladares y los cursos de agua de la naturaleza —dijo—; pero ¿quién que viera este lugar podría aventurarse a decir que un poderoso ejército descansaba entre aquellos silenciosos árboles y áridas montañas?

—¿Estamos, entonces, a no gran distancia de William Henry? —dijo Heyward, acercándose más al explorador.

—Todavía es un camino largo y fatigoso, y cuándo y dónde encontrarlo es ahora nuestra mayor dificultad. Ved —dijo, señalando a través de los árboles hacia un lugar donde una pequeña cuenca de agua reflejaba las estrellas desde su plácido seno—, aquí está el "estanque sangriento"; y estoy en un terreno que no solo he recorrido a menudo, sino sobre el cual he luchado contra el enemigo, desde el amanecer hasta el atardecer.

—¡Ah! esa lámina de agua opaca y lúgubre, entonces, es el sepulcro de los valientes que cayeron en la contienda. He oído nombrarla, pero nunca antes he estado en sus orillas.

—Tres batallas libramos con el franco-holandés¹ en un día —continuó Ojo de Halcón, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos, en lugar de responder a la observación de Duncan—. Nos encontró cerca de aquí, en nuestra marcha de salida para emboscar su avance, y nos dispersó, como ciervos acosados, a través del desfiladero, hasta las orillas del Horican. Luego nos reagrupamos detrás de nuestros árboles caídos, y le hicimos frente, bajo Sir William, quien fue nombrado Sir William por esa misma hazaña; ¡y bien que le pagamos la desgracia de la mañana! Cientos de

franceses vieron el sol ese día por última vez; e incluso su líder, el propio Dieskau, cayó en nuestras manos, tan cortado y desgarrado por el plomo, que ha regresado a su propio país, no apto para más actos de guerra.

¹ El barón Dieskau, un alemán al servicio de Francia. Pocos años antes del período del relato, este oficial fue derrotado por Sir William Johnson, de Johnstown, Nueva York, a orillas del lago George.

— ¡Fue un noble rechazo! — exclamó Heyward, en el calor de su ardor juvenil —; ¡la fama de ello nos llegó pronto, en nuestro ejército del sur!

— ¡Ay! pero no terminó ahí. Fui enviado por el Mayor Effingham, por orden del propio Sir William, para flanquear a los franceses y llevar las noticias de su desastre a través del portage, hasta el fuerte en el Hudson. Justo por aquí, donde veis que los árboles se elevan en una ondulación montañosa, me encontré con una partida que venía en nuestra ayuda, y los llevé a donde el enemigo estaba tomando su comida, sin soñar que no habían terminado la sangrienta obra del día.

— ¿Y los sorprendisteis?

— Si la muerte puede ser una sorpresa para hombres que solo piensan en las ansias de sus apetitos. Les dimos poco tiempo para respirar, pues nos habían presionado duramente en la lucha de la mañana, y había pocos en nuestra partida que no hubieran perdido un amigo o pariente por sus manos.

— Cuando todo terminó, los muertos, y algunos dicen que los moribundos, fueron arrojados a ese pequeño estanque. Estos ojos han visto sus aguas teñidas de sangre, como nunca el agua natural ha fluido de las entrañas de la tierra.

— Fue una tumba conveniente y, confío, resultará pacífica para un soldado. ¿Habéis visto entonces mucho servicio en esta frontera?

— ¡Ay! — dijo el explorador, irguiendo su alta persona con un aire de orgullo militar —; no hay muchos ecos entre estas colinas que no hayan resonado con el crujido de mi rifle, ni hay el espacio de una milla cuadrada entre el Horican y el río, sobre el que "Mataciervos" no haya dejado caer un cuerpo vivo, ya sea un enemigo o una bestia bruta. En cuanto a que la tumba sea tan tranquila como mencionáis, es otro asunto. Hay quienes en el campamento dicen y piensan, hombre, que para yacer quieto, no se debe ser enterrado mientras el aliento está en el cuerpo; y cierto es que en la prisa de

aquella tarde, los médicos tuvieron poco tiempo para decir quién estaba vivo y quién muerto. ¡Chist! ¿no veis nada caminando en la orilla del estanque?

—No es probable que haya alguien tan sin hogar como nosotros en este lúgubre bosque.

—A alguien como él puede importarle poco la casa o el refugio, y el rocío de la noche nunca puede mojar un cuerpo que pasa sus días en el agua —respondió el explorador, agarrando el hombro de Heyward con una fuerza tan convulsiva que hizo al joven soldado dolorosamente consciente de cuánto terror supersticioso se había apoderado de un hombre usualmente tan intrépido.

—¡Por el cielo, hay una forma humana, y se acerca! A vuestras armas, mis amigos; pues no sabemos a quién nos enfrentamos.

—¿Qui vive? —demandó una voz severa y rápida, que sonó como un desafío de otro mundo, saliendo de aquel lugar solitario y solemne.

—¿Qué dice? —susurró el explorador—; no habla ni indio ni inglés.

—¿Qui vive? —repitió la misma voz, que fue rápidamente seguida por el ruido de armas y una actitud amenazante.

—¡Francia! —gritó Heyward, avanzando desde la sombra de los árboles hasta la orilla del estanque, a pocos metros del centinela.

—¿D'ou venez-vous—ou allez-vous, d'aussi bonne heure? —demandó el granadero, en el idioma y con el acento de un hombre de la vieja Francia.

—Je viens de la découverte, et je vais me coucher.

—¿Etes-vous officier du roi?

—Sans doute, mon camarade; me prends-tu pour un provincial! Je suis capitaine de chasseurs (Heyward bien sabía que el otro era de un regimiento de línea); j'ai ici, avec moi, les filles du commandant de la fortification. Aha! tu en as entendu parler! je les ai fait prisonnières près de l'autre fort, et je les conduis au général.

—Ma foi! mesdames; j'en suis fâché pour vous —exclamó el joven soldado, tocándose el gorro con gracia—; mais—fortune de guerre! vous trouverez notre général un brave homme, et bien poli avec les dames.

—C'est le caractere des gens de guerre —dijo Cora, con admirable dominio de sí misma—. Adieu, mon ami; je vous souhaiterais un devoir plus agréable a remplir.

El soldado hizo un bajo y humilde reconocimiento por su cortesía; y Heyward, añadiendo un «Bonne nuit, mon camarade», avanzaron deliberadamente, dejando al centinela paseando por las orillas del silencioso estanque, sin sospechar de un enemigo de tanta desfachatez, y tarareando para sí aquellas palabras que le fueron recordadas por la vista de las mujeres, y, quizás, por los recuerdos de su propia y lejana y hermosa Francia:

«Vive le vin, vive l'amour», &c., &c.

—¡Menos mal que entendiste al bribón! —susurró el explorador, cuando se hubieron alejado un poco del lugar, y dejando caer de nuevo su rifle en el hueco de su brazo—; pronto vi que era uno de esos inquietos franceses; y bien por él que su hablar fuera amistoso y sus deseos amables, o se podría haber encontrado un lugar para sus huesos entre los de sus compatriotas.

Fue interrumpido por un largo y pesado gemido que surgió de la pequeña cuenca, como si, en verdad, los espíritus de los difuntos se demoraran alrededor de su sepulcro acuático.

—Seguramente era de carne —continuó el explorador—; ningún espíritu podría manejar sus armas con tanta firmeza.

—Era de carne; pero si el pobre hombre todavía pertenece a este mundo bien puede dudarse —dijo Heyward, lanzando una mirada a su alrededor y echando de menos a Chingachgook en su pequeña banda. Otro gemido más débil que el anterior fue seguido por una pesada y sorda zambullida en el agua, y todo volvió a quedar en silencio como si las orillas del lúgubre estanque nunca hubieran sido despertadas del silencio de la creación. Mientras aún dudaban en la incertidumbre, se vio la figura del indio deslizándose fuera de la espesura. Al reunirse el jefe con ellos, con una mano sujetó la humeante cabellera del desafortunado joven francés a su cinto, y con la otra volvió a colocar el cuchillo y el tomahawk que habían bebido su sangre. Luego ocupó su puesto habitual, con el aire de un hombre que creía haber realizado un acto de mérito.

El explorador dejó caer un extremo de su rifle al suelo y, apoyando las manos en el otro, permaneció meditando en profundo silencio. Luego, sacu-

diendo la cabeza de manera lúgubre, murmuró:

—Habría sido un acto cruel e inhumano para un piel blanca; pero es el don y la naturaleza de un indio, y supongo que no se le debe negar. Desearía, sin embargo, que le hubiera ocurrido a un maldito mingo, en lugar de a ese alegre joven de los viejos países.

—¡Basta! —dijo Heyward, temeroso de que las inconscientes hermanas pudieran comprender la naturaleza de la detención, y venciendo su disgusto con una serie de reflexiones muy parecidas a las del cazador—; está hecho; y aunque mejor sería que no se hubiera hecho, no puede enmendarse. Ved, estamos demasiado obviamente dentro de los centinelas del enemigo; ¿qué rumbo proponéis seguir?

—Sí —dijo Ojo de Halcón, recomponiéndose de nuevo—; es como decís, demasiado tarde para albergar más pensamientos al respecto. Ay, los franceses se han reunido alrededor del fuerte con toda seriedad, y tenemos una aguja delicada que enhebrar para pasarlos.

—Y poco tiempo para hacerlo —añadió Heyward, alzando la vista hacia el banco de vapor que ocultaba la luna poniente.

—¡Y poco tiempo para hacerlo! —repitió el explorador—. La cosa puede hacerse de dos maneras, con la ayuda de la Providencia, sin la cual no puede hacerse en absoluto.

—Nombradlas rápidamente, pues el tiempo apremia.

—Una sería apeaar a las gentiles damas, y dejar que sus bestias vaguen por la llanura; enviando a los mohicanos por delante, podríamos entonces abrir un carril a través de sus centinelas, y entrar en el fuerte sobre los cuerpos de los muertos.

—¡No servirá, no servirá! —interrumpió el generoso Heyward—; un soldado podría abrirse paso de esta manera, ¡pero nunca con tal convoy!

—Sería, en efecto, un camino sangriento para que pies tan tiernos lo pisaran —respondió el igualmente reacio explorador—; pero pensé que era propio de mi hombría nombrarlo. Debemos, entonces, volver sobre nuestro rastro y salir de la línea de sus vigías, y entonces nos desviaremos bruscamente hacia el oeste y entraremos en las montañas; donde puedo escon-

deros, de modo que todos los sabuesos del diablo a sueldo de Montcalm serían despistados durante meses.

—Que se haga, y al instante.

Más palabras fueron innecesarias; pues Ojo de Halcón, simplemente pronunciando el mandato de «seguid», se movió por la ruta por la que acababan de entrar en su actual situación crítica e incluso peligrosa. Su avance, como su reciente diálogo, fue cauteloso y sin ruido; pues nadie sabía en qué momento una patrulla pasajera, o un piquete agazapado del enemigo, podría surgir en su camino. Mientras mantenían su silencioso camino a lo largo del margen del estanque, de nuevo Heyward y el explorador lanzaron miradas furtivas a su espantosa desolación. Buscaron en vano la forma que tan recientemente habían visto acechando a lo largo de las silenciosas orillas, mientras un bajo y regular lavado de las pequeñas olas, al anunciar que las aguas aún no se habían calmado, proporcionaba un espantoso memorial del acto de sangre que acababan de presenciar. Como toda aquella escena pasajera y sombría, la baja cuenca, sin embargo, se fundió rápidamente en la oscuridad, y se mezcló con la masa de objetos negros a la retaguardia de los viajeros.

Ojo de Halcón pronto se desvió de la línea de su retirada y, dirigiéndose hacia las montañas que forman el límite occidental de la estrecha llanura, condujo a sus seguidores, con pasos veloces, profundamente dentro de las sombras que se proyectaban desde sus altas y quebradas cumbres. La ruta era ahora penosa; discurría por un terreno accidentado con rocas e intersecado por barrancos, y su progreso proporcionalmente lento. Colinas desoladas y negras yacían a cada lado de ellos, compensando en cierto grado el esfuerzo adicional de la marcha con la sensación de seguridad que impartían. Finalmente, el grupo comenzó a ascender lentamente una pendiente empinada y escabrosa, por un sendero que serpenteaba curiosamente entre rocas y árboles, evitando las unas y apoyándose en los otros, de una manera que demostraba que había sido ideado por hombres largamente practicados en las artes de la naturaleza. A medida que se elevaban gradualmente desde el nivel de los valles, la densa oscuridad que usualmente precede a la llegada del día comenzó a dispersarse, y los objetos se vieron en los colores llanos y palpables con que habían sido dotados por la naturaleza. Cuando salieron de los bosques achaparrados que se aferraban a las laderas áridas de la montaña, sobre una roca plana y musgosa que formaba su cima, se en-

contraron con la mañana, que llegaba sonrojada sobre los verdes pinos de una colina que yacía en el lado opuesto del valle del Horican.

El explorador dijo ahora a las hermanas que desmontaran; y quitando las bridas de las bocas y las sillas de los lomos de las cansadas bestias, las soltó, para que buscaran un escaso sustento entre los arbustos y la magra hierba de aquella elevada región.

—Id —dijo—, y buscad vuestro alimento donde la naturaleza os lo da; y tened cuidado de no convertiros vosotras mismas en alimento para lobos voraces, entre estas colinas.

—¿No tenemos más necesidad de ellos? —demandó Heyward.

—Ved, y juzgad con vuestros propios ojos —dijo el explorador, avanzando hacia la ceja oriental de la montaña, hacia donde hizo señas a todo el grupo para que lo siguieran—; si fuera tan fácil mirar en el corazón del hombre como espiar la desnudez del campamento de Montcalm desde este lugar, los hipócritas escasearían, y la astucia de un mingo podría resultar un juego perdedor, comparado con la honestidad de un delaware.

Cuando los viajeros alcanzaron el borde de los precipicios, vieron, de un vistazo, la verdad de la declaración del explorador, y la admirable previsión con la que los había conducido a su puesto de mando.

La montaña en la que se encontraban, elevada quizás mil pies en el aire, era un alto cono que se levantaba un poco por delante de aquella cordillera que se extiende por millas a lo largo de las orillas occidentales del lago, hasta encontrarse con sus hermanas millas más allá del agua, y se dirigía hacia los Canadá, en masas confusas y quebradas de roca, escasamente salpicadas de árboles de hoja perenne. Inmediatamente a los pies del grupo, la orilla sur del Horican se extendía en un amplio semicírculo de montaña a montaña, marcando una ancha playa, que pronto se elevaba en una llanura desigual y algo elevada. Hacia el norte se extendía la límpida y, como parecía desde aquella vertiginosa altura, la estrecha lámina del «lago sagrado», dentada con innumerables bahías, embellecida por fantásticos promontorios, y salpicada de incontables islas. A la distancia de unas pocas leguas, el lecho del agua se perdía entre montañas, o estaba envuelto en las masas de vapor que venían rodando lentamente a lo largo de su seno, ante un ligero aire matutino. Pero una estrecha abertura entre las crestas de las coli-

nas señalaba el pasaje por el cual encontraban su camino aún más al norte, para extender de nuevo sus puras y amplias láminas, antes de verter su tributo en el lejano Champlain. Hacia el sur se extendía el desfiladero, o más bien la llanura quebrada, tan a menudo mencionada. Durante varias millas en esta dirección, las montañas parecían reacias a ceder su dominio, pero al alcance de la vista divergían, y finalmente se fundían en las tierras llanas y arenosas, a través de las cuales hemos acompañado a nuestros aventureros en su doble viaje. A lo largo de ambas cordilleras, que limitaban los lados opuestos del lago y el valle, nubes de vapor ligero se elevaban en espirales desde los bosques deshabitados, pareciendo el humo de cabañas ocultas; o rodaban perezosamente por las laderas, para mezclarse con las nieblas de la tierra baja. Una única, solitaria, nube blanca como la nieve flotaba sobre el valle, y marcaba el lugar bajo el cual yacía el silencioso estanque del «estanque sangriento».

Directamente en la orilla del lago, y más cerca de su margen occidental que de la oriental, yacían las extensas murallas de tierra y los bajos edificios de William Henry. Dos de los amplios bastiones parecían descansar sobre el agua que bañaba sus bases, mientras que una profunda zanja y extensos pantanos protegían sus otros lados y ángulos. La tierra había sido despejada de madera a una distancia razonable alrededor de la obra, pero cualquier otra parte de la escena yacía en la verde librea de la naturaleza, excepto donde el agua límpida suavizaba la vista, o las audaces rocas asomaban sus cabezas negras y desnudas sobre el contorno ondulado de las cordilleras. En su frente podían verse los centinelas dispersos, que mantenían una fatigosa vigilia contra sus numerosos enemigos; y dentro de los propios muros, los viajeros contemplaban a hombres todavía somnolientos por una noche de vigilancia. Hacia el sureste, pero en contacto inmediato con el fuerte, había un campamento atrincherado, situado en una eminencia rocosa, que habría sido mucho más elegible para la obra misma, en el que Ojo de Halcón señaló la presencia de aquellos regimientos auxiliares que tan recientemente habían dejado el Hudson en su compañía. Desde los bosques, un poco más al sur, se elevaban numerosos humos oscuros y lívidos, que se distinguían fácilmente de las exhalaciones más puras de los manantiales, y que el explorador también mostró a Heyward, como evidencias de que el enemigo yacía con fuerza en esa dirección.

Pero el espectáculo que más preocupaba al joven soldado estaba en la orilla occidental del lago, aunque bastante cerca de su terminación sur. En una franja de tierra, que desde su puesto parecía demasiado estrecha para contener tal ejército, pero que, en verdad, se extendía muchos cientos de yardas desde las orillas del Horican hasta la base de la montaña, se veían las tiendas blancas y los ingenios militares de un campamento de diez mil hombres. Ya se habían levantado baterías en su frente, e incluso mientras los espectadores sobre ellos miraban hacia abajo, con emociones tan diferentes, a una escena que yacía como un mapa bajo sus pies, el rugido de la artillería se elevó del valle, y pasó en ecos atronadores a lo largo de las colinas orientales.

—La mañana apenas los está tocando abajo —dijo el deliberado y pensativo explorador—, y los vigilantes tienen ganas de despertar a los durmientes con el sonido del cañón. ¡Llegamos unas horas demasiado tarde! Montcalm ya ha llenado los bosques con sus malditos iroqueses.

—El lugar está, en efecto, sitiado —respondió Duncan—; ¿pero no hay ningún expediente por el cual podamos entrar? la captura en las obras sería mucho preferible a caer de nuevo en manos de indios errantes.

—¡Mirad! —exclamó el explorador, dirigiendo inconscientemente la atención de Cora a los aposentos de su propio padre—, ¡cómo ese disparo ha hecho volar las piedras del lado de la casa del comandante! ¡Ay! ¡estos franceses la harán pedazos más rápido de lo que fue construida, por sólida y gruesa que sea!

—Heyward, me enfermo a la vista de un peligro que no puedo compartir —dijo la impávida pero ansiosa hija—. Vayamos a Montcalm, y pidamos la admisión: no se atreverá a negar a una hija tal favor.

—Apenas encontraríais la tienda del francés con el pelo en la cabeza —dijo el brusco explorador—. ¡Si solo tuviera una de las mil barcas que yacen vacías a lo largo de esa orilla, podría hacerse! ¡Ja! pronto se acabará el tiroteo, pues allá viene una niebla que convertirá el día en noche, y hará una flecha india más peligrosa que un cañón moldeado. Ahora, si estáis a la altura del trabajo, y me seguís, haré un esfuerzo; pues anhele bajar a ese campamento, aunque solo sea para dispersar a algunos perros mingos que veo acechando en los límites de aquella espesura de abedules.

—Estamos a la altura —dijo Cora, con firmeza—; en tal misión te seguiremos a cualquier peligro.

El explorador se volvió hacia ella con una sonrisa de honesta y cordial aprobación, mientras respondía:

—¡Ojalá tuviera mil hombres, de miembros fornidos y ojos rápidos, que temieran a la muerte tan poco como vos! ¡Enviaría a esos parlanchines franceses de vuelta a su guarida, antes de que terminara la semana, aullando como tantos sabuesos encadenados o lobos hambrientos! Pero, moveos —añadió, volviéndose de ella al resto del grupo—, la niebla baja rodando tan rápido, que apenas tendremos tiempo de encontrarla en la llanura y usarla como cubierta. Recordad, si algún accidente me ocurriera, mantened el aire soplando en vuestras mejillas izquierdas... o, más bien, seguid a los mohicanos; ellos olerían su camino, ya sea de día o de noche.

Luego hizo un gesto con la mano para que lo siguieran, y se lanzó por la empinada ladera, con pasos libres pero cuidadosos. Heyward ayudó a las hermanas a descender, y en pocos minutos todos estaban muy abajo de una montaña cuyas laderas habían subido con tanto esfuerzo y dolor.

La dirección tomada por Ojo de Halcón pronto llevó a los viajeros al nivel de la llanura, casi enfrente de una poterna en la cortina occidental del fuerte, que yacía a una distancia de aproximadamente media milla del punto donde se detuvo para permitir que Duncan alcanzara a su cargo. En su afán, y favorecidos por la naturaleza del terreno, se habían anticipado a la niebla, que rodaba pesadamente por el lago, y se hizo necesario hacer una pausa, hasta que las brumas hubieran envuelto el campamento del enemigo en su manto lanoso. Los mohicanos aprovecharon la demora para salir sigilosamente de los bosques y hacer un reconocimiento de los objetos circundantes. Fueron seguidos a poca distancia por el explorador, con el fin de aprovechar tempranamente su informe, y de obtener algún leve conocimiento por sí mismo de las localidades más inmediatas.

En muy pocos momentos regresó, con el rostro enrojecido por la vejación, mientras murmuraba su decepción con palabras de no muy amable tenor.

—Aquí el astuto francés ha apostado un piquete directamente en nuestro camino —dijo—; pieles rojas y blancos; ¡y es tan probable que caigamos en

medio de ellos como que los pasemos en la niebla!

—¿No podemos hacer un rodeo para evitar el peligro —preguntó Heyward—, y volver a nuestro camino una vez pasado?

—¡Quién que una vez se desvía de la línea de su marcha en una niebla puede decir cuándo o cómo encontrarla de nuevo! Las brumas del Horican no son como las volutas de una pipa de la paz, o el humo que se asienta sobre un fuego para mosquitos.

Todavía estaba hablando, cuando se oyó un sonido estrepitoso, y una bala de cañón entró en la espesura, golpeando el cuerpo de un arbolillo y rebotando en la tierra, su fuerza muy mermada por la resistencia previa. Los indios la siguieron al instante como ocupados asistentes del terrible mensajero, y Uncas comenzó a hablar seriamente y con mucha acción, en la lengua delaware.

—Puede que así sea, muchacho —murmuró el explorador, cuando hubo terminado—; pues las fiebres desesperadas no se tratan como un dolor de muelas. Venid, entonces, la niebla se está cerrando.

—¡Alto! —gritó Heyward—; primero explicad vuestras expectativas.

—Pronto está hecho, y es una pequeña esperanza; pero es mejor que nada. Este disparo que veis —añadió el explorador, pateando el inofensivo hierro con el pie—, ha arado la tierra en su camino desde el fuerte, y buscaremos el surco que ha hecho, cuando todas las demás señales fallen. No más palabras, sino seguidme, o la niebla podría dejarnos en medio de nuestro camino, un blanco para que ambos ejércitos disparen.

Heyward, percibiendo que, en efecto, había llegado una crisis, en la que se requerían más actos que palabras, se colocó entre las hermanas y las arrastró rápidamente hacia adelante, manteniendo la tenue figura de su líder a la vista. Pronto fue aparente que Ojo de Halcón no había exagerado el poder de la niebla, pues antes de que hubieran avanzado veinte yardas, era difícil para los diferentes individuos del grupo distinguirse unos a otros en el vapor.

Habían hecho su pequeño rodeo a la izquierda, y ya se inclinaban de nuevo hacia la derecha, habiendo, según pensaba Heyward, recorrido casi la mitad de la distancia hasta las obras amigas, cuando sus oídos fueron saludados con la fiera llamada, aparentemente a veinte pies de ellos, de:

—¿Qui va là?

—¡Adelante! —susurró el explorador, inclinándose una vez más a la izquierda.

—¡Adelante! —repitió Heyward; cuando la llamada fue renovada por una docena de voces, cada una de las cuales parecía cargada de amenaza.

—C'est moi —gritó Duncan, arrastrando más que guiando a quienes sostenía rápidamente hacia adelante.

—Bête! —qui? —moi!

—Ami de la France.

—Tu m'as plus l'air d'un ennemi de la France; arrete ou pardieu je te ferai ami du diable. Non! feu, camarades, feu!

La orden fue obedecida al instante, y la niebla fue agitada por la explosión de cincuenta mosquetes. Felizmente, la puntería fue mala, y las balas cortaron el aire en una dirección un poco diferente de la tomada por los fugitivos; aunque todavía tan cerca de ellos, que a los oídos inexpertos de David y las dos mujeres, parecía como si silbaran a pocos centímetros de los órganos. El clamor se renovó, y la orden, no solo de disparar de nuevo, sino de perseguir, fue demasiado claramente audible. Cuando Heyward explicó brevemente el significado de las palabras que oían, Ojo de Halcón se detuvo y habló con rápida decisión y gran firmeza.

—Descarguemos nuestro fuego —dijo—; creerán que es una salida, y cederán, o esperarán refuerzos.

El plan estaba bien concebido, pero falló en sus efectos. En el instante en que los franceses oyeron las armas, pareció como si la llanura estuviera viva de hombres, los mosquetes resonando a lo largo de toda su extensión, desde las orillas del lago hasta el límite más lejano de los bosques.

—Atraeremos a todo su ejército sobre nosotros, y provocaremos un asalto general —dijo Duncan—: ¡guía, amigo mío, por tu propia vida y la nuestra!

El explorador parecía dispuesto a obedecer; pero, en la prisa del momento, y en el cambio de posición, había perdido la dirección. En vano volvió una y otra mejilla hacia el ligero aire; las sentía igualmente frescas. En este

dilema, Uncas dio con el surco de la bala de cañón, donde había cortado el suelo en tres hormigueros adyacentes.

—¡Dadme la dirección! —dijo Ojo de Halcón, inclinándose para echar un vistazo a la dirección, y luego avanzando al instante.

Gritos, juramentos, voces llamándose unas a otras, y los informes de los mosquetes, eran ahora rápidos e incesantes, y, aparentemente, por todos lados. De repente, un fuerte resplandor de luz cruzó la escena, la niebla se elevó en espesas guirnaldas, y varios cañones vomitaron fuego a través de la llanura, y el rugido fue devuelto pesadamente por los ecos atronadores de la montaña.

—¡Es desde el fuerte! —exclamó Ojo de Halcón, volviéndose bruscamente sobre sus pasos—; ¡y nosotros, como tontos heridos, corríamos hacia los bosques, bajo los mismos cuchillos de los maques!

En el instante en que su error fue rectificado, todo el grupo retrocedió sobre el error con la máxima diligencia. Duncan cedió voluntariamente el apoyo de Cora al brazo de Uncas, y Cora aceptó con igual presteza la bienvenida ayuda. Hombres, acalorados y enojados en la persecución, estaban evidentemente sobre sus pasos, y cada instante amenazaba su captura, si no su destrucción.

—¡Point de quartier aux coquins! —gritó un ansioso perseguidor, que parecía dirigir las operaciones del enemigo.

—¡Manteneos firmes, y estad listos, mis valientes del Sexagésimo! —exclamó de repente una voz sobre ellos—; esperad a ver al enemigo, disparad bajo y barred el glacis.

—¡Padre! ¡padre! —exclamó un grito penetrante desde la niebla—: ¡soy yo! ¡Alice! ¡tu propia Elsie! ¡Perdona, oh! ¡salva a tus hijas!

—¡Alto! —gritó el primer orador, en los tonos terribles de la agonía paternal, el sonido llegando incluso a los bosques, y rodando de vuelta en solemne eco—. ¡Es ella! ¡Dios me ha devuelto a mis hijas! Abrid la portena; al campo, Sexagésimos, al campo; ¡no apretéis un gatillo, no sea que matéis a mis corderas! ¡Ahuyentad a estos perros de Francia con vuestro acero!

Duncan oyó el chirrido de las bisagras oxidadas y, lanzándose al lugar, dirigido por el sonido, se encontró con una larga línea de guerreros de color rojo oscuro, pasando rápidamente hacia el glacis. Los reconoció como su propio batallón de los Royal Americans, y volando a su cabeza, pronto barió todo rastro de sus perseguidores de delante de las obras.

Por un instante, Cora y Alice se habían quedado temblando y desconcertadas por esta inesperada deserción; pero antes de que ninguna tuviera tiempo para hablar, o siquiera pensar, un oficial de complexión gigantesca, cuyos cabellos estaban blanqueados por los años y el servicio, pero cuyo aire de grandeza militar había sido más bien suavizado que destruido por el tiempo, salió corriendo del cuerpo de la niebla, y las estrechó contra su pecho, mientras grandes lágrimas ardientes rodaban por sus pálidas y arrugadas mejillas, y exclamaba, con el peculiar acento de Escocia:

—¡Por esto te doy gracias, Señor! ¡Venga el peligro como viniere, tu siervo está ahora preparado!

CAPÍTULO XV

Entonces entremos, para conocer su embajada;

La cual podría, con pronta conjetura, declarar,

Antes de que los franceses digan una palabra de ella.

—El rey Enrique V

Unos pocos días sucesivos transcurrieron entre las privaciones, el alboroto y los peligros del asedio, que fue vigorosamente presionado por un poder, contra cuyos avances Munro no poseía medios competentes de resistencia. Parecía como si Webb, con su ejército, que yacía adormecido a orillas del Hudson, hubiera olvidado por completo el aprieto al que estaban reducidos sus compatriotas. Montcalm había llenado los bosques del portage con sus salvajes, cada alarido y grito de los cuales resonaba a través del campamento británico, helando los corazones de hombres que ya estaban demasiado dispuestos a magnificar el peligro.

No así, sin embargo, con los sitiados. Animados por las palabras, y estimulados por los ejemplos de sus líderes, habían encontrado su coraje y mantenido su antigua reputación, con un celo que hacía justicia al carácter severo de su comandante. Como si estuviera satisfecho con la fatiga de marchar a través de la naturaleza para encontrar a su enemigo, el general francés, aunque de probada habilidad, había descuidado apoderarse de las montañas adyacentes; desde donde los sitiados podrían haber sido exterminados con impunidad, y que, en la guerra más moderna del país, no habrían sido descuidadas ni una sola hora. Esta especie de desprecio por las eminencias, o más bien temor al trabajo de ascenderlas, podría haberse denominado la debilidad persistente de la guerra de la época. Se originó en la simplicidad de los combates indios, en los que, por la naturaleza de los combates y la densidad de los bosques, las fortalezas eran raras y la artillería casi inútil. El descuido engendrado por estos usos descendió incluso hasta la guer-

ra de la Revolución y le costó a los Estados la importante fortaleza de Ticonderoga, abriendo un camino para el ejército de Burgoyne hacia lo que entonces era el seno del país. Miramos hacia atrás a esta ignorancia, o infatuación, como quiera que se llame, con asombro, sabiendo que el descuido de una eminencia, cuyas dificultades, como las del Monte Defiance, han sido tan grandemente exageradas, en la actualidad resultaría fatal para la reputación del ingeniero que hubiera planeado las obras en su base, o para la del general a quien le tocara defenderlas.

El turista, el valetudinario, o el aficionado a las bellezas de la naturaleza, que, en el séquito de su coche de cuatro caballos, ahora recorre las escenas que hemos intentado describir, en busca de información, salud o placer, o flota firmemente hacia su objetivo en esas aguas artificiales que han surgido bajo la administración de un estadista¹ que se ha atrevido a apostar su carácter político en el arriesgado resultado, no debe suponer que sus antepasados atravesaron esas colinas, o lucharon con las mismas corrientes con igual facilidad. El transporte de un solo cañón pesado a menudo se consideraba igual a una victoria ganada; si felizmente, las dificultades del pasaje no lo habían separado tanto de su concomitante necesario, la munición, como para convertirlo en no más que un inútil tubo de hierro pesado.

¹ Evidentemente, el difunto De Witt Clinton, quien murió siendo gobernador de Nueva York en 1828.

Los males de este estado de cosas pesaban mucho sobre la fortuna del resuelto escocés que ahora defendía William Henry. Aunque su adversario descuidó las colinas, había plantado sus baterías con juicio en la llanura, y las había hecho servir con vigor y habilidad. Contra este asalto, los sitiados solo podían oponer las preparaciones imperfectas y apresuradas de una fortaleza en la naturaleza.

Era la tarde del quinto día del asedio, y el cuarto de su propio servicio en él, cuando el Mayor Heyward aprovechó un parlamento que acababa de ser tocado, para dirigirse a las murallas de uno de los bastiones de agua, para respirar el aire fresco del lago, y para hacer un reconocimiento del progreso del asedio. Estaba solo, si se exceptúa al solitario centinela que paseaba por el montículo; pues los artilleros se habían apresurado también a aprovechar la suspensión temporal de sus arduas tareas. La tarde era deliciosamente tranquila, y el ligero aire del agua límpida, fresco y relajante. Parecía como

si, con la terminación del rugido de la artillería y la caída de los proyectiles, la naturaleza también hubiera aprovechado el momento para asumir su forma más suave y cautivadora. El sol derramaba su gloria de despedida sobre la escena, sin la opresión de aquellos feroces rayos que pertenecen al clima y la estación. Las montañas se veían verdes, y frescas, y encantadoras, atemperadas por la luz más suave, o suavizadas en la sombra, mientras delgados vapores flotaban entre ellas y el sol. Las numerosas islas descansaban sobre el seno del Horican, algunas bajas y hundidas, como incrustadas en las aguas, y otras pareciendo cernerse sobre el elemento, en pequeñas colinas de terciopelo verde; entre las cuales los pescadores del ejército sitiador remaban pacíficamente sus esquifes, o flotaban en reposo sobre el espejo vidrioso en tranquila persecución de su empleo.

La escena era a la vez animada y quieta. Todo lo que pertenecía a la naturaleza era dulce, o simplemente grandioso; mientras que las partes que dependían del temple y los movimientos del hombre eran vivaces y juguetonas.

Dos pequeñas banderas inmaculadas ondeaban, una en un ángulo saliente del fuerte, y la otra en la batería avanzada de los sitiadores; emblemas de la verdad que existía, no solo en los actos, sino, al parecer, también en la enemistad de los combatientes.

Detrás de estas, a su vez, se balanceaban, abriéndose y cerrándose pesadamente en pliegues de seda, los estandartes rivales de Inglaterra y Francia.

Un centenar de jóvenes franceses alegres y despreocupados arrastraban una red hacia la playa de guijarros, a una proximidad peligrosa de los cañones hoscros pero silenciosos del fuerte, mientras la montaña del este devolvía los fuertes gritos y la alegre algazara que acompañaban su deporte. Algunos corrían ansiosos a disfrutar de los juegos acuáticos del lago, y otros ya se esforzaban por subir las colinas vecinas, con la inquieta curiosidad de su nación. A todos estos deportes y actividades, aquellos del enemigo que vigilaban a los sitiados, y los propios sitiados, eran, sin embargo, meramente espectadores ociosos aunque simpatizantes. Aquí y allá, un piquete, en efecto, había entonado una canción, o se había mezclado en una danza, que había atraído a los sombríos salvajes a su alrededor, desde sus guaridas en el bosque. En resumen, todo tenía más bien la apariencia de un

día de placer, que de una hora robada a los peligros y fatigas de una guerra sangrienta y vengativa.

Duncan había permanecido en actitud pensativa, contemplando esta escena unos minutos, cuando sus ojos fueron dirigidos al glacis frente a la poterna ya mencionada, por los sonidos de pasos que se acercaban. Caminó hasta un ángulo del bastión, y vio al explorador avanzando, bajo la custodia de un oficial francés, hacia el cuerpo del fuerte. El semblante de Ojo de Halcón estaba demacrado y preocupado, y su aire abatido, como si sintiera la más profunda degradación por haber caído en poder de sus enemigos. Estaba sin su arma favorita, y sus brazos estaban incluso atados a la espalda con correas, hechas de piel de ciervo. La llegada de banderas para cubrir a los mensajeros de citación había ocurrido tan a menudo últimamente, que cuando Heyward lanzó por primera vez su mirada descuidada sobre este grupo, esperaba ver a otro de los oficiales del enemigo, encargado de una misión similar; pero en el instante en que reconoció la alta persona y los rasgos aún robustos aunque cabizbajos de su amigo, el hombre del bosque, se sobresaltó de sorpresa, y se volvió para descender del bastión al seno de la obra.

Los sonidos de otras voces, sin embargo, captaron su atención, y por un momento le hicieron olvidar su propósito. En el ángulo interior del montículo se encontró con las hermanas, que paseaban por el parapeto, en busca, como él, de aire y alivio del confinamiento. No se habían encontrado desde aquel doloroso momento en que las abandonó en la llanura, solo para asegurar su seguridad. Se había separado de ellas desgastado por la preocupación y agotado por la fatiga; ahora las veía frescas y florecientes, aunque tímidas y ansiosas. Bajo tal incentivo, no causará sorpresa que el joven perdiera de vista por un tiempo otros objetos para dirigirse a ellas. Fue, sin embargo, anticipado por la voz de la ingenua y juvenil Alice.

—¡Ah, tú, tirano! ¡tú, caballero cobarde! ¡el que abandona a sus doncellas en la mismísima liza! —exclamó—; ¡aquí hemos estado días, no, siglos, esperándote a nuestros pies, implorando misericordia y olvido de tu cobarde retroceso, o debería decir más bien, huida, pues en verdad huiste de una manera que ningún ciervo herido, como diría nuestro digno amigo el explorador, podría igualar!

—Sabes que Alice quiere decir nuestras gracias y nuestras bendiciones —añadió la más seria y reflexiva Cora—. En verdad, nos extraña un poco

que te ausentes tan rígidamente de un lugar donde la gratitud de las hijas podría recibir el apoyo de las gracias de un padre.

—Vuestro propio padre podría deciros que, aunque ausente de vuestra presencia, no he estado del todo olvidadizo de vuestra seguridad —respondió el joven—; el dominio de aquella aldea de cabañas —señalando el campamento atrincherado vecino—, ha sido duramente disputado; y quien lo posee, seguro que poseerá este fuerte, y lo que contiene. Mis días y mis noches los he pasado todos allí desde que nos separamos, porque pensé que el deber me llamaba allá. Pero —añadió, con un aire de disgusto, que intentó, aunque sin éxito, ocultar—, si hubiera sido consciente de que lo que entonces creía una conducta de soldado podría ser interpretado así, la vergüenza se habría añadido a la lista de razones.

—¡Heyward! ¡Duncan! —exclamó Alice, inclinándose hacia adelante para leer su semblante medio apartado, hasta que un mechón de su cabello dorado descansó sobre su sonrojada mejilla, y casi ocultó la lágrima que había asomado a su ojo—; si pensara que esta lengua ociosa mía te ha dolido, la silenciaría para siempre. Cora puede decir, si Cora quisiera, cuán justamente hemos apreciado tus servicios, y cuán profunda —casi diría, cuán ferviente— es nuestra gratitud.

—¿Y atestiguará Cora la verdad de esto? —exclamó Duncan, permitiendo que la nube fuera ahuyentada de su semblante por una sonrisa de abierto placer—. ¿Qué dice nuestra hermana más seria? ¿Encontrará una excusa para la negligencia del caballero en el deber de un soldado?

Cora no dio una respuesta inmediata, sino que volvió el rostro hacia el agua, como si mirara la lámina del Horican. Cuando sí inclinó sus oscuros ojos sobre el joven, todavía estaban llenos de una expresión de angustia que de inmediato ahuyentó todo pensamiento que no fuera el de una amable solicitud de su mente.

—¡No estáis bien, queridísima señorita Munro! —exclamó—; ¡hemos estado bromeando mientras sufrís!

—No es nada —respondió ella, rechazando su apoyo con reserva femenina—. Que no pueda ver el lado soleado del cuadro de la vida, como esta entusiasta ingenua pero ardiente —añadió, posando su mano ligera pero afectuosamente en el brazo de su hermana—, es la penalidad de la experiencia,

y, quizás, la desgracia de mi naturaleza. Ved —continuó, como si estuviera decidida a sacudirse la flaqueza, en un sentido del deber— ; mirad a vuestro alrededor, Mayor Heyward, y decidme qué perspectiva es esta para la hija de un soldado cuya mayor felicidad es su honor y su renombre militar.

—Ni lo uno ni lo otro debe ni será manchado por circunstancias sobre las que no ha tenido control —respondió Duncan calurosamente—. Pero vuestras palabras me recuerdan mi propio deber. Voy ahora a vuestro valiente padre, a oír su determinación en asuntos de último momento para la defensa. Que Dios os bendiga en toda fortuna, noble... Cora... puedo y debo llamaros. —Ella le dio francamente la mano, aunque su labio temblaba, y sus mejillas gradualmente se volvieron de una palidez cenicienta—. En toda fortuna, sé que seréis un ornamento y un honor para vuestro sexo. Alice, adiós —su voz cambió de la admiración a la ternura—, adiós, Alice; pronto nos volveremos a encontrar; ¡como conquistadores, confío, y en medio de regocijos!

Sin esperar respuesta de ninguna, el joven se lanzó por los escalones cubiertos de hierba del bastión y, moviéndose rápidamente a través de la plaza de armas, se encontró rápidamente en presencia de su padre. Munro paseaba por su estrecho aposento con aire turbado y pasos gigantescos cuando Duncan entró.

—Habéis anticipado mis deseos, Mayor Heyward —dijo—; estaba a punto de solicitar este favor.

—¡Lamento ver, señor, que el mensajero que tan calurosamente recomendé ha regresado bajo la custodia de los franceses! ¿Espero que no haya razón para desconfiar de su fidelidad?

—La fidelidad de "El Rifle Largo" me es bien conocida —respondió Munro—, y está por encima de toda sospecha; aunque su habitual buena fortuna parece, al fin, haberle fallado. Montcalm lo tiene, y con la maldita cortesía de su nación, me lo ha enviado con un cuento lastimero, de que "sabiendo cuánto valoraba yo al individuo, no podía pensar en retenerlo". ¡Una manera jesuítica esa, Mayor Duncan Heyward, de contarle a un hombre sus desgracias!

—¿Pero el general y su socorro?

—¿Mirasteis al sur al entrar, y no pudisteis verlos? —dijo el viejo soldado, riendo amargamente—. ¡Bah! ¡bah! ¡sois un muchacho impaciente, señor, y no podéis dar a los caballeros tiempo para su marcha!

—¿Vienen, entonces? ¿El explorador ha dicho tanto?

—¿Cuándo? ¿y por qué camino? pues el zopenco ha omitido decírmelo. Hay una carta, al parecer, también; y esa es la única parte agradable del asunto. Pues las atenciones acostumbradas de vuestro Marqués de Montcalm —os garantizo, Duncan, que el de Lothian compraría una docena de tales marquesados—, pero si las noticias de la carta fueran malas, la gentileza de este monsieur francés ciertamente lo obligaría a hacérselo saber.

—¿Guarda la carta, entonces, mientras libera al mensajero?

—Ay, eso hace, y todo por el bien de lo que llamáis vuestra "bonhomie". Me atrevería a decir, si se supiera la verdad, que el abuelo de ese individuo enseñaba la noble ciencia de la danza.

—¿Pero qué dice el explorador? tiene ojos y oídos, y una lengua. ¿Qué informe verbal hace?

—¡Oh! señor, no le faltan órganos naturales, y es libre de contar todo lo que ha visto y oído. El monto total es este; hay un fuerte de su majestad a orillas del Hudson, llamado Edward, en honor a su graciosa alteza de York, sabréis; y está bien lleno de hombres armados, como debe ser tal obra.

—¿Pero no hubo ningún movimiento, ninguna señal de intención de avanzar en nuestro socorro?

—Hubo los desfiles de la mañana y de la tarde; y cuando uno de los zopencos provinciales —sabréis, Duncan, que sois medio escocés vos mismo—, cuando uno de ellos dejó caer su pólvora sobre su gacha, ¡si tocaba las brasas, simplemente ardía! —Luego, cambiando de repente su manera amarga e irónica, a una más grave y pensativa, continuó—: ¡y sin embargo podría, y debe haber, algo en esa carta que sería bueno saber!

—Nuestra decisión debe ser rápida —dijo Duncan, aprovechando gustosamente este cambio de humor, para presionar los objetos más importantes de su entrevista—; no puedo ocultaros, señor, que el campamento no será sostenible por mucho más tiempo; y lamento añadir que las cosas no parecen mejores en el fuerte; más de la mitad de los cañones han estallado.

—¿Y cómo podría ser de otra manera? Algunos fueron pescados del fondo del lago; algunos han estado oxidándose en los bosques desde el descubrimiento del país; ¡y algunos nunca fueron cañones en absoluto, meros juguetes de corsarios! ¿Creéis, señor, que podéis tener el Arsenal de Woolwich en medio de una naturaleza salvaje, a tres mil millas de Gran Bretaña?

—Los muros se desmoronan sobre nuestras orejas, y las provisiones comienzan a escasear —continuó Heyward, sin hacer caso del nuevo estallido de indignación—; incluso los hombres muestran signos de descontento y alarma.

—Mayor Heyward —dijo Munro, volviéndose hacia su joven asociado con la dignidad de sus años y rango superior—; habría servido a su majestad durante medio siglo, y ganado estas canas en vano, si ignorara todo lo que decís, y la naturaleza apremiante de nuestras circunstancias; aun así, todo se debe al honor de las armas del rey, y algo a nosotros mismos. Mientras haya esperanza de socorro, defenderé esta fortaleza, aunque sea con guijarros recogidos en la orilla del lago. Es la vista de la carta, por lo tanto, lo que queremos, para que podamos conocer las intenciones del hombre que el conde de Loudon ha dejado entre nosotros como su sustituto.

—¿Y puedo ser de servicio en el asunto?

—Señor, podéis; el marqués de Montcalm, además de sus otras cortesías, me ha invitado a una entrevista personal entre las obras y su propio campamento; para, según dice, impartir alguna información adicional. Ahora, creo que no sería sabio mostrar ninguna solicitud indebida para encontrarlo, y os emplearía a vos, un oficial de rango, como mi sustituto; pues mal correspondería con el honor de Escocia dejar que se diga que uno de sus caballeros fue superado en cortesía por un nativo de cualquier otro país de la tierra.

Sin asumir la tarea supererogatoria de entrar en una discusión sobre los méritos comparativos de la cortesía nacional, Duncan asintió alegremente a suplir el lugar del veterano en la próxima entrevista. Siguió ahora una larga y confidencial comunicación, durante la cual el joven recibió alguna visión adicional de su deber, gracias a la experiencia y la agudeza nativa de su comandante, y luego el primero se despidió.

Como Duncan solo podía actuar como representante del comandante del fuerte, las ceremonias que deberían haber acompañado a una reunión entre los jefes de las fuerzas adversarias fueron, por supuesto, dispensadas. La tregua aún existía, y con un redoble y un toque de tambor, y cubierto por una pequeña bandera blanca, Duncan abandonó la poterna, diez minutos después de que terminaran sus instrucciones. Fue recibido por el oficial francés de avanzada con las formalidades habituales, e inmediatamente acompañado a una lejana tienda de campaña del renombrado soldado que dirigía las fuerzas de Francia.

El general del enemigo recibió al joven mensajero, rodeado de sus principales oficiales, y de una banda morena de los jefes nativos, que lo habían seguido al campo, con los guerreros de sus diversas tribus. Heyward se detuvo en seco cuando, al pasar rápidamente la vista por el oscuro grupo de estos últimos, vio el semblante maligno de Magua, contemplándolo con la atención tranquila pero hosca que marcaba la expresión de aquel sutil salvaje. Una ligera exclamación de sorpresa incluso brotó de los labios del joven, pero al instante, recordando su misión y la presencia en la que se encontraba, suprimió toda apariencia de emoción y se volvió hacia el líder hostil, que ya había avanzado un paso para recibirlo.

El marqués de Montcalm se encontraba, en la época de la que escribimos, en la flor de su edad y, cabe añadir, en el cénit de su fortuna. Pero incluso en esa envidiable situación, era afable, y se distinguía tanto por su atención a las formas de la cortesía, como por aquel valor caballeresco que, solo dos cortos años después, lo indujo a entregar su vida en las llanuras de Abraham. Duncan, al apartar sus ojos de la expresión maligna de Magua, los dejó descansar con placer en los rasgos sonrientes y pulidos, y el noble aire militar, del general francés.

—Monsieur —dijo este último—, j'ai beaucoup de plaisir à—bah!—où est cet interprète?

—Je crois, monsieur, qu'il ne sera pas nécessaire —respondió modestamente Heyward—; je parle un peu Français.

—Ah! j'en suis bien aise —dijo Montcalm, tomando a Duncan familiarmente del brazo y llevándolo al fondo de la tienda, un poco fuera del alcance del oído—; je déteste ces fripons-là; on ne sait jamais sur quel pied on est avec eux. Eh, bien! monsieur —continuó, todavía hablando en

francés —; aunque me habría sentido orgulloso de recibir a vuestro comandante, estoy muy contento de que haya considerado oportuno emplear a un oficial tan distinguido, y que, estoy seguro, es tan amable como vos.

Duncan se inclinó profundamente, complacido con el cumplido, a pesar de una muy heroica determinación de no permitir que ningún artificio lo atrajera al olvido del interés de su príncipe; y Montcalm, después de una pausa de un momento, como para ordenar sus pensamientos, procedió:

— Vuestro comandante es un hombre valiente, y bien cualificado para repeler mi asalto. Mais, monsieur, ¿no es hora de empezar a tomar más consejo de la humanidad, y menos de vuestro coraje? La una caracteriza tan fuertemente al héroe como la otra.

— Consideramos las cualidades inseparables —respondió Duncan, sonriendo—; pero mientras encontramos en el vigor de vuestra excelencia todo motivo para estimular la una, todavía no podemos ver ninguna llamada particular para el ejercicio de la otra.

Montcalm, a su vez, se inclinó ligeramente, pero fue con el aire de un hombre demasiado experimentado para recordar el lenguaje de la adulación. Después de meditar un momento, añadió:

— Es posible que mis anteojos me hayan engañado, y que vuestras obras resistan nuestros cañones mejor de lo que había supuesto. ¿Conocéis nuestra fuerza?

— Nuestros informes varían —dijo Duncan, descuidadamente—; el más alto, sin embargo, no ha excedido los veinte mil hombres.

El francés se mordió el labio y fijó sus ojos agudamente en el otro como para leer sus pensamientos; luego, con una presteza peculiar de sí mismo, continuó, como si asintiera a la verdad de una enumeración que duplicaba con creces su ejército:

— Es un pobre cumplido a la vigilancia de nosotros los soldados, monsieur, que, hagamos lo que hagamos, nunca podamos ocultar nuestros números. Si se pudiera hacer, uno creería que podría tener éxito en estos bosques. Aunque pensáis que es demasiado pronto para escuchar las llamadas de la humanidad —añadió, sonriendo con picardía—, se me puede permitir creer que la galantería no es olvidada por alguien tan joven como

vos. Las hijas del comandante, según sé, ¿han pasado al fuerte desde que fue sitiado?

—Es cierto, monsieur; pero, lejos de debilitar nuestros esfuerzos, nos dan un ejemplo de valor con su propia fortaleza. Si solo la resolución fuera necesaria para repeler a un soldado tan consumado como M. de Montcalm, con gusto confiaría la defensa de William Henry a la mayor de esas damas.

—Tenemos una sabia ordenanza en nuestras leyes sálicas, que dice: "La corona de Francia nunca degradará la lanza a la rueca" —dijo Montcalm, secamente, y con un poco de altivez; pero añadiendo al instante, con su anterior aire franco y desenfadado—: como todas las cualidades más nobles son hereditarias, puedo creerlos fácilmente; aunque, como dije antes, el valor tiene sus límites, y la humanidad no debe ser olvidada. Confío, monsieur, ¿en que venís autorizado para tratar la rendición del lugar?

—¿Ha encontrado vuestra excelencia nuestra defensa tan débil como para creer necesaria la medida?

—Lamentaría que la defensa se prolongara de tal manera que irritara a mis amigos rojos de allí —continuó Montcalm, dirigiendo la mirada al grupo de indios serios y atentos, sin atender a las preguntas del otro—; me resulta difícil, incluso ahora, limitarlos a los usos de la guerra.

Heyward guardó silencio; pues un doloroso recuerdo de los peligros de los que tan recientemente había escapado le vino a la mente, y le recordó las imágenes de aquellos seres indefensos que habían compartido todos sus sufrimientos.

—Ces messieurs-là —dijo Montcalm, aprovechando la ventaja que concebía haber ganado—, son más formidables cuando se les frustra; y es innecesario deciros con qué dificultad se les contiene en su ira. Eh bien, monsieur! ¿hablamos de los términos?

—¡Temo que vuestra excelencia ha sido engañada en cuanto a la fuerza de William Henry, y los recursos de su guarnición!

—No me he sentado ante Quebec, sino ante una obra de tierra, que es defendida por veintitrés cientos de hombres valientes —fue la lacónica respuesta.

—Nuestros montículos son de tierra, ciertamente, y no están asentados en las rocas del Cabo Diamante; pero se alzan en esa orilla que resultó tan destructiva para Dieskau y su ejército. Hay también una poderosa fuerza a pocas horas de marcha de nosotros, con la que contamos como parte de nuestros medios.

—Unos seis u ocho mil hombres —respondió Montcalm, con mucha aparente indiferencia—, a quienes su líder juzga sabiamente más seguros en sus obras que en el campo.

Ahora fue el turno de Heyward de morderse el labio con vejación, mientras el otro aludía tan fríamente a una fuerza que el joven sabía sobreestimada. Ambos meditaron un poco en silencio, y Montcalm reanudó la conversación, de una manera que demostraba que creía que la visita de su invitado era únicamente para proponer términos de capitulación. Por otro lado, Heyward comenzó a lanzar diversos incentivos en el camino del general francés, para que traicionara los descubrimientos que había hecho a través de la carta interceptada. El artificio de ninguno, sin embargo, tuvo éxito; y después de una entrevista prolongada e infructuosa, Duncan se despidió, favorablemente impresionado con una opinión de la cortesía y los talentos del capitán enemigo, pero tan ignorante de lo que vino a aprender como cuando llegó. Montcalm lo siguió hasta la entrada de la tienda, renovando sus invitaciones al comandante del fuerte para que le concediera una reunión inmediata en campo abierto entre los dos ejércitos.

Allí se separaron, y Duncan regresó al puesto avanzado de los franceses, acompañado como antes; desde donde procedió instantáneamente al fuerte, y a los aposentos de su propio comandante.

CAPÍTULO XVI

EDG.—Antes de que libres la batalla, abre esta carta.

—Lear

El Mayor Heyward encontró a Munro acompañado solo por sus hijas. Alice estaba sentada en su rodilla, apartando los cabellos grises de la frente del anciano con sus delicados dedos; y cada vez que él fingía fruncir el ceño por sus nimiedades, ella aplacaba su fingida ira presionando sus labios de rubí con cariño en su arrugada frente. Cora estaba sentada cerca de ellos, una espectadora tranquila y divertida; contemplando los movimientos caprichosos de su hermana más joven con esa especie de cariño maternal que caracterizaba su amor por Alice. No solo los peligros por los que habían pasado, sino también los que aún pendían sobre ellos, parecían momentáneamente olvidados, en la relajante indulgencia de tal reunión familiar. Parecía como si hubieran aprovechado la corta tregua para dedicar un instante al más puro y mejor de los afectos; las hijas olvidando sus miedos, y el veterano sus preocupaciones, en la seguridad del momento. De esta escena, Duncan, quien, en su afán por informar de su llegada, había entrado sin anunciarse, permaneció muchos momentos como un espectador inadvertido y encantado. Pero los ojos rápidos y danzarines de Alice pronto captaron un atisbo de su figura reflejada en un espejo, y saltó sonrojada de la rodilla de su padre, exclamando en voz alta:

—¡Mayor Heyward!

—¿Qué pasa con el muchacho? —demandó su padre—; lo he enviado a charlar un poco con el francés. ¡Ja, señor, sois joven y ágil! ¡Fuera de aquí, descarada; como si no hubiera suficientes problemas para un soldado, sin tener su campamento lleno de mozas parlanchinas como vos!

Alice, riendo, siguió a su hermana, quien instantáneamente abrió el camino fuera de un aposento donde percibió que su presencia ya no era de-

seable. Munro, en lugar de exigir el resultado de la misión del joven, paseó por la habitación durante unos momentos, con las manos a la espalda y la cabeza inclinada hacia el suelo, como un hombre perdido en sus pensamientos. Finalmente, levantó los ojos, brillantes de cariño paternal, y exclamó:

— Son un par de excelentes muchachas, Heyward, y tales que cualquiera puede presumir de ellas.

— No es ahora cuando vais a conocer mi opinión sobre vuestras hijas, Coronel Munro.

— Cierto, muchacho, cierto — interrumpió el impaciente anciano —; estabais a punto de abrir vuestra mente más plenamente sobre ese asunto el día que llegasteis, pero no pensé que fuera propio de un viejo soldado hablar de bendiciones nupciales y bromas de boda cuando los enemigos de su rey probablemente serían invitados no deseados en el festín. Pero me equivoqué, Duncan, muchacho, me equivoqué ahí; y ahora estoy listo para oír lo que tenéis que decir.

— A pesar del placer que vuestra seguridad me da, querido señor, tengo justo ahora, un mensaje de Montcalm...

— ¡Al diablo con el francés y toda su hueste, señor! — exclamó el precipitado veterano —. ¡Todavía no es dueño de William Henry, ni lo será jamás, siempre que Webb demuestre ser el hombre que debería! No, señor, gracias al Cielo no estamos todavía en un aprieto tal que se pueda decir que Munro está demasiado presionado para cumplir con los pequeños deberes domésticos de su propia familia. Vuestra madre era la única hija de mi amigo del alma, Duncan; y os daré audiencia, aunque todos los caballeros de San Luis estuvieran en masa en la poterna, con el santo francés a la cabeza, pidiendo hablar una palabra bajo favor. ¡Bonito grado de caballería, señor, es ese que se puede comprar con barriles de azúcar! y luego vuestros marquesados de a dos peniques. El cardo es la orden de dignidad y antigüedad; el verdadero ‘nemo me impune lacessit’ de la caballería. Tuvisteis antepasados de ese grado, Duncan, y fueron un ornamento para los nobles de Escocia.

Heyward, que percibía que su superior se complacía maliciosamente en exhibir su desprecio por el mensaje del general francés, se vio obligado a tolerar un mal humor que sabía que sería de corta duración; por lo tanto, respondió con tanta indiferencia como pudo asumir en tal asunto:

— Mi petición, como sabéis, señor, llegó hasta el punto de presumir del honor de ser vuestro hijo.

— Ay, muchacho, encontrasteis palabras para haceros comprender muy claramente. Pero, permitidme preguntaros, señor, ¿habéis sido tan inteligente para la muchacha?

— ¡Por mi honor, no! —exclamó Duncan, calurosamente—; habría sido un abuso de una confianza confiada, si hubiera aprovechado mi situación para tal propósito.

— Vuestras nociones son las de un caballero, Mayor Heyward, y bastante adecuadas en su lugar. Pero Cora Munro es una doncella demasiado discreta, y de una mente demasiado elevada y cultivada, para necesitar la tutela ni siquiera de un padre.

— ¡Cora!

— ¡Ay, Cora! estamos hablando de vuestras pretensiones a la señorita Munro, ¿no es así, señor?

— Yo... yo... yo no era consciente de haber mencionado su nombre —dijo Duncan, tartamudeando.

— ¿Y para casaros con quién, entonces, deseabais mi consentimiento, Mayor Heyward? —demandó el viejo soldado, irguiéndose en la dignidad del sentimiento ofendido.

— Tenéis otra, y no menos encantadora hija.

— ¡Alice! —exclamó el padre, con un asombro igual al que Duncan acababa de repetir el nombre de su hermana.

— Tal era la dirección de mis deseos, señor.

El joven esperó en silencio el resultado del extraordinario efecto producido por una comunicación que, como ahora parecía, era tan inesperada. Durante varios minutos, Munro paseó por la cámara con pasos largos y rápidos, sus rígidos rasgos trabajando convulsivamente, y cada facultad aparentemente absorta en las cavilaciones de su propia mente. Al fin, se detuvo directamente frente a Heyward, y clavando sus ojos en los del otro, dijo, con un labio que temblaba violentamente:

—Duncan Heyward, os he amado por el bien de aquel cuya sangre corre por vuestras venas; os he amado por vuestras propias buenas cualidades; y os he amado, porque pensé que contribuiríais a la felicidad de mi hija. Pero todo este amor se convertiría en odio, si me asegurara de que lo que tanto temo es cierto.

—¡Dios no quiera que ningún acto o pensamiento mío conduzca a tal cambio! —exclamó el joven, cuyo ojo nunca vaciló bajo la penetrante mirada que encontró. Sin aludir a la imposibilidad de que el otro comprendiera aquellos sentimientos que estaban ocultos en su propio pecho, Munro se dejó aplacar por el semblante inalterado que encontró, y con una voz sensiblemente suavizada, continuó:

—Queréis ser mi hijo, Duncan, y sois ignorante de la historia del hombre a quien deseáis llamar vuestro padre. Sentaos, joven, y os abriré las heridas de un corazón marchito, en tan pocas palabras como sea adecuado.

Para entonces, el mensaje de Montcalm estaba tan olvidado por quien lo llevaba como por el hombre a cuyos oídos estaba destinado. Cada uno tomó una silla, y mientras el veterano comulgaba unos momentos con sus propios pensamientos, aparentemente con tristeza, el joven suprimió su impaciencia con una mirada y una actitud de respetuosa atención. Finalmente, el primero habló:

—Ya sabréis, Mayor Heyward, que mi familia era a la vez antigua y honorable —comenzó el escocés—; aunque podría no estar del todo dotada con esa cantidad de riqueza que debería corresponder a su grado. Yo era, quizás, alguien como vos cuando prometí mi fe a Alice Graham, la única hija de un laird vecino de cierta hacienda. Pero la conexión era desagradable para su padre, por más razones que mi pobreza. Hice, por lo tanto, lo que un hombre honesto debería hacer: devolví a la doncella su promesa, y partí del país al servicio de mi rey. Había visto muchas regiones, y había derramado mucha sangre en diferentes tierras, antes de que el deber me llamara a las islas de las Indias Occidentales. Allí fue mi suerte formar una conexión con una que con el tiempo se convirtió en mi esposa, y la madre de Cora. Era hija de un caballero de aquellas islas, de una dama cuya desgracia fue, si queréis —dijo el anciano, con orgullo—, descender, remotamente, de esa clase desafortunada que tan vilmente es esclavizada para satisfacer las necesidades de un pueblo lujoso. ¡Ay, señor, esa es una maldición, legada a

Escocia por su antinatural unión con un pueblo extranjero y comerciante! ¡Pero si encontrara a un hombre entre ellos que se atreviera a reflexionar sobre mi hija, sentiría el peso de la ira de un padre! ¡Ja! Mayor Heyward, vos mismo habéis nacido en el sur, donde estos seres desafortunados son considerados de una raza inferior a la vuestra.

—Es muy desafortunadamente cierto, señor —dijo Duncan, incapaz por más tiempo de evitar que sus ojos se hundieran en el suelo con embarazo.

—¡Y lo arrojáis sobre mi hija como un reproche! ¿Desdeñáis mezclar la sangre de los Heyward con una tan degradada, por encantadora y virtuosa que sea? —demandó ferozmente el celoso padre.

—¡El Cielo me proteja de un prejuicio tan indigno de mi razón! —respondió Duncan, al mismo tiempo consciente de tal sentimiento, y tan profundamente arraigado como si hubiera sido injertado en su naturaleza—. La dulzura, la belleza, la hechicería de vuestra hija menor, Coronel Munro, podrían explicar mis motivos sin imputarme esta injusticia.

—Tenéis razón, señor —respondió el anciano, cambiando de nuevo sus tonos a los de la gentileza, o más bien suavidad—; la muchacha es la imagen de lo que su madre fue a sus años, y antes de que conociera el dolor. Cuando la muerte me privó de mi esposa, regresé a Escocia, enriquecido por el matrimonio; ¡y, lo creeríais, Duncan! ¡el ángel sufriente había permanecido en el desalmado estado de celibato veinte largos años, y eso por el bien de un hombre que podía olvidarla! Hizo más, señor; pasó por alto mi falta de fe y, eliminadas ahora todas las dificultades, me tomó por su esposo.

—¿Y se convirtió en la madre de Alice? —exclamó Duncan, con un afán que podría haber resultado peligroso en un momento en que los pensamientos de Munro estaban menos ocupados que en el presente.

—Lo hizo, en efecto —dijo el anciano—, y caro pagó por la bendición que otorgó. Pero es una santa en el cielo, señor; y mal conviene a uno cuyo pie descansa sobre la tumba lamentar un destino tan bendito. La tuve solo un año, sin embargo; un corto plazo de felicidad para quien había visto su juventud desvanecerse en una desesperanza anhelante.

Había algo tan imponente en la angustia del anciano, que Heyward no se atrevió a aventurar una sílaba de consuelo. Munro se sentó totalmente in-

consciente de la presencia del otro, sus rasgos expuestos y trabajando con la angustia de sus remordimientos, mientras pesadas lágrimas caían de sus ojos y rodaban sin ser atendidas desde sus mejillas hasta el suelo. Al fin, se movió, y como si de repente recuperara el recuerdo; se levantó y, dando una sola vuelta por la habitación, se acercó a su compañero con un aire de grandeza militar, y demandó:

—¿No tenéis, Mayor Heyward, alguna comunicación que deba oír del marqués de Montcalm?

Duncan se sobresaltó a su vez, e inmediatamente comenzó con voz embarazada, el mensaje medio olvidado. Es innecesario detenerse en la manera evasiva aunque cortés con que el general francés había eludido todo intento de Heyward de sonsacarle el propósito de la comunicación que había propuesto hacer, o en el mensaje decidido, aunque todavía pulido, por el cual ahora daba a entender a su enemigo que, a menos que eligiera recibirlo en persona, no lo recibiría en absoluto. Mientras Munro escuchaba el detalle de Duncan, los sentimientos excitados del padre cedieron gradualmente ante las obligaciones de su cargo, y cuando el otro terminó, vio ante él nada más que al veterano, hinchado por los sentimientos heridos de un soldado.

—Habéis dicho bastante, Mayor Heyward —exclamó el enojado anciano—; bastante para hacer un volumen de comentarios sobre la cortesía francesa. Aquí este caballero me ha invitado a una conferencia, y cuando le envió un sustituto capaz, pues sois todo eso, Duncan, aunque vuestros años son pocos, me responde con un acertijo.

—Pudo haber pensado menos favorablemente del sustituto, mi querido señor; y recordaréis que la invitación, que ahora repite, era para el comandante de las obras, y no para su segundo.

—Bueno, señor, ¿no está un sustituto revestido de todo el poder y la dignidad de quien otorga la comisión? ¿Desea conferenciar con Munro! ¡Vaya, señor, tengo mucha inclinación a complacer al hombre, aunque solo sea para que contemple el semblante firme que mantenemos a pesar de sus números y su citación! Podría no haber mala política en tal jugada, joven.

Duncan, que creía de suma importancia que llegaran rápidamente al contenido de la carta que llevaba el explorador, alentó gustosamente esta idea.

—Sin duda, no podría ganar confianza al presenciar nuestra indiferencia —dijo.

—Nunca dijisteis palabra más cierta. Desearía, señor, que visitara las obras a plena luz del día, y en forma de partida de asalto; ese es el método menos falible de probar el semblante de un enemigo, y sería mucho preferible al sistema de bombardeo que ha elegido. ¡La belleza y la virilidad de la guerra han sido muy deformadas, Mayor Heyward, por las artes de vuestro Monsieur Vauban! ¡Nuestros antepasados estaban muy por encima de tal cobardía científica!

—Puede ser muy cierto, señor; pero ahora estamos obligados a repeler el arte con el arte. ¿Cuál es vuestro placer en el asunto de la entrevista?

—Me encontraré con el francés, y eso sin temor ni demora; prontamente, señor, como corresponde a un siervo de mi real señor. Id, Mayor Heyward, y dadles un floreo de la música; y enviad un mensajero para que sepan quién viene. Seguiremos con una pequeña guardia, pues tal respeto se debe a quien tiene el honor de su rey a su cargo; y escuchad, Duncan —añadió, en un medio susurro, aunque estaban solos—, puede ser prudente tener alguna ayuda a mano, en caso de que haya traición en el fondo de todo esto.

El joven se valió de esta orden para abandonar el aposento; y, como el día llegaba rápidamente a su fin, se apresuró sin demora a hacer los arreglos necesarios. Solo unos pocos minutos fueron necesarios para formar a unas pocas filas, y para despachar a un ordenanza con una bandera para anunciar la aproximación del comandante del fuerte. Cuando Duncan hubo hecho ambas cosas, condujo a la guardia a la poterna, cerca de la cual encontró a su superior listo, esperando su aparición. Tan pronto como se observaron las ceremonias habituales de una partida militar, el veterano y su compañero más joven abandonaron la fortaleza, atendidos por la escolta.

Habían avanzado solo cien yardas desde las obras, cuando la pequeña formación que atendía al general francés en la conferencia fue vista saliendo del camino hondo que formaba el lecho de un arroyo que corría entre las baterías de los sitiadores y el fuerte. Desde el momento en que Munro dejó sus propias obras para aparecer frente a las de su enemigo, su aire había sido grandioso, y su paso y semblante altamente militares. En el instante en que vislumbró la pluma blanca que ondeaba en el sombrero de Montcalm,

sus ojos se iluminaron, y la edad ya no pareció poseer ninguna influencia sobre su vasta y aún musculosa persona.

—Decid a los muchachos que estén atentos, señor —dijo, en voz baja, a Duncan—; y que cuiden bien de sus pedernales y aceros, pues uno nunca está seguro con un siervo de estos Luises; al mismo tiempo, les mostraremos el frente de hombres en profunda seguridad. ¡Me entenderéis, Mayor Heyward!

Fue interrumpido por el clamor de un tambor de los franceses que se acercaban, que fue respondido inmediatamente, cuando cada parte envió un ordenanza por delante, portando una bandera blanca, y el cauto escocés se detuvo con su guardia cerca a su espalda. Tan pronto como este ligero saludo hubo pasado, Montcalm se movió hacia ellos con un paso rápido pero elegante, descubriendo la cabeza ante el veterano, y dejando caer su pluma inmaculada casi hasta la tierra en cortesía. Si el aire de Munro era más imponente y viril, carecía tanto de la soltura como del pulimento insinuante del francés. Ninguno habló durante unos momentos, cada uno contemplando al otro con ojos curiosos e interesados. Luego, como correspondía a su rango superior y a la naturaleza de la entrevista, Montcalm rompió el silencio. Después de pronunciar las habituales palabras de saludo, se volvió hacia Duncan, y continuó, con una sonrisa de reconocimiento, hablando siempre en francés:

—Me alegro, monsieur, de que nos hayáis concedido el placer de vuestra compañía en esta ocasión. No habrá necesidad de emplear un intérprete ordinario; pues, en vuestras manos, siento la misma seguridad que si hablara yo mismo vuestro idioma.

Duncan reconoció el cumplido, y Montcalm, volviéndose hacia su guardia, que a imitación de la de sus enemigos, se apretaba cerca de él, continuó:

—En arriere, mes enfants —il fait chaud— retirez-vous un peu.

Antes de que el Mayor Heyward imitara esta prueba de confianza, echó un vistazo a la llanura y contempló con inquietud los numerosos grupos sombríos de salvajes, que miraban desde el margen de los bosques circundantes, curiosos espectadores de la entrevista.

—Monsieur de Montcalm reconocerá de buen grado la diferencia de nuestra situación —dijo, con cierto embarazo, señalando al mismo tiempo hacia aquellos peligrosos enemigos, que se veían en casi todas las direcciones—. Si despidiéramos a nuestra guardia, quedaríamos aquí a merced de nuestros enemigos.

—Monsieur, tenéis la fe prometida de "un gentilhomme Français", por vuestra seguridad —respondió Montcalm, posando la mano de manera impresionante sobre su corazón—; debería ser suficiente.

—Lo será. Retirada —añadió Duncan al oficial que dirigía la escolta—; retiraos, señor, más allá del alcance del oído, y esperad órdenes.

Munro presenció este movimiento con manifiesta inquietud; y no dejó de exigir una explicación instantánea.

—¿No es de nuestro interés, señor, no delatar ninguna desconfianza? —replicó Duncan—. Monsieur de Montcalm empeña su palabra por nuestra seguridad, y he ordenado a los hombres que se retiren un poco, para demostrar cuánto dependemos de su garantía.

—Puede que todo esté bien, señor, pero no tengo una confianza excesiva en la fe de estos marqueses, o marquis, como se llaman a sí mismos. Sus patentes de nobleza son demasiado comunes para estar seguro de que lleven el sello del verdadero honor.

—Olvidáis, querido señor, que conferenciamos con un oficial, distinguido tanto en Europa como en América por sus hazañas. De un soldado de su reputación no tenemos nada que temer.

El anciano hizo un gesto de resignación, aunque sus rígidos rasgos todavía delataban su obstinada adhesión a una desconfianza, que derivaba de una especie de desprecio hereditario por su enemigo, más que de cualquier señal presente que pudiera justificar un sentimiento tan poco caritativo. Montcalm esperó pacientemente hasta que este pequeño diálogo en media voz terminó, y entonces se acercó más y abrió el tema de su conferencia.

—He solicitado esta entrevista a vuestro superior, monsieur —dijo—, porque creo que se dejará persuadir de que ya ha hecho todo lo necesario por el honor de su príncipe, y ahora escuchará las advertencias de la humanidad. Daré testimonio para siempre de que su resistencia ha sido valiente, y se continuó mientras hubo esperanza.

Cuando esta apertura fue traducida a Munro, respondió con dignidad, pero con suficiente cortesía:

—Por mucho que valore tal testimonio de Monsieur Montcalm, será más valioso cuando sea mejor merecido.

El general francés sonrió, mientras Duncan le daba el sentido de esta respuesta, y observó:

—Lo que ahora se concede tan libremente al valor probado, puede ser negado a la obstinación inútil. ¿Desearía Monsieur ver mi campamento, y presenciar por sí mismo nuestros números, y la imposibilidad de resistirlos con éxito?

—Sé que el rey de Francia está bien servido —respondió el impassible escocés, tan pronto como Duncan terminó su traducción—; pero mi propio real señor tiene tantas y tan fieles tropas.

—Aunque no a mano, afortunadamente para nosotros —dijo Montcalm, sin esperar, en su ardor, al intérprete—. Hay un destino en la guerra, al que un hombre valiente sabe someterse con el mismo coraje con que enfrenta a sus enemigos.

—Si hubiera sido consciente de que Monsieur Montcalm dominaba el inglés, me habría ahorrado el trabajo de una traducción tan torpe —dijo el molesto Duncan, secamente; recordando al instante su reciente juego aparte con Munro.

—Vuestro perdón, monsieur —replicó el francés, dejando que un ligero color apareciera en su oscura mejilla—. Hay una vasta diferencia entre entender y hablar una lengua extranjera; por lo tanto, os ruego que me sigáis ayudando. —Luego, después de una breve pausa, añadió—: Estas colinas nos ofrecen todas las oportunidades para reconocer vuestras obras, messieurs, y posiblemente esté yo tan bien familiarizado con su débil condición como podáis estarlo vosotros mismos.

—Preguntad al general francés si sus anteojos pueden llegar hasta el Hudson —dijo Munro, con orgullo—; y si sabe cuándo y dónde esperar al ejército de Webb.

—Dejad que el General Webb sea su propio intérprete —respondió el político Montcalm, extendiendo de repente una carta abierta hacia Munro

mientras hablaba—; ahí aprenderéis, monsieur, que no es probable que sus movimientos resulten embarazosos para mi ejército.

El veterano agarró el papel ofrecido, sin esperar a que Duncan tradujera el discurso, y con un afán que delataba cuán importante consideraba su contenido. A medida que su ojo pasaba apresuradamente sobre las palabras, su semblante cambió de su aspecto de orgullo militar a uno de profundo disgusto; su labio comenzó a temblar; y dejando caer el papel de su mano, su cabeza se desplomó sobre su pecho, como la de un hombre cuyas esperanzas se habían marchitado de un solo golpe. Duncan recogió la carta del suelo y, sin disculparse por la libertad que se tomaba, leyó de un vistazo su cruel propósito. Su superior común, lejos de animarlos a resistir, aconsejaba una pronta rendición, instando en el lenguaje más claro, como razón, la absoluta imposibilidad de enviarles un solo hombre en su rescate.

—¡Aquí no hay engaño! —exclamó Duncan, examinando el billete por dentro y por fuera—; esta es la firma de Webb, y debe ser la carta capturada.

—¡El hombre me ha traicionado! —exclamó amargamente al fin Munro—; ha traído el deshonor a la puerta de uno donde la desgracia nunca antes había sido conocida, y ha amontonado pesadamente la vergüenza sobre mis canas.

—No digáis eso —exclamó Duncan—; todavía somos dueños del fuerte, y de nuestro honor. Vendamos, pues, nuestras vidas a un precio tal que haga creer a nuestros enemigos que la compra es demasiado cara.

—Muchacho, te lo agradezco —exclamó el anciano, despertando de su estupor—; por una vez, has recordado a Munro su deber. Volveremos, y cavaremos nuestras tumbas detrás de esas murallas.

—Messieurs —dijo Montcalm, avanzando un paso hacia ellos, con generoso interés—, poco conocéis a Louis de St. Veran si creéis que es capaz de aprovechar esta carta para humillar a hombres valientes, o para labrarse una reputación deshonesta. Escuchad mis términos antes de dejarme.

—¿Qué dice el francés? —demandó el veterano, severamente—; ¿hace un mérito de haber capturado a un explorador, con una nota del cuartel general? Señor, ¡mejor haría en levantar este asedio, para ir a sentarse ante Edward si desea asustar a su enemigo con palabras!

Duncan explicó el significado del otro.

—Monsieur de Montcalm, os escucharemos —añadió el veterano, más tranquilamente, cuando Duncan terminó.

—Retener el fuerte es ahora imposible —dijo su liberal enemigo—; es necesario para los intereses de mi señor que sea destruido; pero en cuanto a vosotros y vuestros valientes camaradas, no hay privilegio caro a un soldado que se os niegue.

—¿Nuestros colores? —demandó Heyward.

—Llevadlos a Inglaterra, y mostrárselos a vuestro rey.

—¿Nuestras armas?

—Conservadlas; nadie puede usarlas mejor.

—¿Nuestra marcha; la rendición del lugar?

—Se hará todo de la manera más honorable para vosotros.

Duncan se volvió ahora para explicar estas propuestas a su comandante, quien lo escuchó con asombro, y una sensibilidad que fue profundamente conmovida por una generosidad tan inusual e inesperada.

—Id vos, Duncan —dijo—; id con este marqués, como, en efecto, marqués debería ser; id a su tienda y arregladlo todo. He vivido para ver dos cosas en mi vejez que nunca esperé contemplar. Un inglés temeroso de apoyar a un amigo, y un francés demasiado honesto para aprovecharse de su ventaja.

Diciendo esto, el veterano volvió a bajar la cabeza sobre el pecho, y regresó lentamente hacia el fuerte, exhibiendo, por el abatimiento de su aire, a la ansiosa guarnición, un presagio de malas noticias.

Del golpe de este inesperado revés, los altivos sentimientos de Munro nunca se recuperaron; pero desde ese momento comenzó un cambio en su decidido carácter, que lo acompañó a una pronta tumba. Duncan se quedó para acordar los términos de la capitulación. Se le vio volver a entrar en las obras durante las primeras guardias de la noche, e inmediatamente después de una conferencia privada con el comandante, salir de nuevo. Se anunció entonces abiertamente que las hostilidades debían cesar, habiendo firmado Munro un tratado por el cual el lugar sería cedido al enemigo, con la

mañana; la guarnición conservaría sus armas, los colores y su bagaje, y, en consecuencia, según la opinión militar, su honor.

CAPÍTULO XVII

Tejamos la trama.

El hilo está hilado.

La red está tejida.

La obra está hecha.

—Gray

Los ejércitos hostiles, que yacían en las tierras salvajes del Horican, pasaron la noche del nueve de agosto de 1757, de manera muy similar a como lo habrían hecho si se hubieran encontrado en el más diáfano campo de Europa. Mientras los vencidos permanecían quietos, hoscos y abatidos, los vencedores triunfaban. Pero hay límites tanto para el dolor como para la alegría; y mucho antes de que llegaran las vigilias de la mañana, la quietud de aquellos bosques ilimitados solo era rota por una alegre llamada de algún exultante joven francés de los piquetes avanzados, o un amenazante desafío desde el fuerte, que prohibía severamente la aproximación de cualquier paso hostil antes del momento estipulado. Incluso estos ocasionales sonidos amenazantes dejaron de oírse en esa hora sombría que precede al día, en cuyo período un oyente habría buscado en vano cualquier evidencia de la presencia de aquellas potencias armadas que entonces dormitaban a orillas del «lago sagrado».

Fue durante estos momentos de profundo silencio que la lona que ocultaba la entrada a una espaciosa tienda de campaña en el campamento francés fue apartada, y un hombre salió de debajo de la cortina al aire libre. Estaba envuelto en una capa que podría haber tenido la intención de protegerlo de las frías humedades de los bosques, pero que servía igualmente bien como manto para ocultar su persona. Se le permitió pasar junto al granadero, que velaba los sueños del comandante francés, sin interrupción, haciendo el

hombre el saludo habitual que denota deferencia militar, mientras el otro pasaba rápidamente a través de la pequeña ciudad de tiendas, en dirección a William Henry. Cada vez que este individuo desconocido se encontraba con uno de los innumerables centinelas que cruzaban su camino, su respuesta era pronta y, al parecer, satisfactoria; pues se le permitía uniformemente proceder sin más interrogatorios.

Con la excepción de tales repetidas pero breves interrupciones, se había movido silenciosamente desde el centro del campamento hasta sus puestos de avanzada más lejanos, cuando se acercó al soldado que mantenía su guardia más cerca de las obras del enemigo. Al aproximarse fue recibido con el desafío habitual:

—¿Qui vive?

—France —fue la respuesta.

—¿Le mot d'ordre?

—La victoire —dijo el otro, acercándose tanto como para ser oído en un fuerte susurro.

—C'est bien —respondió el centinela, echándose el mosquete del hombro a la carga—; ¡vous promenez bien matin, monsieur!

—Il est nécessaire d'être vigilant, mon enfant —observó el otro, dejando caer un pliegue de su capa y mirando al soldado de cerca a la cara mientras lo pasaba, continuando su camino hacia la fortificación británica. El hombre se sobresaltó; sus armas resonaron pesadamente mientras las adelantaba en el más bajo y respetuoso de los saludos; y cuando hubo recuperado de nuevo su arma, se volvió para pasear por su puesto, murmurando entre dientes:

—¡Il faut être vigilant, en vérité! ¡je crois que nous avons là, un caporal qui ne dort jamais!

El oficial prosiguió, sin aparentar oír las palabras que se le escaparon al centinela en su sorpresa; ni se detuvo de nuevo hasta que hubo alcanzado la baja playa, y en una vecindad algo peligrosa para el bastión de agua occidental del fuerte. La luz de una luna oscura era apenas suficiente para hacer los objetos, aunque tenues, perceptibles en sus contornos. Tomó, por lo tanto, la precaución de colocarse contra el tronco de un árbol, donde se apoyó durante muchos minutos, y pareció contemplar los oscuros y silenciosos

montículos de las obras inglesas con profunda atención. Su mirada a las murallas no era la de un espectador curioso u ocioso; sino que sus ojos vagaban de punto en punto, denotando su conocimiento de los usos militares, y delatando que su búsqueda no estaba exenta de desconfianza. Finalmente pareció satisfecho; y habiendo lanzado sus ojos impacientemente hacia la cima de la montaña oriental, como anticipando la llegada de la mañana, estaba a punto de volverse sobre sus pasos, cuando un ligero sonido en el ángulo más cercano del bastión captó su oído, y lo indujo a permanecer.

Justo entonces se vio una figura acercarse al borde de la muralla, donde se detuvo, aparentemente contemplando a su vez las lejanas tiendas del campamento francés. Su cabeza se volvió entonces hacia el este, como si estuviera igualmente ansioso por la aparición de la luz, cuando la figura se apoyó contra el montículo, y pareció contemplar la extensión vidriosa de las aguas, que, como un firmamento submarino, brillaba con sus mil estrellas imitadas. El aire melancólico, la hora, junto con la vasta complexión del hombre que así se apoyaba, meditando, contra las murallas inglesas, no dejaron duda sobre su persona en la mente del observador atento. La delicadeza, no menos que la prudencia, lo instaron ahora a retirarse; y se había movido cautelosamente alrededor del cuerpo del árbol con ese propósito, cuando otro sonido atrajo su atención, y una vez más detuvo sus pasos. Era un movimiento bajo y casi inaudible del agua, y fue sucedido por un crujido de guijarros unos contra otros. En un momento vio una forma oscura levantarse, por así decirlo, del lago, y deslizarse sin más ruido hacia la tierra, a pocos pies del lugar donde él mismo se encontraba. Un rifle se alzó lentamente entre sus ojos y el espejo acuático; pero antes de que pudiera ser descargado, su propia mano estaba sobre la cerradura.

—¡Hugh! —exclamó el salvaje, cuyo traicionero objetivo fue tan singular e inesperadamente interrumpido.

Sin dar ninguna respuesta, el oficial francés posó su mano sobre el hombro del indio, y lo condujo en profundo silencio a una distancia del lugar, donde su subsiguiente diálogo podría haber resultado peligroso, y donde parecía que uno de ellos, al menos, buscaba una víctima. Luego, abriendo su capa, para exponer su uniforme y la cruz de San Luis que pendía de su pecho, Montcalm demandó severamente:

—¿Qué significa esto? ¿No sabe mi hijo que el hacha está enterrada entre los ingleses y su Padre canadiense?

—¿Qué pueden hacer los hurones? —respondió el salvaje, hablando también, aunque imperfectamente, en lengua francesa.

—¡Ni un guerrero tiene una cabellera, y los rostros pálidos hacen las paces!

—¡Ah, Le Renard Subtil! ¡Me parece que esto es un exceso de celo por un amigo que fue tan recientemente un enemigo! ¿Cuántos soles se han puesto desde que Le Renard golpeó el poste de guerra de los ingleses?

—¿Dónde está ese sol? —demandó el hosco salvaje—. Detrás de la colina; y está oscuro y frío. Pero cuando vuelva, será brillante y cálido. Le Subtil es el sol de su tribu. Ha habido nubes, y muchas montañas entre él y su nación; ¡pero ahora brilla y es un cielo despejado!

—Que Le Renard tiene poder con su gente, bien lo sé —dijo Montcalm—; pues ayer cazaba sus cabelleras, y hoy lo escuchan en el fuego del consejo.

—Magua es un gran jefe.

—Que lo demuestre, enseñando a su nación cómo comportarse con nuestros nuevos amigos.

—¿Por qué el jefe de los Canadás trajo a sus jóvenes a los bosques, y disparó sus cañones contra la casa de tierra? —demandó el sutil indio.

—Para someterla. Mi señor es dueño de la tierra, y a vuestro padre se le ordenó expulsar a estos ocupantes ingleses. Han consentido en irse, y ahora ya no los llama enemigos.

—Está bien. Magua tomó el hacha para teñirla de sangre. Ahora está brillante; cuando esté roja, será enterrada.

—Pero Magua se ha comprometido a no manchar los lirios de Francia. Los enemigos del gran rey al otro lado del lago salado son sus enemigos; sus amigos, los amigos de los hurones.

—¡Amigos! —repitió el indio con desdén—. Que su padre le dé una mano a Magua.

Montcalm, que sentía que su influencia sobre las tribus guerreras que había reunido debía mantenerse por concesión más que por poder, accedió a regañadientes a la petición del otro. El salvaje colocó los dedos del comandante francés sobre una profunda cicatriz en su pecho, y luego demandó exultante:

—¿Conoce mi padre eso?

—¿Qué guerrero no lo conoce? Es donde ha cortado una bala de plomo.

—¿Y esto? —continuó el indio, que había vuelto su espalda desnuda al otro, su cuerpo estando sin su habitual manto de calicó.

—¡Esto!... mi hijo ha sido gravemente herido aquí; ¿quién ha hecho esto?

—Magua durmió profundamente en los wigwams ingleses, y los palos han dejado su marca —respondió el salvaje, con una risa hueca, que no ocultaba el fiero temperamento que casi lo ahogaba. Luego, recomponiéndose, con repentina y nativa dignidad, añadió—: Id; enseñad a vuestros jóvenes que es la paz. Le Renard Subtil sabe cómo hablar a un guerrero hurón.

Sin dignarse a proferir más palabras, ni a esperar respuesta alguna, el salvaje se echó el rifle al hueco del brazo, y se movió silenciosamente a través del campamento hacia los bosques donde se sabía que yacía su propia tribu. Cada pocos metros, al avanzar, era desafiado por los centinelas; pero avanzaba hosco, sin hacer caso alguno de la llamada de los soldados, quienes solo le perdonaban la vida porque conocían el aire y el paso, no menos que la obstinada audacia de un indio.

Montcalm se demoró largo y melancólico en la playa donde había sido dejado por su compañero, meditando profundamente sobre el temperamento que su ingobernable aliado acababa de descubrir. Ya su buena fama había sido manchada por una horrible escena, y en circunstancias terriblemente parecidas a aquellas en las que ahora se encontraba. Mientras meditaba, se volvió agudamente consciente de la profunda responsabilidad que asumen quienes desatienden los medios para alcanzar el fin, y de todo el peligro de poner en movimiento una maquinaria que excede el poder humano para controlar. Luego, sacudiéndose una serie de reflexiones que consideraba una debilidad en tal momento de triunfo, retrocedió sobre sus pasos hacia su

tienda, dando la orden al pasar de hacer la señal que debía despertar al ejército de sus sueños.

El primer toque de los tambores franceses fue respondido desde el seno del fuerte, y pronto el valle se llenó con las melodías de la música marcial, elevándose largas, emocionantes y vivaces sobre el acompañamiento de los tambores. Las cornetas de los vencedores sonaron alegres y animadas florituras, hasta que el último rezagado del campamento estuvo en su puesto; pero en el instante en que los pífanos británicos hubieron soplado su aguda señal, enmudecieron. Mientras tanto, el día había amanecido, y cuando la línea del ejército francés estuvo lista para recibir a su general, los rayos de un sol brillante se reflejaban a lo largo de la reluciente formación. Entonces, ese éxito, que ya era tan bien conocido, fue anunciado oficialmente; la banda favorecida que fue seleccionada para guardar las puertas del fuerte fue detallada, y desfiló ante su jefe; se dio la señal de su aproximación, y todas las preparaciones habituales para un cambio de amos fueron ordenadas y ejecutadas directamente bajo los cañones de las obras disputadas.

Una escena muy diferente se presentó dentro de las líneas del ejército anglo-americano. Tan pronto como se dio la señal de advertencia, exhibió todos los signos de una partida apresurada y forzada. Los hoscos soldados se echaron al hombro sus tubos vacíos y ocuparon sus lugares, como hombres cuya sangre había sido calentada por el pasado combate, y que solo deseaban la oportunidad de vengar una indignidad que todavía hería su orgullo, oculta como estaba bajo las observancias de la etiqueta militar.

Mujeres y niños corrían de un lugar a otro, algunos llevando los escasos restos de su equipaje, y otros buscando en las filas aquellos semblantes a los que miraban en busca de protección.

Munro apareció entre sus silenciosas tropas firme pero abatido. Era evidente que el golpe inesperado había calado hondo en su corazón, aunque luchaba por sobrellevar su desgracia con el porte de un hombre.

Duncan se conmovió ante la tranquila e impresionante exhibición de su dolor. Había cumplido con su propio deber, y ahora se acercó al lado del anciano, para saber en qué particular podría servirle.

—Mis hijas —fue la breve pero expresiva respuesta.

—¡Cielos! ¿no se han hecho ya arreglos para su comodidad?

—Hoy solo soy un soldado, Mayor Heyward —dijo el veterano—. Todos los que veis aquí, reclaman por igual ser mis hijos.

Duncan había oído suficiente. Sin perder uno de esos momentos que ahora se habían vuelto tan preciosos, voló hacia los aposentos de Munro, en busca de las hermanas. Las encontró en el umbral del bajo edificio, ya preparadas para partir, y rodeadas por una clamorosa y llorosa asamblea de su propio sexo, que se había reunido alrededor del lugar, con una especie de conciencia instintiva de que era el punto con más probabilidades de ser protegido. Aunque las mejillas de Cora estaban pálidas y su semblante ansioso, no había perdido nada de su firmeza; pero los ojos de Alice estaban inflamados, y delataban cuánto y amargamente había llorado. Ambas, sin embargo, recibieron al joven con manifiesto placer; la primera, como novedad, siendo la primera en hablar.

—El fuerte está perdido —dijo, con una sonrisa melancólica—; aunque nuestro buen nombre, confío, permanece.

—Está más brillante que nunca. Pero, queridísima señorita Munro, es hora de pensar menos en los demás, y de hacer alguna provisión para vosotras. El uso militar, el orgullo, ese orgullo que tanto valoráis, exige que vuestro padre y yo continuemos por un tiempo con las tropas. Entonces, ¿dónde buscar un protector adecuado para vosotras contra la confusión y los azares de tal escena?

—Ninguno es necesario —respondió Cora—; ¿quién se atreverá a herir o insultar a la hija de tal padre, en un momento como este?

—No os dejaría solas —continuó el joven, mirando a su alrededor de manera apresurada—, ni por el mando del mejor regimiento a sueldo del rey. Recordad, nuestra Alice no está dotada de toda vuestra firmeza, y solo Dios sabe el terror que podría soportar.

—Puede que tengáis razón —replicó Cora, sonriendo de nuevo, pero mucho más tristemente que antes—. ¡Escuchad! el azar ya nos ha enviado un amigo cuando más se necesita.

Duncan escuchó, y al instante comprendió su significado. Los sonidos bajos y serios de la música sagrada, tan bien conocida en las provincias orientales, captaron su oído, e instantáneamente lo atrajeron a un aposento en un edificio adyacente, que ya había sido abandonado por sus inquilinos ha-

bituales. Allí encontró a David, derramando sus sentimientos piadosos a través del único medio en el que jamás se permitía. Duncan esperó hasta que, por la cesación del movimiento de la mano, creyó que la melodía había terminado, y entonces, tocándole el hombro, atrajo la atención del otro hacia sí mismo, y en pocas palabras le explicó sus deseos.

— Así sea —respondió el sencillo discípulo del Rey de Israel, cuando el joven hubo terminado—; he encontrado mucho que es hermoso y melodioso en las doncellas, y es apropiado que nosotros, que hemos consorciado en tanto peligro, permanezcamos juntos en paz. Las atenderé, cuando haya completado mi alabanza matutina, a la que ahora nada le falta sino la doxología. ¿Querrás participar, amigo? La métrica es común, y la melodía "Southwell".

Luego, extendiendo el pequeño volumen, y dando de nuevo el tono del aire con considerada atención, David recommenzó y terminó sus melodías, con una fijeza de modales que no era fácil de interrumpir. Heyward se vio obligado a esperar hasta que el verso terminó; y entonces, viendo a David quitarse las gafas y guardar el libro, continuó.

— Será vuestro deber velar por que nadie se atreva a acercarse a las damas con ninguna intención ruda, ni a ofrecer insulto o burla por la desgracia de su valiente padre. En esta tarea seréis secundado por los domésticos de su casa.

— Así sea.

— Es posible que los indios y los rezagados del enemigo se entrometan, en cuyo caso les recordaréis los términos de la capitulación, y amenazaréis con informar de su conducta a Montcalm. Una palabra bastará.

— Si no, aquí tengo lo que lo hará —respondió David, exhibiendo su libro, con un aire en el que la mansedumbre y la confianza se mezclaban singularmente—. Aquí hay palabras que, pronunciadas, o más bien tronadas, con el énfasis adecuado y en tiempo medido, aquietarán el temperamento más rebelde:

— "¿Por qué se amotinan furiosamente las gentes"?

— Basta —dijo Heyward, interrumpiendo el estallido de su invocación musical—; nos entendemos; es hora de que asumamos ahora nuestros respectivos deberes.

Gamut asintió alegremente, y juntos buscaron a las mujeres. Cora recibió a su nuevo y algo extraordinario protector cortésmente, al menos; e incluso los pálidos rasgos de Alice se iluminaron de nuevo con algo de su natural picardía mientras agradecía a Heyward su cuidado. Duncan aprovechó la ocasión para asegurarles que había hecho lo mejor que las circunstancias permitían y, según creía, bastante para la seguridad de sus sentimientos; de peligro no había ninguno. Luego habló alegremente de su intención de reunirse con ellas en el momento en que hubiera conducido la vanguardia unas pocas millas hacia el Hudson, e inmediatamente se despidió.

Para entonces, se había dado la señal de partida, y la cabeza de la columna inglesa estaba en movimiento. Las hermanas se sobresaltaron al sonido, y mirando a su alrededor, vieron los uniformes blancos de los granaderos franceses, que ya habían tomado posesión de las puertas del fuerte. En ese momento, una enorme nube pareció pasar repentinamente sobre sus cabezas, y, mirando hacia arriba, descubrieron que estaban bajo los amplios pliegues del estandarte de Francia.

—Vámonos —dijo Cora—; este ya no es un lugar adecuado para las hijas de un oficial inglés.

Alice se aferró al brazo de su hermana, y juntas abandonaron la plaza de armas, acompañadas por la multitud en movimiento que las rodeaba.

Al pasar las puertas, los oficiales franceses, que se habían enterado de su rango, se inclinaron a menudo y profundamente, absteniéndose, sin embargo, de entrometerse con atenciones que veían, con peculiar tacto, que podrían no ser agradables. Como todos los vehículos y cada bestia de carga estaban ocupados por los enfermos y los heridos, Cora había decidido soportar las fatigas de una marcha a pie, en lugar de interferir con sus comodidades. De hecho, muchos soldados mutilados y débiles se veían obligados a arrastrar sus miembros exhaustos en la retaguardia de las columnas, por falta de los medios necesarios de transporte en aquella naturaleza salvaje. El conjunto, sin embargo, estaba en movimiento; los débiles y heridos, gimiendo y sufriendo; sus camaradas silenciosos y hosclos; y las mujeres y los niños aterrorizados, sin saber de qué.

Cuando la confusa y tímida multitud dejó los montículos protectores del fuerte y salió a la llanura abierta, toda la escena se presentó de repente ante sus ojos. A poca distancia a la derecha, y algo en la retaguardia, el ejército

francés permanecía en armas, habiendo Montcalm reunido a sus partidas, tan pronto como sus guardias tomaron posesión de las obras. Eran observadores atentos pero silenciosos de los procedimientos de los vencidos, sin faltar a ninguno de los honores militares estipulados, y sin ofrecer burla ni insulto, en su éxito, a sus menos afortunados enemigos. Masas vivas de ingleses, por un total de cerca de tres mil, se movían lentamente a través de la llanura, hacia el centro común, y se acercaban gradualmente unos a otros, a medida que convergían hacia el punto de su marcha, una vista cortada a través de los altos árboles, donde el camino hacia el Hudson entraba en el bosque. A lo largo de los amplios bordes de los bosques pendía una oscura nube de salvajes, observando el paso de sus enemigos, y rondando a distancia, como buitres que solo eran mantenidos de abalanzarse sobre su presa por la presencia y la contención de un ejército superior. Unos pocos se habían rezagado entre las columnas conquistadas, donde acechaban con hosco descontento; observadores atentos, aunque, hasta ahora, pasivos, de la multitud en movimiento.

La vanguardia, con Heyward a la cabeza, ya había llegado al desfiladero, y desaparecía lentamente, cuando la atención de Cora fue atraída por una colección de rezagados por los sonidos de la contienda. Un provinciano díscolo estaba pagando el precio de su desobediencia, siendo despojado de aquellos mismos efectos que le habían hecho desertar de su lugar en las filas. El hombre era de complexión poderosa, y demasiado avaro para desprenderse de sus bienes sin luchar. Individuos de ambas partes intervinieron; un lado para prevenir y el otro para ayudar en el robo. Las voces se hicieron fuertes y airadas, y un centenar de salvajes aparecieron, como por arte de magia, donde solo una docena se había visto un minuto antes. Fue entonces cuando Cora vio la figura de Magua deslizándose entre sus compatriotas, y hablando con su elocuencia fatal y astuta. La masa de mujeres y niños se detuvo, y se agruparon como pájaros alarmados y revoloteantes. Pero la codicia del indio pronto fue satisfecha, y los diferentes cuerpos se movieron de nuevo lentamente hacia adelante.

Los salvajes ahora retrocedieron, y parecieron contentos de dejar que sus enemigos avanzaran sin más molestias. Pero, a medida que la multitud femenina se acercaba a ellos, los llamativos colores de un chal atrajeron los ojos de un hurón salvaje e inculto. Se adelantó para apoderarse de él sin la menor vacilación. La mujer, más por terror que por amor al adorno, en-

volvió a su hijo en el codiciado artículo, y apretó a ambos más estrechamente contra su pecho. Cora estaba a punto de hablar, con la intención de aconsejar a la mujer que abandonara la bagatela, cuando el salvaje soltó el chal y arrancó al niño que gritaba de sus brazos. Abandonando todo al ávido agarre de los que la rodeaban, la madre se lanzó, con la distracción en el semblante, a reclamar a su hijo. El indio sonrió sombríamente, y extendió una mano, en señal de disposición a intercambiar, mientras que, con la otra, blandía al bebé sobre su cabeza, sosteniéndolo por los pies como para aumentar el valor del rescate.

— ¡Aquí... aquí... allí... todo... cualquier cosa... todo! —exclamó la mujer sin aliento, arrancándose los artículos más ligeros de vestir de su persona con dedos mal dirigidos y temblorosos —; ¡tómalo todo, pero dame a mi bebé!

El salvaje despreció los harapos sin valor y, percibiendo que el chal ya se había convertido en un premio para otro, su sonrisa burlona pero hosca cambió a un destello de ferocidad, y estrelló la cabeza del infante contra una roca, y arrojó sus restos temblorosos a sus mismos pies. Por un instante, la madre permaneció, como una estatua de la desesperación, mirando salvajemente hacia el objeto indecoroso, que tan recientemente se había acurrucado en su pecho y sonreído en su rostro; y luego alzó los ojos y el semblante hacia el cielo, como si llamara a Dios para que maldijera al perpetrador del infame acto. Se le ahorró el pecado de tal oración, pues, enloquecido por su decepción, y excitado a la vista de la sangre, el hurón clavó misericordiosamente su tomahawk en su propio cerebro. La madre se hundió bajo el golpe, y cayó, agarrando a su hijo, en la muerte, con el mismo amor absorbente que la había hecho apreciarlo en vida.

En ese peligroso momento, Magua se llevó las manos a la boca y lanzó el fatal y espantoso grito de guerra. Los indios dispersos se sobresaltaron al oír el conocido grito, como corceles que saltan a la señal de dejar la meta; y directamente se elevó un alarido tal a lo largo de la llanura, y a través de los arcos del bosque, como rara vez había brotado de labios humanos antes. Quienes lo oyeron escucharon con un horror que helaba el corazón, poco inferior a ese pavor que se puede esperar que acompañe a las ráfagas de la llamada final.

Más de dos mil salvajes delirantes irrumpieron desde el bosque a la señal, y se lanzaron a través de la fatal llanura con instintiva presteza. No nos detendremos en los repugnantes horrores que sucedieron. La muerte estaba en todas partes, y en sus aspectos más terroríficos y asquerosos. La resistencia solo servía para inflamar a los asesinos, que infligían sus furiosos golpes mucho después de que sus víctimas estuvieran más allá del poder de su resentimiento. El flujo de sangre podría compararse con el desbordamiento de un torrente; y a medida que los nativos se acaloraban y enloquecían por la vista, muchos entre ellos incluso se arrodillaban en la tierra, y bebían libre, exultante, infernalmente, de la marea carmesí.

Los cuerpos entrenados de las tropas se lanzaron rápidamente en masas sólidas, tratando de amedrentar a sus asaltantes con la imponente apariencia de un frente militar. El experimento tuvo éxito en cierta medida, aunque demasiados permitieron que sus mosquetes descargados les fueran arrancados de las manos, en la vana esperanza de apaciguar a los salvajes.

En tal escena, nadie tenía tiempo para notar los fugaces momentos. Podrían haber sido diez minutos (pareció una eternidad) que las hermanas habían permanecido clavadas en un solo lugar, horrorizadas y casi indefensas. Cuando se asestó el primer golpe, sus compañeras gritando se habían abalanzado sobre ellas en masa, haciendo imposible la huida; y ahora que el miedo o la muerte habían dispersado a la mayoría, si no a todas, a su alrededor, no veían ninguna avenida abierta, salvo la que conducía a los tomahawks de sus enemigos. Por todos lados surgían alaridos, gemidos, exhortaciones y maldiciones. En este momento, Alice vislumbró la vasta figura de su padre, moviéndose rápidamente a través de la llanura, en dirección al ejército francés. Se dirigía, en verdad, a Montcalm, sin temor a ningún peligro, para reclamar la tardía escolta que había condicionado antes. Cincuenta hachas relucientes y lanzas con púas se ofrecieron sin ser atendidas a su vida, pero los salvajes respetaron su rango y su calma, incluso en su furia. Las peligrosas armas eran apartadas por el brazo todavía nervioso del veterano, o caían por sí mismas, después de amenazar con un acto que parecería que nadie tenía el valor de realizar. Afortunadamente, el vengativo Magua buscaba a su víctima en la misma banda que el veterano acababa de abandonar.

— ¡Padre... padre... estamos aquí! — gritó Alice, mientras él pasaba, a no gran distancia, sin parecer prestarles atención—. ¡ Ven a nosotras, padre, o

morimos!

El grito se repitió, y en términos y tonos que podrían haber derretido un corazón de piedra, pero no fue respondido. Una vez, en efecto, el anciano pareció captar el sonido, pues se detuvo y escuchó; pero Alice había caído sin sentido a tierra, y Cora se había hundido a su lado, velando con incansable ternura sobre su forma sin vida. Munro sacudió la cabeza con decepción, y prosiguió, concentrado en el alto deber de su puesto.

— Señora —dijo Gamut, quien, indefenso e inútil como era, aún no había soñado con abandonar su encargo—, es el jubileo de los demonios, y este no es un lugar adecuado para que los cristianos se detengan. Levantémonos y huyamos.

— Ve —dijo Cora, todavía mirando a su inconsciente hermana—; sálvate. A mí ya no puedes serme de más utilidad.

David comprendió el carácter inflexible de su resolución, por el gesto simple pero expresivo que acompañó sus palabras. Contempló por un momento las formas sombrías que representaban sus ritos infernales por todos lados, y su alta persona se irguió más mientras su pecho se henchía, y cada rasgo se hinchaba y parecía hablar con el poder de los sentimientos por los que era gobernado.

— Si el niño judío pudo domar el gran espíritu de Saúl con el sonido de su arpa, y las palabras del canto sagrado, no estará de más —dijo—, probar la potencia de la música aquí.

Entonces, elevando su voz a su tono más alto, derramó una melodía tan poderosa como para ser oída incluso en medio del estruendo de aquel campo sangriento. Más de un salvaje corrió hacia ellos, pensando en despojar a las indefensas hermanas de sus atavíos, y llevarse sus cabelleras; pero cuando encontraron a esta extraña e impasible figura clavada en su puesto, se detuvieron a escuchar. El asombro pronto se convirtió en admiración, y pasaron a otras víctimas menos valientes, expresando abiertamente su satisfacción por la firmeza con que el guerrero blanco cantaba su canción de muerte. Alentado y engañado por su éxito, David ejerció todos sus poderes para extender lo que creía una influencia tan santa. Los sonidos inusitados captaron los oídos de un salvaje lejano, que voló furioso de grupo en grupo, como quien, desdeñando tocar al vulgo, cazaba alguna víctima más digna

de su renombre. Era Magua, quien lanzó un alarido de placer cuando vio a sus antiguas prisioneras de nuevo a su merced.

— Ven — dijo, posando sus manos sucias en el vestido de Cora —, el wigwam del hurón todavía está abierto. ¿No es mejor que este lugar?

— ¡Aparta! — gritó Cora, velando sus ojos de su repugnante aspecto.

El indio se rió burlonamente, mientras levantaba su mano humeante, y respondió: — ¡Está roja, pero viene de venas blancas!

— ¡Monstruo! hay sangre, océanos de sangre, sobre tu alma; tu espíritu ha movido esta escena.

— ¡Magua es un gran jefe! — respondió el exultante salvaje —, ¿irá la de cabello oscuro a su tribu?

— ¡Nunca! golpea si quieres, y completa tu venganza. — Él vaciló un momento, y luego, agarrando la forma ligera e insensible de Alice en sus brazos, el sutil indio se movió rápidamente a través de la llanura hacia los bosques.

— ¡Detente! — gritó Cora, siguiendo salvajemente sus pasos —; ¡suelta a la niña! ¡desdichado! ¿qué haces?

Pero Magua era sordo a su voz; o, más bien, conocía su poder, y estaba decidido a mantenerlo.

— Detente... señora... detente — llamó Gamut, tras la inconsciente Cora —. El santo encanto comienza a sentirse, y pronto verás aquietarse este horrible tumulto.

Percibiendo que, a su vez, no era atendido, el fiel David siguió a la hermana distraída, alzando de nuevo su voz en canto sagrado, y barriendo el aire a la medida, con su largo brazo, en diligente acompañamiento. De esta manera atravesaron la llanura, a través de los que huían, los heridos y los muertos. El fiero hurón era, en cualquier momento, suficiente para sí mismo y la víctima que llevaba; aunque Cora habría caído más de una vez bajo los golpes de sus salvajes enemigos, de no ser por el extraordinario ser que acechaba a su retaguardia, y que ahora aparecía a los asombrados nativos dotado del espíritu protector de la locura.

Magua, que sabía cómo evitar los peligros más apremiantes, y también cómo eludir la persecución, entró en los bosques a través de un bajo barranco, donde encontró rápidamente a los Narragansetts, que los viajeros habían abandonado poco antes, esperando su aparición, bajo la custodia de un salvaje tan fiero y maligno en su expresión como él mismo. Depositando a Alice en uno de los caballos, hizo una seña a Cora para que montara en el otro.

A pesar del horror que excitaba la presencia de su captor, había un alivio presente en escapar de la sangrienta escena que se desarrollaba en la llanura, al que Cora no podía ser del todo insensible. Tomó su asiento, y extendió los brazos por su hermana, con un aire de súplica y amor que ni siquiera el hurón pudo negar. Colocando a Alice, entonces, en el mismo animal que Cora, agarró la brida, y comenzó su ruta hundiéndose más en el bosque. David, percibiendo que se había quedado solo, completamente ignorado como un sujeto demasiado indigno incluso para destruirlo, echó su larga pierna sobre la silla de la bestia que habían abandonado, e hizo el progreso en la persecución que las dificultades del camino permitían.

Pronto comenzaron a ascender; pero como el movimiento tendía a revivir las facultades durmientes de su hermana, la atención de Cora estaba demasiado dividida entre la más tierna solicitud por ella, y en escuchar los gritos que todavía eran demasiado audibles en la llanura, para notar la dirección en la que viajaban. Cuando, sin embargo, ganaron la superficie aplanada de la cima de la montaña, y se acercaron al precipicio oriental, reconoció el lugar al que una vez antes había sido llevada bajo los auspicios más amistosos del explorador. Aquí Magua les permitió desmontar; y a pesar de su propia cautividad, la curiosidad que parece inseparable del horror, las indujo a contemplar la repugnante vista de abajo.

La cruel obra aún no se había detenido. Por todos lados, los capturados huían ante sus implacables perseguidores, mientras las columnas armadas del rey cristiano permanecían firmes en una apatía que nunca ha sido explicada, y que ha dejado una mancha imborrable en el, por lo demás, limpio escudo de su líder. Ni se detuvo la espada de la muerte hasta que la codicia se apoderó de la venganza. Entonces, en efecto, los alaridos de los heridos y los gritos de sus asesinos se hicieron menos frecuentes, hasta que, finalmente, los gritos de horror se perdieron para su oído, o fueron ahogados en los largos, sonoros y penetrantes gritos de guerra de los triunfantes salvajes.

CAPÍTULO XVIII

Por qué, cualquier cosa;

Un asesino honorable, si queréis;

Pues nada hice con odio, sino todo con honor.

—Otelo

La sangrienta e inhumana escena más bien mencionada incidentalmente que descrita en el capítulo anterior, es conspicua en las páginas de la historia colonial por el merecido título de «La Masacre de William Henry». Ahondó tanto la mancha que un evento previo y muy similar había dejado en la reputación del comandante francés, que no fue borrada por completo por su temprana y gloriosa muerte. Ahora se está oscureciendo por el tiempo; y miles, que saben que Montcalm murió como un héroe en las llanuras de Abraham, todavía tienen que aprender cuánto le faltaba de ese coraje moral sin el cual ningún hombre puede ser verdaderamente grande. Aún podrían escribirse páginas para demostrar, a partir de este ilustre ejemplo, los defectos de la excelencia humana; para mostrar cuán fácil es para los sentimientos generosos, la alta cortesía y el valor caballeresco perder su influencia bajo la helada plaga del egoísmo, y para exhibir al mundo a un hombre que fue grande en todos los atributos menores del carácter, pero que resultó deficiente cuando fue necesario demostrar cuánto el principio es superior a la política. Pero la tarea excedería nuestras prerrogativas; y, como la historia, al igual que el amor, es tan propensa a rodear a sus héroes con una atmósfera de brillo imaginario, es probable que Louis de Saint Veran sea visto por la posteridad solo como el galante defensor de su país, mientras que su cruel apatía a orillas del Oswego y del Horican será olvidada. Lamentando profundamente esta debilidad por parte de una musa hermana, nos retiraremos de inmediato de sus sagrados recintos, dentro de los límites apropiados de nuestra propia humilde vocación.

El tercer día desde la captura del fuerte llegaba a su fin, pero el negocio de la narrativa aún debe detener al lector en las orillas del «lago sagrado». Cuando se vieron por última vez, los alrededores de las obras estaban llenos de violencia y alboroto. Ahora estaban poseídos por la quietud y la muerte. Los conquistadores manchados de sangre habían partido; y su campamento, que tan recientemente había resonado con los alegres regocijos de un ejército victorioso, yacía como una ciudad silenciosa y desierta de cabañas. La fortaleza era una ruina humeante; vigas carbonizadas, fragmentos de artillería explotada y mampostería desgarrada cubrían sus montículos de tierra en confuso desorden.

Un cambio espantoso también había ocurrido en la estación. El sol había escondido su calor detrás de una masa impenetrable de vapor, y cientos de formas humanas, que se habían ennegrecido bajo los feroces calores de agosto, se endurecían en su deformidad ante las ráfagas de un noviembre prematuro. Las brumas rizadas e inmaculadas, que se habían visto navegar sobre las colinas hacia el norte, regresaban ahora en una interminable lámina oscura, que era impulsada por la furia de una tempestad. El espejo atestado del Horican se había ido; y, en su lugar, las aguas verdes y airadas azotaban las orillas, como si arrojaran indignadamente sus impurezas a la playa contaminada. Aún la fuente clara conservaba una porción de su influencia encantada, pero solo reflejaba la sombría penumbra que caía de los cielos inminentes. Aquella atmósfera húmeda y agradable que comúnmente adornaba la vista, velando su dureza y suavizando sus asperezas, había desaparecido; el aire del norte se derramaba sobre el desierto de agua tan áspero y sin mezcla, que nada quedaba por conjeturar al ojo, o por modelar a la fantasía.

El elemento más fiero había segado la verdura de la llanura, que parecía como si estuviera quemada por el rayo consumidor. Pero, aquí y allá, un oscuro mechón verde se alzaba en medio de la desolación; los primeros frutos de un suelo que había sido engordado con sangre humana. Todo el paisaje, que, visto con una luz favorable, y en una temperatura agradable, se había encontrado tan encantador, aparecía ahora como una alegoría pintada de la vida, en la que los objetos estaban dispuestos en sus colores más duros pero más verdaderos, y sin el alivio de ninguna sombra.

Las solitarias y áridas briznas de hierba se alzaban de las ráfagas pasajeras terriblemente perceptibles; las audaces y rocosas montañas eran

demasiado distintas en su aridez, y el ojo incluso buscaba alivio, en vano, intentando penetrar el ilimitable vacío del cielo, que estaba cerrado a su mirada por la oscura lámina de vapor irregular y movedizo.

El viento soplaba desigualmente; a veces barriendo pesadamente a lo largo del suelo, pareciendo susurrar sus quejidos en los fríos oídos de los muertos, luego elevándose en un silbido agudo y lúgubre, entraba en el bosque con una ráfaga que llenaba el aire con las hojas y ramas que esparcía a su paso. En medio de la lluvia antinatural, unos pocos cuervos hambrientos luchaban con el vendaval; pero tan pronto como el verde océano de bosques que se extendía bajo ellos era pasado, se detenían con gusto, al azar, en su horrible banquete.

En resumen, era una escena de salvajismo y desolación; y parecía como si todos los que habían entrado profanamente en ella hubieran sido golpeados, de un solo golpe, por el brazo implacable de la muerte. Pero la prohibición había cesado; y por primera vez desde que los perpetradores de aquellos infames actos que habían ayudado a desfigurar la escena se habían ido, seres humanos vivos se habían atrevido ahora a acercarse al lugar.

Aproximadamente una hora antes de la puesta del sol, en el día ya mencionado, las formas de cinco hombres podían haber sido vistas saliendo de la estrecha vista de árboles, donde el camino hacia el Hudson entraba en el bosque, y avanzando en dirección a las obras en ruinas. Al principio su progreso fue lento y cauteloso, como si entraran con renuencia en medio de los horrores del puesto, o temieran la renovación de sus espantosos incidentes. Una figura ligera precedía al resto del grupo, con la cautela y la actividad de un nativo; ascendiendo cada colina para reconocer, e indicando con gestos, a sus compañeros, la ruta que consideraba más prudente seguir. Ni los de la retaguardia carecían de toda la cautela y previsión conocidas en la guerra forestal. Uno de ellos, también era un indio, se movía un poco en un flanco, y vigilaba el margen de los bosques, con ojos largamente acostumbrados a leer la más mínima señal de peligro. Los tres restantes eran blancos, aunque vestidos con ropajes adaptados, tanto en calidad como en color, a su actual y peligrosa persecución: la de colgarse de las faldas de un ejército en retirada en la naturaleza.

Los efectos producidos por las espantosas vistas que constantemente surgían en su camino hacia la orilla del lago, eran tan diferentes como los

caracteres de los respectivos individuos que componían el grupo. El joven de la vanguardia lanzaba miradas serias pero furtivas a las víctimas mutiladas, mientras cruzaba ligeramente la llanura, temeroso de exhibir sus sentimientos, y sin embargo demasiado inexperto para reprimir por completo su súbita y poderosa influencia. Su asociado rojo, sin embargo, era superior a tal debilidad. Pasaba los grupos de muertos con una firmeza de propósito, y un ojo tan sereno, que nada más que una larga e inveterada práctica podría permitirle mantener. Las sensaciones producidas en las mentes incluso de los hombres blancos eran diferentes, aunque uniformemente dolorosas. Uno, cuyas canas y facciones surcadas, mezclándose con un aire y un paso marcial, delataban, a pesar del disfraz de un vestido de hombre del bosque, a un hombre largamente experimentado en escenas de guerra, no se avergonzaba de gemir en voz alta, cada vez que un espectáculo de horror más que usual aparecía ante su vista. El joven a su codo se estremecía, pero parecía reprimir sus sentimientos en consideración a su compañero. De todos ellos, el rezagado que cerraba la retaguardia parecía ser el único que delataba sus verdaderos pensamientos, sin temor a la observación ni pavor a las consecuencias. Contemplaba la vista más espantosa con ojos y músculos que no sabían vacilar, pero con execraciones tan amargas y profundas como para denotar cuánto denunciaba el crimen de sus enemigos.

El lector percibirá de inmediato, en estos respectivos caracteres, a los mohicanos, y a su amigo blanco, el explorador; junto con Munro y Heyward. Era, en verdad, el padre en busca de sus hijas, atendido por el joven que sentía un interés tan profundo en su felicidad, y aquellos valientes y leales hombres del bosque, que ya habían demostrado su habilidad y fidelidad a través de las difíciles escenas relatadas.

Cuando Uncas, que se movía al frente, hubo llegado al centro de la llanura, lanzó un grito que atrajo a sus compañeros en masa al lugar. El joven guerrero se había detenido sobre un grupo de mujeres que yacían en un montón, una masa confusa de muertos. A pesar del repugnante horror de la exhibición, Munro y Heyward volaron hacia el montón purulento, esforzándose, con un amor que ninguna indecencia podía extinguir, por descubrir si algún vestigio de aquellos a quienes buscaban se veía entre las prendas andrajosas y multicolores. El padre y el amante encontraron alivio instantáneo en la búsqueda; aunque cada uno fue condenado de nuevo a experimentar la miseria de una incertidumbre que era apenas menos insoportable que la más

repugnante verdad. Estaban de pie, silenciosos y pensativos, alrededor del melancólico montón, cuando el explorador se acercó. Contemplando el triste espectáculo con un semblante enojado, el robusto hombre del bosque, por primera vez desde su entrada en la llanura, habló inteligiblemente y en voz alta:

—He estado en muchos campos espantosos, y he seguido un rastro de sangre durante millas fatigosas —dijo—, ¡pero nunca he encontrado la mano del diablo tan clara como se ve aquí! La venganza es un sentimiento indio, y todos los que me conocen saben que no hay cruce en mis venas; pero esto sí diré —aquí, a la faz del cielo, y con el poder del Señor tan manifiesto en esta naturaleza aullante— que si estos franceses se confían de nuevo al alcance de una bala irregular, ¡hay un rifle que jugará su parte mientras el pedernal dispare o la pólvora arda! Dejo el tomahawk y el cuchillo a quienes tienen un don natural para usarlos. ¿Qué dices, Chingachgook —añadió, en delaware—, se jactarán los hurones de esto ante sus mujeres cuando lleguen las nieves profundas?

Un destello de resentimiento cruzó los oscuros rasgos del jefe mohicano; aflojó su cuchillo en su vaina; y luego, apartándose tranquilamente de la vista, su semblante se asentó en un reposo tan profundo como si conociera la instigación de la pasión.

—¡Montcalm! ¡Montcalm! —continuó el explorador profundamente resentido y menos contenido—; dicen que debe llegar un tiempo en que todas las acciones hechas en la carne serán vistas de una sola mirada; y por ojos limpios de enfermedades mortales. ¡Ay del desdichado que nazca para contemplar esta llanura, con el juicio pendiendo sobre su alma! ¡Ja! ¡como que soy un hombre de sangre blanca, allá yace un piel roja, sin el pelo de su cabeza donde la naturaleza lo arraigó! Míralo, Delaware; puede ser uno de tu gente desaparecida; y debería tener un entierro como un guerrero robusto. Lo veo en tus ojos, Sagamore; ¡un hurón pagará por esto, antes de que los vientos de otoño hayan soplado el olor de la sangre!

Chingachgook se acercó a la forma mutilada y, dándole la vuelta, encontró las marcas distintivas de una de esas seis tribus aliadas, o naciones, como se las llamaba, que, mientras luchaban en las filas inglesas, eran tan mortalmente hostiles a su propio pueblo. Despreciando el objeto repugnante con el pie, se apartó de él con la misma indiferencia con la que habría deja-

do una carcasa de bruto. El explorador comprendió la acción, y muy deliberadamente siguió su propio camino, continuando, sin embargo, sus denuncias contra el comandante francés en el mismo tono resentido.

—Nada más que una vasta sabiduría y un poder ilimitado deberían atreverse a barrer a los hombres en multitudes —añadió—; pues solo el uno puede conocer la necesidad del juicio; y ¿qué hay, aparte del otro, que pueda reemplazar a las criaturas del Señor? Considero un pecado matar al segundo ciervo antes de que se coma el primero, a menos que se contemple una marcha al frente, o una emboscada. Es un asunto diferente con unos pocos guerreros en una lucha abierta y ruda, pues es su don morir con el rifle o el tomahawk en la mano; según sus naturalezas puedan ser, blancas o rojas. Uncas, ven por aquí, muchacho, y deja que los cuervos se posen sobre el mingo. Sé, por haberlo visto a menudo, que tienen un anhelo por la carne de un oneida; y es bueno dejar que el pájaro siga el don de su apetito natural.

—¡Hugh! —exclamó el joven mohicano, levantándose sobre las puntas de sus pies, y mirando intensamente al frente, asustando a los cuervos hacia otra presa con el sonido y la acción.

—¿Qué es, muchacho? —susurró el explorador, bajando su alta figura a una actitud agazapada, como una pantera a punto de dar su salto—; ¡Dios quiera que sea un francés tardío, merodeando en busca de botín! ¡Creo que "Mataciervos" tendría un alcance poco común hoy!

Uncas, sin dar ninguna respuesta, saltó del lugar, y al instante siguiente se le vio arrancar de un arbusto, y agitar en triunfo, un fragmento del velo de montar verde de Cora. El movimiento, la exhibición, y el grito que de nuevo brotó de los labios del joven mohicano, atrajeron instantáneamente a todo el grupo a su alrededor.

—¡Mi hija! —dijo Munro, hablando rápida y salvajemente—; ¡dadme a mi hija!

—Uncas lo intentará —fue la corta y conmovedora respuesta.

La simple pero significativa seguridad se perdió en el padre, que agarró el trozo de gasa y lo estrujó en su mano, mientras sus ojos vagaban temerosamente entre los arbustos, como si temiera y esperara por igual los secretos que pudieran revelar.

—Aquí no hay muertos —dijo Heyward—; la tormenta parece no haber pasado por aquí.

—Eso es manifiesto; y más claro que los cielos sobre nuestras cabezas —respondió el imperturbable explorador—; pero o ella, o los que la han robado, han pasado por el arbusto; pues recuerdo el harapo que llevaba para ocultar un rostro que a todos les encantaba mirar. Uncas, tienes razón; la de pelo oscuro ha estado aquí, y ha huido como un cervatillo asustado, al bosque; nadie que pudiera huir se quedaría para ser asesinado. Busquemos las marcas que dejó; pues, a ojos indios, a veces pienso que un colibrí deja su rastro en el aire.

El joven mohicano se lanzó a la sugerencia, y el explorador apenas había terminado de hablar, antes de que el primero lanzara un grito de éxito desde el margen del bosque. Al llegar al lugar, el ansioso grupo percibió otra porción del velo revoloteando en la rama inferior de un haya.

—Suavemente, suavemente —dijo el explorador, extendiendo su largo rifle frente al ansioso Heyward—; ahora conocemos nuestro trabajo, pero la belleza del rastro no debe ser deformada. Un paso demasiado pronto puede darnos horas de problemas. Los tenemos, sin embargo; eso está más allá de toda negación.

—¡Bendito seáis, bendito seáis, digno hombre! —exclamó Munro—; ¿hacia dónde, entonces, han huido, y dónde están mis niñas?

—El camino que han tomado depende de muchas casualidades. Si han ido solas, es tan probable que se muevan en círculo como en línea recta, y pueden estar a una docena de millas de nosotros; pero si los hurones, o cualquiera de los indios franceses, les han echado mano, es probable que ahora estén cerca de las fronteras de los Canadás. ¿Pero qué importa eso? —continuó el deliberado explorador, observando la poderosa ansiedad y decepción que los oyentes exhibían—; ¡aquí estamos los mohicanos y yo en un extremo del rastro, y, confiad en ello, encontramos el otro, aunque estuvieran a cien leguas de distancia! Suavemente, suavemente, Uncas, eres tan impaciente como un hombre en los asentamientos; ¡olvidas que los pies ligeros dejan marcas apenas visibles!

—¡Hugh! —exclamó Chingachgook, que había estado ocupado examinando una abertura que evidentemente se había hecho a través de la baja

maleza que bordeaba el bosque; y que ahora se erguía, mientras señalaba hacia abajo, en la actitud y con el aire de un hombre que contemplaba una serpiente repugnante.

—Aquí está la impresión palpable de la pisada de un hombre —gritó Heyward, inclinándose sobre el lugar indicado—; ha pisado en el margen de este charco, y la marca no puede ser confundida. Son cautivas.

—Mejor así que abandonadas a morir de hambre en la naturaleza —respondió el explorador—; y dejarán un rastro más ancho. ¡Apostaría cincuenta pieles de castor contra otros tantos pedernales, a que los mohicanos y yo entramos en sus wigwams dentro de un mes! Agáchate, Uncas, y trata de ver qué puedes sacar del mocasín; pues mocasín es claramente, y no un zapato.

El joven mohicano se inclinó sobre la huella y, quitando las hojas dispersas de alrededor del lugar, la examinó con gran parte de ese tipo de escrutinio que un cambista, en estos días de dudas pecuniarias, dedicaría a una letra de cambio sospechosa. Finalmente se levantó de sus rodillas, satisfecho con el resultado del examen.

—Bueno, muchacho —demandó el atento explorador—; ¿qué dice? ¿Puedes sacar algo en claro del delator?

—¡Le Renard Subtil!

—¡Ja! ¡ese diablo rampante de nuevo! nunca habrá fin a sus correrías hasta que "Mataciervos" le haya dicho una palabra amistosa.

Heyward admitió a regañadientes la verdad de esta información, y ahora expresó más bien sus esperanzas que sus dudas diciendo:

—Un mocasín es tan parecido a otro, que es probable que haya algún error.

—¡Un mocasín como otro! igual podríais decir que un pie es como otro; aunque todos sabemos que algunos son largos, y otros cortos; algunos anchos y otros estrechos; algunos con empeines altos, y otros con empeines bajos; algunos con los dedos hacia adentro, y otros hacia afuera. Un mocasín no se parece más a otro que un libro a otro: aunque los que pueden leer en uno rara vez son capaces de distinguir las marcas del otro. Lo cual todo está ordenado para bien, dando a cada hombre sus ventajas naturales.

Déjame bajar a ello, Uncas; ni el libro ni el mocasín empeoran por tener dos opiniones, en lugar de una. —El explorador se agachó para la tarea, y al instante añadió:

—Tienes razón, muchacho; aquí está el remiendo que vimos tan a menudo en la otra caza. Y el tipo beberá cuando tenga la oportunidad; tu indio bebedor siempre aprende a caminar con un dedo del pie más ancho que el salvaje natural, siendo el don de un borracho el andar con las piernas abiertas, ya sea de piel blanca o roja. ¡Es justo la longitud y la anchura, también! míralo, Sagamore; mediste las huellas más de una vez, cuando cazamos a las sabandijas desde Glenn's hasta los manantiales de salud.

Chingachgook obedeció; y después de terminar su breve examen, se levantó, y con un comportamiento tranquilo, simplemente pronunció la palabra:

—¡Magua!

—Ay, es cosa zanjada; por aquí, entonces, han pasado la de pelo oscuro y Magua.

—¿Y no Alice? —demandó Heyward.

—De ella todavía no hemos visto las señales —respondió el explorador, mirando de cerca a su alrededor, a los árboles, los arbustos y el suelo—. ¿Qué tenemos ahí? Uncas, trae acá la cosa que ves colgando de aquel espino.

Cuando el indio hubo obedecido, el explorador recibió el premio y, sosteniéndolo en alto, se rió a su manera silenciosa pero sentida.

—¡Es el instrumento soplador del cantor! ahora tendremos un rastro que un sacerdote podría seguir —dijo—. Uncas, busca las marcas de un zapato que sea lo suficientemente largo para sostener seis pies y dos pulgadas de carne humana tambaleante. Empiezo a tener algunas esperanzas en el tipo, ya que ha dejado de chillar para seguir un oficio mejor.

—Al menos ha sido fiel a su encargo —dijo Heyward—. Y Cora y Alice no están sin un amigo.

—Sí —dijo Ojo de Halcón, dejando caer su rifle y apoyándose en él con un aire de visible desprecio—, él les cantará. ¿Puede matar un ciervo para su cena; viajar por el musgo de las hayas, o cortar la garganta de un hurón?

Si no, el primer pájaro gato¹ que encuentre es el más listo de los dos.
Bueno, muchacho, ¿alguna señal de tal cimientto?

¹ Los poderes del pájaro burlón americano son generalmente conocidos. Pero el verdadero pájaro burlón no se encuentra tan al norte como el estado de Nueva York, donde tiene, sin embargo, dos sustitutos de inferior excelencia, el pájaro gato, tan a menudo nombrado por el explorador, y el pájaro vulgarmente llamado trillador de tierra. Cualquiera de estos dos últimos pájaros es superior al ruiseñor o a la alondra, aunque, en general, los pájaros americanos son menos musicales que los de Europa.

—Aquí hay algo parecido a la pisada de alguien que ha usado un zapato; ¿puede ser la de nuestro amigo?

—Toca las hojas ligeramente o desbaratarás la formación. ¡Eso! esa es la huella de un pie, pero es de la de pelo oscuro; y pequeña es, además, para una de tan noble altura y gran apariencia. El cantor la cubriría con su talón.

—¡Dónde! déjame ver las pisadas de mi hija —dijo Munro, apartando los arbustos e inclinándose con cariño sobre la impresión casi borrada. Aunque la pisada que había dejado la marca había sido ligera y rápida, todavía era claramente visible. El anciano soldado la examinó con ojos que se empañaron mientras miraba; y no se levantó de esta postura encorvada hasta que Heyward vio que había regado el rastro del paso de su hija con una lágrima ardiente. Deseando desviar una angustia que amenazaba a cada momento con romper la contención de las apariencias, dándole al veterano algo que hacer, el joven dijo al explorador:

—Como ahora poseemos estas señales infalibles, comencemos nuestra marcha. Un momento, en tal tiempo, parecerá una eternidad para las cautivas.

—No es el ciervo que salta más rápido el que da la caza más larga —respondió Ojo de Halcón, sin apartar los ojos de las diferentes marcas que habían aparecido ante su vista—; sabemos que el hurón rampante ha pasado, y la de pelo oscuro, y el cantor, pero ¿dónde está ella, la de los mechones amarillos y los ojos azules? Aunque pequeña, y lejos de ser tan audaz como su hermana, es hermosa a la vista, y agradable en el discurso. ¿No tiene amigo, que nadie se preocupe por ella?

—¡Dios no quiera que alguna vez le falten cientos! ¿No estamos ahora en su persecución? Por mi parte, nunca cesaré la búsqueda hasta que sea encontrada.

—En ese caso, puede que tengamos que viajar por caminos diferentes; pues por aquí no ha pasado, por ligeras y pequeñas que fueran sus pisadas.

Heyward retrocedió, todo su ardor por proceder pareciendo desvanecerse al instante. Sin atender a este repentino cambio en el humor del otro, el explorador, después de meditar un momento, continuó:

—No hay mujer en esta naturaleza que pudiera dejar una huella como esa, sino la de pelo oscuro o su hermana. Sabemos que la primera ha estado aquí, pero ¿dónde están las señales de la otra? Avancemos más en el rastro, y si no aparece nada, debemos volver a la llanura y buscar otro rastro. Avanza, Uncas, y mantén tus ojos en las hojas secas. Yo vigilaré los arbustos, mientras tu padre correrá con la nariz baja pegada al suelo. Avanzad, amigos; el sol se está poniendo detrás de las colinas.

—¿No hay nada que yo pueda hacer? —demandó el ansioso Heyward.

—¿Vos? —repitió el explorador, quien, con sus amigos rojos, ya avanzaba en el orden que había prescrito—; sí, podéis manteneros en nuestra retaguardia y tener cuidado de no cruzar el rastro.

Antes de que hubieran avanzado muchas varas, los indios se detuvieron y parecieron contemplar algunas señales en la tierra con más de su agudeza habitual. Padre e hijo hablaron rápida y ruidosamente, ahora mirando el objeto de su mutua admiración, y ahora mirándose el uno al otro con el más inequívoco placer.

—¡Han encontrado el piececito! —exclamó el explorador, avanzando, sin atender más a su propia porción del deber—. ¿Qué tenemos aquí? ¡Se ha plantado una emboscada en el lugar! No, por el rifle más certero de las fronteras, ¡aquí han estado de nuevo esos caballos de un solo lado! Ahora todo el secreto está al descubierto, y todo está tan claro como la estrella del norte a medianoche. Sí, aquí han montado. Allí las bestias han sido atadas a un arbolillo, esperando; y allá corre el ancho camino hacia el norte, a toda velocidad hacia los Canadás.

—Pero todavía no hay señales de Alice, de la señorita Munro menor —dijo Duncan.

—A menos que la brillante baratija que Uncas acaba de levantar del suelo resulte ser una. Pásamela por aquí, muchacho, para que podamos verla.

Heyward la reconoció al instante como un adorno que a Alice le gustaba llevar, y que recordaba, con la tenaz memoria de un amante, haber visto, en la fatal mañana de la masacre, colgando del hermoso cuello de su amada. Agarró la joya tan preciada; y al proclamar el hecho, esta desapareció de los ojos del asombrado explorador, que en vano la buscó en el suelo, mucho después de que estuviera cálidamente presionada contra el corazón palpitante de Duncan.

—¡Bah! —dijo el decepcionado Ojo de Halcón, dejando de rastrillar las hojas con la culata de su rifle—; es una señal segura de la edad, cuando la vista comienza a debilitarse. ¡Una baratija tan reluciente, y no ser vista! Bueno, bueno, todavía puedo apuntar a lo largo de un cañón nublado, y eso es suficiente para resolver todas las disputas entre los mingos y yo. Me gustaría encontrar la cosa, también, aunque solo fuera para llevarla a su dueña legítima, y eso sería unir los dos extremos de lo que yo llamo un largo rastro, pues a estas alturas el ancho San Lorenzo, o quizás, los Grandes Lagos mismos, están entre nosotros.

—Tanta más razón para que no retrasemos nuestra marcha —respondió Heyward—; procedamos.

—Sangre joven y sangre caliente, dicen, son casi lo mismo. No vamos a empezar una caza de ardillas, ni a acorralar un ciervo en el Horican, sino a acechar durante días y noches, y a atravesar una naturaleza donde los pies de los hombres rara vez van, y donde ningún conocimiento libresco os llevaría a salvo. Un indio nunca comienza una expedición así sin fumar sobre el fuego de su consejo; y, aunque soy un hombre de sangre blanca, honro sus costumbres en este particular, viendo que son deliberadas y sabias. Por lo tanto, volveremos, y encenderemos nuestro fuego esta noche en las ruinas del viejo fuerte, y por la mañana estaremos frescos, y listos para emprender nuestro trabajo como hombres, y no como mujeres parlanchinas o muchachos ansiosos.

Heyward vio, por la manera del explorador, que la altercación sería inútil. Munro se había hundido de nuevo en esa especie de apatía que lo había acosado desde sus recientes y abrumadoras desgracias, y de la que aparentemente solo podía ser despertado por alguna nueva y poderosa excitación.

Haciendo de la necesidad virtud, el joven tomó al veterano del brazo y siguió los pasos de los indios y el explorador, que ya habían comenzado a desandar el camino que los conducía a la llanura.

CAPÍTULO XIX

Salar.—Vaya, estoy seguro de que, si no cumple, no tomarás su carne; ¿para qué sirve eso?

Shy.—Para cebar peces; si no alimenta nada más, alimentará mi venganza.

—El mercader de Venecia

Las sombras del atardecer habían llegado para aumentar la desolación del lugar, cuando el grupo entró en las ruinas de William Henry. El explorador y sus compañeros hicieron inmediatamente sus preparativos para pasar la noche allí; pero con una seriedad y sobriedad de comportamiento que delataba cuánto los inusuales horrores que acababan de presenciar afectaban incluso sus sentimientos experimentados. Unos pocos fragmentos de vigas se levantaron contra una pared ennegrecida; y cuando Uncas los hubo cubierto ligeramente con maleza, los alojamientos temporales se consideraron suficientes. El joven indio señaló hacia su ruda cabaña cuando terminó su labor; y Heyward, que comprendió el significado de los gestos silenciosos, instó suavemente a Munro a entrar. Dejando al desconsolado anciano solo con sus penas, Duncan regresó inmediatamente al aire libre, demasiado excitado él mismo para buscar el reposo que había recomendado a su veterano amigo.

Mientras Ojo de Halcón y los indios encendían su fuego y tomaban su cena, una comida frugal de carne de oso seca, el joven hizo una visita a aquella cortina del fuerte dilapidado que miraba hacia la lámina del Horicán. El viento había amainado, y las olas ya rodaban sobre la playa arenosa bajo él, en una sucesión más regular y templada. Las nubes, como si estuvieran cansadas de su furiosa persecución, se estaban rompiendo; los volúmenes más pesados, reuniéndose en masas negras sobre el horizonte, mientras que las nubes más ligeras todavía se apresuraban sobre el agua, o

se arremolinaban entre las cimas de las montañas, como vuelos rotos de pájaros, revoloteando alrededor de sus posaderos. Aquí y allá, una estrella roja e ígnea luchaba por abrirse paso a través del vapor a la deriva, proporcionando un lívido destello de brillo al opaco aspecto de los cielos. Dentro del seno de las colinas circundantes, una oscuridad impenetrable ya se había asentado; y la llanura yacía como un vasto y desierto osario, sin presagio ni susurro que perturbara los sueños de sus numerosos y desdichados inquilinos.

De esta escena, tan escalofriantemente acorde con el pasado, Duncan permaneció durante muchos minutos como un observador absorto. Sus ojos vagaban desde el seno del montículo, donde los hombres del bosque estaban sentados alrededor de su fuego parpadeante, hasta la luz más débil que aún persistía en los cielos, y luego se posaban larga y ansiosamente en la penumbra encarnada, que yacía como un vacío lúgubre a aquel lado de él donde reposaban los muertos. Pronto imaginó que sonidos inexplicables surgían del lugar, aunque tan indistintos y furtivos, como para hacer no solo su naturaleza sino incluso su existencia incierta. Avergonzado de sus aprehensiones, el joven se volvió hacia el agua, y se esforzó por desviar su atención hacia las estrellas imitadas que brillaban débilmente en su superficie móvil. Aún así, sus oídos demasiado conscientes cumplían con su ingrato deber, como para advertirle de algún peligro al acecho. Al fin, un rápido tropel pareció, bastante audiblemente, precipitarse a través de la oscuridad. Incapaz por más tiempo de aquietar su inquietud, Duncan habló en voz baja al explorador, pidiéndole que ascendiera el montículo hasta el lugar donde él se encontraba. Ojo de Halcón se echó el rifle al brazo y obedeció, pero con un aire tan impasible y sereno, como para demostrar cuánto contaba con la seguridad de su posición.

—¡Escuchad! —dijo Duncan, cuando el otro se colocó deliberadamente a su codo—; hay ruidos reprimidos en la llanura que pueden mostrar que Montcalm aún no ha abandonado por completo su conquista.

—Entonces los oídos son mejores que los ojos —dijo el imperturbable explorador, que, acabando de depositar una porción de oso entre sus muelas, hablaba espeso y lento, como quien tiene la boca doblemente ocupada—. Yo mismo lo vi enjaulado en Ty, con toda su hueste; pues a vuestros franceses, cuando han hecho una cosa inteligente, les gusta volver y tener un baile, o una fiesta, con las mujeres por su éxito.

—No lo sé. Un indio rara vez duerme en la guerra, y el botín puede mantener a un hurón aquí después de que su tribu haya partido. Sería bueno apagar el fuego, y tener una guardia... ¡escuchad! ¡oís el ruido al que me refiero!

—Un indio más raramente acecha alrededor de las tumbas. Aunque dispuesto a matar, y no demasiado considerado con los medios, comúnmente se contenta con la cabellera, a menos que la sangre esté caliente y el genio alterado; pero una vez que el espíritu se ha ido por completo, olvida su enemistad y está dispuesto a dejar que los muertos encuentren su descanso natural. Hablando de espíritus, mayor, ¿sois de la opinión de que el cielo de un piel roja y el de nosotros los blancos serán uno y el mismo?

—¡Sin duda, sin duda! ¡Creí oírlo de nuevo! ¿o fue el susurro de las hojas en la copa del haya?

—Por mi parte —continuó Ojo de Halcón, volviendo el rostro por un momento en la dirección indicada por Heyward, pero con una manera vacía y descuidada—, creo que el paraíso está ordenado para la felicidad; y que los hombres serán complacidos en él según sus disposiciones y dones. Por lo tanto, juzgo que un piel roja no está lejos de la verdad cuando cree que va a encontrar esos gloriosos terrenos de caza de los que hablan sus tradiciones; ni, por esa razón, creo que sería un menosprecio para un hombre sin cruce pasar su tiempo...

—¿Lo oís de nuevo? —interrumpió Duncan.

—Ay, ay; cuando la comida escasea, y cuando la comida abunda, un lobo se vuelve audaz —dijo el impávido explorador—. También habría qué escoger entre las pieles de los diablos, si hubiera luz y tiempo para el deporte. Pero, con respecto a la vida venidera, mayor; he oído a predicadores decir, en los asentamientos, que el cielo era un lugar de descanso. Ahora, las mentes de los hombres difieren en cuanto a sus ideas de goce. Para mí, y lo digo con reverencia a la ordenación de la Providencia, no sería una gran indulgencia ser mantenido encerrado en esas mansiones de las que predicán, teniendo un anhelo natural por el movimiento y la caza.

Duncan, a quien ahora se le hizo entender la naturaleza del ruido que había oído, respondió, con más atención al tema que el humor del explorador había elegido para la discusión, diciendo:

—Es difícil dar cuenta de los sentimientos que pueden acompañar al último gran cambio.

—Sería un cambio, en efecto, para un hombre que ha pasado sus días al aire libre —respondió el sencillo explorador—; y que tan a menudo ha roto su ayuno en las cabeceras del Hudson, dormir al alcance del rugiente Mohawk. Pero es un consuelo saber que servimos a un Amo misericordioso, aunque lo hagamos cada uno a su manera, y con grandes extensiones de naturaleza entre nosotros... ¿qué va ahí?

—¿No es el correr de los lobos que habéis mencionado?

Ojo de Halcón sacudió lentamente la cabeza, e hizo señas a Duncan para que lo siguiera a un lugar al que no llegaba el resplandor del fuego. Cuando hubo tomado esta precaución, el explorador se colocó en una actitud de intensa atención y escuchó larga y agudamente para una repetición del bajo sonido que tan inesperadamente lo había sobresaltado. Su vigilancia, sin embargo, pareció ejercida en vano; pues después de una pausa infructuosa, susurró a Duncan:

—Debemos llamar a Uncas. El muchacho tiene sentidos de indio, y puede oír lo que está oculto para nosotros; pues, siendo un piel blanca, no negaré mi naturaleza.

El joven mohicano, que conversaba en voz baja con su padre, se sobresaltó al oír el gemido de un búho y, poniéndose de pie de un salto, miró hacia los montículos negros, como buscando el lugar de donde procedían los sonidos. El explorador repitió la llamada, y en pocos momentos, Duncan vio la figura de Uncas deslizándose cautelosamente a lo largo de la muralla, hasta el lugar donde ellos se encontraban.

Ojo de Halcón explicó sus deseos en muy pocas palabras, que fueron dichas en la lengua delaware. Tan pronto como Uncas estuvo en posesión de la razón por la que fue convocado, se tumbó en el césped; donde, a los ojos de Duncan, pareció yacer quieto e inmóvil. Sorprendido por la actitud inamovible del joven guerrero, y curioso por observar la manera en que empleaba sus facultades para obtener la información deseada, Heyward avanzó unos pasos, y se inclinó sobre el objeto oscuro en el que había mantenido su ojo clavado. Entonces fue cuando descubrió que la forma de Uncas se

desvanecía, y que contemplaba solo el oscuro contorno de una desigualdad en el terraplén.

—¿Qué ha sido del mohicano? —demandó al explorador, retrocediendo asombrado—; ¡fue aquí donde lo vi caer, y podría haber jurado que aquí permanecía todavía!

—¡Chist! habla más bajo; pues no sabemos qué oídos están abiertos, y los mingos son una raza de ingenio rápido. En cuanto a Uncas, está en la llanura, y los maques, si hay alguno por aquí, encontrarán a su igual.

—¿Creéis que Montcalm no ha retirado a todos sus indios? Demos la alarma a nuestros compañeros, para que nos pongamos en armas. Aquí somos cinco, que no estamos desacostumbrados a enfrentarnos a un enemigo.

—Ni una palabra a ninguno de ellos, si en algo valoras tu vida. Mira al Sagamore, cómo se sienta junto al fuego como un gran jefe indio. Si hay algún merodeador en la oscuridad, nunca descubrirán, por su semblante, que sospechamos peligro cercano.

—Pero pueden descubrirlo a él, y resultará en su muerte. Su persona puede ser vista demasiado claramente a la luz de ese fuego, y se convertirá en la primera y más segura víctima.

—Es innegable que ahora decís la verdad —respondió el explorador, delatando más ansiedad de lo habitual—; sin embargo, ¿qué se puede hacer? Una sola mirada sospechosa podría provocar un ataque antes de que estemos listos para recibirlo. Él sabe, por la llamada que le di a Uncas, que hemos olfateado un rastro; le diré que estamos en el rastro de los mingos; su naturaleza india le enseñará cómo actuar.

El explorador se llevó los dedos a la boca y emitió un bajo siseo, que al principio hizo que Duncan se apartara de un salto, creyendo oír una serpiente. La cabeza de Chingachgook descansaba en una mano, mientras se sentaba meditando, pero en el momento en que oyó la advertencia del animal cuyo nombre llevaba, se levantó a una posición erguida, y sus ojos oscuros recorrieron rápida y agudamente todos los lados. Con su movimiento repentino y, quizás, involuntario, toda apariencia de sorpresa o alarma terminó. Su rifle yacía intacto, y aparentemente inadvertido, al alcance de su mano. El tomahawk que había aflojado en su cinto por comodidad, incluso se le permitió caer de su situación habitual al suelo, y su forma pareció

hundirse, como la de un hombre cuyos nervios y tendones se dejaban relajar con el propósito de descansar. Asumiendo astutamente su posición anterior, aunque con un cambio de manos, como si el movimiento se hubiera hecho meramente para aliviar la extremidad, el nativo esperó el resultado con una calma y una fortaleza que nadie más que un guerrero indio habría sabido ejercer.

Pero Heyward vio que mientras para un ojo menos instruido el jefe mohicano parecía dormir, sus fosas nasales estaban expandidas, su cabeza estaba vuelta un poco a un lado, como para ayudar a los órganos del oído, y que sus miradas rápidas y veloces recorrían incesantemente cada objeto dentro del poder de su visión.

—¡Mirad al noble individuo! —susurró Ojo de Halcón, presionando el brazo de Heyward—; sabe que una mirada o un movimiento podrían desbaratar nuestros planes, y ponernos a merced de esos diablillos...

Fue interrumpido por el destello y el informe de un rifle. El aire se llenó de chispas de fuego, alrededor de aquel lugar donde los ojos de Heyward todavía estaban clavados, con admiración y asombro. Una segunda mirada le dijo que Chingachgook había desaparecido en la confusión. Mientras tanto, el explorador había adelantado su rifle, como uno preparado para el servicio, y esperaba impacientemente el momento en que un enemigo pudiera aparecer a la vista. Pero con el solitario e infructuoso intento hecho contra la vida de Chingachgook, el ataque pareció haber terminado. Una o dos veces los oyentes creyeron poder distinguir el distante susurro de los arbustos, mientras cuerpos de alguna descripción desconocida se precipitaban a través de ellos; y no pasó mucho tiempo antes de que Ojo de Halcón señalara el «correteo de los lobos», mientras huían precipitadamente ante el paso de algún intruso en sus dominios propios. Después de una pausa impaciente y sin aliento, se oyó una zambullida en el agua, y fue seguida inmediatamente por el informe de otro rifle.

—¡Ahí va Uncas! —dijo el explorador—; ¡el muchacho lleva una buena pieza! Conozco su chasquido, tan bien como un padre conoce el lenguaje de su hijo, pues yo mismo llevé el arma hasta que se ofreció una mejor.

—¿Qué puede significar esto? —demandó Duncan—, estamos vigilados y, al parecer, marcados para la destrucción.

— Aquella tea esparcida puede atestiguar que no se pretendía nada bueno, y este indio testificará que no se ha hecho ningún daño —respondió el explorador, dejando caer de nuevo su rifle sobre el brazo, y siguiendo a Chingachgook, que justo entonces reapareció dentro del círculo de luz, en el seno de la obra—. ¿Cómo es, Sagamore? ¿Están los mingos sobre nosotros en serio, o es solo uno de esos reptiles que cuelgan de las faldas de una partida de guerra, para arrancar la cabellera a los muertos, entrar y jactarse entre las squaws de las valientes hazañas hechas sobre los rostros pálidos?

Chingachgook reasumió muy tranquilamente su asiento; y no dio ninguna respuesta, hasta después de haber examinado la tea que había sido golpeada por la bala que casi le había resultado fatal. Después de lo cual se contentó con responder, levantando un solo dedo a la vista, con el monosílabo inglés:

—Uno.

—Ya me lo imaginaba —respondió Ojo de Halcón, sentándose—; y como se había puesto a cubierto del lago antes de que Uncas le disparara, es más que probable que el bribón cante sus mentiras sobre alguna gran emboscada, en la que estaba acechando el rastro de dos mohicanos y un cazador blanco, pues los oficiales pueden ser considerados poco más que ociosos en tal refriega. Bueno, que lo haga, que lo haga. Siempre hay algunos hombres honestos en cada nación, aunque el cielo sabe, también, que son escasos entre los maques, para mirar con desdén a un advenedizo cuando se jacta contra la razón. El bribón envió su plomo a un silbido de tus oídos, Sagamore.

Chingachgook volvió un ojo tranquilo e indiferente hacia el lugar donde la bala había golpeado, y luego reasumió su actitud anterior, con una compostura que no podía ser perturbada por un incidente tan trivial. Justo entonces Uncas se deslizó en el círculo y se sentó junto al fuego, con la misma apariencia de indiferencia que mantenía su padre.

De estos varios momentos, Heyward fue un observador profundamente interesado y asombrado. Le parecía como si los hombres del bosque tuvieran algún medio secreto de inteligencia, que había escapado a la vigilancia de sus propias facultades. En lugar de esa narración ansiosa y garrulosa con la que un joven blanco habría intentado comunicar, y quizás exagerar, lo que había pasado en la oscuridad de la llanura, el joven guerrero parecía contento de dejar que sus hazañas hablaran por sí mismas. No era, de he-

cho, ni el momento ni la ocasión para que un indio se jactara de sus proezas; y es probable que, si Heyward hubiera descuidado preguntar, ni una sílaba más, en ese momento, se habría pronunciado sobre el tema.

—¿Qué ha sido de nuestro enemigo, Uncas? —demandó Duncan—; oímos tu rifle, y esperábamos que no hubieras disparado en vano.

El joven jefe retiró un pliegue de su falda de caza, y expuso tranquilamente el fatal mechón de pelo, que llevaba como símbolo de la victoria. Chingachgook posó su mano sobre la cabellera, y la consideró por un momento con profunda atención. Luego, dejándola caer, con el disgusto dibujado en sus fuertes rasgos, exclamó:

—¡Oneida!

—¡Oneida! —repitió el explorador, que estaba perdiendo rápidamente su interés en la escena, en una apatía casi asimilada a la de sus asociados rojos, pero que ahora avanzó con inusual seriedad para contemplar la sangrienta insignia—. ¡Por el Señor, si los oneidas están acechando el rastro, seremos flanqueados por demonios por todos lados! Ahora, para ojos blancos no hay diferencia entre este trozo de piel y el de cualquier otro indio, y sin embargo el Sagamore declara que vino de la cabeza de un mingó; no, incluso nombra la tribu del pobre diablo, con tanta facilidad como si la cabellera fuera la hoja de un libro, y cada pelo una letra. ¡Qué derecho tienen los blancos cristianos de jactarse de su saber, cuando un salvaje puede leer un lenguaje que resultaría demasiado para el más sabio de todos ellos! ¿Qué dices, muchacho, de qué pueblo era el bribón?

Uncas alzó los ojos al rostro del explorador, y respondió, con su voz suave:

—Oneida.

—¡Oneida, de nuevo! cuando un indio hace una declaración, comúnmente es cierta; pero cuando es apoyado por su gente, ¡dadlo por evangelio!

—El pobre hombre nos ha confundido con franceses —dijo Heyward—; o no habría atentado contra la vida de un amigo.

—¡Él confundir a un mohicano en su pintura con un hurón! Sería tan probable como que confundierais a los granaderos de casaca blanca de Montcalm con las casacas escarlatas de los Royal Americans —respondió

el explorador—. No, no, la serpiente conocía su misión; ni hubo gran error en el asunto, pues hay poco amor entre un delaware y un mingo, luchan sus tribus por quien luchan, en una disputa de blancos. Por esa razón, aunque los oneidas sirven a su sagrada majestad, que es mi soberano señor y amo, yo mismo no habría deliberado mucho en soltar a "Mataciervos" contra el diablillo, si la suerte lo hubiera puesto en mi camino.

—Eso habría sido un abuso de nuestros tratados, e indigno de vuestro carácter.

—Cuando un hombre convive mucho con un pueblo —continuó Ojo de Halcón—, si ellos eran honestos y él no era un bribón, el amor crecerá entre ellos. Es cierto que la astucia blanca ha logrado sembrar una gran confusión entre las tribus, en lo que respecta a amigos y enemigos; de modo que los hurones y los oneidas, que hablan la misma lengua, o lo que se puede llamar la misma, se arrancan las cabelleras unos a otros, y los delawares están divididos entre sí; unos pocos rondando su gran fuego del consejo en su propio río, y luchando del mismo lado que los mingos, mientras que la mayor parte están en los Canadás, por enemistad natural con los maques, sembrando así el desorden en todo, y destruyendo toda la armonía de la guerra. Sin embargo, una naturaleza roja no es propensa a cambiar con cada cambio de política; de modo que el amor entre un mohicano y un mingo es muy parecido al aprecio entre un hombre blanco y una serpiente.

—Lamento oírlo; pues había creído que aquellos nativos que habitaban dentro de nuestras fronteras nos habían encontrado demasiado justos y liberales, como para no identificarse plenamente con nuestras disputas.

—Bueno, creo que es natural dar preferencia a las propias disputas antes que a las de los extraños. Ahora, por mi parte, amo la justicia; y, por lo tanto, no diré que odio a un mingo, pues eso puede ser inadecuado para mi color y mi religión, aunque solo repetiré, puede haber sido debido a la noche que "Mataciervos" no tuvo parte en la muerte de este merodeador oneida.

Luego, como si estuviera satisfecho con la fuerza de sus propias razones, cualquiera que fuera su efecto en las opiniones del otro disputante, el honesto pero implacable hombre del bosque se apartó del fuego, contento de dejar dormir la controversia. Heyward se retiró a la muralla, demasiado inquieto y demasiado poco acostumbrado a la guerra de los bosques para permanecer tranquilo bajo la posibilidad de tales ataques insidiosos. No así, sin

embargo, con el explorador y los mohicanos. Aquellos sentidos agudos y largamente practicados, cuyos poderes tan a menudo exceden los límites de toda credulidad ordinaria, después de haber detectado el peligro, les habían permitido determinar su magnitud y duración. Ninguno de los tres parecía dudar en lo más mínimo de su perfecta seguridad, como lo indicaban las preparaciones que pronto se hicieron para sentarse en consejo sobre sus futuros procedimientos.

La confusión de naciones, e incluso de tribus, a la que aludía Ojo de Halcón, existía en aquel período en su máxima expresión. El gran lazo del lenguaje y, por supuesto, de un origen común, estaba roto en muchos lugares; y una de sus consecuencias era que el delaware y el mingó (como se llamaba a la gente de las Seis Naciones) se encontraban luchando en las mismas filas, mientras que estos últimos buscaban la cabellera del hurón, aunque se creía que era la raíz de su propia stirpe. Los delawares estaban incluso divididos entre sí. Aunque el amor por la tierra que había pertenecido a sus antepasados mantenía al Sagamore de los mohicanos con una pequeña banda de seguidores que servían en Edward, bajo las banderas del rey inglés, con mucho la mayor parte de su nación era conocida por estar en el campo como aliados de Montcalm. El lector probablemente sabe, si no se ha deducido ya suficiente de esta narrativa, que los delaware, o lenape, afirmaban ser los progenitores de ese numeroso pueblo, que una vez fue dueño de la mayoría de los estados orientales y septentrionales de América, de los cuales la comunidad de los mohicanos era un miembro antiguo y muy honrado.

Fue, por supuesto, con una perfecta comprensión de los minuciosos e intrincados intereses que habían armado a amigo contra amigo, y llevado a enemigos naturales a combatir uno al lado del otro, que el explorador y sus compañeros se dispusieron ahora a deliberar sobre las medidas que debían gobernar sus futuros movimientos, en medio de tantas razas de hombres discordantes y salvajes. Duncan conocía lo suficiente las costumbres indias como para entender la razón por la que se reponía el fuego, y por qué los guerreros, sin exceptuar a Ojo de Halcón, tomaban asiento dentro del rizo de su humo con tanta gravedad y decoro. Colocándose en un ángulo de las obras, donde podía ser un espectador de la escena exterior, esperó el resultado con tanta paciencia como pudo reunir.

Después de una breve e impresionante pausa, Chingachgook encendió una pipa cuyo cuenco estaba curiosamente tallado en una de las piedras blandas del país, y cuyo tallo era un tubo de madera, y comenzó a fumar. Cuando hubo inhalado suficiente de la fragancia de la hierba relajante, pasó el instrumento a las manos del explorador. De esta manera, la pipa había hecho sus rondas tres veces distintas, en medio del más profundo silencio, antes de que ninguno del grupo abriera los labios. Entonces el Sagamore, como el más anciano y de más alto rango, en pocas palabras tranquilas y dignas, propuso el tema para la deliberación. Fue respondido por el explorador; y Chingachgook replicó, cuando el otro se opuso a sus opiniones. Pero el joven Uncas continuó como un oyente silencioso y respetuoso, hasta que Ojo de Halcón, por cortesía, le pidió su opinión. Heyward dedujo de las maneras de los diferentes oradores, que el padre y el hijo defendían un lado de una cuestión disputada, mientras que el hombre blanco mantenía el otro. La contienda se fue caldeando gradualmente, hasta que fue bastante evidente que los sentimientos de los oradores comenzaban a implicarse un poco en el debate.

A pesar del creciente calor de la contienda amistosa, la asamblea cristiana más decorosa, sin exceptuar siquiera aquellas en las que se reúnen sus reverendos ministros, podría haber aprendido una saludable lección de moderación de la tolerancia y la cortesía de los disputantes. Las palabras de Uncas fueron recibidas con la misma profunda atención que las que cayeron de la sabiduría más madura de su padre; y lejos de manifestar ninguna impaciencia, ninguno habló en respuesta, hasta que unos momentos de meditación silenciosa fueron, aparentemente, dedicados a deliberar sobre lo que ya se había dicho.

El lenguaje de los mohicanos iba acompañado de gestos tan directos y naturales que Heyward tuvo poca dificultad en seguir el hilo de su argumento. Por otro lado, el explorador era oscuro; porque por el persistente orgullo de color, afectaba más bien la manera fría y artificial que caracteriza a todas las clases de angloamericanos cuando no están excitados. Por la frecuencia con que los indios describían las marcas de un rastro forestal, era evidente que instaban a una persecución por tierra, mientras que el repetido barrido del brazo de Ojo de Halcón hacia el Horican denotaba que él estaba a favor de un pasaje a través de sus aguas.

Este último estaba, a todas luces, perdiendo terreno rápidamente, y el punto estaba a punto de decidirse en su contra, cuando se puso de pie y, sacudiéndose su apatía, asumió de repente la manera de un indio, y adoptó todas las artes de la elocuencia nativa. Elevando un brazo, señaló la trayectoria del sol, repitiendo el gesto por cada día que fuera necesario para cumplir sus objetivos. Luego delineó un camino largo y penoso, entre rocas y cursos de agua. La edad y la debilidad del durmiente e inconsciente Munro fueron indicadas por señales demasiado palpables para ser confundidas. Duncan percibió que incluso de sus propias fuerzas se hablaba a la ligera, mientras el explorador extendía la palma de la mano y lo mencionaba por el apelativo de la «Mano Abierta», un nombre que su liberalidad le había comprado de todas las tribus amigas. Luego vino una representación de los movimientos ligeros y gráciles de una canoa, puesta en fuerte contraste con los pasos tambaleantes de uno debilitado y cansado. Concluyó señalando la cabellera del oneida, y aparentemente instando a la necesidad de partir rápidamente, y de una manera que no dejara rastro.

Los mohicanos escucharon gravemente, y con semblantes que reflejaban los sentimientos del orador. La convicción gradualmente ejerció su influencia, y hacia el final del discurso de Ojo de Halcón, sus frases fueron acompañadas por la acostumbrada exclamación de encomio. En resumen, Uncas y su padre se convirtieron a su forma de pensar, abandonando sus propias opiniones previamente expresadas con una liberalidad y un candor que, si hubieran sido los representantes de algún gran y civilizado pueblo, habrían labrado infaliblemente su ruina política, al destruir para siempre su reputación de coherencia.

En el instante en que se decidió el asunto en discusión, el debate, y todo lo relacionado con él, excepto el resultado, pareció ser olvidado. Ojo de Halcón, sin mirar a su alrededor para leer su triunfo en ojos aplaudidores, extendió muy tranquilamente su alta figura ante las brasas moribundas, y cerró sus propios órganos en el sueño.

Dejados ahora en cierta medida a sí mismos, los mohicanos, cuyo tiempo había estado tan dedicado a los intereses de otros, aprovecharon el momento para dedicarse alguna atención a sí mismos. Despojándose de inmediato del comportamiento grave y austero de un jefe indio, Chingachgook comenzó a hablar a su hijo en los tonos suaves y juguetones del afecto. Uncas acogió con gusto el aire familiar de su padre; y antes de que la respiración

profunda del explorador anunciara que dormía, se efectuó un cambio completo en la manera de sus dos asociados.

Es imposible describir la música de su lenguaje, mientras estaban así ocupados en risas y caricias, de una manera que la haga inteligible para aquellos cuyos oídos nunca han escuchado su melodía. El rango de sus voces, particularmente la del joven, era maravilloso, extendiéndose desde el bajo más profundo hasta tonos que eran incluso femeninos en su suavidad. Los ojos del padre seguían los movimientos plásticos e ingeniosos del hijo con abierto deleite, y nunca dejaba de sonreír en respuesta a la risa contagiosa pero baja del otro. Mientras estaban bajo la influencia de estos sentimientos gentiles y naturales, no se veía ningún rastro de ferocidad en los rasgos suavizados del Sagamore. Su panoplia de muerte figurada parecía más un disfraz asumido en burla que una feroz anunciación de un deseo de llevar la destrucción a sus pasos.

Después de que hubiera pasado una hora en la indulgencia de sus mejores sentimientos, Chingachgook anunció abruptamente su deseo de dormir, envolviendo su cabeza en su manta y extendiendo su forma sobre la tierra desnuda. La alegría de Uncas cesó al instante; y rastrillando cuidadosamente las brasas de tal manera que impartieran su calor a los pies de su padre, el joven buscó su propia almohada entre las ruinas del lugar.

Imbuyéndose de renovada confianza por la seguridad de estos experimentados hombres del bosque, Heyward pronto imitó su ejemplo; y mucho antes de que la noche hubiera avanzado, aquellos que yacían en el seno de la obra en ruinas, parecían dormir tan pesadamente como la multitud inconsciente cuyos huesos ya comenzaban a blanquearse en la llanura circundante.

CAPÍTULO XX

¡Tierra de Albania! déjame posar mis ojos

En ti; ¡tú, ruda nodriza de hombres salvajes!

—Childe Harold

Los cielos aún estaban tachonados de estrellas cuando Ojo de Halcón vino a despertar a los durmientes. Dejando a un lado sus capas, Munro y Heyward ya estaban de pie mientras el hombre del bosque todavía hacía sus llamadas en voz baja, a la entrada del rudo refugio donde habían pasado la noche. Cuando salieron de debajo de su ocultamiento, encontraron al explorador esperando su aparición cerca, y el único saludo entre ellos fue el gesto significativo de silencio, hecho por su sagaz líder.

—Repasad vuestras oraciones —susurró, mientras se acercaban a él—; pues Aquel a quien se las hacéis, conoce todas las lenguas; la del corazón, así como las de la boca. Pero no digáis ni una sílaba; es raro que una voz blanca se module adecuadamente en los bosques, como hemos visto por el ejemplo de ese miserable diablo, el cantor. Venid —continuó, volviéndose hacia una cortina de las obras—; entremos en la zanja de este lado, y tened cuidado de pisar las piedras y los fragmentos de madera al pasar.

Sus compañeros obedecieron, aunque para dos de ellos las razones de esta extraordinaria precaución eran todavía un misterio. Cuando estuvieron en la baja cavidad que rodeaba el fuerte de tierra por tres lados, encontraron que el pasaje estaba casi obstruido por las ruinas. Con cuidado y paciencia, sin embargo, lograron trepar tras el explorador, hasta que alcanzaron la arenosa orilla del Horican.

—Ese es un rastro que nada más que una nariz puede seguir —dijo el satisfecho explorador, mirando hacia atrás por su difícil camino—; la hierba es una alfombra traicionera para que un grupo en fuga pise, pero la madera y

la piedra no toman huella de un mocasín. Si hubierais llevado vuestras botas armadas, podría, en efecto, haber habido algo que temer; pero con la piel de ciervo adecuadamente preparada, un hombre puede confiarse, generalmente, en las rocas con seguridad. Acerca la canoa a la tierra, Uncas; esta arena tomará una marca tan fácilmente como la mantequilla de los alemanes en el Mohawk. Suavemente, muchacho, suavemente; no debe tocar la playa, o los bribones sabrán por qué camino hemos dejado el lugar.

El joven observó la precaución; y el explorador, colocando una tabla desde las ruinas hasta la canoa, hizo una seña para que los dos oficiales entraran. Cuando esto se hizo, todo fue estudiosamente restaurado a su anterior desorden; y entonces Ojo de Halcón logró alcanzar su pequeña embarcación de abedul, sin dejar tras de sí ninguna de esas marcas que parecía temer tanto. Heyward guardó silencio hasta que los indios hubieron remado cautelosamente la canoa a cierta distancia del fuerte, y dentro de las amplias y oscuras sombras que caían de la montaña oriental sobre la superficie vidriosa del lago; entonces demandó:

—¿Qué necesidad tenemos de esta partida robada y apresurada?

—Si la sangre de un oneida pudiera manchar una lámina de agua tan pura como esta en la que flotamos —respondió el explorador—, vuestros dos ojos responderían a vuestra propia pregunta. ¿Habéis olvidado al reptil merodeador que Uncas mató?

—De ninguna manera. Pero se dijo que estaba solo, y los muertos no dan motivo de temor.

—¡Ay, estaba solo en su diablura! pero un indio cuya tribu cuenta con tantos guerreros, rara vez necesita temer que su sangre corra sin que el grito de muerte venga rápidamente de algunos de sus enemigos.

—Pero nuestra presencia, la autoridad del Coronel Munro, resultaría protección suficiente contra la ira de nuestros aliados, especialmente en un caso en que el desdichado bien merecía su suerte. ¡Confío en el Cielo que no os habéis desviado un solo pie de la línea directa de nuestro curso por una razón tan leve!

—¿Creéis que la bala del rifle de ese bribón se habría desviado, aunque su sagrada majestad el rey se hubiera interpuesto en su camino? —respondió el obstinado explorador—. ¿Por qué el gran francés, el que es

capitán general de los Canadáas, no enterró los tomahawks de los hurones, si una palabra de un blanco puede obrar tan fuertemente en la naturaleza de un indio?

La respuesta de Heyward fue interrumpida por un gemido de Munro; pero después de haber hecho una pausa por un momento, en deferencia al dolor de su anciano amigo, reanudó el tema.

—El marqués de Montcalm solo puede resolver ese error con su Dios —dijo solemnemente el joven.

—Ay, ay, ahora hay razón en vuestras palabras, pues se basan en la religión y la honestidad. Hay una vasta diferencia entre lanzar un regimiento de casacas blancas entre las tribus y los prisioneros, y engatusar a un salvaje enojado para que olvide que lleva un cuchillo y un rifle, con palabras que deben comenzar llamándolo vuestro hijo. No, no —continuó el explorador, mirando hacia la tenue orilla de William Henry, que ahora retrocedía rápidamente, y riendo a su manera silenciosa pero sentida—; he puesto un rastro de agua entre nosotros; y a menos que los diablillos puedan hacerse amigos de los peces, y oír quién ha remado a través de su cuenca esta hermosa mañana, dejaremos la longitud del Horican detrás de nosotros antes de que hayan decidido qué camino tomar.

—Con enemigos al frente, y enemigos a nuestra retaguardia, nuestro viaje probablemente será de peligro.

—¡Peligro! —repitió Ojo de Halcón, tranquilamente—; no, no absolutamente de peligro; pues, con oídos vigilantes y ojos rápidos, podemos arreglárnoslas para mantenernos unas horas por delante de los bribones; o, si debemos probar el rifle, somos tres los que entendemos sus dones tan bien como cualquiera que podáis nombrar en las fronteras. No, no de peligro; pero que tendremos lo que podéis llamar un empujón enérgico, es probable; y puede ocurrir, un roce, una escaramuza, o alguna diversión similar, pero siempre donde las cubiertas son buenas, y la munición abundante.

Es posible que la estimación del peligro de Heyward difiriera en algún grado de la del explorador, pues, en lugar de responder, ahora se sentó en silencio, mientras la canoa se deslizaba sobre varias millas de agua. Justo al amanecer, entraron en los estrechos del lago¹, y se deslizaron rápida y cautelosamente entre sus innumerables pequeñas islas. Fue por este camino

que Montcalm se había retirado con su ejército, y los aventureros no sabían si había dejado a algunos de sus indios en emboscada, para proteger la retaguardia de sus fuerzas, y recoger a los rezagados. Se acercaron, por lo tanto, al pasaje con el silencio acostumbrado de sus hábitos cautelosos.

¹ Las bellezas del lago George son bien conocidas por todo turista americano. En la altura de las montañas que lo rodean, y en accesorios artificiales, es inferior a los más bellos de los lagos suizos e italianos, mientras que en contorno y pureza del agua es plenamente su igual; y en el número y disposición de sus islas e isletas muy superior a todos ellos juntos. Se dice que hay unos cientos de islas en una lámina de agua de menos de treinta millas de largo. Los estrechos, que conectan lo que se pueden llamar, en verdad, dos lagos, están atestados de islas hasta tal punto que dejan pasajes entre ellos frecuentemente de solo unos pocos pies de ancho. El lago mismo varía en anchura de una a tres millas.

Chingachgook dejó a un lado su remo; mientras Uncas y el explorador impulsaban la ligera embarcación a través de canales torcidos e intrincados, donde cada pie que avanzaban los exponía al peligro de algún súbito levantamiento en su progreso. Los ojos del Sagamore se movían cautelosamente de isleta en isleta, y de soto en soto, mientras la canoa procedía; y, cuando una lámina de agua más clara lo permitía, su aguda visión se clavaba a lo largo de las rocas desnudas y los bosques inminentes que se cernían sobre el estrecho angosto.

Heyward, que era un espectador doblemente interesado, tanto por las bellezas del lugar como por la aprensión natural a su situación, justo estaba creyendo que había permitido que esta última se excitara sin razón suficiente, cuando el remo dejó de moverse, en obediencia a una señal de Chingachgook.

—¡Hugh! —exclamó Uncas, casi en el momento en que el ligero golpecito que su padre había dado en el costado de la canoa les notificó la vecindad del peligro.

—¿Y ahora qué? —preguntó el explorador—; el lago está tan liso como si los vientos nunca hubieran soplado, y puedo ver a lo largo de su lámina por millas; no hay ni siquiera la cabeza negra de un somormujo salpicando el agua.

El indio levantó gravemente su remo, y señaló en la dirección en la que su propia mirada firme estaba clavada. Los ojos de Duncan siguieron el movimiento. A pocas varas frente a ellos yacía otra de las isletas boscosas, pero parecía tan tranquila y pacífica como si su soledad nunca hubiera sido perturbada por el pie del hombre.

—No veo nada —dijo—, más que tierra y agua; y es una escena encantadora.

—¡Chist! —interrumpió el explorador—. Ay, Sagamore, siempre hay una razón para lo que haces. Es solo una sombra, y sin embargo no es natural. Veis la niebla, mayor, que se eleva sobre la isla; no podéis llamarla niebla, pues es más como una veta de nube delgada...

—Es vapor del agua.

—Eso un niño podría decirlo. Pero ¿qué es el borde de humo más negro que cuelga a lo largo de su lado inferior, y que podéis rastrear hasta la espesura de avellanos? Es de un fuego; pero uno que, a mi juicio, se ha dejado consumir lentamente.

—Empujemos, entonces, hacia el lugar, y aliviemos nuestras dudas —dijo el impaciente Duncan—; pequeña debe ser la partida que puede yacer en un trozo de tierra así.

—Si juzgáis la astucia india por las reglas que encontráis en los libros, o por la sagacidad blanca, os desviarán, si no a vuestra muerte —respondió Ojo de Halcón, examinando las señales del lugar con esa agudeza que lo distinguía—. Si se me permite hablar en este asunto, será para decir que solo tenemos dos cosas entre las que elegir: una es, regresar, y abandonar todo pensamiento de seguir a los hurones...

—¡Nunca! —exclamó Heyward, con una voz demasiado alta para sus circunstancias.

—Bueno, bueno —continuó Ojo de Halcón, haciendo una señal apresurada para reprimir su impaciencia—; yo soy muy de vuestra opinión; aunque pensé que era propio de mi experiencia decirlo todo. Debemos, entonces, hacer un esfuerzo, y si los indios o los franceses están en los estrechos, correr el guantelete a través de estas montañas que se tambalean. ¿Hay razón en mis palabras, Sagamore?

El indio no dio otra respuesta que dejar caer su remo en el agua, e impulsar hacia adelante la canoa. Como él ostentaba el cargo de dirigir su curso, su resolución quedó suficientemente indicada por el movimiento. Todo el grupo ahora remaba vigorosamente, y en muy pocos momentos habían alcanzado un punto desde donde podían dominar una vista completa de la orilla norte de la isla, el lado que hasta ahora había estado oculto.

— Ahí están, por toda la verdad de las señales —susurró el explorador—, dos canoas y un humo. Los bribones todavía no han sacado los ojos de la niebla, o oiríamos el maldito grito de guerra. ¡Juntos, amigos! los estamos dejando, y ya estamos casi fuera del silbido de una bala.

El conocido crujido de un rifle, cuya bala vino saltando a lo largo de la plácida superficie del estrecho, y un agudo alarido desde la isla, interrumpieron su discurso, y anunciaron que su paso había sido descubierto. En otro instante, se vieron varios salvajes corriendo hacia las canoas, que pronto danzaban sobre el agua en persecución. Estos temibles precursores de una lucha venidera no produjeron ningún cambio en los semblantes y movimientos de sus tres guías, hasta donde Duncan pudo descubrir, excepto que los golpes de sus remos eran más largos y más al unísono, y hacían que la pequeña barca se lanzara hacia adelante como una criatura que posee vida y volición.

—Mantenlos ahí, Sagamore —dijo Ojo de Halcón, mirando fríamente hacia atrás por encima de su hombro izquierdo, mientras todavía manejaba su remo—; mantenlos justo ahí. Esos hurones no tienen una pieza en su nación que ejecute a esta distancia; pero "Mataciervos" tiene un cañón con el que un hombre puede contar.

El explorador, habiéndose asegurado de que los mohicanos eran suficientes por sí mismos para mantener la distancia requerida, dejó deliberadamente a un lado su remo, y levantó el fatal rifle. Tres veces distintas llevó la pieza a su hombro, y cuando sus compañeros esperaban su informe, otras tantas la bajó para pedir a los indios que permitieran que sus enemigos se acercaran un poco más. Finalmente, su ojo preciso y exigente pareció satisfecho, y, extendiendo su brazo izquierdo sobre el cañón, estaba elevando lentamente la boca, cuando una exclamación de Uncas, que estaba sentado en la proa, le hizo una vez más suspender el disparo.

—¿Y ahora qué, muchacho? —demandó Ojo de Halcón—; salvas a un hurón del grito de muerte con esa palabra; ¿tienes razón para lo que haces?

Uncas señaló hacia una orilla rocosa un poco más adelante, de donde otra canoa de guerra se lanzaba directamente a través de su rumbo. Era demasiado obvio ahora que su situación era inminentemente peligrosa para necesitar la ayuda del lenguaje para confirmarlo. El explorador dejó a un lado su rifle, y reasumió el remo, mientras Chingachgook inclinaba un poco la proa de la canoa hacia la orilla occidental, para aumentar la distancia entre ellos y este nuevo enemigo. Mientras tanto, se les recordó la presencia de aquellos que presionaban en su retaguardia, con gritos salvajes y exultantes. La escena conmovedora despertó incluso a Munro de su apatía.

—Dirijámonos a las rocas en tierra firme —dijo, con el semblante de un soldado cansado—, y demos batalla a los salvajes. ¡Dios no quiera que yo, o los míos, confiemos de nuevo en la fe de ningún siervo de los Luises!

—Quien desea prosperar en la guerra india —respondió el explorador—, no debe ser demasiado orgulloso para aprender del ingenio de un nativo. Ponla más a lo largo de la tierra, Sagamore; estamos doblando a los bribones, y quizás intenten seguir nuestro rastro en el cálculo largo.

Ojo de Halcón no se equivocaba; pues cuando los hurones encontraron que su curso probablemente los dejaría detrás de su presa, lo hicieron menos directo, hasta que, virando gradualmente más y más oblicuamente, las dos canoas, en poco tiempo, se deslizaban en líneas paralelas, a doscientos metros una de la otra. Ahora se convirtió por completo en una prueba de velocidad. Tan rápido era el progreso de las ligeras embarcaciones, que el lago se rizaba frente a ellas, en olas en miniatura, y su movimiento se volvió ondulante por su propia velocidad. Fue, quizás, debido a esta circunstancia, además de la necesidad de mantener cada mano empleada en los remos, que los hurones no recurrieron de inmediato a sus armas de fuego. Los esfuerzos de los fugitivos eran demasiado severos para continuar mucho tiempo, y los perseguidores tenían la ventaja del número. Duncan observó con inquietud, que el explorador comenzaba a mirar ansiosamente a su alrededor, como si buscara algún medio adicional para ayudar a su huida.

—Desvíala un poco más del sol, Sagamore —dijo el obstinado hombre del bosque—; veo que los bribones están reservando a un hombre para el

rifle. Un solo hueso roto podría costarnos nuestras cabelleras. Desvíate más del sol y pondremos la isla entre nosotros.

El expediente no carecía de utilidad. Una isla larga y baja yacía a poca distancia frente a ellos, y, al acercarse a ella, la canoa perseguidora se vio obligada a tomar un lado opuesto a aquel por el que pasaron los perseguidos. El explorador y sus compañeros no descuidaron esta ventaja, pero en el instante en que quedaron ocultos a la observación por los arbustos, redoblaron esfuerzos que antes habían parecido prodigiosos. Las dos Canoas doblaron el último punto bajo, como dos corceles a toda velocidad, tomando la delantera los fugitivos. Este cambio los había acercado más el uno al otro, sin embargo, mientras alteraba sus posiciones relativas.

—Demostraste conocimiento en la forma de una corteza de abedul, Uncas, cuando elegiste esta entre las Canoas huronas —dijo el explorador, sonriendo, aparentemente más satisfecho por su superioridad en la carrera que por la perspectiva de una huida final que ahora comenzaba a abrirse un poco ante ellos—. Los diablillos han puesto toda su fuerza de nuevo en los remos, y vamos a luchar por nuestras cabelleras con trozos de madera aplana-da, en lugar de con cañones nublados y ojos certeros. Un golpe largo, y juntos, amigos.

—Se están preparando para un disparo —dijo Heyward—; y como estamos en línea con ellos, difícilmente puede fallar.

—Meteos, entonces, en el fondo de la canoa —respondió el explorador—; vos y el coronel; será tanto quitado del tamaño del blanco.

Heyward sonrió, mientras respondía:

—Sería un mal ejemplo que el de más alto rango se agachara, mientras los guerreros estaban bajo fuego.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Eso sí que es coraje de hombre blanco! —exclamó el explorador—; ¡y como muchas de sus nociones, no puede sostenerse con la razón! ¿Creéis que el Sagamore, o Uncas, o incluso yo, que soy un hombre sin cruce, deliberaríamos sobre encontrar una cubierta en la refriega, cuando un cuerpo expuesto no haría ningún bien? ¿Para qué han levantado los franceses su Quebec, si la lucha siempre se ha de hacer en los claros?

—Todo lo que decís es muy cierto, amigo mío —replicó Heyward—; aun así, nuestras costumbres deben impedirnos hacer lo que deseáis.

Una descarga de los hurones interrumpió el discurso, y mientras las balas silbaban a su alrededor, Duncan vio la cabeza de Uncas volverse, mirando hacia atrás a él mismo y a Munro. A pesar de la cercanía del enemigo, y de su propio gran peligro personal, el semblante del joven guerrero no expresó otra emoción, como el primero se vio obligado a pensar, que asombro al encontrar hombres dispuestos a enfrentar una exposición tan inútil. Chingachgook probablemente estaba mejor familiarizado con las nociones de los hombres blancos, pues ni siquiera echó un vistazo a un lado de la mirada fija que su ojo mantenía en el objeto por el cual gobernaba su rumbo. Una bala pronto golpeó el remo ligero y pulido de las manos del jefe, y lo lanzó por el aire, muy por delante. Un grito surgió de los hurones, que aprovecharon la oportunidad para disparar otra descarga. Uncas describió un arco en el agua con su propia pala, y mientras la canoa pasaba rápidamente, Chingachgook recuperó su remo, y blandiendo en alto, dio el grito de guerra de los mohicanos, y luego prestó de nuevo su fuerza y habilidad a la importante tarea.

Los clamorosos sonidos de «¡Le Gros Serpent!» «¡La Longue Carabine!» «¡Le Cerf Agile!» brotaron de repente de las canoas de atrás, y parecieron dar nuevo celo a los perseguidores. El explorador agarró a "Mataciervos" con la mano izquierda y, elevándolo sobre su cabeza, lo sacudió en triunfo a sus enemigos. Los salvajes respondieron al insulto con un alarido, e inmediatamente siguió otra descarga. Las balas chapotearon a lo largo del lago, y una incluso perforó la corteza de su pequeña embarcación. No se pudo descubrir ninguna emoción perceptible en los mohicanos durante este momento crítico, sus rígidos rasgos no expresaban ni esperanza ni alarma; pero el explorador volvió de nuevo la cabeza y, riendo a su manera silenciosa, le dijo a Heyward:

—A los bribones les encanta oír los sonidos de sus piezas; ¡pero no se encuentra entre los mingos el ojo que pueda calcular un alcance verdadero en una canoa danzante! ¡Veis que los diablos mudos han quitado a un hombre para cargar, y por la medida más pequeña que se puede permitir, nos movemos tres pies por cada dos de ellos!

Duncan, que no estaba del todo tan tranquilo bajo esta precisa estimación de distancias como sus compañeros, se alegró de encontrar, sin embargo, que debido a su superior destreza, y a la distracción entre sus enemigos, estaban obteniendo muy sensiblemente la ventaja. Los hurones pronto dis-

pararon de nuevo, y una bala golpeó la pala del remo de Ojo de Halcón sin causar daño.

—Eso servirá —dijo el explorador, examinando la ligera muesca con un ojo curioso—; no habría cortado la piel de un infante, y mucho menos la de hombres que, como nosotros, han sido sopladados por los cielos en su ira. Ahora, mayor, si intentáis usar este trozo de madera aplanada, dejaré que "Mataciervos" tome parte en la conversación.

Heyward agarró el remo y se aplicó al trabajo con un afán que suplió la falta de habilidad, mientras Ojo de Halcón se ocupaba de inspeccionar la ceba de su rifle. Este último entonces apuntó rápidamente y disparó. El hurón en la proa de la canoa principal se había levantado con un objetivo similar, y ahora cayó hacia atrás, dejando que su arma se le escapara de las manos al agua. En un instante, sin embargo, recuperó el equilibrio, aunque sus gestos eran salvajes y desconcertados. En el mismo momento, sus compañeros suspendieron sus esfuerzos, y las canoas perseguidoras se agruparon y quedaron estacionarias. Chingachgook y Uncas aprovecharon el intervalo para recuperar el aliento, aunque Duncan continuó trabajando con la más perseverante industria. Padre e hijo ahora se lanzaron miradas tranquilas pero inquisitivas, para saber si alguno había sufrido alguna herida por el fuego; pues ambos bien sabían que ningún grito o exclamación, en tal momento de necesidad, se habría permitido para delatar el accidente. Unas pocas gotas grandes de sangre goteaban por el hombro del Sagamore, quien, cuando percibió que los ojos de Uncas se detenían demasiado en la vista, recogió un poco de agua en el hueco de su mano, y lavando la mancha, se contentó con manifestar, de esta manera simple, la levedad de la herida.

—Suavemente, suavemente, mayor —dijo el explorador, que para entonces había recargado su rifle—; ya estamos un poco demasiado lejos para que un rifle despliegue sus bellezas, y veis que aquellos diablillos están celebrando un consejo. Dejad que se acerquen a una distancia de tiro —se puede confiar bien en mi ojo en tal asunto— y seguiré el rastro de los bribones a lo largo del Horican, garantizando que ninguno de sus disparos, en el peor de los casos, hará más que romper la piel, ¡mientras que "Mataciervos" tocará la vida dos de cada tres veces!

—Olvidamos nuestra misión —respondió el diligente Duncan—. Por el amor de Dios, aprovechemos esta ventaja y aumentemos nuestra distancia

del enemigo.

—Dadme a mis hijas —dijo Munro, con voz ronca—; no juguéis más con la agonía de un padre, sino devolvedme a mis niñas.

La larga y habitual deferencia a los mandatos de sus superiores había enseñado al explorador la virtud de la obediencia. Lanzando una última y prolongada mirada a las canoas distantes, dejó a un lado su rifle y, aliviando al cansado Duncan, reasumió el remo, que manejaba con tendones que nunca se cansaban. Sus esfuerzos fueron secundados por los de los mohicanos, y muy pocos minutos sirvieron para colocar tal lámina de agua entre ellos y sus enemigos, que Heyward una vez más respiró libremente.

El lago ahora comenzaba a expandirse, y su ruta discurría a lo largo de un amplio trecho, que estaba bordeado, como antes, por altas y escarpadas montañas. Pero las islas eran pocas y fáciles de evitar. Los golpes de los remos se volvieron más medidos y regulares, mientras que quienes los manejaban continuaron su labor, después de la reñida y mortal persecución de la que acababan de librarse, con tanta frialdad como si su velocidad hubiera sido probada en un deporte, en lugar de en circunstancias tan apremiantes, no, casi desesperadas.

En lugar de seguir la orilla occidental, hacia donde los llevaba su misión, el cauto mohicano inclinó su rumbo más hacia aquellas colinas detrás de las cuales se sabía que Montcalm había conducido a su ejército hacia la formidable fortaleza de Ticonderoga. Como los hurones, a todas luces, habían abandonado la persecución, no había ninguna razón aparente para este exceso de cautela. Se mantuvo, sin embargo, durante horas, hasta que habían llegado a una bahía, cerca de la terminación norte del lago. Aquí la canoa fue llevada a la playa, y todo el grupo desembarcó. Ojo de Halcón y Heyward ascendieron a un acantilado adyacente, donde el primero, después de considerar la extensión de agua bajo él, señaló al segundo un pequeño objeto negro, que se cernía bajo un promontorio, a la distancia de varias millas.

—¿Lo veis? —demandó el explorador—. Ahora, ¿qué consideraríais ese punto, si se os dejara solo a la experiencia blanca para encontrar vuestro camino a través de esta naturaleza?

—Si no fuera por su distancia y su magnitud, supondría que es un pájaro. ¿Puede ser un objeto vivo?

—Es una canoa de buena corteza de abedul, y remada por fieros y astutos mingos. Aunque la Providencia ha prestado a quienes habitan los bosques ojos que serían innecesarios para los hombres en los asentamientos, donde hay invenciones para ayudar a la vista, sin embargo, ningún órgano humano puede ver todos los peligros que en este momento nos rodean. Estos bribones pretenden estar principalmente ocupados en su comida del atardecer, pero en el momento en que oscurezca estarán en nuestro rastro, tan seguros como sabuesos en el olor. Debemos despistarlos, o nuestra persecución de Le Renard Subtil puede darse por terminada. Estos lagos son útiles a veces, especialmente cuando la caza se mete en el agua —continuó el explorador, mirando a su alrededor con un semblante de preocupación—; pero no dan ninguna cubierta, excepto a los peces. Dios sabe lo que sería el país, si los asentamientos se extendieran alguna vez lejos de los dos ríos. Tanto la caza como la guerra perderían su belleza.

—No nos retrasemos ni un momento, sin alguna buena y obvia causa.

—Poco me gusta ese humo, que podéis ver serpentear a lo largo de la roca sobre la canoa —interrumpió el abstraído explorador—. ¡Mi vida en ello, otros ojos además de los nuestros lo ven, y conocen su significado! Bueno, las palabras no arreglarán el asunto, y es hora de que actuemos.

Ojo de Halcón se alejó del mirador y descendió, meditando profundamente, a la orilla. Comunicó el resultado de sus observaciones a sus compañeros, en delaware, y siguió una breve y seria consulta. Cuando terminó, los tres se pusieron instantáneamente a ejecutar sus nuevas resoluciones.

La canoa fue sacada del agua y, llevada sobre los hombros del grupo, se adentraron en el bosque, haciendo un rastro tan ancho y obvio como fuera posible. Pronto llegaron al curso de agua, que cruzaron, y, continuando adelante, hasta que llegaron a una extensa y desnuda roca. En este punto, donde se podía esperar que sus pisadas ya no fueran visibles, retrocedieron sobre su ruta hasta el arroyo, caminando hacia atrás, con el máximo cuidado. Ahora siguieron el lecho del pequeño arroyo hasta el lago, en el que inmediatamente lanzaron de nuevo su canoa. Un punto bajo los ocultaba del promontorio, y el margen del lago estaba bordeado a cierta distancia con densos y colgantes arbustos. Al amparo de estas ventajas naturales, se abrieron camino, con paciente industria, hasta que el explorador pronunció que creía que sería seguro desembarcar una vez más.

El alto continuó hasta que la tarde hizo los objetos indistintos e inciertos a la vista. Entonces reanudaron su ruta y, favorecidos por la oscuridad, avanzaron silenciosa y vigorosamente hacia la orilla occidental. Aunque el escarpado contorno de la montaña, hacia la que se dirigían, no presentaba marcas distintivas a los ojos de Duncan, el mohicano entró en el pequeño puerto que había seleccionado con la confianza y la precisión de un piloto experimentado.

La barca fue de nuevo levantada y llevada a los bosques, donde fue cuidadosamente ocultada bajo un montón de maleza. Los aventureros tomaron sus armas y bultos, y el explorador anunció a Munro y a Heyward que él y los indios estaban, al fin, listos para proceder.

CAPÍTULO XXI

Si encontráis un hombre allí, morirá muerte de pulga.

—Las alegres comadres de Windsor.

El grupo había desembarcado en el borde de una región que es, incluso hasta el día de hoy, menos conocida por los habitantes de los Estados que los desiertos de Arabia o las estepas de Tartaria. Era el distrito estéril y accidentado que separa los afluentes del Champlain de los del Hudson, el Mohawk y el San Lorenzo. Desde la época de nuestro relato, el espíritu activo del país lo ha rodeado con un cinturón de ricos y prósperos asentamientos, aunque solo se sabe que el cazador o el salvaje penetran, incluso ahora, en sus salvajes recovecos.

Como Ojo de Halcón y los mohicanos, sin embargo, habían atravesado a menudo las montañas y valles de esta vasta naturaleza, no dudaron en sumergirse en sus profundidades, con la libertad de hombres acostumbrados a sus privaciones y dificultades. Durante muchas horas, los viajeros avanzaron penosamente por su laborioso camino, guiados por una estrella o siguiendo la dirección de algún curso de agua, hasta que el explorador ordenó un alto y, tras una breve consulta con los indios, encendieron su fuego e hicieron los preparativos habituales para pasar el resto de la noche donde se encontraban.

Imitando el ejemplo y emulando la confianza de sus más experimentados asociados, Munro y Duncan durmieron sin temor, si no sin inquietud. Se permitió que los rocíos se exhalaran, y el sol había dispersado las nieblas, y derramaba una luz fuerte y clara en el bosque, cuando los viajeros reanudaron su viaje.

Después de avanzar unas pocas millas, el progreso de Ojo de Halcón, que lideraba la vanguardia, se volvió más deliberado y vigilante. A menudo se detenía para examinar los árboles; y no cruzaba un riachuelo sin considerar

atentamente la cantidad, la velocidad y el color de sus aguas. Desconfiando de su propio juicio, sus apelaciones a la opinión de Chingachgook eran frecuentes y serias. Durante una de estas conferencias, Heyward observó que Uncas permanecía como un oyente paciente y silencioso, aunque, imaginó, interesado. Se sintió fuertemente tentado de dirigirse al joven jefe y pedirle su opinión sobre su progreso; pero el comportamiento tranquilo y digno del nativo lo indujo a creer que, al igual que él, el otro dependía por completo de la sagacidad y la inteligencia de los mayores del grupo. Finalmente, el explorador habló en inglés y explicó de inmediato el apuro de su situación.

—Cuando descubrí que el camino de regreso de los hurones corría hacia el norte —dijo—, no se necesitó el juicio de muchos largos años para saber que seguirían los valles y se mantendrían entre las aguas del Hudson y el Horican, hasta que pudieran dar con las fuentes de los arroyos de Canadá, que los llevarían al corazón del país de los franceses. Sin embargo, aquí estamos, a corta distancia de los Scaroons, ¡y no hemos cruzado ni una señal de rastro! La naturaleza humana es débil, y es posible que no hayamos tomado el rastro correcto.

—¡Que el cielo nos proteja de tal error! —exclamó Duncan—. Volvamos sobre nuestros pasos y examinemos mientras avanzamos, con ojos más agudos. ¿No tiene Uncas ningún consejo que ofrecer en tal aprieto?

El joven mohicano lanzó una mirada a su padre, pero, manteniendo su semblante tranquilo y reservado, continuó en silencio. Chingachgook había captado la mirada y, haciendo un gesto con la mano, le ordenó que hablara. En el momento en que se le concedió este permiso, el semblante de Uncas cambió de su grave compostura a un destello de inteligencia y alegría. Saltando hacia adelante como un ciervo, subió de un brinco por la ladera de una pequeña cuesta, unas pocas varas más adelante, y se detuvo, exultante, sobre un trozo de tierra fresca, que parecía como si hubiera sido removida recientemente por el paso de algún animal pesado. Los ojos de todo el grupo siguieron el inesperado movimiento y leyeron su éxito en el aire de triunfo que el joven asumió.

—¡Es el rastro! —exclamó el explorador, avanzando hacia el lugar—; el muchacho es rápido de vista y agudo de ingenio para sus años.

—Es extraordinario que haya retenido su conocimiento tanto tiempo —murmuró Duncan, a su codo.

—Habría sido más maravilloso si hubiera hablado sin que se lo pidieran. No, no; vuestro joven blanco, que recoge su saber de los libros y puede medir lo que sabe por la página, puede presumir de que su conocimiento, como sus piernas, supera al de sus padres, pero, donde la experiencia es la maestra, se le hace saber al erudito el valor de los años, y los respeta en consecuencia.

—¡Mirad! —dijo Uncas, señalando al norte y al sur, a las evidentes marcas del ancho rastro a cada lado de él—, la de pelo oscuro ha ido hacia el bosque.

—Jamás sabueso corrió tras un rastro más hermoso —respondió el explorador, lanzándose de inmediato por la ruta indicada—; somos favorecidos, grandemente favorecidos, y podemos seguir con la nariz alta. Ay, aquí están vuestras dos bestias que se contonean: este hurón viaja como un general blanco. ¡El tipo está afectado por un juicio, y está loco! Estad atentos a las ruedas, Sagamore —continuó, mirando hacia atrás y riendo con su recién despertada satisfacción—; pronto tendremos al tonto viajando en un coche, y eso con tres de los mejores pares de ojos de las fronteras a su retaguardia.

Los ánimos del explorador, y el asombroso éxito de la persecución, en la que se había recorrido una distancia tortuosa de más de cuarenta millas, no dejaron de impartir una porción de esperanza a todo el grupo. Su avance fue rápido; y se hizo con tanta confianza como un viajero procedería por una ancha carretera. Si una roca, o un riachuelo, o un trozo de tierra más duro de lo común, rompía los eslabones de la pista que seguían, el ojo certero del explorador los recuperaba a distancia, y rara vez hacía necesaria la demora de un solo momento. Su progreso se vio muy facilitado por la certeza de que Magua había encontrado necesario viajar a través de los valles; una circunstancia que hacía segura la dirección general de la ruta. Ni el hurón había descuidado por completo las artes practicadas uniformemente por los nativos cuando se retiraban frente a un enemigo. Los rastros falsos y los giros repentinos eran frecuentes, dondequiera que un arroyo o la formación del terreno los hacían factibles; pero sus perseguidores rara vez eran engañados, y nunca dejaban de detectar su error, antes de haber perdido tiempo o distancia en la pista engañosa.

A media tarde habían pasado los Scaroons, y seguían la ruta del sol poniente. Después de descender una eminencia a una hondonada baja, a

través de la cual se deslizaba una rápida corriente, llegaron de repente a un lugar donde la partida de Le Renard había hecho un alto. Tizones apagados yacían alrededor de un manantial, los despojos de un ciervo estaban esparcidos por el lugar, y los árboles mostraban evidentes marcas de haber sido ramoneados por los caballos. A poca distancia, Heyward descubrió, y contempló con tierna emoción, la pequeña enramada bajo la cual se complacía en creer que Cora y Alice habían reposado. Pero mientras la tierra estaba pisoteada, y las huellas tanto de hombres como de bestias eran tan claramente visibles alrededor del lugar, el rastro parecía haber terminado de repente.

Era fácil seguir las huellas de los Narragansetts, pero parecían solo haber vagado sin guías, o sin otro objeto que la búsqueda de alimento. Finalmente, Uncas, quien, con su padre, se había esforzado por rastrear la ruta de los caballos, dio con una señal de su presencia que era bastante reciente. Antes de seguir la pista, comunicó su éxito a sus compañeros; y mientras estos últimos consultaban sobre la circunstancia, el joven reapareció, llevando las dos potras, con las sillas rotas y las gualdrapas sucias, como si se les hubiera permitido correr a su antojo durante varios días.

—¿Qué prueba esto? —dijo Duncan, palideciendo y recorriendo con la mirada a su alrededor, como si temiera que la maleza y las hojas estuvieran a punto de revelar algún horrible secreto.

—Que nuestra marcha ha llegado a un rápido final, y que estamos en país enemigo —respondió el explorador—. Si el bribón hubiera estado presionado, y las gentiles damas necesitaran caballos para mantenerse al día con el grupo, podría haberles arrancado la cabellera; pero sin un enemigo a sus talones, y con bestias tan rudas como estas, no les habría tocado ni un pelo de la cabeza. Conozco vuestros pensamientos, y sea vergüenza para nuestro color que tengáis razón para ellos; pero quien piensa que incluso un mingo maltrataría a una mujer, a menos que sea para darle un hachazo, no sabe nada de la naturaleza india, ni de las leyes de los bosques. No, no; he oído que los indios franceses han venido a estas colinas a cazar alces, y nos estamos acercando al olor de su campamento. ¿Por qué no habrían de hacerlo? Los cañonazos matutinos y vespertinos de Ty pueden oírse cualquier día entre estas montañas; pues los franceses están trazando una nueva línea entre las provincias del rey y los Canadá. Es cierto que los caballos están aquí,

pero los hurones se han ido; busquemos, pues, el camino por el que se separaron.

Ojo de Halcón y los mohicanos se aplicaron ahora a su tarea con toda seriedad. Se trazó un círculo de unos cientos de pies de circunferencia, y cada uno del grupo tomó un segmento como su porción. El examen, sin embargo, no resultó en ningún descubrimiento. Las impresiones de las pisadas eran numerosas, pero todas parecían de hombres que habían vagado por el lugar, sin ninguna intención de abandonarlo. De nuevo, el explorador y sus compañeros hicieron el circuito del lugar de parada, cada uno siguiendo lentamente al otro, hasta que se reunieron en el centro una vez más, no más sabios que cuando empezaron.

—Tal astucia no carece de diablura —exclamó Ojo de Halcón, cuando se encontró con las miradas decepcionadas de sus asistentes.

—Debemos ponernos a ello, Sagamore, comenzando en el manantial, y recorriendo el terreno pulgada a pulgada. El hurón nunca se jactará en su tribu de que tiene un pie que no deja huella.

Dando el ejemplo él mismo, el explorador se enfrascó en el escrutinio con renovado celo. No se dejó una hoja sin voltear. Se quitaron los palos y se levantaron las piedras; pues se sabía que la astucia india adoptaba frecuentemente estos objetos como cubiertas, trabajando con la máxima paciencia e industria, para ocultar cada pisada a medida que avanzaban. Aún así, no se hizo ningún descubrimiento. Al fin, Uncas, cuya actividad le había permitido terminar su porción de la tarea el primero, rastrilló la tierra a través del turbio riachuelo que manaba del manantial, y desvió su curso hacia otro canal. Tan pronto como su estrecho lecho por debajo de la presa estuvo seco, se inclinó sobre él con ojos agudos y curiosos. Un grito de exultación anunció inmediatamente el éxito del joven guerrero. Todo el grupo se agolpó en el lugar donde Uncas señaló la impresión de un mocasín en el aluvión húmedo.

—Este muchacho será un honor para su pueblo —dijo Ojo de Halcón, contemplando el rastro con tanta admiración como un naturalista dedicaría al colmillo de un mamut o la costilla de un mastodonte—; ay, y una espina en el costado de los hurones. ¡Sin embargo, esa no es la pisada de un indio! el peso está demasiado en el talón, y los dedos están cuadrados, ¡como si uno de los bailarines franceses hubiera estado aquí, haciendo cabriolas para

su tribu! Corre de vuelta, Uncas, y tráeme el tamaño del pie del cantor. Encontrarás una hermosa huella suya justo enfrente de aquella roca, contra la ladera.

Mientras el joven estaba ocupado en esta comisión, el explorador y Chingachgook consideraban atentamente las impresiones. Las medidas coincidían, y el primero pronunció sin vacilar que la pisada era la de David, a quien una vez más se le había hecho cambiar sus zapatos por mocasines.

— Ahora puedo leerlo todo, tan claramente como si hubiera visto las artes de Le Subtil — añadió —; siendo el cantor un hombre cuyos dones residían principalmente en su garganta y sus pies, se le hizo ir primero, y los otros han pisado en sus pasos, imitando su formación.

— Pero — gritó Duncan —, no veo señales de...

— Las gentiles damas — interrumpió el explorador —; el bribón ha encontrado una manera de llevarlas, hasta que supuso que había despistado a cualquier seguidor. ¡Mi vida en ello, volveremos a ver sus bonitos piecitos, antes de que pasen muchas varas!

Todo el grupo procedió ahora, siguiendo el curso del riachuelo, manteniendo los ojos ansiosos en las impresiones regulares. El agua pronto volvió a fluir en su lecho, pero vigilando el terreno a cada lado, los hombres del bosque siguieron su camino, contentos de saber que el rastro yacía debajo. Se recorrió más de media milla, antes de que el riachuelo ondulara cerca de la base de una extensa y seca roca. Aquí se detuvieron para asegurarse de que los hurones no habían abandonado el agua.

Fue afortunado que lo hicieran. Pues el rápido y activo Uncas pronto encontró la impresión de un pie en un manojo de musgo, donde parecería que un indio había pisado inadvertidamente. Siguiendo la dirección dada por este descubrimiento, entró en la espesura vecina y dio con el rastro, tan fresco y obvio como había estado antes de que llegaran al manantial. Otro grito anunció la buena fortuna del joven a sus compañeros, y de inmediato terminó la búsqueda.

— Ay, ha sido planeado con juicio indio — dijo el explorador, cuando el grupo se reunió alrededor del lugar —, y habría cegado a ojos blancos.

— ¿Procedemos? — demandó Heyward.

—Suavemente, suavemente, conocemos nuestro camino; pero es bueno examinar la formación de las cosas. Esta es mi escuela, mayor; y si uno descuida el libro, hay pocas posibilidades de aprender de la tierra abierta de la Providencia. Todo está claro menos una cosa, que es la manera en que el bribón se las ingenió para llevar a las gentiles damas por el rastro ciego. Incluso un hurón sería demasiado orgulloso para dejar que sus tiernos pies tocaran el agua.

—¿Ayudará esto a explicar la dificultad? —dijo Heyward, señalando los fragmentos de una especie de parihuela, que había sido rudamente construida con ramas y atada con varas, y que ahora parecía descuidadamente arrojada a un lado como inútil.

—¡Está explicado! —gritó el encantado Ojo de Halcón—. ¡Si esos bribones han pasado un minuto, han pasado horas esforzándose en fabricar un final mentiroso para su rastro! Bueno, los he conocido desperdiciar un día de la misma manera para tan poco propósito. Aquí tenemos tres pares de mocasines y dos de piecitos. ¡Es asombroso que cualquier ser mortal pueda viajar sobre miembros tan pequeños! Pásame la correa de piel de gamo, Uncas, y déjame tomar la medida de este pie. ¡Por el Señor, no es más largo que el de un niño, y sin embargo las doncellas son altas y hermosas! Que la Providencia es parcial en sus dones, por sus propias sabias razones, los mejores y más contentos de nosotros debemos admitirlo.

—Los tiernos miembros de mis hijas son desiguales a estas penalidades —dijo Munro, mirando las ligeras pisadas de sus hijas, con el amor de un padre—; encontraremos sus cuerpos desfallecientes en este desierto.

—De eso hay poca causa de temor —respondió el explorador, sacudiendo lentamente la cabeza—; este es un paso firme y recto, aunque ligero, y no demasiado largo. Ved, el talón apenas ha tocado el suelo; y allí la de pelo oscuro ha dado un pequeño salto, de raíz a raíz. No, no; mi conocimiento por ello, ninguna de ellas estaba cerca de desmayarse, por aquí. Ahora, el cantor empezaba a tener los pies doloridos y las piernas cansadas, como es evidente por su rastro. Ahí, veis, resbaló; aquí ha viajado ancho y ha tambaleado; y ahí de nuevo parece como si viajara con raquetas de nieve. Ay, ay, un hombre que usa su garganta por completo, difícilmente puede dar a sus piernas un entrenamiento adecuado.

De tan innegable testimonio, el experimentado hombre del bosque llegó a la verdad, con casi tanta certeza y precisión como si hubiera sido testigo de todos aquellos eventos que su ingenio tan fácilmente elucidaba. Animado por estas seguridades, y satisfecho por un razonamiento que era tan obvio, mientras era tan simple, el grupo reanudó su curso, después de hacer un breve alto, para tomar una apresurada comida.

Cuando la comida terminó, el explorador lanzó una mirada hacia el sol poniente, y avanzó con una rapidez que obligó a Heyward y al todavía vigoroso Munro a ejercer todos sus músculos para igualarlo. Su ruta ahora yacía a lo largo de la hondonada que ya se ha mencionado. Como los hurones no habían hecho más esfuerzos por ocultar sus pisadas, el progreso de los perseguidores ya no se retrasaba por la incertidumbre. Antes de que hubiera transcurrido una hora, sin embargo, la velocidad de Ojo de Halcón disminuyó sensiblemente, y su cabeza, en lugar de mantener su anterior mirada directa y hacia adelante, comenzó a girar sospechosamente de lado a lado, como si fuera consciente de un peligro que se aproximaba. Pronto se detuvo de nuevo, y esperó a que todo el grupo se acercara.

—Huelo a los hurones —dijo, hablando a los mohicanos—; allá hay cielo abierto, a través de las copas de los árboles, y nos estamos acercando demasiado a su campamento. Sagamore, tú tomarás la ladera, a la derecha; Uncas se desviará a lo largo del arroyo a la izquierda, mientras yo probaré el rastro. Si algo sucediera, la llamada serán tres graznidos de un cuervo. Vi a uno de los pájaros abanicándose en el aire, justo más allá del roble muerto; otra señal de que nos acercamos a un campamento.

Los indios partieron por sus diversos caminos sin responder, mientras Ojo de Halcón procedía cautelosamente con los dos caballeros. Heyward pronto se acercó al lado de su guía, ansioso por echar un primer vistazo a aquellos enemigos que había perseguido con tanto esfuerzo y ansiedad. Su compañero le dijo que se deslizara hasta el borde del bosque, que, como de costumbre, estaba bordeado por una espesura, y esperara su llegada, pues deseaba examinar ciertas señales sospechosas un poco a un lado. Duncan obedeció, y pronto se encontró en una situación para dominar una vista que encontró tan extraordinaria como novedosa.

Los árboles de muchos acres habían sido talados, y el resplandor de una suave tarde de verano había caído sobre el claro, en hermoso contraste con

la luz grisácea del bosque. A corta distancia del lugar donde se encontraba Duncan, la corriente parecía haberse expandido en un pequeño lago, cubriendo la mayor parte de la tierra baja, de montaña a montaña. El agua caía de esta ancha cuenca, en una catarata tan regular y suave, que parecía más bien obra de manos humanas que modelada por la naturaleza. Un centenar de viviendas de tierra se alzaban en el margen del lago, e incluso en sus aguas, como si estas últimas hubieran desbordado sus orillas habituales. Sus techos redondeados, admirablemente moldeados para la defensa contra el clima, denotaban más industria y previsión de las que los nativos solían dedicar a sus habitaciones regulares, y mucho menos a las que ocupaban para los propósitos temporales de caza y guerra. En resumen, toda la aldea o pueblo, como quiera que se le llame, poseía más método y pulcritud de ejecución de lo que los hombres blancos estaban acostumbrados a creer que pertenecía, ordinariamente, a los hábitos indios. Parecía, sin embargo, estar desierta. Al menos, así lo pensó Duncan durante muchos minutos; pero, al fin, le pareció descubrir varias formas humanas avanzando hacia él a cuatro patas, y aparentemente arrastrando en su séquito alguna máquina pesada y, como rápidamente comprendió, formidable. Justo entonces, unas pocas cabezas de aspecto oscuro asomaron de las viviendas, y el lugar pareció de repente vivo de seres, que, sin embargo, se deslizaban de cubierta en cubierta tan rápidamente, como para no permitir oportunidad de examinar sus humores o actividades. Alarmado por estos movimientos sospechosos e inexplicables, estaba a punto de intentar la señal de los cuervos, cuando el susurro de las hojas a mano atrajo sus ojos en otra dirección.

El joven se sobresaltó y retrocedió unos pasos instintivamente, cuando se encontró a cien yardas de un indio extraño. Recuperando el recuerdo al instante, en lugar de dar la alarma, lo que podría resultar fatal para él, permaneció inmóvil, un atento observador de los movimientos del otro.

Un instante de observación tranquila sirvió para asegurar a Duncan que no había sido descubierto. El nativo, al igual que él, parecía ocupado en considerar las bajas viviendas de la aldea y los movimientos furtivos de sus habitantes. Era imposible descubrir la expresión de sus rasgos a través de la grotesca máscara de pintura bajo la que estaban ocultos, aunque a Duncan le pareció que era más bien melancólica que salvaje. Su cabeza estaba rapada, como de costumbre, con la excepción de la coronilla, de cuyo mechón colgaban sueltas tres o cuatro plumas desvaídas de un ala de halcón. Un an-

drajoso manto de calicó rodeaba a medias su cuerpo, mientras que su prenda inferior se componía de una camisa ordinaria, cuyas mangas se usaban para realizar la función que usualmente se ejecuta con un arreglo mucho más cómodo. Sus piernas, sin embargo, estaban cubiertas con un par de buenos mocasines de piel de ciervo. En conjunto, la apariencia del individuo era desolada y miserable.

Duncan todavía observaba curiosamente la persona de su vecino cuando el explorador se deslizó silenciosa y cautelosamente a su lado.

— Veis que hemos llegado a su asentamiento o campamento —susurró el joven—; y aquí está uno de los salvajes en persona, en una posición muy embarazosa para nuestros futuros movimientos.

Ojo de Halcón se sobresaltó y dejó caer su rifle cuando, dirigido por el dedo de su compañero, el extraño apareció ante su vista. Luego, bajando la peligrosa boca del arma, estiró su largo cuello, como para ayudar a un escrutinio que ya era intensamente agudo.

— El diablillo no es un hurón —dijo—, ni de ninguna de las tribus de Canadá; y sin embargo, ved, por sus ropas, que el bribón ha estado saqueando a un blanco. Ay, Montcalm ha rastrillado los bosques para su incursión, y ¡vaya caterva de bribones aulladores y asesinos que ha reunido! ¿Podéis ver dónde ha puesto su rifle o su arco?

— Parece no tener armas; ni parece tener inclinaciones viciosas. A menos que comunique la alarma a sus compañeros, que, como veis, andan merodeando por el agua, poco tenemos que temer de él.

El explorador se volvió hacia Heyward y lo miró un momento con asombro manifiesto. Luego, abriendo bien la boca, se entregó a una risa desenfrenada y sentida, aunque de esa manera silenciosa y peculiar que el peligro le había enseñado a practicar durante tanto tiempo.

Repitiendo las palabras, «¡Compañeros que andan merodeando por el agua!», añadió: «¡tanto por la escuela y por pasar la niñez en los asentamientos! El bribón tiene piernas largas, sin embargo, y no se debe confiar en él. Mantenedlo bajo vuestro rifle mientras yo me arrastro por detrás, a través de la maleza, y lo tomo vivo. No disparéis bajo ninguna circunstancia».

Heyward ya había permitido que su compañero enterrara parte de su persona en la espesura, cuando, extendiendo el brazo, lo detuvo para preguntar:

—Si os veo en peligro, ¿no puedo arriesgar un disparo?

Ojo de Halcón lo miró un momento, como quien no sabe cómo tomar la pregunta; luego, asintiendo con la cabeza, respondió, todavía riendo, aunque inaudiblemente:

—Disparad un pelotón entero, mayor.

Al momento siguiente estaba oculto por las hojas. Duncan esperó varios minutos con febril impaciencia, antes de volver a vislumbrar al explorador. Luego reapareció, arrastrándose por la tierra, de la cual su vestimenta apenas se distinguía, directamente a la retaguardia de su pretendido cautivo. Habiendo llegado a pocas yardas de este último, se puso de pie, silenciosa y lentamente. En ese instante, se dieron varios golpes fuertes en el agua, y Duncan volvió los ojos justo a tiempo para percibir que un centenar de formas oscuras se zambullían, en masa, en la pequeña lámina de agua turbia. Agarrando su rifle, sus miradas se clavaron de nuevo en el indio cercano. En lugar de alarmarse, el inconsciente salvaje estiró el cuello, como si él también observara los movimientos alrededor del sombrío lago, con una especie de tonta curiosidad. Mientras tanto, la mano levantada de Ojo de Halcón estaba sobre él. Pero, sin ninguna razón aparente, fue retirada, y su dueño se entregó a otro largo, aunque todavía silencioso, ataque de risa. Cuando la peculiar y sentida risa de Ojo de Halcón terminó, en lugar de agarrar a su víctima por la garganta, le dio un ligero golpecito en el hombro, y exclamó en voz alta:

—¡Y bien, amigo! ¿tienes ganas de enseñar a los castores a cantar?

—Así es —fue la pronta respuesta—. Parecería que el Ser que les dio poder para mejorar tan bien Sus dones, no les negaría voces para proclamar Su alabanza.

CAPÍTULO XXII

Bot.—¿Estamos todos reunidos?

Qui.—Caballero, caballero; y he aquí un lugar maravillosamente conveniente para nuestro ensayo.

—Sueño de una noche de verano

El lector puede imaginar mejor de lo que nosotros describimos la sorpresa de Heyward. Sus indios al acecho se convirtieron de repente en bestias de cuatro patas; su lago en un estanque de castores; su catarata en una presa, construida por aquellos industriosos e ingeniosos cuadrúpedos; y un enemigo sospechoso en su probado amigo, David Gamut, el maestro de salmodia. La presencia de este último creó tantas esperanzas inesperadas relativas a las hermanas que, sin un momento de vacilación, el joven salió de su emboscada y se lanzó hacia adelante para unirse a los dos actores principales de la escena.

La alegría de Ojo de Halcón no se apaciguó fácilmente. Sin ceremonia, y con mano ruda, hizo girar al flexible Gamut sobre sus talones, y más de una vez afirmó que los hurones se habían lucido con la moda de su atuendo. Luego, agarrando la mano del otro, la apretó con una fuerza que hizo brotar lágrimas en los ojos del plácido David, y le deseó alegría por su nueva condición.

—¿Estabais a punto de empezar vuestras prácticas de garganta entre los castores, eh? —dijo—. Los astutos diablos ya conocen la mitad del oficio, pues marcan el tiempo con sus colas, como acabáis de oír; y a buen tiempo fue, además, o "Mataciervos" podría haber sonado la primera nota entre ellos. He conocido a tontos más grandes, que sabían leer y escribir, que un viejo castor experimentado; ¡pero en cuanto a chillar, los animales nacen mudos! ¿Qué pensáis de una canción como esta?

David se tapó sus sensibles oídos, e incluso Heyward, advertido como estaba de la naturaleza del grito, miró hacia arriba en busca del pájaro, mientras el graznido de un cuervo resonaba en el aire a su alrededor.

—¡Ved! —continuó el risueño explorador, mientras señalaba al resto del grupo, que, en obediencia a la señal, ya se acercaba—; esta es música que tiene sus virtudes naturales; trae dos buenos rifles a mi codo, por no hablar de los cuchillos y tomahawks. Pero vemos que estáis a salvo; ahora decidnos qué ha sido de las doncellas.

—Son cautivas de los paganos —dijo David—; y, aunque muy atribuladas en espíritu, gozan de consuelo y seguridad en el cuerpo.

—¡Ambas! —demandó el jadeante Heyward.

—Así es. Aunque nuestro peregrinaje ha sido penoso y nuestro sustento escaso, hemos tenido poca otra causa de queja, excepto la violencia hecha a nuestros sentimientos, al ser así llevados en cautiverio a una tierra lejana.

—¡Bendito seáis por estas mismas palabras! —exclamó el tembloroso Munro—; ¡recibiré entonces a mis niñas, inmaculadas y angelicales, como las perdí!

—No sé si su liberación está cerca —respondió el dubitativo David—; el líder de estos salvajes está poseído por un espíritu maligno que ningún poder inferior a la Omnipotencia puede domar. Lo he intentado dormido y despierto, pero ni los sonidos ni el lenguaje parecen tocar su alma.

—¿Dónde está el bribón? —interrumpió bruscamente el explorador.

—Caza alces hoy, con sus jóvenes; y mañana, según oigo, se adentran más en los bosques, y más cerca de las fronteras de Canadá. La doncella mayor es conducida a un pueblo vecino, cuyas cabañas están situadas más allá de aquel negro pináculo de roca; mientras que la menor está detenida entre las mujeres de los hurones, cuyas viviendas están a solo dos cortas millas de aquí, en una meseta, donde el fuego ha hecho el oficio del hacha, y ha preparado el lugar para su recepción.

—¡Alice, mi gentil Alice! —murmuró Heyward—; ¡ha perdido el consuelo de la presencia de su hermana!

—Así es. Pero en lo que respecta a la alabanza y la acción de gracias en la salmodia para atemperar el espíritu en la aflicción, no ha sufrido.

—¿Tiene entonces corazón para la música?

—Del carácter más grave y solemne; aunque debe reconocerse que, a pesar de todos mis esfuerzos, la doncella llora más a menudo de lo que sonríe. En tales momentos me abstengo de insistir en los cantos sagrados; pero hay muchos períodos dulces y confortables de comunicación satisfactoria, cuando los oídos de los salvajes se asombran con las elevaciones de nuestras voces.

—¿Y por qué se os permite andar suelto, sin vigilancia?

David compuso sus rasgos en lo que pretendía que expresara un aire de modesta humildad, antes de responder mansamente:

—Poca sea la alabanza para un gusano como yo. Pero, aunque el poder de la salmodia fue suspendido en el terrible asunto de aquel campo de sangre por el que hemos pasado, ha recuperado su influencia incluso sobre las almas de los paganos, y se me permite ir y venir a voluntad.

El explorador se rió y, golpeándose la frente significativamente, quizás explicó la singular indulgencia de manera más satisfactoria cuando dijo:

—Los indios nunca dañan a un loco. Pero ¿por qué, cuando el camino se abría ante vuestros ojos, no volvisteis sobre vuestro propio rastro (no es tan ciego como el que haría una ardilla), y trajisteis las noticias a Edward?

El explorador, recordando solo su propia naturaleza robusta y férrea, probablemente había exigido una tarea que David, bajo ninguna circunstancia, podría haber realizado. Pero, sin perder por completo la mansedumbre de su aire, este último se contentó con responder:

—Aunque mi alma se regocijaría de visitar de nuevo las habitaciones de la cristiandad, mis pies preferirían seguir a los tiernos espíritus confiados a mi custodia, incluso a la idólatra provincia de los jesuitas, que dar un paso atrás, mientras ellas languidecían en cautiverio y dolor.

Aunque el lenguaje figurado de David no era muy inteligible, la expresión sincera y firme de su ojo, y el brillo de su honesto semblante, no eran fáciles de confundir. Uncas se acercó más a su lado, y miró al orador con una mirada de encomio, mientras que su padre expresó su satisfacción con la ordinaria y concisa exclamación de aprobación. El explorador sacudió la cabeza mientras replicaba:

—¡El Señor nunca tuvo la intención de que el hombre pusiera todos sus esfuerzos en su garganta, descuidando otros y mejores dones! Pero ha caído en manos de alguna mujer tonta, cuando debería haber estado reuniendo su educación bajo un cielo azul, entre las bellezas del bosque. Toma, amigo; tenía la intención de encender un fuego con este silbato tuyo; pero, como valoras la cosa, tómala, y sopla lo mejor que puedas en ella.

Gamut recibió su diapasón con una expresión de placer tan fuerte como creía compatible con las graves funciones que ejercía. Después de ensayar sus virtudes repetidamente, en contraste con su propia voz, y, satisfaciéndose de que no se había perdido nada de su melodía, hizo una demostración muy seria de lograr unas cuantas estrofas de una de las efusiones más largas del pequeño volumen tan a menudo mencionado.

Heyward, sin embargo, interrumpió apresuradamente su piadoso propósito continuando con preguntas sobre la condición pasada y presente de sus compañeras cautivas, y de una manera más metódica de lo que sus sentimientos le habían permitido en la apertura de su entrevista. David, aunque miraba su tesoro con ojos anhelantes, se vio obligado a responder, especialmente porque el venerable padre tomó parte en los interrogatorios, con un interés demasiado imponente para ser negado. Ni el explorador dejó de lanzar una pregunta pertinente, cada vez que se presentaba una ocasión adecuada. De esta manera, aunque con frecuentes interrupciones que se llenaban con ciertos sonidos amenazantes del instrumento recuperado, los perseguidores fueron puestos en posesión de las circunstancias principales que probablemente resultarían útiles para lograr su gran y absorbente objetivo: la recuperación de las hermanas. La narrativa de David fue simple, y los hechos pocos.

Magua había esperado en la montaña hasta que se presentó un momento seguro para retirarse, y entonces había descendido y tomado la ruta a lo largo del lado occidental del Horican en dirección a los Canadás. Como el sutil hurón estaba familiarizado con los caminos, y bien sabía que no había peligro inmediato de persecución, su progreso había sido moderado, y lejos de ser fatigoso. Parecía, por la declaración sin adornos de David, que su propia presencia había sido más bien soportada que deseada; aunque ni siquiera Magua había estado completamente exento de esa veneración con la que los indios consideran a aquellos a quienes el Gran Espíritu ha visitado en sus intelectos. Por la noche, se había tenido el máximo cuidado de las

cautivas, tanto para prevenir daños por las humedades de los bosques como para protegerse contra una fuga. En el manantial, los caballos fueron soltados, como se ha visto; y, a pesar de la lejanía y la longitud de su rastro, se recurrió a los artificios ya mencionados, para cortar toda pista sobre su lugar de retiro. A su llegada al campamento de su gente, Magua, en obediencia a una política rara vez abandonada, separó a sus prisioneras. Cora había sido enviada a una tribu que ocupaba temporalmente un valle adyacente, aunque David era demasiado ignorante de las costumbres y la historia de los nativos para poder declarar algo satisfactorio sobre su nombre o carácter. Solo sabía que no habían participado en la reciente expedición contra William Henry; que, como los propios hurones, eran aliados de Montcalm; y que mantenían una relación amistosa, aunque vigilante, con el pueblo guerrero y salvaje con el que el azar los había puesto, por un tiempo, en un contacto tan estrecho y desagradable.

Los mohicanos y el explorador escucharon su narrativa interrumpida e imperfecta, con un interés que obviamente aumentaba a medida que avanzaba; y fue mientras intentaba explicar las actividades de la comunidad en la que Cora estaba detenida, que este último abruptamente demandó:

—¿Viste la forma de sus cuchillos? ¿eran de fabricación inglesa o francesa?

—Mis pensamientos no estaban puestos en tales vanidades, sino más bien mezclados en consolación con los de las doncellas.

—Puede llegar el momento en que no consideres el cuchillo de un salvaje una vanidad tan despreciable —respondió el explorador, con una fuerte expresión de desprecio por la torpeza del otro—. ¿Celebraron su fiesta del maíz, o puedes decir algo de los tótems de la tribu?

—De maíz, tuvimos muchas y abundantes fiestas; pues el grano, estando en leche, es a la vez dulce a la boca y confortable al estómago. De tótem, no conozco el significado; pero si pertenece de alguna manera al arte de la música india, no es necesario preguntárselo a ellos. Nunca unen sus voces en alabanza, y parecería que están entre los más profanos de los idólatras.

—En eso calumnias la naturaleza de un indio. Incluso el mingo no adora sino al Dios verdadero y amoroso. Es una fabricación perversa de los blancos, y lo digo para vergüenza de mi color, la que haría que el guerrero se

inclinara ante imágenes de su propia creación. Es cierto, se esfuerzan por hacer treguas con el maligno, ¡como quién no lo haría con un enemigo que no puede conquistar! pero solo buscan favor y ayuda en el Gran y Buen Espíritu.

— Puede que así sea — dijo David —; pero he visto imágenes extrañas y fantásticas dibujadas en su pintura, de las cuales su admiración y cuidado sabían a orgullo espiritual; especialmente una, y esa, además, un objeto in-mundo y repugnante.

— ¿Era una serpiente? — demandó rápidamente el explorador.

— Más o menos lo mismo. Tenía la semejanza de una abyecta y reptante tortuga.

— ¡Hugh! — exclamaron ambos atentos mohicanos a la vez; mientras el explorador sacudía la cabeza con el aire de quien ha hecho un descubrimiento importante pero de ninguna manera agradable. Entonces el padre habló, en el lenguaje de los delawares, y con una calma y una dignidad que instantáneamente captaron la atención incluso de aquellos a quienes sus palabras eran ininteligibles. Sus gestos eran impresionantes, y a veces enérgicos. Una vez levantó el brazo en alto; y, al descender, la acción apartó los pliegues de su ligero manto, un dedo descansando sobre su pecho, como si quisiera reforzar su significado con la actitud. Los ojos de Duncan siguieron el movimiento, y percibió que el animal recién mencionado estaba hermosa, aunque débilmente, trabajado en tinte azul, sobre el pecho moreno del jefe. Todo lo que había oído sobre la violenta separación de las vastas tribus de los delawares cruzó su mente, y esperó el momento adecuado para hablar, con un suspense que se hacía casi intolerable por su interés en lo que estaba en juego. Su deseo, sin embargo, fue anticipado por el explorador que se apartó de su amigo rojo, diciendo:

— Hemos encontrado algo que puede ser bueno o malo para nosotros, según disponga el cielo. ¡El Sagamore es de la alta sangre de los delawares, y es el gran jefe de sus Tortugas! Que algunos de esta estirpe están entre la gente de la que nos habla el cantor, es evidente por sus palabras; y, si solo hubiera gastado la mitad del aliento en preguntas prudentes que ha desperdiciado haciendo una trompeta de su garganta, podríamos haber sabido cuántos guerreros contaban. Es, en conjunto, un camino peligroso en el que

nos movemos; pues un amigo cuyo rostro se aparta de ti a menudo alberga una mente más sanguinaria que el enemigo que busca tu cabellera.

—Explícate —dijo Duncan.

—Es una larga y melancólica tradición, y una en la que poco me gusta pensar; pues no se puede negar que el mal ha sido hecho principalmente por hombres de piel blanca. Pero ha terminado por volver el tomahawk de hermano contra hermano, y ha llevado al mingo y al delaware a viajar por el mismo sendero.

—¿Sospecháis, entonces, que es una porción de ese pueblo entre el que reside Cora?

El explorador asintió con la cabeza, aunque parecía ansioso por eludir la discusión posterior de un tema que parecía doloroso. El impaciente Duncan hizo ahora varias propuestas apresuradas y desesperadas para intentar la liberación de las hermanas. Munro pareció sacudirse su apatía, y escuchó los planes descabellados del joven con una deferencia que sus canas y sus años venerables deberían haber negado. Pero el explorador, después de dejar que el ardor del amante se desahogara un poco, encontró medios para convencerlo de la locura de la precipitación, de una manera que requeriría su juicio más sereno y su máxima fortaleza.

—Sería bueno —añadió—, dejar que este hombre entre de nuevo, como de costumbre, y que se quede en las cabañas, avisando a las gentiles damas de nuestra aproximación, hasta que lo llamemos, mediante una señal, para consultar. ¿Conoces el grito de un cuervo, amigo, del silbido del chotacabras?

—¡Es un pájaro agradable —respondió David—, y tiene una nota suave y melancólica! aunque el tiempo es más bien rápido y mal medido.

—Habla del *wish-ton-wish* —dijo el explorador—; bueno, ya que te gusta su silbido, será tu señal. Recuerda, entonces, cuando oigas la llamada del chotacabras repetida tres veces, has de venir a los arbustos donde se podría suponer que está el pájaro...

—Alto —interrumpió Heyward—; lo acompañaré.

—¡Vos! —exclamó el asombrado Ojo de Halcón—; ¿estáis cansado de ver salir y ponerse el sol?

—David es una prueba viviente de que los hurones pueden ser misericordiosos.

—Ay, pero David puede usar su garganta, como ningún hombre en sus cabales pervertiría el don.

—Yo también puedo hacerme el loco, el tonto, el héroe; en resumen, cualquier cosa o todo para rescatar a la que amo. No nombréis más objeciones: estoy resuelto.

Ojo de Halcón miró al joven un momento con asombro sin palabras. Pero Duncan, quien, en deferencia a la habilidad y los servicios del otro, se había sometido hasta entonces de manera algo implícita a su dictado, asumió ahora el superior, con una manera que no era fácil de resistir. Agitó la mano, en señal de su disgusto por toda protesta, y luego, en un lenguaje más templado, continuó:

—Tenéis los medios de disfraz; cambiadme; pintadme, también, si queréis; en resumen, alteradme en cualquier cosa: un tonto.

—No es propio de alguien como yo decir que aquel que ya está formado por una mano tan poderosa como la Providencia, necesita un cambio — murmuró el descontento explorador—. Cuando enviáis vuestras partidas a la guerra, encontráis prudente, al menos, organizar las marcas y los lugares de campamento, para que quienes luchan de vuestro lado sepan cuándo y dónde esperar a un amigo.

—Escuchad —interrumpió Duncan—; habéis oído de este fiel seguidor de las cautivas, que los indios son de dos tribus, si no de diferentes naciones. Con una, que creéis ser una rama de los delawares, está la que llamáis la "de pelo oscuro"; la otra, y más joven, de las damas, está innegablemente con nuestros enemigos declarados, los hurones. Corresponde a mi juventud y rango intentar esta última aventura. Mientras vos, por lo tanto, estáis negociando con vuestros amigos la liberación de una de las hermanas, yo efectuaré la de la otra, o moriré.

El espíritu despierto del joven soldado brilló en sus ojos, y su figura se volvió imponente bajo su influencia. Ojo de Halcón, aunque demasiado acostumbrado a los artificios indios como para no prever el peligro del experimento, no supo bien cómo combatir esta repentina resolución.

Quizás había algo en la propuesta que se adecuaba a su propia naturaleza ruda, y a ese amor secreto por la aventura desesperada, que había aumentado con su experiencia, hasta que el azar y el peligro se habían vuelto, en cierta medida, necesarios para el goce de su existencia. En lugar de continuar oponiéndose al plan de Duncan, su humor cambió de repente, y se prestó a su ejecución.

—Vamos —dijo, con una sonrisa de buen humor—; al ciervo que se mete en el agua hay que encabezarlo, no seguirlo. Chingachgook tiene tantas pinturas diferentes como la esposa del oficial de ingenieros, que toma la naturaleza en trozos de papel, haciendo que las montañas parezcan montones de heno oxidado, y poniendo el cielo azul al alcance de tu mano. El Sagamore también sabe usarlas. Sentaos en el tronco; y mi vida en ello, que pronto puede hacer de vos un tonto natural, y eso muy a vuestro gusto.

Duncan obedeció; y el mohicano, que había sido un atento oyente del discurso, emprendió de buen grado la tarea. Largamente practicado en todas las sutiles artes de su raza, dibujó, con gran destreza y rapidez, la fantástica sombra que los nativos estaban acostumbrados a considerar como la evidencia de una disposición amistosa y jocosa. Toda línea que pudiera interpretarse posiblemente como una inclinación secreta a la guerra, fue cuidadosamente evitada; mientras que, por otro lado, estudió aquellos conceptos que pudieran interpretarse como amistad.

En resumen, sacrificó por completo toda apariencia de guerrero a la mascarada de un bufón. Tales exhibiciones no eran infrecuentes entre los indios, y como Duncan ya estaba suficientemente disfrazado en su vestimenta, ciertamente existía alguna razón para creer que, con su conocimiento del francés, podría pasar por un malabarista de Ticonderoga, vagando entre las tribus aliadas y amigas.

Cuando se le consideró suficientemente pintado, el explorador le dio muchos consejos amistosos; concertaron señales, y designaron el lugar donde debían encontrarse, en caso de éxito mutuo. La despedida entre Munro y su joven amigo fue más melancólica; aun así, el primero se sometió a la separación con una indiferencia que su naturaleza cálida y honesta nunca habría permitido en un estado de ánimo más saludable. El explorador llevó a Heyward a un lado, y le informó de su intención de dejar al veterano en algún campamento seguro, a cargo de Chingachgook, mientras él y Uncas pros-

eguían sus indagaciones entre la gente que tenían razones para creer que eran delawarenses. Luego, renovando sus precauciones y consejos, concluyó diciendo, con una solemnidad y un calor de sentimiento, con los que Duncan se sintió profundamente conmovido:

— ¡Y, ahora, que Dios os bendiga! Habéis mostrado un espíritu que me gusta; pues es el don de la juventud, más especialmente de uno de sangre caliente y corazón robusto. Pero creed la advertencia de un hombre que tiene razones para saber que todo lo que dice es verdad. Tendréis ocasión de usar vuestra mejor hombría, y un ingenio más agudo que el que se puede recoger en los libros, antes de que superéis la astucia o vengáis el coraje de un mingo. ¡Que Dios os bendiga! si los hurones se apoderan de vuestra cabellera, confiad en la promesa de uno que tiene dos robustos guerreros para respaldarlo. ¡Pagarán por su victoria, con una vida por cada cabello que contenga! Digo, joven caballero, que la Providencia bendiga vuestra empresa, que es enteramente para bien; y, recordad, que para burlar a los bribones es lícito practicar cosas que pueden no ser naturalmente el don de un piel blanca.

Duncan estrechó cálidamente la mano de su digno y reacio asociado, una vez más recomendó a su anciano amigo a su cuidado, y devolviendo sus buenos deseos, hizo un gesto a David para que procediera. Ojo de Halcón contempló al joven de alto espíritu y aventurero durante varios momentos, con abierta admiración; luego, sacudiendo la cabeza con duda, se volvió y condujo a su propia división del grupo al ocultamiento del bosque.

La ruta tomada por Duncan y David yacía directamente a través del claro de los castores, y a lo largo del margen de su estanque.

Cuando el primero se encontró solo con alguien tan simple, y tan poco cualificado para prestar ayuda en emergencias desesperadas, comenzó a ser sensible a las dificultades de la tarea que había emprendido. La luz mortecina aumentaba la penumbra de la desolada y salvaje naturaleza que se extendía tan lejos a cada lado de él, e incluso había un carácter temible en la quietud de aquellas pequeñas cabañas, que sabía que estaban tan abundantemente pobladas. Le llamó la atención, al contemplar las admirables estructuras y las maravillosas precauciones de sus sagaces moradores, que incluso las bestias de estas vastas tierras salvajes poseían un instinto casi conmensurable con su propia razón; y no pudo reflexionar, sin ansiedad, sobre el

desigual combate que tan temerariamente había cortejado. Luego vino la imagen resplandeciente de Alice; su angustia; su peligro real; y todo el peligro de su situación fue olvidado. Animando a David, avanzó con el paso ligero y vigoroso de la juventud y la empresa.

Después de hacer casi un semicírculo alrededor del estanque, se desviaron del curso de agua, y comenzaron a ascender al nivel de una ligera elevación en aquella tierra baja, sobre la cual viajaban. En media hora ganaron el margen de otro claro que mostraba todas las señales de haber sido también hecho por los castores, y que aquellos sagaces animales probablemente habían sido inducidos, por algún accidente, a abandonar, por la posición más elegible que ahora ocupaban. Una sensación muy natural hizo que Duncan dudara un momento, reacio a abandonar la cubierta de su sendero de arbustos, como un hombre se detiene para reunir sus energías antes de ensayar cualquier experimento arriesgado, en el que es secretamente consciente de que todas serán necesarias. Aprovechó el alto para reunir la información que pudiera obtener de sus breves y apresuradas miradas.

En el lado opuesto del claro, y cerca del punto donde el arroyo caía en cascada sobre unas rocas, desde un nivel aún más alto, se podían descubrir unas cincuenta o sesenta cabañas, rudamente fabricadas con troncos, maleza y tierra entremezclados. Estaban dispuestas sin ningún orden, y parecían estar construidas con muy poca atención a la pulcritud o la belleza. De hecho, tan inferiores eran en estos dos últimos particulares a la aldea que Duncan acababa de ver, que comenzó a esperar una segunda sorpresa, no menos asombrosa que la anterior. Esta expectativa no disminuyó en absoluto cuando, a la dudosa luz del crepúsculo, vio veinte o treinta formas levantándose alternativamente de la cubierta de la hierba alta y tosca, frente a las cabañas, y luego hundiéndose de nuevo fuera de la vista, como para excavar en la tierra. Por los destellos súbitos y apresurados que captó de estas figuras, parecían más espectros oscuros y brillantes, o algún otro ser no terrenal, que criaturas formadas con los materiales ordinarios y vulgares de carne y hueso. Se vio una forma demacrada y desnuda, por un solo instante, agitando sus brazos salvajemente en el aire, y luego el lugar que había llenado quedó vacío; la figura apareciendo de repente en algún otro y distante lugar, o siendo sucedida por otra, que poseía el mismo carácter misterioso. David, observando que su compañero se demoraba, siguió la dirección de su mirada, y en cierta medida recordó a Heyward, al hablar.

—Hay mucho suelo fértil sin cultivar aquí —dijo—; y, puedo añadir, sin la pecaminosa levadura de la autocomplacencia, que, desde mi corta estancia en estas moradas paganas, mucha buena semilla ha sido esparcida por el camino.

—Las tribus son más aficionadas a la caza que a las artes de los hombres de trabajo —respondió el inconsciente Duncan, todavía contemplando los objetos de su asombro.

—Es más bien alegría que trabajo para el espíritu, levantar la voz en alabanza; pero tristemente abusan estos muchachos de sus dones. Rara vez he encontrado a alguno de su edad, en quien la naturaleza haya otorgado tan libremente los elementos de la salmodia; y seguramente, seguramente, no hay ninguno que los descuide más. Tres noches he permanecido aquí, y tres veces distintas he reunido a los mocosos para que se unan en canto sagrado; ¡y otras tantas han respondido a mis esfuerzos con alaridos y aullidos que me han helado el alma!

—¿De quién habláis?

—De esos hijos del diablo, que malgastan los preciosos momentos en aquellas ociosas payasadas. ¡Ah! la saludable restricción de la disciplina es poco conocida entre este pueblo autoabandonado. En un país de abedules, nunca se ve una vara, y no debería parecer una maravilla a mis ojos, que las más escogidas bendiciones de la Providencia se desperdicien en gritos como estos.

David se tapó los oídos contra la jauría juvenil, cuyo alarido justo entonces resonó agudamente a través del bosque; y Duncan, permitiendo que su labio se curvara, como en burla de su propia superstición, dijo firmemente:

—Procederemos.

Sin quitarse las protecciones de los oídos, el maestro de canto obedeció, y juntos siguieron su camino hacia lo que David a veces solía llamar las «tiendas de los filisteos».

CAPÍTULO XXIII

Pero aunque la bestia de caza

El privilegio de la caza pueda reclamar;

Aunque espacio y ley al ciervo prestemos

Antes de soltar al sabueso, o tensar el arco;

¿Quién se preocupó jamás, dónde, cómo o cuándo

El zorro merodeador fue atrapado o muerto?

—La dama del lago.

Es inusual encontrar un campamento de nativos, como los de los blancos más instruidos, custodiado por la presencia de hombres armados. Bien informado de la aproximación de todo peligro, mientras todavía está a distancia, el indio generalmente descansa seguro bajo su conocimiento de las señales del bosque, y los largos y difíciles caminos que lo separan de aquellos a quienes más tiene razón para temer. Pero el enemigo que, por cualquier afortunada concurrencia de accidentes, ha encontrado medios para eludir la vigilancia de los exploradores, rara vez se encontrará con centinelas más cerca de casa para dar la alarma. Además de este uso general, las tribus amigas de los franceses conocían demasiado bien el peso del golpe que acababa de ser asestado, como para temer algún peligro inmediato de las naciones hostiles que eran tributarias de la corona de Gran Bretaña.

Cuando Duncan y David, por lo tanto, se encontraron en el centro de los niños, que representaban las payasadas ya mencionadas, fue sin la menor intimación previa de su aproximación. Pero tan pronto como fueron observados, toda la jauría juvenil lanzó, de común acuerdo, un agudo y advertidor alarido; y luego se hundieron, como por arte de magia, de la vista de sus visitantes. Los cuerpos desnudos y leonados de los mocosos agazapados

se mezclaban tan bien a esa hora, con la hierba marchita, que al principio parecía como si la tierra, en verdad, hubiera tragado sus formas; aunque cuando la sorpresa permitió a Duncan inclinar su mirada más curiosamente por el lugar, la encontró por todas partes con ojos oscuros, rápidos y giratorios.

No obteniendo ningún aliento de este sorprendente presagio de la naturaleza del escrutinio que probablemente iba a sufrir por parte de los juicios más maduros de los hombres, hubo un instante en que el joven soldado se habría retirado. Era, sin embargo, demasiado tarde para aparentar dudar. El grito de los niños había atraído a una docena de guerreros a la puerta de la cabaña más cercana, donde permanecían agrupados en un oscuro y salvaje grupo, esperando gravemente la aproximación más cercana de aquellos que inesperadamente habían llegado entre ellos.

David, en cierta medida familiarizado con la escena, abrió el camino con una firmeza que ningún obstáculo leve podría desconcertar, hacia este mismo edificio. Era el edificio principal de la aldea, aunque construido toscamente con la corteza y las ramas de los árboles; siendo la cabaña en la que la tribu celebraba sus consejos y reuniones públicas durante su residencia temporal en las fronteras de la provincia inglesa. A Duncan le resultó difícil asumir la necesaria apariencia de despreocupación, mientras rozaba las oscuras y poderosas complexiones de los salvajes que abarrotaban su umbral; pero, consciente de que su existencia dependía de su presencia de ánimo, confió en la discreción de su compañero, cuyos pasos siguió de cerca, esforzándose, mientras avanzaba, por ordenar sus pensamientos para la ocasión. Su sangre se heló cuando se encontró en contacto absoluto con enemigos tan feroces e implacables; pero dominó sus sentimientos lo suficiente como para seguir su camino hacia el centro de la cabaña, con un exterior que no delataba la debilidad. Imitando el ejemplo del deliberado Gamut, sacó un manojo de maleza fragante de debajo de un montón que llenaba la esquina de la cabaña, y se sentó en silencio.

Tan pronto como su visitante hubo pasado, los observadores guerreros se retiraron de la entrada y, disponiéndose a su alrededor, parecieron esperar pacientemente el momento en que pudiera corresponder a la dignidad del extraño hablar. Con mucho, el mayor número permanecía apoyado, en actitudes perezosas y holgazanas, contra los postes verticales que sostenían el

destartalado edificio, mientras que tres o cuatro de los jefes más ancianos y distinguidos se colocaron en la tierra un poco más adelante.

Una antorcha llameante ardía en el lugar, y proyectaba su resplandor rojo de rostro en rostro y de figura en figura, mientras ondeaba con las corrientes de aire. Duncan aprovechó su luz para leer el probable carácter de su recepción, en los semblantes de sus anfitriones. Pero su ingenio le sirvió de poco, contra los fríos artificios del pueblo que había encontrado. Los jefes de enfrente apenas lanzaron una mirada a su persona, manteniendo los ojos en el suelo, con un aire que podría haber sido intencionado como respeto, pero que era bastante fácil de interpretar como desconfianza. Los hombres en la sombra eran menos reservados. Duncan pronto detectó sus miradas escrutadoras, pero furtivas, que, en verdad, examinaban su persona y atuendo pulgada a pulgada; sin dejar ninguna emoción del semblante, ningún gesto, ninguna línea de la pintura, ni siquiera la moda de una prenda, sin ser advertida y sin comentario.

Finalmente, uno cuyo cabello comenzaba a ser salpicado de gris, pero cuyos miembros musculosos y paso firme anunciaban que todavía estaba a la altura de los deberes de la virilidad, avanzó desde la penumbra de una esquina, donde probablemente se había apostado para hacer sus observaciones sin ser visto, y habló. Usó el lenguaje de los wyandots, o hurones; sus palabras fueron, en consecuencia, ininteligibles para Heyward, aunque parecieron, por los gestos que las acompañaban, ser pronunciadas más en cortesía que en ira. Este último sacudió la cabeza, e hizo un gesto indicativo de su incapacidad para responder.

—¿Ninguno de mis hermanos habla el francés o el inglés? —dijo, en el primer idioma, mirando a su alrededor de semblante en semblante, con la esperanza de encontrar un asentimiento.

Aunque más de uno se había vuelto, como para captar el significado de sus palabras, estas quedaron sin respuesta.

—Me afligiría pensar —continuó Duncan, hablando lentamente, y usando el francés más simple del que era dueño—, que ninguna de esta sabia y valiente nación entiende el lenguaje que el "Grand Monarque" usa cuando habla con sus hijos. ¡Su corazón se apesadumbraría si creyera que sus guerreros rojos le pagan tan poco respeto!

Siguió una larga y grave pausa, durante la cual ningún movimiento de un miembro, ni ninguna expresión de un ojo, delató la impresión producida por su comentario. Duncan, que sabía que el silencio era una virtud entre sus anfitriones, recurrió con gusto a la costumbre, para ordenar sus ideas. Finalmente, el mismo guerrero que le había dirigido la palabra antes, respondió, demandando secamente, en el lenguaje de los Canadás:

—Cuando nuestro Gran Padre habla a su pueblo, ¿es con la lengua de un hurón?

—Él no conoce diferencia en sus hijos, ya sea el color de la piel rojo, o negro, o blanco —respondió Duncan, evasivamente—; aunque principalmente está satisfecho con los valientes hurones.

—¿De qué manera hablará —demandó el cauto jefe—, cuando los corretores le cuenten las cabelleras que hace cinco noches crecían en las cabezas de los yengeese?

—Eran sus enemigos —dijo Duncan, estremeciéndose involuntariamente—; y sin duda, dirá, está bien; mis hurones son muy galantes.

—Nuestro padre de Canadá no lo piensa así. En lugar de mirar hacia adelante para recompensar a sus indios, sus ojos se vuelven hacia atrás. Ve a los yengeese muertos, pero no a ningún hurón. ¿Qué puede significar esto?

—Un gran jefe, como él, tiene más pensamientos que lenguas. Mira para ver que no haya enemigos en su rastro.

—La canoa de un guerrero muerto no flotará en el Horican —respondió el salvaje, sombríamente—. Sus oídos están abiertos a los delawares, que no son nuestros amigos, y los llenan de mentiras.

—No puede ser. Ved; me ha ordenado, a mí, que soy un hombre que conoce el arte de la curación, que vaya a sus hijos, los hurones rojos de los grandes lagos, ¡y pregunte si alguno está enfermo!

Otro silencio sucedió a esta anunciación del carácter que Duncan había asumido. Todos los ojos se clavaron simultáneamente en su persona, como para inquirir sobre la verdad o falsedad de la declaración, con una inteligencia y una agudeza que hicieron que el sujeto de su escrutinio temblara por el resultado. Fue, sin embargo, aliviado de nuevo por el primer orador.

—¿Se pintan la piel los hombres astutos de los Canadás? —continuó fríamente el hurón—; les hemos oído jactarse de que sus rostros eran pálidos.

—Cuando un jefe indio viene entre sus padres blancos —respondió Duncan, con gran firmeza—, deja a un lado su túnica de búfalo, para llevar la camisa que se le ofrece. Mis hermanos me han dado pintura y la llevo.

Un bajo murmullo de aplauso anunció que el cumplido a la tribu fue recibido favorablemente. El jefe anciano hizo un gesto de encomio, que fue respondido por la mayoría de sus compañeros, quienes cada uno extendió una mano y pronunció una breve exclamación de placer. Duncan comenzó a respirar más libremente, creyendo que el peso de su examen había pasado; y, como ya había preparado un cuento simple y probable para apoyar su pretendida ocupación, sus esperanzas de éxito final se hicieron más brillantes.

Después de un silencio de unos momentos, como si ajustara sus pensamientos para dar una respuesta adecuada a la declaración que sus invitados acababan de dar, otro guerrero se levantó y se colocó en actitud de hablar. Mientras sus labios estaban todavía en el acto de separarse, un sonido bajo pero temible surgió del bosque, y fue seguido inmediatamente por un alarido agudo y estridente, que se prolongó hasta igualar el aullido más largo y lastimero del lobo. La repentina y terrible interrupción hizo que Duncan se levantara de un salto de su asiento, inconsciente de todo menos del efecto producido por un grito tan espantoso. En el mismo momento, los guerreros se deslizaron en masa desde la cabaña, y el aire exterior se llenó de fuertes gritos, que casi ahogaron aquellos sonidos terribles, que todavía resonaban bajo los arcos de los bosques. Incapaz de dominarse por más tiempo, el joven salió del lugar, y pronto se encontró en el centro de una multitud desordenada, que incluía a casi todo ser viviente, dentro de los límites del campamento. Hombres, mujeres y niños; los ancianos, los enfermos, los activos y los fuertes, estaban por igual afuera, algunos exclamando en voz alta, otros aplaudiendo con una alegría que parecía frenética, y todos expresando su placer salvaje en algún evento inesperado. Aunque asombrado, al principio, por el alboroto, Heyward pronto pudo encontrar su solución por la escena que siguió.

Todavía quedaba suficiente luz en los cielos para exhibir aquellas brillantes aberturas entre las copas de los árboles, donde diferentes caminos de-

jaban el claro para entrar en las profundidades de la naturaleza. Debajo de uno de ellos, una línea de guerreros salió de los bosques y avanzó lentamente hacia las viviendas. Uno al frente llevaba un poste corto, en el que, como se vio después, estaban suspendidas varias cabelleras humanas. Los sonidos alarmantes que Duncan había oído eran lo que los blancos no han llamado inapropiadamente el «grito de la muerte»; y cada repetición del grito estaba destinada a anunciar a la tribu el destino de un enemigo. Hasta aquí, el conocimiento de Heyward le ayudó en la explicación; y como ahora sabía que la interrupción era causada por el inesperado regreso de una partida de guerra exitosa, toda sensación desagradable se aquietó en una congratulación interna, por el oportuno alivio y la insignificancia que le confería a él mismo.

A una distancia de unos cientos de pies de las cabañas, los guerreros recién llegados se detuvieron. Su grito lastimero y terrorífico, que pretendía representar por igual los lamentos de los muertos y el triunfo de los vencedores, había cesado por completo. Uno de ellos llamó ahora en voz alta, con palabras que distaban de ser espantosas, aunque no más inteligibles para aquellos a cuyos oídos estaban destinadas, que sus expresivos alaridos. Sería difícil transmitir una idea adecuada del éxtasis salvaje con que se recibió la noticia así impartida. Todo el campamento, en un momento, se convirtió en una escena del más violento ajeteo y conmoción. Los guerreros desenvainaron sus cuchillos y, blandiendo, se dispusieron en dos líneas, formando un pasillo que se extendía desde la partida de guerra hasta las cabañas. Las squaws agarraron garrotes, hachas, o cualquier arma de ataque que primero se ofreció a sus manos, y corrieron ansiosamente a desempeñar su papel en el cruel juego que estaba a punto de comenzar. Incluso los niños no quisieron ser excluidos; sino que los muchachos, poco capaces de empuñar los instrumentos, arrancaron los tomahawks de los cintos de sus padres y se colaron en las filas, aptos imitadores de los rasgos salvajes exhibidos por sus progenitores.

Grandes montones de maleza yacían esparcidos por el claro, y una squaw cautelosa y anciana se ocupaba de encender tantos como pudieran servir para iluminar la exhibición venidera. A medida que la llama se elevaba, su poder excedía al del día que se iba, y ayudaba a hacer los objetos a la vez más distintos y más horrendos. Toda la escena formaba un cuadro sorprendente, cuyo marco estaba compuesto por el oscuro y alto borde de pinos.

Los guerreros recién llegados eran las figuras más distantes. Un poco más adelante se encontraban dos hombres, que aparentemente fueron seleccionados del resto, como los actores principales de lo que iba a seguir. La luz no era lo suficientemente fuerte como para hacer sus rasgos distintos, aunque era bastante evidente que estaban gobernados por emociones muy diferentes. Mientras uno permanecía erguido y firme, preparado para enfrentar su destino como un héroe, el otro inclinaba la cabeza, como si estuviera paralizado por el terror o abatido por la vergüenza. El animoso Duncan sintió un poderoso impulso de admiración y piedad hacia el primero, aunque no se presentó oportunidad de exhibir sus generosas emociones. Observó su más mínimo movimiento, sin embargo, con ojos ansiosos; y, al trazar el fino contorno de su admirablemente proporcionada y activa complexión, se esforzó por persuadirse de que, si los poderes del hombre, secundados por tan noble resolución, podían sacar a uno ileso de una prueba tan severa, el joven cautivo ante él podría esperar el éxito en la arriesgada carrera que estaba a punto de correr. Insensiblemente, el joven se acercó a las líneas morenas de los hurones, y apenas respiraba, tan intenso se volvió su interés en el espectáculo. Justo entonces se dio el alarido de señal, y la quietud momentánea que lo había precedido fue rota por un estallido de gritos, que superó con creces a cualquiera antes oído. La más abyecta de las dos víctimas permaneció inmóvil; pero la otra saltó del lugar al oír el grito, con la actividad y la rapidez de un ciervo. En lugar de precipitarse a través de las líneas hostiles, como se había esperado, apenas entró en el peligroso desfiladero, y antes de que se diera tiempo para un solo golpe, giró bruscamente y, saltando por encima de las cabezas de una fila de niños, alcanzó de inmediato el lado exterior y más seguro de la formidable formación. El artificio fue respondido por un centenar de voces levantadas en imprecaciones; y toda la multitud excitada rompió su orden y se esparció por el lugar en salvaje confusión.

Una docena de piras llameantes arrojaban ahora su lívido brillo sobre el lugar, que se asemejaba a una arena profana y sobrenatural, en la que demonios maliciosos se habían reunido para representar sus ritos sangrientos e ilegales. Las formas en el fondo parecían seres no terrenales, deslizándose ante el ojo y hendiendo el aire con gestos frenéticos y sin sentido; mientras que las pasiones salvajes de aquellos que pasaban las llamas se hacían terriblemente distintas por los destellos que se proyectaban a través de sus semblantes inflamados.

Se entenderá fácilmente que, en medio de tal concurso de enemigos vengativos, no se le concedió al fugitivo ningún respiro. Hubo un solo momento en que pareció que habría alcanzado el bosque, pero todo el cuerpo de sus captores se arrojó ante él, y lo empujó de vuelta al centro de sus implacables perseguidores. Girando como un ciervo acosado, se lanzó, con la rapidez de una flecha, a través de una columna de llamas bifurcadas, y pasando ileso a toda la multitud, apareció en el lado opuesto del claro. Aquí, también, fue interceptado y desviado por algunos de los hurones más viejos y sutiles. Una vez más intentó la multitud, como si buscara seguridad en su ceguera, y luego siguieron varios momentos, durante los cuales Duncan creyó que el activo y valiente joven extraño estaba perdido.

Nada podía distinguirse más que una masa oscura de formas humanas arrojadas e involucradas en una confusión inexplicable. Brazos, cuchillos relucientes y formidables garrotes aparecían sobre ellos, pero los golpes se daban evidentemente al azar. El terrible efecto se veía aumentado por los agudos gritos de las mujeres y los feroces alaridos de los guerreros. De vez en cuando, Duncan vislumbraba una forma ligera hendiendo el aire en algún salto desesperado, y más bien esperaba que creía que el cautivo aún conservaba el dominio de sus asombrosos poderes de actividad. De repente, la multitud retrocedió y se acercó al lugar donde él mismo se encontraba. El pesado cuerpo en la retaguardia presionó a las mujeres y los niños al frente, y los derribó a tierra. El extraño reapareció en la confusión. El poder humano no podía, sin embargo, soportar mucho más una prueba tan severa. De esto, el cautivo parecía consciente. Aprovechando la apertura momentánea, se lanzó de entre los guerreros e hizo un esfuerzo desesperado, y lo que a Duncan le pareció un esfuerzo final, por ganar el bosque. Como si fuera consciente de que no había que temer ningún peligro del joven soldado, el fugitivo casi rozó su persona en su huida. Un hurón alto y poderoso, que había guardado sus fuerzas, lo presionaba de cerca, y con un brazo levantado amenazaba un golpe fatal. Duncan extendió un pie, y el golpe precipitó al ansioso salvaje de cabeza, muchos pies por delante de su pretendida víctima. El pensamiento mismo no es más rápido que el movimiento con el que este último aprovechó la ventaja; se volvió, brilló como un meteoro de nuevo ante los ojos de Duncan, y, al momento siguiente, cuando este último recuperó el recuerdo y miró a su alrededor en busca del cautivo, lo vio tranquilamente apoyado contra un pequeño poste pintado, que se encontraba ante la puerta de la cabaña principal.

Temeroso de que la parte que había tomado en la huida pudiera resultar fatal para él, Duncan abandonó el lugar sin demora. Siguió a la multitud, que se acercaba a las cabañas, sombría y hosca, como cualquier otra multitud que ha sido decepcionada en una ejecución. La curiosidad, o quizás un sentimiento mejor, lo indujo a acercarse al extraño. Lo encontró, de pie con un brazo echado sobre el poste protector, y respirando agitada y profundamente, después de sus esfuerzos, pero desdeñando permitir que se le escapara una sola señal de sufrimiento. Su persona estaba ahora protegida por un uso inmemorial y sagrado, hasta que la tribu en consejo hubiera deliberado y determinado sobre su destino. No era difícil, sin embargo, predecir el resultado, si se podía sacar algún presagio de los sentimientos de quienes abarrotaban el lugar.

No había término de abuso conocido en el vocabulario hurón que las decepcionadas mujeres no prodigaran generosamente sobre el exitoso extraño. Se burlaban de sus esfuerzos y le decían, con amargas mofas, que sus pies eran mejores que sus manos; y que merecía alas, mientras no sabía el uso de una flecha o un cuchillo. A todo esto, el cautivo no respondió; sino que se contentó con mantener una actitud en la que la dignidad se mezclaba singularmente con el desdén. Exasperadas tanto por su compostura como por su buena fortuna, sus palabras se volvieron ininteligibles, y fueron sucedidas por agudos y penetrantes alaridos. Justo entonces, la astuta squaw, que había tomado la necesaria precaución de encender las piras, se abrió paso a través de la multitud y se hizo un lugar para sí misma frente al cautivo. La persona escuálida y marchita de esta bruja bien podría haberle valido el carácter de poseer una astucia más que humana. Echando hacia atrás su ligera vestimenta, extendió su largo y flaco brazo, en burla, y usando el lenguaje de los lenape, como más inteligible para el sujeto de sus mofas, comenzó en voz alta:

—Mírate, delaware —dijo, chasqueando los dedos en su cara—; tu nación es una raza de mujeres, y la azada se ajusta mejor a tus manos que el fusil. Vuestras squaws son las madres de los ciervos; pero si un oso, o un gato montés, o una serpiente naciera entre vosotros, huiríais. Las muchachas huronas os harán enaguas, y os encontraremos un marido.

Una carcajada salvaje sucedió a este ataque, durante la cual la suave y musical alegría de las mujeres más jóvenes contrastaba extrañamente con la voz cascada de su compañera mayor y más maligna. Pero el extraño fue su-

perior a todos sus esfuerzos. Su cabeza estaba inmóvil; ni delató la más mínima conciencia de que hubiera alguien presente, excepto cuando su altivo ojo se dirigía hacia las formas sombrías de los guerreros, que acechaban en el fondo, observadores silenciosos y hoscos de la escena.

Enfurecida por el dominio de sí mismo del cautivo, la mujer se puso los brazos en jarras; y, adoptando una postura de desafío, estalló de nuevo, en un torrente de palabras que ningún arte nuestro podría transcribir con éxito al papel. Su aliento, sin embargo, se gastó en vano; pues, aunque distinguida en su nación como una experta en el arte del insulto, se le permitió enfurecerse hasta el punto de echar espuma por la boca, sin hacer vibrar un músculo en la figura inmóvil del extraño. El efecto de su indiferencia comenzó a extenderse a los otros espectadores; y un jovenzuelo, que justo estaba saliendo de la condición de niño para entrar en el estado de la virilidad, intentó ayudar a la arpía, blandiendo su tomahawk ante su víctima, y añadiendo sus jactancias vacías a las burlas de las mujeres. Entonces, en efecto, el cautivo volvió el rostro hacia la luz, y miró al jovenzuelo con una expresión que era superior al desprecio. Al momento siguiente reasumió su actitud tranquila y reclinada contra el poste. Pero el cambio de postura había permitido a Duncan intercambiar miradas con los ojos firmes y penetrantes de Uncas.

Sin aliento por el asombro, y fuertemente oprimido por la situación crítica de su amigo, Heyward retrocedió ante la mirada, temblando de que su significado pudiera, de alguna manera desconocida, acelerar el destino del prisionero. No había, sin embargo, ninguna causa inmediata para tal aprensión. Justo entonces un guerrero se abrió paso entre la multitud exasperada. Haciendo a un lado a las mujeres y los niños con un gesto severo, tomó a Uncas del brazo y lo condujo hacia la puerta de la cabaña del consejo. Hacia allá lo siguieron todos los jefes y la mayoría de los guerreros distinguidos; entre los cuales el ansioso Heyward encontró medios para entrar sin atraer ninguna atención peligrosa hacia sí mismo.

Se consumieron unos minutos en disponer a los presentes de una manera adecuada a su rango e influencia en la tribu. Se observó un orden muy similar al adoptado en la entrevista anterior; los jefes ancianos y superiores ocupando el área del espacioso aposento, dentro de la poderosa luz de una antorcha resplandeciente, mientras que sus subalternos e inferiores se dispusieron en el fondo, presentando un oscuro contorno de rostros morenos y

marcados. En el mismo centro de la cabaña, inmediatamente debajo de una abertura que admitía la luz parpadeante de una o dos estrellas, se encontraba Uncas, tranquilo, elevado y sereno. Su porte alto y altivo no pasó desapercibido a sus captores, quienes a menudo dirigían sus miradas a su persona, con ojos que, si bien no perdían nada de su inflexibilidad de propósito, delataban claramente su admiración por la audacia del extraño.

El caso era diferente con el individuo a quien Duncan había observado destacarse con su amigo, previamente a la desesperada prueba de velocidad; y que, en lugar de unirse a la caza, había permanecido, durante todo su tumultuoso alboroto, como una estatua encogida, expresiva de vergüenza y desgracia. Aunque ni una mano se había extendido para saludarlo, ni un ojo se había dignado a observar sus movimientos, también había entrado en la cabaña, como si fuera impulsado por un destino a cuyos decretos se sometía, aparentemente, sin lucha. Heyward aprovechó la primera oportunidad para mirarle a la cara, temiendo secretamente poder encontrar los rasgos de otro conocido; pero resultaron ser los de un extraño, y, lo que era aún más inexplicable, de uno que llevaba todas las marcas distintivas de un guerrero hurón. En lugar de mezclarse con su tribu, sin embargo, se sentaba aparte, un ser solitario en una multitud, su forma encogiéndose en una actitud agazapada y abyecta, como si estuviera ansioso por ocupar el menor espacio posible. Cuando cada individuo hubo tomado su puesto apropiado, y el silencio reinó en el lugar, el jefe de cabello cano ya presentado al lector, habló en voz alta, en el lenguaje de los Lenni Lenape.

—Delaware —dijo—, aunque de una nación de mujeres, te has demostrado un hombre. Te daría comida; pero quien come con un hurón debería convertirse en su amigo. Descansa en paz hasta el sol de la mañana, cuando se pronunciarán nuestras últimas palabras.

—Siete noches, y otros tantos días de verano, he ayunado en el rastro de los hurones —respondió fríamente Uncas—; los hijos de los lenape saben cómo recorrer el camino de los justos sin detenerse a comer.

—Dos de mis jóvenes están en persecución de tu compañero —reanudó el otro, sin parecer tener en cuenta la jactancia de su cautivo—; cuando regresen, entonces nuestros sabios te dirán "vive" o "muere".

—¿No tiene oídos un hurón? —exclamó Uncas con desdén—; dos veces, desde que ha sido vuestro prisionero, ha oído el delaware un fusil que

conoce. ¡Vuestros jóvenes nunca volverán!

Una breve y hosca pausa sucedió a esta audaz afirmación. Duncan, que entendía que el mohicano aludía al rifle fatal del explorador, se inclinó en seria observación del efecto que podría producir en los conquistadores; pero el jefe se contentó con replicar simplemente:

—Si los lenape son tan hábiles, ¿por qué está aquí uno de sus más valientes guerreros?

—Siguió los pasos de un cobarde huidizo, y cayó en una trampa. El castor astuto puede ser atrapado.

Mientras Uncas respondía así, señaló con el dedo hacia el solitario hurón, pero sin dignarse a prestar ninguna otra atención a un objeto tan indigno. Las palabras de la respuesta y el aire del orador produjeron una fuerte sensación entre sus auditores. Todos los ojos se volvieron hoscos hacia el individuo indicado por el simple gesto, y un bajo y amenazador murmullo recorrió la multitud. Los ominosos sonidos llegaron a la puerta exterior, y las mujeres y los niños, apiñándose en la multitud, no habían dejado ningún hueco, entre hombro y hombro, que no estuviera ahora lleno con los oscuros rasgos de algún rostro humano ansioso y curioso.

Mientras tanto, los jefes más ancianos, en el centro, conversaban entre sí en frases cortas y entrecortadas. No se pronunció una palabra que no transmitiera el significado del orador, en la forma más simple y enérgica. De nuevo, tuvo lugar una pausa larga y profundamente solemne. Era sabido, por todos los presentes, que era el valiente precursor de un juicio weighty e importante. Quienes componían el círculo exterior de rostros estaban de puntillas para mirar; e incluso el culpable por un instante olvidó su vergüenza en una emoción más profunda, y expuso sus abyectos rasgos, para lanzar una mirada ansiosa y turbada a la oscura asamblea de jefes. El silencio fue finalmente roto por el anciano guerrero tan a menudo nombrado. Se levantó de la tierra y, pasando junto a la forma inmóvil de Uncas, se colocó en una actitud digna ante el ofensor. En ese momento, la marchita squaw ya mencionada se movió hacia el círculo, en una especie de danza lenta y de lado, sosteniendo la antorcha y murmurando las palabras indistintas de lo que podría haber sido una especie de encantamiento. Aunque su presencia era totalmente una intrusión, no fue tenida en cuenta.

Acercándose a Uncas, sostuvo la llameante tea de tal manera que proyectara su resplandor rojo sobre su persona, y expusiera la más mínima emoción de su semblante. El mohicano mantuvo su actitud firme y altiva; y sus ojos, lejos de dignarse a encontrar su mirada inquisitiva, se posaron firmemente en la distancia, como si penetraran los obstáculos que impedían la vista y miraran hacia el futuro. Satisfecha con su examen, lo dejó, con una ligera expresión de placer, y procedió a practicar el mismo experimento de prueba en su compatriota delincuente.

El joven hurón llevaba su pintura de guerra, y muy poco de una forma finamente moldeada estaba oculto por su atuendo. La luz hacía discernible cada miembro y articulación, y Duncan se apartó con horror cuando vio que se retorcían en una agonía irreprimible. La mujer estaba comenzando un aullido bajo y lastimero ante el triste y vergonzoso espectáculo, cuando el jefe extendió la mano y la apartó suavemente.

—Junco-que-se-dobla —dijo, dirigiéndose al joven culpable por su nombre, y en su propio idioma—, aunque el Gran Espíritu te ha hecho agradable a los ojos, habría sido mejor que no hubieras nacido. Tu lengua es ruidosa en la aldea, pero en la batalla está quieta. Ninguno de mis jóvenes clava el tomahawk más profundamente en el poste de guerra, ninguno de ellos tan ligeramente en los yengeese. El enemigo conoce la forma de tu espalda, pero nunca ha visto el color de tus ojos. Tres veces te han llamado para que vengas, y otras tantas olvidaste responder. Tu nombre nunca será mencionado de nuevo en tu tribu, ya está olvidado.

Mientras el jefe pronunciaba lentamente estas palabras, deteniéndose de manera impresionante entre cada frase, el culpable levantó el rostro, en deferencia al rango y los años del otro. La vergüenza, el horror y el orgullo luchaban en sus rasgos. Su ojo, que estaba contraído por la angustia interna, brilló sobre las personas de aquellos cuyo aliento era su fama; y esta última emoción predominó por un instante. Se puso de pie y, descubriendo su pecho, miró fijamente el cuchillo afilado y reluciente, que ya sostenía su inexorable juez. Mientras el arma se hundía lentamente en su corazón, incluso sonrió, como si se alegrara de haber encontrado la muerte menos terrible de lo que había anticipado, y cayó pesadamente de bruces, a los pies de la forma rígida e inflexible de Uncas.

La squaw lanzó un fuerte y lastimero alarido, arrojó la antorcha a la tierra y lo sepultó todo en la oscuridad. Todo el estremecido grupo de espectadores se deslizó fuera de la cabaña como espectros atribulados; y Duncan pensó que él y el cuerpo aún palpitante de la víctima de un juicio indio se habían convertido ahora en sus únicos ocupantes.

CAPÍTULO XXIV

Así habló el sabio: los reyes sin demora

Disuelven el consejo, y a su jefe obedecen.

—La Ilíada de Pope

Un solo momento sirvió para convencer al joven de que estaba equivocado. Una mano se posó, con una poderosa presión, sobre su brazo, y la voz baja de Uncas murmuró en su oído:

—Los hurones son perros. La vista de la sangre de un cobarde nunca puede hacer temblar a un guerrero. El «Cabeza Gris» y el Sagamore están a salvo, y el rifle de Ojo de Halcón no duerme. Ve, Uncas y la «Mano Abierta» son ahora extraños. Es suficiente.

Heyward habría escuchado con gusto más, pero un suave empujón de su amigo lo instó hacia la puerta y le advirtió del peligro que podría acarrear el descubrimiento de su comunicación. Cediendo lenta y a regañadientes a la necesidad, abandonó el lugar y se mezcló con la multitud que rondaba cerca. Los fuegos moribundos en el claro arrojaban una luz tenue e incierta sobre las figuras sombrías que acechaban silenciosamente de un lado a otro; y ocasionalmente un destello más brillante de lo común se asomaba a la cabaña y exhibía la figura de Uncas manteniendo aún su actitud erguida cerca del cuerpo muerto del hurón.

Un nudo de guerreros pronto entró de nuevo en el lugar y, volviendo a salir, llevaron los restos insensibles a los bosques adyacentes. Después de esta terminación de la escena, Duncan vagó entre las cabañas, sin ser interrogado ni advertido, esforzándose por encontrar algún rastro de aquella en cuyo favor incurría en el riesgo que corría. En el actual temperamento de la tribu, habría sido fácil huir y reunirse con sus compañeros, si tal deseo hubiera cruzado su mente. Pero, además de la incesante ansiedad por Alice, un

interés más fresco aunque más débil en el destino de Uncas contribuyó a encadenarlo al lugar. Continuó, por lo tanto, vagando de cabaña en cabaña, mirando en cada una solo para encontrar una decepción adicional, hasta que hubo completado el circuito entero de la aldea. Abandonando una especie de indagación que resultó tan infructuosa, retrocedió sobre sus pasos hasta la cabaña del consejo, resuelto a buscar e interrogar a David, para poner fin a sus dudas.

Al llegar al edificio, que había resultado ser a la vez la sede del juicio y el lugar de la ejecución, el joven encontró que la excitación ya había amainado. Los guerreros se habían reunido de nuevo y ahora fumaban tranquilamente, mientras conversaban gravemente sobre los principales incidentes de su reciente expedición a la cabecera del Horican. Aunque el regreso de Duncan probablemente les recordaría su carácter y las circunstancias sospechosas de su visita, no produjo ninguna sensación visible. Hasta ahora, la terrible escena que acababa de ocurrir resultaba favorable a sus puntos de vista, y no necesitó otro apuntador que sus propios sentimientos para convencerlo de la conveniencia de aprovechar una ventaja tan inesperada.

Sin parecer dudar, entró en la cabaña y tomó asiento con una gravedad que concordaba admirablemente con el comportamiento de sus anfitriones. Una mirada apresurada pero escrutadora le bastó para darse cuenta de que, aunque Uncas seguía donde lo había dejado, David no había reaparecido. No se impuso otra restricción al primero que las miradas vigilantes de un joven hurón, que se había colocado cerca; aunque un guerrero armado se apoyaba en el poste que formaba un lado de la estrecha entrada. En todos los demás aspectos, el cautivo parecía en libertad; aun así, estaba excluido de toda participación en el discurso, y poseía mucho más el aire de una estatua finamente moldeada que el de un hombre con vida y volición.

Heyward había presenciado demasiado recientemente un espantoso ejemplo de los pronto castigos del pueblo en cuyas manos había caído como para arriesgarse a una exposición por cualquier audacia oficiosa. Habría preferido con mucho el silencio y la meditación al habla, cuando un descubrimiento de su verdadera condición podría resultar tan instantáneamente fatal. Desafortunadamente para esta prudente resolución, sus anfitriones parecían dispuestos de otra manera. No había ocupado mucho tiempo el asiento sabiamente tomado un poco en la sombra, cuando otro de los guerreros mayores, que hablaba la lengua francesa, se dirigió a él:

—Mi padre de Canadá no olvida a sus hijos —dijo el jefe—; se lo agradezco. Un espíritu maligno vive en la esposa de uno de mis jóvenes. ¿Puede el astuto extraño ahuyentarlo?

Heyward poseía algún conocimiento de la farsa practicada entre los indios, en los casos de tales supuestas visitaciones. Vio, de un vistazo, que la circunstancia podría posiblemente ser aprovechada para promover sus propios fines. Habría sido difícil, por lo tanto, justo entonces, haber pronunciado una propuesta que le hubiera dado más satisfacción. Consciente de la necesidad de preservar la dignidad de su carácter imaginario, sin embargo, reprimió sus sentimientos y respondió con adecuado misterio:

—Los espíritus difieren; unos ceden al poder de la sabiduría, mientras que otros son demasiado fuertes.

—Mi hermano es una gran medicina —dijo el astuto salvaje—; ¿probará?

Un gesto de asentimiento fue la respuesta. El hurón se contentó con la seguridad y, reanudando su pipa, esperó el momento adecuado para moverse. El impaciente Heyward, execrando interiormente las frías costumbres de los salvajes, que requerían tales sacrificios a la apariencia, se vio obligado a asumir un aire de indiferencia, igual al mantenido por el jefe, que era, en verdad, un pariente cercano de la mujer afligida. Los minutos se alargaron, y la demora le había parecido una hora al aventurero en empirismo, cuando el hurón dejó a un lado su pipa y se cruzó la túnica sobre el pecho, como si estuviera a punto de guiar el camino hacia la cabaña de la inválida. Justo entonces, un guerrero de poderosa complexión oscureció la puerta y, acechando silenciosamente entre el atento grupo, se sentó en un extremo del bajo montón de maleza que sostenía a Duncan. Este último lanzó una mirada impaciente a su vecino y sintió que la carne se le erizaba con un horror incontrolable cuando se encontró en contacto real con Magua.

El repentino regreso de este astuto y temido jefe causó un retraso en la partida del hurón. Varias pipas, que se habían apagado, se encendieron de nuevo; mientras que el recién llegado, sin decir una palabra, sacó su tomahawk de su cinto, y llenando la cazoleta en su cabeza comenzó a inhalar los vapores de la hierba a través del mango hueco, con tanta indiferencia como si no hubiera estado ausente dos días fatigosos en una larga y penosa cacería. Diez minutos, que a Duncan le parecieron otras tantas eras, podrían

haber pasado de esta manera; y los guerreros estaban completamente envueltos en una nube de humo blanco antes de que ninguno de ellos hablara.

—¡Bienvenido! —dijo uno al fin—; ¿ha encontrado mi amigo al alce?

—Los jóvenes se tambalean bajo sus cargas —respondió Magua—. Que «Junco-que-se-dobla» vaya por el sendero de caza; los encontrará.

Un profundo y terrible silencio sucedió a la enunciación del nombre prohibido. Cada pipa cayó de los labios de su dueño como si todos hubieran inhalado una impureza en el mismo instante. El humo se arremolinaba sobre sus cabezas en pequeños remolinos, y curvándose en forma de espiral ascendía rápidamente a través de la abertura en el techo de la cabaña, dejando el lugar debajo libre de sus humos, y cada rostro oscuro distintamente visible. Las miradas de la mayoría de los guerreros estaban clavadas en la tierra; aunque unos pocos de los más jóvenes y menos dotados del grupo permitieron que sus salvajes y deslumbrantes globos oculares rodaran en dirección a un salvaje de cabeza blanca, que se sentaba entre dos de los jefes más venerados de la tribu. No había nada en el aire o el atuendo de este indio que pareciera darle derecho a tal distinción. El primero era más bien deprimido, que notable por el porte de los nativos; y el segundo era tal como lo usaban comúnmente los hombres ordinarios de la nación. Como la mayoría a su alrededor, durante más de un minuto su mirada, también, estuvo en el suelo; pero, atreviéndose al fin sus ojos a echar un vistazo a un lado, percibió que se estaba convirtiendo en objeto de atención general. Entonces se levantó y alzó la voz en el silencio general.

—Era una mentira —dijo—; no tenía hijo. El que fue llamado por ese nombre está olvidado; su sangre era pálida, y no venía de las venas de un hurón; los malvados chippewas engañaron a mi squaw. El Gran Espíritu ha dicho que la familia de Wiss-entush debía terminar; feliz es quien sabe que el mal de su raza muere con él mismo. He dicho.

El orador, que era el padre del joven indio cobarde, miró a su alrededor, como buscando la aprobación de su estoicismo en los ojos de los auditores. Pero las severas costumbres de su pueblo habían hecho una exacción demasiado severa del débil anciano. La expresión de su ojo contradecía su lenguaje figurado y jactancioso, mientras cada músculo de su rostro arrugado trabajaba con angustia. De pie un solo minuto para disfrutar de su amargo triunfo, se apartó, como si se enfermara ante la mirada de los hombres, y,

velando su rostro en su manta, salió de la cabaña con el paso silencioso de un indio que busca, en la privacidad de su propia morada, la simpatía de uno como él, anciano, desamparado y sin hijos.

Los indios, que creen en la transmisión hereditaria de virtudes y defectos de carácter, lo dejaron partir en silencio. Luego, con una elevación de crianza que muchos en un estado de sociedad más cultivado podrían emular provechosamente, uno de los jefes desvió la atención de los jóvenes de la debilidad que acababan de presenciar, diciendo, con voz alegre, dirigiéndose por cortesía a Magua, como el recién llegado:

—Los delawares han sido como osos tras los tarros de miel, merodeando alrededor de mi aldea. Pero, ¿quién ha encontrado alguna vez a un hurón dormido?

La oscuridad de la nube inminente que precede a un estallido de trueno no era más negra que el ceño de Magua cuando exclamó:

—¡Los delawares de los lagos!

—No es así. Los que llevan las enaguas de las squaws, en su propio río. Uno de ellos ha estado pasando por la tribu.

—¿Tomaron mis jóvenes su cabellera?

—Sus piernas eran buenas, aunque su brazo es mejor para la azada que para el tomahawk —respondió el otro, señalando la forma inmóvil de Uncas.

En lugar de manifestar cualquier curiosidad mujeril por deleitar sus ojos con la vista de un cautivo de un pueblo que se sabía que tenía tantas razones para odiar, Magua continuó fumando, con el aire meditabundo que solía mantener, cuando no había una llamada inmediata a su astucia o su elocuencia. Aunque secretamente asombrado por los hechos comunicados por el discurso del anciano padre, se permitió no hacer preguntas, reservando sus indagaciones para un momento más adecuado. Fue solo después de un intervalo suficiente que sacudió las cenizas de su pipa, volvió a colocar el tomahawk, apretó su cinto y se levantó, lanzando por primera vez una mirada en dirección al prisionero, que estaba un poco detrás de él. El cauto, aunque aparentemente abstraído Uncas, captó un atisbo del movimiento y, volviéndose de repente hacia la luz, sus miradas se encontraron. Cerca de un minuto, estos dos espíritus audaces e indómitos permanecieron mirán-

dose fijamente a los ojos, ninguno vacilando en lo más mínimo ante la fiera mirada que encontraba. La forma de Uncas se dilató, y sus fosas nasales se abrieron como las de un tigre acorralado; pero tan rígida e inflexible era su postura, que fácilmente podría haber sido convertido por la imaginación en una exquisita e impecable representación de la deidad guerrera de su tribu. Los lineamientos de los rasgos temblorosos de Magua resultaron más dúctiles; su semblante perdió gradualmente su carácter de desafío en una expresión de feroz alegría, y exhalando un suspiro desde lo más profundo de su pecho, pronunció en voz alta el formidable nombre de:

—¡Le Cerf Agile!

Cada guerrero se puso de pie de un salto al oír el conocido apelativo, y hubo un corto período durante el cual la constancia estoica de los nativos fue completamente vencida por la sorpresa. El odiado y sin embargo respetado nombre fue repetido como por una sola voz, llevando el sonido incluso más allá de los límites de la cabaña. Las mujeres y los niños, que merodeaban alrededor de la entrada, recogieron las palabras en un eco, que fue sucedido por otro aullido agudo y lastimero. Este último aún no había terminado, cuando la sensación entre los hombres se había calmado por completo. Cada uno de los presentes se sentó, como si estuviera avergonzado de su precipitación; pero pasaron muchos minutos antes de que sus ojos significativos dejaran de rodar hacia su cautivo, en un curioso examen de un guerrero que tan a menudo había demostrado su destreza sobre los mejores y más orgullosos de su nación. Uncas disfrutó de su victoria, pero se contentó con exhibir meramente su triunfo con una sonrisa tranquila, un emblema de desdén que pertenece a todos los tiempos y a todas las naciones.

Magua captó la expresión y, levantando el brazo, lo sacudió hacia el cautivo, los ligeros ornamentos de plata sujetos a su brazalete resonando con la temblorosa agitación del miembro, mientras, en un tono de venganza, exclamaba, en inglés:

—¡Mohicano, mueres!

—Las aguas curativas nunca devolverán la vida a los hurones muertos — respondió Uncas, con la música de los delawares —; el río tumultuoso lava sus huesos; sus hombres son squaws; sus mujeres, búhos. ¡Ve! reúne a los perros hurones, para que puedan contemplar a un guerrero. Mis fosas nasales están ofendidas; huelen la sangre de un cobarde.

La última alusión caló hondo, y la injuria enconó. Muchos de los hurones entendieron la extraña lengua en que hablaba el cautivo, entre los cuales se encontraba Magua. Este astuto salvaje lo vio, y al instante se aprovechó de su ventaja. Dejando caer la ligera túnica de piel de su hombro, extendió el brazo y comenzó un estallido de su peligrosa y astuta elocuencia. Por mucho que su influencia entre su pueblo hubiera sido mermada por su debilidad ocasional y persistente, así como por su desertión de la tribu, su coraje y su fama como orador eran innegables. Nunca hablaba sin auditores, y rara vez sin convertir a sus opiniones. En la presente ocasión, sus poderes nativos fueron estimulados por la sed de venganza.

Volvió a relatar los acontecimientos del ataque a la isla en Glenn's, la muerte de sus asociados y la huida de sus más formidables enemigos. Luego describió la naturaleza y posición del monte adonde había llevado a los cautivos que habían caído en sus manos. De sus propias intenciones sangrientas hacia las doncellas, y de su malicia frustrada no hizo mención, sino que pasó rápidamente a la sorpresa de la partida por «La Longue Carabine», y su fatal terminación. Aquí hizo una pausa y miró a su alrededor, con afectada veneración por los difuntos, pero, en verdad, para notar el efecto de su narrativa inicial. Como de costumbre, todos los ojos estaban clavados en su rostro. Cada figura sombría parecía una estatua que respiraba, tan inmóvil era la postura, tan intensa la atención del individuo.

Entonces Magua bajó la voz, que hasta entonces había sido clara, fuerte y elevada, y tocó los méritos de los muertos. Ninguna cualidad que pudiera despertar la simpatía de un indio escapó a su atención. Uno nunca había sido conocido por seguir la caza en vano; otro había sido infatigable en el rastro de sus enemigos. Este era valiente, aquel generoso. En resumen, manejó sus alusiones de tal manera que, en una nación compuesta por tan pocas familias, se las ingenió para tocar cada cuerda que pudiera encontrar, a su vez, algún pecho en el que vibrar.

—¿Están los huesos de mis jóvenes —concluyó—, en el lugar de sepultura de los hurones? Sabéis que no. Sus espíritus se han ido hacia el sol poniente, y ya están cruzando las grandes aguas, hacia los felices terrenos de caza. Pero partieron sin comida, sin fusiles ni cuchillos, sin mocasines, desnudos y pobres como nacieron. ¿Será esto así? ¿Entrarán sus almas en la tierra de los justos como iroqueses hambrientos o delawares afeminados, o se encontrarán con sus amigos con armas en las manos y túnicas en la es-

palda? ¿Qué pensarán nuestros padres que se han convertido las tribus de los wyandots? Mirarán a sus hijos con ojo oscuro, y dirán: "¡Id! un chippe-wa ha venido aquí con el nombre de un hurón". Hermanos, no debemos olvidar a los muertos; un piel roja nunca deja de recordar. Cargaremos la espalda de este mohicano hasta que se tambalee bajo nuestra generosidad, y lo enviaremos tras mis jóvenes. Nos piden ayuda, aunque nuestros oídos no están abiertos; dicen: "No nos olvidéis". Cuando vean el espíritu de este mohicano afanándose tras ellos con su carga, sabrán que somos de esa opinión. Entonces seguirán felices; y nuestros hijos dirán: "Así hicieron nuestros padres a sus amigos, así debemos hacer nosotros a ellos". ¿Qué es un yengee? hemos matado a muchos, pero la tierra todavía está pálida. Una mancha en el nombre de un hurón solo puede ser ocultada por sangre que viene de las venas de un indio. Que este delaware muera.

El efecto de tal arenga, pronunciada en el lenguaje nervioso y con la manera enfática de un orador hurón, difícilmente podía ser malinterpretado. Magua había mezclado tan astutamente las simpatías naturales con la superstición religiosa de sus auditores, que sus mentes, ya preparadas por la costumbre para sacrificar una víctima a los manes de sus compatriotas, perdieron todo vestigio de humanidad en un deseo de venganza. Un guerrero en particular, un hombre de semblante salvaje y feroz, había sido conspicuo por la atención que había prestado a las palabras del orador. Su semblante había cambiado con cada emoción pasajera, hasta que se asentó en una mirada de malicia mortal. Cuando Magua terminó, se levantó y, lanzando el alarido de un demonio, su pequeña hacha pulida se vio brillar a la luz de la antorcha mientras la hacía girar sobre su cabeza. El movimiento y el grito fueron demasiado repentinos para que las palabras interrumpieran su sangrienta intención. Pareció como si un brillante destello saliera de su mano, que fue cruzado en el mismo momento por una línea oscura y poderosa. La primera era el tomahawk en su paso; la segunda, el brazo que Magua lanzó hacia adelante para desviar su puntería. El rápido y presto movimiento del jefe no fue del todo demasiado tarde. El arma afilada cortó la pluma de guerra del mechón de la cabellera de Uncas, y atravesó la frágil pared de la cabaña como si hubiera sido arrojada desde alguna formidable máquina.

Duncan había visto la acción amenazante y se había puesto de pie de un salto, con un corazón que, mientras le saltaba a la garganta, se hinchaba con

la más generosa resolución en favor de su amigo. Una mirada le dijo que el golpe había fallado, y el terror se convirtió en admiración. Uncas permaneció inmóvil, mirando a su enemigo a los ojos con rasgos que parecían superiores a la emoción. El mármol no podría ser más frío, más tranquilo o más firme que el semblante que puso ante este ataque repentino y vengativo. Luego, como si compadeciera una falta de habilidad que le había resultado tan afortunada, sonrió y murmuró unas pocas palabras de desprecio en su propia lengua.

—¡No! —dijo Magua, después de asegurarse de la seguridad del cautivo —; el sol debe brillar sobre su vergüenza; las squaws deben ver su carne temblar, o nuestra venganza será como el juego de niños. ¡Id! llevadlo donde haya silencio; veamos si un delaware puede dormir por la noche, y por la mañana morir.

Los jóvenes cuyo deber era custodiar al prisionero pasaron al instante sus ligaduras de corteza por sus brazos y lo sacaron de la cabaña, en medio de un profundo y ominoso silencio. Fue solo cuando la figura de Uncas se detuvo en la abertura de la puerta que su paso firme vaciló. Allí se volvió y, en la mirada amplia y altiva que lanzó alrededor del círculo de sus enemigos, Duncan captó una mirada que se alegró de interpretar como una expresión de que no estaba completamente abandonado por la esperanza.

Magua estaba contento con su éxito, o demasiado ocupado con sus propósitos secretos como para llevar sus indagaciones más lejos. Sacudiendo su manto y doblándolo sobre su pecho, también abandonó el lugar, sin proseguir un tema que podría haber resultado tan fatal para el individuo a su codo. A pesar de su creciente resentimiento, su firmeza natural y su ansiedad por Uncas, Heyward se sintió sensiblemente aliviado por la ausencia de un enemigo tan peligroso y sutil. La excitación producida por el discurso disminuyó gradualmente. Los guerreros reanudaron sus asientos y nubes de humo llenaron una vez más la cabaña. Durante casi media hora, no se pronunció una sílaba, ni apenas se echó una mirada a un lado; un silencio grave y meditabundo siendo la sucesión ordinaria a toda escena de violencia y conmoción entre estos seres, que eran a la vez tan impetuosos y, sin embargo, tan contenidos.

Cuando el jefe, que había solicitado la ayuda de Duncan, terminó su pipa, hizo un movimiento final y exitoso para partir. Un movimiento de un dedo

fue la indicación que le dio al supuesto médico para que lo siguiera; y pasando a través de las nubes de humo, Duncan se alegró, por más de una razón, de poder al fin respirar el aire puro de una fresca y refrescante tarde de verano.

En lugar de seguir su camino entre aquellas cabañas donde Heyward ya había hecho su búsqueda infructuosa, su compañero se desvió y procedió directamente hacia la base de una montaña adyacente, que se cernía sobre la aldea temporal. Una espesura de maleza bordeaba su pie, y se hizo necesario proceder a través de un sendero torcido y estrecho. Los muchachos habían reanudado sus juegos en el claro, y estaban representando una caza mímica al poste entre ellos. Para hacer sus juegos lo más parecidos posible a la realidad, uno de los más audaces de su número había llevado unas cuantas teas a algunos montones de copas de árboles que hasta entonces habían escapado al fuego. La llama de uno de estos fuegos iluminaba el camino del jefe y de Duncan, y daba un carácter de salvajismo adicional a la ruda escena. A poca distancia de una roca desnuda, y directamente frente a ella, entraron en un claro cubierto de hierba, que se dispusieron a cruzar. Justo entonces se añadió combustible fresco al fuego, y una poderosa luz penetró incluso hasta aquel lugar distante. Cayó sobre la superficie blanca de la montaña, y se reflejó hacia abajo sobre un ser de aspecto oscuro y misterioso que surgió, inesperadamente, en su camino. El indio se detuvo, como si dudara si proceder, y permitió que su compañero se acercara a su lado. Una gran bola negra, que al principio parecía estacionaria, comenzó ahora a moverse de una manera que para este último era inexplicable. De nuevo el fuego se avivó y su resplandor cayó más distintamente sobre el objeto. Entonces incluso Duncan lo reconoció, por sus actitudes inquietas y de lado, que mantenían la parte superior de su forma en constante movimiento, mientras que el animal mismo parecía sentado, ser un oso. Aunque gruñía fuerte y ferozmente, y hubo instantes en que se podían ver sus relucientes globos oculares, no dio otras indicaciones de hostilidad. El hurón, al menos, parecía seguro de que las intenciones de este singular intruso eran pacíficas, pues después de darle un atento examen, continuó tranquilamente su curso.

Duncan, que sabía que el animal era a menudo domesticado entre los indios, siguió el ejemplo de su compañero, creyendo que algún favorito de la tribu había encontrado su camino hacia la espesura, en busca de comida. Lo pasaron sin ser molestados. Aunque obligado a entrar casi en contacto con

el monstruo, el hurón, que al principio había determinado tan cautelosamente el carácter de su extraño visitante, se contentó ahora con proceder sin perder un momento en un examen más detenido; pero Heyward no pudo evitar que sus ojos miraran hacia atrás, en una saludable vigilancia contra ataques por la retaguardia. Su inquietud no disminuyó en absoluto cuando percibió a la bestia rodando por su camino y siguiendo sus pasos. Habría hablado, pero el indio en ese momento apartó una puerta de corteza y entró en una caverna en el seno de la montaña.

Aprovechando un método tan fácil de retirada, Duncan entró tras él, y se alegraba de cerrar la ligera cubierta de la abertura, cuando sintió que se la arrancaban de la mano por la bestia, cuya forma peluda oscureció inmediatamente el pasaje. Estaban ahora en una galería recta y larga, en una grieta de las rocas, donde la retirada sin encontrarse con el animal era imposible. Sacando el mejor partido de las circunstancias, el joven avanzó, manteniéndose tan cerca como fuera posible de su conductor. El oso gruñía frecuentemente a sus talones, y una o dos veces sus enormes zarpas se posaron sobre su persona, como si estuvieran dispuestas a impedir su paso ulterior a la guarida.

Cuánto tiempo habrían soportado los nervios de Heyward en esta extraordinaria situación, podría ser difícil de decidir, pues, felizmente, pronto encontró alivio. Un destello de luz había estado constantemente frente a ellos, y ahora llegaron al lugar de donde procedía.

Una gran cavidad en la roca había sido rudamente acondicionada para servir a los propósitos de muchos aposentos. Las subdivisiones eran simples pero ingeniosas, compuestas de piedra, palos y corteza, entremezclados. Aberturas por encima admitían la luz de día, y por la noche fuegos y antorchas suplían el lugar del sol. Hacia aquí los hurones habían traído la mayoría de sus objetos de valor, especialmente aquellos que más particularmente pertenecían a la nación; y hacia aquí, como ahora parecía, la mujer enferma, que se creía víctima de un poder sobrenatural, había sido transportada también, bajo la impresión de que su atormentador encontraría más dificultad en hacer sus asaltos a través de muros de piedra que a través de las cubiertas frondosas de las cabañas. El aposento en el que Duncan y su guía entraron primero, había sido dedicado exclusivamente a su alojamiento. Este último se acercó a su lecho, que estaba rodeado de mujeres, en cuyo centro Heyward se sorprendió de encontrar a su amigo desaparecido David.

Una sola mirada fue suficiente para advertir al pretendido galeno que la inválida estaba mucho más allá de sus poderes de curación. Yacía en una especie de parálisis, indiferente a los objetos que se agolpaban ante su vista, y felizmente inconsciente del sufrimiento. Heyward distaba mucho de lamentar que sus farsas se realizaran en alguien que estaba demasiado enferma para interesarse en su fracaso o éxito. El ligero remordimiento de conciencia que había sido excitado por el engaño intencionado se apaciguó al instante, y comenzó a ordenar sus pensamientos, para representar su papel con el espíritu adecuado, cuando descubrió que estaba a punto de ser anticipado en su habilidad por un intento de probar el poder de la música.

Gamut, que se había preparado para derramar su espíritu en canto cuando los visitantes entraron, después de demorarse un momento, extrajo una melodía de su flauta y comenzó un himno que podría haber obrado un milagro, si la fe en su eficacia hubiera sido de mucho provecho. Se le permitió proceder hasta el final, los indios respetando su imaginaria enfermedad, y Duncan demasiado contento con la demora como para arriesgar la más mínima interrupción. Mientras la cadencia moribunda de sus melodías caía en los oídos de este último, se apartó de un salto al oírlas repetirse detrás de él, en una voz mitad humana y mitad sepulcral. Mirando a su alrededor, vio al monstruo peludo sentado sobre sus cuartos traseros en una sombra de la caverna, donde, mientras su cuerpo inquieto se balanceaba a la manera incómoda del animal, repetía, en una especie de bajo gruñido, sonidos, si no palabras, que guardaban alguna ligera semejanza con la melodía del cantor.

El efecto de un eco tan extraño en David puede ser mejor imaginado que descrito. Sus ojos se abrieron como si dudara de su veracidad; y su voz se volvió instantáneamente muda por el exceso de asombro. Un plan bien trazado, de comunicar alguna información importante a Heyward, fue borrado de su recuerdo por una emoción que se parecía mucho al miedo, pero que se complacía en creer que era admiración. Bajo su influencia, exclamó en voz alta: «¡Ella te espera, y está cerca!»; y abandonó precipitadamente la caverna.

CAPÍTULO XXV

Snug.—¿Tenéis escrita la parte del león? Os ruego, si es así,
dádmela, pues soy lento en el estudio.

Quince.—Podéis hacerlo de improviso, pues no es más que
rugir.

—Sueño de una noche de verano.

Había una extraña mezcla de lo ridículo con lo solemne en esta escena. La bestia aún continuaba sus movimientos giratorios y aparentemente incansables, aunque su grotesco intento de imitar la melodía de David cesó en el instante en que este último abandonó el campo. Las palabras de Gamut fueron, como se ha visto, en su lengua nativa; y para Duncan parecían preñadas de algún significado oculto, aunque nada presente le ayudaba a descubrir el objeto de su alusión. Sin embargo, se puso un rápido fin a toda conjetura sobre el tema, por la manera del jefe, quien avanzó hacia el lecho de la inválida e hizo señas a todo el grupo de asistentes femeninas que se habían congregado allí para presenciar la habilidad del extraño. Fue obedecido implícitamente, aunque a regañadientes; y cuando el bajo eco que resonó a lo largo de la hueca galería natural, desde la lejana puerta que se cerraba, hubo cesado, señalando hacia su insensible hija, dijo:

—Ahora que mi hermano muestre su poder.

Así inequívocamente llamado a ejercer las funciones de su asumido carácter, Heyward temió que la menor demora pudiera resultar peligrosa. Esforzándose, entonces, por ordenar sus ideas, se preparó para realizar esa especie de encantamiento, y esos ritos toscos, bajo los cuales los conjuradores indios están acostumbrados a ocultar su ignorancia e impotencia. Es más que probable que, en el desordenado estado de sus pensamientos, pronto hubiera caído en algún error sospechoso, si no fatal, de no haber sido in-

terrumpidos sus incipientes intentos por un fiero gruñido del cuadrúpedo. Tres veces distintas renovó sus esfuerzos por proceder, y otras tantas se encontró con la misma oposición inexplicable, pareciendo cada interrupción más salvaje y amenazante que la precedente.

—Los astutos son celosos —dijo el hurón—; me voy. Hermano, la mujer es la esposa de uno de mis más valientes jóvenes; trátala con justicia. ¡Paz! —añadió, haciendo señas a la descontenta bestia para que se callara—; me voy.

El jefe cumplió su palabra, y Duncan se encontró ahora solo en aquella morada salvaje y desolada con la indefensa inválida y la fiera y peligrosa bestia. Esta última escuchó los movimientos del indio con ese aire de sagacidad que se sabe que posee un oso, hasta que otro eco anunció que también había abandonado la caverna, momento en el que se volvió y se acercó contoneándose a Duncan, ante quien se sentó en su actitud natural, erguido como un hombre. El joven miró ansiosamente a su alrededor en busca de algún arma con la que pudiera resistir el ataque que ahora esperaba seriamente.

Parecía, sin embargo, como si el humor del animal hubiera cambiado de repente. En lugar de continuar sus gruñidos descontentos, o manifestar más signos de ira, todo su cuerpo peludo se sacudió violentamente, como si estuviera agitado por alguna extraña convulsión interna. Las enormes y pesadas garras arañaban estúpidamente alrededor del hocico sonriente, y mientras Heyward mantenía sus ojos clavados en sus movimientos con vigilante atención, la sombría cabeza cayó a un lado y en su lugar apareció el semblante honesto y robusto del explorador, quien se entregaba desde el fondo de su alma a su propia y peculiar expresión de regocijo.

—¡Chist! —dijo el cauto hombre del bosque, interrumpiendo la exclamación de sorpresa de Heyward—; los bribones andan por el lugar, y cualquier sonido que no sea natural a la brujería los traería de vuelta sobre nosotros en masa.

—Decidme el significado de esta mascarada; ¿y por qué habéis intentado una aventura tan desesperada?

—Ah, la razón y el cálculo son a menudo superados por el accidente —respondió el explorador—. Pero, como una historia siempre debe comenzar

por el principio, os lo contaré todo en orden. Después de que nos separamos, coloqué al comandante y al Sagamore en una vieja madriguera de castores, donde están más a salvo de los hurones de lo que estarían en la guarnición de Edward; pues vuestros indios del alto noroeste, no teniendo aún a los comerciantes entre ellos, continúan venerando al castor. Después de lo cual, Uncas y yo nos dirigimos al otro campamento como se acordó. ¿Habéis visto al muchacho?

— ¡Para mi gran pesar! Está cautivo, y condenado a morir al salir el sol.

— Tenía mis recelos de que tal sería su destino —reanudó el explorador, en un tono menos confiado y gozoso. Pero pronto, recuperando su voz naturalmente firme, continuó—: Su mala fortuna es la verdadera razón de mi presencia aquí, pues nunca estaría bien abandonar a un muchacho así a los hurones. ¡Menudo festín tendrían los bribones, si pudieran atar a "El Alce Saltador" y a "La Longue Carabine", como me llaman, a la misma estaca! Aunque nunca supe por qué me han dado tal nombre, habiendo tan poca semejanza entre los dones de "Mataciervos" y el rendimiento de una de vuestras verdaderas carabinas de Canadá, como la hay entre la naturaleza de una piedra de pipa y un pedernal.

— Atente a tu historia —dijo el impaciente Heyward—; no sabemos en qué momento pueden regresar los hurones.

— No hay temor de ellos. Un conjurador debe tener su tiempo, como un sacerdote errante en los asentamientos. Estamos tan a salvo de interrupciones como lo estaría un misionero al comienzo de un discurso de dos horas. Bueno, Uncas y yo nos topamos con una partida de regreso de los bribones; el muchacho fue demasiado imprudente para un explorador; no, por esa razón, siendo de sangre caliente, no tenía tanta culpa; y, después de todo, uno de los hurones resultó ser un cobarde, y al huir lo llevó a una emboscada.

— Y caro ha pagado por la debilidad.

El explorador se pasó significativamente la mano por su propia garganta, y asintió, como si dijera: «Comprendo vuestro significado». Después de lo cual continuó, en un lenguaje más audible aunque apenas más inteligible:

— Tras la pérdida del muchacho, me volví contra los hurones, como podéis juzgar. Ha habido escaramuzas entre uno o dos de sus merodeadores

y yo; pero eso no viene al caso. Así que, después de haber disparado a los diablillos, me acerqué bastante a las cabañas sin más conmoción. Entonces, ¿qué hizo la suerte en mi favor sino llevarme al mismísimo lugar donde uno de los más famosos conjuradores de la tribu se estaba vistiendo, como bien sabía, para alguna gran batalla con Satán? aunque, ¿por qué llamaría a eso suerte, cuando ahora parece que fue una ordenación especial de la Providencia? Así que un juicioso golpe en la cabeza dejó tieso al mentiroso impostor por un tiempo, y dejándole un trozo de nogal para su cena, para evitar un alboroto, y atándolo entre dos arbolillos, me tomé la libertad con sus galas, y asumí el papel del oso yo mismo, para que las operaciones pudieran proceder.

— Y admirablemente representasteis el personaje; el animal mismo podría haberse avergonzado de la representación.

— ¡Señor, mayor —respondió el halagado hombre del bosque—, sería yo un pobre erudito para alguien que ha estudiado tanto en la naturaleza, si no supiera exponer los movimientos o la naturaleza de tal bestia! Si hubiera sido ahora un gato montés, o incluso una pantera de tamaño completo, habría embellecido una actuación para vos digna de ser vista. Pero no es una hazaña tan maravillosa exhibir las proezas de una bestia tan torpe; aunque, por esa razón, también, un oso puede ser sobreactuado. Sí, sí; no todo imitador sabe que la naturaleza puede ser superada más fácilmente de lo que es igualada. Pero todo nuestro trabajo está aún por delante. ¿Dónde está la gentil dama?

— El cielo sabe. He examinado cada cabaña de la aldea, sin descubrir el más mínimo rastro de su presencia en la tribu.

— ¿Oísteis lo que dijo el cantor, al dejarnos: "Está cerca, y os espera"?

— Me he visto obligado a creer que aludía a esta desdichada mujer.

— El simplón estaba asustado, y se equivocó en su mensaje; pero tenía un significado más profundo. Aquí hay paredes suficientes para separar todo el asentamiento. Un oso debería trepar; por lo tanto, echaré un vistazo por encima de ellas. Puede haber tarros de miel escondidos en estas rocas, y soy una bestia, ya sabéis, que tiene antojo de los dulces.

El explorador miró detrás de sí, riendo de su propia ocurrencia, mientras trepaba por la partición, imitando, al pasar, los torpes movimientos de la

bestia que representaba; pero en el instante en que alcanzó la cima, hizo un gesto de silencio y se deslizó hacia abajo con la máxima precipitación.

—Está aquí —susurró—, y por esa puerta la encontraréis. Habría dicho una palabra de consuelo al alma afligida; pero la vista de tal monstruo podría trastornar su razón. Aunque por esa razón, mayor, vos mismo no sois de los más atractivos con vuestra pintura.

Duncan, que ya se había lanzado ansiosamente hacia adelante, retrocedió al instante al oír estas desalentadoras palabras.

—¿Soy, entonces, tan repugnante? —demandó, con aire de disgusto.

—Podríais no asustar a un lobo, ni desviar a los Royal Americans de una descarga; pero he visto tiempos en que teníais un aspecto más favorecido; vuestros semblantes rayados no son mal juzgados por las squaws, pero las jóvenes de sangre blanca dan preferencia a su propio color. Ved —añadió, señalando un lugar donde el agua goteaba de una roca, formando un pequeño manantial de cristal, antes de encontrar una salida a través de las grietas adyacentes—; podéis deshaceros fácilmente del embadurnamiento del Sagamore, y cuando volváis intentaré mi mano en un nuevo embellecimiento. Es tan común para un conjurador alterar su pintura como para un petimetre en los asentamientos cambiar sus galas.

El deliberado hombre del bosque tuvo poca ocasión de buscar argumentos para reforzar su consejo. Todavía estaba hablando cuando Duncan se valió del agua. En un momento, toda marca espantosa u ofensiva fue borrada, y el joven apareció de nuevo con los lineamientos con los que había sido dotado por la naturaleza. Así preparado para una entrevista con su amada, se despidió apresuradamente de su compañero y desapareció a través del pasaje indicado. El explorador presenció su partida con complacencia, asintiendo con la cabeza tras él y murmurando sus buenos deseos; después de lo cual, se puso muy tranquilamente a examinar el estado de la despensa entre los hurones, siendo la caverna, entre otros propósitos, utilizada como receptáculo para los frutos de sus cacerías.

Duncan no tuvo otra guía que una lejana luz parpadeante, que sirvió, sin embargo, de estrella polar para el amante. Con su ayuda, pudo entrar en el puerto de sus esperanzas, que no era más que otro aposento de la caverna, que había sido destinado únicamente a la custodia de una prisionera tan im-

portante como una hija del comandante de William Henry. Estaba profusamente sembrado con el botín de aquella desafortunada fortaleza. En medio de esta confusión encontró a la que buscaba, pálida, ansiosa y aterrorizada, pero encantadora. David la había preparado para tal visita.

— ¡Duncan! — exclamó ella, con una voz que parecía temblar ante los sonidos que ella misma creaba.

— ¡Alice! — respondió él, saltando descuidadamente entre baúles, cajas, armas y muebles, hasta que estuvo a su lado.

— Sabía que nunca me abandonarías — dijo ella, alzando la vista con un momentáneo rubor en su, por lo demás, abatido semblante—. ¡Pero estás solo! Agradecida como estoy de ser así recordada, desearía pensar que no estás completamente solo.

Duncan, observando que ella temblaba de una manera que delataba su incapacidad para mantenerse en pie, la indujo suavemente a sentarse, mientras le relataba los principales incidentes que ha sido nuestra tarea registrar. Alice escuchó con interés sin aliento; y aunque el joven tocó ligeramente las penas del afligido padre, cuidando, sin embargo, de no herir el amor propio de su oyente, las lágrimas corrieron tan libremente por las mejillas de la hija como si nunca antes hubiera llorado. La ternura tranquilizadora de Duncan, sin embargo, pronto calmó el primer estallido de sus emociones, y luego lo escuchó hasta el final con indivisa atención, si no con compostura.

— Y ahora, Alice — añadió —, verás cuánto se espera todavía de ti. Con la ayuda de nuestro experimentado e inestimable amigo, el explorador, podremos encontrar nuestro camino para salir de este pueblo salvaje, pero tendrás que ejercer tu máxima fortaleza. Recuerda que vuelas a los brazos de tu venerable padre, y cuánto depende su felicidad, así como la tuya, de esos esfuerzos.

— ¿Puedo hacer otra cosa por un padre que ha hecho tanto por mí?

— Y por mí también — continuó el joven, presionando suavemente la mano que sostenía entre las suyas.

La mirada de inocencia y sorpresa que recibió a cambio convenció a Duncan de la necesidad de ser más explícito.

—Este no es ni el lugar ni la ocasión para detenerte con deseos egoístas —añadió—; pero, ¿qué corazón cargado como el mío no desearía arrojar su carga? Dicen que la miseria es el más estrecho de todos los lazos; nuestro sufrimiento común en vuestro favor dejó poco que explicar entre vuestro padre y yo.

—Y, queridísima Cora, Duncan; ¿seguramente Cora no fue olvidada?

—¡No olvidada! no; lamentada, como rara vez se ha llorado a una mujer antes. Vuestro venerable padre no conocía diferencia entre sus hijas; pero yo... Alice, no te ofenderás cuando diga que para mí su valía estaba en cierto grado oscurecida...

—Entonces no conocías el mérito de mi hermana —dijo Alice, retirando la mano—; de ti siempre habla como de alguien que es su más querido amigo.

—Con gusto la creería tal —respondió Duncan, apresuradamente—; desearía que fuera incluso más; pero contigo, Alice, tengo el permiso de tu padre para aspirar a un lazo aún más cercano y querido.

Alice tembló violentamente, y hubo un instante durante el cual apartó el rostro, cediendo a las emociones comunes a su sexo; pero estas pasaron rápidamente, dejándola dueña de su comportamiento, si no de sus afectos.

—Heyward —dijo, mirándolo de lleno a la cara con una conmovedora expresión de inocencia y dependencia—, dame la sagrada presencia y la santa sanción de ese padre antes de que me instes más.

—Aunque más no debería, menos no podría decir —estaba a punto de responder el joven, cuando fue interrumpido por un ligero golpecito en su hombro. Poniéndose de pie de un salto, se volvió y, enfrentando al intruso, sus miradas cayeron sobre la oscura figura y el maligno rostro de Magua. La profunda risa gutural del salvaje sonó, en tal momento, para Duncan, como la burla infernal de un demonio. Si hubiera seguido el impulso repentino y feroz del instante, se habría arrojado sobre el hurón y habría encomendado sus destinos al resultado de una lucha mortal. Pero, sin armas de ningún tipo, ignorante del socorro que su sutil enemigo pudiera comandar, y encargado de la seguridad de alguien que en ese momento le era más querida que nunca, no bien lo entretuvo que abandonó la desesperada intención.

—¿Cuál es vuestro propósito? —dijo Alice, cruzando mansamente los brazos sobre su pecho, y luchando por ocultar una agonía de aprensión en favor de Heyward, con la manera fría y distante habitual con la que recibía las visitas de su captor.

El exultante indio había reasumido su semblante austero, aunque retrocedió cautelosamente ante la mirada amenazante del fiero ojo del joven. Contempló a sus dos cautivos por un momento con una mirada firme, y luego, apartándose, dejó caer un tronco de madera a través de una puerta diferente a la que Duncan había entrado. Este último comprendió ahora la manera de su sorpresa y, creyéndose irremediabilmente perdido, estrechó a Alice contra su pecho y se dispuso a enfrentar un destino que apenas lamentaba, ya que iba a ser sufrido en tal compañía. Pero Magua no meditaba ninguna violencia inmediata. Sus primeras medidas fueron muy evidentemente tomadas para asegurar a su nuevo cautivo; ni siquiera dedicó una segunda mirada a las formas inmóviles en el centro de la caverna, hasta que hubo cortado por completo toda esperanza de retirada a través de la salida privada que él mismo había usado. Fue observado en todos sus movimientos por Heyward, quien, sin embargo, permaneció firme, todavía estrechando la frágil forma de Alice contra su corazón, a la vez demasiado orgulloso y demasiado desesperado para pedir favor a un enemigo tan a menudo frustrado. Cuando Magua hubo efectuado su objetivo, se acercó a sus prisioneros y dijo en inglés:

—Los rostros pálidos atrapan a los astutos castores; pero las pieles rojas saben cómo tomar a los yengeese.

—¡Hurón, haz lo peor! —exclamó el excitado Heyward, olvidando que una doble apuesta estaba involucrada en su vida—; ¡tú y tu venganza sois igualmente despreciados!

—¿Dirá el hombre blanco estas palabras en la estaca? —preguntó Magua; manifestando, al mismo tiempo, cuán poca fe tenía en la resolución del otro por la mueca que acompañó sus palabras.

—Aquí; solo a tu cara, o en presencia de tu nación.

—¡Le Renard Subtil es un gran jefe! —respondió el indio—; irá y traerá a sus jóvenes, para ver cuán valientemente puede reírse un rostro pálido de las torturas.

Se dio la vuelta mientras hablaba, y estaba a punto de abandonar el lugar por la avenida por la que Duncan se había acercado, cuando un gruñido captó su oído y le hizo dudar. La figura del oso apareció en la puerta, donde se sentó, balanceándose de un lado a otro en su acostumbrada inquietud. Magua, al igual que el padre de la mujer enferma, lo observó agudamente por un momento, como para determinar su carácter. Estaba muy por encima de las supersticiones más vulgares de su tribu, y tan pronto como reconoció el conocido atuendo del conjurador, se preparó para pasarlo con frío desprecio. Pero un gruñido más fuerte y amenazante le hizo detenerse de nuevo. Entonces pareció como si de repente resolviera no bromear más, y avanzó resueltamente.

El animal mímico, que había avanzado un poco, se retiró lentamente frente a él, hasta que llegó de nuevo al paso, donde, irguiéndose sobre sus patas traseras, golpeó el aire con sus zarpas, a la manera practicada por su brutal prototipo.

—¡Tonto! —exclamó el jefe, en hurón—; ¡ve a jugar con los niños y las squaws; deja a los hombres con su sabiduría!

Una vez más intentó pasar al supuesto empírico, desdeñando incluso el desfile de amenazar con usar el cuchillo o el tomahawk que pendía de su cinto. De repente, la bestia extendió sus brazos, o más bien piernas, y lo encerró en un abrazo que podría haber rivalizado con el famoso poder del «abrazo del oso» mismo. Heyward había observado todo el procedimiento, por parte de Ojo de Halcón, con interés sin aliento. Al principio soltó a Alice; luego agarró una correa de piel de gamo, que se había usado alrededor de algún bulto, y cuando vio a su enemigo con sus dos brazos sujetos a su costado por los músculos de hierro del explorador, se abalanzó sobre él y los aseguró eficazmente allí. Brazos, piernas y pies fueron rodeados en veinte pliegues de la correa, en menos tiempo del que hemos tardado en registrar la circunstancia. Cuando el formidable hurón estuvo completamente inmovilizado, el explorador soltó su agarre, y Duncan acostó a su enemigo de espaldas, completamente indefenso.

A lo largo de toda esta súbita y extraordinaria operación, Magua, aunque había luchado violentamente, hasta asegurarse de que estaba en manos de alguien cuyos nervios estaban mucho mejor templados que los suyos, no había proferido la más mínima exclamación. Pero cuando Ojo de Halcón, a

modo de dar una explicación sumaria de su conducta, retiró las peludas mandíbulas de la bestia, y expuso su propio rostro rudo y serio a la mirada del hurón, la filosofía de este último fue tan dominada como para permitirle proferir el infalible:

— ¡Hugh!

— Ay, has encontrado tu lengua —dijo su imperturbable conquistador—; ahora, para que no la uses para nuestra ruina, debo tomarme la libertad de taparte la boca.

Como no había tiempo que perder, el explorador se puso inmediatamente a efectuar tan necesaria precaución; y cuando hubo amordazado al indio, su enemigo podría considerarse con seguridad como «hors de combat».

— ¿Por qué lugar entró el diablillo? —preguntó el industrioso explorador, cuando terminó su trabajo—. Ni un alma ha pasado por mi camino desde que me dejaste.

Duncan señaló la puerta por la que Magua había entrado, y que ahora presentaba demasiados obstáculos para una retirada rápida.

— Trae a la gentil dama, entonces —continuó su amigo—; debemos hacer un esfuerzo por los bosques por la otra salida.

— ¡Es imposible! —dijo Duncan—; el miedo la ha vencido, y está indefensa. ¡Alice! mi dulce, mi propia Alice, ánimo; ahora es el momento de huir. ¡Es en vano! oye, pero es incapaz de seguir. Ve, noble y digno amigo; sálvate, y déjame a mi suerte.

— ¡Todo rastro tiene su fin, y toda calamidad trae su lección! —respondió el explorador—. Ea, envuélvela en esas telas indias. Oculta toda su pequeña forma. No, ese pie no tiene igual en la naturaleza; la delatará. Todo, cada parte. Ahora tómala en tus brazos, y sígueme. Deja el resto a mi cargo.

Duncan, como puede deducirse de las palabras de su compañero, obedecía con afán; y, mientras el otro terminaba de hablar, tomó la ligera persona de Alice en sus brazos y siguió los pasos del explorador. Encontraron a la mujer enferma como la habían dejado, todavía sola, y pasaron rápidamente, por la galería natural, al lugar de entrada. Al acercarse a la pequeña puerta de corteza, un murmullo de voces afuera anunció que los amigos y

parientes de la inválida se habían reunido alrededor del lugar, esperando pacientemente una llamada para volver a entrar.

—Si abro los labios para hablar —susurró Ojo de Halcón—, mi inglés, que es la lengua genuina de un piel blanca, les dirá a los bribones que un enemigo está entre ellos. Debéis darles vuestra jerga, mayor; y decir que hemos encerrado al espíritu maligno en la cueva, y que llevamos a la mujer a los bosques para encontrar raíces fortalecedoras. Practicad toda vuestra astucia, pues es una empresa lícita.

La puerta se abrió un poco, como si alguien afuera estuviera escuchando los procedimientos dentro, y obligó al explorador a cesar sus instrucciones. Un fiero gruñido repelió al fisgón, y entonces el explorador abrió audazmente la cubierta de corteza y abandonó el lugar, representando el personaje de un oso mientras procedía. Duncan lo siguió de cerca, y pronto se encontró en el centro de un grupo de veinte parientes y amigos ansiosos.

La multitud retrocedió un poco, y permitió que el padre, y uno que parecía ser el esposo de la mujer, se acercaran.

—¿Ha ahuyentado mi hermano al espíritu maligno? —demandó el primero—. ¿Qué tiene en sus brazos?

—Tu hija —respondió Duncan, gravemente—; la enfermedad ha salido de ella; está encerrada en las rocas. Llevo a la mujer a una distancia, donde la fortaleceré contra cualquier ataque ulterior. Estará en el wigwam del joven cuando el sol vuelva a salir.

Cuando el padre hubo traducido el significado de las palabras del extraño a la lengua hurona, un murmullo reprimido anunció la satisfacción con que se recibió esta información. El propio jefe agitó la mano para que Duncan procediera, diciendo en voz alta, con voz firme y de manera altiva:

—Ve; soy un hombre, y entraré en la roca y lucharé contra el maligno.

Heyward había obedecido con gusto, y ya había pasado el pequeño grupo, cuando estas sorprendentes palabras lo detuvieron.

—¿Está loco mi hermano? —exclamó—; ¿es cruel? Se encontrará con la enfermedad, y esta entrará en él; o expulsará la enfermedad, y esta perseguirá a su hija por los bosques. No; que mis hijos esperen afuera, y si

el espíritu aparece, golpeadlo con garrotes. Es astuto, y se enterrará en la montaña, cuando vea cuántos están listos para luchar contra él.

Esta singular advertencia tuvo el efecto deseado. En lugar de entrar en la caverna, el padre y el esposo sacaron sus tomahawks, y se apostaron listos para descargar su venganza sobre el imaginario atormentador de su pariente enferma, mientras las mujeres y los niños rompían ramas de los arbustos, o agarraban fragmentos de la roca, con una intención similar. En este momento favorable, los falsos conjuradores desaparecieron.

Ojo de Halcón, al mismo tiempo que había presumido tanto de la naturaleza de las supersticiones indias, no ignoraba que estas eran más bien toleradas que confiadas por los más sabios de los jefes. Bien conocía el valor del tiempo en la presente emergencia. Cualquiera que fuera el alcance del autoengaño de sus enemigos, y por mucho que hubiera tendido a ayudar a sus planes, la más mínima causa de sospecha, actuando sobre la sutil naturaleza de un indio, probablemente resultaría fatal. Tomando el camino, por lo tanto, que más probablemente evitaría la observación, bordeó más que entró en la aldea. Aún se veía a los guerreros a lo lejos, a la luz mortecina de los fuegos, acechando de cabaña en cabaña. Pero los niños habían abandonado sus juegos por sus lechos de pieles, y la quietud de la noche ya comenzaba a prevalecer sobre la turbulencia y la excitación de una velada tan ajetreada e importante.

Alice revivió bajo la renovadora influencia del aire libre y, como sus facultades físicas más que las mentales habían sido objeto de debilidad, no necesitó ninguna explicación de lo que había ocurrido.

—Ahora déjame hacer un esfuerzo por caminar —dijo, cuando hubieron entrado en el bosque, sonrojándose, aunque sin ser vista, por no haber podido abandonar antes los brazos de Duncan—; estoy realmente restaurada.

—No, Alice, todavía estás demasiado débil.

La doncella luchó suavemente por liberarse, y Heyward se vio obligado a desprenderse de su preciosa carga. El representante del oso ciertamente había sido un completo extraño a las deliciosas emociones del amante mientras sus brazos rodeaban a su amada; y era, quizás, un extraño también a la naturaleza de ese sentimiento de vergüenza ingenua que oprimía a la temblorosa Alice. Pero cuando se encontró a una distancia adecuada de las

cabañas, hizo un alto y habló sobre un tema del que era un completo maestro.

—Este sendero os llevará al arroyo —dijo—; seguid su orilla norte hasta que lleguéis a una caída; subid la colina a vuestra derecha, y veréis los fuegos de la otra gente. Allí debéis ir y pedir protección; si son verdaderos delawares, estaréis a salvo. Una huida lejana con esa gentil dama, justo ahora, es imposible. Los hurones seguirían nuestro rastro y se apoderarían de nuestras cabelleras antes de que hubiéramos recorrido una docena de millas. Id, y que la Providencia esté con vosotros.

—¡Y vos! —demandó Heyward, sorprendido—; ¿seguramente no nos separamos aquí?

—Los hurones tienen el orgullo de los delawares; el último de la alta sangre de los mohicanos está en su poder —respondió el explorador—; voy a ver qué se puede hacer en su favor. Si se hubieran apoderado de vuestra cabellera, mayor, un bribón habría caído por cada cabello que contenía, como prometí; pero si el joven Sagamore ha de ser llevado a la estaca, los indios también verán cómo un hombre sin cruce puede morir.

Sin ofenderse en lo más mínimo por la decidida preferencia que el robusto hombre del bosque daba a quien, en cierto grado, podría llamarse el hijo de su adopción, Duncan continuó instando tales razones en contra de un esfuerzo tan desesperado como se le presentaban. Fue ayudado por Alice, quien mezcló sus súplicas con las de Heyward para que abandonara una resolución que prometía tanto peligro, con tan poca esperanza de éxito. Su elocuencia e ingenio se gastaron en vano. El explorador los escuchó atentamente, pero con impaciencia, y finalmente cerró la discusión, respondiendo, en un tono que instantáneamente silenció a Alice, mientras le decía a Heyward cuán inútiles serían más protestas.

—He oído —dijo—, que hay un sentimiento en la juventud que une al hombre con la mujer más estrechamente de lo que el padre está atado al hijo. Puede que así sea. Rara vez he estado donde habitan mujeres de mi color; pero tales pueden ser los dones de la naturaleza en los asentamientos. Habéis arriesgado la vida, y todo lo que os es querido, para sacar a esta gentil dama, y supongo que alguna disposición así está en el fondo de todo. En cuanto a mí, le enseñé al muchacho el verdadero carácter de un rifle; y bien me lo ha pagado. He luchado a su lado en muchas escaramuzas sangrientas;

y mientras podía oír el crujido de su pieza en un oído, y el del Sagamore en el otro, no sabía que hubiera enemigo a mi espalda. Inviernos y veranos, noches y días, hemos vagado por la naturaleza en compañía, comiendo del mismo plato, uno durmiendo mientras el otro vigilaba; y antes de que se diga que Uncas fue llevado al tormento, y yo a mano... Hay un solo Gobernante de todos nosotros, sea cual sea el color de la piel; y a Él llamo como testigo, que antes de que el muchacho mohicano perezca por falta de un amigo, ¡la buena fe abandonará la tierra, y "Mataciervos" se volverá tan inofensivo como el instrumento soplador del cantor!

Duncan soltó el brazo del explorador, quien se volvió y retrocedió firmemente sobre sus pasos hacia las cabañas. Después de detenerse un momento a contemplar su figura en retirada, el exitoso y sin embargo apesadumbrado Heyward y Alice tomaron juntos su camino hacia la lejana aldea de los delawares.

CAPÍTULO XXVI

Bot.—Dejadme hacer también de león.

—Sueño de una noche de verano

A pesar de la alta resolución de Ojo de Halcón, comprendía plenamente todas las dificultades y el peligro que estaba a punto de incurrir. En su regreso al campamento, su intelecto agudo y experimentado estaba intensamente ocupado en idear medios para contrarrestar una vigilancia y una sospecha por parte de sus enemigos, que sabía que no eran, en ningún grado, inferiores a las suyas. Nada más que el color de su piel había salvado las vidas de Magua y del conjurador, quienes habrían sido las primeras víctimas sacrificadas a su propia seguridad, si el explorador no hubiera creído tal acto, por muy congénito que pudiera ser a la naturaleza de un indio, completamente indigno de quien se jactaba de descender de hombres que no conocían cruce de sangre. En consecuencia, confió en las varas y ligamentos con los que había atado a sus cautivos, y siguió su camino directamente hacia el centro de las cabañas. A medida que se acercaba a los edificios, sus pasos se volvieron más deliberados, y su ojo vigilante no dejó escapar ninguna señal, ya fuera amistosa u hostil. Una cabaña abandonada estaba un poco más adelante que las otras, y parecía como si hubiera sido abandonada a medio terminar, muy probablemente por carecer de algunos de los requisitos más importantes; como madera o agua. Una débil luz brillaba a través de sus grietas, sin embargo, y anunciaba que, a pesar de su imperfecta estructura, no carecía de inquilino. Hacia allá, entonces, procedió el explorador, como un general prudente, que está a punto de tantear las posiciones avanzadas de su enemigo, antes de arriesgar el ataque principal.

Adoptando una postura adecuada a la bestia que representaba, Ojo de Halcón se arrastró hasta una pequeña abertura, desde donde podía dominar una vista del interior. Resultó ser la morada de David Gamut. Hacia aquí, el fiel maestro de canto se había traído ahora, junto con todas sus penas, sus

aprensiones y su mansa dependencia de la protección de la Providencia. En el preciso momento en que su desgarrada persona quedó bajo la observación del explorador, de la manera recién mencionada, el propio hombre del bosque, aunque en su carácter asumido, era el tema de las profundas reflexiones del ser solitario.

Por muy implícita que fuera la fe de David en la realización de los antiguos milagros, rehuía la creencia en cualquier agencia sobrenatural directa en el manejo de la moralidad moderna. En otras palabras, mientras tenía una fe implícita en la capacidad del asno de Balaam para hablar, era algo escéptico sobre el tema del canto de un oso; y sin embargo, se le había asegurado de esto último, por el testimonio de sus propios y exquisitos órganos. Había algo en su aire y en sus modales que delataba al explorador la total confusión del estado de su mente. Estaba sentado sobre un montón de maleza, de la que unas pocas ramitas alimentaban ocasionalmente su bajo fuego, con la cabeza apoyada en el brazo, en una postura de melancólica meditación. El atuendo del devoto de la música no había sufrido otra alteración que la tan recientemente descrita, excepto que se había cubierto la calva con el sombrero de castor triangular, que no había resultado lo suficientemente atractivo como para excitar la codicia de ninguno de sus captores.

El ingenioso Ojo de Halcón, que recordaba la manera apresurada en que el otro había abandonado su puesto al lado de la cama de la mujer enferma, no carecía de sus sospechas sobre el tema de tan solemne deliberación. Primero, haciendo el circuito de la cabaña, y cerciorándose de que estaba completamente sola, y de que el carácter de su inquilino probablemente la protegería de visitantes, se aventuró a través de su baja puerta, hasta la misma presencia de Gamut. La posición de este último ponía el fuego entre ellos; y cuando Ojo de Halcón se hubo sentado sobre sus cuartos traseros, transcurrió casi un minuto, durante el cual los dos permanecieron mirándose sin hablar. La brusquedad y la naturaleza de la sorpresa casi resultaron demasiado para, no diremos la filosofía, sino para el tono y la resolución de David. Buscó a tientas su diapasón y se levantó con la confusa intención de intentar un exorcismo musical.

—¡Monstruo oscuro y misterioso! —exclamó, mientras con manos temblorosas se deshacía de sus ojos auxiliares y buscaba su infalible recurso en los problemas, la talentosa versión de los salmos—; no conozco tu natu-

raleza ni tus intenciones; pero si algo meditas contra la persona y los derechos de uno de los más humildes siervos del templo, escucha el lenguaje inspirado de la juventud de Israel, y arrepiéntete.

El oso sacudió sus peludos costados, y entonces una voz bien conocida respondió:

—Guarda el instrumento soplador, y enseña modestia a tu garganta. Cinco palabras de inglés llano y comprensible valen justo ahora una hora de chillidos.

—¿Qué eres tú? —demandó David, completamente incapacitado para proseguir su intención original, y casi sin aliento.

—Un hombre como tú; y uno cuya sangre está tan poco manchada por el cruce de un oso, o de un indio, como la tuya. ¿Has olvidado tan pronto de quién recibiste el tonto instrumento que sostienes en tu mano?

—¿Pueden ser estas cosas? —respondió David, respirando más libremente, a medida que la verdad comenzaba a alborear en él—. He encontrado muchas maravillas durante mi estancia con los paganos, pero seguramente nada que supere a esto.

—Vamos, vamos —respondió Ojo de Halcón, descubriendo su honesto semblante, para asegurar mejor la vacilante confianza de su compañero—; puedes ver una piel que, si bien no es tan blanca como la de una de las gentiles damas, no tiene tinte de rojo que los vientos del cielo y el sol no le hayan otorgado. Ahora, a los negocios.

—Primero decidme de la doncella, y del joven que tan valientemente la buscó —interrumpió David.

—Ay, están felizmente liberados de los tomahawks de estos bribones. Pero, ¿puedes ponerme en el rastro de Uncas?

—El joven está en cautiverio, y mucho me temo que su muerte está decretada. Lamento grandemente que alguien tan bien dispuesto muera en su ignorancia, y he buscado un buen himno...

—¿Puedes llevarme hasta él?

—La tarea no será difícil —respondió David, vacilando—; aunque mucho temo que vuestra presencia más bien aumentaría que mitigaría sus des-

dichadas fortunas.

—No más palabras, sino guía —respondió Ojo de Halcón, ocultando de nuevo su rostro y dando el ejemplo en su propia persona, al abandonar instantáneamente la cabaña.

Mientras procedían, el explorador se cercioró de que su compañero tenía acceso a Uncas, bajo el privilegio de su imaginaria enfermedad, ayudado por el favor que había adquirido con uno de los guardias, quien, a consecuencia de hablar un poco de inglés, había sido seleccionado por David como sujeto de una conversión religiosa. Cuánto comprendía el hurón las intenciones de su nuevo amigo bien puede dudarse; pero como la atención exclusiva es tan halagadora para un salvaje como para un individuo más civilizado, había producido el efecto que hemos mencionado. Es innecesario repetir la astuta manera con que el explorador extrajo estos particulares del simple David; ni nos detendremos en este lugar en la naturaleza de la instrucción que impartió, cuando fue completamente dueño de todos los hechos necesarios; ya que todo será suficientemente explicado al lector en el curso de la narrativa.

La cabaña en la que Uncas estaba confinado se encontraba en el mismo centro de la aldea, y en una situación, quizás, más difícil que ninguna otra de abordar, o de abandonar, sin observación. Pero no era la política de Ojo de Halcón afectar el menor ocultamiento. Presumiendo de su disfraz, y de su habilidad para sostener el personaje que había asumido, tomó la ruta más llana y directa hacia el lugar. La hora, sin embargo, le proporcionó un poco de esa protección que parecía despreciar tanto. Los muchachos ya estaban sumidos en el sueño, y todas las mujeres, y la mayoría de los guerreros, se habían retirado a sus cabañas para pasar la noche. Solo cuatro o cinco de estos últimos se demoraban alrededor de la puerta de la prisión de Uncas, observadores cautelosos pero atentos de la manera de su cautivo.

A la vista de Gamut, acompañado por uno en la bien conocida mascarada de su más distinguido conjurador, le abrieron paso de buen grado a ambos. Aún así, no delataron ninguna intención de partir. Por el contrario, estaban evidentemente dispuestos a permanecer atados al lugar por un interés adicional en las misteriosas farsas que, por supuesto, esperaban de tal visita.

Debido a la total incapacidad del explorador para dirigirse a los hurones en su propio idioma, se vio obligado a confiar la conversación enteramente

a David. A pesar de la simplicidad de este último, hizo amplia justicia a las instrucciones que había recibido, cumpliendo con creces las más fuertes esperanzas de su maestro.

—¡Los delawarees son mujeres! —exclamó, dirigiéndose al salvaje que tenía un ligero entendimiento del idioma en que hablaba—; los yengeese, mis tontos compatriotas, les han dicho que tomen el tomahawk, y golpeen a sus padres en los Canadás, y han olvidado su sexo. ¿Desea mi hermano oír a "Le Cerf Agile" pedir sus enaguas, y verlo llorar ante los hurones, en la estaca?

La exclamación «¡Hugh!», pronunciada en un fuerte tono de asentimiento, anunció la gratificación que el salvaje recibiría al presenciar tal exhibición de debilidad en un enemigo tan largamente odiado y tan temido.

—Entonces que se aparte, y el hombre astuto soplará sobre el perro. Díselo a mis hermanos.

El hurón explicó el significado de David a sus compañeros, quienes, a su vez, escucharon el proyecto con esa clase de satisfacción que sus espíritus indómitos podrían esperar encontrar en tal refinamiento de la crueldad. Retrocedieron un poco de la entrada e hicieron un gesto al supuesto conjurador para que entrara. Pero el oso, en lugar de obedecer, mantuvo el asiento que había tomado y gruñó:

—El hombre astuto teme que su aliento sople sobre sus hermanos, y les quite también el coraje —continuó David, mejorando la indirecta que recibió—; deben apartarse más.

Los hurones, que habrían considerado tal desgracia la calamidad más pesada que podría ocurrirles, retrocedieron en masa, tomando una posición donde estaban fuera del alcance del oído, aunque al mismo tiempo podían dominar una vista de la entrada a la cabaña. Entonces, como si estuvieran satisfechos de su seguridad, el explorador abandonó su posición y entró lentamente en el lugar. Estaba silencioso y sombrío, habitado únicamente por el cautivo, e iluminado por las brasas moribundas de un fuego, que se había utilizado con el propósito de cocinar.

Uncas ocupaba un rincón distante, en una actitud reclinada, estando rígidamente atado, tanto de manos como de pies, por fuertes y dolorosas varas. Cuando el espantoso objeto se presentó por primera vez al joven mohicano,

no se dignó a dirigir una sola mirada al animal. El explorador, que había dejado a David en la puerta, para cerciorarse de que no eran observados, consideró prudente preservar su disfraz hasta estar seguro de su privacidad. En lugar de hablar, por lo tanto, se esforzó por representar una de las payasadas del animal que representaba. El joven mohicano, que al principio creyó que sus enemigos habían enviado una bestia real para atormentarlo y probar sus nervios, detectó en aquellas actuaciones que a Heyward le habían parecido tan precisas, ciertas imperfecciones, que de inmediato delataron la falsificación. Si Ojo de Halcón hubiera sido consciente de la baja estima en que el hábil Uncas tenía sus representaciones, probablemente habría prolongado un poco el entretenimiento por despecho. Pero la expresión desdeñosa del ojo del joven admitía tantas construcciones, que al digno explorador se le ahorró la mortificación de tal descubrimiento. Tan pronto, por lo tanto, como David dio la señal preconcebida, se oyó un bajo siseo en la cabaña en lugar de los fieros gruñidos del oso.

Uncas había echado su cuerpo hacia atrás contra la pared de la cabaña y cerrado los ojos, como si quisiera excluir un objeto tan despreciable y desagradable de su vista. Pero en el momento en que se oyó el ruido de la serpiente, se levantó y lanzó sus miradas a cada lado de él, inclinando la cabeza hacia abajo y girándola inquisitivamente en todas direcciones, hasta que su agudo ojo se posó en el monstruo peludo, donde permaneció clavado, como si estuviera fijado por el poder de un encanto. De nuevo se repitieron los mismos sonidos, evidentemente procedentes de la boca de la bestia. Una vez más, los ojos del joven recorrieron el interior de la cabaña y, volviendo al lugar de descanso anterior, pronunció, en una voz profunda y reprimida:

—¡Ojo de Halcón!

—Córtale las ataduras —dijo Ojo de Halcón a David, que justo entonces se acercaba a ellos.

El cantor hizo lo que se le ordenó, y Uncas encontró sus miembros liberados. En el mismo momento, la piel seca del animal resonó, y pronto el explorador se puso de pie, en persona. El mohicano pareció comprender la naturaleza del intento que su amigo había hecho, intuitivamente, ni la lengua ni los rasgos delataron otro síntoma de sorpresa. Cuando Ojo de Halcón se hubo despojado de su peluda vestimenta, lo que se hizo simplemente

soltando ciertas correas de piel, sacó un largo y reluciente cuchillo y lo puso en las manos de Uncas.

— Los hurones rojos están afuera — dijo —; estemos listos. — Al mismo tiempo, posó su dedo significativamente sobre otra arma similar, siendo ambas frutos de su destreza entre sus enemigos durante la noche.

— Iremos — dijo Uncas.

— ¿Adónde?

— A las Tortugas; son los hijos de mis abuelos.

— Ay, muchacho — dijo el explorador en inglés, un idioma que solía usar cuando estaba un poco abstraído mentalmente —; la misma sangre corre por tus venas, creo; pero el tiempo y la distancia han cambiado un poco su color. ¿Qué haremos con los mingos en la puerta? Son seis, y este cantor es como si nada.

— Los hurones son fanfarrones — dijo Uncas, con desdén —; su "tótem" es un alce, y corren como caracoles. Los delawares son hijos de la tortuga, y superan en velocidad al ciervo.

— Ay, muchacho, hay verdad en lo que dices; y no dudo que, en una embestida, pasarías a toda la nación; y, en una carrera recta de dos millas, estarías dentro, y recuperarías el aliento, antes de que un bribón de ellos estuviera al alcance del oído de la otra aldea. Pero el don de un hombre blanco reside más en sus brazos que en sus piernas. En cuanto a mí, puedo descerebrar a un hurón tan bien como un hombre mejor; pero cuando se trata de una carrera, los bribones resultarían demasiado para mí.

Uncas, que ya se había acercado a la puerta, listo para guiar el camino, ahora retrocedió y se colocó, una vez más, en el fondo de la cabaña. Pero Ojo de Halcón, que estaba demasiado ocupado con sus propios pensamientos para notar el movimiento, continuó hablando más para sí mismo que para su compañero.

— Después de todo — dijo —, es irrazonable mantener a un hombre en servidumbre a los dones de otro. Así que, Uncas, será mejor que tomes la delantera, mientras yo me pongo la piel de nuevo y confío en la astucia por falta de velocidad.

El joven mohicano no respondió, sino que cruzó tranquilamente los brazos y apoyó el cuerpo contra uno de los postes verticales que sostenían la pared de la cabaña.

—Bueno —dijo el explorador mirándolo—, ¿por qué te demoras? Habrá tiempo suficiente para mí, ya que los bribones te perseguirán a ti al principio.

—Uncas se quedará —fue la tranquila respuesta.

—¿Para qué?

—Para luchar con el hermano de su padre, y morir con el amigo de los delawares.

—Ay, muchacho —respondió Ojo de Halcón, apretando la mano de Uncas entre sus propios dedos de hierro—; habría sido más propio de un min-go que de un mohicano si me hubieras dejado. Pero pensé en hacer la oferta, viendo que la juventud comúnmente ama la vida. Bueno, lo que no se puede hacer con coraje principal, en la guerra, debe hacerse con circunven-ción. Ponte la piel; no dudo que puedas hacer de oso casi tan bien como yo.

Cualquiera que hubiera sido la opinión privada de Uncas sobre sus respectivas habilidades en este particular, su semblante grave no manifestó ninguna opinión de su superioridad. Silenciosa y expeditivamente se en-fundó en la cubierta de la bestia, y luego esperó los otros movimientos que su compañero más anciano considerara oportuno dictar.

—Ahora, amigo —dijo Ojo de Halcón, dirigiéndose a David—, un inter-cambio de prendas te será de gran conveniencia, ya que estás poco acostum-brado a los improvisados de la naturaleza. Toma, mi camisa de caza y mi gorra, y dame tu manta y tu sombrero. Debes confiarme también el libro y las gafas, así como el silbato; si nos volvemos a encontrar, en tiempos mejores, te lo devolveré todo, con muchas gracias de propina.

David se desprendió de los varios artículos nombrados con una prontitud que le habría hecho gran honor a su liberalidad, si no se hubiera beneficiado ciertamente, en muchos particulares, con el intercambio. Ojo de Halcón no tardó en asumir sus prendas prestadas; y cuando sus inquietos ojos se ocul-taron detrás de las gafas, y su cabeza fue coronada por el castor triangular, como sus estaturas no eran disímiles, podría haber pasado fácilmente por el cantor, a la luz de las estrellas. Tan pronto como se hicieron estas disposi-

ciones, el explorador se volvió hacia David y le dio sus instrucciones de despedida.

—¿Sois muy dado a la cobardía? —preguntó bruscamente, a modo de obtener una comprensión adecuada de todo el caso antes de aventurar una prescripción.

—Mis ocupaciones son pacíficas, y mi temperamento, humildemente confío, está grandemente dado a la misericordia y al amor —respondió David, un poco molesto por un ataque tan directo a su hombría—; pero no hay nadie que pueda decir que alguna vez he olvidado mi fe en el Señor, ni siquiera en los mayores aprietos.

—Vuestro principal peligro será en el momento en que los salvajes descubran que han sido engañados. Si no os golpean entonces en la cabeza, vuestro ser un loco os protegerá; y entonces tendréis una buena razón para esperar morir en vuestra cama. Si os quedáis, debe ser para sentaros aquí en la sombra, y tomar el papel de Uncas, hasta que la astucia de los indios descubra el engaño, cuando, como ya he dicho, llegarán vuestros tiempos de prueba. Así que elegid por vos mismo: hacer una embestida o quedaros aquí.

—Así sea —dijo David, con firmeza—; permaneceré en el lugar del delaware. Valiente y generosamente ha luchado en mi favor, y esto, y más, me atreveré en su servicio.

—Habéis hablado como un hombre, y como uno que, bajo una escolaridad más sabia, habría sido llevado a cosas mejores. Mantened la cabeza baja, y recoged las piernas; su formación podría delatar la verdad demasiado pronto. Guardad silencio tanto como sea posible; y sería sabio, cuando habléis, estallar de repente en uno de vuestros gritos, lo que servirá para recordar a los indios que no sois del todo tan responsable como los hombres deberían ser. Si, sin embargo, os arrancan la cabellera, como confío y creo que no harán, contad con ello, Uncas y yo no olvidaremos la hazaña, sino que la vengaremos como corresponde a verdaderos guerreros y amigos leales.

—¡Alto! —dijo David, percibiendo que con esta seguridad estaban a punto de dejarlo—; soy un seguidor indigno y humilde de uno que no enseñó el condenable principio de la venganza. Si caigo, por lo tanto, no busquéis víc-

timas para mis manes, sino más bien perdonad a mis destructores; y si los recordáis en absoluto, que sea en oraciones por la iluminación de sus mentes, y por su bienestar eterno.

El explorador vaciló, y pareció meditar.

—Hay un principio en eso —dijo—, diferente de la ley de los bosques; y sin embargo es justo y noble reflexionar sobre ello. —Luego, exhalando un profundo suspiro, probablemente uno de los últimos que jamás lanzó anhelando una condición que había abandonado hacía tanto tiempo, añadió—: es lo que desearía practicar yo mismo, como uno sin cruce de sangre, aunque no siempre es fácil tratar con un indio como lo harías con un compañero cristiano. Que Dios os bendiga, amigo; creo que vuestro olfato no está muy equivocado, cuando se considera debidamente el asunto, y manteniendo la eternidad ante los ojos, aunque mucho depende de los dones naturales, y de la fuerza de la tentación.

Diciendo esto, el explorador regresó y estrechó cordialmente la mano de David; después de este acto de amistad, abandonó inmediatamente la cabaña, acompañado por el nuevo representante de la bestia.

En el instante en que Ojo de Halcón se encontró bajo la observación de los hurones, irguió su alta figura a la manera rígida de David, extendió el brazo en el acto de marcar el tiempo, y comenzó lo que pretendía ser una imitación de su salmodia. Felizmente para el éxito de esta delicada aventura, tuvo que tratar con oídos poco practicados en la concordia de los sonidos dulces, o el miserable esfuerzo habría sido infaliblemente detectado. Era necesario pasar a una proximidad peligrosa del oscuro grupo de los salvajes, y la voz del explorador se hizo más fuerte a medida que se acercaban. En el punto más cercano, el hurón que hablaba inglés extendió un brazo y detuvo al supuesto maestro de canto.

—¡El perro delaware! —dijo, inclinándose hacia adelante y escudriñando a través de la tenue luz para captar la expresión de los rasgos del otro—; ¿tiene miedo? ¿Oirán los hurones sus gemidos?

Un gruñido, tan excesivamente feroz y natural, procedió de la bestia, que el joven indio soltó su agarre y se apartó de un salto, como para asegurarse de que no era un oso verdadero, y no una falsificación, lo que rodaba ante él. Ojo de Halcón, que temía que su voz lo delatara a sus sutiles enemigos,

aprovechó gustosamente la interrupción, para estallar de nuevo en tal explosión de expresión musical que, probablemente, en un estado de sociedad más refinado habría sido calificada como «un gran estruendo». Entre sus auditores reales, sin embargo, simplemente le dio un derecho adicional a ese respeto que nunca niegan a aquellos que se cree que son sujetos de enajenación mental. El pequeño nudo de indios retrocedió en masa y permitió, según pensaban, que el conjurador y su inspirado asistente procedieran.

No requirió un ejercicio común de fortaleza en Uncas y el explorador continuar el paso digno y deliberado que habían asumido al pasar la cabaña; especialmente porque percibieron de inmediato que la curiosidad había dominado tanto al miedo, como para inducir a los vigilantes a acercarse a la cabaña, para presenciar el efecto de los encantamientos. El menor movimiento imprudente o impaciente por parte de David podría delatarlos, y el tiempo era absolutamente necesario para asegurar la seguridad del explorador. El fuerte ruido que este último consideró político continuar, atrajo a muchos curiosos a las puertas de las diferentes cabañas a su paso; y una o dos veces un guerrero de aspecto oscuro se cruzó en su camino, llevado al acto por la superstición y la vigilancia. No fueron, sin embargo, interrumpidos, la oscuridad de la hora y la audacia del intento, demostrando ser sus principales amigos.

Los aventureros se habían librado de la aldea, y ahora se acercaban rápidamente al refugio de los bosques, cuando un largo y fuerte grito surgió de la cabaña donde Uncas había estado confinado. El mohicano se puso de pie de un salto y sacudió su peluda cubierta, como si el animal que imitaba estuviera a punto de hacer algún esfuerzo desesperado.

—¡Alto! —dijo el explorador, agarrando a su amigo por el hombro—, ¡que griten de nuevo! No fue más que asombro.

No tuvo ocasión de demorarse, pues al instante siguiente un estallido de gritos llenó el aire exterior y recorrió toda la extensión de la aldea. Uncas se despojó de su piel y se adelantó en sus hermosas proporciones. Ojo de Halcón le dio un ligero golpecito en el hombro y se deslizó por delante.

—¡Ahora que los diablos sigan nuestro rastro! —dijo el explorador, sacando dos rifles, con todos sus pertrechos, de debajo de un arbusto, y blandiendo a "Mataciervos" mientras le entregaba a Uncas su arma—; ¡dos, al menos, encontrarán la muerte!

Luego, echándose las piezas a la cadera, como deportistas listos para su presa, se lanzaron hacia adelante y pronto se perdieron en la sombría oscuridad del bosque.

CAPÍTULO XXVII

Ant. Recordaré: Cuando César dice

Haced esto, se cumple.

—Julio César

La impaciencia de los salvajes que merodeaban alrededor de la prisión de Uncas, como se ha visto, había vencido su temor al aliento del conjurador. Se deslizaron cautelosamente, y con el corazón palpitante, hasta una grieta, a través de la cual la débil luz del fuego parpadeaba. Durante varios minutos confundieron la forma de David con la del prisionero; pero ocurrió el mismo accidente que Ojo de Halcón había previsto. Cansado de mantener las extremidades de su larga persona tan juntas, el cantor permitió gradualmente que sus miembros inferiores se extendieran, hasta que uno de sus pies deformes entró en contacto y apartó las brasas del fuego. Al principio, los hurones creyeron que el delaware había sido deformado así por la brujería. Pero cuando David, sin darse cuenta de que era observado, volvió la cabeza y expuso su semblante simple y apacible, en lugar de los altivos rasgos de su prisionero, habría excedido la credulidad incluso de un nativo dudar por más tiempo. Se precipitaron juntos a la cabaña y, poniendo sus manos, con poca ceremonia, sobre su cautivo, detectaron inmediatamente la impostura. Entonces se elevó el grito que oyeron por primera vez los fugitivos. Fue sucedido por las más frenéticas y airadas demostraciones de venganza. David, sin embargo, firme en su determinación de cubrir la retirada de sus amigos, se vio obligado a creer que su propia hora final había llegado. Privado de su libro y su flauta, se vio obligado a confiar en una memoria que rara vez le fallaba en tales temas; y estallando en una melodía fuerte y apasionada, se esforzó por allanar su paso al otro mundo cantando el primer verso de un himno fúnebre. A los indios se les recordó oportunamente su enfermedad y, corriendo al aire libre, despertaron a la aldea de la manera descrita.

Un guerrero nativo lucha como duerme, sin la protección de nada defensivo. Los sonidos de la alarma, por lo tanto, apenas se habían pronunciado antes de que doscientos hombres estuvieran en pie y listos para la batalla o la caza, según se requiriera. La huida pronto se supo; y toda la tribu se agolpó, en masa, alrededor de la cabaña del consejo, esperando impacientemente las instrucciones de sus jefes. En una demanda tan repentina a su sabiduría, la presencia del astuto Magua difícilmente podría dejar de ser necesaria. Se mencionó su nombre, y todos miraron a su alrededor con asombro de que no apareciera. Se despacharon entonces mensajeros a su cabaña requiriendo su presencia.

Mientras tanto, se ordenó a algunos de los jóvenes más veloces y discretos que hicieran el circuito del claro, al amparo de los bosques, para cerciorarse de que sus vecinos sospechosos, los delawares, no tramaban ninguna maldad. Mujeres y niños corrían de un lado a otro; y, en resumen, todo el campamento exhibía otra escena de confusión salvaje y desenfrenada. Gradualmente, sin embargo, estos síntomas de desorden disminuyeron; y en pocos minutos los jefes más ancianos y distinguidos se reunieron en la cabaña, en grave consulta.

El clamor de muchas voces pronto anunció que se acercaba un grupo, del que se podía esperar que comunicara alguna información que explicara el misterio de la nueva sorpresa. La multitud de afuera cedió el paso, y varios guerreros entraron en el lugar, trayendo consigo al desdichado conjurador, que había sido dejado tanto tiempo por el explorador bajo coacción.

A pesar de que este hombre era tenido en muy desigual estima entre los hurones, algunos creyendo implícitamente en su poder, y otros considerándolo un impostor, ahora fue escuchado por todos con la más profunda atención. Cuando su breve historia terminó, el padre de la mujer enferma dio un paso adelante y, en pocas expresiones concisas, relató, a su vez, lo que sabía. Estas dos narrativas dieron una dirección adecuada a las indagaciones posteriores, que ahora se hicieron con la astucia característica de los salvajes.

En lugar de precipitarse en una turba confusa y desordenada hacia la caverna, se seleccionaron diez de los más sabios y firmes entre los jefes para llevar a cabo la investigación. Como no había tiempo que perder, en el instante en que se hizo la elección, los individuos designados se levantaron en

masa y abandonaron el lugar sin hablar. Al llegar a la entrada, los hombres más jóvenes de la vanguardia cedieron el paso a sus mayores; y todos procedieron a lo largo de la galería baja y oscura, con la firmeza de guerreros listos para dedicarse al bien público, aunque, al mismo tiempo, dudando secretamente de la naturaleza del poder con el que estaban a punto de contender.

El aposento exterior de la caverna estaba silencioso y sombrío. La mujer yacía en su lugar y postura habituales, aunque había presentes quienes afirmaban haberla visto ser llevada a los bosques por la supuesta «medicina de los hombres blancos». Una contradicción tan directa y palpable del relato contado por el padre hizo que todos los ojos se volvieran hacia él. Irritado por la imputación silenciosa, e interiormente preocupado por una circunstancia tan inexplicable, el jefe se acercó al lado de la cama y, agachándose, lanzó una mirada incrédula a los rasgos, como si desconfiara de su realidad. Su hija estaba muerta.

El infalible sentimiento de la naturaleza prevaleció por un momento y el viejo guerrero ocultó sus ojos con dolor. Luego, recuperando el dominio de sí mismo, se enfrentó a sus compañeros y, señalando hacia el cadáver, dijo, en el lenguaje de su pueblo:

— ¡La esposa de mi joven nos ha dejado! El Gran Espíritu está enojado con sus hijos.

La lúgubre noticia fue recibida en solemne silencio. Después de una breve pausa, uno de los indios mayores estaba a punto de hablar, cuando se vio un objeto de aspecto oscuro rodando desde un aposento contiguo, hasta el mismo centro de la habitación donde se encontraban. Ignorantes de la naturaleza de los seres con los que tenían que tratar, todo el grupo retrocedió un poco y, poniéndose de pie, exhibió los rasgos distorsionados pero aún fieros y hoscos de Magua. Al descubrimiento le siguió una exclamación general de asombro.

Tan pronto, sin embargo, como se comprendió la verdadera situación del jefe, aparecieron varios cuchillos, y sus miembros y lengua fueron rápidamente liberados. El hurón se levantó y se sacudió como un león que abandona su guarida. No se le escapó ni una palabra, aunque su mano jugaba convulsivamente con el mango de su cuchillo, mientras sus ojos sombríos

recorrían a todo el grupo, como si buscaran un objeto adecuado para el primer estallido de su venganza.

Fue una suerte para Uncas y el explorador, e incluso para David, que todos estuvieran fuera del alcance de su brazo en tal momento; pues, ciertamente, ningún refinamiento en la crueldad habría entonces aplazado sus muertes, en oposición a los impulsos del fiero temperamento que casi lo ahogaba. Encontrando por todas partes rostros que conocía como amigos, el salvaje rechinó los dientes como limas de hierro, y se tragó su pasión por falta de una víctima sobre la que desahogarla. Esta exhibición de ira fue notada por todos los presentes; y por temor a exasperar un temperamento que ya estaba irritado casi hasta la locura, se dejaron pasar varios minutos antes de que se pronunciara otra palabra. Cuando, sin embargo, hubo transcurrido un tiempo adecuado, el más anciano del grupo habló.

—Mi amigo ha encontrado un enemigo —dijo—. ¿Está cerca para que los hurones puedan tomar venganza?

—¡Que muera el delaware! —exclamó Magua, con voz de trueno.

Se observó otro silencio más largo y expresivo, y fue roto, como antes, con la debida precaución, por el mismo individuo.

—El mohicano es veloz de pie, y salta lejos —dijo—; pero mis jóvenes están en su rastro.

—¿Se ha ido? —demandó Magua, en tonos tan profundos y guturales, que parecían proceder de lo más íntimo de su pecho.

—Un espíritu maligno ha estado entre nosotros, y el delaware ha cegado nuestros ojos.

—¡Un espíritu maligno! —repitió el otro, burlonamente—; es el espíritu que ha quitado la vida a tantos hurones; el espíritu que mató a mis jóvenes en «el río tumultuoso»; que tomó sus cabelleras en «el manantial curativo»; ¡y que, ahora, ha atado los brazos de Le Renard Subtil!

—¿De quién habla mi amigo?

—Del perro que lleva el corazón y la astucia de un hurón bajo una piel pálida: La Longue Carabine.

La pronunciación de un nombre tan terrible produjo el efecto habitual entre sus auditores. Pero cuando se dio tiempo para la reflexión, y los guerreros recordaron que su formidable y audaz enemigo había estado incluso en el seno de su campamento, causando daño, una rabia espantosa tomó el lugar del asombro, y todas aquellas fieras pasiones con las que el pecho de Magua acababa de luchar fueron repentinamente transferidas a sus compañeros. Algunos entre ellos rechinaron los dientes de ira, otros desahogaron sus sentimientos en alaridos, y algunos, de nuevo, golpearon el aire tan frenéticamente como si el objeto de su resentimiento estuviera sufriendo bajo sus golpes. Pero este súbito estallido de temperamento se calmó tan rápidamente en la contención quieta y hosca que más afectaban en sus momentos de inacción.

Magua, que a su vez había encontrado tiempo para la reflexión, cambió ahora su manera, y asumió el aire de quien sabía pensar y actuar con una dignidad digna de un tema tan grave.

—Vayamos con mi gente —dijo—; nos esperan.

Sus compañeros consintieron en silencio, y todo el grupo salvaje abandonó la caverna y regresó a la cabaña del consejo. Cuando se sentaron, todos los ojos se volvieron hacia Magua, quien entendió, por tal indicación, que, de común acuerdo, le habían delegado el deber de relatar lo que había pasado. Se levantó y contó su historia sin duplicidad ni reserva. Todo el engaño practicado tanto por Duncan como por Ojo de Halcón fue, por supuesto, puesto al descubierto, y no se encontró lugar, ni siquiera para el más supersticioso de la tribu, para seguir albergando una duda sobre el carácter de los acontecimientos. Era demasiado evidente que habían sido insultante, vergonzosa, desgraciadamente engañados. Cuando hubo terminado, y reasumido su asiento, la tribu reunida —pues sus auditores, en esencia, incluían a todos los hombres de armas del grupo— se sentó mirándose unos a otros como hombres asombrados por igual de la audacia y el éxito de sus enemigos. La siguiente consideración, sin embargo, fueron los medios y oportunidades para la venganza.

Se enviaron perseguidores adicionales tras el rastro de los fugitivos; y entonces los jefes se aplicaron, en serio, al negocio de la consulta. Muchos expedientes diferentes fueron propuestos por los guerreros mayores, en sucesión, a todos los cuales Magua fue un oyente silencioso y respetuoso. Aquel

sutil salvaje había recuperado su artificio y dominio de sí mismo, y ahora procedía hacia su objetivo con su acostumbrada cautela y habilidad. Fue solo cuando cada uno dispuesto a hablar hubo expresado sus sentimientos, que se preparó para avanzar sus propias opiniones. Fueron dadas con un peso adicional por la circunstancia de que algunos de los corredores ya habían regresado, e informado de que sus enemigos habían sido rastreados hasta el punto de no dejar duda de que habían buscado seguridad en el campamento vecino de sus sospechosos aliados, los delawarees. Con la ventaja de poseer esta importante información, el jefe expuso cautelosamente sus planes ante sus compañeros, y, como podría haberse anticipado de su elocuencia y astucia, fueron adoptados sin una sola voz disidente. Fueron, brevemente, los siguientes, tanto en opiniones como en motivos.

Ya se ha dicho que, en obediencia a una política rara vez abandonada, las hermanas fueron separadas tan pronto como llegaron a la aldea hurona. Magua había descubierto tempranamente que al retener la persona de Alice, poseía el freno más eficaz sobre Cora. Cuando se separaron, por lo tanto, mantuvo a la primera al alcance de su mano, consignando a la que más valoraba a la custodia de sus aliados. Se entendía que el arreglo era meramente temporal, y se hizo tanto con miras a halagar a sus vecinos como en obediencia a la regla invariable de la política india.

Mientras era aguijoneado incesantemente por estos impulsos vengativos que en un salvaje rara vez duermen, el jefe seguía atento a sus intereses personales más permanentes. Las locuras y la deslealtad cometidas en su juventud debían ser expiadas con una larga y dolorosa penitencia, antes de que pudiera ser restaurado al pleno goce de la confianza de su antiguo pueblo; y sin confianza no podía haber autoridad en una tribu india. En esta delicada y ardua situación, el astuto nativo no había descuidado ningún medio para aumentar su influencia; y uno de los más felices de sus expedientes había sido el éxito con el que había cultivado el favor de sus poderosos y peligrosos vecinos. El resultado de su experimento había respondido a todas las expectativas de su política; pues los hurones no estaban en ningún grado exentos de ese principio rector de la naturaleza, que induce al hombre a valorar sus dones precisamente en el grado en que son apreciados por los demás.

Pero, mientras hacía este ostensible sacrificio a consideraciones generales, Magua nunca perdió de vista sus motivos individuales. Estos últimos

habían sido frustrados por los inesperados acontecimientos que habían puesto a todos sus prisioneros fuera de su control; y ahora se encontraba reducido a la necesidad de suplicar favores a aquellos a quienes tan recientemente había sido su política obligar.

Varios de los jefes habían propuesto planes profundos y traicioneros para sorprender a los delawarenses y, al apoderarse de su campamento, recuperar a sus prisioneros del mismo golpe; pues todos estaban de acuerdo en que su honor, sus intereses, y la paz y la felicidad de sus compatriotas muertos, les exigían imperiosamente inmolar rápidamente algunas víctimas a su venganza. Pero planes tan peligrosos de intentar, y de tan dudoso resultado, Magua encontró poca dificultad en derrotar. Expuso su riesgo y falacia con su habilidad usual; y fue solo después de haber eliminado todo impedimento, en forma de consejo opuesto, que se aventuró a proponer sus propios proyectos.

Comenzó halagando el amor propio de sus auditores; un método infalible para captar la atención. Cuando hubo enumerado las muchas ocasiones diferentes en que los hurones habían exhibido su coraje y destreza en el castigo de los insultos, se desvió en un alto encomio sobre la virtud de la sabiduría. Pintó la cualidad como formando el gran punto de diferencia entre el castor y otros brutos; entre los brutos y los hombres; y, finalmente, entre los hurones, en particular, y el resto de la raza humana. Después de haber ensalzado suficientemente la propiedad de la discreción, se dispuso a exhibir de qué manera su uso era aplicable a la situación actual de su tribu. Por un lado, dijo, estaba su gran padre pálido, el gobernador de los Canadáns, que había mirado a sus hijos con ojo duro desde que sus tomahawks habían estado tan rojos; por otro, un pueblo tan numeroso como ellos mismos, que hablaba un idioma diferente, poseía intereses diferentes y no los amaba, y que se alegraría de cualquier pretexto para ponerlos en desgracia con el gran jefe blanco. Luego habló de sus necesidades; de los regalos que tenían derecho a esperar por sus servicios pasados; de su distancia de sus propios terrenos de caza y aldeas nativas; y de la necesidad de consultar más la prudencia, y menos la inclinación, en circunstancias tan críticas. Cuando percibió que, mientras los ancianos aplaudían su moderación, muchos de los guerreros más feroces y distinguidos escuchaban estos planes políticos con miradas sombrías, los condujo astutamente de vuelta al tema que más amaban. Habló abiertamente de los frutos de su sabiduría, que au-

dazmente pronunció que serían un triunfo completo y final sobre sus enemigos. Incluso insinuó oscuramente que su éxito podría extenderse, con la debida cautela, de tal manera que incluyera la destrucción de todos aquellos a quienes tenían razones para odiar. En resumen, mezcló tan hábilmente lo bélico con lo astuto, lo obvio con lo oscuro, como para halagar las propensiones de ambas partes, y dejar a cada una un motivo de esperanza, sin que ninguna pudiera decir que comprendía claramente sus intenciones.

El orador, o el político, que puede producir tal estado de cosas, es comúnmente popular entre sus contemporáneos, por muy tratado que sea por la posteridad. Todos percibieron que se quería decir más de lo que se decía, y cada uno creyó que el significado oculto era precisamente tal como sus propias facultades le permitían entender, o sus propios deseos le llevaban a anticipar.

En este feliz estado de cosas, no es de extrañar que la gestión de Magua prevaleciera. La tribu consintió en actuar con deliberación, y con una sola voz encomendaron la dirección de todo el asunto al gobierno del jefe que había sugerido expedientes tan sabios e inteligibles.

Magua había alcanzado ahora un gran objetivo de toda su astucia y empresa. El terreno que había perdido en el favor de su pueblo fue completamente recuperado, y se encontró incluso colocado a la cabeza de los asuntos. Era, en verdad, su gobernante; y, mientras pudiera mantener su popularidad, ningún monarca podría ser más despótico, especialmente mientras la tribu continuara en un país hostil. Desechando, por lo tanto, la apariencia de consulta, asumió el aire grave de autoridad necesario para sostener la dignidad de su cargo.

Se despacharon corredores en busca de información en diferentes direcciones; se ordenó a los espías que se acercaran y tantearan el campamento de los delawarenses; los guerreros fueron despedidos a sus cabañas, con la insinuación de que sus servicios pronto serían necesarios; y se ordenó a las mujeres y los niños que se retiraran, con la advertencia de que su provincia era guardar silencio. Cuando se hicieron todos estos arreglos, Magua pasó por la aldea, deteniéndose aquí y allá para hacer una visita donde pensaba que su presencia podría ser halagadora para el individuo. Confirmó a sus amigos en su confianza, fijó a los vacilantes y gratificó a todos. Luego buscó su propia cabaña. La esposa que el jefe hurón había abandonado,

cuando fue expulsado de entre su pueblo, estaba muerta. Hijos no tenía; y ahora ocupaba una cabaña, sin compañero de ningún tipo. Era, de hecho, la estructura dilapidada y solitaria en la que David había sido descubierto, y a quien había tolerado en su presencia, en las pocas ocasiones en que se encontraron, con la despectiva indiferencia de una altiva superioridad.

Hacia aquí, entonces, se retiró Magua, cuando sus labores de política terminaron. Mientras otros dormían, sin embargo, él no conocía ni buscaba el reposo. Si hubiera habido alguien lo suficientemente curioso como para haber observado los movimientos del recién elegido jefe, lo habría visto sentado en un rincón de su cabaña, meditando sobre el tema de sus planes futuros, desde la hora de su retiro hasta el momento que había fijado para que los guerreros se reunieran de nuevo. Ocasionalmente, el aire soplaba a través de las grietas de la cabaña, y la baja llama que revoloteaba sobre las brasas del fuego arrojaba su luz vacilante sobre la persona del hosco recluso. En tales momentos no habría sido difícil haber imaginado al sombrío salvaje como el Príncipe de las Tinieblas meditando sobre sus propias imaginarias injurias y tramando el mal.

Mucho antes de que amaneciera, sin embargo, guerrero tras guerrero entró en la solitaria cabaña de Magua, hasta que se hubieron reunido en número de veinte. Cada uno llevaba su rifle y todos los demás pertrechos de guerra, aunque la pintura era uniformemente pacífica. La entrada de estos seres de aspecto feroz pasó desapercibida: algunos sentándose en las sombras del lugar, y otros de pie como estatuas inmóviles, hasta que toda la banda designada se hubo reunido.

Entonces Magua se levantó y dio la señal de proceder, marchando él mismo en vanguardia. Siguieron a su líder de uno en uno, y en ese bien conocido orden que ha obtenido la distintiva apelación de «fila india». A diferencia de otros hombres ocupados en el emocionante negocio de la guerra, se escabulleron de su campamento sin ostentación y sin ser observados, asemejándose más a una banda de espectros deslizantes que a guerreros buscando la burbuja de la reputación por hazañas de audacia desesperada.

En lugar de tomar el camino que conducía directamente hacia el campamento de los delawares, Magua condujo a su partida a cierta distancia por los meandros del arroyo, y a lo largo del pequeño lago artificial de los castores. El día comenzaba a amanecer cuando entraron en el claro que había

sido formado por aquellos sagaces e industriosos animales. Aunque Magua, que había reasumido su antiguo atuendo, llevaba el contorno de un zorro en la piel curtida que formaba su túnica, había un jefe de su partida que llevaba el castor como su símbolo peculiar, o «tótem». Habría habido una especie de profanación en la omisión, si este hombre hubiera pasado por una comunidad tan poderosa de su supuesta parentela, sin otorgar alguna evidencia de su consideración. En consecuencia, se detuvo y habló con palabras tan amables y amistosas como si se dirigiera a seres más inteligentes. Llamó a los animales sus primos, y les recordó que su influencia protectora era la razón por la que permanecían ilesos, mientras muchos comerciantes avaros instigaban a los indios a quitarles la vida. Prometió una continuación de sus favores y los amonestó a ser agradecidos. Después de lo cual, habló de la expedición en la que él mismo estaba comprometido, e insinuó, aunque con suficiente delicadeza y circunloquio, la conveniencia de otorgar a su pariente una porción de esa sabiduría por la que eran tan renombrados.¹

¹ Estas arengas a las bestias eran frecuentes entre los indios. A menudo se dirigen a sus víctimas de esta manera, reprochándoles su cobardía o elogiando su resolución, según exhiban fortaleza o lo contrario, al sufrir.

Durante la enunciación de este extraordinario discurso, los compañeros del orador estuvieron tan graves y atentos a su lenguaje como si todos estuvieran igualmente impresionados por su propiedad. Una o dos veces se vieron objetos negros subiendo a la superficie del agua, y el hurón expresó placer, concibiendo que sus palabras no eran pronunciadas en vano. Justo cuando terminaba su discurso, la cabeza de un gran castor asomó por la puerta de una cabaña, cuyas paredes de tierra habían sido muy dañadas, y que el grupo había creído, por su situación, deshabitada. Una señal tan extraordinaria de confianza fue recibida por el orador como un presagio muy favorable; y aunque el animal se retiró un poco precipitadamente, fue pródigo en sus agradecimientos y elogios.

Cuando Magua pensó que se había perdido suficiente tiempo en gratificar el afecto familiar del guerrero, volvió a dar la señal de proceder. Mientras los indios se alejaban en masa, y con un paso que habría sido inaudible a los oídos de cualquier hombre común, el mismo castor de aspecto venerable asomó una vez más la cabeza desde su cubierta. Si alguno de los hurones se hubiera vuelto para mirar detrás de ellos, habría visto al animal observando sus movimientos con un interés y una sagacidad que fácilmente podrían

haberse confundido con la razón. De hecho, tan distintos e inteligibles eran los ardides del cuadrúpedo, que incluso el observador más experimentado se habría visto en apuros para explicar sus acciones, hasta el momento en que el grupo entró en el bosque, cuando todo se habría explicado, al ver al animal entero salir de la cabaña, descubriendo, con el acto, los graves rasgos de Chingachgook de su máscara de piel.

CAPÍTULO XXVIII

Breve, os lo ruego; pues veis, es un tiempo ajetreado para mí.

—Mucho ruido y pocas nueces.

La tribu, o más bien media tribu, de delawares, que ha sido tan a menudo mencionada, y cuyo lugar actual de campamento estaba tan cerca de la aldea temporal de los hurones, podía reunir un número igual de guerreros que este último pueblo. Al igual que sus vecinos, habían seguido a Montcalm a los territorios de la corona inglesa, y estaban haciendo incursiones pesadas y serias en los terrenos de caza de los mohawks; aunque habían considerado oportuno, con la misteriosa reserva tan común entre los nativos, retirar su ayuda en el momento en que más se requería. Los franceses habían explicado esta inesperada defección por parte de su aliado de varias maneras. La opinión predominante, sin embargo, era que habían sido influenciados por la veneración al antiguo tratado, que una vez los había hecho dependientes de las Seis Naciones para la protección militar, y ahora los hacía reacios a enfrentarse a sus antiguos amos. En cuanto a la tribu misma, se había contentado con anunciar a Montcalm, a través de sus emisarios, con brevedad india, que sus hachas estaban desafiladas, y que se necesitaba tiempo para afilarlas. El político capitán de los Canadás había considerado más sabio someterse a entretener a un amigo pasivo, que por cualquier acto de severidad mal juzgada convertirlo en un enemigo abierto.

Aquella mañana en que Magua condujo a su silenciosa partida desde el asentamiento de los castores hacia los bosques, de la manera descrita, el sol se levantó sobre el campamento delaware como si hubiera irrumpido de repente sobre un pueblo atareado, activamente empleado en todas las ocupaciones acostumbradas del mediodía. Las mujeres corrían de cabaña en cabaña, algunas ocupadas en preparar su comida matutina, unas pocas empeñadas en buscar las comodidades necesarias para sus hábitos, pero la mayoría deteniéndose para intercambiar frases apresuradas y susurradas con

sus amigas. Los guerreros holgazaneaban en grupos, meditando más de lo que conversaban; y cuando se pronunciaban unas pocas palabras, hablaban como hombres que sopesaban profundamente sus opiniones. Los instrumentos de la caza se veían en abundancia entre las cabañas; pero ninguno partía. Aquí y allá, un guerrero examinaba sus armas, con una atención que rara vez se concede a los implementos, cuando no se espera encontrar otro enemigo que las bestias del bosque. Y ocasionalmente, los ojos de todo un grupo se volvían simultáneamente hacia una cabaña grande y silenciosa en el centro de la aldea, como si contuviera el tema de sus pensamientos comunes.

Durante la existencia de esta escena, un hombre apareció de repente en el extremo más alejado de una plataforma de roca que formaba el nivel de la aldea. Estaba sin armas, y su pintura tendía más a suavizar que a aumentar la natural severidad de su austero semblante. Cuando estuvo a la vista de los delawarenses, se detuvo e hizo un gesto de amistad, levantando el brazo hacia el cielo y luego dejándolo caer de manera impresionante sobre su pecho. Los habitantes de la aldea respondieron a su saludo con un bajo murmullo de bienvenida, y lo animaron a avanzar con indicaciones similares de amistad. Fortificado por estas seguridades, la oscura figura abandonó la ceja de la terraza rocosa natural, donde había permanecido un momento, dibujada en un fuerte contorno contra el sonrojado cielo matutino, y se movió con dignidad hacia el mismo centro de las cabañas. A medida que se acercaba, no se oía nada más que el tintineo de los ligeros ornamentos de plata que cargaban sus brazos y cuello, y el cascabeleo de las pequeñas campanillas que bordeaban sus mocasines de piel de ciervo. Hizo, al avanzar, muchas corteses señales de saludo a los hombres que pasaba, descuidando, sin embargo, a las mujeres, como quien consideraba su favor, en la presente empresa, de ninguna importancia. Cuando hubo alcanzado el grupo en el que era evidente, por la altivez de su semblante común, que los principales jefes estaban reunidos, el extraño se detuvo, y entonces los delawarenses vieron que la forma activa y erguida que se encontraba ante ellos era la del bien conocido jefe hurón, Le Renard Subtil.

Su recepción fue grave, silenciosa y cauta. Los guerreros de enfrente se hicieron a un lado, abriendo paso por la acción a su orador más aprobado; uno que hablaba todas aquellas lenguas que se cultivaban entre los aborígenes del norte.

—El sabio hurón es bienvenido —dijo el delaware, en el lenguaje de los maques—; ha venido a comer su "succotash"¹ con sus hermanos de los lagos.

¹ Un plato compuesto de maíz partido y frijoles. También es muy utilizado por los blancos. Por maíz se entiende el grano de maíz.

—Ha venido —repitió Magua, inclinando la cabeza con la dignidad de un príncipe oriental.

El jefe extendió el brazo y, tomando al otro por la muñeca, intercambiaron una vez más saludos amistosos. Luego, el delaware invitó a su huésped a entrar en su propia cabaña y compartir su comida matutina. La invitación fue aceptada; y los dos guerreros, atendidos por tres o cuatro de los ancianos, se alejaron tranquilamente, dejando al resto de la tribu devorada por el deseo de entender las razones de una visita tan inusual, y sin embargo, sin delatar la menor impaciencia por señal o palabra.

Durante la breve y frugal comida que siguió, la conversación fue extremadamente circunspecta, y se refirió enteramente a los eventos de la caza, en la que Magua tan recientemente había estado involucrado. Habría sido imposible para la crianza más refinada mostrar más apariencia de considerar la visita como algo natural, de lo que lo hicieron sus anfitriones, a pesar de que cada individuo presente era perfectamente consciente de que debía estar conectada con algún objeto secreto, y probablemente de importancia para ellos mismos. Cuando los apetitos de todos fueron apaciguados, las squaws retiraron las escudillas y las calabazas, y las dos partes comenzaron a prepararse para una sutil prueba de sus ingenios.

—¿Está el rostro de mi gran padre de Canadá vuelto de nuevo hacia sus hijos hurones? —demandó el orador de los delawares.

—¿Cuándo fue de otra manera? —respondió Magua—. Él llama a mi pueblo "muy amado".

El delaware inclinó gravemente la cabeza en aquiescencia a lo que sabía que era falso, y continuó:

—Los tomahawks de vuestros jóvenes han estado muy rojos.

—Así es; pero ahora están brillantes y desafilados; pues los yengeese están muertos, y los delawares son nuestros vecinos.

El otro reconoció el cumplido pacífico con un gesto de la mano, y permaneció en silencio. Entonces Magua, como si recordara tal cosa, por la alusión a la masacre, demandó:

—¿Da problemas mi prisionera a mis hermanos?

—Es bienvenida.

—El camino entre los hurones y los delawares es corto y está abierto; que sea enviada a mis squaws, si da problemas a mi hermano.

—Es bienvenida —respondió el jefe de esta última nación, aún más enfáticamente.

El desconcertado Magua permaneció en silencio varios minutos, aparentemente indiferente, sin embargo, al rechazo que había recibido en este su esfuerzo inicial por recuperar la posesión de Cora.

—¿Dejan mis jóvenes a los delawares espacio en las montañas para sus cacerías? —continuó al fin.

—Los lenape son gobernantes de sus propias colinas —respondió el otro un poco altaneramente.

—Está bien. La justicia es el amo de un piel roja. ¿Por qué deberían abrillantar sus tomahawks y afilar sus cuchillos unos contra otros? ¿No son los rostros pálidos más numerosos que las golondrinas en la estación de las flores?

—¡Bien! —exclamaron dos o tres de sus auditores al mismo tiempo.

Magua esperó un poco, para permitir que sus palabras ablandaran los sentimientos de los delawares, antes de añadir:

—¿No ha habido mocasines extraños en los bosques? ¿No han oído mis hermanos los pies de los hombres blancos?

—Que venga mi padre de Canadá —respondió el otro, evasivamente—; sus hijos están listos para verlo.

—Cuando el gran jefe viene, es para fumar con los indios en sus wigwams. Los hurones dicen, también, que es bienvenido. ¡Pero los yengeese tienen brazos largos, y piernas que nunca se cansan! ¡Mis jóvenes

soñaron que habían visto el rastro de los yengeese cerca de la aldea de los delawares!

—No encontrarán a los lenape dormidos.

—Está bien. El guerrero cuyo ojo está abierto puede ver a su enemigo —dijo Magua, cambiando una vez más de terreno, cuando se encontró incapaz de penetrar la cautela de su compañero—. He traído regalos a mi hermano. Su nación no fue a la senda de la guerra, porque no lo consideraron bueno, pero sus amigos han recordado dónde vivían.

Cuando hubo anunciado así su liberal intención, el astuto jefe se levantó y extendió gravemente sus presentes ante los deslumbrados ojos de sus anfitriones. Consistían principalmente en baratijas de poco valor, saqueadas de las mujeres masacradas de William Henry. En la división de las chucherías, el astuto hurón no descubrió menos arte que en su selección. Mientras otorgaba las de mayor valor a los dos guerreros más distinguidos, uno de los cuales era su anfitrión, sazónaba sus ofrendas a sus inferiores con cumplidos tan oportunos y apropiados, que no les dejó motivo de queja. En resumen, toda la ceremonia contenía una mezcla tan feliz de lo provechoso con lo halagador, que no fue difícil para el donante leer inmediatamente el efecto de una generosidad tan hábilmente mezclada con elogios, en los ojos de aquellos a quienes se dirigía.

Este golpe bien juzgado y político por parte de Magua no careció de resultados instantáneos. Los delawares perdieron su gravedad en una expresión mucho más cordial; y el anfitrión, en particular, después de contemplar su propia y liberal parte del botín durante algunos momentos con peculiar gratificación, repitió con fuerte énfasis, las palabras:

—Mi hermano es un jefe sabio. Es bienvenido.

—Los hurones aman a sus amigos los delawares —respondió Magua—. ¿Por qué no habrían de hacerlo? están coloreados por el mismo sol, y sus hombres justos cazarán en los mismos terrenos después de la muerte. Los pieles rojas deberían ser amigos, y mirar con ojos abiertos a los hombres blancos. ¿No ha olido mi hermano espías en los bosques?

El delaware, cuyo nombre en inglés significaba «Corazón Duro», una apelación que los franceses habían traducido como «le Coeur-dur», olvidó esa obstinación de propósito, que probablemente le había valido un título

tan significativo. Su semblante se volvió muy sensiblemente menos severo, y ahora se dignó a responder más directamente.

—Ha habido mocasines extraños alrededor de mi campamento. Han sido rastreados hasta mis cabañas.

—¿Expulsó mi hermano a los perros? —preguntó Magua, sin aludir de ninguna manera a la anterior equivocación del jefe.

—No serviría de nada. El extraño siempre es bienvenido para los hijos de los lenape.

—El extraño, pero no el espía.

—¿Enviarían los yengeese a sus mujeres como espías? ¿No dijo el jefe hurón que tomó mujeres en la batalla?

—No dijo mentira. Los yengeese han enviado a sus exploradores. Han estado en mis wigwams, pero no encontraron allí a nadie que les diera la bienvenida. Entonces huyeron a los delawares, pues, dicen, los delawares son nuestros amigos; ¡sus mentes se han apartado de su padre de Canadá!

Esta insinuación fue un golpe certero, y uno que en un estado más avanzado de la sociedad habría valido a Magua la reputación de un hábil diplomático. La reciente defección de la tribu, como bien sabían ellos mismos, había sometido a los delawares a mucho reproche entre sus aliados franceses; y ahora se les hizo sentir que sus futuras acciones serían consideradas con celos y desconfianza. No se necesitaba una profunda visión de las causas y los efectos para prever que tal situación probablemente resultaría muy perjudicial para sus futuros movimientos. Sus lejanas aldeas, sus terrenos de caza y cientos de sus mujeres y niños, junto con una parte material de su fuerza física, se encontraban realmente dentro de los límites del territorio francés. En consecuencia, esta alarmante anunciación fue recibida, como Magua pretendía, con manifiesta desaprobación, si no con alarma.

—Que mi padre me mire a la cara —dijo Le Coeur-dur—; no verá ningún cambio. Es cierto, mis jóvenes no salieron a la senda de la guerra; tuvieron sueños para no hacerlo. Pero aman y veneran al gran jefe blanco.

—¿Pensará así cuando oiga que su mayor enemigo es alimentado en el campamento de sus hijos? ¿Cuando se le diga que un yengee sangriento fuma en vuestro fuego? ¿Que el rostro pálido que ha matado a tantos de sus

amigos entra y sale entre los delawares? ¡Id! ¡mi gran padre de Canadá no es un tonto!

—¿Dónde está el yengee que temen los delawares? —respondió el otro —; ¿quién ha matado a mis jóvenes? ¿Quién es el enemigo mortal de mi Gran Padre?

—¡La Longue Carabine!

Los guerreros delawares se sobresaltaron al oír el conocido nombre, delatando por su asombro que ahora se enteraban, por primera vez, de que alguien tan famoso entre los aliados indios de Francia estaba en su poder.

—¿Qué quiere decir mi hermano? —demandó Le Coeur-dur, en un tono que, por su asombro, superaba con creces la habitual apatía de su raza.

—¡Un hurón nunca miente! —respondió fríamente Magua, apoyando la cabeza contra el costado de la cabaña y cruzando su ligera túnica sobre su pecho moreno—. Que los delawares cuenten a sus prisioneros; encontrarán a uno cuya piel no es ni roja ni pálida.

Siguió una larga y pensativa pausa. El jefe consultó aparte con sus compañeros, y se despacharon mensajeros para reunir a otros de los hombres más distinguidos de la tribu.

A medida que guerrero tras guerrero entraba, cada uno era puesto al corriente, a su vez, de la importante información que Magua acababa de comunicar. El aire de sorpresa, y la habitual exclamación gutural, baja y profunda, eran comunes a todos ellos. La noticia se extendió de boca en boca, hasta que todo el campamento se agitó poderosamente. Las mujeres suspendieron sus labores, para captar las sílabas que descuidadamente se escapaban de los labios de los guerreros que consultaban. Los muchachos abandonaron sus juegos y, caminando sin temor entre sus padres, miraban con curiosa admiración, al oír las breves exclamaciones de asombro que tan libremente expresaban la temeridad de su odiado enemigo. En resumen, toda ocupación fue abandonada por el momento, y todas las demás actividades parecieron descartadas para que la tribu pudiera entregarse libremente, a su manera peculiar, a una abierta expresión de sentimiento.

Cuando la excitación hubo amainado un poco, los ancianos se dispusieron seriamente a considerar lo que correspondía al honor y la seguridad de su tribu realizar, en circunstancias de tanta delicadeza y embarazo.

Durante todos estos movimientos, y en medio de la conmoción general, Magua no solo había mantenido su asiento, sino la misma actitud que había tomado originalmente, contra el costado de la cabaña, donde continuó tan inmóvil y, aparentemente, tan despreocupado, como si no tuviera interés en el resultado. Ni una sola indicación de las futuras intenciones de sus anfitriones, sin embargo, escapó a sus vigilantes ojos. Con su consumado conocimiento de la naturaleza del pueblo con el que tenía que tratar, anticipó cada medida sobre la que decidieron; y casi podría decirse que, en muchos casos, conocía sus intenciones, incluso antes de que ellos mismos las conocieran.

El consejo de los delawarees fue breve. Cuando terminó, un bullicio general anunció que sería seguido inmediatamente por una asamblea solemne y formal de la nación. Como tales reuniones eran raras, y solo se convocaban en ocasiones de suma importancia, el sutil hurón, que todavía se sentaba aparte, un observador astuto y oscuro de los procedimientos, supo ahora que todos sus proyectos debían llegar a su desenlace final. Por lo tanto, abandonó la cabaña y caminó silenciosamente hacia el lugar, frente al campamento, adonde los guerreros ya comenzaban a reunirse.

Podría haber pasado media hora antes de que cada individuo, incluyendo incluso a las mujeres y los niños, estuviera en su lugar. La demora había sido creada por los graves preparativos que se consideraron necesarios para una conferencia tan solemne e inusual. Pero cuando se vio al sol trepando por encima de las cimas de aquella montaña, contra cuyo seno los delawarees habían construido su campamento, la mayoría estaban sentados; y a medida que sus brillantes rayos se lanzaban desde detrás del contorno de los árboles que bordeaban la eminencia, cayeron sobre una multitud tan grave, tan atenta y tan profundamente interesada, como probablemente nunca antes fue iluminada por sus rayos matutinos. Su número superaba algo las mil almas.

En una reunión de salvajes tan serios, nunca se encuentra a ningún aspirante impaciente a una distinción prematura, listo para mover a sus auditores a una discusión apresurada y, quizás, imprudente, para que su propia reputación sea la ganadora. Un acto de tanta precipitación y presunción sellaría la caída del intelecto precoz para siempre. Correspondía únicamente a los más ancianos y experimentados de los hombres exponer el tema de la conferencia ante el pueblo. Hasta que uno de ellos eligiera hacer algún

movimiento, ninguna hazaña de armas, ningún don natural, ni ninguna fama como orador, habría justificado la más mínima interrupción. En la presente ocasión, el anciano guerrero cuyo privilegio era hablar, guardaba silencio, aparentemente oprimido por la magnitud de su tema. La demora ya se había prolongado mucho más allá de la pausa deliberativa habitual que siempre precedía a una conferencia; pero ninguna señal de impaciencia o sorpresa escapó ni siquiera al muchacho más joven. Ocasionalmente, un ojo se levantaba de la tierra, donde las miradas de la mayoría estaban clavadas, y se desviaba hacia una cabaña particular, que, sin embargo, no se distinguía de ninguna manera de las que la rodeaban, excepto en el cuidado peculiar que se había tomado para protegerla contra los asaltos del clima.

Finalmente, se oyó uno de esos bajos murmullos, tan propensos a perturbar a una multitud, y toda la nación se puso de pie por un impulso común. En ese instante, la puerta de la cabaña en cuestión se abrió, y tres hombres, saliendo de ella, se acercaron lentamente al lugar de consulta. Todos eran ancianos, incluso más allá del período al que había llegado el más viejo de los presentes; pero uno en el centro, que se apoyaba en sus compañeros para sostenerse, había contado una cantidad de años a la que rara vez se le permite alcanzar a la raza humana. Su complexión, que una vez había sido alta y erguida, como el cedro, se doblaba ahora bajo la presión de más de un siglo. El paso elástico y ligero de un indio se había ido, y en su lugar se veía obligado a abrirse paso fatigosamente por el suelo, pulgada a pulgada. Su rostro oscuro y arrugado contrastaba singular y salvajemente con los largos mechones blancos que flotaban sobre sus hombros, con tal espesor, que anunciaba que probablemente habían pasado generaciones desde la última vez que habían sido cortados.

El atuendo de este patriarca —pues tal, considerando su vasta edad, en conjunción con su afinidad e influencia con su pueblo, muy apropiadamente podría ser llamado— era rico e imponente, aunque estrictamente según las simples modas de la tribu. Su túnica era de las pieles más finas, a las que se les había quitado el pelo, para admitir una representación jeroglífica de diversas hazañas de armas, hechas en épocas pasadas. Su pecho estaba cargado de medallas, algunas de masiva plata, y una o dos incluso de oro, regalos de varios potentados cristianos durante el largo período de su vida. También llevaba brazaletes y cinturas sobre los tobillos, de este último metal precioso. Su cabeza, en la que se había permitido que creciera todo el cabello,

habiendo sido abandonadas durante tanto tiempo las actividades de la guerra, estaba ceñida por una especie de diadema plateada, que, a su vez, llevaba ornamentos menores y más relucientes, que brillaban entre los tonos lustrosos de tres plumas de avestruz caídas, teñidas de un profundo negro, en conmovedor contraste con el color de sus mechones blancos como la nieve. Su tomahawk estaba casi oculto en plata, y el mango de su cuchillo brillaba como un cuerno de oro macizo.

Tan pronto como el primer murmullo de emoción y placer, que la súbita aparición de este venerado individuo creó, hubo amainado un poco, el nombre de «Tamenund» fue susurrado de boca en boca. Magua había oído a menudo la fama de este sabio y justo delaware; una reputación que incluso llegaba tan lejos como para otorgarle el raro don de mantener una comunión secreta con el Gran Espíritu, y que desde entonces ha transmitido su nombre, con alguna ligera alteración, a los usurpadores blancos de su antiguo territorio, como el imaginario santo tutelar² de un vasto imperio. El jefe hurón, por lo tanto, se adelantó ansiosamente un poco de la multitud, a un lugar desde donde pudiera echar un vistazo más cercano a los rasgos del hombre, cuya decisión probablemente produciría una influencia tan profunda en sus propias fortunas.

² Los americanos a veces llamaban a su santo tutelar Tamenay, una corrupción del nombre del renombrado jefe aquí presentado. Hay muchas tradiciones que hablan del carácter y el poder de Tamenund.

Los ojos del anciano estaban cerrados, como si los órganos estuvieran cansados de haber presenciado durante tanto tiempo los egoístas tejemanejes de las pasiones humanas. El color de su piel difería del de la mayoría de los que lo rodeaban, siendo más rico y oscuro, habiendo sido producido este último por ciertas delicadas y laberínticas líneas de figuras complicadas y sin embargo hermosas, que habían sido trazadas sobre la mayor parte de su persona por la operación del tatuaje. A pesar de la posición del hurón, pasó junto al observador y silencioso Magua sin darse cuenta, y apoyándose en sus dos venerables soportes procedió al lugar alto de la multitud, donde se sentó en el centro de su nación, con la dignidad de un monarca y el aire de un padre.

Nada podía superar la reverencia y el afecto con que esta inesperada visita de alguien que pertenece más a otro mundo que a este, fue recibida por su

pueblo. Después de una pausa adecuada y decente, los jefes principales se levantaron y, acercándose al patriarca, colocaron sus manos reverentemente sobre sus cabezas, pareciendo suplicar una bendición. Los hombres más jóvenes se contentaron con tocar su túnica, o incluso acercarse a su persona, para respirar en la atmósfera de alguien tan anciano, tan justo y tan valiente. Nadie más que los más distinguidos entre los jóvenes guerreros se atrevió siquiera a realizar esta última ceremonia, la gran masa de la multitud considerando una felicidad suficiente contemplar una forma tan profundamente venerada y tan bien amada. Cuando estos actos de afecto y respeto se realizaron, los jefes se retiraron de nuevo a sus diversos lugares, y el silencio reinó en todo el campamento.

Tras una breve demora, unos pocos de los jóvenes, a quienes uno de los ancianos asistentes de Tamenund había susurrado instrucciones, se levantaron, abandonaron la multitud y entraron en la cabaña que ya se ha señalado como objeto de tanta atención durante toda esa mañana. En pocos minutos reaparecieron, escoltando a los individuos que habían causado todos estos solemnes preparativos hacia el asiento del juicio. La multitud se abrió en un pasillo; y cuando el grupo hubo reentrado, se cerró de nuevo, formando un gran y denso cinturón de cuerpos humanos, dispuestos en un círculo abierto.

CAPÍTULO XXIX

La asamblea sentada, alzándose sobre el resto,

Aquiles así al rey de los hombres se dirigió.

—La Ilíada de Pope

Cora se encontraba en primera fila entre los prisioneros, entrelazando sus brazos con los de Alice, en la ternura del amor fraternal. A pesar de la temible y amenazante formación de salvajes a cada lado de ella, ninguna aprehensión por su propia cuenta podía impedir que la doncella de mente más noble mantuviera sus ojos fijos en los rasgos pálidos y ansiosos de la temblorosa Alice. A su lado se encontraba Heyward, con un interés en ambas que, en tal momento de intensa incertidumbre, apenas conocía una preponderancia a favor de aquella a quien más amaba. Ojo de Halcón se había colocado un poco en la retaguardia, con una deferencia al rango superior de sus compañeros, que ninguna similitud en el estado de sus fortunas presentes podría inducirlo a olvidar. Uncas no estaba allí.

Cuando se restauró de nuevo el silencio perfecto, y después de la habitual, larga e impresionante pausa, uno de los dos ancianos jefes que se sentaban al lado del patriarca se levantó y demandó en voz alta, en un inglés muy inteligible:

—¿Cuál de mis prisioneros es La Longue Carabine?

Ni Duncan ni el explorador respondieron. El primero, sin embargo, recorrió con la mirada la oscura y silenciosa asamblea, y retrocedió un paso, cuando sus ojos cayeron sobre el maligno rostro de Magua. Vio, de inmediato, que este astuto salvaje tenía alguna agencia secreta en su actual comparecencia ante la nación, y determinó poner todos los impedimentos posibles en el camino de la ejecución de sus siniestros planes. Había presenciado un ejemplo de los castigos sumarios de los indios, y ahora temía que su

compañero fuera seleccionado para un segundo. En este dilema, con poco o ningún tiempo para la reflexión, determinó de repente encubrir a su inestimable amigo, a cualquier o todo riesgo para sí mismo. Antes de que tuviera tiempo, sin embargo, de hablar, la pregunta fue repetida con una voz más fuerte, y con una enunciación más clara.

— ¡Dadnos armas —replicó altaneramente el joven—, y colocadnos en aquellos bosques. ¡Nuestras hazañas hablarán por nosotros!

— ¡Este es el guerrero cuyo nombre ha llenado nuestros oídos! —respondió el jefe, contemplando a Heyward con esa especie de interés curioso que parece inseparable del hombre, cuando contempla por primera vez a uno de sus semejantes a quien el mérito o el accidente, la virtud o el crimen, ha dado notoriedad—. ¿Qué ha traído al hombre blanco al campamento de los delawarees?

— Mis necesidades. Vengo en busca de comida, refugio y amigos.

— No puede ser. Los bosques están llenos de caza. La cabeza de un guerrero no necesita otro refugio que un cielo sin nubes; y los delawarees son los enemigos, y no los amigos de los yengeese. Ve, la boca ha hablado, mientras el corazón no decía nada.

Duncan, un poco perdido sobre cómo proceder, permaneció en silencio; pero el explorador, que había escuchado atentamente todo lo que pasaba, avanzó ahora firmemente al frente.

— Que no respondiera a la llamada de La Longue Carabine, no se debió ni a la vergüenza ni al miedo —dijo—, pues ni lo uno ni lo otro es el don de un hombre honesto. Pero no admito el derecho de los mingos a otorgar un nombre a uno cuyos amigos han sido conscientes de sus dones, en este particular; especialmente porque su título es una mentira, siendo "Mataciervos" un cañón estriado y no una carabina. Soy el hombre, sin embargo, que obtuvo el nombre de Nathaniel de mi parentela; el cumplido de Ojo de Halcón de los delawarees, que viven en su propio río; y a quien los iroqueses han presumido de llamar el "Rifle Largo", sin ninguna garantía de aquel que está más concernido en el asunto.

Los ojos de todos los presentes, que hasta entonces habían estado escrutando gravemente la persona de Duncan, se volvieron ahora, al instante, hacia la complexión erguida y férrea de este nuevo pretendiente a la distingui-

da apelación. No era en absoluto notable que se encontraran dos que estuvieran dispuestos a reclamar tan gran honor, pues los impostores, aunque raros, no eran desconocidos entre los nativos; pero era del todo material para las justas y severas intenciones de los delaware, que no hubiera error en el asunto. Algunos de sus ancianos consultaron juntos en privado, y luego, al parecer, determinaron interrogar a su visitante sobre el tema.

—Mi hermano ha dicho que una serpiente se deslizó en mi campamento —dijo el jefe a Magua—; ¿cuál es?

El hurón señaló al explorador.

—¿Creerá un sabio delaware el ladrido de un lobo? —exclamó Duncan, aún más confirmado en las malas intenciones de su antiguo enemigo—: un perro nunca miente, pero, ¿cuándo se supo que un lobo dijera la verdad?

Los ojos de Magua centellearon fuego; pero recordando de repente la necesidad de mantener su presencia de ánimo, se apartó en silencioso desdén, bien seguro de que la sagacidad de los indios no dejaría de extraer los verdaderos méritos del punto en controversia. No fue engañado; pues, después de otra breve consulta, el cauto delaware se volvió de nuevo hacia él, y expresó la determinación de los jefes, aunque en el lenguaje más considerado.

—Mi hermano ha sido llamado mentiroso —dijo—, y sus amigos están enojados. Mostrarán que ha dicho la verdad. Dad armas a mis prisioneros, y que demuestren cuál es el hombre.

Magua fingió considerar el expediente, que bien sabía que procedía de la desconfianza hacia él, como un cumplido, e hizo un gesto de aquiescencia, bien contento de que su veracidad fuera apoyada por un tirador tan hábil como el explorador. Las armas fueron colocadas al instante en las manos de los amistosos oponentes, y se les ordenó disparar, por encima de las cabezas de la multitud sentada, a una vasija de barro, que yacía, por accidente, en un tocón, a unas cincuenta yardas del lugar donde se encontraban.

Heyward sonrió para sí mismo ante la idea de una competición con el explorador, aunque determinó perseverar en el engaño, hasta ser advertido de los verdaderos designios de Magua.

Levantando su rifle con el máximo cuidado, y renovando su puntería tres veces distintas, disparó. La bala cortó la madera a pocas pulgadas de la

vasija; y una exclamación general de satisfacción anunció que el disparo fue considerado una prueba de gran habilidad en el uso de un arma. Incluso Ojo de Halcón asintió con la cabeza, como si dijera, fue mejor de lo que esperaba. Pero, en lugar de manifestar la intención de competir con el exitoso tirador, permaneció apoyado en su rifle durante más de un minuto, como un hombre completamente absorto en sus pensamientos. De este ensueño, sin embargo, fue despertado por uno de los jóvenes indios que había proporcionado las armas, y que ahora le tocó el hombro, diciendo en un inglés extremadamente entrecortado:

—¿Puede el rostro pálido superarlo?

—¡Sí, hurón! —exclamó el explorador, levantando el corto rifle en su mano derecha, y sacudiéndolo a Magua, con tanta aparente facilidad como si fuera una caña—; ¡sí, hurón, podría golpearte ahora, y ningún poder en la tierra podría impedir el acto! ¡El halcón que se remonta no está más seguro de la paloma de lo que yo lo estoy en este momento de ti, si eligiera enviar una bala a tu corazón! ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Por qué! —porque los dones de mi color lo prohíben, y podría atraer el mal sobre cabezas tiernas e inocentes. Si conoces a un ser como Dios, ¡agradécele, por lo tanto, en tu alma interior; pues tienes razón!

El semblante sonrojado, el ojo enojado y la figura hinchada del explorador, produjeron una sensación de secreto temor en todos los que lo oyeron. Los delawares contuvieron el aliento en expectación; pero el propio Magua, incluso mientras desconfiaba de la indulgencia de su enemigo, permaneció inmóvil y tranquilo, donde se encontraba encajado por la multitud, como uno que creció en el lugar.

—¡Supéralo! —repitió el joven delaware al codo del explorador.

—¡Superar qué, tonto! ¿qué? —exclamó Ojo de Halcón, todavía blandiendo el arma con enojo sobre su cabeza, aunque su ojo ya no buscaba la persona de Magua.

—Si el hombre blanco es el guerrero que pretende ser —dijo el anciano jefe—, que acierte más cerca del blanco.

El explorador se rió a carcajadas, un ruido que produjo el sorprendente efecto de un sonido antinatural en Heyward; luego, dejando caer la pieza, pesadamente, en su extendida mano izquierda, esta se descargó, aparente-

mente por el golpe, lanzando los fragmentos de la vasija al aire y esparciéndolos por todos lados. Casi en el mismo instante, se oyó el sonido metálico del rifle, al dejarlo caer, con desdén, a la tierra.

La primera impresión de una escena tan extraña fue una admiración absorbente. Luego, un murmullo bajo, pero creciente, recorrió la multitud, y finalmente se hinchó en sonidos que denotaban una viva oposición en los sentimientos de los espectadores. Mientras algunos testificaban abiertamente su satisfacción por una destreza tan sin parangón, con mucho la mayor parte de la tribu se inclinaba a creer que el éxito del disparo fue el resultado de un accidente. Heyward no tardó en confirmar una opinión que era tan favorable a sus propias pretensiones.

—¡Fue casualidad! —exclamó—; ¡nadie puede disparar sin apuntar!

—¡Casualidad! —repitió el excitado hombre del bosque, que ahora estaba obstinadamente empeñado en mantener su identidad a todo riesgo, y sobre quien las secretas indirectas de Heyward para que acquiesciera en el engaño se perdieron por completo—. ¿Piensa también ese hurón mentiroso que es casualidad? ¡Dadme otra arma, y ponednos cara a cara, sin cubierta ni esquivo, y dejad que la Providencia, y nuestros propios ojos, decidan el asunto entre nosotros! No os hago la oferta a vos, mayor; pues nuestra sangre es de un color, y servimos al mismo amo.

—Que el hurón es un mentiroso, es muy evidente —respondió fríamente Heyward—; vos mismo lo habéis oído afirmar que sois La Longue Carabine.

Sería imposible decir qué violenta afirmación habría hecho a continuación el obstinado Ojo de Halcón, en su precipitado deseo de vindicar su identidad, si el anciano delaware no hubiera interpuesto una vez más.

—El halcón que viene de las nubes puede regresar cuando quiera —dijo—; dadles las armas.

Esta vez el explorador agarró el rifle con avidez; y Magua, aunque observaba los movimientos del tirador con ojos celosos, no tuvo más motivo de aprensión.

—Ahora que se pruebe, ante esta tribu de delawares, cuál es el mejor hombre —exclamó el explorador, golpeando la culata de su pieza con ese dedo que había apretado tantos gatillos fatales.

— Veis esa calabaza colgando de aquel árbol, mayor; si sois un tirador apto para las fronteras, ¡dejadme ver cómo rompéis su cáscara!

Duncan notó el objeto y se preparó para renovar la prueba. La calabaza era una de las pequeñas vasijas usuales usadas por los indios, y estaba suspendida de una rama muerta de un pequeño pino, por una correa de piel de ciervo, a la distancia total de cien yardas. Tan extrañamente compuesto está el sentimiento del amor propio, que el joven soldado, mientras conocía la total inutilidad de los sufragios de sus árbitros salvajes, olvidó los súbitos motivos del concurso en un deseo de sobresalir. Ya se había visto que su habilidad distaba mucho de ser despreciable, y ahora resolvió poner de manifiesto sus más finas cualidades. Si su vida hubiera dependido del resultado, la puntería de Duncan no podría haber sido más deliberada o cuidada. Disparó; y tres o cuatro jóvenes indios, que saltaron hacia adelante al oír el informe, anunciaron con un grito, que la bala estaba en el árbol, muy poco a un lado del objeto apropiado. Los guerreros profirieron una común eyaculación de placer, y luego volvieron sus ojos, inquisitivamente, a los movimientos de su rival.

— ¡Puede servir para los Royal Americans! —dijo Ojo de Halcón, riendo una vez más a su manera silenciosa y sentida— ; pero si mi arma se hubiera desviado a menudo tanto de la línea verdadera, muchas martas, cuya piel está ahora en el manguito de una dama, todavía estarían en los bosques; ay, y muchos mingos sangrientos, que han partido a su cuenta final, estarían cometiendo sus diabluras en este mismo día, entre las provincias. ¡Espero que la squaw dueña de la calabaza tenga más de ellas en su wigwam, pues esta nunca volverá a contener agua!

El explorador había sacudido su ceba y amartillado su pieza, mientras hablaba; y, al terminar, echó un pie hacia atrás y levantó lentamente la boca del arma desde la tierra: el movimiento fue firme, uniforme y en una dirección. Cuando estuvo a un nivel perfecto, permaneció por un solo momento, sin temblor ni variación, como si tanto el hombre como el rifle estuvieran tallados en piedra. Durante ese instante estacionario, derramó su contenido, en una brillante y reluciente lámina de llama. De nuevo los jóvenes indios saltaron hacia adelante; pero su búsqueda apresurada y sus miradas decepcionadas anunciaron que no se veían rastros de la bala.

—¡Ve! —dijo el viejo jefe al explorador, en un tono de fuerte disgusto—; eres un lobo con piel de perro. Hablaré con el "Rifle Largo" de los yengeese.

—¡Ah! ¡si tuviera esa pieza que me dio el nombre que usáis, me obligaría a cortar la correa, y dejar caer la calabaza sin romperla! —respondió Ojo de Halcón, perfectamente imperturbable por la manera del otro—. ¡Tontos, si queréis encontrar la bala de un tirador de primera en estos bosques, debéis buscar en el objeto, y no alrededor de él!

Los jóvenes indios comprendieron al instante su significado —pues esta vez habló en la lengua delaware— y, arrancando la calabaza del árbol, la sostuvieron en alto con un grito exultante, mostrando un agujero en su fondo, que había sido cortado por la bala, después de pasar por el orificio habitual en el centro de su lado superior. Ante esta inesperada exhibición, una fuerte y vehemente expresión de placer brotó de la boca de cada guerrero presente. Decidió la cuestión, y estableció eficazmente a Ojo de Halcón en la posesión de su peligrosa reputación. Aquellos ojos curiosos y admiradores que se habían vuelto de nuevo sobre Heyward, se dirigieron finalmente a la forma curtida por la intemperie del explorador, quien inmediatamente se convirtió en el principal objeto de atención para los seres simples y sin sofisticación que lo rodeaban. Cuando la súbita y ruidosa conmoción hubo amainado un poco, el anciano jefe reanudó su examen.

—¿Por qué deseabais taparme los oídos? —dijo, dirigiéndose a Duncan—; ¿son los delawares tontos que no podrían distinguir a la joven pantera del gato?

—Todavía encontrarán que el hurón es un pájaro cantor —dijo Duncan, esforzándose por adoptar el lenguaje figurado de los nativos.

—Está bien. Sabremos quién puede cerrar los oídos de los hombres. Hermano —añadió el jefe volviendo sus ojos hacia Magua—, los delawares escuchan.

Así señalado, y directamente llamado a declarar su objeto, el hurón se levantó; y avanzando con gran deliberación y dignidad hacia el mismo centro del círculo, donde se encontraba enfrentado a los prisioneros, se colocó en una actitud para hablar. Antes de abrir la boca, sin embargo, recorrió lentamente con la mirada todo el límite viviente de rostros serios, como

para atemperar sus expresiones a las capacidades de su audiencia. Sobre Ojo de Halcón lanzó una mirada de respetuosa enemistad; sobre Duncan, una mirada de odio inextinguible; la figura encogida de Alice apenas se dignó a notar; pero cuando su mirada se encontró con la forma firme, imponente y sin embargo encantadora de Cora, su ojo se demoró un momento, con una expresión que podría haber sido difícil de definir. Luego, lleno de sus propias oscuras intenciones, habló en el lenguaje de los Canadás, una lengua que bien sabía que era comprendida por la mayoría de sus auditores.

—El Espíritu que hizo a los hombres los coloreó de manera diferente — comenzó el sutil hurón —. Algunos son más negros que el oso perezoso. A estos dijo que serían esclavos; y les ordenó trabajar para siempre, como el castor. Podéis oírlos gemir, cuando sopla el viento del sur, más fuerte que los búfalos que mugen, a lo largo de las orillas del gran lago salado, donde las grandes canoas van y vienen con ellos en manadas. A algunos los hizo con rostros más pálidos que el armiño de los bosques; y a estos les ordenó ser comerciantes; perros para sus mujeres, y lobos para sus esclavos. Dio a este pueblo la naturaleza de la paloma; alas que nunca se cansan; crías, más abundantes que las hojas de los árboles, y apetitos para devorar la tierra. Les dio lenguas como la falsa llamada del gato montés; corazones como conejos; la astucia del cerdo (pero nada del zorro), y brazos más largos que las piernas del alce. Con su lengua detiene los oídos de los indios; su corazón le enseña a pagar a los guerreros para que luchen sus batallas; su astucia le dice cómo reunir los bienes de la tierra; y sus brazos encierran la tierra desde las orillas del agua salada hasta las islas del gran lago. Su glotonería lo enferma. Dios le dio suficiente, y sin embargo lo quiere todo. Así son los rostros pálidos.

—A algunos el Gran Espíritu los hizo con pieles más brillantes y rojas que aquel sol —continuó Magua, señalando de manera impresionante hacia arriba, a la lívida luminaria, que luchaba por abrirse paso a través de la atmósfera neblinosa del horizonte—; y a estos los modeló a su propia mente. Les dio esta isla tal como la había hecho, cubierta de árboles y llena de caza. El viento hizo sus claros; el sol y la lluvia maduraron sus frutos; y las nieves vinieron para decirles que fueran agradecidos. ¡Qué necesidad tenían de caminos para viajar! ¡Veían a través de las colinas! Cuando los castores trabajaban, ellos yacían a la sombra y miraban. Los vientos los refrescaban en verano; en invierno, las pieles los mantenían calientes. Si luchaban entre

sí, era para demostrar que eran hombres. Eran valientes; eran justos; eran felices.

Aquí el orador hizo una pausa, y de nuevo miró a su alrededor para descubrir si su leyenda había tocado las simpatías de sus oyentes. Se encontró por todas partes con ojos clavados en los suyos, cabezas erguidas y fosas nasales expandidas, como si cada individuo presente se sintiera capaz y dispuesto, por sí solo, a reparar los agravios de su raza.

— Si el Gran Espíritu dio diferentes lenguas a sus hijos rojos —continuó, con una voz baja, aún melancólica—, fue para que todos los animales pudieran entenderlos. A algunos los colocó entre las nieves, con su primo, el oso. A algunos los colocó cerca del sol poniente, en el camino a los felices terrenos de caza. A algunos en las tierras alrededor de las grandes aguas dulces; pero a sus más grandes y amados, les dio las arenas del lago salado. ¿Conocen mis hermanos el nombre de este pueblo favorecido?

— ¡Era el lenape! —exclamaron veinte voces ansiosas al unísono.

— Era el lenni lenape —respondió Magua, afectando inclinar la cabeza en reverencia a su antigua grandeza—. ¡Eran las tribus de los lenape! El sol salía de un agua salada, y se ponía en un agua dulce, y nunca se ocultó de sus ojos. Pero, ¿por qué debería yo, un hurón de los bosques, contar a un pueblo sabio sus propias tradiciones? ¿Por qué recordarles sus injurias; su antigua grandeza; sus hazañas; su gloria; su felicidad; sus pérdidas; sus derrotas; su miseria? ¿No hay entre ellos uno que lo ha visto todo, y que sabe que es verdad? He terminado. Mi lengua está quieta pues mi corazón es de plomo. Escucho.

Cuando la voz del orador cesó de repente, todos los rostros y todos los ojos se volvieron, por un movimiento común, hacia el venerable Tamenund. Desde el momento en que tomó su asiento, hasta el instante presente, los labios del patriarca no se habían separado, y apenas una señal de vida se le había escapado. Se sentó encorvado por la debilidad, y aparentemente inconsciente de la presencia en que se encontraba, durante toda aquella escena inicial, en la que la habilidad del explorador había quedado tan claramente establecida. Al sonido finamente graduado de la voz de Magua, sin embargo, delató alguna evidencia de conciencia, y una o dos veces incluso levantó la cabeza, como para escuchar. Pero cuando el astuto hurón habló de su nación por su nombre, los párpados del anciano se levantaron, y miró

a la multitud con esa especie de expresión opaca y sin sentido que podría suponerse que pertenece al semblante de un espectro. Entonces hizo un esfuerzo por levantarse y, sostenido por sus ayudantes, se puso de pie, en una postura imponente por su dignidad, mientras se tambaleaba por la debilidad.

—¿Quién llama a los hijos de los lenape? —dijo, con una voz profunda y gutural, que se hizo terriblemente audible por el silencio sin aliento de la multitud—; ¿quién habla de cosas pasadas? ¿No se convierte el huevo en gusano, el gusano en mosca, y perece? ¿Por qué contar a los delawarees del bien que ha pasado? Mejor agradecer al Manitou por lo que queda.

—Es un wyandot —dijo Magua, acercándose más a la ruda plataforma sobre la que el otro estaba de pie—; un amigo de Tamenund.

—¡Un amigo! —repitió el sabio, en cuya frente se asentó un oscuro ceño, impartiendo una porción de esa severidad que había hecho su ojo tan terrible en la mediana edad—. ¿Son los mingos los gobernantes de la tierra? ¿Qué trae a un hurón aquí?

—Justicia. Sus prisioneros están con sus hermanos, y viene por los suyos.

Tamenund volvió la cabeza hacia uno de sus soportes y escuchó la breve explicación que el hombre le dio.

Luego, enfrentándose al solicitante, lo miró un momento con profunda atención; después de lo cual dijo, con voz baja y reacia:

—La justicia es la ley del gran Manitou. Hijos míos, dad de comer al extraño. Luego, hurón, toma lo tuyo y parte.

Al pronunciar este solemne juicio, el patriarca se sentó y volvió a cerrar los ojos, como si estuviera más complacido con las imágenes de su propia y madura experiencia que con los objetos visibles del mundo. Contra tal decreto no había ningún delaware lo suficientemente audaz como para murmurar, y mucho menos para oponerse. Apenas se pronunciaron las palabras cuando cuatro o cinco de los guerreros más jóvenes, pasando detrás de Heyward y el explorador, pasaron correas tan diestra y rápidamente alrededor de sus brazos, como para sujetarlos a ambos en una instantánea esclavitud. El primero estaba demasiado absorto con su preciosa y casi insensible carga, como para ser consciente de sus intenciones antes de que fueran ejecutadas; y el segundo, que consideraba incluso a las tribus hostiles de los delawarees una raza superior de seres, se sometió sin resistencia. Quizás, sin

embargo, la manera del explorador no habría sido tan pasiva, si hubiera comprendido plenamente el lenguaje en que se había conducido el diálogo anterior.

Magua lanzó una mirada de triunfo alrededor de toda la asamblea antes de proceder a la ejecución de su propósito. Percibiendo que los hombres eran incapaces de ofrecer resistencia alguna, volvió sus miradas hacia la que más valoraba. Cora encontró su mirada con un ojo tan sereno y firme, que su resolución vaciló. Luego, recordando su anterior artificio, levantó a Alice de los brazos del guerrero contra quien se apoyaba, y haciendo señas a Heyward para que lo siguiera, hizo un gesto para que la multitud circundante se abriera. Pero Cora, en lugar de obedecer el impulso que él había esperado, corrió a los pies del patriarca y, alzando la voz, exclamó en voz alta:

—¡Justo y venerable delaware, en tu sabiduría y poder nos apoyamos en busca de misericordia! Sé sordo a ese monstruo astuto e implacable, que envenena tus oídos con falsedades para alimentar su sed de sangre. Tú que has vivido mucho, y que has visto el mal del mundo, deberías saber cómo atemperar sus calamidades a los miserables.

Los ojos del anciano se abrieron pesadamente, y una vez más miró hacia la multitud. A medida que los tonos penetrantes de la suplicante se hinchaban en sus oídos, se movieron lentamente en dirección a su persona, y finalmente se posaron allí en una mirada fija. Cora se había arrojado de rodillas; y, con las manos entrelazadas y presionadas sobre su pecho, permanecía como un hermoso y palpitante modelo de su sexo, mirando hacia su rostro marchito pero majestuoso, con una especie de santa reverencia. Gradualmente, la expresión de los rasgos de Tamenund cambió, y perdiendo su vacuidad en admiración, se iluminaron con una porción de esa inteligencia que un siglo antes solía comunicar su fuego juvenil a las extensas bandas de los delawares. Levantándose sin ayuda, y aparentemente sin esfuerzo, demandó, con una voz que sobresaltó a sus auditores por su firmeza:

—¿Qué eres tú?

—Una mujer. De una raza odiada, si quieres: una yengee. Pero una que nunca te ha hecho daño, y que no puede dañar a tu pueblo, si quisiera; que pide socorro.

—Decidme, hijos míos —continuó el patriarca, con voz ronca, haciendo un gesto a los que lo rodeaban, aunque sus ojos todavía se posaban en la forma arrodillada de Cora—, ¿dónde han acampado los delawares?

—En las montañas de los iroqueses, más allá de los claros manantiales del Horican.

—Muchos veranos abrasadores han venido y se han ido —continuó el sabio—, desde que bebí del agua de mis propios ríos. Los hijos de Minquon¹ son los hombres blancos más justos, pero tenían sed y se la apropiaron. ¿Nos siguen tan lejos?

¹ William Penn fue llamado Minquon por los delawares, y, como nunca usó la violencia o la injusticia en sus tratos con ellos, su reputación de probidad pasó a ser un proverbio. El americano está justamente orgulloso del origen de su nación, que quizás no tiene parangón en la historia del mundo; pero el pensilvano y el de Jersey tienen más razones para valorarse en sus antepasados que los nativos de cualquier otro estado, ya que no se hizo ningún agravio a los dueños originales del suelo.

—No seguimos a nadie, no codiciamos nada —respondió Cora—. Cautivas contra nuestra voluntad, hemos sido traídas entre vosotros; y solo pedimos permiso para partir en paz hacia los nuestros. ¿No eres tú Tamenund, el padre, el juez, casi diría, el profeta de este pueblo?

—Soy Tamenund de muchos días.

—Hace ahora unos siete años que uno de tu pueblo estuvo a merced de un jefe blanco en las fronteras de esta provincia. Afirmó ser de la sangre del bueno y justo Tamenund. "Ve", dijo el hombre blanco, "por el bien de tu padre eres libre". ¿Recuerdas el nombre de ese guerrero inglés?

—Recuerdo que cuando era un niño risueño —respondió el patriarca, con el peculiar recuerdo de la vasta edad—, me paré en las arenas de la orilla del mar, y vi una gran canoa, con alas más blancas que las del cisne, y más anchas que muchas águilas, venir del sol naciente.

—No, no; no hablo de un tiempo tan lejano, sino de un favor mostrado a tu parentela por uno de los míos, en la memoria de tu guerrero más joven.

—¿Fue cuando los yengeese y los dutchmanne lucharon por los terrenos de caza de los delawares? Entonces Tamenund era un jefe, y primero dejó a

un lado el arco por el relámpago de los rostros pálidos...

—Aún no entonces —interrumpió Cora—, por muchas eras; hablo de una cosa de ayer. Seguramente, seguramente, no lo olvidas.

—Fue solo ayer —replicó el anciano, con conmovedor patetismo—, que los hijos de los lenape eran los amos del mundo. Los peces del lago salado, los pájaros, las bestias y los mengees de los bosques, los reconocían como sagamores.

Cora inclinó la cabeza con decepción y, por un amargo momento, luchó con su disgusto. Luego, elevando sus ricos rasgos y sus ojos radiantes, continuó, en tonos apenas menos penetrantes que la voz sobrenatural del propio patriarca:

—Dime, ¿es Tamenund un padre?

El anciano la miró desde su elevada posición, con una sonrisa benigna en su rostro consumido, y luego, recorriendo lentamente con la mirada a toda la asamblea, respondió:

—De una nación.

—Por mí no pido nada. Como tú y los tuyos, venerable jefe —continuó, apretando convulsivamente las manos sobre su corazón, y dejando caer la cabeza hasta que sus mejillas ardientes quedaron casi ocultas en la maraña de oscuros y lustrosos cabellos que caían en desorden sobre sus hombros—, la maldición de mis antepasados ha caído pesadamente sobre su hija. Pero allá hay una que nunca ha conocido el peso del desagrado del Cielo hasta ahora. Es la hija de un hombre anciano y débil, cuyos días están cerca de su fin. Tiene muchos, muchísimos, que la aman y se deleitan en ella; y es demasiado buena, demasiado preciosa, para convertirse en la víctima de ese villano.

—Sé que los rostros pálidos son una raza orgullosa y hambrienta. Sé que no solo reclaman tener la tierra, sino que el más mezquino de su color es mejor que los sachems del hombre rojo. Los perros y los cuervos de sus tribus —continuó el serio y anciano jefe, sin hacer caso del espíritu herido de su oyente, cuya cabeza estaba casi aplastada contra la tierra de vergüenza, mientras él procedía—, ladrarían y graznarían antes de llevar a una mujer a sus wigwams cuya sangre no fuera del color de la nieve. Pero que no se jacten demasiado ante el rostro del Manitou. Entraron en la tierra al

amanecer, y aún pueden irse al atardecer. A menudo he visto a las langostas despojar de hojas a los árboles, pero la estación de las flores siempre ha vuelto.

—Así es —dijo Cora, respirando hondo, como si reviviera de un trance, alzando el rostro y echando hacia atrás su velo brillante, con un ojo encendido, que contradecía la palidez mortal de su semblante— ; pero por qué, no se nos permite inquirir. Todavía hay uno de tu propio pueblo que no ha sido traído ante ti; antes de que dejes que el hurón parta en triunfo, óyelo hablar.

Observando que Tamenund miraba a su alrededor con duda, uno de sus compañeros dijo:

—Es una serpiente, un piel roja a sueldo de los yengeese. Lo guardamos para la tortura.

—Que venga —respondió el sabio.

Entonces Tamenund se hundió una vez más en su asiento, y un silencio tan profundo prevaleció mientras el joven se preparaba para obedecer su simple mandato, que las hojas, que revoloteaban en la corriente del ligero aire matutino, se oían crujir distintamente en el bosque circundante.

CAPÍTULO XXX

¡Si me lo negáis, maldita sea vuestra ley!

No hay fuerza en los decretos de Venecia:

Pido justicia: responded, ¿la tendré?

—El mercader de Venecia

El silencio continuó sin ser roto por sonidos humanos durante muchos minutos de ansiedad. Luego, la ondulante multitud se abrió y se cerró de nuevo, y Uncas se encontró en el círculo viviente. Todos aquellos ojos, que habían estado estudiando curiosamente los rasgos del sabio, como la fuente de su propia inteligencia, se volvieron al instante, y ahora se inclinaban en secreta admiración hacia la persona erguida, ágil e impecable del cautivo. Pero ni la presencia en la que se encontraba, ni la exclusiva atención que atraía, perturbaron de ninguna manera el dominio de sí mismo del joven mohicano. Lanzó una mirada deliberada y observadora a cada lado de él, encontrando la expresión asentada de hostilidad que se cernía en los semblantes de los jefes con la misma calma que la curiosa mirada de los atentos niños. Pero cuando, al final de este altivo escrutinio, la persona de Tamenund apareció ante su vista, su ojo se fijó, como si todos los demás objetos ya hubieran sido olvidados. Luego, avanzando con un paso lento y silencioso por el área, se colocó inmediatamente ante el escabel del sabio. Aquí permaneció sin ser notado, aunque él mismo observaba agudamente, hasta que uno de los jefes advirtió a este último de su presencia.

—¿Con qué lengua habla el prisionero al Manitou? —demandó el patriarca, sin descerrar los ojos.

—Como sus padres —respondió Uncas—; con la lengua de un delaware.

Ante esta súbita e inesperada anunciación, un bajo y feroz alarido recorrió la multitud, que no podría compararse inadecuadamente con el gruñido

del león, cuando su cólera se despierta por primera vez, un temible presagio del peso de su futura ira. El efecto fue igualmente fuerte en el sabio, aunque se exhibió de manera diferente. Se pasó una mano por los ojos, como para excluir la menor evidencia de un espectáculo tan vergonzoso, mientras repetía, en sus tonos bajos y guturales, las palabras que acababa de oír.

— ¡Un delaware! ¡He vivido para ver a las tribus de los lenape expulsadas de sus fuegos de consejo, y dispersas, como manadas de ciervos rotas, entre las colinas de los iroqueses! ¡He visto las hachas de un pueblo fuerte barrer los bosques de los valles, que los vientos del cielo han perdonado! He visto a las bestias que corren por las montañas, y a los pájaros que vuelan sobre los árboles, vivir en los wigwams de los hombres; ¡pero nunca antes he encontrado a un delaware tan vil como para arrastrarse, como una serpiente venenosa, a los campamentos de su nación!

— Los pájaros cantores han abierto sus picos —respondió Uncas, en las notas más suaves de su propia voz musical—; y Tamenund ha oído su canción.

El sabio se sobresaltó, e inclinó la cabeza a un lado, como para captar los fugaces sonidos de alguna melodía pasajera.

— ¿Sueña Tamenund? —exclamó—. ¿Qué voz hay en su oído? ¡Han retrocedido los inviernos! ¿Volverá el verano a los hijos de los lenape?

Un silencio solemne y respetuoso sucedió a este incoherente estallido de los labios del profeta delaware. Su pueblo fácilmente interpretó su lenguaje ininteligible como una de esas misteriosas conferencias que se creía que mantenía tan frecuentemente con una inteligencia superior, y esperaron el resultado de la revelación con asombro. Después de una paciente pausa, sin embargo, uno de los ancianos, percibiendo que el sabio había perdido el recuerdo del tema que tenían ante ellos, se aventuró a recordarle de nuevo la presencia del prisionero.

— El falso delaware tiembla por temor a oír las palabras de Tamenund —dijo—. Es un sabueso que aúlla, cuando los yengeese le muestran un rastro.

— Y vosotros —respondió Uncas, mirando severamente a su alrededor—, ¡sois perros que gemís, cuando el francés os arroja los despojos de su ciervo!

Veinte cuchillos brillaron en el aire, y otros tantos guerreros se pusieron de pie de un salto, ante esta mordaz y quizás merecida réplica; pero un movimiento de uno de los jefes suprimió el estallido de sus temperamentos, y restauró la apariencia de quietud. La tarea probablemente habría sido más difícil, si un movimiento hecho por Tamenund no hubiera indicado que estaba de nuevo a punto de hablar.

—¡Delaware! —reanudó el sabio—, poco eres digno de tu nombre. Mi pueblo no ha visto un sol brillante en muchos inviernos; y el guerrero que deserta a su tribu cuando está oculta en las nubes es doblemente un traidor. La ley del Manitou es justa. Así es; mientras corran los ríos y se mantengan las montañas, mientras las flores vengan y se vayan en los árboles, así debe ser. Es vuestro, hijos míos; tratadlo con justicia.

Ni un miembro se movió, ni se respiró más fuerte y largo de lo común, hasta que la sílaba final de este decreto final hubo pasado los labios de Tamenund. Entonces un grito de venganza estalló de repente, como si fuera, de los labios unidos de la nación; un espantoso augurio de sus despiadadas intenciones. En medio de estos prolongados y salvajes alaridos, un jefe proclamó, en voz alta, que el cautivo estaba condenado a soportar la terrible prueba de la tortura por fuego. El círculo rompió su orden, y los gritos de deleite se mezclaron con el ajetreo y el tumulto de la preparación. Heyward luchó locamente con sus captores; el ojo ansioso de Ojo de Halcón comenzó a mirar a su alrededor, con una expresión de peculiar seriedad; y Cora se arrojó de nuevo a los pies del patriarca, una vez más suplicante de misericordia.

A lo largo de todos estos momentos de prueba, solo Uncas había conservado su serenidad. Contempló los preparativos con ojo firme, y cuando los torturadores vinieron a apresarle, los encontró con una actitud firme y erguida. Uno de ellos, si es posible más fiero y salvaje que sus compañeros, agarró la camisa de caza del joven guerrero, y de un solo esfuerzo se la arrancó del cuerpo. Luego, con un alarido de placer frenético, saltó hacia su víctima sin resistencia y se preparó para conducirlo a la estaca. Pero, en ese momento, cuando parecía más ajeno a los sentimientos de la humanidad, el propósito del salvaje fue detenido tan repentinamente como si una agencia sobrenatural hubiera interpuesto en favor de Uncas. Los globos oculares del delaware parecieron salirse de sus órbitas; su boca se abrió y toda su figura se congeló en una actitud de asombro. Levantando la mano con un

movimiento lento y regulado, señaló con un dedo el pecho del cautivo. Sus compañeros se agolparon a su alrededor con asombro y todos los ojos, como los suyos, se clavaron intensamente en la figura de una pequeña tortuga, bellamente tatuada en el pecho del prisionero, en un brillante tinte azul.

Por un solo instante Uncas disfrutó de su triunfo, sonriendo tranquilamente a la escena. Luego, apartando a la multitud con un amplio y altivo movimiento de su brazo, avanzó frente a la nación con el aire de un rey, y habló con una voz más fuerte que el murmullo de admiración que recorrió la multitud.

— ¡Hombres de los Lenni Lenape! —dijo—, ¡mi raza sostiene la tierra! ¡Vuestra débil tribu se apoya en mi caparazón! ¿Qué fuego que un delaware pueda encender quemaría al hijo de mis padres —añadió, señalando con orgullo el simple blasón en su piel—; la sangre que provino de tal estirpe ahogaría vuestras llamas! ¡Mi raza es la abuela de las naciones!

— ¿Quién eres tú? —demandó Tamenund, levantándose ante los sorprendentes tonos que oyó, más que por cualquier significado transmitido por el lenguaje del prisionero.

— Uncas, el hijo de Chingachgook —respondió modestamente el cautivo, apartándose de la nación e inclinando la cabeza en reverencia al carácter y los años del otro—; un hijo del gran Unamis.¹

¹ Tortuga.

— ¡La hora de Tamenund está cerca! —exclamó el sabio—; ¡el día ha llegado, al fin, a la noche! Agradezco al Manitou que haya uno aquí para ocupar mi lugar en el fuego del consejo. ¡Uncas, el hijo de Uncas, ha sido encontrado! Dejad que los ojos de un águila moribunda contemplen el sol naciente.

El joven subió ligera pero orgullosamente a la plataforma, donde se hizo visible a toda la agitada y asombrada multitud. Tamenund lo sostuvo largo tiempo a la distancia de su brazo y leyó cada rasgo de sus finos lineamientos, con la mirada incansable de quien recordaba días de felicidad.

— ¿Es Tamenund un muchacho? —exclamó al fin el desconcertado profeta—. ¿He soñado con tantas nieves, con que mi pueblo estaba disperso como arenas flotantes, con yengeese, más abundantes que las hojas de los árboles? La flecha de Tamenund no asustaría al cervatillo; su brazo está

marchito como la rama de un roble muerto; el caracol sería más rápido en la carrera; ¡sin embargo, Uncas está ante él como cuando fueron a la batalla contra los rostros pálidos! ¡Uncas, la pantera de su tribu, el hijo mayor de los lenape, el más sabio sagamore de los mohicanos! Decidme, delawares, ¿ha estado Tamenund durmiendo durante cien inviernos?

El silencio tranquilo y profundo que sucedió a estas palabras anunció suficientemente la terrible reverencia con que su pueblo recibió la comunicación del patriarca. Nadie se atrevió a responder, aunque todos escuchaban en una expectativa sin aliento de lo que podría seguir. Uncas, sin embargo, mirándolo a la cara con el cariño y la veneración de un hijo favorecido, se atrevió, por su propio alto y reconocido rango, a responder.

—Cuatro guerreros de su raza han vivido y muerto —dijo—, desde que el amigo de Tamenund condujo a su pueblo en la batalla. La sangre de la tortuga ha estado en muchos jefes, pero todos han vuelto a la tierra de donde vinieron, excepto Chingachgook y su hijo.

—Es cierto, es cierto —respondió el sabio, un destello de recuerdo destruyendo todas sus agradables fantasías y devolviéndolo de inmediato a la conciencia de la verdadera historia de su nación—. Nuestros sabios han dicho a menudo que dos guerreros de la raza inalterada estaban en las colinas de los yengeese; ¿por qué sus asientos en los fuegos del consejo de los delawares han estado tanto tiempo vacíos?

A estas palabras, el joven levantó la cabeza, que aún había mantenido un poco inclinada, en reverencia; y alzando la voz para ser oído por la multitud, como para explicar de una vez y para siempre la política de su familia, dijo en voz alta:

—Una vez dormimos donde podíamos oír al lago salado hablar en su ira. Entonces éramos gobernantes y sagamores sobre la tierra. Pero cuando se vio un rostro pálido en cada arroyo, seguimos al ciervo de vuelta al río de nuestra nación. Los delawares se habían ido. Pocos guerreros de todos ellos se quedaron a beber del arroyo que amaban. Entonces dijeron mis padres: "Aquí cazaremos. Las aguas del río van al lago salado. Si vamos hacia el sol poniente, encontraremos arroyos que corren hacia los grandes lagos de agua dulce; allí moriría un mohicano, como los peces del mar, en los claros manantiales. Cuando el Manitou esté listo y diga 'Venid', seguiremos el río hasta el mar, y recuperaremos lo nuestro". Tal, delawares, es la creencia de

los hijos de la Tortuga. Nuestros ojos están en el sol naciente y no hacia el poniente. Sabemos de dónde viene, pero no sabemos adónde va. Es suficiente.

Los hombres de los lenape escucharon sus palabras con todo el respeto que la superstición podía prestar, encontrando un encanto secreto incluso en el lenguaje figurado con el que el joven sagamore impartía sus ideas. El propio Uncas observó el efecto de su breve explicación con ojos inteligentes, y gradualmente abandonó el aire de autoridad que había asumido, al percibir que sus auditores estaban contentos. Luego, permitiendo que sus miradas vagaran por la silenciosa multitud que se agolpaba alrededor del elevado asiento de Tamenund, percibió por primera vez a Ojo de Halcón en sus ataduras. Saliendo ágilmente de su estrado, se abrió paso hasta el lado de su amigo; y cortando sus correas con un rápido y airado golpe de su propio cuchillo, hizo un gesto a la multitud para que se dividiera. Los indios obedecieron silenciosamente, y una vez más se dispusieron en su círculo, como antes de su aparición entre ellos. Uncas tomó al explorador de la mano y lo condujo a los pies del patriarca.

—Padre —dijo—, mira a este rostro pálido; un hombre justo, y el amigo de los delawares.

—¿Es un hijo de Minquon?

—No es así; un guerrero conocido por los yengeese, y temido por los maques.

—¿Qué nombre ha ganado con sus hazañas?

—Lo llamamos Ojo de Halcón —respondió Uncas, usando la frase delaware—; pues su vista nunca falla. Los mingoes lo conocen mejor por la muerte que da a sus guerreros; con ellos es "El Rifle Largo".

—¡La Longue Carabine! —exclamó Tamenund, abriendo los ojos y mirando severamente al explorador—. Mi hijo no ha hecho bien en llamarlo amigo.

—Llamo así a quien se demuestra tal —respondió el joven jefe, con gran calma, pero con un semblante firme—. Si Uncas es bienvenido entre los delawares, entonces Ojo de Halcón está con sus amigos.

—El rostro pálido ha matado a mis jóvenes; su nombre es grande por los golpes que ha asestado a los lenape.

—Si un mingo ha susurrado eso al oído del delaware, solo ha demostrado que es un pájaro cantor —dijo el explorador, que ahora creía que era hora de vindicarse de tales ofensivas acusaciones, y que habló como el hombre a quien se dirigía, modificando sus figuras indias, sin embargo, con sus propias y peculiares nociones—. Que he matado a los maques no soy hombre de negarlo, ni siquiera en sus propios fuegos de consejo; pero que, a sabiendas, mi mano nunca ha dañado a un delaware, se opone a la razón de mis dones, que es amistosa con ellos, y con todo lo que pertenece a su nación.

Una baja exclamación de aplauso pasó entre los guerreros, que intercambiaron miradas como hombres que comenzaban a percibir su error.

—¿Dónde está el hurón? —demandó Tamenund—. ¿Ha tapado mis oídos?

Magua, cuyos sentimientos durante esa escena en la que Uncas había triunfado pueden ser mucho mejor imaginados que descritos, respondió a la llamada adelantándose audazmente frente al patriarca.

—El justo Tamenund —dijo—, no guardará lo que un hurón ha prestado.

—Dime, hijo de mi hermano —respondió el sabio, evitando el oscuro semblante de Le Subtil, y volviéndose con gusto a los rasgos más ingenuos de Uncas—, ¿tiene el extraño derecho de conquistador sobre ti?

—No tiene ninguno. La pantera puede caer en trampas puestas por las mujeres; pero es fuerte, y sabe cómo saltar a través de ellas.

—¿La Longue Carabine?

—Se ríe de los mingoes. Ve, hurón, pregunta a tus squaws el color de un oso.

—¿El extraño y la doncella blanca que vinieron juntos a mi campamento?

—Deberían viajar por un camino abierto.

—¿Y la mujer que el hurón dejó con mis guerreros?

Uncas no respondió.

—¿Y la mujer que el mingo ha traído a mi campamento? —repitió gravemente Tamenund.

—Es mía —gritó Magua, sacudiendo la mano en triunfo a Uncas—. Mohicano, sabes que es mía.

—Mi hijo guarda silencio —dijo Tamenund, esforzándose por leer la expresión del rostro que el joven apartaba de él con dolor.

—Así es —fue la baja respuesta.

Siguió una breve e impresionante pausa, durante la cual fue muy evidente con qué renuencia la multitud admitía la justicia de la reclamación del mingo. Al fin, el sabio, de quien únicamente dependía la decisión, dijo, con voz firme:

—Hurón, parte.

—Como vino, justo Tamenund —demandó el astuto Magua—, ¿o con las manos llenas de la fe de los delawarees? El wigwam de Le Renard Subtil está vacío. Hazlo fuerte con lo suyo.

El anciano reflexionó consigo mismo por un tiempo; y luego, inclinando la cabeza hacia uno de sus venerables compañeros, preguntó:

—¿Están abiertos mis oídos?

—Es cierto.

—¿Es este mingo un jefe?

—El primero en su nación.

—Muchacha, ¿qué quieres? Un gran guerrero te toma por esposa. ¡Ve! tu raza no terminará.

—¡Mejor, mil veces, que lo hiciera —exclamó la horrorizada Cora—, que encontrarme con tal degradación!

—Hurón, su mente está en las tiendas de sus padres. Una doncella renuente hace un wigwam infeliz.

—Habla con la lengua de su pueblo —respondió Magua, contemplando a su víctima con una mirada de amarga ironía.

—Es de una raza de comerciantes, y negociará por una mirada brillante. Que Tamenund diga las palabras.

—Toma el wampum, y nuestro amor.

—Nada de aquí más que lo que Magua trajo.

—Entonces parte con lo tuyo. El Gran Manitou prohíbe que un delaware sea injusto.

Magua avanzó y agarró a su cautiva fuertemente por el brazo; los delawares retrocedieron, en silencio; y Cora, como si fuera consciente de que la protesta sería inútil, se preparó para someterse a su destino sin resistencia.

—¡Alto, alto! —gritó Duncan, saltando hacia adelante—; ¡Hurón, ten piedad! ¡su rescate te hará más rico de lo que jamás se supo que fuera ninguno de tu pueblo!

—Magua es un piel roja; no quiere las cuentas de los rostros pálidos.

—Oro, plata, pólvora, plomo, todo lo que un guerrero necesita estará en tu wigwam; todo lo que corresponde al más grande jefe.

—¡Le Subtil es muy fuerte! —gritó Magua, sacudiendo violentamente la mano que agarraba el brazo sin resistencia de Cora—; ¡tiene su venganza!

—¡Poderoso gobernante de la Providencia! —exclamó Heyward, juntando las manos en agonía—, ¿puede sufrirse esto? ¡A ti, justo Tamenund, apelo por misericordia!

—Las palabras del delaware están dichas —respondió el sabio, cerrando los ojos y dejándose caer de nuevo en su asiento, igualmente cansado de su esfuerzo mental y corporal—. Los hombres no hablan dos veces.

—Que un jefe no malgaste su tiempo en desdecir lo que una vez se ha dicho es sabio y razonable —dijo Ojo de Halcón, haciendo un gesto a Duncan para que guardara silencio—; pero también es prudente en todo guerrero considerar bien antes de clavar su tomahawk en la cabeza de su prisionero. Hurón, no te amo; ni puedo decir que ningún mingo haya recibido mucho favor de mis manos. Es justo concluir que, si esta guerra no termina pronto, muchos más de tus guerreros se encontrarán conmigo en los bosques. Ponlo a tu juicio, entonces, si prefieres llevar a tu campamento a

una prisionera como esa, o a uno como yo, que soy un hombre que a tu nación le alegraría mucho ver con las manos desnudas.

—¿Daré "El Rifle Largo" su vida por la mujer? —demandó Magua, vacilante; pues ya había hecho un movimiento para abandonar el lugar con su víctima.

—No, no; no he dicho tanto —respondió Ojo de Halcón, retrocediendo con la debida discreción, cuando notó el afán con que Magua escuchaba su propuesta—. Sería un intercambio desigual, dar a un guerrero, en la flor de su edad y utilidad, por la mejor mujer de las fronteras. Podría consentir en entrar en cuarteles de invierno, ahora —al menos seis semanas antes de que las hojas cambien— a condición de que liberes a la doncella.

Magua sacudió la cabeza e hizo una señal impaciente para que la multitud se abriera.

—Bueno, entonces —añadió el explorador, con el aire meditabundo de un hombre que no había tomado una decisión ni a medias—; añadiré a "Mataciervos" al trato. Toma la palabra de un cazador experimentado, la pieza no tiene igual entre las provincias.

Magua todavía desdeñó responder, continuando sus esfuerzos por dispersar a la multitud.

—Quizás —añadió el explorador, perdiendo su fingida frialdad exactamente en la proporción en que el otro manifestaba indiferencia al intercambio—, si condicionara a enseñar a vuestros jóvenes la verdadera virtud del arma, allanaría las pequeñas diferencias en nuestros juicios.

Le Renard ordenó ferozmente a los delawarenses, que todavía se demoraban en un cinturón impenetrable a su alrededor, con la esperanza de que escuchara la propuesta amistosa, que abrieran su camino, amenazando, con la mirada de su ojo, otra apelación a la infalible justicia de su «profeta».

—Lo que está ordenado, tarde o temprano llegará —continuó Ojo de Halcón, volviéndose con una mirada triste y humillada hacia Uncas—. ¡El bribón conoce su ventaja y la mantendrá! Que Dios te bendiga, muchacho; has encontrado amigos entre tu parentela natural, y espero que resulten tan verdaderos como algunos que has conocido que no tenían cruce indio. En cuanto a mí, tarde o temprano, debo morir; es, por lo tanto, afortunado que haya pocos para hacer mi aullido de muerte. Después de todo, es probable

que los diablillos se las hubieran arreglado para apoderarse de mi cabellera, así que un día o dos no harán gran diferencia en el cómputo eterno del tiempo. Que Dios te bendiga —añadió el rudo hombre del bosque, inclinando la cabeza a un lado, y luego cambiando instantáneamente de dirección de nuevo, con una mirada anhelante hacia el joven—; os amaba a ambos, a ti y a tu padre, Uncas, aunque nuestras pieles no son del todo de un color, y nuestros dones son algo diferentes. Dile al Sagamore que nunca lo perdí de vista en mi mayor apuro; y, en cuanto a ti, piensa en mí a veces cuando estés en un rastro afortunado, y cuenta con ello, muchacho, ya haya un cielo o dos, hay un camino en el otro mundo por el que los hombres honestos pueden volver a reunirse. Encontrarás el rifle en el lugar donde lo escondimos; tómallo, y guárdalo por mi bien; y, escucha, muchacho, como tus dones naturales no te niegan el uso de la venganza, úsala un poco libremente con los mingoes; puede aliviar las penas por mi pérdida y tranquilizar tu mente. ¡Hurón, acepto tu oferta; libera a la mujer. Soy tu prisionero!

Un murmullo reprimido, pero aún distinto, de aprobación recorrió la multitud ante esta generosa proposición; incluso los más feroces entre los guerreros delawares manifestaron placer por la hombría del sacrificio intencionado. Magua se detuvo, y por un momento de ansiedad, podría decirse, dudó; luego, posando sus ojos en Cora, con una expresión en la que la ferocidad y la admiración se mezclaban extrañamente, su propósito se fijó para siempre.

Insinuó su desprecio por la oferta con un movimiento hacia atrás de la cabeza, y dijo, con voz firme y decidida:

—Le Renard Subtil es un gran jefe; solo tiene una mente. Vamos —añadió, posando su mano con demasiada familiaridad en el hombro de su cautiva para instarla a avanzar—; un hurón no es un charlatán; nos iremos.

La doncella retrocedió con altiva reserva femenina, y su ojo oscuro se encendió, mientras la rica sangre se disparaba, como el brillo pasajero del sol, hasta sus sienes, ante la indignidad.

—Soy vuestra prisionera, y, en el momento oportuno, estaré lista para seguir, incluso hasta mi muerte. Pero la violencia es innecesaria —dijo fríamente; e inmediatamente volviéndose hacia Ojo de Halcón, añadió—: ¡Generoso cazador! desde mi alma os lo agradezco. Vuestra oferta es vana, ni podría ser aceptada; pero aún podéis servirme, incluso más que en vues-

tra propia noble intención. ¡Mirad a esa niña abatida y humillada! No la abandonéis hasta que la dejéis en las habitaciones de los hombres civilizados. No diré —dijo, estrujando la dura mano del explorador—, que su padre os recompensará, pues los que sois como vos estáis por encima de las recompensas de los hombres, pero os lo agradecerá y os bendecirá. Y, creedme, la bendición de un hombre justo y anciano tiene virtud a los ojos del Cielo. ¡Quiera Dios que pudiera oír una palabra de sus labios en este terrible momento! —Su voz se ahogó, y, por un instante, guardó silencio; luego, avanzando un paso más cerca de Duncan, que sostenía a su inconsciente hermana, continuó, en tonos más apagados, pero en los que el sentimiento y los hábitos de su sexo mantenían una lucha temible—: No necesito deciros que apreciéis el tesoro que poseeréis. La amáis, Heyward; eso ocultaría mil faltas, aunque las tuviera. Es amable, gentil, dulce, buena, como puede serlo un mortal. No hay mancha en la mente o en la persona que repugne al más orgulloso de todos vosotros. Es hermosa, ¡oh! ¡cuán insuperablemente hermosa! —dijo, posando su propia mano hermosa, pero menos brillante, con afecto melancólico sobre la frente de alabastro de Alice, y apartando el cabello dorado que se agrupaba alrededor de sus cejas—; ¡y sin embargo su alma es pura e inmaculada como su piel! Podría decir mucho, más, quizás, de lo que la razón más fría aprobaría; pero os ahorraré a vos y a mí misma... —Su voz se volvió inaudible, y su rostro se inclinó sobre la forma de su hermana. Después de un largo y ardiente beso, se levantó, y con rasgos del color de la muerte, pero sin siquiera una lágrima en su ojo febril, se apartó y añadió, al salvaje, con toda su anterior elevación de modales—: Ahora, señor, si es vuestro placer, os seguiré.

—Ay, ve —exclamó Duncan, colocando a Alice en los brazos de una joven india—; ve, Magua, ve. Estos delawarenses tienen sus leyes, que les prohíben detenerte; pero yo, yo no tengo tal obligación. Ve, monstruo maligno, ¿por qué te demoras?

Sería difícil describir la expresión con la que Magua escuchó esta amenaza de seguirlo. Hubo al principio una feroz y manifiesta exhibición de alegría, y luego fue instantáneamente subyugada en una mirada de fría astucia.

—Las palabras están abiertas —se contentó con responder—; la "Mano Abierta" puede venir.

—¡Alto! —gritó Ojo de Halcón, agarrando a Duncan por el brazo y deteniéndolo por la violencia—; no conoces la astucia del diablillo. Te llevaría a una emboscada, y a tu muerte...

—Hurón —interrumpió Uncas, quien, sumiso a las severas costumbres de su pueblo, había sido un atento y grave oyente de todo lo que pasaba—; hurón, la justicia de los delawares viene del Manitou. Mira el sol. Ahora está en las ramas superiores del abeto. Tu camino es corto y abierto. Cuando se le vea por encima de los árboles, habrá hombres en tu rastro.

—¡Oigo un cuervo! —exclamó Magua, con una risa burlona—. ¡Id! —añadió, sacudiendo la mano a la multitud, que se había abierto lentamente para permitir su paso—. ¿Dónde están las enaguas de los delawares? ¡Que envíen sus flechas y sus fusiles a los wyandots; tendrán venado para comer y maíz para labrar! ¡Perros, conejos, ladrones, os escupo!

Sus burlas de despedida fueron escuchadas en un silencio mortal y ominoso, y, con estas mordaces palabras en la boca, el triunfante Magua pasó sin ser molestado al bosque, seguido por su pasiva cautiva, y protegido por las inviolables leyes de la hospitalidad india.

CAPÍTULO XXXI

Flue.— ¡Matad a los muchachos y el equipaje! Va expresamente en contra de la ley de armas; es una pieza de bellaquería tan redomada, fijaos bien, como puede ofrecerse en el mundo.

—El rey Enrique V.

Mientras su enemigo y su víctima continuaron a la vista, la multitud permaneció inmóvil como seres encantados en el lugar por algún poder amistoso con el hurón; pero, en el instante en que desapareció, fue sacudida y agitada por una pasión fiera y poderosa. Uncas mantuvo su elevada posición, manteniendo sus ojos en la figura de Cora, hasta que los colores de su vestido se mezclaron con el follaje del bosque; entonces descendió y, moviéndose silenciosamente a través de la multitud, desapareció en aquella cabaña de la que tan recientemente había salido. Unos pocos de los guerreros más serios y atentos, que captaron los destellos de ira que brotaban de los ojos del joven jefe al pasar, lo siguieron al lugar que había seleccionado para sus meditaciones. Después de lo cual, Tamenund y Alice fueron retirados, y se ordenó a las mujeres y los niños que se dispersaran. Durante la hora trascendental que siguió, el campamento se asemejaba a una colmena de abejas alborotadas, que solo esperaban la aparición y el ejemplo de su líder para emprender algún vuelo distante y trascendental.

Un joven guerrero salió al fin de la cabaña de Uncas; y, moviéndose deliberadamente, con una especie de marcha grave, hacia un pino enano que crecía en las grietas de la terraza rocosa, arrancó la corteza de su cuerpo, y luego regresó por donde había venido sin hablar. Pronto fue seguido por otro, que despojó al arbolillo de sus ramas, dejándolo un tronco desnudo y marcado¹. Un tercero coloreó el poste con franjas de una pintura rojo oscuro; todas estas indicaciones de un designio hostil en los líderes de la nación fueron recibidas por los hombres de fuera en un silencio sombrío y ominoso. Finalmente, el propio mohicano reapareció, despojado de todo su

atuendo, excepto su cinto y polainas, y con la mitad de sus finos rasgos ocultos bajo una nube de negro amenazador.

¹ Se dice, en el lenguaje del país, que un árbol que ha sido parcial o totalmente despojado de su corteza está «marcado». El término es estrictamente inglés, pues se dice que un caballo está marcado cuando tiene una mancha blanca.

Uncas se movió con un paso lento y digno hacia el poste, que inmediatamente comenzó a rodear con un paso medido, no muy diferente a una danza antigua, alzando la voz, al mismo tiempo, en el canto salvaje e irregular de su canción de guerra. Las notas estaban en los extremos de los sonidos humanos; siendo a veces melancólicas y exquisitamente lastimeras, incluso rivalizando con la melodía de los pájaros, y luego, por transiciones súbitas y sorprendentes, haciendo temblar a los auditores por su profundidad y energía. Las palabras eran pocas y a menudo repetidas, procediendo gradualmente de una especie de invocación, o himno, a la Deidad, a una insinuación del objeto del guerrero, y terminando como comenzaron con un reconocimiento de su propia dependencia del Gran Espíritu. Si fuera posible traducir el lenguaje comprensivo y melodioso en que hablaba, la oda podría leerse algo así como lo siguiente: «¡Manitou! ¡Manitou! ¡Manitou! Eres grande, eres bueno, eres sabio: ¡Manitou! ¡Manitou! Eres justo. En los cielos, en las nubes, oh, veo muchas manchas, muchas oscuras, muchas rojas: En los cielos, oh, ¡veo muchas nubes!»

«En los bosques, en el aire, oh, oigo el grito de guerra, el largo alarido y el clamor: ¡En los bosques, oh, oigo el fuerte grito de guerra!»

«¡Manitou! ¡Manitou! ¡Manitou! Soy débil, tú eres fuerte; soy lento; ¡Manitou! ¡Manitou! Dame ayuda.»

Al final de lo que podría llamarse cada estrofa, hacía una pausa, elevando una nota más fuerte y más larga de lo común, que se adaptaba peculiarmente al sentimiento recién expresado. El primer cierre fue solemne, y pretendía transmitir la idea de veneración; el segundo, descriptivo, bordeando lo alarmante; y el tercero fue el bien conocido y terrorífico grito de guerra, que brotó de los labios del joven guerrero, como una combinación de todos los espantosos sonidos de la batalla. El último fue como el primero, humilde e implorante. Tres veces repitió esta canción, y otras tantas rodeó el poste en su danza.

Al cierre de la primera vuelta, un jefe grave y muy estimado de los lenape siguió su ejemplo, cantando palabras propias, sin embargo, con música de carácter similar. Guerrero tras guerrero se alistó en la danza, hasta que todos los de renombre y autoridad se contaron en sus laberintos. El espectáculo se volvió ahora salvajemente terrorífico; los semblantes de aspecto fiero y amenazador de los jefes recibiendo un poder adicional de las espantosas melodías en las que mezclaban sus tonos guturales. Justo entonces Uncas clavó su tomahawk profundamente en el poste, y alzó la voz en un grito, que podría denominarse su propio grito de batalla. El acto anunció que había asumido la autoridad principal en la expedición prevista.

Fue una señal que despertó todas las pasiones adormecidas de la nación. Un centenar de jóvenes, que hasta entonces habían sido refrenados por la timidez de sus años, se abalanzaron en un cuerpo frenético sobre el emblema imaginario de su enemigo, y lo partieron en dos, astilla por astilla, hasta que no quedó del tronco más que sus raíces en la tierra. Durante este momento de tumulto, se realizaron las más despiadadas hazañas de guerra sobre los fragmentos del árbol, con tanta ferocidad aparente como si fueran las víctimas vivas de su crueldad. Algunos fueron despojados de la cabellera; otros recibieron el hacha afilada y temblorosa; y otros sufrieron estocadas del cuchillo fatal. En resumen, las manifestaciones de celo y feroz deleite fueron tan grandes e inequívocas, que la expedición fue declarada una guerra de la nación.

En el instante en que Uncas asestó el golpe, salió del círculo y alzó los ojos al sol, que justo ganaba el punto en que la tregua con Magua debía terminar. El hecho fue pronto anunciado por un gesto significativo, acompañado de un grito correspondiente; y toda la multitud excitada abandonó su guerra mímica, con agudos alaridos de placer, para prepararse para el experimento más arriesgado de la realidad.

Toda la faz del campamento cambió instantáneamente. Los guerreros, que ya estaban armados y pintados, se quedaron tan quietos como si fueran incapaces de cualquier estallido inusual de emoción. Por otro lado, las mujeres salieron de las cabañas, con los cantos de alegría y los de lamentación tan extrañamente mezclados que habría sido difícil decir qué pasión preponderaba. Nadie, sin embargo, estaba ocioso. Unas llevaban sus artículos más preciados, otras a sus pequeños, y algunas a sus ancianos y enfermos, al bosque, que se extendía como una alfombra verdeante de un verde brillante

contra la ladera de la montaña. Hacia allá también se retiró Tamenund, con calma compostura, después de una breve y conmovedora entrevista con Uncas; de quien el sabio se separó con la renuencia con que un padre abandonaría a un hijo perdido hace mucho tiempo y recién recuperado. Mientras tanto, Duncan llevó a Alice a un lugar seguro, y luego buscó al explorador, con un semblante que denotaba cuán ansiosamente también él anhelaba el próximo combate.

Pero Ojo de Halcón estaba demasiado acostumbrado a la canción de guerra y a los alistamientos de los nativos, como para delatar algún interés en la escena pasajera. Simplemente lanzaba una mirada ocasional al número y la calidad de los guerreros, que, de vez en cuando, significaban su disposición a acompañar a Uncas al campo. En este particular, pronto quedó satisfecho; pues, como ya se ha visto, el poder del joven jefe abarcó rápidamente a todos los hombres de armas de la nación. Después de que este punto material se decidiera tan satisfactoriamente, despachó a un muchacho indio en busca de «Mataciervos» y del rifle de Uncas, al lugar donde habían depositado sus armas al acercarse al campamento de los delawares; una medida de doble política, en tanto que protegía las armas de su propio destino, si eran detenidos como prisioneros, y les daba la ventaja de aparecer entre los extraños más como sufridores que como hombres provistos de medios de defensa y subsistencia. Al seleccionar a otro para realizar la tarea de reclamar su muy apreciado rifle, el explorador no había perdido de vista ninguna de sus habituales precauciones. Sabía que Magua no había venido sin compañía, y también sabía que los espías hurones vigilaban los movimientos de sus nuevos enemigos, a lo largo de toda la linde de los bosques. Habría sido, por lo tanto, fatal para él mismo intentar el experimento; un guerrero no habría tenido mejor suerte; pero el peligro de un muchacho no era probable que comenzara hasta después de que su objeto fuera descubierto. Cuando Heyward se unió a él, el explorador esperaba fríamente el resultado de este experimento.

El muchacho, que había sido bien instruido y era suficientemente astuto, procedió, con un pecho henchido por el orgullo de tal confianza, y todas las esperanzas de la joven ambición, descuidadamente a través del claro hacia el bosque, al que entró en un punto a cierta distancia del lugar donde estaban escondidas las armas. En el instante, sin embargo, en que fue ocultado por el follaje de los arbustos, su oscura figura se vio deslizarse, como la de

una serpiente, hacia el tesoro deseado. Tuvo éxito; y en otro momento apareció volando a través de la estrecha abertura que bordeaba la base de la terraza en la que se encontraba la aldea, con la velocidad de una flecha, y llevando un premio en cada mano. De hecho, había ganado los peñascos, y subía por sus laderas con increíble actividad, cuando un disparo desde los bosques demostró cuán acertado había sido el juicio del explorador. El muchacho respondió con un grito débil pero despectivo; e inmediatamente se envió una segunda bala tras él desde otra parte de la cubierta. Al instante siguiente apareció en el nivel superior, elevando sus armas en triunfo, mientras se movía con el aire de un conquistador hacia el renombrado cazador que lo había honrado con tan gloriosa comisión.

A pesar del vivo interés que Ojo de Halcón había tomado en el destino de su mensajero, recibió a «Mataciervos» con una satisfacción que, momentáneamente, borró todos los demás recuerdos de su mente. Después de examinar la pieza con un ojo inteligente, y de abrir y cerrar la cazoleta unas diez o quince veces, y de probar otros tantos experimentos igualmente importantes en la cerradura, se volvió hacia el muchacho y le preguntó con grandes manifestaciones de amabilidad, si estaba herido. El mocoso lo miró con orgullo, pero no respondió.

—¡Ah! ya veo, muchacho, ¡los bribones te han rozado el brazo! —añadió el explorador, tomando el miembro del paciente sufridor, a través del cual una profunda herida de carne había sido hecha por una de las balas—; pero un poco de aliso magullado actuará como un encanto. ¡Mientras tanto, lo envolveré en una insignia de wampum! Has comenzado temprano el oficio de guerrero, mi valiente muchacho, y es probable que lleves un montón de cicatrices honorables a tu tumba. Conozco a muchos jóvenes que han tomado cabelleras que no pueden mostrar una marca como esta. ¡Ve! —habiendo vendado el brazo—; ¡serás un jefe!

El muchacho partió, más orgulloso de su sangre que fluye de lo que el más vanidoso cortesano podría estar de su cinta sonrojada; y se pavoneó entre los compañeros de su edad, un objeto de admiración y envidia general.

Pero, en un momento de tantos deberes serios e importantes, este único acto de fortaleza juvenil no atrajo la atención general y el elogio que habría recibido bajo auspicios más suaves. Había servido, sin embargo, para advertir a los delawares de la posición y las intenciones de sus enemigos. En con-

secuencia, se ordenó a una partida de aventureros, más adecuada para la tarea que el débil aunque animoso muchacho, que desalojara a los merodeadores. El deber se cumplió pronto; pues la mayoría de los hurones se retiraron por sí mismos cuando descubrieron que habían sido descubiertos. Los delawarees los siguieron a una distancia suficiente de su propio campamento, y luego se detuvieron en espera de órdenes, temerosos de ser conducidos a una emboscada. Como ambas partes se ocultaron, los bosques volvieron a estar tan silenciosos y tranquilos como una suave mañana de verano y una profunda soledad podían hacerlos.

El tranquilo pero aún impaciente Uncas reunió ahora a sus jefes, y dividió su poder. Presentó a Ojo de Halcón como un guerrero, a menudo probado, y siempre encontrado digno de confianza. Cuando encontró que su amigo era recibido favorablemente, le otorgó el mando de veinte hombres, como él, activos, hábiles y resueltos. Dio a entender a los delawarees el rango de Heyward entre las tropas de los yengeese, y luego le ofreció un cargo de igual autoridad. Pero Duncan declinó el cargo, profesando su disposición a servir como voluntario al lado del explorador. Después de esta disposición, el joven mohicano designó a varios jefes nativos para ocupar las diferentes situaciones de responsabilidad y, apremiando el tiempo, dio la orden de marchar. Fue obedecido alegre pero silenciosamente por más de doscientos hombres.

Su entrada en el bosque fue perfectamente sin ser molestada; ni encontraron ningún objeto viviente que pudiera dar la alarma o proporcionar la información que necesitaban, hasta que llegaron a las guaridas de sus propios exploradores. Aquí se ordenó un alto, y los jefes se reunieron para celebrar un «consejo susurrante».

En esta reunión se sugirieron diversos planes de operación, aunque ninguno de un carácter que satisficiera los deseos de su ardiente líder. Si Uncas hubiera seguido los impulsos de sus propias inclinaciones, habría conducido a sus seguidores a la carga sin un momento de demora, y habría puesto el conflicto al azar de un resultado instantáneo; pero tal curso habría estado en oposición a todas las prácticas y opiniones recibidas de sus compatriotas. Se vio, por lo tanto, obligado a adoptar una cautela que en el actual temperamento de su mente execraba, y a escuchar consejos ante los cuales su espíritu fogoso se irritaba, bajo el vívido recuerdo del peligro de Cora y la insolencia de Magua.

Después de una conferencia insatisfactoria de muchos minutos, se vio a un individuo solitario avanzando desde el lado del enemigo, con tal aparente prisa, como para inducir la creencia de que podría ser un mensajero encargado de propuestas pacíficas. A cien yardas, sin embargo, de la cubierta detrás de la cual se había reunido el consejo delaware, el extraño vaciló, pareció incierto sobre qué rumbo tomar, y finalmente se detuvo. Todos los ojos se volvieron ahora hacia Uncas, como buscando instrucciones sobre cómo proceder.

—Ojo de Halcón —dijo el joven jefe, en voz baja—, nunca debe volver a hablar con los hurones.

—Su hora ha llegado —dijo el lacónico explorador, asomando el largo cañón de su rifle a través de las hojas, y tomando su deliberada y fatal puntería. Pero, en lugar de apretar el gatillo, bajó de nuevo la boca del arma, y se entregó a un ataque de su peculiar alegría—. ¡Tomé al diablillo por un mingo, tan pecador como soy! —dijo—; pero cuando mi ojo recorrió sus costillas en busca de un lugar para meter la bala... ¿lo creeríais, Uncas? vi el soplador del músico; y así, después de todo, es el hombre al que llaman Gamut, cuya muerte no beneficia a nadie, y cuya vida, si esta lengua puede hacer algo más que cantar, puede ser útil para nuestros propios fines. Si los sonidos no han perdido su virtud, pronto tendré un discurso con el honesto individuo, ¡y eso en una voz que encontrará más agradable que el habla de "Mataciervos"!

Diciendo esto, Ojo de Halcón dejó a un lado su rifle; y, arrastrándose a través de los arbustos hasta estar al alcance del oído de David, intentó repetir el esfuerzo musical, que lo había conducido, con tanta seguridad y éxito, a través del campamento hurón. Los exquisitos órganos de Gamut no podían ser fácilmente engañados (y, a decir verdad, habría sido difícil para cualquier otro que no fuera Ojo de Halcón producir un ruido similar), y, en consecuencia, habiendo oído una vez antes los sonidos, ahora sabía de dónde procedían. El pobre hombre pareció aliviado de un estado de gran embarazo; pues, siguiendo la dirección de la voz —una tarea que para él no era mucho menos ardua de lo que habría sido subir frente a una batería—, pronto descubrió al cantor oculto.

—¡Me pregunto qué pensarán los hurones de eso! —dijo el explorador, riendo, mientras tomaba a su compañero por el brazo y lo instaba hacia la

retaguardia—. ¡Si los bribones yacen al alcance del oído, dirán que hay dos locos en lugar de uno! Pero aquí estamos a salvo —añadió, señalando a Uncas y sus asociados—. Ahora dadnos la historia de las invenciones de los mingos en inglés natural, y sin subidas y bajadas de voz.

David miró a su alrededor, a los jefes de aspecto fiero y salvaje, en mudo asombro; pero asegurado por la presencia de rostros que conocía, pronto reunió sus facultades lo suficiente como para dar una respuesta inteligente.

—Los paganos andan sueltos en buen número —dijo David—; y, me temo, con mala intención. Ha habido muchos aullidos y jolgorio impío, junto con sonidos tales que es profanación pronunciar, en sus habitaciones en la última hora, tanto es así, en verdad, que he huido a los delawarees en busca de paz.

—Vuestros oídos podrían no haberse beneficiado mucho con el cambio, si hubierais sido más rápido de pie —respondió el explorador un poco secamente—. Pero sea como sea; ¿dónde están los hurones?

—Yacen ocultos en el bosque, entre este lugar y su aldea, con tal fuerza, que la prudencia os enseñaría a regresar instantáneamente.

Uncas lanzó una mirada a lo largo de la fila de árboles que ocultaba a su propia banda y mencionó el nombre de:

—¿Magua?

—Está entre ellos. Trajo a la doncella que había residido con los delawarees; y, dejándola en la cueva, se ha puesto, como un lobo furioso, a la cabeza de sus salvajes. ¡No sé qué ha turbado tanto su espíritu!

—¡La ha dejado, decís, en la cueva! —interrumpió Heyward—; ¡es bueno que sepamos su situación! ¿No se puede hacer algo para su alivio inmediato?

Uncas miró seriamente al explorador, antes de preguntar:

—¿Qué dice Ojo de Halcón?

—Dadme veinte rifles, y giraré a la derecha, a lo largo del arroyo; y, pasando por las cabañas del castor, me uniré al Sagamore y al coronel. Oiréis entonces el grito de guerra desde aquel lado; con este viento se puede enviar fácilmente a una milla. Entonces, Uncas, atacad por el frente; cuando

estén al alcance de nuestras piezas, les daremos un golpe que, empeño el buen nombre de un viejo fronterizo, hará que su línea se doble como un arco de fresno. Después de lo cual, tomaremos la aldea, y sacaremos a la mujer de la cueva; y entonces el asunto podrá terminarse con la tribu, según la batalla de un hombre blanco, con un golpe y una victoria; o, a la manera india, con esquivas y cubiertas. Puede que no haya gran saber, mayor, en este plan, pero con coraje y paciencia todo puede hacerse.

—Me gusta mucho —exclamó Duncan, que vio que la liberación de Cora era el objetivo principal en la mente del explorador—; me gusta mucho. Que se intente al instante.

Después de una breve conferencia, el plan fue madurado y hecho más inteligible para las diversas partes; se designaron las diferentes señales, y los jefes se separaron, cada uno a su puesto asignado.

CAPÍTULO XXXII

Pero las plagas se extenderán, y las piras funerarias aumentarán,

Hasta que el gran rey, sin rescate pagado,

A su propia Crisa envíe a la doncella de ojos negros.

—Pope.

Durante el tiempo en que Uncas hacía esta disposición de sus fuerzas, los bosques estaban tan silenciosos y, con la excepción de aquellos que se habían reunido en consejo, aparentemente tan deshabitados como cuando salieron frescos de las manos de su Todopoderoso Creador. El ojo podía abarcar, en todas direcciones, a través de las largas y sombreadas vistas de los árboles; pero en ninguna parte se veía objeto alguno que no perteneciera propiamente al paisaje pacífico y durmiente.

Aquí y allá se oía un pájaro revolotear entre las ramas de las hayas, y ocasionalmente una ardilla dejaba caer una nuez, atrayendo por un momento las miradas sobresaltadas del grupo hacia el lugar; pero en el instante en que cesaba la interrupción casual, se oía el aire pasajero murmurar sobre sus cabezas, a lo largo de aquella superficie verde y ondulante de bosque, que se extendía ininterrumpidamente, a menos que fuera por arroyo o lago, sobre una vasta región del país. A través de la extensión de naturaleza salvaje que se extendía entre los delawarees y la aldea de sus enemigos, parecía como si el pie del hombre nunca hubiera pisado, tan palpitante y profundo era el silencio en que yacía. Pero Ojo de Halcón, cuyo deber lo llevaba al frente de la aventura, conocía demasiado bien el carácter de aquellos con quienes estaba a punto de contender como para confiar en la traicionera quietud.

Cuando vio a su pequeña banda reunida, el explorador se echó «Mat-aciervos» al hueco del brazo y, haciendo una señal silenciosa de que lo

siguieran, los condujo muchas varas hacia la retaguardia, hasta el lecho de un pequeño arroyo que habían cruzado al avanzar. Aquí se detuvo y, después de esperar a que todos sus graves y atentos guerreros se cerraran a su alrededor, habló en delaware, demandando:

—¿Sabe alguno de mis jóvenes adónde nos llevará este arroyo?

Un delaware extendió una mano, con los dos dedos separados, e indicando la manera en que estaban unidos en la raíz, respondió:

—Antes de que el sol pudiera recorrer su propia longitud, el agua pequeña estará en la grande. —Luego añadió, señalando en dirección al lugar que mencionó—: las dos hacen suficiente para los castores.

—Ya me lo imaginaba —respondió el explorador, alzando la vista hacia la abertura en las copas de los árboles—, por el rumbo que toma y la orientación de las montañas. Hombres, nos mantendremos al amparo de sus orillas hasta que olfateemos a los hurones.

Sus compañeros dieron la habitual y breve exclamación de asentimiento, pero, percibiendo que su líder estaba a punto de guiar el camino en persona, uno o dos hicieron señas de que no todo estaba como debía ser. Ojo de Halcón, que comprendió sus miradas significativas, se volvió y percibió que su partida había sido seguida hasta ahora por el maestro de canto.

—¿Sabéis, amigo —preguntó el explorador, gravemente, y quizás con un poco del orgullo de un merecimiento consciente en su manera—, que esta es una banda de exploradores elegida para el servicio más desesperado, y puesta bajo el mando de uno que, aunque otro podría decirlo con mejor cara, no será propenso a dejarlos ociosos? Puede que no pasen cinco, no pueden ser treinta minutos, antes de que pisemos el cuerpo de un hurón, vivo o muerto.

—Aunque no advertido de vuestras intenciones con palabras —respondió David, cuyo rostro estaba un poco sonrojado, y cuyos ojos ordinariamente tranquilos y sin expresión brillaban con una expresión de fuego inusual—, vuestros hombres me han recordado a los hijos de Jacob yendo a la batalla contra los siquemitas, por aspirar malvadamente a casarse con una mujer de una raza que era favorecida por el Señor. Ahora, he viajado lejos, y he residido mucho en lo bueno y en lo malo con la doncella que buscáis; y, aunque

no soy un hombre de guerra, con mis lomos ceñidos y mi espada afilada, con gusto daría un golpe en su favor.

El explorador vaciló, como si sopesara las posibilidades de un alistamiento tan extraño en su mente antes de responder:

—No conocéis el uso de ningún arma. No lleváis rifle; y creedme, lo que los mingoes toman, lo devolverán libremente.

—Aunque no soy un Goliath jactancioso y sanguinario —respondió David, sacando una honda de debajo de su atuendo multicolor y tosco—, no he olvidado el ejemplo del niño judío. Con este antiguo instrumento de guerra he practicado mucho en mi juventud, y quizás la habilidad no me ha abandonado por completo.

—¡Ay! —dijo Ojo de Halcón, considerando la correa de piel de ciervo y el delantal, con un ojo frío y desalentador—; la cosa podría hacer su trabajo entre flechas, o incluso cuchillos; pero estos mengwe han sido provistos por los franceses con un buen cañón estriado por hombre. Sin embargo, parece ser vuestro don salir ileso en medio del fuego; y como hasta ahora habéis sido favorecido... mayor, habéis dejado vuestro rifle amartillado; un solo disparo antes de tiempo serían justo veinte cabelleras perdidas para nada... cantor, podéis seguir; podemos encontraros útil en los griteríos.

—Os lo agradezco, amigo —respondió David, proveyéndose, como su real homónimo, de entre los guijarros del arroyo—; aunque no soy dado al deseo de matar, si me hubierais despedido, mi espíritu se habría turbado.

—Recordad —añadió el explorador, golpeándose significativamente la cabeza en el lugar donde Gamut todavía estaba dolorido—, venimos a luchar, y no a musicar. Hasta que se dé el grito de guerra general, nada habla más que el rifle.

David asintió, tanto para significar su aquiescencia con los términos; y luego Ojo de Halcón, lanzando otra mirada observadora sobre sus seguidores, dio la señal de proceder.

Su ruta discurrió, por la distancia de una milla, a lo largo del lecho del curso de agua. Aunque protegidos de cualquier gran peligro de observación por las orillas escarpadas y la espesa maleza que bordeaba el arroyo, no se descuidó ninguna precaución conocida en un ataque indio. Un guerrero más bien se arrastraba que caminaba por cada flanco para poder echar vistazos

ocasionales al bosque; y cada pocos minutos la banda se detenía y escuchaba en busca de sonidos hostiles, con una agudeza de órganos que sería apenas concebible para un hombre en un estado menos natural. Su marcha, sin embargo, transcurrió sin ser molestada, y llegaron al punto donde el arroyo menor se perdía en el mayor, sin la más mínima evidencia de que su progreso hubiera sido notado. Aquí el explorador se detuvo de nuevo, para consultar las señales del bosque.

—Es probable que tengamos un buen día para una pelea —dijo, en inglés, dirigiéndose a Heyward, y alzando la vista hacia las nubes, que comenzaban a moverse en amplias láminas a través del firmamento—; un sol brillante y un cañón reluciente no son amigos de la buena vista. Todo es favorable; tienen el viento, que traerá sus ruidos y su humo, también, no poca cosa en sí misma; mientras que, con nosotros, será primero un disparo, y luego una vista clara. Pero aquí se acaba nuestra cubierta; los castores han tenido el dominio de este arroyo durante cientos de años, y entre su comida y sus presas, hay, como veis, muchos tocones anillados, pero pocos árboles vivos.

Ojo de Halcón, en verdad, en estas pocas palabras, no había dado una mala descripción de la perspectiva que ahora se extendía ante ellos. El arroyo era irregular en su anchura, a veces disparándose a través de estrechas fisuras en las rocas, y otras extendiéndose sobre acres de tierra baja, formando pequeñas áreas que podrían llamarse estanques. Por todas partes a lo largo de sus orillas se encontraban las reliquias en descomposición de árboles muertos, en todas las etapas de la decadencia, desde aquellos que gemían en sus troncos tambaleantes hasta los que recientemente habían sido despojados de esas ásperas cortezas que tan misteriosamente contienen su principio de vida. Unos pocos montones largos, bajos y cubiertos de musgo estaban esparcidos entre ellos, como los memoriales de una generación anterior y largamente desaparecida.

Todos estos minuciosos particulares fueron notados por el explorador, con una gravedad e interés que probablemente nunca antes habían atraído. Sabía que el campamento hurón se encontraba a media milla escasa arroyo arriba; y, con la ansiedad característica de quien temía un peligro oculto, estaba muy preocupado por no encontrar el más mínimo rastro de la presencia de su enemigo. Una o dos veces se sintió inducido a dar la orden de una embestida, e intentar la aldea por sorpresa; pero su experiencia rápidamente le

advirtió del peligro de un experimento tan inútil. Luego escuchó atentamente, y con dolorosa incertidumbre, en busca de los sonidos de hostilidad en la zona donde Uncas había quedado; pero no se oía nada excepto el suspiro del viento, que comenzaba a barrer sobre el seno del bosque en ráfagas que amenazaban una tempestad. Al fin, cediendo más a su inusual impaciencia que tomando consejo de su conocimiento, determinó llevar las cosas a un desenlace, desenmascarando su fuerza y procediendo cautelosamente, pero firmemente, arroyo arriba.

El explorador había permanecido, mientras hacía sus observaciones, al abrigo de un matorral, y sus compañeros todavía yacían en el lecho del barranco, a través del cual desembocaba el arroyo menor; pero al oír su señal baja, aunque inteligible, todo el grupo subió sigilosamente por la orilla, como otros tantos espectros oscuros, y se dispusieron silenciosamente a su alrededor. Señalando en la dirección que deseaba proceder, Ojo de Halcón avanzó, la banda dividiéndose en filas de a uno, y siguiendo tan exactamente sus pasos, como para dejar, si exceptuamos a Heyward y David, el rastro de un solo hombre.

La partida, sin embargo, apenas se había descubierto cuando se oyó una descarga de una docena de rifles en su retaguardia; y un delaware, saltando alto en el aire, como un ciervo herido, cayó de largo, muerto.

— ¡Ah, temía alguna diablura como esta! — exclamó el explorador, en inglés, añadiendo, con la rapidez del pensamiento, en su lengua adoptada—: ¡A cubierto, hombres, y a la carga!

La banda se dispersó a la palabra, y antes de que Heyward se hubiera recuperado bien de su sorpresa, se encontró de pie solo con David. Afortunadamente, los hurones ya se habían retirado, y estaba a salvo de su fuego. Pero este estado de cosas evidentemente iba a ser de corta duración; pues el explorador dio el ejemplo de presionar en su retirada, descargando su rifle y lanzándose de árbol en árbol mientras su enemigo cedía lentamente terreno.

Parecería que el asalto había sido realizado por una partida muy pequeña de los hurones, la cual, sin embargo, continuó aumentando en número, a medida que se retiraba hacia sus amigos, hasta que el fuego de respuesta fue casi, si no del todo, igual al mantenido por los delawares que avanzaban. Heyward se lanzó entre los combatientes e, imitando la necesaria cautela de sus compañeros, hizo rápidas descargas con su propio rifle. El combate aho-

ra se volvió cálido y estacionario. Pocos resultaron heridos, ya que ambas partes mantenían sus cuerpos tan protegidos como fuera posible por los árboles; de hecho, nunca exponían ninguna parte de sus personas excepto en el acto de apuntar. Pero las posibilidades se volvían gradualmente desfavorables para Ojo de Halcón y su banda. El explorador de vista aguda percibió su peligro sin saber cómo remediarlo. Vio que era más peligroso retirarse que mantener su posición; mientras encontraba a su enemigo lanzando hombres por su flanco; lo que hacía la tarea de mantenerse cubiertos tan difícil para los delawarees, que casi silenciaba su fuego. En este momento embarazoso, cuando comenzaban a pensar que toda la tribu hostil los estaba rodeando gradualmente, oyeron el alarido de los combatientes y el estrépito de las armas resonando bajo los arcos del bosque en el lugar donde Uncas estaba apostado, una hondonada que, en cierto modo, yacía bajo el terreno en el que Ojo de Halcón y su partida estaban contendiendo.

Los efectos de este ataque fueron instantáneos, y para el explorador y sus amigos, grandemente aliviadores. Parecería que, mientras su propia sorpresa había sido anticipada, y en consecuencia había fallado, el enemigo, a su vez, habiendo sido engañado en su objeto y en sus números, había dejado una fuerza demasiado pequeña para resistir el impetuoso embate del joven mohicano. Este hecho fue doblemente aparente, por la rápida manera en que la batalla en el bosque rodó hacia arriba, hacia la aldea, y por una instantánea disminución en el número de sus asaltantes, que se apresuraron a ayudar a mantener el frente y, como ahora resultaba ser, el punto principal de defensa.

Animando a sus seguidores con su voz y su propio ejemplo, Ojo de Halcón dio entonces la orden de cargar sobre sus enemigos. La carga, en esa ruda especie de guerra, consistía meramente en avanzar de cubierta en cubierta, más cerca del enemigo; y en esta maniobra fue instantánea y exitosamente obedecido. Los hurones se vieron obligados a retirarse, y la escena del combate cambió rápidamente del terreno más abierto, en el que había comenzado, a un lugar donde los asaltados encontraron una espesura en la que apoyarse. Aquí la lucha se prolongó, ardua y aparentemente de dudoso resultado; los delawarees, aunque ninguno de ellos cayó, comenzaron a sangrar libremente, a consecuencia de la desventaja en la que se encontraban.

En esta crisis, Ojo de Halcón encontró medios para ponerse detrás del mismo árbol que servía de cubierta a Heyward; la mayoría de sus propios

combatientes estaban a tiro de voz, un poco a su derecha, donde mantenían descargas rápidas, aunque infructuosas, sobre sus enemigos protegidos.

—Sois un hombre joven, mayor —dijo el explorador, dejando caer la culata de «Mataciervos» a la tierra y apoyándose en el cañón, un poco fatigado por su industria previa—; y puede ser vuestro don liderar ejércitos, en algún día futuro, contra estos diablillos, los mingoes. Podéis ver aquí la filosofía de una lucha india. Consiste principalmente en una mano presta, un ojo rápido y una buena cubierta. Ahora, si tuvierais una compañía de los Royal Americans aquí, ¿de qué manera los pondríais a trabajar en este asunto?

—La bayoneta abriría un camino.

—Ay, hay razón blanca en lo que decís; pero un hombre debe preguntarse, en esta naturaleza, cuántas vidas puede permitirse perder. No... caballos¹ —continuó el explorador, sacudiendo la cabeza, como quien medita—; los caballos, me avergüenza decirlo, tarde o temprano deben decidir estas escaramuzas. Las bestias son mejores que los hombres, y a los caballos debemos recurrir al final. Poned un casco herrado sobre el mocasín de un piel roja, y, si su rifle se vacía una vez, nunca se detendrá a cargarlo de nuevo.

¹ El bosque americano permite el paso de caballos, ya que hay poca maleza y pocos matorrales enmarañados. El plan de Ojo de Halcón es el que siempre ha resultado más exitoso en las batallas entre los blancos y los indios. Wayne, en su célebre campaña en el Miami, recibió el fuego de sus enemigos en línea; y luego, haciendo que sus dragones giraran alrededor de sus flancos, los indios fueron expulsados de sus cubiertas antes de que tuvieran tiempo de cargar. Uno de los jefes más conspicuos que luchó en la batalla de Miami aseguró al escritor, que los hombres rojos no podían luchar contra los guerreros con «cuchillos largos y medias de cuero»; refiriéndose a los dragones con sus sables y botas.

—Este es un tema que mejor podría discutirse en otro momento —respondió Heyward—; ¿cargamos?

—No veo contradicción con los dones de ningún hombre en pasar sus respiros en reflexiones útiles —replicó el explorador—. En cuanto a una embestida, poco me agrada tal medida; pues una o dos cabelleras deben ser

arrojadas en el intento. Y sin embargo —añadió, inclinando la cabeza a un lado, para captar los sonidos del combate lejano—, si hemos de ser de utilidad a Uncas, debemos deshacernos de estos bribones que tenemos delante.

Luego, volviéndose con un aire pronto y decidido, llamó en voz alta a sus indios, en su propia lengua. Sus palabras fueron respondidas con un grito; y, a una señal dada, cada guerrero hizo un rápido movimiento alrededor de su árbol particular. La visión de tantos cuerpos oscuros, brillando ante sus ojos en el mismo instante, provocó un fuego apresurado y, en consecuencia, ineficaz de los hurones. Sin detenerse a respirar, los delawares saltaron en largos brincos hacia el bosque, como otras tantas panteras que se abalanzan sobre su presa. Ojo de Halcón iba al frente, blandiendo su terrible rifle y animando a sus seguidores con su ejemplo. Unos pocos de los hurones más viejos y astutos, que no habían sido engañados por el artificio que se había practicado para atraer su fuego, hicieron ahora una descarga cerrada y mortal de sus piezas y justificaron las aprensiones del explorador al derribar a tres de sus guerreros de vanguardia. Pero el golpe fue insuficiente para repeler el ímpetu de la carga. Los delawares irrumpieron en la cubierta con la ferocidad de sus naturalezas y barrieron todo rastro de resistencia con la furia del embate.

El combate duró solo un instante, cuerpo a cuerpo, y luego los asaltados cedieron terreno rápidamente, hasta que alcanzaron el margen opuesto de la espesura, donde se aferraron a la cubierta, con la especie de obstinación que tan a menudo se observa en las bestias cazadas. En este momento crítico, cuando el éxito de la lucha volvía a ser dudoso, se oyó el crujido de un rifle detrás de los hurones, y una bala vino zumbando de entre unas cabañas de castores, que estaban situadas en el claro, a su retaguardia, y fue seguida por el feroz y espantoso alarido del grito de guerra.

—¡Ahí habla el Sagamore! —gritó Ojo de Halcón, respondiendo al grito con su propia voz estentórea—; ¡ahora los tenemos de frente y por la espalda!

El efecto en los hurones fue instantáneo. Desalentados por un asalto desde un flanco que no les dejaba oportunidad de cubrirse, los guerreros lanzaron un común alarido de decepción y, rompiendo en masa, se esparcieron por la abertura, sin tener en cuenta ninguna consideración más que la huida.

Muchos cayeron, al hacer el experimento, bajo las balas y los golpes de los perseguidores delawarenses.

No nos detendremos a detallar el encuentro entre el explorador y Chingachgook, ni la entrevista más conmovedora que Duncan tuvo con Munro. Unas pocas palabras breves y apresuradas sirvieron para explicar el estado de las cosas a ambas partes; y entonces Ojo de Halcón, señalando al Sagamore a su banda, resignó la autoridad principal en manos del jefe mohicano. Chingachgook asumió el puesto al que su nacimiento y experiencia le daban un derecho tan distinguido, con la grave dignidad que siempre da fuerza a los mandatos de un guerrero nativo. Siguiendo los pasos del explorador, condujo a la partida de vuelta a través de la espesura, sus hombres arrancando las cabelleras de los hurones caídos y ocultando los cuerpos de sus propios muertos mientras avanzaban, hasta que ganaron un punto donde el primero se contentó con hacer un alto.

Los guerreros, que se habían desahogado libremente en la lucha precedente, se apostaron ahora en un trozo de terreno llano, salpicado de árboles en número suficiente para ocultarlos. La tierra descendía bastante precipitadamente al frente, y bajo sus ojos se extendía, por varias millas, un valle estrecho, oscuro y boscoso. Era a través de este denso y oscuro bosque que Uncas todavía contendía con el cuerpo principal de los hurones.

El mohicano y sus amigos avanzaron hasta la cumbre de la colina y escucharon, con oídos experimentados, los sonidos del combate. Unos pocos pájaros revoloteaban sobre el frondoso seno del valle, asustados de sus ruidos apartados; y aquí y allá una ligera nube vaporosa, que parecía ya mezclarse con la atmósfera, se elevaba sobre los árboles, e indicaba algún lugar donde la lucha había sido feroz y estacionaria.

—La lucha sube por la pendiente —dijo Duncan, señalando en dirección a una nueva explosión de armas de fuego—; estamos demasiado en el centro de su línea para ser efectivos.

—Se inclinarán hacia la hondonada, donde la cubierta es más espesa —dijo el explorador—, y eso nos dejará bien en su flanco. Ve, Sagamore; apenas llegarás a tiempo para dar el grito de guerra y guiar a los jóvenes. Yo lucharé esta escaramuza con guerreros de mi propio color. Me conoces, mohicano; ¡ni un hurón de todos ellos cruzará la loma, a tu retaguardia, sin el aviso de "Mataciervos"!

El jefe indio se detuvo otro momento para considerar las señales del combate, que ahora rodaba rápidamente por la pendiente, una evidencia segura de que los delawarees triunfaban; y no abandonó realmente el lugar hasta que fue advertido de la proximidad de sus amigos, así como de sus enemigos, por las balas de los primeros, que comenzaron a repiquetear entre las hojas secas en el suelo, como los trozos de granizo que caen y preceden al estallido de la tempestad. Ojo de Halcón y sus tres compañeros se retiraron unos pocos pasos a un refugio, y esperaron el resultado con una calma que nada más que una gran práctica podría impartir en una escena así.

No pasó mucho tiempo antes de que los informes de los rifles comenzaran a perder los ecos de los bosques, y a sonar como armas descargadas al aire libre. Entonces apareció un guerrero, aquí y allá, empujado a los límites del bosque, y reagrupándose al entrar en el claro, como en el lugar donde se iba a hacer la resistencia final. A estos pronto se unieron otros, hasta que una larga línea de figuras morenas se vio aferrada a la cubierta con la obstinación de la desesperación. Heyward comenzó a impacientarse, y volvió sus ojos ansiosamente en dirección a Chingachgook. El jefe estaba sentado en una roca, sin nada visible más que su rostro tranquilo, considerando el espectáculo con un ojo tan deliberado como si estuviera apostado allí meramente para ver la lucha.

—¡Ha llegado el momento de que el delaware golpee! —dijo Duncan.

—No es así, no es así —respondió el explorador—; cuando olfatee a sus amigos, les hará saber que está aquí. Mirad, mirad; los bribones se están metiendo en ese grupo de pinos, como abejas que se asientan después de su vuelo. ¡Por el Señor, una squaw podría meter una bala en el centro de tal nudo de pieles oscuras!

En ese instante se dio el grito de guerra, y una docena de hurones cayeron por una descarga de Chingachgook y su banda. El grito que siguió fue respondido por un solo grito de guerra desde el bosque, y un alarido pasó por el aire que sonó como si mil gargantas se unieran en un esfuerzo común. Los hurones se tambalearon, desertando el centro de su línea, y Uncas salió del bosque por la abertura que dejaron, a la cabeza de un centenar de guerreros.

Agitando las manos a derecha e izquierda, el joven jefe señaló al enemigo a sus seguidores, que se separaron en su persecución. La guerra ahora se

dividió, ambas alas de los hurones rotos buscando protección de nuevo en los bosques, acosados de cerca por los victoriosos guerreros de los lenape. Podría haber pasado un minuto, pero los sonidos ya se alejaban en diferentes direcciones, y gradualmente perdían su nitidez bajo los arcos resonantes de los bosques. Un pequeño nudo de hurones, sin embargo, había desdeñado buscar una cubierta, y se retiraba, como leones acorralados, lenta y hoscamente por la cuesta que Chingachgook y su banda acababan de abandonar, para mezclarse más estrechamente en la refriega. Magua era conspicuo en esta partida, tanto por su semblante fiero y salvaje, como por el aire de altiva autoridad que aún mantenía.

En su afán por acelerar la persecución, Uncas se había quedado casi solo; pero en el momento en que su ojo captó la figura de Le Subtil, toda otra consideración fue olvidada. Lanzando su grito de batalla, que llamó a unos seis o siete guerreros, e imprudente ante la disparidad de sus números, se abalanzó sobre su enemigo. Le Renard, que observó el movimiento, se detuvo para recibirlo con secreta alegría. Pero en el momento en que pensó que la temeridad de su impetuoso y joven asaltante lo había dejado a su merced, se dio otro grito, y se vio a La Longue Carabine corriendo al rescate, atendido por todos sus asociados blancos. El hurón se volvió al instante y comenzó una rápida retirada por la pendiente.

No hubo tiempo para saludos o felicitaciones; pues Uncas, aunque inconsciente de la presencia de sus amigos, continuó la persecución con la velocidad del viento. En vano Ojo de Halcón le gritó que respetara las cubiertas; el joven mohicano desafió el peligroso fuego de sus enemigos, y pronto los obligó a una huida tan veloz como su propia velocidad vertiginosa. Fue afortunado que la carrera fuera de corta duración, y que los hombres blancos fueran muy favorecidos por su posición, o el delaware pronto habría superado a todos sus compañeros, y caído víctima de su propia temeridad. Pero, antes de que tal calamidad pudiera ocurrir, los perseguidores y los perseguidos entraron en la aldea wyandot, a tiro de piedra unos de otros.

Excitados por la presencia de sus viviendas, y cansados de la caza, los hurones hicieron ahora una parada, y lucharon alrededor de su cabaña del consejo con la furia de la desesperación. El embate y el resultado fueron como el paso y la destrucción de un torbellino. El tomahawk de Uncas, los golpes de Ojo de Halcón, e incluso el brazo todavía nervioso de Munro, estuvieron todos ocupados durante ese momento pasajero, y el suelo se cubrió

rápidamente con sus enemigos. Aún así Magua, aunque audaz y muy expuesto, escapó de todo esfuerzo contra su vida, con esa especie de protección fabulosa que se hacía para velar por la fortuna de los héroes favorecidos en las leyendas de la poesía antigua. Lanzando un alarido que hablaba volúmenes de ira y decepción, el sutil jefe, cuando vio a sus camaradas caídos, se lanzó lejos del lugar, atendido por sus dos únicos amigos supervivientes, dejando a los delawarees ocupados en despojar a los muertos de los sangrientos trofeos de su victoria.

Pero Uncas, que lo había buscado en vano en el tumulto, se lanzó hacia adelante en su persecución; Ojo de Halcón, Heyward y David todavía presionando sobre sus pasos. Lo máximo que el explorador pudo efectuar, fue mantener la boca de su rifle un poco por delante de su amigo, para quien, sin embargo, sirvió a todos los propósitos de un escudo encantado. Una vez Magua pareció dispuesto a hacer otro y un esfuerzo final para vengar sus pérdidas; pero, abandonando su intención tan pronto como la demostró, saltó a una espesura de arbustos, a través de la cual fue seguido por sus enemigos, y de repente entró en la boca de la cueva ya conocida por el lector. Ojo de Halcón, que solo se había abstenido de disparar por ternura hacia Uncas, lanzó un grito de éxito y proclamó en voz alta que ahora estaban seguros de su presa. Los perseguidores se precipitaron en la larga y estrecha entrada, a tiempo para vislumbrar las formas en retirada de los hurones. Su paso a través de las galerías naturales y los apartamentos subterráneos de la caverna fue precedido por los alaridos y gritos de cientos de mujeres y niños. El lugar, visto a su luz tenue e incierta, parecía las sombras de las regiones infernales, a través de las cuales fantasmas desdichados y demonios salvajes revoloteaban en multitudes.

Aún Uncas mantenía su ojo en Magua, como si la vida para él poseyera un solo objeto. Heyward y el explorador todavía presionaban en su retaguardia, movidos, aunque posiblemente en menor grado, por un sentimiento común. Pero su camino se volvía intrincado, en aquellos pasajes oscuros y sombríos, y los atisbos de los guerreros en retirada menos distintos y frecuentes; y por un momento se creyó perdido el rastro, cuando se vio una túnica blanca revoloteando en el extremo más alejado de un pasaje que parecía conducir montaña arriba.

— ¡Es Cora! —exclamó Heyward, con una voz en la que el horror y el deleite se mezclaban salvajemente.

—¡Cora! ¡Cora! —repitió Uncas, saltando hacia adelante como un ciervo.

—¡Es la doncella! —gritó el explorador—. ¡Ánimo, señora; ya vamos! ¡ya vamos!

La caza se reanudó con una diligencia diez veces más alentadora por este atisbo de la cautiva. Pero el camino era escabroso, quebrado y en algunos puntos casi intransitable. Uncas abandonó su rifle y saltó hacia adelante con precipitación vertiginosa. Heyward imitó temerariamente su ejemplo, aunque ambos fueron, un momento después, advertidos de su locura al oír el estruendo de una pieza, que los hurones encontraron tiempo para descargar por el pasaje en las rocas, cuya bala incluso le dio al joven mohicano una ligera herida.

—¡Debemos acercarnos! —dijo el explorador, pasando a sus amigos con un salto desesperado—; ¡los bribones nos eliminarán a todos a esta distancia; y ved, sostienen a la doncella para protegerse!

Aunque sus palabras no fueron escuchadas, o más bien no fueron oídas, su ejemplo fue seguido por sus compañeros, quienes, con increíbles esfuerzos, se acercaron lo suficiente a los fugitivos como para percibir que Cora era llevada entre los dos guerreros mientras Magua prescribía la dirección y la manera de su huida. En este momento las formas de los cuatro se dibujaron fuertemente contra una abertura en el cielo, y desaparecieron. Casi frenéticos por la decepción, Uncas y Heyward aumentaron esfuerzos que ya parecían sobrehumanos, y salieron de la caverna por el lado de la montaña, a tiempo para notar la ruta de los perseguidos. El curso subía por la pendiente, y aún continuaba peligroso y laborioso.

Agobiado por su rifle, y, quizás, no sostenido por un interés tan profundo en la cautiva como sus compañeros, el explorador permitió que estos últimos lo precedieran un poco, tomando Uncas, a su vez, la delantera de Heyward. De esta manera, rocas, precipicios y dificultades fueron superados en un espacio increíblemente corto, que en otro momento, y en otras circunstancias, se habrían considerado casi insuperables. Pero los impetuosos jóvenes fueron recompensados al descubrir que, agobiados con Cora, los hurones perdían terreno en la carrera.

—¡Detente, perro de los wyandots! —exclamó Uncas, sacudiendo su brillante tomahawk a Magua—; ¡una muchacha delaware te ordena que te detengas!

—¡No iré más lejos! —gritó Cora, deteniéndose inesperadamente en un saliente de roca, que se cernía sobre un profundo precipicio, a no gran distancia de la cima de la montaña—. ¡Mátame si quieres, detestable hurón; no iré más lejos!

Los sostenes de la doncella levantaron sus prestos tomahawks con la impía alegría que se cree que los demonios sienten en la maldad, pero Magua detuvo los brazos levantados. El jefe hurón, después de arrojar las armas que había arrebatado a sus compañeros por la roca, sacó su cuchillo y se volvió hacia su cautiva, con una mirada en la que pasiones encontradas contendían ferozmente.

—Mujer —dijo—, elige; ¡el wigwam o el cuchillo de Le Subtil!

Cora no le hizo caso, sino que, cayendo de rodillas, alzó los ojos y extendió los brazos hacia el cielo, diciendo con voz mansa y sin embargo confiada:

—¡Soy tuya; haz conmigo como mejor te parezca!

—¡Mujer! —repitió Magua, con voz ronca, y esforzándose en vano por captar una mirada de su ojo sereno y radiante—, ¡elige!

Pero Cora no oyó ni hizo caso de su demanda. La figura del hurón tembló en cada fibra, y levantó el brazo en alto, pero lo dejó caer de nuevo con un aire desconcertado, como quien duda. Una vez más luchó consigo mismo y levantó de nuevo el arma afilada; pero justo entonces se oyó un grito penetrante sobre ellos, y Uncas apareció, saltando frenéticamente, desde una altura temible, sobre el saliente. Magua retrocedió un paso; y uno de sus ayudantes, aprovechando la oportunidad, envainó su propio cuchillo en el pecho de Cora.

El hurón se abalanzó como un tigre sobre su compatriota ofensor y ya en retirada, pero la forma caída de Uncas separó a los combatientes antinaturales. Desviado de su objetivo por esta interrupción, y enloquecido por el asesinato que acababa de presenciar, Magua enterró su arma en la espalda del postrado delaware, lanzando un grito sobrenatural mientras cometía el cobarde acto. Pero Uncas se levantó del golpe, como la pantera herida se

vuelve contra su enemigo, y derribó al asesino de Cora a sus pies, con un esfuerzo en el que se gastó la última de sus fuerzas desfallecientes. Luego, con una mirada severa y firme, se volvió hacia Le Subtil, e indicó con la expresión de su ojo todo lo que haría si el poder no lo hubiera abandonado. Este último agarró el brazo sin nervio del delaware sin resistencia, y le hundió el cuchillo en el pecho tres veces distintas, antes de que su víctima, manteniendo aún la mirada clavada en su enemigo, con una mirada de inextinguible desprecio, cayera muerta a sus pies.

—¡Misericordia! ¡misericordia! ¡hurón! —gritó Heyward, desde arriba, en tonos casi ahogados por el horror—; ¡da misericordia, y la recibirás!

Lanzando el cuchillo ensangrentado hacia el joven suplicante, el victorioso Magua profirió un grito tan fiero, tan salvaje y, sin embargo, tan gozoso, que transmitió los sonidos del triunfo salvaje a los oídos de aquellos que luchaban en el valle, mil pies más abajo. Fue respondido por un estallido de los labios del explorador, cuya alta persona se veía justo entonces moviéndose rápidamente hacia él, a lo largo de aquellos peligrosos peñascos, con pasos tan audaces y temerarios como si poseyera el poder de moverse en el aire. Pero cuando el cazador llegó a la escena de la despiadada masacre, el saliente solo estaba habitado por los muertos.

Su aguda mirada echó un único vistazo a las víctimas, y luego lanzó sus miradas sobre las dificultades de la ascensión frente a él. Una figura se erguía en la cima de la montaña, en el mismo borde de la vertiginosa altura, con los brazos en alto, en una terrible actitud de amenaza. Sin detenerse a considerar su persona, el rifle de Ojo de Halcón se levantó; pero una roca, que cayó sobre la cabeza de uno de los fugitivos de abajo, expuso el semblante indignado y encendido del honesto Gamut. Entonces Magua salió de una grieta y, pasando con calma indiferencia sobre el cuerpo del último de sus asociados, saltó una ancha fisura y ascendió por las rocas en un punto donde el brazo de David no podía alcanzarlo. Un solo salto lo llevaría a la cima del precipicio y aseguraría su salvación. Antes de dar el salto, sin embargo, el hurón se detuvo y, sacudiendo la mano al explorador, gritó:

—¡Los rostros pálidos son perros! ¡los delawares, mujeres! ¡Magua los deja en las rocas, para los cuervos!

Riendo roncamente, dio un salto desesperado y se quedó corto, aunque sus manos agarraron un arbusto en el borde de la altura. La figura de Ojo de

Halcón se había agazapado como una bestia a punto de dar su salto, y su cuerpo temblaba tan violentamente de ansia que la boca del rifle a medio levantar jugaba como una hoja revoloteando al viento. Sin agotarse con esfuerzos infructuosos, el astuto Magua dejó que su cuerpo cayera a lo largo de sus brazos, y encontró un fragmento para que sus pies descansaran. Luego, reuniendo todas sus fuerzas, renovó el intento, y tuvo tanto éxito como para poner sus rodillas en el borde de la montaña. Fue ahora, cuando el cuerpo de su enemigo estaba más recogido, que el arma agitada del explorador fue llevada a su hombro. Las rocas circundantes no eran más firmes de lo que se volvió la pieza, durante el único instante en que derramó su contenido. Los brazos del hurón se relajaron, y su cuerpo cayó un poco hacia atrás, mientras sus rodillas aún mantenían su posición. Dirigiendo una mirada implacable a su enemigo, sacudió una mano en sombrío desafío. Pero su agarre se aflojó, y su oscura persona fue vista cortando el aire con la cabeza hacia abajo, por un instante fugaz, hasta que se deslizó más allá del borde de arbustos que se aferraban a la montaña, en su rápido vuelo hacia la destrucción.

CAPÍTULO XXXIII

Lucharon, como hombres valientes, largo y bien,
Amontonaron aquel suelo con musulmanes muertos,
Vencieron, pero Bozzaris cayó,
Sangrando por cada vena.
Sus pocos camaradas supervivientes vieron
Su sonrisa cuando sonó su fuerte hurra,
Y el campo rojo fue ganado;
Luego vieron en la muerte cerrarse sus párpados
Tranquilamente, como para un reposo nocturno,
Como flores al ponerse el sol.
—Halleck.

El sol encontró a los lenape, al día siguiente, una nación de dolientes. Los sonidos de la batalla habían terminado, y habían saciado con creces su antiguo rencor, y habían vengado su reciente disputa con los mengwe, con la destrucción de toda una comunidad. La atmósfera negra y turbia que flotaba alrededor del lugar donde los hurones habían acampado, anunciaba suficientemente por sí misma, el destino de aquella tribu errante; mientras que cientos de cuervos, que luchaban sobre las cimas de las montañas, o barrían, en ruidosas bandadas, a través de las amplias extensiones de los bosques, proporcionaban una espantosa dirección a la escena del combate. En resumen, cualquier ojo un poco practicado en las señales de una guerra fronteriza podría haber rastreado fácilmente todas aquellas evidencias inequívocas de los despiadados resultados que acompañan a una venganza india.

Aún así, el sol se levantó sobre los lenape, una nación de dolientes. No se oyeron gritos de éxito, ni cantos de triunfo, en regocijo por su victoria. El último rezagado había regresado de su feroz empleo, solo para despojarse de los terribles emblemas de su sangrienta vocación, y unirse a las lamentaciones de sus compatriotas, como un pueblo afligido. El orgullo y la exultación fueron suplantados por la humildad, y la más fiera de las pasiones humanas ya había sido sucedida por las más profundas e inequívocas demostraciones de dolor.

Las cabañas estaban desiertas; pero un ancho cinturón de rostros serios rodeaba un lugar en su vecindad, adonde todo ser viviente se había dirigido, y donde todos estaban ahora reunidos, en profundo y terrible silencio. Aunque seres de todo rango y edad, de ambos sexos, y de todas las ocupaciones, se habían unido para formar este muro palpitante de cuerpos, estaban influenciados por una sola emoción. Cada ojo estaba clavado en el centro de aquel anillo, que contenía los objetos de tanto y tan común interés.

Seis muchachas delawares, con sus largas, oscuras y sueltas trenzas cayendo libremente sobre sus pechos, estaban apartadas, y solo daban prueba de su existencia cuando ocasionalmente esparcían hierbas aromáticas y flores del bosque sobre un lecho de plantas fragantes que, bajo un paño de túnicas indias, sostenía todo lo que ahora quedaba de la ardiente, animosa y generosa Cora. Su forma estaba oculta en muchas envolturas de la misma simple manufactura, y su rostro estaba cerrado para siempre a la mirada de los hombres. A sus pies estaba sentado el desolado Munro. Su cabeza anciana estaba inclinada casi hasta la tierra, en sumisión forzada al golpe de la Providencia; pero una angustia oculta luchaba en su frente surcada, que solo estaba parcialmente oculta por los descuidados mechones de canas que habían caído, abandonados, sobre sus sienes. Gamut estaba a su lado, su mansa cabeza descubierta a los rayos del sol, mientras sus ojos, errantes y preocupados, parecían estar igualmente divididos entre aquel pequeño volumen, que contenía tantas máximas pintorescas pero santas, y el ser en cuyo favor su alma anhelaba administrar consuelo. Heyward también estaba cerca, apoyándose en un árbol, y esforzándose por reprimir aquellos súbitos arrebatos de dolor que requería su máxima hombría para someter.

Pero por triste y melancólico que pueda imaginarse este grupo, era mucho menos conmovedor que otro, que ocupaba el espacio opuesto de la misma área. Sentado, como en vida, con su forma y miembros dispuestos en

una compostura grave y decente, Uncas aparecía, ataviado con los más suntuosos ornamentos que la riqueza de la tribu podía proporcionar. Ricas plumas se mecían sobre su cabeza; wampum, gorjales, brazaletes y medallas adornaban su persona en profusión; aunque su ojo opaco y sus rasgos vacíos contradecían demasiado fuertemente el cuento ocioso de orgullo que pretendían transmitir.

Directamente frente al cadáver estaba colocado Chingachgook, sin armas, pintura o adorno de ningún tipo, excepto el brillante blasón azul de su raza, que estaba indeleblemente impreso en su pecho desnudo. Durante el largo período que la tribu había estado así reunida, el guerrero mohicano había mantenido una mirada firme y ansiosa en el rostro frío e insensible de su hijo. Tan clavada e intensa había sido esa mirada, y tan inmutable su actitud, que un extraño podría no haber distinguido al vivo del muerto, si no fuera por los ocasionales destellos de un espíritu atribulado, que se proyectaban a través del oscuro semblante de uno, y la calma mortal que se había asentado para siempre en los lineamientos del otro. El explorador estaba cerca, apoyado en una postura pensativa sobre su propia arma fatal y vengadora; mientras que Tamenund, sostenido por los ancianos de su nación, ocupaba un lugar elevado a mano, desde donde podía mirar hacia abajo a la asamblea muda y apesadumbrada de su pueblo.

Justo dentro del borde interior del círculo se encontraba un soldado, con el atuendo militar de una nación extraña; y fuera de él estaba su caballo de guerra, en el centro de una colección de domésticos montados, aparentemente listos para emprender algún viaje lejano. Las vestiduras del extraño anunciaban que era alguien que ocupaba una situación de responsabilidad cerca de la persona del capitán de los Canadás; y que, como ahora parecía, al encontrar su misión de paz frustrada por la fiera impetuosidad de sus aliados, se contentaba con convertirse en un espectador silencioso y triste de los frutos de un combate que había llegado demasiado tarde para anticipar.

El día se acercaba al final de su primer cuarto, y sin embargo la multitud había mantenido su quietud palpitante desde el amanecer.

No se había oído ningún sonido más fuerte que un sollozo ahogado entre ellos, ni siquiera se había movido un miembro durante todo ese largo y doloroso período, excepto para realizar las simples y conmovedoras ofrendas que se hacían, de vez en cuando, en conmemoración de los muertos. La pa-

ciencia y la tolerancia de la fortaleza india podían por sí solas soportar tal apariencia de abstracción, que parecía ahora haber convertido cada figura oscura e inmóvil en piedra.

Al fin, el sabio de los delawares extendió un brazo y, apoyándose en los hombros de sus asistentes, se levantó con un aire tan débil como si otra era ya hubiera intervenido entre el hombre que había encontrado a su nación el día anterior, y el que ahora se tambaleaba en su elevado estrado.

— ¡Hombres de los lenape! —dijo, en tonos bajos y huecos, que sonaban como una voz cargada de alguna misión profética—: ¡el rostro del Manitou está detrás de una nube! Su ojo se ha apartado de vosotros; Sus oídos están cerrados; Su lengua no da respuesta. No lo veis; sin embargo, Sus juicios están ante vosotros. Abrid vuestros corazones y que vuestros espíritus no digan mentira. ¡Hombres de los lenape! el rostro del Manitou está detrás de una nube.

Mientras esta simple y sin embargo terrible anunciación se deslizaba en los oídos de la multitud, sucedió un silencio tan profundo y terrible como si el venerado espíritu que adoraban hubiera pronunciado las palabras sin la ayuda de órganos humanos; e incluso el inanimado Uncas parecía un ser de vida, comparado con la humilde y sumisa multitud que lo rodeaba. A medida que el efecto inmediato, sin embargo, pasaba gradualmente, un bajo murmullo de voces comenzó una especie de canto en honor de los muertos. Los sonidos eran de mujeres, y eran emocionantemente suaves y lastimeros. Las palabras no estaban conectadas por una continuación regular, sino que cuando una cesaba, otra retomaba el elogio, o la lamentación, como quiera que se llame, y daba rienda suelta a sus emociones en el lenguaje que le sugerían sus sentimientos y la ocasión. A intervalos, la oradora era interrumpida por estallidos generales y fuertes de dolor, durante los cuales las muchachas alrededor del féretro de Cora arrancaban ciegamente las plantas y las flores de su cuerpo, como si estuvieran desconcertadas por el dolor. Pero, en los momentos más suaves de su lamento, estos emblemas de pureza y dulzura eran devueltos a sus lugares, con toda señal de ternura y pesar. Aunque menos conectado por muchas y generales interrupciones y estallidos, una traducción de su lenguaje habría contenido una letanía regular, que, en esencia, podría haber demostrado poseer una serie de ideas consecutivas.

Una muchacha, seleccionada para la tarea por su rango y calificaciones, comenzó con modestas alusiones a las cualidades del guerrero fallecido, embelleciendo sus expresiones con esas imágenes orientales que los indios probablemente trajeron consigo desde los extremos del otro continente, y que forman por sí mismas un eslabón para conectar las antiguas historias de los dos mundos. Lo llamó la «pantera de su tribu»; y lo describió como uno cuyo mocasín no dejaba rastro en los rocíos; cuyo salto era como el de un joven cervatillo; cuyo ojo era más brillante que una estrella en la noche oscura; y cuya voz, en la batalla, era fuerte como el trueno del Manitou. Le recordó a la madre que lo dio a luz, e insistió en la felicidad que debía sentir al poseer tal hijo. Le pidió que le dijera, cuando se encontraran en el mundo de los espíritus, que las muchachas delawares habían derramado lágrimas sobre la tumba de su hijo, y la habían llamado bendita.

Luego, las que siguieron, cambiando sus tonos a una melodía más suave y aún más tierna, aludieron, con la delicadeza y la sensibilidad de las mujeres, a la doncella extraña, que había dejado la tierra superior en un momento tan cercano a su propia partida, como para hacer la voluntad del Gran Espíritu demasiado manifiesta para ser ignorada. Le amonestaron a ser amable con ella, y a tener consideración por su ignorancia de aquellas artes que eran tan necesarias para la comodidad de un guerrero como él. Se detuvieron en su incomparable belleza, y en su noble resolución, sin la mancha de la envidia, y como se puede pensar que los ángeles se deleitan en una excelencia superior; añadiendo, que estas dotes deberían resultar más que equivalentes a cualquier pequeña imperfección en su educación.

Después de lo cual, otras de nuevo, en debida sucesión, hablaron a la propia doncella, en el lenguaje bajo y suave de la ternura y el amor. La exhortaron a tener un ánimo alegre, y a no temer nada por su bienestar futuro. Un cazador sería su compañero, que sabía cómo proveer a sus más pequeñas necesidades; y un guerrero estaba a su lado que era capaz de protegerla contra todo peligro. Prometieron que su camino sería agradable, y su carga ligera. La advirtieron contra los arrepentimientos inútiles por los amigos de su juventud, y las escenas donde su padre había vivido; asegurándole que los «benditos terrenos de caza de los lenape», contenían valles tan agradables, arroyos tan puros; y flores tan dulces, como el «cielo de los rostros pálidos». Le aconsejaron que estuviera atenta a las necesidades de su compañero, y que nunca olvidara la distinción que el Manitou había es-

tablecido tan sabiamente entre ellos. Luego, en un estallido salvaje de su canto, cantaron con voces unidas el temple de la mente del mohicano. Lo declararon noble, viril y generoso; todo lo que correspondía a un guerrero, y todo lo que una doncella podría amar. Vistiendo sus ideas con las imágenes más remotas y sutiles, delataron que, en el corto período de su trato, habían descubierto, con la percepción intuitiva de su sexo, la disposición errante de sus inclinaciones. ¡Las muchachas delawareas no habían encontrado favor en sus ojos! Él era de una raza que una vez había sido señora en las orillas del lago salado, y sus deseos lo habían llevado de vuelta a un pueblo que habitaba alrededor de las tumbas de sus padres. ¿Por qué no se debería alentar tal predilección? Que ella era de una sangre más pura y más rica que el resto de su nación, cualquier ojo podría haberlo visto; que era igual a los peligros y la audacia de una vida en los bosques, su conducta lo había demostrado; y ahora, añadieron, el «sabio de la tierra» la había trasplantado a un lugar donde encontraría espíritus afines, y podría ser feliz para siempre.

Luego, con otra transición en la voz y el tema, se hicieron alusiones a la virgen que lloraba en la cabaña adyacente. La compararon con copos de nieve; tan pura, tan blanca, tan brillante, y tan propensa a derretirse en los feroces calores del verano, o a congelarse en las heladas del invierno. No dudaban de que era encantadora a los ojos del joven jefe, cuya piel y cuyo dolor parecían tan similares a los suyos; pero aunque lejos de expresar tal preferencia, era evidente que la consideraban menos excelente que la doncella que lloraban. Aun así, no le negaron ninguna necesidad que sus raros encantos pudieran reclamar apropiadamente. Sus rizos fueron comparados con los exuberantes zarcillos de la vid, su ojo con la bóveda azul de los cielos, y la nube más inmaculada, con su resplandor encendido del sol, fue admitida como menos atractiva que su lozanía.

Durante estas y similares canciones, no se oía nada más que los murmullos de la música; aliviados, como estaban, o más bien hechos terribles, por aquellos ocasionales estallidos de dolor que podrían llamarse sus coros. Los propios delawareas escuchaban como hombres encantados; y era muy evidente, por las variaciones de sus semblantes parlantes, cuán profunda y verdadera era su simpatía. Incluso David no fue reacio a prestar sus oídos a los tonos de voces tan dulces; y mucho antes de que el canto terminara, su mirada anunció que su alma estaba cautivada.

El explorador, para quien solo, de todos los hombres blancos, las palabras eran inteligibles, se permitió levantarse un poco de su postura meditativa, e inclinó el rostro a un lado, para captar su significado, a medida que las muchachas procedían. Pero cuando hablaron de las perspectivas futuras de Cora y Uncas, sacudió la cabeza, como quien conoce el error de su simple credo, y reanudando su actitud reclinada, la mantuvo hasta que la ceremonia, si es que puede llamarse ceremonia a aquello en lo que el sentimiento estaba tan profundamente imbuido, terminó. Felizmente para el dominio de sí mismos tanto de Heyward como de Munro, no conocían el significado de los sonidos salvajes que oían.

Chingachgook fue una excepción solitaria al interés manifestado por la parte nativa de la audiencia. Su mirada nunca cambió a lo largo de toda la escena, ni se movió un músculo en su rígido semblante, ni siquiera en las partes más salvajes o más patéticas de la lamentación. Los restos fríos e insensibles de su hijo lo eran todo para él, y todo otro sentido que no fuera el de la vista parecía congelado, para que sus ojos pudieran echar su última mirada a aquellos lineamientos que tanto había amado, y que ahora estaban a punto de cerrarse para siempre a su vista.

En esta etapa de las exequias, un guerrero muy renombrado por sus hazañas de armas, y más especialmente por sus servicios en el reciente combate, un hombre de semblante severo y grave, avanzó lentamente desde la multitud y se colocó cerca de la persona del muerto.

—¿Por qué nos has dejado, orgullo de los wapanachki? —dijo, dirigiéndose a los oídos sordos de Uncas, como si la arcilla vacía retuviera las facultades del hombre animado—; tu tiempo ha sido como el del sol cuando está entre los árboles; tu gloria más brillante que su luz al mediodía. Te has ido, joven guerrero, pero un centenar de wyandots están despejando las zarzas de tu camino al mundo de los espíritus. ¿Quién que te viera en la batalla creería que podías morir? ¿Quién antes que tú ha mostrado alguna vez a Uttawa el camino en la lucha? Tus pies eran como las alas de las águilas; tu brazo más pesado que las ramas que caen del pino; y tu voz como la del Manitou cuando habla en las nubes. La lengua de Uttawa es débil —añadió, mirando a su alrededor con una mirada melancólica—, y su corazón sumamente pesado. Orgullo de los wapanachki, ¿por qué nos has dejado?

Fue sucedido por otros, en debido orden, hasta que la mayoría de los hombres altos y dotados de la nación hubieron cantado o hablado su tributo de alabanza sobre los manes del jefe fallecido. Cuando cada uno hubo terminado, un profundo y palpitante silencio reinó de nuevo en todo el lugar.

Entonces se oyó un sonido bajo y profundo, como el acompañamiento reprimido de música lejana, elevándose justo lo suficiente en el aire para ser audible, y sin embargo tan indistintamente, como para dejar su carácter, y el lugar de donde procedía, igualmente como materia de conjetura. Fue, sin embargo, sucedido por otra y otra melodía, cada una en una clave más alta, hasta que crecieron en el oído, primero en interjecciones largas y a menudo repetidas, y finalmente en palabras. Los labios de Chingachgook se habían separado lo suficiente como para anunciar que era la monodia del padre. Aunque ni un ojo se volvió hacia él, ni se exhibió la más mínima señal de impaciencia, era evidente, por la manera en que la multitud elevaba sus cabezas para escuchar, que bebían los sonidos con una intensidad de atención, que nadie más que el propio Tamenund había comandado antes. Pero escucharon en vano. Las melodías se elevaron justo lo suficiente como para volverse inteligibles, y luego se hicieron más débiles y temblorosas, hasta que finalmente se hundieron en el oído, como si fueran llevadas por un soplo de viento pasajero. Los labios del Sagamore se cerraron, y permaneció en silencio en su asiento, mirando con su ojo clavado y su forma inmóvil, como una criatura que hubiera salido de la mano del Todopoderoso con la forma pero sin el espíritu de un hombre. Los delawarenses, que sabían por estos síntomas que la mente de su amigo no estaba preparada para un esfuerzo tan poderoso de fortaleza, relajaron su atención; y, con una delicadeza innata, parecieron dedicar todos sus pensamientos a las exequias de la doncella extraña.

Uno de los jefes mayores dio una señal a las mujeres que abarrotaban la parte del círculo cerca de la cual yacía el cuerpo de Cora. Obedientes a la señal, las muchachas levantaron el féretro a la altura de sus cabezas y avanzaron con pasos lentos y regulados, cantando, mientras procedían, otra canción de lamento en alabanza de la fallecida. Gamut, que había sido un observador atento de ritos que consideraba tan paganos, inclinó ahora la cabeza sobre el hombro del padre inconsciente, susurrando:

—Se mueven con los restos de tu hija; ¿no los seguiremos, para verlos enterrar con sepultura cristiana?

Munro se sobresaltó, como si la última trompeta hubiera sonado en su oído, y lanzando una mirada ansiosa y apresurada a su alrededor, se levantó y siguió en el simple cortejo, con el semblante de un soldado, pero llevando toda la carga del sufrimiento de un padre. Sus amigos se agolparon a su alrededor con un dolor que era demasiado fuerte para ser llamado simpatía; incluso el joven francés se unió a la procesión, con el aire de un hombre que estaba sensiblemente conmovido por el destino temprano y melancólico de alguien tan encantadora. Pero cuando la última y más humilde mujer de la tribu se hubo unido a la formación salvaje y sin embargo ordenada, los hombres de los lenape contrajeron su círculo, y se formaron de nuevo alrededor de la persona de Uncas, tan silenciosos, tan graves y tan inmóviles como antes.

El lugar que se había elegido para la tumba de Cora era una pequeña loma, donde un grupo de pinos jóvenes y saludables había echado raíces, formando por sí mismos una sombra melancólica y apropiada sobre el lugar. Al llegar, las muchachas depositaron su carga y continuaron durante muchos minutos esperando, con paciencia característica y timidez nativa, alguna evidencia de que aquellos cuyos sentimientos estaban más involucrados estaban contentos con el arreglo. Al fin, el explorador, que era el único que entendía sus hábitos, dijo, en su propia lengua:

—Mis hijas han hecho bien; los hombres blancos se lo agradecen.

Satisfechas con este testimonio a su favor, las muchachas procedieron a depositar el cuerpo en una concha, ingeniosa y no inelegantemente, fabricada con la corteza del abedul; después de lo cual lo bajaron a su oscura y final morada. La ceremonia de cubrir los restos y ocultar las marcas de la tierra fresca, con hojas y otros objetos naturales y acostumbrados, se llevó a cabo con las mismas formas simples y silenciosas. Pero cuando las labores de los seres amables que habían realizado estos tristes y amistosos oficios terminaron, vacilaron, de una manera que mostraba que no sabían hasta qué punto podían proceder. Fue en esta etapa de los ritos que el explorador se dirigió de nuevo a ellas:

—Mis jóvenes han hecho suficiente —dijo—: el espíritu del rostro pálido no necesita comida ni ropa, siendo sus dones según el cielo de su color. Veo —añadió, echando un vistazo a David, que preparaba su libro de una man-

era que indicaba la intención de guiar el camino en el canto sagrado — , que uno que conoce mejor las modas cristianas está a punto de hablar.

Las mujeres se apartaron modestamente y, de haber sido las principales actrices de la escena, se convirtieron ahora en las mansas y atentas observadoras de lo que siguió. Durante el tiempo que David ocupó en derramar los piadosos sentimientos de su espíritu de esta manera, no se les escapó ni una señal de sorpresa, ni una mirada de impaciencia. Escucharon como quienes conocían el significado de las extrañas palabras, y parecieron sentir las emociones mezcladas de dolor, esperanza y resignación, que se pretendía que transmitieran.

Excitado por la escena que acababa de presenciar, y quizás influenciado por sus propias emociones secretas, el maestro de canto superó sus esfuerzos habituales. Su voz plena y rica no sufrió por una comparación con los suaves tonos de las muchachas; y sus melodías más moduladas poseían, al menos para los oídos de aquellos a quienes se dirigían peculiarmente, el poder adicional de la inteligencia. Terminó el himno, como lo había comenzado, en medio de un silencio grave y solemne.

Cuando, sin embargo, la cadencia final hubo caído en los oídos de sus auditores, las miradas secretas y tímidas de los ojos, y el movimiento general y sin embargo subyugado de la asamblea, delataron que algo se esperaba del padre de la difunta. Munro pareció sensible a que había llegado el momento de ejercer lo que es, quizás, el mayor esfuerzo de que es capaz la naturaleza humana. Descubrió sus canas, y miró a la multitud tímida y tranquila que lo rodeaba, con un semblante firme y sereno. Luego, haciendo un gesto con la mano para que el explorador escuchara, dijo:

—Di a estas amables y gentiles mujeres, que un hombre con el corazón roto y desfalleciente les devuelve sus gracias. Diles que el Ser que todos adoramos, bajo diferentes nombres, será consciente de su caridad; y que no tardará el tiempo en que podamos reunirnos alrededor de Su trono sin distinción de sexo, ni de rango, ni de color.

El explorador escuchó la trémula voz con que el veterano pronunció estas palabras, y sacudió la cabeza lentamente cuando terminaron, como quien dudaba de su eficacia.

—Decirles esto —dijo—, sería decirles que las nieves no vienen en el invierno, o que el sol brilla más ferozmente cuando los árboles están despojados de sus hojas.

Luego, volviéndose hacia las mujeres, hizo una comunicación de la gratitud del otro tal como consideró más adecuada a las capacidades de sus oyentes. La cabeza de Munro ya se había hundido sobre su pecho, y de nuevo recaía rápidamente en la melancolía, cuando el joven francés antes nombrado se aventuró a tocarlo ligeramente en el codo. Tan pronto como hubo ganado la atención del afligido anciano, señaló hacia un grupo de jóvenes indios, que se acercaban con una litera ligera pero estrechamente cubierta, y luego señaló hacia arriba, hacia el sol.

—Os entiendo, señor —respondió Munro, con una voz de forzada firmeza—; os entiendo. Es la voluntad del Cielo, y me someto. ¡Cora, hija mía! si las oraciones de un padre con el corazón roto pudieran servirte de algo ahora, ¡cuán bendita serías! Vamos, caballeros —añadió, mirando a su alrededor con un aire de altiva compostura, aunque la angustia que temblaba en su rostro marchito era demasiado poderosa para ser ocultada—, nuestro deber aquí ha terminado; partamos.

Heyward obedeció con gusto una llamada que los sacaba de un lugar donde, a cada instante, sentía que su autocontrol estaba a punto de abandonarlo. Mientras sus compañeros montaban, sin embargo, encontró tiempo para estrechar la mano del explorador y para repetir los términos de un compromiso que habían hecho de volver a encontrarse dentro de los puestos del ejército británico. Luego, arrojándose con gusto a la silla, espoleó a su corcel al lado de la litera, de donde solo sollozos bajos y ahogados anunciaban la presencia de Alice. De esta manera, la cabeza de Munro de nuevo caía sobre su pecho, con Heyward y David siguiéndolos en apesadumbrado silencio, y atendidos por el edecán de Montcalm con su guardia, todos los hombres blancos, con la excepción de Ojo de Halcón, pasaron de ante los ojos de los delawarenses, y se perdieron en los vastos bosques de aquella región.

Pero el lazo que, a través de su calamidad común, había unido los sentimientos de estos simples moradores de los bosques con los extraños que tan transitoriamente los habían visitado, no se rompió tan fácilmente. Pasaron años antes de que el cuento tradicional de la doncella blanca y del

joven guerrero de los mohicanos dejara de entretener las largas noches y las tediosas marchas, o de animar a sus jóvenes y valientes con un deseo de venganza. Tampoco fueron olvidados los actores secundarios de estos trascendentales incidentes. A través del medio del explorador, que sirvió durante años después como un eslabón entre ellos y la vida civilizada, supieron, en respuesta a sus preguntas, que el «Cabeza Gris» fue rápidamente reunido con sus padres, abatido, como se creía erróneamente, por sus desgracias militares; y que la «Mano Abierta» había llevado a su hija superviviente lejos, a los asentamientos de los rostros pálidos, donde sus lágrimas al fin habían dejado de fluir, y habían sido sucedidas por las brillantes sonrisas que mejor se adecuaban a su naturaleza alegre.

Pero estos fueron eventos de una época posterior a la que concierne a nuestro relato. Abandonado por todos los de su color, Ojo de Halcón regresó al lugar adonde lo llevaban sus simpatías, con una fuerza que ningún lazo ideal de unión podría destruir. Llegó justo a tiempo para echar una última mirada a los rasgos de Uncas, a quien los delawarees ya estaban envolviendo en su última vestimenta de pieles. Se detuvieron para permitir la mirada anhelante y prolongada del robusto hombre del bosque, y cuando terminó, el cuerpo fue envuelto, para no ser descubierto de nuevo jamás. Luego vino una procesión como la otra, y toda la nación se reunió alrededor de la tumba temporal del jefe; temporal, porque era apropiado que, en algún día futuro, sus huesos descansaran entre los de su propio pueblo.

El movimiento, como el sentimiento, había sido simultáneo y general. La misma grave expresión de dolor, el mismo rígido silencio, y la misma deferencia al principal doliente, se observaron alrededor del lugar del entierro como ya se ha descrito. El cuerpo fue depositado en una actitud de reposo, mirando al sol nascente, con los implementos de la guerra y de la caza a mano, listos para el viaje final. Se dejó una abertura en la concha, por la que estaba protegido de la tierra, para que el espíritu se comunicara con su morada terrenal, cuando fuera necesario; y el todo fue ocultado al instinto, y protegido de los estragos de las bestias de presa, con una ingeniosidad peculiar de los nativos. Los ritos manuales cesaron entonces, y todos los presentes volvieron a la parte más espiritual de las ceremonias.

Chingachgook se convirtió una vez más en el objeto de la atención común. Aún no había hablado, y se esperaba algo consolador e instructivo de un jefe tan renombrado en una ocasión de tanto interés. Consciente de

los deseos del pueblo, el guerrero severo y contenido levantó el rostro, que últimamente había estado enterrado en su túnica, y miró a su alrededor con ojo firme. Sus labios firmemente comprimidos y expresivos se separaron entonces, y por primera vez durante las largas ceremonias su voz fue distintamente audible. —¿Por qué lloran mis hermanos? —dijo, contemplando la oscura raza de guerreros abatidos por los que estaba rodeado—; ¿por qué lloran mis hijas? ¿que un joven ha ido a los felices terrenos de caza; que un jefe ha llenado su tiempo con honor? Era bueno; era obediente; era valiente. ¿Quién puede negarlo? El Manitou necesitaba un guerrero así, y se lo ha llevado. En cuanto a mí, el hijo y el padre de Uncas, soy un pino marcado, en un claro de los rostros pálidos. Mi raza se ha ido de las orillas del lago salado y de las colinas de los delawarees. Pero, ¿quién puede decir que la serpiente de su tribu ha olvidado su sabiduría? Estoy solo...

—No, no —exclamó Ojo de Halcón, que había estado contemplando con una mirada anhelante los rígidos rasgos de su amigo, con algo parecido a su propio dominio de sí mismo, pero cuya filosofía no pudo soportar más—; no, Sagamore, no estás solo. Los dones de nuestros colores pueden ser diferentes, pero Dios nos ha colocado de tal manera que viajemos por el mismo camino. No tengo parentela, y también puedo decir, como tú, que no tengo pueblo. Él era tu hijo, y un piel roja por naturaleza; y puede que vuestra sangre estuviera más cerca... pero, si alguna vez olvido al muchacho que tan a menudo luchó a mi lado en la guerra, y durmió a mi lado en la paz, ¿que Aquel que nos hizo a todos, sea cual sea nuestro color o nuestros dones, me olvide! El muchacho nos ha dejado por un tiempo; pero, Sagamore, no estás solo.

Chingachgook agarró la mano que, en el calor del sentimiento, el explorador había extendido sobre la tierra fresca, y en una actitud de amistad estos dos robustos e intrépidos hombres del bosque inclinaron sus cabezas juntos, mientras lágrimas ardientes caían a sus pies, regando la tumba de Uncas como gotas de lluvia que cae.

En medio del terrible silencio con que se recibió tal estallido de sentimiento, viniendo como venía, de los dos guerreros más renombrados de aquella región, Tamenund alzó la voz para dispersar a la multitud.

—Es suficiente —dijo—. Id, hijos de los lenape, la ira del Manitou no ha terminado. ¿Por qué debería quedarse Tamenund? Los rostros pálidos son

los amos de la tierra, y el tiempo de los hombres rojos aún no ha vuelto. Mi día ha sido demasiado largo. Por la mañana vi a los hijos de Unamis felices y fuertes; y sin embargo, antes de que llegue la noche, he vivido para ver al último guerrero de la sabia raza de los mohicanos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB